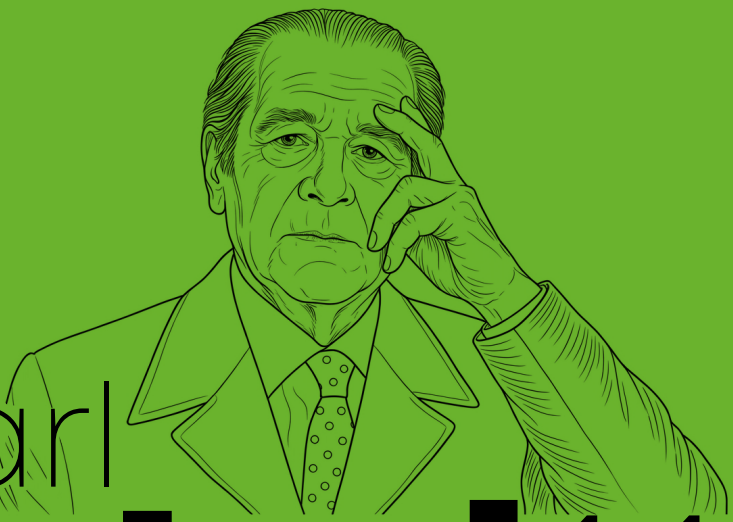
Santiago M. Zarria
EDITOR



Carl Schmitt

Las metamorfosis del orden

VOLUMEN 2

COLECCIÓN DE CIENCIAS POLÍTICAS

Editorial Universitaria
Universidad Central del Ecuador

Filosófica Editorial

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Universidad Central del Ecuador

CARL SCHMITT

LAS METAMORFOSIS DEL ORDEN

Nomos, soberanía y democracia

CARL SCHMITT

THE METAMORPHOSES OF ORDER

Nomos, Sovereignty, and Democracy

La Colección de Ciencias Políticas reúne obras dedicadas al estudio crítico del poder, el Estado, los conflictos políticos y las relaciones socio-estatales, las disputas por la hegemonía y los procesos de dominación, resistencia y emancipación. Desde Ecuador y con una perspectiva latinoamericana y global, busca impulsar la producción y circulación de pensamiento crítico que contribuya a comprender los desafíos políticos contemporáneos y a transformar las relaciones de poder que configuran nuestras sociedades.

La colección forma parte del proyecto de vinculación con la sociedad **COLECCIÓN FILOSÓFICA ACTUAL**, impulsado conjuntamente por Filosófica – Fundación de Estudios Filosóficos, Políticos y Culturales y la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Central del Ecuador. En el marco de este proyecto se han incorporado dos nuevas colecciones complementarias: la Colección de Ciencias Políticas y la Colección Sociológica, orientadas a fortalecer la investigación, democratizar el acceso al conocimiento y fomentar el diálogo entre la academia y la sociedad.

COORDINACIÓN GENERAL DEL PROYECTO

Prof. Santiago M. Zarria Prof. Martín Aulestia Calero

COORDINADORA DE LA COLECCIÓN
DE CIENCIAS POLÍTICAS

Prof[a]. Soledad Stoessel

Santiago M. Zarria
(editor)

CARL SCHMITT
LAS METAMORFOSIS DEL ORDEN
Nomos, soberanía y democracia

CARL SCHMITT
THE METAMORPHOSES OF ORDER
Nomos, Sovereignty, and Democracy

VOLUMEN 2

Joseph Bendersky
Eduardo Hernando Nieto
Roberto Bueno
Luciano Nosetto
Tomás Wieczorek
Montserrat Herrero
Gonzalo Manzullo
Kam Shapiro
Geminello Preterossi
Francisco Vila Conde
Giuditta Bissiato
Denis Vyaznikov
Reinhard Mehring

COLECCIÓN FILOSÓFICA ACTUAL

FILOSÓFICA EDITORIAL
UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
EDITORIAL UNIVERSITARIA Y HUMANAS

COLECCIÓN FILOSÓFICA ACTUAL
La Colección Filosófica Actual constituye un proyecto editorial y de investigación desarrollado entre Filosófica, Fundación de Estudios Filosóficos, Políticos y Culturales, y la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Central del Ecuador.

CARL SCHMITT
Las metamorfosis del orden. *Nomos*, soberanía y democracia.
Volumen 2

Santiago M. Zarria
Editor

1.ª edición | noviembre de 2026
ISBN | 978-9907-840-07-0

EDITORIAL UNIVERSITARIA
Universidad Central del Ecuador
Ciudadela Universitaria, av. América, s. n.
Quito, Ecuador
editorial@uce.edu.ec

FILOSÓFICA EDITORIAL
Filosófica, Fundación de Estudios Filosóficos, Políticos y Culturales
Quito, Ecuador
filosofica@fundacionfilosofica.com
www.fundacionfilosofica.com

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
Universidad Central del Ecuador

COLECCIÓN FILOSÓFICA ACTUAL
CONSEJO EDITORIAL
Santiago M. Zarria
Goethe-Universität, Frankfurt am Main, Alemania | Universidad Central del Ecuador
Martín Aulestia Calero
Universidad Central del Ecuador

COORDINADORA DE LA COLECCIÓN DE CIENCIAS POLÍTICAS
Soledad Stoessel
Universidad Central del Ecuador

FILOSÓFICA
Fundación de Estudios Filosóficos, Políticos y Culturales

CONSEJO ACADÉMICO
Fernando Barredo
Pontificia Universidad Católica del Ecuador
David Cortez
RWU Hochschule Ravensburg-Weingarten, Alemania
Fernando Wirtz
Universität Tübingen, Alemania | Universidad de Kioto
Micaela A. Díaz,
Lee University, Cleveland, TN. EE.UU.

Publicación apoyada por:
- ICALA, Stipendienwerk Lateinamerika-Deutschland e.V.
- Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Central del Ecuador

DERECHOS Y ACCESO
Esta publicación se encuentra disponible para consulta y descarga gratuita. Los contenidos pueden utilizarse para fines no comerciales, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría y se cite la fuente original. En caso de realizar modificaciones, adaptaciones o transformaciones, deberá preservarse el principio de libre acceso al contenido.
La autorización de acceso abierto no implica renuncia a los derechos morales de autor ni permite atribuir a los autores, editores o instituciones participantes modificaciones realizadas por terceros.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....11
Santiago M. Zarria

PRIMERA SECCIÓN
ESPACIO, NOMOS Y ORDEN INTERNACIONAL

CAPÍTULO 1. REGRETS AND RESENTMENT: CARL SCHMITT'S GLOSSARIUM CRITIQUE OF VITORIA IN HISTORICAL, THEORETICAL, AND PERSONAL CONTEXTS 49
Joseph Bendersky

CAPÍTULO 2. LEVIATÁN Y BEHEMOT O LAS RAÍCES TEOLÓGICAS DE LA GEOPOLÍTICA EN CARL SCHMITT.....79
Eduardo Hernando Nieto

CAPÍTULO 3. CARL SCHMITT, O ATAQUE IMPERIALISTA E A DERROCADA DO DIREITO INTERNACIONAL: A CONSTRUÇÃO DO "INIMIGO" E O DOMÍNIO SOB O ESPECTRO DA GUERRA TOTAL.....97
Roberto Bueno

CAPÍTULO 4. EL NOMOS DE LA NUBE: SOBERANÍA Y DIGITALIZACIÓN 147
Luciano Nosetto y Tomás Wieczorek

SEGUNDA SECCIÓN
ORDEN, SOBERANÍA Y CONSTITUCIÓN

CAPÍTULO 5. LA DIALÉCTICA DEL ORDEN EN EL PENSAMIENTO DE CARL SCHMITT 189
Montserrat Herrero

CAPÍTULO 6. ESTADO, SOBERANÍA, *NOMOS*: INDAGACIONES SCHMITTIANAS A LA LUZ DE LA TECNIFICACIÓN CONTEMPORÁNEA 225
Gonzalo Manzullo

CAPÍTULO 7. NEUTRAL POWER? ON CARL SCHMITT'S 'GUARDIAN OF THE CONSTITUTION' 267
Geminello Preterossi

CAPÍTULO 8. CARL SCHMITT A LA SOMBRA DE EL REY DE MANUEL GARCÍA-PELAYO 301
Francisco Vila Conde

TERCERA SECCIÓN
DEMOCRACIA, IDENTIDAD Y ANTAGONISMO

CAPÍTULO 9. ANIMATING LEVIATHAN: CARL SCHMITT AND THE PRETENSES OF SOVEREIGN AUTHORITY 343
Kam Shapiro

CAPÍTULO 10. DEMOCRACY BEYOND LIBERALISM: CARL SCHMITT AND THE CRISIS OF POLITICAL IDENTITY 377
Giuditta Bissiato

CAPÍTULO 11. THE LIMITS OF ANTAGONISM IN LEFT SCHMITTIANISM: FANATICISM IN THE WEAK PROGRAMME OF POST-FOUNDATIONALISM 413
Denis Vyaznikov

CAPÍTULO 12. AUTONOMY AND SOVEREIGNTY. JÜRGEN HABERMAS, CARL SCHMITT AND THE DEMOCRATIC PUBLIC SPHERE 451
Reinhard Mehring

INTRODUCCIÓN GENERAL

LA *FORMA-CONCEPTO* COMO HIPÓTESIS DE LECTURA

Santiago M. Zarria

1

LA PREGUNTA SOBRE LA FORMA

Leer a Carl Schmitt plantea, ante todo, un problema de método. No se trata únicamente de decidir si sus conceptos continúan siendo válidos o no, si sus diagnósticos conservan capacidad explicativa actual o no, o si sus posiciones políticas pueden ser defendidas o no. Se trata, en un nivel más profundo, de preguntarse qué hace un concepto cuando Schmitt lo escribe. ¿Qué trabajo intelectual se realiza cuando se afirma que "Todos los conceptos centrales de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados" (Schmitt, 2009, p. 37); o cuando soberanía, decisión y excepción aparecen articuladas en la conocida fórmula: "Soberano es quien decide sobre el estado de excepción" (Schmitt, 2009, p. 13); o cuando se reconoce que "La distinción política específica, a la que pueden remitirse las acciones y motivos políticos, es la distinción entre *amigo* y *enemigo*" (Schmitt, 2019, p. 270)?

Esto no es menor. En *Teología política*, la secularización no se reduce a la derivación histórica de determinadas categorías jurídico-políticas a partir de conceptos teológicos. Schmitt insiste también en su dimensión sistemático-estructural, hasta el punto de afirmar que "la imagen metafísica que de su mundo se forja una época determinada tiene la misma estructura que la forma de la organización política que esa época tiene por evidente" (Schmitt, 2009, p. 44). Según Kervégan (vol I, cap. 1), en el primer volumen, la historia de las ideas en Schmitt no constituye un ejercicio estrictamente espe-

culativo, sino que está al servicio de un propósito teórico y político. Es decir, sus reconstrucciones históricas se encuentran orientadas por problemas de esos ámbitos y por tomas de posición del presente. Kervégan concluye que "Schmitt hace historia de las ideas como piensa que debe hacerse política: dándose adversarios y combatiéndolos resueltamente" [1] (p. 62).

Los conceptos schmittianos no funcionan solo como categorías descriptivas que nombran objetos que han sido previamente elaborados. Tampoco se agotan en la polémica inmediata, aunque son, sin duda, controvertidos y tienen una marcada fuerza provocadora. Su alcance va más allá de lo inmediato, no solo porque permiten reconocer estructuras de lo político, sino también porque facilitan la delimitación de ese campo para estudiarlas. Por esto decimos que los conceptos schmittianos trabajan como estructuras capaces de delimitar y ordenar campos de experiencia, establecer distinciones y producir determinadas formas de comprensión. La hipótesis que guía los dos volúmenes que conforman esta obra, puede formularse desde esta perspectiva: los conceptos fundamentales de Schmitt pueden ser leídos como formas conceptuales, formas-concepto, que articulan una concepción de lo político.

Esta hipótesis encuentra respaldo en Capria (vol. I, cap. 3), quien propone releer la teología política schmittiana como "una metodología fundada en la forma-concepto" (p. 93), orientada a reconstruir las condiciones conceptuales mediante las cuales un orden político puede convertirse en "representable, legítimo y eficaz". Desde esta perspectiva, la conceptualidad schmittiana no se limita a describir una realidad política previamente constituida, sino que participa en la configuración de las condiciones mediante las cuales puede hacerse visible. Como señala Capria (vol. I, cap. 3) "el concepto *no representa* lo político, sino que regula su intensidad, fijando su umbral de visibilidad y decisión" (p. 139).

Esta lectura adquiere especial relevancia en *Der Begriff des Politischen*. En el texto de 1927, Schmitt escribe: "lo político es in-

1 Salvo indicación contraria, las traducciones al castellano de los pasajes citados en esta introducción son del editor.

dependiente, como una zona separada junto a otros ámbitos relativamente autónomos del pensar y del quehacer humano [...] lo político tiene que encontrarse en sus propias distinciones, relativamente autónomas, relativamente últimas, a las cuales pueda reconducirse todo cuanto sea acción política en un sentido específico" (Schmitt, 2019, p. 270). Esto es importante porque muestra que la especificidad de lo político no depende de un contenido material predeterminado, sino del grado de intensidad que puede adquirir una relación de asociación/disociación hasta alcanzar la distinción amigo-enemigo. La distinción no establece, previamente, la materia de lo político, sino el criterio mediante el cual una oposición puede adquirir una intensidad específicamente política.

Esto nos permite precisar el alcance de nuestra hipótesis. La forma-concepto no designa simplemente una palabra o una definición. Designa una operación de distinción mediante la cual determinada realidad político-jurídica puede hacerse visible y pensable. Como sostiene Sinaeian (vol. I, cap. 4), la distinción no constituye solamente un método de análisis, sino "la operación formal mediante la cual lo político aparece [...] como un ámbito distinto e inteligible de la vida colectiva" (p. 173). Conceptos como soberanía, decisión, legitimidad, excepción, amigo y enemigo, representación, tierra, mar o *nomos* no constituyen solamente categorías schmittianas, sino que funcionan también como posiciones, distinciones y fronteras a través de las cuales Schmitt organiza conceptualmente distintos aspectos de la realidad.

Por estas razones, comprender la obra schmittiana nos exige preguntarnos no solo qué significan sus conceptos, sino también qué ponen al descubierto, qué orden presuponen, qué diferencias introducen y qué posibilidades excluyen.

2

LA *FORMA-CONCEPTO*: ALCANCES Y LÍMITES DE UNA HIPÓTESIS HERMENÉUTICA

Aunque Schmitt no desarrolla la *forma-concepto* como una categoría teórica autónoma, el problema que aquí intentamos reconstruir aparece tempranamente bajo vocabularios distintos y adquiere funciones diferentes a lo largo de su obra. En *Der Wert des Staates und die Bedeutung des Einzelnen*, la realización (*Verwirklichung*) de la idea jurídica exige mediación, determinación y concreción: el Estado aparece como *Mittler des Rechts*, la idea jurídica abstracta adquiere *Gestalt* en la ley positiva y el tránsito hacia la realidad es formulado incluso como *Sichtbarmachung* (Schmitt, 1917, pp. 70, 76, 80–83).

En *Die Sichtbarkeit der Kirche*, el problema reaparece en el vocabulario de la mediación y la visibilidad. Schmitt afirma que "en la palabra, el pensamiento adquiere su visibilidad" (*Im Wort gewinnt der Gedanke seine Sichtbarkeit*), describe la mediación como un hacer valer "lo invisible en lo visible" y sostiene que la unidad, en su historicidad, adopta "la forma de una sucesión jurídica" (*die Form einer Rechtsnachfolge*). A ello se añade la *Umformung der geistlichen Gaben und Funktionen in Ämter*, mediante la cual los dones y funciones espirituales adquieren una configuración institucional concreta (Schmitt, 2005, pp. 448–451).

En *Politische Theologie*, Schmitt distingue la *Rechtsform* de otras formas y reconoce un *Eigenwert der Form*. El punto decisivo aparece cuando afirma que, dado que "la idea jurídica no puede realizarse por sí misma, toda traslación a la realidad requiere una particular *Gestaltung* y *Formung*"; la forma adquiere así un momento constitutivo en la realización jurídica y no constituye un mero revestimiento exterior (Schmitt, 2015, pp. 33–35); En *Catolicismo romano y forma política*, Schmitt sostiene que la Iglesia ha alcanzado una "conformación sustancial de la realidad histórica y social", fundamentada en el principio de representación (Schmitt, 1923/2011, p. 10). También dice que su capacidad para adoptar

distintas formas jurídicas depende de su fuerza representativa (p. 23), y vincula la creación de forma con el lenguaje de la gran retórica (p. 28). Por lo tanto, puede interpretarse que la representación no funciona únicamente como apariencia exterior, sino como una capacidad de configuración jurídica, histórica y política. En *Verfassungslehre*, la Constitución puede aparecer como *Form der Formen*, pero la formulación decisiva se encuentra en su concepto positivo: el acto constituyente determina mediante una decisión la *Art und Form der politischen Einheit*. La Constitución no es, entonces, una mera suma de normas, sino la determinación consciente de una *Gesamtgestalt*, una configuración global de la existencia política por la cual la propia unidad política decide su forma concreta de ser (Schmitt, 2017, pp. 5, 21–23).

Finalmente, en *Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens*, Schmitt parte de que el derecho puede ser pensado como regla, decisión o *konkrete Ordnung und Gestaltung*. En el pensamiento del orden concreto, la regla no crea el orden, sino que constituye únicamente una parte y un medio de este; su sentido y validez presuponen una situación y una configuración concretas. Orden y *Gestaltung* adquieren así una consistencia propia que no puede reducirse a un sistema abstracto de normas (Schmitt, 2023, pp. 9, 13–16).

Este recorrido ofrece fundamento suficiente para la hipótesis que aquí proponemos. La *forma-concepto* no debe entenderse, por tanto, como la traducción de un término técnico schmittiano, sino como una categoría interpretativa orientada a reconstruir el modo en que sus conceptos delimitan, articulan y hacen inteligibles determinadas relaciones jurídico-políticas.

Se trata, deliberadamente, de una hipótesis arriesgada. Su alcance transversal puede suscitar la objeción de imponer retrospectivamente una unidad a momentos, vocabularios y problemas que no permanecen idénticos a lo largo de la obra de Schmitt. Precisamente por ello, su valor no depende de demostrar una continuidad doctrinal, sino de comprobar hasta dónde permite reconocer ope-

raciones conceptuales recurrentes sin borrar sus desplazamientos, discontinuidades y transformaciones.

Para evitar que esta hipótesis se convierta en una categoría capaz de absorber cualquier noción schmittiana, aquí hablaremos de *forma-concepto* únicamente cuando una distinción cumpla una función reconocible de delimitación, articulación y producción de inteligibilidad: debe delimitar un campo, ordenar posiciones o relaciones dentro de él y contribuir a hacer visible una determinada configuración jurídico-política. No basta, por tanto, con que Schmitt utilice el vocabulario de la forma ni con que se trate de un concepto central en su obra.

En *El concepto de lo político*, la pregunta por lo específicamente político comienza por la búsqueda de una diferencia que no pueda reducirse a los criterios propios de la moral, la estética o la economía (Schmitt, 2019). En la versión de 1932, esta exigencia termina en la formulación según la cual "el antagonismo político constituye la más intensa y extrema de todas las oposiciones" (Schmitt, 1991, p. 59), cuya intensidad aumenta cuanto más se aproxima a la agrupación amigo-enemigo.

Cuando hablamos de la *forma-concepto*, nos interesa justamente esta capacidad de determinadas distinciones para delimitar y organizar un campo de relaciones. Esto no significa reducir la conceptualidad schmittiana al esquema amigo-enemigo, sino atender al modo en que ciertas diferencias establecen límites, posiciones y relaciones de pertenencia, exclusión o conflicto.

Debemos hacer, sin embargo, una distinción importante: *forma-concepto* y orden no son términos equivalentes. La *forma-concepto* se refiere a la operación mediante la cual ciertas distinciones hacen posible comprender y conceptualizar una realidad político-jurídica (Capria, cap. 3; Sinaeian, cap. 4). El orden, por otro lado, alude a la formación histórica, espacial, institucional y jurídica en la que esas diferencias adquieren consistencia concreta y duración.

Esta distinción se puede ver claramente en el trabajo de Montserrat Herrero incluido en el segundo volumen. Según Herrero, "la idea de orden concreto es el hilo conductor de la interpreta-

ción coherente de los conceptos políticos alumbrados por Carl Schmitt" (Herrero, vol. II, cap. 5). Esto refuerza la arquitectura de estos dos volúmenes porque "el concepto que podríamos entender casi en las antípodas del de orden, la decisión sobre la excepción", se encuentra "entretejido en su pensamiento con la idea de orden" (Herrero, vol. II, cap. 5). La razón es que la decisión siempre remite a una situación concreta; es decir, a una situación de crisis, que, a su vez, conduce al nuevo orden que se pretende instaurar.

Esta lectura no supone postular una metafísica de la excepción, porque su función adquiere mayor precisión cuando se la considera en relación con aquello que pone en cuestión y, al mismo tiempo, contribuye a hacer visible: la normalidad del orden. Capria (vol. I, cap. 3) formula esta cuestión de manera semejante al señalar que la excepción "no designa un contenido o un caso jurídico determinado", sino que constituye el punto en el que "la condición de posibilidad de la validez normativa se hace visible" (p. 120).

La conocida proposición que aparece en *Teología política,* según la cual "el orden jurídico, como todo orden, descansa en una decisión, no en una norma" (Schmitt, 2009, p. 16) puede ser releída desde esta perspectiva. La decisión no aparece aquí como lo contrario del orden, sino como uno de los puntos en que la relación entre normalidad, crisis y orden se vuelve conceptualmente visible: ante la ruptura de una normalidad determinada, la decisión remite a la posibilidad de restablecerla o de instaurar un nuevo orden.

Soberanía, decisión y excepción, vistas desde esta idea, podemos ubicarlas en una problemática más amplia, es decir, en la de las formas mediante las cuales un orden se vuelve conceptualmente inteligible, jurídicamente manejable y políticamente efectivo. Ese es el marco desde el cual proponemos leer estas relaciones en la lógica schmittiana. Por esta razón, el concepto de orden adquiere una elaboración más explícita. Herrero (vol. II, cap. 5) señala que puede encontrarse implícitamente desde los primeros escritos de Schmitt y que, desde *Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens* de 1934, pasa a convertirse en una presencia explícita y constante. Allí comienza a dibujarse la concepción según la cual

el "orden no significa primariamente ordenamiento, es decir conjunto de reglas. Más bien la regla es una parte del orden, un medio para realizarlo, pero de ningún modo crea un orden" (Herrero, vol. II, cap. 5).

Esto se vuelve visible cuando se transforman las condiciones técnicas y espaciales del orden. Manzullo (vol. II, cap. 6) recupera de Schmitt la posibilidad de que "Estado y política dejaran de coincidir", de modo que la estatalidad ya no monopolice de manera exclusiva la decisión ni la unidad soberana. Desde otra perspectiva, Nosetto y Wieczorek (vol. II, cap. 4) sostienen que la configuración contemporánea de internet se aproxima a "un pluriverso de infraestructuras arborescentes y entrelazadas". Visto en conjunto, estas contribuciones permiten ampliar la hipótesis de la *forma-concepto* hacia la pregunta por las condiciones espaciales, técnicas e infraestructurales en las que un orden se hace efectivo.

No se afirma que exista una doctrina sobre la *forma-concepto* que atraviese la obra schmittiana, pero tampoco podemos decir que no existan referencias, problemas y conexiones que permiten plantear esta lectura. En esta obra, la *forma-concepto* debe entenderse como una hipótesis hermenéutica, no como una doctrina atribuida a Schmitt ni como una tesis compartida por todos los autores que se encuentran en estos volúmenes. Su función es otra: organizar un campo de problemas y hacer visibles relaciones entre investigaciones que conservan su autonomía metodológica y argumentativa.

Esta hipótesis, la *forma-concepto,* tampoco pretende eliminar las discontinuidades, desplazamientos y modificaciones que ha tenido el pensamiento schmittiano. La *forma-concepto* ofrece un punto de vista, nada más que eso, desde el cual interrogar operaciones conceptuales que adquieren funciones diferentes en momentos distintos de su obra, sin convertir esas diferencias en manifestaciones de una y definitiva doctrina: el schmittianismo.

Esta cautela resulta especialmente necesaria ante la adhesión de Schmitt al nacionalsocialismo en 1933 y la reorientación de una parte de su vocabulario jurídico y político durante esos años. Tales transformaciones no pueden ser tratadas como un simple desarro-

llo interno de categorías anteriores ni neutralizadas bajo una continuidad puramente conceptual. La hipótesis de la *forma-concepto* debe permitir registrar también rupturas, apropiaciones y reorientaciones políticas, precisamente porque la función de un concepto cambia cuando cambian el orden, el adversario y la decisión a la que sirve.

3

DOS VOLÚMENES: DE LA FORMA CONCEPTUAL A LAS METAMORFOSIS DEL ORDEN

La articulación de esta obra en dos volúmenes responde a un núcleo intelectual común que los une, aunque los trabajos que se encuentran aquí aborden la problemática desde diferentes perspectivas y campos de análisis. Por esta razón, la unidad entre ambos volúmenes no es simplemente temática: las operaciones conceptuales analizadas en el primero reaparecen en el segundo como problemas de especificidad histórica, espacial e institucional.

3.1. El primer volumen

Este volumen se concentra en la génesis, las estructuras y las tensiones de la conceptualidad schmittiana. Las investigaciones aquí reunidas no responden a una única interpretación de Schmitt ni presuponen una doctrina común de la forma-concepto. Su articulación responde, más bien, a un recorrido que permite pasar de los problemas de formación y funcionamiento de la conceptualidad schmittiana hacia las lógicas de la decisión y la excepción y, finalmente, hacia las tensiones que afectan a la constitución de la unidad política.

3.2. El segundo volumen

Las metamorfosis del orden. Nomos, soberanía y democracia desplaza la interrogación hacia las configuraciones espaciales, jurídicas, institucionales y contemporáneas del orden. Las tres secciones recorren

el problema desde el espacio, el *nomos* y el orden internacional hacia la soberanía y la Constitución, para finalizar en las tensiones entre democracia, identidad y antagonismo.

El segundo volumen no trata simplemente de aplicar categorías schmittianas del siglo XX a fenómenos contemporáneos. Más bien, interroga hasta dónde ese vocabulario permite comprender transformaciones del Estado, el derecho internacional, la técnica, la soberanía, la esfera pública y las formas democráticas de unidad política. Esto se puede ver particularmente, en la confrontación entre Schmitt y Habermas, en donde Mehring (vol. II, cap. 12) condensa la diferencia normativa en una fórmula precisa: "el filósofo proclama la "autonomía", el jurista proclama la "soberanía" política". Por lo tanto, el segundo volumen extiende la cuestión del orden no sólo hacia sus transformaciones espaciales y técnicas, sino también hacia las condiciones de legitimidad y de formación de la voluntad política.

4

SITUACIÓN EN LOS ESTUDIOS SCHMITTIANOS

La bibliografía dedicada a Carl Schmitt es inabarcable. Sus obras han sido examinadas desde la teoría jurídica, la historia intelectual, la filosofía política, la teología política, el constitucionalismo y las relaciones internacionales. Los esfuerzos por organizar esta producción cuentan con una larga trayectoria, desde las bibliografías pioneras de Piet Tommissen hasta la extensa compilación internacional de Alain de Benoist (2010). A estas iniciativas se suma una importante sistematización interdisciplinaria en *The Oxford Handbook of Carl Schmitt*, editado por Jens Meierhenrich y Oliver Simons (2017), así como la *Bibliografía panhispánica de Carl Schmitt (1926–2022)* de Díaz Nieva y Molina Cano (2022). La Carl-Schmitt-Gesellschaft mantiene, además, un registro continuamente actualizado de la investigación internacional. La producción reciente confirma

la ampliación y diversificación de este campo: nuevas discusiones sobre teología política, autoridad y legitimidad (Godefroy, 2025), reconsideraciones de la unidad política, el pluralismo y el compromiso democrático (Baume, 2024), nuevas configuraciones espaciales y geopolíticas (Klinke, 2025), estudios sobre la recepción política contemporánea (Gyulai y Pócza, 2025) y las apropiaciones posmarxistas y críticas de Schmitt (Falk, 2025). A ello se suman, en 2026, investigaciones sobre visibilidad, forma simbólica y representación del poder político (Rilla, 2026), reconsideraciones decoloniales del orden internacional schmittiano (Mura, 2026) y nuevas discusiones sobre Schmitt, Vitoria y el universalismo en el derecho internacional (Beneyto y de la Rasilla, 2026).

La *forma-concepto* no pretende sustituir las interpretaciones de Schmitt construidas alrededor de los conceptos clásicos del *corpus* schmittiano: el decisionismo, la teología política, el pensamiento del orden concreto, la representación, el concepto de lo político o las categorías espaciales. Busca interrogar una cuestión que atraviesa a esas lecturas: el modo en que determinadas distinciones conceptuales delimitan un campo, articulan relaciones y permiten que una configuración político-jurídica se vuelva inteligible.

En este sentido, la justificación de un trabajo colectivo como este no se encuentra en reducir la pluralidad de la recepción schmittiana, sino en formular una pregunta capaz de atravesarla sin invalidarla. Una parte considerable de los estudios schmittianos ha privilegiado, con razones comprensibles, determinadas fórmulas por su fuerza conceptual: soberanía, representación, teología política, excepción, decisión, amigo y enemigo, entre otras. Sin embargo, la eficacia misma de estas fórmulas puede contribuir a aislarlas del campo conceptual dentro del cual adquieren significado.

La hipótesis de la *forma-concepto* intenta producir, en este sentido, un desplazamiento limitado pero relevante. No se trata de abandonar la soberanía ni la excepción en favor del orden. Se trata de preguntar qué formas de diferenciación y qué estructuras de inteligibilidad hacen posible que soberanía, decisión, excepción u orden puedan funcionar como conceptos políticos y jurídicos.

La categoría de *forma-concepto* no trata de agrupar esas diferencias bajo una "doctrina" común. Su función es más modesta: presentar una hipótesis hermenéutica capaz de relacionar investigaciones autónomas. La hipótesis se plantea en dos planos. A nivel editorial, no exige la adhesión de los autores a una posición común, respeta la autonomía metodológica y argumentativa de cada uno. A nivel conceptual, la unidad del proyecto no se encuentra en la homogeneidad de las interpretaciones, sino en la posibilidad de diálogo que existe alrededor de problemas compartidos.

5

LÓGICA DE CONJUNTO Y MODO DE LECTURA

Los dos volúmenes pueden ser leídos siguiendo la propuesta actual, que no es una ruta ni un itinerario schmittiano obligatorio. También admite una lectura transversal. Cada capítulo conserva su autonomía argumentativa y puede ser leído de manera independiente, además, porque al mismo tiempo, algunos problemas reaparecen en diferentes secciones y posibilitan construir recorridos que atraviesan los dos volúmenes.

Si les interesa la relación entre teología política, decisión y orden pueden recorrer los capítulos dos, tres, siete y ocho del volumen I y seguir con los capítulos cinco y seis del volumen II. Si prefieren el problema de la excepción, la soberanía y la defensa de la Constitución pueden relacionar los capítulos cinco, ocho y diez del volumen I con los capítulos cinco, siete y ocho del volumen II.

Una lectura centrada en lo político, la unidad, el antagonismo y la democracia puede recorrer los capítulos cuatro, nueve, once y doce del primer volumen con los capítulos nueve, diez, once y doce del segundo volumen. Finalmente, el problema del espacio, el *nomos* y sus transformaciones contemporáneas permite pasar de los capítulos dos y tres del volumen I a los capítulos uno, dos, tres, cuatro y seis del volumen II.

Estas rutas no son secciones nuevas ni pretenden agrupar perspectivas exclusivas de las propuestas que estos volúmenes reúnen. Son posibilidades de lectura que propongo, dadas las características del proyecto. Un mismo capítulo puede tener más de un itinerario porque los problemas de la forma, la decisión, la soberanía, el orden, el espacio y la unidad política no aparecen aisladamente en Schmitt, sino que se determinan y transforman recíprocamente. La estructura de los dos volúmenes busca conservar esa doble condición: la autonomía de cada investigación y la posibilidad de establecer conexiones conceptuales entre ellas.

Referencias

Baume, S. (2024). Carl Schmitt's multifaceted rejection of political compromises. *The Review of Politics*, *86*(2), 197–217. https://doi.org/10.1017/S0034670523000670

Beneyto, J. M., & de la Rasilla, I. (Eds.). (2026). *Carl Schmitt and Francisco de Vitoria: The paradox of universalism in international law*. De Gruyter Brill.

Carl-Schmitt-Gesellschaft e.V. (s. f.). *Literatur zu Carl Schmitt*. Recuperado el 6 de octubre de 2026.

de Benoist, A. (2010). *Carl Schmitt: Internationale Bibliographie der Primär- und Sekundärliteratur*. Ares-Verlag.

Díaz Nieva, J., & Molina Cano, J. (2022). *Los enemigos de España son mis enemigos: Bibliografía panhispánica de Carl Schmitt (1926–2022)*. Comares.

Falk, H. (2025). A decisionist among the pluralists? The reception of Carl Schmitt in the 'post-Marxist problem-space' and the idea of left Schmittianism. *Exceptions: European Journal of Critical Jurisprudence*, *2*/2025, 7–51. https://doi.org/10.4467/30718538EXC.25.001.23172

Godefroy, B. (2025). Carl Schmitt's political theology: Legitimizing authority after secularization. *Political Theory*, *53*(1), 83–109. https://doi.org/10.1177/00905917241241510

Gyulai, A., & Pócza, K. (2025). From depoliticization to politicization: Three periods of thinking politically with Carl Schmitt in Hungary. *Journal of Political Ideologies*, *30*(3), 728–747. https://doi.org/10.1080/13569317.2024.2331498

Klinke, I. (2025). Before astropolitics: Ratzel, Schmitt, and the question of cosmic colonisation. *Review of International Studies*, *51*(2), 293–311. https://doi.org/10.1017/S0260210524000901

Meierhenrich, J., & Simons, O. (Eds.). (2017). *The Oxford handbook of Carl Schmitt*. Oxford University Press. https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199916931.001.0001

Mura, A. (2026). Carl Schmitt's international order: A decolonial reappraisal. *Constellations*. Advance online publication. https://doi.org/10.1111/1467-8675.70069

Rilla, J. (2026). The visibility of the state: Symbolic and allegorical representations in the work of Carl Schmitt. *Political Theory*, *54*(4), 602–628. https://doi.org/10.1177/00905917261433978

Schmitt, C. (1917). *Der Wert des Staates und die Bedeutung des Einzelnen* (2.ª ed.). Hellerauer Verlag Jakob Hegner. (Obra original publicada en 1914).

Schmitt, C. (1991). *El concepto de lo político: Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios* (R. Agapito, Trad.). Alianza Editorial.

Schmitt, C. (2005). Die Sichtbarkeit der Kirche: Eine scholastische Erwägung. En E. Hüsmert & G. Giesler (Eds.), *Die Militärzeit 1915 bis 1919: Tagebuch Februar bis Dezember 1915. Aufsätze und Materialien* (pp. 445–452). Akademie Verlag. (Trabajo original publicado en 1917 en *Summa*, pp. 71–80).

Schmitt, C. (2011). *Catolicismo romano y forma política* (P. Madrigal, Trad.). Tecnos.

Schmitt, C. (2015). *Politische Theologie: Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität* (10. Aufl.). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2017). *Verfassungslehre* (11. Aufl.). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2023). *Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens* (4., korrigierte Aufl.). Duncker & Humblot.

Tommissen, P. (1953). *Versuch einer Carl-Schmitt-Bibliographie*. Academia Moralis.

Tommissen, P. (1959). Carl-Schmitt-Bibliographie. En H. Barion, E. Forsthoff & W. Weber (Eds.), *Festschrift für Carl Schmitt zum 70. Geburtstag dargebracht von Freunden und Schülern* (pp. 273–330). Duncker & Humblot.

Zarria, S. M., & Maschke, G. (2019). El concepto de lo político de Carl Schmitt. Versión de 1927. *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, *22*(1), 259–289. https://doi.org/10.5209/RPUB.63896

INTRODUCCIÓN AL VOLUMEN II

Las metamorfosis del orden. Nomos, soberanía y democracia desplaza la interrogación conceptual desarrollada en el primer volumen hacia lo concreto: las configuraciones del orden. Si La forma-concepto y sus genealogías, volumen I, se desplazaba a lo largo de los problemas de la teología política y la secularización, la decisión y la excepción, hasta alcanzar las tensiones de la unidad política, este volumen pregunta por las condiciones espaciales, jurídicas, institucionales y técnicas en las que un orden adquiere forma, estabilidad o entra en crisis.

El paso de un volumen a otro no consiste en abandonar el problema de la forma sino en la comprobación de las configuraciones históricas en las que las distinciones conceptuales adquieren concreción. No se trata tampoco de aplicar mecánicamente categorías schmittianas a realidades contemporáneas, sino de interrogar hasta dónde ese vocabulario conserva capacidad para formular problemas cuando se transforman el espacio, el Estado, el derecho internacional y las condiciones de la vida democrática.

En este sentido, el segundo volumen no funciona como una aplicación del primero, sino como una prueba de tensión de su hipótesis: se pregunta qué ocurre con aquellas operaciones conceptuales cuando se territorializan, se institucionalizan, se tecnifican o se pierden las condiciones históricas que inicialmente les daban sentido. Por lo tanto, el paso de la forma-concepto al orden es un cambio de escala y no una relación de teoría a aplicación.

La primera sección, Espacio, *nomos* y orden internacional, reúne las contribuciones de Joseph Bendersky, Eduardo Hernando Nieto, Roberto Bueno, Luciano Nosetto y Tomás Wieczorek. Bendersky vuelve sobre la relación de Schmitt con Francisco de Vitoria para mostrar las tensiones entre sus formulaciones públicas y privadas acerca de la guerra justa y el derecho internacional, centrándose de manera especial en el giro que realiza "de la admiración inicial al arrepentimiento y, en algunos momentos, incluso a un marcado resentimiento"; Hernando Nieto examina la oposición entre tierra y mar y sus raíces teológico-políticas; Bueno desplaza

la discusión hacia el imperialismo, la construcción del enemigo y la guerra total; mientras que Nosetto y Wieczorek cuestionan las transformaciones contemporáneas de la espacialidad mediante la hipótesis de un nomos de la nube. El recorrido transita desde la genealogía del orden internacional hacia las nuevas infraestructuras de la soberanía y da cuenta de que la pregunta por el nomos continúa siendo también una pregunta por las formas de apropiación, distribución y ordenación del espacio.

Ese desplazamiento prepara la segunda sección, Orden, soberanía y Constitución, donde la cuestión espacial se articula con la pregunta por las formas jurídicas e institucionales del orden. Montserrat Herrero analiza la reconstrucción de la centralidad del orden concreto en el pensamiento de Schmitt; Gonzalo Manzullo examina las transformaciones del Estado, la soberanía y el nomos a la luz de la tecnificación contemporánea; Geminello Preterossi vuelve sobre el poder neutral y la figura del guardián de la Constitución para mostrar que "el centro de referencia de la neutralidad no es neutral" y que el guardián "participa de la soberanía, aunque no la posee", fórmulas que condensan la tensión entre neutralidad, decisión política y preservación de la unidad constitucional; Francisco Vila Conde examina cómo categorías schmittianas como la relación entre normalidad y excepción, la dictadura comisaria y el defensor de la Constitución reaparecen en los dictámenes y en la concepción de la jefatura del Estado elaborada por Manuel García-Pelayo. Esta sección no presenta estas categorías de forma independiente, sino como problemas que se condicionan recíprocamente donde la normalidad jurídica, la autoridad y la forma constitucional son puestas a prueba.

La tercera sección, Democracia, identidad y antagonismo, desplaza la pregunta por el orden hacia las condiciones bajo las cuales una pluralidad puede constituirse y sostenerse como unidad política. Aquí la metamorfosis ya no remite principalmente al territorio o a la forma constitucional, sino a los criterios de pertenencia, exclusión, representación y conflicto mediante los cuales se produce y legitima una unidad común. Kam Shapiro estudia las transfor-

maciones de la relación entre autoridad soberana e identidad política; Giuditta Bissiato examina las tensiones que aparecen cuando la democracia persiste bajo condiciones iliberales y oligárquicas; Denis Vyaznikov lleva el problema del antagonismo hasta el caso límite del fanatismo y muestra los límites de ciertas apropiaciones posfundacionales de Schmitt; finalmente, Reinhard Mehring contrapone la reconstrucción habermasiana de la autonomía privada y pública, los derechos fundamentales y la soberanía popular con el énfasis schmittiano en la soberanía política. El problema del orden desemboca así en una pregunta por las condiciones de legitimidad, pluralidad y formación de la voluntad política.

Este libro, en su conjunto, no postula la sustitución de un orden por otro ni tampoco la existencia de un nuevo nomos constituido. Examina, más bien, distintas metamorfosis del orden, desde las transformaciones del espacio y del derecho internacional, hasta las mutaciones de la soberanía, la Constitución, la identidad política y la esfera pública. Con "metamorfosis" no se alude a una sucesión de órdenes cerrados sino a la transformación de las condiciones que hacen posible su constitución, estabilidad y crisis. No se trata de saber si las categorías schmittianas pueden trasladarse sin más al presente, sino qué permiten todavía hacer visible y dónde muestran sus límites cuando cambian las condiciones espaciales, institucionales, técnicas y democráticas bajo las cuales se constituye la unidad política.

GENERAL INTRODUCTION

THE CONCEPT-FORM AS A HYPOTHESIS FOR READING

Santiago M. Zarria

1
The Question of Form

Reading Carl Schmitt raises, above all, a problem of method. The issue is not simply whether his concepts remain valid, whether his diagnoses retain explanatory force today, or whether his political positions can be defended. At a deeper level, it is a question of what a concept does when Schmitt writes it. What intellectual work is undertaken when we read that "All the central concepts of modern state theory are secularized theological concepts" (Schmitt, 2009, p. 37); when sovereignty, decision, and exception converge in the well-known formulation, "Sovereign is he who decides on the state of exception" (Schmitt, 2009, p. 13); or when Schmitt states that "The specific political distinction to which political actions and motives can be referred is the distinction between friend and enemy" (Schmitt, 2019, p. 270)?

This is no minor matter. In Political Theology, secularization cannot be reduced to the historical derivation of particular legal and political categories from theological concepts. Schmitt also insists on its systematic and structural dimension, going so far as to state that "the metaphysical image an age forms of its world has the same structure as the form of political organization that the age takes to be self-evident" (Schmitt, 2009, p. 44). As Kervégan (vol. I, ch. 1) argues in his contribution to the first volume, Schmitt's history of ideas is not a purely speculative exercise; it serves a theoretical and political purpose. His historical reconstructions are thus shaped by problems in those fields and by positions taken in the present. Kervégan concludes that "Schmitt writes the history

of ideas as he believes politics should be conducted: by choosing adversaries and resolutely fighting them" (p. 54).

Schmittian concepts do not function merely as descriptive categories naming objects already constituted. Nor are they exhausted by immediate polemics, although they are undeniably controversial and carry considerable provocative force. Their significance extends beyond immediate controversy: they enable us not only to recognize structures of the political but also to delimit the field in which those structures can be studied. We therefore understand Schmittian concepts as structures capable of delimiting and ordering fields of experience, establishing distinctions, and producing particular forms of understanding. From this perspective, the hypothesis guiding the two volumes of this work can be formulated as follows: Schmitt's fundamental concepts can be read as conceptual forms, or *concept-forms,* that articulate a conception of the political.

This hypothesis finds support in Capria (vol. I, ch. 3), who proposes rereading Schmittian political theology as "a methodology grounded in the concept-form" (p. 86; editor's translation), aimed at reconstructing the conceptual conditions under which a political order becomes "representable, legitimate, and effective." From this perspective, Schmittian conceptuality does not merely describe a previously constituted political reality; it also helps configure the conditions under which that reality becomes visible. As Capria observes (vol. I, ch. 3), "the concept does not represent the political; rather, it regulates its intensity, setting its threshold of visibility and decision" (p. 131).

This reading is particularly relevant to *Der Begriff des Politischen*. In the 1927 text, Schmitt writes: "the political is independent, like a separate sphere alongside other relatively autonomous domains of human thought and action [...] the political must be found in its own distinctions, relatively autonomous, relatively ultimate distinctions to which everything that constitutes political action in a specific sense can be referred" (Schmitt, 2019, p. 270). For the argument of this work, the significance of the passage lies

in its suggestion that the specificity of the political does not depend on predetermined substantive content. Rather, it depends on the intensity that a relationship of association and dissociation can acquire when it reaches the friend–enemy distinction. This distinction does not prescribe the subject matter of the political in advance; it provides a criterion by which an opposition may acquire specifically political intensity.

This helps clarify the scope of our hypothesis. The *concept-form* denotes neither a mere word nor a definition. It denotes an operation of distinction through which a particular political and legal reality becomes visible and intelligible. As Sinaeian argues (vol. I, ch. 4), distinction is not merely a method of analysis but "the formal operation through which the political appears […] as a distinct and intelligible sphere of collective life" (p. 165). Sovereignty, decision, legitimacy, exception, friend and enemy, representation, land, sea, and *nomos* are not simply Schmittian categories; they also function as positions, distinctions, and boundaries through which Schmitt conceptually organizes different aspects of reality.

For these reasons, understanding Schmitt's work requires us to ask not only what his concepts mean, but also what they disclose, what order they presuppose, what differences they introduce, and what possibilities they exclude.

2
The *Concept-Form*: Scope and Limits of a Hermeneutic Hypothesis

Although Schmitt does not develop the *concept-form* as an autonomous theoretical category, the problem we seek to reconstruct here appears early in his work under different vocabularies and assumes different functions over time. In *Der Wert des Staates und die Bedeutung des Einzelnen*, the realization (*Verwirklichung*) of the legal idea requires mediation, determination, and concretization: the state appears as *Mittler des Rechts*, the abstract legal idea acquires *Gestalt* in positive law, and the passage into reality is even described as *Sichtbarmachung* (Schmitt, 1917, pp. 70, 76, 80–83).

In *Die Sichtbarkeit der Kirche*, the problem reappears in the vocabulary of mediation and visibility. Schmitt states that "in the word, thought acquires its visibility" (*Im Wort gewinnt der Gedanke seine Sichtbarkeit*), describes mediation as making "the invisible valid in the visible," and maintains that unity, in its historicity, takes "the form of a legal succession" (*die Form einer Rechtsnachfolge*). Added to this is the *Umformung der geistlichen Gaben und Funktionen in Ämter*, through which spiritual gifts and functions acquire a concrete institutional configuration (Schmitt, 2005, pp. 448–451).

In *Politische Theologie*, Schmitt distinguishes *Rechtsform* from other forms and recognizes an *Eigenwert der Form*. The decisive point comes when he argues that, since "the legal idea cannot realize itself, every translation into reality requires a particular *Gestaltung* and *Formung*"; form thus plays a constitutive role in the realization of law rather than serving as a merely external covering (Schmitt, 2015, pp. 33–35). In *Catolicismo romano y forma política*, Schmitt maintains that the Church has achieved a "substantial shaping of historical and social reality," grounded in the principle of representation (Schmitt, 1923/2011, p. 10). He also maintains that the Church's capacity to adopt different legal forms rests on its representative force (p. 23), and he links the creation of form to the language of great rhetoric (p. 28). Representation can therefore be understood not merely as an external appearance but as a capacity to give legal, historical, and political reality a determinate form. In *Verfassungslehre*, the constitution may appear as *Form der Formen*, but the decisive formulation is found in its positive concept: through a decision, the constituent act determines the *Art und Form der politischen Einheit*. The constitution is therefore not merely a collection of norms but the conscious determination of a *Gesamtgestalt*, an overall configuration of political existence through which political unity itself decides upon its concrete form of being (Schmitt, 2017, pp. 5, 21–23).

Finally, in *Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens*, Schmitt begins from the premise that law can be understood in terms of rule, decision, or *konkrete Ordnung und Gestaltung*. In con-

crete-order thinking, a rule does not create order; it constitutes only a part of that order and a means of realizing it. Its meaning and validity presuppose a concrete situation and configuration. Order and *Gestaltung* thus possess a consistency of their own that cannot be reduced to an abstract system of norms (Schmitt, 2023, pp. 9, 13–16).

This trajectory provides sufficient grounds for the hypothesis proposed here. The *concept-form* should therefore be understood not as a translation of a Schmittian technical term but as an interpretive category intended to reconstruct how his concepts delimit, articulate, and render intelligible particular legal and political relations.

This is deliberately a risky hypothesis. Its reach across different contexts may invite the objection that it retrospectively imposes unity on moments, vocabularies, and problems that do not remain identical throughout Schmitt's work. For precisely this reason, its value does not depend on demonstrating doctrinal continuity but on testing how far it enables us to identify recurring conceptual operations without erasing their shifts, discontinuities, and transformations.

To prevent this hypothesis from becoming a category capable of absorbing any Schmittian notion, we shall use the term *concept-form* only where a distinction performs an identifiable function of delimitation, articulation, and the production of intelligibility: it must delimit a field, order positions or relations within that field, and help make a particular legal and political configuration visible. It is therefore not enough for Schmitt to employ the vocabulary of form, or for the concept in question to occupy a central place in his work.

In *El concepto de lo político*, the inquiry into what is specifically political begins with the search for a distinction that cannot be reduced to criteria drawn from morality, aesthetics, or economics (Schmitt, 2019). In the 1932 version, this requirement culminates in the formulation that "political antagonism constitutes the most intense and extreme of all oppositions" (Schmitt, 1991, p. 59); that

intensity increases as the opposition approaches a friend–enemy grouping.

When we speak of the *concept-form*, we are concerned precisely with the capacity of certain distinctions to delimit and organize a field of relations. This does not mean reducing Schmittian conceptuality to the friend–enemy schema, but examining how particular differences establish boundaries, positions, and relations of belonging, exclusion, or conflict.

An important distinction is nevertheless required: *concept-form* and order are not equivalent. The *concept-form* refers to the operation through which certain distinctions make it possible to understand and conceptually articulate a political and legal reality (Capria, ch. 3; Sinaeian, ch. 4). Order, by contrast, refers to the historical, spatial, institutional, and legal configuration in which those differences acquire concrete consistency and duration.

This distinction is particularly clear in Montserrat Herrero's contribution to the second volume. According to Herrero, "the idea of concrete order is the guiding thread of a coherent interpretation of the political concepts developed by Carl Schmitt" (Herrero, vol. II, ch. 5). This reinforces the structure of the two volumes because even "the concept that we might understand as almost the antithesis of order, the decision on the exception" is "interwoven in his thought with the idea of order" (Herrero, vol. II, ch. 5). The reason is that a decision always refers to a concrete situation—a crisis which, in turn, points toward the new order that is to be established.

This reading does not entail positing a metaphysics of the exception. Its function becomes clearer when considered in relation to what it calls into question and, at the same time, brings into view: the normality of order. Capria (vol. I, ch. 3) makes a similar point when he notes that the exception "does not designate a particular content or legal case" but is the point at which "the condition of possibility of normative validity becomes visible" (p. 120).

The well-known proposition in Political Theology that "the legal order, like every order, rests on a decision, not on a norm"

(Schmitt, 2009, p. 16) can be reread from this perspective. Decision does not appear here as the opposite of order but as one of the points at which the relationship between normality, crisis, and order becomes conceptually visible: when a given normality breaks down, the decision points to the possibility of restoring it or establishing a new order.

From this perspective, sovereignty, decision, and exception can be situated within a broader problem: the forms through which an order becomes conceptually intelligible, legally manageable, and politically effective. This is the framework within which we propose to read these relations in Schmitt's thought. The concept of order consequently receives more explicit attention. Herrero (vol. II, ch. 5) notes that it can be found implicitly in Schmitt's earliest writings and that, from *Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens* in 1934 onward, it becomes an explicit and enduring concern. Here, a conception begins to emerge according to which "order does not primarily mean ordering, that is, a set of rules. Rather, the rule is a part of the order, a means of realizing it, but by no means creates an order" (Herrero, vol. II, ch. 5).

This becomes visible as the technical and spatial conditions of order change. Manzullo (vol. II, ch. 6) draws on Schmitt to suggest the possibility that "state and politics would cease to coincide," so that statehood would no longer hold an exclusive monopoly over decision or sovereign unity. From another perspective, Nosetto and Wieczorek (vol. II, ch. 4) argue that the contemporary configuration of the internet resembles "a pluriverse of branching and intertwined infrastructures." Taken together, these contributions extend the *concept-form* hypothesis toward the question of the spatial, technical, and infrastructural conditions under which an order becomes effective.

We do not claim that a doctrine of the *concept-form* runs through Schmitt's work. Nor, however, can we deny the references, problems, and connections that make such a reading possible. In this work, the *concept-form* is to be understood as a hermeneutic hypothesis, not as a doctrine attributed to Schmitt or a thesis shared

by all the contributors to these volumes. Its purpose is to organize a field of problems and reveal relations among studies that retain their methodological and argumentative autonomy.

Nor is the *concept-form* hypothesis intended to erase the discontinuities, shifts, and changes in Schmitt's thought. It offers a perspective, and no more than that, from which to examine conceptual operations that perform different functions at different moments in his work, without treating those differences as manifestations of a single, definitive doctrine: Schmittianism.

This caution is particularly necessary in view of Schmitt's adherence to National Socialism in 1933 and the reorientation of part of his legal and political vocabulary during those years. Such transformations cannot be treated as the mere internal development of earlier categories or neutralized through an assumption of purely conceptual continuity. The *concept-form* hypothesis must also allow us to register ruptures, appropriations, and political reorientations, precisely because the function of a concept changes when the order, the adversary, and the decision it serves change.

3
Two Volumes: From Conceptual Form to the Metamorphoses of Order

The organization of this work into two volumes reflects a common intellectual core that links them, even though the studies gathered here approach the problem from different perspectives, objects, and fields of inquiry. The unity of the two volumes is therefore not merely thematic: conceptual operations examined in the first reappear in the second as problems of historical, spatial, and institutional specificity.

3.1. The First Volume

This volume focuses on the genesis, structures, and tensions of Schmittian conceptuality. The studies gathered here neither subscribe to a single interpretation of Schmitt nor presuppose a

common doctrine of the *concept-form*. Their organization instead traces a path from the formation and operation of Schmittian concepts through the logics of decision and exception to the tensions affecting the constitution of political unity.

3.2. The Second Volume

The Metamorphoses of Order: Nomos, Sovereignty, and Democracy shifts the inquiry toward the spatial, legal, institutional, and contemporary configurations of order. Its three sections move from space, *nomos*, and international order to sovereignty and the constitution, before concluding with the tensions between democracy, identity, and antagonism.

The second volume does not simply seek to apply twentieth-century Schmittian categories to contemporary phenomena. Rather, it asks how far that vocabulary enables us to understand transformations of the state, international law, technology, sovereignty, the public sphere, and democratic forms of political unity. This is especially clear in the confrontation between Schmitt and Habermas, in which Mehring (vol. II, ch. 12) captures the normative difference in a precise formula: "the philosopher proclaims 'autonomy'; the jurist proclaims political 'sovereignty'." The second volume thus extends the question of order beyond its spatial and technical transformations to the conditions of legitimacy and the formation of political will.

4
The State of Schmitt Scholarship

The literature devoted to Carl Schmitt is vast. His writings have been studied from the perspectives of legal theory, intellectual history, political philosophy, political theology, constitutionalism, and international relations. Efforts to organize this scholarship have a long history, from Piet Tommissen's pioneering bibliographies to Alain de Benoist's extensive international compilation (2010). These have been joined by major interdisciplinary

work, including *The Oxford Handbook of Carl Schmitt*, edited by Jens Meierhenrich and Oliver Simons (2017), and Díaz Nieva and Molina Cano's *Bibliografía panhispánica de Carl Schmitt (1926–2022)* (2022). The Carl-Schmitt-Gesellschaft also maintains a continuously updated record of international research. Recent scholarship confirms the expansion and diversification of this field: new discussions of political theology, authority, and legitimacy (Godefroy, 2025); reconsiderations of political unity, pluralism, and democratic compromise (Baume, 2024); new spatial and geopolitical configurations (Klinke, 2025); studies of contemporary political reception (Gyulai and Pócza, 2025); and post-Marxist and critical appropriations of Schmitt (Falk, 2025). Studies published in 2026 have also addressed visibility, symbolic form, and the representation of political power (Rilla, 2026); decolonial reconsiderations of Schmittian international order (Mura, 2026); and Schmitt, Vitoria, and universalism in international law (Beneyto and de la Rasilla, 2026).

The *concept-form* is not intended to replace interpretations of Schmitt organized around the central concepts of his work: decisionism, political theology, concrete-order thinking, representation, the concept of the political, or spatial categories. Instead, it raises a question that cuts across these approaches: how certain conceptual distinctions delimit a field, articulate relations, and make a legal and political configuration intelligible.

The justification for a collective work of this kind, then, does not lie in reducing the plurality of interpretations of Schmitt, but in formulating a question that traverses that plurality without erasing it. For understandable reasons, much Schmitt scholarship has privileged certain formulations because of their conceptual force: sovereignty, representation, political theology, exception, decision, friend and enemy, among others. Yet the very force of these formulations may also encourage their isolation from the conceptual field in which they acquire meaning.

The *concept-form* hypothesis therefore proposes a limited but significant shift. The point is not to abandon sovereignty or excep-

tion in favor of order, but to ask what forms of differentiation and what structures of intelligibility allow sovereignty, decision, exception, or order to function as political and legal concepts.

The *concept-form* is not intended to subsume these differences under a common "doctrine". Its purpose is more modest: to propose a hermeneutic hypothesis capable of relating autonomous studies. This hypothesis operates at two levels. Editorially, it does not require the contributors to adopt a common position and respects the methodological and argumentative autonomy of each. Conceptually, the unity of the project lies not in uniformity of interpretation but in the possibility of dialogue around shared problems.

5
The Overall Logic and Modes of Reading

The two volumes can be read according to the arrangement proposed here, but this is neither a required route nor a compulsory Schmittian itinerary. A reading across sections is also possible. Each chapter retains its argumentative autonomy and can be read independently, while certain problems recur in different sections and invite readers to trace connections across the two volumes.

Readers interested in the relationship between political theology, decision, and order may turn to Chapters 2, 3, 7, and 8 of Volume I, and then proceed to Chapters 5 and 6 of Volume II. Those concerned with exception, sovereignty, and the defense of the constitution may connect Chapters 5, 8, and 10 of Volume I with Chapters 5, 7, and 8 of Volume II.

A reading centered on the political, unity, antagonism, and democracy may bring together Chapters 4, 9, 11, and 12 of Volume I with Chapters 9, 10, 11, and 12 of Volume II. Finally, the problem of space, *nomos*, and their contemporary transformations allows readers to move from Chapters 2 and 3 of Volume I to Chapters 1, 2, 3, 4, and 6 of Volume II.

These routes do not constitute new sections, nor do they group perspectives as though they were exclusive to particular

contributions. They are possible ways of reading that I propose in light of the nature of this project. A single chapter may belong to more than one itinerary because the problems of form, decision, sovereignty, order, space, and political unity do not arise separately in Schmitt; they determine and transform one another. The structure of the two volumes seeks to preserve this dual condition: the autonomy of each study and the possibility of establishing conceptual connections among them.

References

Baume, S. (2024). Carl Schmitt's multifaceted rejection of political compromises. *The Review of Politics*, *86*(2), 197–217. https://doi.org/10.1017/S0034670523000670

Beneyto, J. M., & de la Rasilla, I. (Eds.). (2026). *Carl Schmitt and Francisco de Vitoria: The paradox of universalism in international law*. De Gruyter Brill.

Carl-Schmitt-Gesellschaft e. V. (n.d.). *Literatur zu Carl Schmitt*. Retrieved October 6, 2026.

de Benoist, A. (2010). *Carl Schmitt: Internationale Bibliographie der Primär- und Sekundärliteratur*. Ares-Verlag.

Díaz Nieva, J., & Molina Cano, J. (2022). *Los enemigos de España son mis enemigos: Bibliografía panhispánica de Carl Schmitt (1926–2022)*. Comares.

Falk, H. (2025). A decisionist among the pluralists? The reception of Carl Schmitt in the 'post-Marxist problem-space' and the idea of left Schmittianism. *Exceptions: European Journal of Critical Jurisprudence*, *2*/2025, 7–51. https://doi.org/10.4467/30718538EXC.25.001.23172

Godefroy, B. (2025). Carl Schmitt's political theology: Legitimizing authority after secularization. *Political Theory*, *53*(1), 83–109. https://doi.org/10.1177/00905917241241510

Gyulai, A., & Pócza, K. (2025). From depoliticization to politicization: Three periods of thinking politically with Carl Schmitt

in Hungary. *Journal of Political Ideologies*, *30*(3), 728–747. https://doi.org/10.1080/13569317.2024.2331498

Klinke, I. (2025). Before astropolitics: Ratzel, Schmitt, and the question of cosmic colonisation. *Review of International Studies*, *51*(2), 293–311. https://doi.org/10.1017/S0260210524000901

Meierhenrich, J., & Simons, O. (Eds.). (2017). *The Oxford handbook of Carl Schmitt*. Oxford University Press. https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199916931.001.0001

Mura, A. (2026). Carl Schmitt's international order: A decolonial reappraisal. *Constellations*. Advance online publication. https://doi.org/10.1111/1467-8675.70069

Rilla, J. (2026). The visibility of the state: Symbolic and allegorical representations in the work of Carl Schmitt. *Political Theory*, *54*(4), 602–628. https://doi.org/10.1177/00905917261433978

Schmitt, C. (1917). *Der Wert des Staates und die Bedeutung des Einzelnen* (2nd ed.). Hellerauer Verlag Jakob Hegner. (Original work published 1914).

Schmitt, C. (1991). *El concepto de lo político: Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios* (R. Agapito, Trans.). Alianza Editorial.

Schmitt, C. (2005). Die Sichtbarkeit der Kirche: Eine scholastische Erwägung. In E. Hüsmert & G. Giesler (Eds.), *Die Militärzeit 1915 bis 1919: Tagebuch Februar bis Dezember 1915. Aufsätze und Materialien* (pp. 445–452). Akademie Verlag. (Original work published 1917 in *Summa*, pp. 71–80).

Schmitt, C. (2011). *Catolicismo romano y forma política* (P. Madrigal, Trans.). Tecnos.

Schmitt, C. (2015). *Politische Theologie: Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität* (10. Aufl.). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2017). *Verfassungslehre* (11. Aufl.). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2023). *Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens* (4., korrigierte Aufl.). Duncker & Humblot.

Tommissen, P. (1953). *Versuch einer Carl-Schmitt-Bibliographie*. Academia Moralis.

Tommissen, P. (1959). Carl-Schmitt-Bibliographie. In H. Barion, E. Forsthoff & W. Weber (Eds.), *Festschrift für Carl Schmitt zum 70. Geburtstag*

dargebracht von Freunden und Schülern (pp. 273–330). Duncker & Humblot.

Zarria, S. M., & Maschke, G. (2019). El concepto de lo político de Carl Schmitt. Versión de 1927. *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, *22*(1), 259–289. https://doi.org/10.5209/RPUB.63896

INTRODUCTION TO VOLUME II

The Metamorphoses of Order: Nomos, Sovereignty, and Democracy shifts the conceptual inquiry developed in the first volume toward the concrete configurations of order. Whereas *The Concept-Form and Its Genealogies*, Volume I, traced a path through the problems of political theology and secularization, decision and exception, and ultimately the tensions inherent in political unity, this volume examines the spatial, legal, institutional, and technological conditions under which an order takes shape, achieves stability, or enters into crisis.

The transition from one volume to the other does not entail abandoning the problem of form, but rather examining the historical configurations in which conceptual distinctions acquire concrete expression. Nor is it a matter of mechanically applying Schmittian categories to contemporary realities. Instead, the question is how far this conceptual vocabulary retains its capacity to formulate problems as space, the state, international law, and the conditions of democratic life undergo transformation.

In this sense, the second volume does not serve as an application of the first, but as a critical test of its hypothesis. It asks what happens to these conceptual operations when they become territorialized, institutionalized, or reshaped by technology, or when the historical conditions that originally gave them meaning disappear. The transition from *concept-form* to order is therefore a change of scale rather than a movement from theory to application.

The first section, *Space, Nomos, and International Order*, brings together contributions by Joseph Bendersky, Eduardo Hernando Nieto, Roberto Bueno, Luciano Nosetto, and Tomás Wieczorek. Bendersky revisits Schmitt's relationship with Francisco de Vitoria to reveal the tensions between his public and private formulations concerning just war and international law, focusing particularly on the shift "from initial admiration to regret and, at times, even pronounced resentment"; Hernando Nieto examines the opposition between land and sea and its political-theological roots; Bueno shifts the discussion toward imperialism, the construction of

the enemy, and total war; while Nosetto and Wieczorek critically examine contemporary transformations of spatiality through the hypothesis of a *nomos of the cloud*. This trajectory moves from the genealogy of international order toward the new infrastructures of sovereignty, showing that the question of *nomos* remains inseparable from the forms through which space is appropriated, distributed, and ordered.

This shift prepares the ground for the second section, *Order, Sovereignty, and Constitution*, in which the spatial question becomes intertwined with the juridical and institutional forms of order. Montserrat Herrero examines the central role of concrete order in Schmitt's thought; Gonzalo Manzullo investigates transformations of the state, sovereignty, and *nomos* in light of contemporary technological developments; Geminello Preterossi returns to neutral power and the figure of the guardian of the constitution to show that "the centre of reference of neutrality is not neutral" and that the guardian "participates in sovereignty, although he does not possess it." These formulations encapsulate the tension between neutrality, political decision, and the preservation of constitutional unity. Francisco Vila Conde examines how Schmittian categories such as the relationship between normality and exception, commissarial dictatorship, and the guardian of the constitution reappear in the legal opinions of Manuel García-Pelayo and his conception of the head of state. Rather than treating these categories in isolation, the section approaches them as mutually conditioning problems through which juridical normality, authority, and constitutional form are put to the test.

The third section, *Democracy, Identity, and Antagonism*, shifts the inquiry into order toward the conditions under which a plurality can constitute and sustain itself as a political unity. Here, metamorphosis no longer refers primarily to territory or constitutional form, but to the criteria of belonging, exclusion, representation, and conflict through which a common unity is constituted and legitimized. Kam Shapiro examines transformations in the relationship between sovereign authority and political identity; Giuditta

Bissiato explores the tensions that arise when democracy persists under illiberal and oligarchic conditions; Denis Vyaznikov takes the problem of antagonism to the limiting case of fanaticism, revealing the limits of certain post-foundational appropriations of Schmitt; finally, Reinhard Mehring contrasts the Habermasian reconstruction of private and public autonomy, fundamental rights, and popular sovereignty with Schmitt's emphasis on political sovereignty. The problem of order thus leads to a broader inquiry into the conditions of legitimacy, plurality, and the formation of political will.

Taken as a whole, this book neither posits the replacement of one order by another nor claims that a new *nomos* has already been constituted. Rather, it examines different metamorphoses of order, ranging from transformations in space and international law to changes in sovereignty, the constitution, political identity, and the public sphere. The term "metamorphoses" does not refer to a succession of self-contained orders, but to transformations in the conditions that make their constitution, stability, and crisis possible. The question is not whether Schmittian categories can simply be transferred to the present, but what they can still bring to light, and where their limits become apparent, as the spatial, institutional, technological, and democratic conditions under which political unity is constituted undergo change.

PRIMERA SECCIÓN

ESPACIO, *NOMOS* Y ORDEN INTERNACIONAL

CAPÍTULO 1

REGRETS AND RESENTMENT: CARL SCHMITT'S GLOSSARIUM CRITIQUE OF VITORIA IN HISTORICAL, THEORETICAL, AND PERSONAL CONTEXTS

Joseph Bendersky[1]

ABSTRACT

The global interest in Carl Schmitt has more recently coincided with the revival of studies of the Spanish Dominican theologian Francisco de Vitoria, a central figure of the School of Salamanca, which is often considered one of the fundamental antecedents of international law. The particular focus on the intellectual nexus

1 Professor of History at Virginia Commonwealth University, EE.UU.

of these two thinkers is usually Schmitt's chapter on Vitoria in The Nomos of the Earth, where Schmitt praised Vitoria as a laudable example of a moral theologian and vigorously defended his thinking against an alleged misappropriation by modern advocates of international law and just war theory. However, crucial entries from Glossarium and archival sources reveal Schmitt's significant private reservations about his published Vitoria interpretations, indicating a volte face from admiration to regret, even quite emotional resentment. Although an accurate understanding of Schmitt's true perspectives on Vitoria requires a recognition and exploration of discrepancies that appreciably affect the study of both thinkers, few scholars have even noted Schmitt's pivotal reversal; none have attempted to explain such dramatic contrasts and contradictions, particularly regarding Schmitt's career-long critique of the usurpation of just war theory and his postwar chastisement of an alleged victor's justice. The evidence from Glossarium, Schmitt's wartime Spanish and Portuguese Vitoria lectures, and his postwar internment and engagement with Nuremberg establishes that such theoretical and personal reconsiderations require a historical and biographical contextualization of Schmitt and Vitoria and that no tenable interpretation of their intellectual relationship is possible without serious consideration of this evidence.

Keywords: Vitoria, international law, just war theory, Glossarium, The Nomos of the Earth

RESUMEN

El creciente interés internacional por Carl Schmitt ha coincidido en los últimos años con un renovado interés por la obra del teólogo dominico español Francisco de Vitoria, figura central de la Escuela de Salamanca considerada esta última uno de los antecedentes fundamentales del derecho internacional. La relación intelectual entre ambos pensadores se ha estudiado principalmente a partir del capítulo que Schmitt dedica a Vitoria en *El nomos de la Tierra*. Allí, Schmitt presenta a Vitoria como un ejemplo particular-

mente valioso de teólogo moral y defiende su pensamiento frente a lo que considera una interpretación y apropiación indebidas por parte de los defensores modernos del derecho internacional y de la teoría de la guerra justa. No obstante, algunas anotaciones de Glossarium y diversos documentos de archivo muestran que Schmitt albergaba importantes reservas respecto de la interpretación de Vitoria, que había presentado públicamente. Estas fuentes permiten advertir un cambio profundo en su posición: de la admiración inicial pasó al arrepentimiento y, en algunos momentos, incluso a un marcado resentimiento. Comprender adecuadamente la posición de Schmitt frente a Vitoria exige, por ello, prestar atención a estas diferencias entre sus planteamientos públicos y privados, pues tienen consecuencias importantes para la interpretación de ambos pensadores. A pesar de su relevancia, son pocos los estudios que han advertido este cambio fundamental en la posición de Schmitt y, hasta ahora, ninguno ha intentado explicar de manera sistemática las razones de estas diferencias y contradicciones. Esto resulta especialmente significativo si se tiene en cuenta la crítica que Schmitt mantuvo durante toda su trayectoria intelectual a la apropiación de la teoría de la guerra justa, así como su posterior condena, después de la Segunda Guerra Mundial, de lo que consideraba una forma de "justicia de los vencedores". Los testimonios recogidos en Glossarium, las conferencias que Schmitt impartió sobre Vitoria en España y Portugal durante la guerra, así como la documentación relativa a su internamiento después de la guerra y a su relación con los procesos de Núremberg, permiten comprender que estos cambios en su interpretación de Vitoria no pueden explicarse únicamente desde un punto de vista teórico. Es necesario situarlos en el contexto histórico y biográfico en el que se desarrollaron. En este sentido, cualquier interpretación sólida de la relación intelectual entre Schmitt y Vitoria debe tomar seriamente en consideración estas evidencias.

Palabras clave: Vitoria, derecho internacional, teoría de la guerra justa, Glossarium, El nomos de la Tierra.

1. The Schmitt-Vitoria controversy over just war theory and international law

Any reader of Carl Schmitt's lectures on Francisco de Vitoria will be immediately struck by this German jurist's effusive admiration for this 16th-century Spanish cleric. Schmitt mustered a vigorous defense of Vitoria against alleged modern misinterpretations and abuses of his arguments regarding just war theories, as articulated especially by Ernest Nys and James Brown Scott. In this version of Schmitt's (2003b) writing on Vitoria, the Spaniard appears as a medieval Christian scholastic and a "member of an order who remained true to his principles and who as a moral theologian and prudent thinker, consciously considered the pros and cons of his arguments" (p. 125). However, according to Schmitt (2003b), other writers subsequently usurped and corrupted the power of Vitoria's "scholastic thoroughness" to advance "causes not only foreign, but even hostile to his intentions" (pp. 117-125). This remained the substance and tenor of the article version Schmitt published in *Die Neue Ordnung* in 1949; and which appeared as a chapter in his 1950 *The Nomos of the Earth*. Yet before he published both of the latter virtually unchanged, Schmitt had privately expressed strong reservations about important parts of his Vitoria interpretations. Schmitt's diary notations in *Glossarium* between 1947 and 1949 reflect not only a reconsideration of his soon to be published versions of Vitoria, but a significant shift from admiration to regret, even resentment (Schmitt, 1991).

These discrepancies raise several questions central to any understanding and interpretation of Schmitt and Vitoria. First, what was the nature, extent, and significance of these privately expressed reconsiderations? This fundamental question is particularly relevant regarding Schmitt's interpretation of Vitoria's stance on just war theory, concepts of the enemy, and total war. Second, how do we account for Schmitt's changing perspectives? And finally, why after experiencing such doubts and having profound second thoughts that were often expressed in emotionally charged

tones, did Schmitt allow the original versions to be published without any inkling of these crucial reconsiderations?

An examination of the Schmitt-Vitoria intellectual nexus takes on particular relevance not only for the incessant international interest in Schmitt since the 1990s but also because of the renaissance in Vitoria studies in recent years. Of particular importance is the renewed critical debate over whether the origins of international law, including just war theory, can actually be traced to Vitoria and the Salamanca School of theology and jurisprudence. Scholars such as Martti Koskenniemi (2011) and Antony Anghie (2004) have widened this discussion over the origins of international law into the broader studies of imperialism, empire, and sovereignty. Other studies have emphasized the centrality of Schmitt's interpretations of Vitoria and international law, with some expressing skepticism over Schmitt's misuse of Vitoria to buttress his key arguments in *Nomos of the Earth* (Beneyto, 2020; Chandler, 2008; Rasch, 2003; Schröder, 2012; Smeltzer, 2018). And two recent international conferences at Salamanca and El Escorial sponsored by the *Real Instituto Universitario de Estudios Europeos* at the *Universidad San Pablo* (Madrid) have collected contributions from major scholars into the volume on *Carl Schmitt and Francisco de Vitoria: The Paradox of Universalism in International Law* (Beneyto & de la Rasilla, 2026).

Any thorough examination of Schmitt and this Dominican theologian requires a recognition that, for both thinkers, theoretical analyses intersect with biographical and historical contexts. A Catholic scholastic theologian and jurist during the early Spanish conquest and colonization of the New World, Vitoria (1483–1546) had been at the center of the juridical debate over the rights of the Spanish crown and the Papacy in those territories, particularly regarding the existential nature and treatment of the Indians. Although he was not personally involved in the parallel, often hostile, confrontations on these issues between the theologian Juan Ginés de Sepúlveda and the humanist Dominican Friar Bartolomé de las Casas, the juridical, theological, and moral arguments of the

Salamanca School of Law Vitoria founded remained an important component of the entire decades-long debate among such religious advocates and also affected policy decisions of the Holy Roman Emperor, Charles V. When Schmitt turned his attention to Vitoria he made himself well versed in the Las Casas-Sepúlveda controversy as well as the history of Spanish colonization of the New World. He would contrast Las Casas' humanitarian defense of the Indians against Sepúlveda's claims that their "uncivilized" nature justified enslaving them, also rationalizing the Spanish right to conquer, colonize, Christianize and enslave these indigenous inhabitants, if necessary by force. When consulted by Charles V on these decisive issues, Vitoria's arguments reflected the arguments Las Casas would later invoke to protect the Indians against such violent suppression. According to Vitoria's scholastic interpretations, the Indians were not natural slaves but dignified humans with rights to property, self-government, and independence of conscience regarding religious belief. Only under specific extreme circumstances, such as human sacrifice or interference with Spanish right to peaceful proselytizing and trade, could war against the Indians be justified. It was Vitoria's references to principles inherent in ancient stoical philosophy (actualized in the Roman form of *ius gentium*) as articulated by Thomas Aquinas' Christian scholasticism that led to subsequent interpretations that ranked him among the founders of the concept of international law, human rights, and just war theory (Nys, 1917).

Despite the importance Vitoria later assumed in Schmitt's *Nomos of the Earth*, the historical record establishes that he completely neglected Vitoria before his series of lectures in Spain and Portugal in 1943–1944. From his incisive, though highly contentious, writings on international law and just war theories in 1920s works such as *The Concept of the Political* and *Die Kernfrage des Völkerbundes* through his *Die Wendung zum diskriminierenden Kriegsbegriff* and his *Großraum* theories of the late 1930s he never mentions Vitoria (Schmitt, 1926, 1938, 1939, 2007). This was not a reflection of the characteristic inattention German political and legal theorists

paid to Spain, for Schmitt had a deep affinity for Catholic Latin culture. Unlike his German peers, he had quite early integrated such 19th-century Spanish conservatives as Donoso Cortés into this political analysis (Bendersky, 1983, pp. 51–56). Vitoria is also noticeably absent in Schmitt's long lecture in Spanish on the transformation of international law delivered in June 1943 at the *Instituto de Estudios Políticos* in Madrid (Schmitt, 1943). And even while he was delivering, among others, his Vitoria lectures the following year, he noted that his "most important lecture was the one on Donoso Cortés" (Schmitt, 1943–1944, as cited in Tilitzki, 1998, p. 246).

2. Schmitt's Vitoria lectures in Portugal and Spain, 1943–1944

The lecture trips Schmitt took to Romania, Spain, and Portugal in 1943–1944 were part of the cultural initiative vigorously promoted by the Nazi state in what was perceived as very fertile ground for pro-German propaganda, which took on heightened importance when the war turned against Germany by 1943. For Schmitt this offered an academic limelight and public recognition he had not known since his chastisement by the SS in 1936. He spoke at prestigious institutes before the most prominent legal scholars in these countries, often with large audiences reaching into the hundreds. There he also had ample opportunities to engage scholars, dignitaries, and leaders such as Romanian Minister President Mihai Antonescu in intellectual and political discussions (Schmitt, 1942, as cited in Tilitzki, 1998, pp. 220–221). It is clear from Schmitt's reports on these lectures and engagements that he never lost sight of the propaganda intent of such Nazi-sponsored journeys. Nonetheless, the intellectual content and tone of his lectures reflected scholarly seriousness of purpose, reflecting his developing perspectives on international law, particularly regarding war, many of which are still studied to this day. As has been noted, though his lectures "probably did not reveal that distance

from National Socialism of which [he] boasted after 1945, it is not surprising in view of the official background of these lectures… Compared to the travelogues of some of his colleagues, C.S.'s cultural-political suggestions and ideological asides appear rather modest" (Tilitzki, 1998, pp. 195–198).

During his 1943 lectures on international law, Schmitt encountered among his hosts and intellectual discussants the directors of Vitoria Institutes, as well as "renowned Vitoria scholar[s]." Visiting the director of the Vitoria Institute in Madrid, Schmitt "took the opportunity to familiarize [himself] with the current state of the controversies surrounding Vitoria for [his] lecture in Salamanca, something that is impossible to do outside of Spain." In Salamanca, he was "quickly informed about the most important aspects and the current state of Vitoria research" (Schmitt, 1943–1944, as cited in Tilitzki, 1998, pp. 230–239, 243, 247). These encounters apparently sparked an interest in Vitoria that would allow for an elaboration of arguments he had made in the late 1930s and his more recent preoccupation with *Großraum*; an interest heightened by his anxieties about the wartime situation and likely consequences of a German defeat. In *Die Wendung zum diskriminierenden Kriegsbegriff* (1938) he had chastised the positions on war and international law represented by Sir John Fisher Williams and Arnold McNair. Now shifting his attention he reported:

> Finally I would like to mention in particular that in Salamanca…I received a profound impression of the subtle cultural propaganda that has been carried out by the Americans for decades under the name of the Spanish scholar of international law, Vitoria. The Carnegie Foundation, with its enormous resources, serves this tendency. James Brown Scott the Secretary of the Carnegie Endowment for International Peace, and Director of the International Law Department was personally in Salamanca in 1928 or 1929….I am laying claim to have been the first German scholar of international law to have stood at this important point and to have broken the ring of Masonic pacifism. (Schmitt, 1943–1944, as cited in Tilitzki, 1998, pp. 237–238)

The following year Schmitt's alleged discovery became a *Schwerpunkt* for his Vitoria lectures in Portugal and Madrid, the latter hosted by the Vitoria Institute. Therein, he accused the "zealous" Scott of "the instrumentalization of Vitoria's arguments… to the point of political myth-making" (Schmitt, 2003b, p. 119). Schmitt sought not only to resurrect the true reality of Vitoria's positions in the proper historical, legal, and theological context, but to use the Dominican as a means to reveal his own criticism of the inhumanity of the current total war (Bendersky, 2007). In the process, however, Schmitt eschewed disturbing his hosts with his own lingering doubts about Vitoria's actual stance on just wars. Such welcoming venues and his cordial relations with Vitoria scholars partially explain the crucial discrepancies between these lectures and his *Glossarium* comments.

3. Contextual significance of the wartime catastrophe for Schmitt's Vitoria interpretations

The personal and political situations in which Schmitt conceived and wrote his first versions on Vitoria for his 1944 Spanish lectures also differed dramatically from those he confronted in the immediate postwar years where these were published in Germany unaltered. In 1943–1944, Schmitt's perspectives on Vitoria clearly reflected his apprehension of events in the East and the West. Although by 1943 Schmitt realized that the war was lost, the certainty of a dire postwar reckoning became intermixed with his almost daily preoccupation with what the immediate situation meant for the fate not only of Germany but of Europe and humanity. There was also a personal dimension, as his students serving on the eastern front conveyed to him the truth of the reality of the war. Moreover, the incessant Allied Strategic Bombing Campaign had brought the war into the heart of German cities; and on August 23, 1943, Schmitt's Berlin home was bombed out (Mehring, 2014, pp. 370–373, 381).

Since the invasion of the Soviet Union, Schmitt and a close coterie of conservative confidants, most notably the rightist intellectual Ernst Jünger and Göring's Prussian Finance Minister Johannes Popitz, were increasingly distraught over the catastrophic destruction and barbarity of the total war waged between the two intractable nihilistic foes in the East—Nazi Germany and Stalinist Russia, each driven by a dehumanized self-righteous ideology that dictated, in Jünger's words, not only the killing of the other but its complete "metaphysical" extinction. Jünger had personally observed this merciless mutual mass destruction of foes during his journey to the Osten in 1942, and was kept informed by military and diplomatic contacts in Paris, where he served on the German General Staff (Jünger & Schmitt, 1999, pp. 128–130, 152–153, 171–177; Jünger, 2019, pp. 182–183, 190–191, 209, 287, 298). Popitz acquired similar information as a figure at the center of the conservative-military resistance. He would subsequently be executed after the July 20, 1944 plot to assassinate Hitler; two other members of Schmitt's personal circle also fell victim to Nazi revenge—Jens Jessen was executed and Wilhelm Ahlman committed suicide (Mehring, 2014, p. 384).

From Jünger and Popitz, Schmitt also received intimate knowledge of the "mass atrocities" against Jews and that "extermination is certainly occurring on a huge scale" (Jünger, 2019, pp. 151–152). Schmitt's now well-documented, often vitriolic, anti-Semitism notwithstanding (Bendersky, 2016, 2021; Gross, 2007), he was equally distraught at the inhumane treatment of the Jews generally; and, as Reinhard Mehring (2014) had convincingly argued, "there is no doubt that Schmitt considered genocide and the Holocaust as crimes" (p. 396). All of these revelations from Popitz and others coincided with Schmitt's preparations for his 1943 lecture trips to Spain; and in July of that year, he discussed Vitoria with Jessen (Bendersky, 2026).

As I have elaborated elsewhere, Schmitt used his Vitoria lectures as an outlet for his deep private convictions and apprehensions about these events. It is clear that Schmitt and his conserva-

tive confidants despised Hitler and the Nazis, expressing particular repulsion regarding the prosecution of the war and mass murders in the East. Schmitt regarded these actions as the culmination of 19th-century scientific materialism, Darwinism, and a Nietzschean nihilistic "will to power" mentality that had debased the human to a mere naturalistic animal. That worldview had spawned such dehumanizing and ultimately devastating concepts as *Übermensch*, *Untermensch*, and biological racist "Nordic megalomania" (Bendersky, 2026).

In this respect, his sections on Vitoria's stance on the humanity or inhumanity of the Indians parallel the private sentiments in Schmitt's conservative circles. This is especially noticeable in Schmitt's articulation of his longstanding warnings about total enemies and total wars of destruction in the name of a misguided and misappropriated concept of universal humanity or other absolutist ideological convictions. Already in *The Concept of the Political*, he had warned that the misappropriation of the concept of humanity had "certain incalculable effects, such as denying the enemy the quality of being human and declaring him to be an outlaw of humanity; and a war can thereby be driven to the most extreme inhumanity." Indeed, "the concept of humanity is an especially useful ideological instrument of imperialist expansion" (Schmitt, 2007, p. 54). Similarly, before the outbreak of war, he had elaborated on this concern in *Die Wendung zum diskriminierenden Kriegsbegriff*, prescient in its insight that an "ultimate final war for humanity" would culminate in a "total war" expanding beyond military dimensions and engulfing all non-combatants (Schmitt, 1938, pp. 49–50; Schmitt, 1940, pp. 249–250).

Although all of this relates to Schmitt's concerns about the catastrophic consequences of misappropriated concepts of just enemies and just wars, his specific contemporary points about humans and in-humans are not a part of his postwar reconsiderations. On these points, like his poignant critique of the notions of *Übermenschen* and *Untermenschen*, he remains consistent in all versions of his work (Bendersky, 2026; Schmitt, 2003b, pp. 103–105). Thus,

these segments of his Vitoria work are beyond the scope of an analysis of his postwar *Glossarium* notations.

Schmitt's wartime apprehensions about events in the West related to a critique he had advanced since the 1920s about the "criminalization of war," as well as of the notion of "unjust wars" defined by the principle of "aggressive" acts of one state against another. Although he considered the Hitler state a criminal regime and urged the prosecution and severe punishment for actual "war crimes" and the barbaric treatment and murder of non-combatants, he also foresaw portentous signs of the fate of the German state and people at the hands of the victorious Anglo-Saxon powers in the West. Acting on the liberal notion of universal humanity, further sanctioned by the concepts of the "criminalization of war" itself and "aggressive war" as an "unjust war," the West could continue its "boundless [capitalist] imperialism." Schmitt (1943) cited U.S. secretary of war Henry Stimson's doctrine of global "pan-interventionism" in the emergent "American century" (pp. 35–36).

4. The admirable scholastic and Christian moralist: Schmitt's initial depictions of Vitoria

Before such dire prognoses materialized in a postwar reality —as, of course, they would be perceived and interpreted by Schmitt— he had depicted Vitoria as a laudable icon of the moral and humanitarian intellectual world of medieval Christianity that had been destroyed by various modernizing intellectual currents since the Enlightenment. It was an intellectual world and value system with which Schmitt had a deep personal affinity even after he had moved beyond his former youthful Catholicism. Such a *Weltbild* also helps explain his longstanding antipathy toward a materialistic worldview and its offspring secular liberal humanism. Moreover, like many conservatives in his personal circles, Schmitt,

too, experienced a personally profound and heightened Christian intensity during the war.[2]

Before his postwar experiences with the Allied occupying powers, he depicted Vitoria as a "courageous" intellectual and master of the scholastic method (Schmitt, 2003b, p. 101). Vitoria posed serious challenges to the prevailing doctrine of Indians as inhuman and the concept of "discovery" as the justification for land acquisition in the New World. The entire globe, including the New World, was already God's kingdom. As God's representative on earth, the pope guided and judged this global universal Christian realm. And Vitoria assumed that the principle of the "general equality of mankind," also applied to the Indians (Schmitt, 2003b, p. 107). However, the surface appearance of objectivity and neutrality pervading the rigors of Vitoria's scholastic logic and argumentation created a perspective significantly devoid of changing historical realities. Eschewing an empirical investigation and analysis of what Europeans, and specifically the Spanish, were actually doing in the New World, Vitoria essentially imposed an ahistorical abstract construction on the real world. It was a medieval worldview of an eternal and universal Christian realm unaltered by time and space. As Schmitt (2003b) aptly described it, for Vitoria "The New World… was not new, and the moral problems it entailed could be handled by the immutable concepts and standards of his scholastic system of thought" (p. 106).

Thus, Vitoria's perception of "international law" as it related to the conquest of the New World emanated completely from the "papal missionary mandate" for the Spanish crown. To the extent that this actually constituted a form of international law, it specifically involved the relationship of the church to the state rather

2 Such anti-materialistic Christian sentiments are ubiquitous in the Jünger-Schmitt correspondence of the war years (Jünger & Schmitt, 1999). See also Schmitt (2003a), *Tagebücher, Oktober 1912 bis Februar 1915*; and *Die Militärzeit 1915 bis 1919 (*Schmitt, 2005). For the best elucidation of Schmitt's personal Christianity and his distinctive relationship with and disassociation from institutional and dogmatic Catholicism, see Mehring (2016), "A 'Catholic Layman of German Nationality and Citizenship'?".

than a modern version of international law legally regulating relations among sovereign states (Schmitt, 2003b, p. 111).

As a moral counsellor and theologian, rather than a jurist, Vitoria took this spiritual papal missionary mandate seriously. He constructed his scholastic moral and theoretical justifications about the *Conquista* accordingly, with significant dualistic dimensions. On the one hand, it defended the humanity, land and property, and cultural integrity of the Indians against persecution, suppression, and destruction by the Spanish conquerors. But on the other hand, it justified the right of Christian missionary work and commercial expansion into the territories of indigenous peoples. As Schmitt perceived it, Vitoria's elaboration of the latter ultimately justified the political, economic, and religious expansion and domination of the New World. But it did so "only indirectly" from the medieval perspective on "just wars," with its corollaries of "just cause" and "just enemy" (Schmitt, 2003b, pp. 120–121).

The legitimacy of "just wars" of conquest had been a long-established principle in medieval international law. For centuries, the papal missionary mandate had provided the "just cause" for such wars as a divine dictate for converting the infidels of the Islamic Empire or the heathen Slavs in Eastern Europe. "In this respect," Schmitt (2003b) noted, "the Spanish *conquista* was an extension of the concepts of the spatial order of the *respublica Christiana* of the Middle Ages" (p. 113).

In stark contrast to what, in Schmitt's view, modern advocates of "just war" theory argued, medieval "just war could be a *just war of aggression*" (Schmitt, 2003b, pp. 119, 124). War was simply war. It had not yet been criminalized. And an aggressive act of conquest did not transform the aggressor into a criminal subject to condemnation or even judicial punishment under international law. Moreover, the "enemy" remained merely the enemy and not a criminal—i.e. a *"Justus hostis*." And this status of *justus hostis* pertains not only to Christian princes but also to Islamic Infidels, Jews, Slavic heathens, and Indians of the New World. Even in an "unjust war," such as one endangering Christianity, the enemy re-

mains merely an enemy, who must be treated similarly to a Christian enemy. New World Indians who interfere with the Spanish Christianizing missions and right to commercial activity could be engaging in an unjust war. Such interference would activate and justify Spanish military action against them without altering the status of the Indians as *justus hostis*. And any resulting punitive measures against the Indians would not differ in kind from those imposed upon a defeated Christian enemy. Here, Schmitt (2003b) emphasized how modern interpreters had conveniently overlooked the many *Dubia* (questions for debate or official decision by the church), Vitoria had expressed "concerning what is permitted in [a] just war" (pp. 120–124).

Throughout his entire analysis of Vitoria's approach and arguments, Schmitt (2003b) remained acutely aware of its ahistorical essence (pp. 108–109). Despite his references to real problems of the categorization and treatment of the Indians, and the Spanish rights to wars of conquest, Vitoria's scholasticism kept him in the realm of abstract logic and argumentation. Nonetheless, there were consequential limits to the intellectual neutrality and objectivity of his theoretical abstractions. He could not conceive of his subject matter and analyses outside of his medieval Christian worldview. Despite his arduous challenges to theological opponents and the actual repressive practices of various Spanish political forces in the New World, "ultimately Vitoria's view of the *conquista* is *altogether positive*." As Schmitt (2003b) concluded, "most significant for him was the *fait accompli* of Christianization" (pp. 109–110).

Here and there, Schmitt alluded to specific aspects of Vitoria's arguments that could lend themselves to misinterpretation by modern scholars of international law. Referring to Vitoria's hypothetical arguments regarding just wars, Schmitt noted that the entire *conquista* could be justified under certain conditions. But Vitoria did not attempt to answer this question. For example, barbarian resistance to Christianizing missions and free commerce, or the oppression of Indian converts to Christianity would constitute

a just cause for a just war against them. These formulations could, Schmitt (2003b) surmised, be construed in modern parlance of international law as grounds for "humanitarian intervention" (p. 109). However, after exposing these cracks in Vitoria's theoretical edifice, Schmitt tended to return to his fundamental argument that such inferences were illegitimate efforts to transform medieval Christian concepts into modern forms.

Schmitt relegated his only substantive criticism of Vitoria on such issues to a single annotated footnote. "It did not occur to Vitoria," Schmitt wrote, "to demand that the *conquista* be reversed, or to provide any other people, such as the French or the English, with a mandate for reparation and punishment of *in bello injusto versantes* [turning to an unjust war]." Vitoria likewise eschewed any distinction between the "various practical methods of exercising rights of missions" that characterized later discussions of these questions. Yet even in this footnote Schmitt (2003b) rationalized Vitoria's avoidance of these issues by reverting to his scholasticism: "Here, too, his intention essentially was to determine the truth of his arguments, rather than to consider the reality of the historico-political situation" (p. 109).

5. Schmitt's significant reconsiderations and resentments of Vitoria in *Glossarium*

Such were the tone, approach, and substance of the Vitoria pieces Schmitt allowed to be published as late as 1949 and 1950. However, Schmitt's *Glossarium* notations of 1947–1949 require a reconsideration of his entire attitude toward Vitoria. This is especially the case regarding whether Schmitt still considered modern secular theorists of international law misappropriators of Vitoria. During these years, Schmitt privately took an increasingly more critical, even somewhat hostile judgmental view toward Vitoria.[3]

3 I am indebted to William Rasch for reminding me of Schmitt's significant change of attitude in *Glossarium*. To my knowledge, the only other scholar

The frequent recourse to Vitoria's scholasticism Schmitt had previously invoked to rationalize the implicit practical historical and realistic consequences of Vitoria's abstract arguments now dissipated in Schmitt's private musings. And here, too, the essential issues over which Schmitt obsessed regarded just war theory generally; and, in particular, the reparations and punishment of defeated powers, including their populations, responsible for supposed unjust wars.

Schmitt's initial diary mention of Vitoria on October 10, 1947, was brief but still positive. He pondered, "What will happen to my important thesis about 'Fr. de Vitoria and the de-theologicalization of international law'?" Then, after querying whether his efforts had been "meaningless and fruitless," Schmitt (1991) wondered whether it was still prudent for him to "Stay silent" (p. 25). Although in coming months Schmitt's brief references indicate a serious reengagement with Vitoria, it is only toward the end of January 1948 that his critical reappraisal surfaces.

For the rest of 1948, he grappled in detail with specific problematic aspects of Vitoria that he had previously eschewed. Schmitt's tone became accusatory. He started with Vitoria's stance on the legality of the *Conquista*. The order of his arguments, Schmitt (1991) exclaimed, "is itself astonishing coming from the mouth of a Christian monk" (pp. 95–96, 105). Quoting Vitoria's original Latin,[4] Schmitt (1991) cited a litany of the Dominican's alleged "just causes" for Spanish intervention and even "just wars": The right of commerce; the right to propaganda; the right to protect Christian converts; the right of a Christian prince, delegated and instituted by the pope; the right to intervene against tyrants; the right to free elections; the right to protect allies!" (p. 105).

alluding to this issue is Tosi (2021), "Carl Schmitt on Francisco de Vitoria: Just War Theory," who does so only in very brief references at the end of his article.

4 "jus commercii am Anfang; jus praedicandi (Propaganda) jus protegendi Christianos conversos, just Christiani principis a Papa delegato et instituto, jus interventionis contra tryannidem, jus liberae electionis, jus protectionis socios!" (Schmitt, 1991, p. 105).

Schmitt underscored that the first two (i.e., *commerce* and *propaganda*) constitute "9/10 of the entire argument!" Thus, what appeared to be on the surface, and had been articulated in Schmitt's original version as mere scholastic argumentation, he now chastised as a reassurance that the Spanish government "will not suffer any financial loss." Essentially, Schmitt averred, Spanish imperialism benefitted greatly from Vitoria's Christian theological arguments. The entire discussion was a "fait accompli of a Christianization process that had already begun, and under which just wars are easily justified" (Schmitt, 1991, p. 105).

Schmitt proceeded with a caustic commentary on the consequential implications of these conclusions, particularly concerning those relevant to him personally and to postwar Germany. "When and in what case could the Spanish ravage the barbarians as if they were treacherous enemies, as convicted criminals, [transformed] from just enemies to treacherous enemies, with the victor as judge." Schmitt vilified Vitoria's lofty theoretical arguments as a retroactive exoneration of the "fait accompli of the violent conquest!" that had occurred forty years earlier. As an added quip, Schmitt (1991) remarked that it was quite fortunate that Vitoria "had not been analyzed by Karl Marx or Lenin. That would have been quite bitter" (p. 106).

Revealing for the first time apparent longstanding doubts about Vitoria, Schmitt stated: "I always asked myself, what does [Vitoria] actually want? He obviously doesn't want to change anything about the political and economic outcome of the conquest. So what does he want?" (Schmitt, 1991, p. 106). Indeed, from his fawning admiration of Vitoria in his Spanish lectures and published accounts, Schmitt now attributed cynical motives to Vitoria. Here Schmitt clearly tarnished the "halo" of his public depictions of this supposed high-minded moral theologian, acting from the purest motives of religious devotion combined with scholastic objectivity and neutrality. Schmitt (1991) concluded quite bluntly that Vitoria "wants to get control of the argument in order to retain intellectual leadership" (p. 106).

Throughout 1948, Schmitt continued to agonize, even despair, over Vitoria. Upon rereading Vitoria, he was again struck by the "horrible abuse of his doctrine of just war" and, in particular, what is permissible in a just war. Yet Schmitt now avers that, in effect, Vitoria had already conceded that "Everything yields to the favor and rights of those who wage a just war." And, with the postwar situation in mind, Schmitt (1991) argued that inherent in Vitoria's discussions of what is permissible in a just war was the logical extension to reparations and requisitions (p. 172). Referring to the helplessness and supposed unjust character of the defeated powers, Schmitt (1991) interjects that "According to Vitoria, the victor of a just war would sell the children of the defeated into slavery" (p. 200).

"When I think of Vitoria's attitude and influence," Schmitt (1991) wrote, "I become frightened by the Dominican. I am now afraid that my chapter on Vitoria in the 'Nomos' is much too gentle, considerate, and almost obfuscating, and thus loses its power" (p. 173). Confident in his new Vitoria critique, Schmitt lamented his own powerlessness in the face of both the Dominicans' saintly adoration of Vitoria and his intellectual elevation by modern advocates of international law. An outraged Schmitt exclaimed: "I could show, in his own words, [that] to Vitoria…a just war is a total war, but who cares?" In fact, "nine tenths of everything said about Vitoria today is a shameless fraud, and, from a scholarly point of view, pure trash and merely the most deplorable conformity" (Schmitt, 1991, p. 173).

Nonetheless, a few months after much agonizing and privately admonishing Vitoria, the original Vitoria interpretation was submitted in February 1949 for publication in the Dominican journal *Die Neue Ordnung*; the following year, it also appeared in *Nomos* (Schmitt, 1949, 2003b). The most plausible explanation for this significant paradoxical contrast between public defense of Vitoria and private recriminations lies in Schmitt's postwar biographical and situational contexts.

One might even speculate that situational context affected his original Spanish lectures on Vitoria. For at that time, Schmitt had also subsumed, into respectful non-committal footnotes, lingering key questions about how Vitoria's theological deductions about "just war" inherently legitimized the *Conquista*. Therein, Schmitt displayed considerable deference to Vitoria's scholasticism while downplaying the consequences of the Dominican's conclusions that he would later chastise so vehemently. As I had argued elsewhere, in that wartime Spanish venue, Schmitt had used Vitoria as a conduit to surreptitiously criticize the racial war in the East, while simultaneously preempting what Schmitt expected to be an exploitation of Vitoria's "just war" concepts to justify severe punishment and retribution following an impending defeat (Bendersky, 2026). Moreover, since the purpose of Schmitt's foreign lectures was to improve relations between Germany and friendly countries, he surely would have been reluctant to criticize such an intellectual icon of his host country as Vitoria, especially while speaking at Vitoria Institutes and addressing the most prestigious Vitoria scholars in his audience.

Indications are that Schmitt was surprised and infuriated that the harsh postwar occupation he expected for Germany would be so personalized in his case. In summer 1945, he wrote a legal opinion on the crime of aggressive war under international law.[5] From Schmitt's perspective, this was a continuation of issues he had raised in his Vitoria lectures, as well as in his writings on international politics, law, and war since the 1920s. At one point, he referenced James Brown Scott's frequent invocation of Vitoria and the neo-Thomist Francisco Suárez as originators of international law and "just war theory" to justify the criminalization of aggressive wars and requisite war crimes trials (Schmitt, 1994, pp.

5 For the details of the origin of this Gutachten and its relationship to the subsequent Nuremberg conviction for the exploitation of forced labor and other crimes of the industrialist Friedrich Flick, see Helmut Quaritsch's Nachwort to Das internationale Verbrechen des Angriffskrieges und der Grundsatz "Nullum crimen, nulla poena sine lege" (Schmitt, 1994, pp. 125–247).

72–73). Although almost the entirety of Schmitt's legal opinion focused on these themes, he fervently condemned the sadism and bestiality of unprecedented atrocities committed under National Socialism, particularly the non-military "systematic murders and inhuman cruelty, whose victims were defenseless human beings." These crimes were so inhumane that their perpetrators could not escape severe punishment by reverting to such positivistic legal principles as "*Nullum crimen, nulla poena sine lege*" (Schmitt, 1994, pp. 72, 80–81).

Schmitt felt frustrated that a legal treatise he considered so key to the entire debate over aggressive war and the postwar predicament of Germany would be ignored. More distressing, that work was soon overshadowed by years of internment and interrogations in which he personally faced prosecution based upon the assumption that he had long "theoretically established the foundations for war crimes, [and] wars of aggression" (Kempner, 1947, p. 38). In September 1945, he was arrested without charges and imprisoned in an internment camp at the urging of Karl Loewenstein, an official in the legal division of the military government in Berlin convinced that Schmitt, as an "intellectual instigator of Hitler's acts of aggression" was indeed a "war criminal" (Loewenstein, 1945). In the fall of 1946, he was released by the Americans after determination there were no grounds for his internment. Nonetheless, he was rearrested in March 1947 by the Nuremberg prosecution team and interrogated in his cell as a potential war criminal before release after two months without charges.[6]

Feeling vulnerable and defenseless, with little faith in the Allied system of postwar justice, Schmitt remained ever cautious, never confronting openly the "authority of the court" (Mehring, 2014, p. 419). When released from Nuremberg in May 1947, he retreated to his childhood home in Plettenberg, where he sought "asylum."

6 For details of Schmitt's various arrests, internments, and interrogations at Nuremberg in 1947, see "*Carl Schmitt's Path to Nuremberg*" (Bendersky, 2007). See also Helmut Quaritsch's incisive analyses in *Antwort in Nürnberg* (Schmitt, 2000).

Publicly, he adhered to his final words to prosecuting attorney Robert Kempner: to retreat into "the security of silence." Barred from his professorship and publishing, and *persona non grata* in most other respects, he never felt secure from future actions against him. For years thereafter, he confined his intense resentments to his private notes, keeping even his anonymous publications under the guise of cautious scholarly language.[7]

However, feeling himself a victim, his private notations vacillated between emotional outbursts against perceived injustices and more intellectual, though no less intense, revelations of his preoccupation with the themes of "just war" in relationship to "victor's justice," including his candid reconsiderations of Vitoria. "In the summer of 1945, I raised my helplessly weak voice," he wrote, "and was immediately silenced." He prided himself on "[saving] the honor of European jurisprudence with [his] presentation on the criminalization of the enemy under international law and the distinction between enemy and criminal." But only the voices of revenge and the "noise of *ira* and *Iracundia*" (anger and wrath) prevailed in that atmosphere. In his mind, no public figure dared display the sentiments of a "judicious victor" (Schmitt, 1991, pp. 142–144). Instead, the criminalization of war and enemies advocated by James Brown Scott had culminated in Nuremberg as the fundamental legal contentions and "victor's justice" of its chief Prosecutor Robert Jackson. It had been Scott, Schmitt (1991) emphasized once again, who had elevated Vitoria to special esteem (pp. 173, 186–187).

Most of Schmitt's private reconsiderations and recriminations against Vitoria were written during 1948, a year in which he and his family confronted an urgent financial crisis. Although such circumstances undoubtedly affected his mood, his critiques of Vitoria had been inherent in his entire preoccupation with the criminaliza-

7 For example, his *Nomos of the Earth* and *Ex captivitate salus* were originally circulated privately in typescript; and his article on Vitoria in *Die neue Ordnung* was published anonymously. See also Mehring's *Carl Schmitt* (2014, pp. 437–446).

tion of war. Also, heavily dependent financially upon publications, Schmitt accepted the invitation by the Dominican Academy in Walberberg in 1949 to publish his older study of Vitoria. The monastery at Walberberg, which Schmitt often visited, had served as a second "Asylum," where he could tranquilly think and write. One could plausibly infer two reasons for the submission of his original text, despite his recent private resentment toward Vitoria. Schmitt remained wary of eliciting the wrath of the occupying powers and even that of the new political forces in Germany by engaging in a public airing of his actual arguments regarding Vitoria and victor's justice (Mehring, 2014, pp. 420–450). Likewise, it would certainly be imprudent to offend his publisher and hosts. "The Dominicans," Schmitt (1991) remarked, "consider Vitoria a household saint and a matter of prestige" (p. 173).

Schmitt subsequently felt betrayed and his religious asylum violated when *Die Friedens-Warte* soon published a long, devastating assault ("*Eine Entgegnung*") on his Vitoria article by Friedrich August von der Heydte (1949). As Reinhard Mehring so aptly depicted it, Schmitt had again been dramatically reminded that his "persona and publications were controversial." And that this was true even of the sanitized version of his Vitoria article. Schmitt's subsequent secession from Walberberg had, Mehring (2014) noted, indicated that "His renewed attempt to associate with Catholic circles had thus failed" (p. 438; see also Schmitt, 1991, p. 438).

6. Conclusions

In recent years, the expanding literature on Schmitt and Vitoria has emerged as an important component of the renewed attention given to the study of Schmitt's ideas on war and international law. However, any attempt to understand and illuminate Schmitt's perspectives on Vitoria must include the reconsiderations and often acerbic comments on Vitoria in *Glossarium*. Recognition of the dramatic contrasts and contradictions in tone and substantive argu-

mentation between the published versions and private recriminations is unavoidable.

These contrasts are so stark and significant that they must be confronted, grappled with, and possibly reconciled in any thorough or comprehensive approach to the intellectual relationship between the chastised twentieth-century jurist and the venerated medieval scholastic.

Clearly, the almost reverential depictions in his published pieces on Vitoria had been tarnished by Schmitt's private reflections on the cleric as a figure with personal, even political, motives, as opposed to the image of an objective, neutral scholastic—a venerable figure true only to the logic of his arguments in the context of medieval Christian morality and theology. From a theologian with an ahistorical perspective unaffected by the realities of the actual character and brutal consequences of the *Conquista*, Vitoria now appears as someone whose abstract scholasticism ultimately legitimized the Spanish conquest and domination. Very telling of Schmitt's perplexity and questioning of Vitoria's motives is his brief but poignant statement that the scholastic sought to retain his "intellectual leadership" among the political powers that be, rather than someone merely seeking to sustain his deductions among squabbling theologians. Vitoria was apparently sufficiently realistic to recognize the personal and political parameters of someone who wanted to retain his status as a moral counsellor, whose advice would continue to be heard.

Moreover, Schmitt had readjusted his original thoughts regarding how modern advocates of international law had distorted Vitoria's ideas to support causes "hostile to his intentions." Mere inklings, usually rationalized away, in Schmitt's published versions became quite explicit that inherent in Vitoria's formulations were notions of just wars as total wars. And these included reparations and the treatment of the defeated as determined by the victor, acting as the sole judge. Vitoria had established that under certain circumstances, the just enemy could now legitimately become the perfidious enemy. Schmitt, of course, never deviated from this

original respect for Vitoria's humanitarian stance on the Indians as humans, whose culture, religion, and property must be protected. However, Schmitt now emphasized that all of this could be, and actually was, swept aside under certain circumstances and factors as stipulated in Vitoria's writings.

Nonetheless, there is another aspect of this broader question worth pondering: the conflicting perspectives on Vitoria between Schmitt's published versions and his private ones. This involves the debate over the role of theology and Christianity in Schmitt's political and legal thought. Clearly, his destitute and despairing postwar circumstances help explain his critical reexamination of Vitoria, just as his insecurity about the repercussions of engaging in public debates made him reluctant to reveal these revised critical views of Vitoria publicly. However, one might speculate about whether Schmitt allowed his laudatory depiction of Vitoria to be published untarnished because he himself still lamented the loss of that world of medieval meaning and values. Although I am not at all swayed by interpretations that Schmitt was a political theologian (Koenen, 1995; Meier, 1995, 1998; Roberts, 2015), I nonetheless perceive him as a thinker who still believed in Christianity as a crucial religious, cultural, and historical phenomenon. It was a view he shared with Jünger, Popitz, and others in their conservative circles. Consciously or unconsciously, he might have continued to see his original Vitoria interpretations as a counterweight to those secular materialistic and scientific currents since the eighteenth century to which he attributed the catastrophes of the twentieth century.

References

Anghie, A. (2004). *Imperialism, sovereignty and the making of international law.* Cambridge University Press.

Bendersky, J. W. (1983). *Carl Schmitt: Theorist for the Reich*. Princeton University Press.

Bendersky, J. W. (2007). Carl Schmitt's path to Nuremberg: A sixty-year reassessment. *Telos, 139*, 6–34.

Bendersky, J. W. (2016). Schmitt's diaries. In J. Meierhenrich & O. Simons (Eds.), *The Oxford handbook of Carl Schmitt* (pp. 117–146). Oxford University Press. https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199916931.013.005

Bendersky, J. W. (2021). Underestimating German antisemitism: The case of Carl Schmitt, the Frankfurt School, and Weimar Jewish elites. In A. Kohen & G. J. Steinacher (Eds.), *Antisemitism on the rise: The 1930s and today* (pp. 23–45). University of Nebraska Press. https://doi.org/10.2307/j.ctv1xp9pd0.5

Bendersky, J. W. (2026). Tyrannum licet decipere: "The mind has its ineluctable freedom…even in the claws of the Leviathan": Vitoria as clue to Schmitt's concepts of *Grossraum*, race, and war during World War II. In J. M. Beneyto & I. de la Rasilla (Eds.), *Carl Schmitt and Francisco de Vitoria: The paradox of universalism in international law* (pp. 325–350). Brill | Nijhoff. https://doi.org/10.1163/9789004757448_014

Beneyto, J. M. (2020). Camilo Barcia Trelles on Francisco de Vitoria: At the crossroads of Carl Schmitt's Grossraum and James Brown Scott's "Modern International Law." *European Journal of International Law, 31*(4), 1477–1492. https://doi.org/10.1093/ejil/chab005

Beneyto, J. M., & de la Rasilla, I. (Eds.). (2026). *Carl Schmitt and Francisco de Vitoria: The paradox of universalism in international law*. Brill | Nijhoff. https://doi.org/10.1163/9789004757448

Chandler, D. (2008). The revival of Carl Schmitt in international relations: The last refuge of critical theorists? *Millennium: Journal of International Studies*, *37*(1), 27–48. https://doi.org/10.1177/0305829808093729

Gross, R. (2007). *Carl Schmitt and the Jews: The "Jewish question," the Holocaust, and German legal theory* (J. Golb, Trans.). University of Wisconsin Press.

Heydte, F. A. von der. (1949). Francisco de Vitoria und die Geschichte seines Ruhmes: Eine Entgegnung. *Die Friedens-Warte, 49*(4/5), 190–197.

Jünger, E. (2019). *A German officer in occupied Paris: The war journals, 1941–1945* (T. S. Hansen & A. J. Hansen, Trans.). Columbia University Press. https://doi.org/10.7312/jung12740

Jünger, E., & Schmitt, C. (1999). *Briefe 1930–1983* (H. Kiesel, Ed.). Klett-Cotta.

Kempner, R. W. (1947). *Interrogation of Professor, Karl [sic] Schmitt, April 11, 1947*. Robert M. W. Kempner Papers, U.S. Holocaust Memorial Museum Archives, Washington, DC, RG 71-0005.05, Prosecution Case Books, Case XI, Boxes 187–188.

Koenen, A. (1995). *Der Fall Carl Schmitt: Sein Aufstieg zum "Kronjuristen des Dritten Reiches"*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

Koskenniemi, M. (2011). Empire and international law: The real Spanish contribution. *University of Toronto Law Journal, 61*(1), 1–36. https://doi.org/10.3138/utlj.61.1.001

Loewenstein, K. (1945). *Library of Professor Carl Schmitt, October 10, 1945*. Karl Loewenstein Papers, Amherst College Archives, Amherst, MA, Box 28/1.

Mehring, R. (2014). *Carl Schmitt: A biography* (D. Steuer, Trans.). Polity Press.

Mehring, R. (2016). A "Catholic layman of German nationality and citizenship"? Carl Schmitt and the religiosity of life. In J. Meierhenrich & O. Simons (Eds.), *The Oxford handbook of Carl Schmitt* (pp. 73–95). Oxford University Press. https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199916931.013.28

Meier, H. (1995). *Carl Schmitt and Leo Strauss: The hidden dialogue* (J. H. Lomax, Trans.). University of Chicago Press. https://doi.org/10.7208/chicago/9780226221755.001.0001

Meier, H. (1998). *The lesson of Carl Schmitt: Four chapters on the distinction between political theology and political philosophy* (M. Brainard, Trans.). University of Chicago Press.

Nys, E. (1917). Introduction (J. P. Bate, Trans.). In F. de Vitoria, *De Indis et de ivre belli relectiones* (E. Nys, Ed., pp. 55–100). Carnegie Institution of Washington.

Rasch, W. (2003). Human rights as geopolitics: Carl Schmitt and the legal form of American supremacy. *Cultural Critique, 54*, 120–147. https://doi.org/10.1353/cul.2003.0040

Roberts, A. B. (2015). Carl Schmitt—political theologian? *The Review of Politics*, 77(3), 449–474. https://doi.org/10.1017/S0034670515000364

Schmitt, C. (1926). *Die Kernfrage des Völkerbundes*. Dümmler.

Schmitt, C. (1938). *Die Wendung zum diskriminierenden Kriegsbegriff*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1939). *Völkerrechtliche Grossraumordnung mit Interventionsverbot für raumfremde Mächte: Ein Beitrag zum Reichsbegriff im Völkerrecht*. Deutscher Rechtsverlag.

Schmitt, C. (1940). Über das Verhältnis der Begriffe Krieg und Feind. In C. Schmitt, *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar—Genf—Versailles, 1923–1939* (pp. 244–251). Hanseatische Verlagsanstalt.

Schmitt, C. (1943). *Cambio de estructura del derecho internacional*. Instituto de Estudios Políticos.

Schmitt, C. (1949). Francisco de Vitoria und die Geschichte seines Ruhmes. *Die Neue Ordnung: Zeitschrift für Religion, Kultur, Gesellschaft, 3*(4), 289–313.

Schmitt, C. (1991). *Glossarium: Aufzeichnungen der Jahre 1947–1951* (E. Freiherr von Medem, Ed.). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1994). *Das internationalrechtliche Verbrechen des Angriffskrieges und der Grundsatz "Nullum crimen, nulla poena sine lege"* (H. Quaritsch, Ed.). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2000). *Antworten in Nürnberg* (H. Quaritsch, Ed.). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2003a). *Tagebücher, Oktober 1912 bis Februar 1915* (E. Hüsmert, Ed.). Akademie Verlag.

Schmitt, C. (2003b). *The nomos of the earth in the international law of the Jus Publicum Europaeum* (G. L. Ulmen, Trans.). Telos Press.

Schmitt, C. (2005). *Die Militärzeit 1915 bis 1919: Tagebuch Februar bis Dezember 1915, Aufsätze und Materialien* (E. Hüsmert & G. Giesler, Eds.). Akademie Verlag.

Schmitt, C. (2007). *The concept of the political: Expanded edition* (G. Schwab, Trans.). University of Chicago Press.

Schröder, P. (2012). Carl Schmitt's appropriation of the early modern European tradition of political thought on the state and interstate relations. *History of Political Thought, 33*(2), 348–371.

Smeltzer, J. (2018). On the use and abuse of Francisco de Vitoria: James Brown Scott and Carl Schmitt. *Journal of the History of International Law, 20*(3), 345–372. https://doi.org/10.1163/15718050-20021052

Tilitzki, C. (1998). Die Vortragsreisen Carl Schmitts während des Zweiten Weltkrieges. In P. Tommissen (Ed.), *Schmittiana: Beiträge zu Leben und Werk Carl Schmitts* (Vol. 6, pp. 191–270). Duncker & Humblot.

Tosi, G. (2021). Carl Schmitt on Francisco de Vitoria's just war theory. In C. Haar, M. Kaufmann, & C. Müller (Eds.), *Civilization–Nature–Subjugation: Variations of (De-)Colonization* (pp. 323–340). Peter Lang.

CAPÍTULO 2

LEVIATÁN Y BEHEMOT O LAS RAÍCES TEOLÓGICAS DE LA GEOPOLÍTICA EN CARL SCHMITT

Eduardo Hernando Nieto[1]

El hombre es un ser terrestre, un ser que pisa la tierra.
Carl Schmitt, *Tierra y Mar*

RESUMEN

Acontecimientos como la operación militar especial de Rusia en Ucrania, el gobierno del presidente Trump en los Estados Unidos y su movimiento MAGA (Make America Great Again), o el conflicto en Medio Oriente entre Israel y Palestina han traído nuevamente al debate la temática geopolítica. Si bien Carl Schmitt no es normalmente reconocido como un referente de la materia, tra-

1 Doctor en Filosofía, director de la carrera de Ciencias Políticas en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)

bajos suyos de indudable contenido geopolítico como *Tierra y mar* y *El Nomos de la Tierra*, así como su influencia en autores de la geopolítica contemporánea como el profesor ruso Alexander Duguin, nos permiten considerarlo como una pieza clave para interpretar estos hechos y encontrarles también un sentido y una coherencia dentro del marco de su propia concepción teológico-política. Así pues, como en la política la esencia de esta descansa en el antagonismo amigo y enemigo, en la geopolítica la tensión girará en torno al choque entre la tierra y el mar, pero siempre bajo la lógica de que todos los conceptos políticos modernos son conceptos teológicos secularizados.

Palabras clave: geopolítica, teología política, *nomos*, talasocracia, telurocracia, liberalismo, globalización.

ABSTRACT

Events such as Russia's special military operation in Ukraine, President Trump's administration in the United States and its MAGA (Make America Great Again) movement, and the conflict between Israel and Palestine in the Middle East have brought geopolitics back into public and academic debate. Although Carl Schmitt is not usually recognized as a major reference in the field, works of his with clear geopolitical content, such as *Land and Sea* and *The Nomos of the Earth*, as well as his influence on contemporary geopolitical thinkers such as the Russian scholar Alexander Duguin, allow us to regard him as a key figure for interpreting these events and for understanding their meaning and coherence within the framework of his own political-theological conception. Thus, just as the essence of politics rests on the friend–enemy distinction, in geopolitics the central tension revolves around the conflict between land and sea, always within the logic that modern political concepts are secularized theological concepts.

Keywords: geopolitics, political theology, *nomos, thalassocracy, tellurocracy, liberalism, globalization*.

1. Teología política y geopolítica

El intelectual francés Alain de Benoist, al referirse al concepto de teología política —partiendo de las ideas de Carl Schmitt, por supuesto—, coincide claramente con el profesor alemán, en el sentido de afirmar que nos encontramos frente a un término que puede adoptar diversas formas.

> Recordemos desde un principio que la expresión de teología política es siempre ambigua, porque puede referirse a la pretensión de la teología de jugar un rol político (una política inspirada por la teología) o una política análoga a la teología. De allí que el campo de la teología política es vasto. (De Benoist, 2013, p. 11)

Sin embargo, tal ambigüedad puede ser también contradictoria:

> La teología puede servir para designar las tentativas de fundar teológicamente el poder político, es decir, a partir de un principio según el cual "todo poder viene de Dios" para demostrar que quien detenta el poder político, el monarca, el duque, el emperador, está correctamente habilitado por Dios para ejercer su poder. Es en este sentido que existe una teología política imperial con Eusebio de Cesarea para fundar el Imperio de Constantino, una teología política pontifical con Egidio Romano, una teología política monárquica con Bossuet que reformula el fundamento teológico del derecho divino de Luis XIV, por no citar aquí otros ejemplos. Tal acepción se encuentra ya en Moisés y es la única que conoce el islam. Pero el concepto de teología política puede también referirse, en un sentido muy diferente, a la analogía entre una estructura teológica y una estructura política que son sin embargo formalmente independientes, reflejándose una frente a la otra. (Maulin, 2013, p. 31)

Como será obvio, esta distinción entre estos dos significados de teología política resultará esencial:

La primera es aún interna a un cosmos que la engloba. Hay por ejemplo un lugar íntimo entre la realización del destino del Imperio Romano bajo Constantino y la propagación del cristianismo. La segunda por el contrario resulta de una crisis de la relación de la política y la religión (Lilla, 2010).

En este sentido, el problema con esta segunda forma de teología política es que al final terminará por relegar la teología al ámbito privado y es como se dice el inicio del proceso de secularización que se manifestará de forma muy evidente ya para la época de la reforma protestante y la aparición del Estado Moderno (Lilla, 2010).

De esta manera, la primera concepción de teología política sería la que mejor encaja con lo que en teoría política medieval se llamaría la concepción descendente del poder, mientras que la segunda, en cierto modo, con la concepción ascendente (Ullmann, 2013). Igualmente, podríamos considerar que la forma descendente se identifica claramente con las formas políticas tradicionales, mientras que la segunda marca el comienzo de la política moderna, en donde el centro o protagonista de la práctica política deja de ser la ciudad o el régimen (Strauss, 2014; Manent, 2022) para pasar a ser el poder y el Estado, como bien se puede apreciar en autores como Maquiavelo y Hobbes, por ejemplo (Manent, 1995).

Ahora bien, lo que se podría destacar, además, es la forma como esta segunda teología se va a conectar con la modernidad y, de hecho, se convertirá en su motor, pues el poder de Dios será ahora análogo al del soberano. Pero, en el caso del soberano, como lo demuestra la historia de las ideas políticas, este pasará del pueblo al individuo; es decir, nos encontraremos con el comienzo del liberalismo moderno y el individualismo. De allí que tenga tanto sentido la famosa frase de Schmitt: "todos los conceptos centrales de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados" (Schmitt, 1990, p. 37).

A partir del siglo XVIII se decantará todo el proceso de secularización bajo la sombra de la Ilustración, a partir de la independi-

zación de la burguesía respecto de la aristocracia y de la economía y del mercado frente a la política (De Benoist, 2021). Por lo tanto, la religión y la Iglesia, en sentido estricto, perderán toda autoridad, por lo que, desde este momento, el poder (humano) prevalecerá, pero con la idea de ser omnipotente —como Dios—, para lo cual contará con el concurso de la técnica, que le daría control y dominio sobre toda la tierra y el mar, trascendiendo la naturaleza (Heidegger, 2021; Jünger, 2016).

Así pues, si la política moderna es teología secularizada, entonces será evidente que la llamada geopolítica, es decir, "la ciencia que estudia la (relativa) dependencia de los acontecimientos políticos del ambiente físico" (Terracciano, 2021, p. 21), tendrá también sus fuentes en la teología —de lo metafísico a lo físico—; por ello, los orígenes de la geopolítica corresponderían a una forma de geografía sagrada (Mutti, 2017). Ahora bien, llegados a este punto, es necesario recalcar el carácter polémico inherente a la teología (y, por ende, a la política y a la geopolítica también). Así como en la teología encontramos la oposición entre el bien y el mal o Cristo y el Anticristo, en la política, como bien anota Carl Schmitt, el antagonismo estaría entre el amigo y el enemigo (Schmitt, 2005), y así finalmente llegaríamos a la geopolítica, donde la tensión será entre la tierra y el mar (Schmitt, 2007). Por ello, como dice bien Alexander Duguin, la geopolítica en el fondo no significaría otra cosa que el antagonismo entre la tierra y el mar, entre las potencias terrestres y las potencias marinas (Duguin, 2022).

Es momento, entonces, de evaluar los presupuestos sobre los cuales se ha desarrollado la geopolítica a través de la teoría política schmittiana, esto es, la tierra y el mar.

2. ¿El mar y la tierra o el mar contra la tierra?

"El hombre es un ser terrestre, un ser que pisa la tierra. Se sostiene, camina y se mueve sobre la tierra firme" (Schmitt, 2007, p. 21). Así inicia el profesor Schmitt su texto *Tierra y mar*, una re-

flexión sobre la historia universal publicada en 1942, además de ser un extraordinario preámbulo al *Nomos de la Tierra*, que será publicado en 1950. Sin embargo, si bien el hombre camina y no está hecho para nadar o volar, el océano cubre tres cuartas partes del globo, por lo que también el mar ha determinado el modo de ser de la humanidad, y así como vinieron dioses procedentes del cielo, también encontramos aquellos que provenían del mar (Barceló, 2021). La posesión de la tierra desde la antigüedad fue esencial para asegurar la supervivencia mediante su cultivo y cuidado, por ello, podemos encontrar en la filosofía antigua referencias explícitas al cuidado de la tierra y la administración de la hacienda, es decir, la economía (oikos/nomos) (Strauss, 1971).

El propio concepto de posesión —de raíz jurídica romana— implicaría ya la noción de asentamiento, es decir, "el poder de un asentamiento públicamente asignado a una persona; por tanto, en su forma genuina a una preferencia personal sobre un determinado suelo" (d'Ors, 2016, p. 12).

En la Antigüedad es posible evocar dos grandes pueblos que tuvieron visiones encontradas sobre el mar y la tierra: los griegos, navegantes aventajados, y los romanos, que, como mencionábamos, anclaron su civilización en la tierra y nunca fueron grandes descubridores de tierras, al tiempo que no consideraron importante la labor de navegante (d'Ors, 1954). Sin embargo, la visión griega en torno al mar fue, de alguna manera, limitada en comparación con lo que ocurrirá a inicios del mundo moderno.

El poseer tierra era sinónimo de espacio vital y de posesión de poder y, en comparación con el mar, en principio no tenía la misma relevancia, ya que este era visto básicamente como una vía para la comunicación y cierta fuente de alimentos (Barceló, 2021), pero, con el inicio de la colonización en el mundo griego, esto empezó a cambiar, sobre todo cuando Atenas se convirtió en una gran potencia marítima de su época. El mar como vía de comunicación fue más bien fundamental para los mercaderes y navegantes, no para exploradores de nuevas tierras, por ejemplo:

> El océano se abrió en primera instancia a los mercaderes y navegantes y no a los aventureros ávidos de descubrir nuevas tierras. El comercio a larga distancia fue el punto de partida común de los navarcas fenicios y griegos, procedentes de pueblos de gran tradición marítima a pesar de perseguir intereses diferentes. (Barceló, 2021, p. 55)

Fueron entonces los aventureros y piratas quienes abrieron las vías del mar, y pronto estas rutas serían empleadas por los comerciantes, quienes establecerán ciudades mercantiles conformadas por poblaciones de distintas etnias (Barceló, 2021), ya que para los comerciantes la identidad no fue nunca relevante.

Para el año de 1941, Carl Schmitt pronuncia en Núremberg una conferencia titulada "*Soberanía del Estado y libertad de los mares*", publicada posteriormente en francés en los *Cuadernos del Instituto Alemán* en 1943, además de otro artículo titulado "*El Mar contra la Tierra*" (Schmitt, 1990). Luego, esta problemática será desarrollada en su libro *Tierra y mar*, dedicado a su hija Anima. Esta temática él venía ya meditándola desde 1940, cuando trabajaba sobre el derecho en los pueblos marítimos y su hija le pedía que le contara historias, así que él empezó con historias de piratas y balleneros y, de este modo, surgió su interés en el tema, tomando rápidamente conciencia de la oposición elemental entre la tierra y el mar (De Benoist, 2017).

Así, en *El mar contra la Tierra* (1990), decía Schmitt:

> Una interpretación muy antigua de los acontecimientos históricos vislumbra en el cara a cara de las potencias marítimas y las potencias continentales un motor y una constante de la historia universal: La antigüedad clásica nos ha dejado una serie de ejemplos célebres: la guerra entre Roma y Cartago, entre Esparta y Atenas. En la baja edad media la República de Venecia tuvo que afirmase a su vez entre los tronos y las potencias de su época. El almirante francés Castex, especialista reconocido en el arte de la guerra, ha resumido esto de una forma concisa, de la cual deriva toda su doctrina: "El mar contra la tierra". (p. 137)

Estos dos elementos, la tierra y el mar, han sido simbolizados de distintas maneras a lo largo del tiempo, desde la lucha entre el oso y la ballena o como el Behemot, animal terrestre gigantesco, a menudo retratado como un toro o un elefante, y el monstruo marino Leviatán (Schmitt, 1990; Schmitt, 2008; Gueydan de Roussel, 1995).

Es verdad, entonces, que desde tiempos remotos se ha marcado esa oposición entre la tierra y el mar, siendo esta la esencia de la geopolítica que, como indicamos, derivaría de la teología, aunque en la versión secularizada. De allí, entonces, que los símbolos o mitos empleados para distinguir estos elementos provengan de raíz teológica, tanto de la tradición talmúdica y cristiana como de la pagana.

Justamente, Schmitt le dedica un libro a estas raíces en *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes*:

> Por el contrario, el Leviatán en tanto símbolo de la unidad política no es un corpus cualquiera o un animal cualquiera sino una imagen bíblica del antiguo testamento revestida a lo largo de muchos siglos de interpretaciones míticas, teológicas y cabalísticas. Es el monstruo marino que en los capítulos 40 y 41 del libro de Job es descrito como el más fuerte e indómito de los animales. Junto a él se representa con la misma fuerza expresiva y con muchos pormenores a un animal terrestre, el Behemot. Los orígenes mítico – históricos de tales descripciones bíblicas constituyen una pregunta en sí misma. (Schmitt, 2008, p. 54)

Esta interpretación mítica de los elementos de la tierra y el agua (que podría ser complementada con el fuego y el aire) tendrían diversas lecturas desde las variadas fuentes religiosas que se encuentran en la historia, como anotábamos. Por ejemplo, también podría concebirse desde la concepción cristiana a un Leviatán convertido en encarnación de Satanás y, en la tradición cabalística talmúdica, podría ser la manifestación de los gentiles (*goyim*) destinados en sacrificio (Gueydan de Roussel, 1995).

En el caso de la tradición cristiana, el mar (Leviatán) se asocia al diablo. Este monstruo marino igual podría ser un dragón (que,

en este caso, también volaría), y nos recuerda la imagen de San Jorge matando al dragón. El primer padre de la Iglesia San Gregorio Magno ve al Leviatán como la encarnación del mal, pero también es, a la vez, cuadrúpedo, pez y ave, pudiendo extender su poder sobre todos los elementos. Incluso durante la etapa de la Reforma protestante, aún se le conocía como representación del mal (Gueydan de Roussel, 1995).

En la tradición cabalística, más bien se le atribuye tanto a Behemot como a Leviatán el ser los padres de los gentiles (origen diferente de los judíos), siendo igual Behemot el líder de las fuerzas terrestres y Leviatán, de las acuáticas. De esta manera, la lucha que se da entre los pueblos gentiles (no judíos) sería entre las potencias terrestres contra las potencias marinas, mientras se da esta lucha, el pueblo judío observa como espectador esta gran batalla (Gueydan de Roussel, 1995).

Según el libro del Apocalipsis, existe una Bestia que sube del mar y otra que sube de la tierra, pero además está el dragón; sería entonces el Leviatán, es decir, el Anticristo, el Behemot, el falso profeta y el demonio. El Anticristo que blasfema contra Dios y la humanidad, el falso profeta que le sigue el juego al Anticristo y que parece un buen pastor, pero engaña y usa la lengua del demonio (Gueydan de Roussel, 1995).

Llegados a este punto, vale la pena referirse a la etimología de la palabra monstruo porque, si bien es cierto que el Leviatán y el Behemot se encontrarán siempre en una confrontación abierta, compartirán en común su condición de monstruos. La palabra monstruo viene del latín *monstrum*, que puede ser considerado como una señal o una advertencia de los dioses, un prodigio, algo que rompe con las leyes de la naturaleza y puede ser también un mal augurio, como en el caso que naciera un ternero con dos cabezas, por ejemplo. Esto no haría sino ratificar el sentido sagrado del Leviatán y el Behemot y de su lucha. Por lo tanto, la confrontación entre la tierra y el mar comprende, como bien entendía Schmitt, una dimensión simbólica y basada en las fuentes de lo que podría-

mos llamar metapolítica o teología política, es decir, fuentes sagradas.

Entrando ya de lleno a *Tierra y mar*, desde un principio, como vimos el profesor Carl Schmitt establece la prevalencia de la tierra sobre el mar. A pesar de que nuestro planeta tiene un 70% de superficie marina, el hombre es un ser que camina y que se desarrolla y vive en la tierra, en tanto su cuerpo y órganos no están hechos para vivir en el mar. Es más, todo ordenamiento jurídico y político se da en la tierra:

> La tierra lleva sobre su superficie firme vallados y cercados, mojones de piedra, muros, casas y otras edificaciones. En ellos se revela la ordenación y el asentamiento de la convivencia humana. La familia, la estirpe, la casta y la posición, los tipos de propiedad y de vecindad, pero también las formas de poder y de dominio se hacen aquí públicamente visibles. (Schmitt, 2002, p. 3)

Es decir, el hombre es un ser terrestre de acuerdo con su naturaleza y, si bien ha podido, gracias a la técnica, volar como un ave o tener la vista de un águila, su vida está anclada al espacio terrestre, y es solamente en la tierra donde se puede organizar la ciudad a través de las leyes, que son a su vez esenciales para la vida de los hombres. En contraste, en el océano no es posible afirmarse ni ordenar el espacio con el derecho; tampoco se puede dejar huellas ni perdurar: "El mar no posee un carácter en el sentido original de la palabra que procede de la palabra griega *charassein*: grabar, rasgar, imprimir. El mar es libre" (Schmitt, 2002, p. 4). El mar es finalmente un fluido que no se puede tomar; no puede existir un dominio sobre el océano ni nadie puede tener derecho sobre él como podría ser el caso de la tierra: "el océano es de esas cosas que no está para el comercio o el intercambio, esto es, que no se puede apropiar" (Grotius, 2004, p. 30); "el mar es tan común, que no puede estar en dominio sino solo de Dios" (Grotius, 2004, p. 30).

No se puede negar que ha habido pueblos que, por su cercanía al océano, han desarrollado una conexión intensa con el mar. Históricamente hablando, este sería el caso de la República de Venecia

en el siglo XI, que habría celebrado una suerte de "esponsales" con el mar al tener una íntima relación con él, siendo considerada por muchos años (hasta el siglo XV, por lo menos) como símbolo de una potencia marítima y comercial gracias a sus nexos oceánicos (Schmitt, 2007).

Pero una cosa es estar en una relación de cercanía con el mar y otra muy distinta es unirse al mar y construir una civilización oceánica en todo el sentido de la palabra. Ese sería el caso de Inglaterra, que ya para los siglos XVI y XVII iba en esa dirección, con una primera oleada de "espumadores del mar":

> Espumadores del mar de toda laya, piratas, corsarios, aventureros atraídos por el comercio marítimo, constituyen, junto a balleneros y navegantes a vela, la avanzadilla del giro hacia el mar, que tiene lugar entre los siglos XVI y XVII. Nos hallamos ante otro tipo de intrépidos "hijos del mar". Encontramos entre ellos nombres famosos, héroes de la historia del Océano y de la piratería como Francis Drake, Hawkins, sir Walter Raleigh o Sir Henry Morgan, en tantos libros enaltecidos. La vida de cada uno de ellos bastaría para colmar una novela de aventuras. Saqueaban los galeones españoles y eso sería de por sí un tema sugestivo. (Schmitt, 2007, p. 40)

De esta manera, Inglaterra crea una civilización del mar como heredera de todos estos aventureros de los siglos XVI y XVII. La artífice de esto fue la reina Isabel, quien funda el poderío naval inglés. Recordemos nada más que durante su reinado la Armada Invencible fue destrozada, iniciando el declive del Imperio español, además de alentar la piratería, honrando a figuras como Drake y Raleigh (Schmitt, 2007): "antes los ingleses se dedicaban a criar ovejas y a vender su lana en Flandes; ahora, empero, afluye a la isla de todos los mares el fabuloso botín de los corsarios y piratas británicos" (Schmitt, 2007, p. 43).

Se trata entonces del nacimiento de una suerte de capitalismo pirata que inevitablemente antecedió al capitalismo industrial productor y burgués hasta llegar al turbocapitalismo contemporáneo del capitalismo financiero (Fusaro, 2021).

Inglaterra llevará a cabo así una revolución espacial de insospechada magnitud; de aquí en adelante, ella mostrará una fidelidad al océano, transformándose en una potencia talasocrática[2]diferente a cualquier otra colectividad oceánica de la historia:

> Solo a la luz del hecho primordial de la conquista inglesa de los mares y de la separación entre tierra y mar cobran su verdadero significado muchas célebres frases y dichos de uso corriente. Así la máxima de sir Walter Raleigh: "Quien domina en el mar, domina el comercio del mundo, y a quien domina el comercio del mundo pertenecen todas las riquezas del mundo y el mundo mismo". O aquella otra "Todo comercio es comercio internacional; todo comercio internacional es comercio marítimo." (Schmitt, 2007, p. 67)

Vale la pena destacar que el tránsito hacia esta civilización oceánica, si bien apoyada por la corona británica, como vimos, fue producto de acciones particulares y son las acciones de ciertos individuos quienes van a poner al mar en contra de la tierra (De Benoist, 2017).

Por otro lado, tal división entre tierra y mar significará también la contraposición entre guerra terrestre y guerra marítima. Pero la guerra marítima es comercial y busca destruir la economía del enemigo; por lo tanto, su impacto sería total respecto a la población. Cosa distinta ocurría en la guerra terrestre, que solo se circunscribía a los ejércitos de cada bando, sin afectar al resto de la población. Es decir, la guerra marítima era indiscriminada porque el océano no tiene límites (Schmitt, 2007). En este sentido, si traemos nuevamente los símbolos del Leviatán y Behemot, el Leviatán no solo es un monstruo marino, sino también puede encarnar el dragón alado que puede arrojar fuego desde lo alto. Obviamente, esto sería comparable con un bombardeo aéreo, que igualmente no distingue y destruye todo a su paso (Gueydan de Roussel, 1995).

2 Talasocracia (*thálassa*, mar, *kratos*, gobierno): potencia que domina el mar, tanto para su seguridad como para el desarrollo económico.

La conexión entre el mar, el comercio y el desarrollo industrial será evidente y se manifestará, como vemos en la nación inglesa desde el siglo XVII. Allí encontraremos a economistas como William Petty, ligado a la corriente mercantilista, que sentará las bases del Imperio Británico como un imperio no terrestre, sino comercial y marítimo, siendo su himno "Rule Britannia" (De Benoist, 2017).

En esta misma línea, el economista alemán Werner Sombart (2021) advertía ya cómo los grandes filósofos ingleses como Bacon, Hobbes o Spencer, fueron excelentes economistas nacionales y poseían la mente del comerciante orientado a resolver problemas prácticos. Decía: "Yo entiendo por una mente comercial esa visión del mundo que se aproxima a la vida con la pregunta: "¿vida, qué es lo que me puedes dar?" (Sombart, 2021, p. 10).

Inglaterra encarnará así una civilización del espacio, contrastando con las civilizaciones del tiempo. Una civilización moderna que devora el espacio frente a una tradicional que devora el tiempo (Evola, 2018). Volvemos entonces a la metafísica y a la teología sobre la cual se sustenta —en versión secularizada como diría Schmitt— el antagonismo inherente a la geopolítica, es decir, el antagonismo entre el mar y la tierra.

La civilización del mar o del espacio es la manifestación del movimiento y la conquista del espacio que ha creado, además, un increíble arsenal de artefactos para acortar cualquier distancia en una lucha frenética por poseer "una oscura angustia hacia todo aquello que está separado, aislado, profundo o remoto, un impulso a expandir, asociarse con otros y encontrarse uno mismo en cualquier lugar excepto con uno mismo" (Evola, 2018, p. 3). Como agregaría Schmitt, el pez se ha convertido en máquina; ahora se domina el mar con la máquina, y "la revolución industrial convirtió a los espumadores de océanos y a los hijos del mar en constructores y servidores de su poder" (Schmitt, 2007, p. 75).

3. Conclusiones

La historia del imperialismo del mar ha establecido al mar como un espacio transnacional y, desde los filibusteros ingleses y holandeses, también como libre. El fin del Imperio británico marca, a su vez, la transición hacia la aparición de una nueva potencia oceánica, como lo fueron los Estados Unidos, a partir de su doctrina Monroe del siglo XIX (Terracciano, 2021). De aquí en adelante, los Estados Unidos afirmarán su hegemonía, primero en el Sur y el Este y, luego, tras la Segunda Guerra Mundial, a todo el planeta.

El desarrollo de la civilización del mar en este contexto se asemeja a la expansión del capitalismo —y materialismo— a nivel planetario, donde lo esencial es la ausencia de barreras o límites. Aquí podemos recordar, por ejemplo, el famoso eslogan de los revolucionarios de Mayo del 68, "prohibido prohibir" (De Benoist, 2019). Así pues, el liberalismo no sería otra cosa que la libertad de poseer (De Benoist, 2019), y su libertad no se basa en el ser, sino en el tener.

Llegados aquí, podemos entender finalmente la tensión entre la tierra y el mar brillantemente descrita por Schmitt. La tierra, como se dijo, genera arraigo en la persona; es allí donde se puede echar raíces, fundar una familia con permanencia en el tiempo y tener una identidad. La tierra tiene límites: existen montañas y diferentes accidentes geográficos que pueden impedir o dificultar el tránsito, pero lo que queda claro es que solo es posible fijar un orden en un espacio delimitado, es decir, terrestre (Schmitt, 2002). Por el contrario, en el mar no pueden existir fronteras: todo es cambiante, nada es fijo ni firme; el líquido se diluye, las mareas vienen y van, como el capital, o el agua igual se consume. La tierra, por su parte, se manifiesta en la pluralidad: hay desiertos, montañas, mesetas, tundras, pantanos, bosques y muchas cosas más. En cambio, el mar es igual en cualquier parte; podrá cambiar de tonalidad por las variedades de algas que pudiese haber, pero en sí se presenta como homogéneo y da lo mismo si estás en una costa del Pacífico, en el Mediterráneo o en mar abierto.

Así entonces, se dará siempre una tensión entre lo permanente y lo mutable, entre la pluralidad y la homogeneidad, entre el orden y el caos, entre la tierra y el mar, entre la tierra y el cielo, entre Behemot y Leviatán, entre la multipolaridad y el globalismo (Duguin, 2017). En el contexto internacional contemporáneo, Carl Schmitt puede brindarnos muchas luces sobre la situación política y geopolítica a partir de esta eterna y finalmente sagrada confrontación, entre estos dos elementos o fuerzas, una integradora y la otra desintegradora, que tiende a la fragmentación y a su autoconsumo.

Como se mencionaba en la introducción, en esta primera parte del siglo XXI han estado ocurriendo una serie de conflictos y fenómenos políticos de consecuencias planetarias que parecen acercarnos a lo que teólogos políticos contemporáneos, como el ruso Alexander Duguin, abiertamente llaman hoy la batalla del *Armagedón* o del Apocalipsis, una lucha entre el Gran Reinicio[3] y el Gran Despertar (Duguin, 2021). Este último término fue acuñado desde las corrientes antiglobalistas norteamericanas, despiertas y muy activas desde el primer gobierno de Donald Trump y repotenciadas en su segundo mandato (Duguin, 2021). No sabemos a ciencia cierta si este podrá ser el final, pero lo que sí es seguro, como afirmaría el profesor Schmitt, mientras sigan los hombres en la tierra, la lucha entre Leviatán y Behemot se mantendrá por siempre.

3 Se trata de una propuesta lanzada desde el Foro Económico Mundial después de la pandemia en 2020 a fin de reconstruir la economía y sociedad mundial bajo las banderas del globalismo y lo que aquí denominamos la civilización del mar, bajo conceptos como el de gobernanza mundial.

Referencias

Barceló, P. (2021). *El mundo antiguo: Tierra y mar, poder, dominio y guerra, mito e historia, culto y redención en la Antigüedad*. (A. Cadenas González, Trad.). Alianza.

d'Ors, Á. (1954). *De la guerra y de la paz*. Rialp.

d'Ors, Á. (2016). *La posesión del espacio*. Civitas.

De Benoist, A. (2013). Théologie politique : une introduction. *Nouvelle École,* (62).

De Benoist, A. (2017). Introduction. En C. Schmitt, *Terre et mer: Un point de vue sur l'histoire mondiale*. Pierre-Guillaume de Roux.

De Benoist, A. (2021). *La puissance et la foi : Essais de théologie politique*. La Nouvelle Librairie.

De Benoist, A. (2019). *Contre le libéralisme : La société n'est pas un marché*. Éditions du Rocher.

Duguin, A. (2017). *Teoría del mundo multipolar.* Ediciones Fides.

Duguin, A. (2021). *The great awakening vs. the Great Reset*. Arktos Media.

Duguin, A. (2022). La Grande Guerre des Continents. En *Conspirologie, la science des conspirations, des sociétés secrètes et de la guerre occulte*. Ars Magna.

Evola, J. (2018). *The bow and the club* (S. Knipe, Trans.). Arktos.

Fusaro, D. (2021). *Historia y conciencia del precariado: Siervos y señores de la globalización* (A. Pradera Sánchez, Trad.). Alianza.

Grotius, H. (2004). *The free sea* (R. Hakluyt, Trans.; D. Armitage, Ed.). Liberty Fund.

Gueydan de Roussel, G. (1995). Las potencias marítimas, el Leviatán y el estado moderno. *Disenso*, (5).

Heidegger, M. (2021). *La pregunta por la técnica (J. Adrián Escudero, Trad.). Herder.*

Jünger, F. G. (2016). *La perfección de la técnica*. Página Indómita.

Lilla, M. (2010). *El Dios que no nació: Religión, política y el Occidente moderno*. Debate.

Manent, P. (1995). *An intellectual history of liberalism*. Princeton University Press.

Manent, P. (2022). *La ciudad del hombre*. IES.

Maulin, E. (2013). Les fondements theologico-politiques de la pensée politique européenne. *Nouvelle École,* (62).

Mutti, C. (2017). *Democracia y talasocracia: Antología de ensayos geopolíticos*. Hipérbola Janus.

Schmitt, C. (1990). *Du politique : Légalité et légitimité et autres essais*. Pardès.

Schmitt, C. (2002). *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del Ius publicum europaeum* (D. Schilling Thou, Trad.). Comares.

Schmitt, C. (2005). *El concepto de lo político*. Alianza.

Schmitt, C. (2007). *Tierra y mar: Una reflexión sobre la historia universal (R. Fernández-Quintanilla, Trad.). Trotta.*

Schmitt, C. (2008). *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes: Sentido y fracaso de un símbolo político.* Distribuciones Fontamara.

Sombart, W. (2021). *Traders and heroes: Patriotic reflections* (A. Jacob, Trans.). Arktos.

Strauss, L. (1971). *Xenophon's Socratic discourse: An interpretation of the Oeconomicus, with a new literal translation by Carnes Lord*. Cornell University Press.

Strauss, L. (2014). *¿Qué es filosofía política? y otros ensayos*. Alianza.

Terracciano, C. (2021). *Geopolítica.* Hipérbola Janus.

Ullmann, W. (2013). *Historia del pensamiento político en la Edad Media.* Ariel.

CAPÍTULO 3

CARL SCHMITT, O ATAQUE IMPERIALISTA E A DERROCADA DO DIREITO INTERNACIONAL: A CONSTRUÇÃO DO "INIMIGO" E O DOMÍNIO SOB O ESPECTRO DA GUERRA TOTAL[1]

Roberto Bueno[2]

1 Este texto é esboço analítico a ser desenvolvido e que comporá trabalho schmittiano sobre idêntico objeto a ser publicado em formato de livro em meados de 2026.

2 Roberto Bueno. Professor Associado IV da Universidade Federal de Uberlândia (UFU). Professor do Programa de Pós-Graduação da Faculdade de Direito da Universidade Federal do Rio Grande (FURG) (colaborador). Foi Professor do Programa de Pós-Graduação da Faculdade de Direito da Universidade de Brasília (UnB) (2016–2019) (colaborador). Professor da Faculdade de Direito da UFU. Doutor em Filosofia do Direito pelo Programa de Pós-Graduação em Direito da Universidade Federal do Paraná (2009-2011) (UFPR / Nível 6 CAPES). Mestre em Filosofia pelo Programa de Pós-Graduação em Filosofia da Universidade Federal do Ceará (2011-2012). Mestre em Teoria do Estado e Filosofia do Direito pelo Programa de Pós-Graduação em Direito da Univem (2006). Especialista em Direito Constitucional e Ciência Política pelo Centro de Estudios Constitucionales de Madrid (1994). Pós-Doutor em Direito pelo Programa

RESUMO

A hipótese é de que a atualidade do conceito de imperialismo impõe acurada análise face à extensão da crise política contemporânea, cujo aspecto aqui recortado concretamente são as ações intervencionistas em diversas latitudes. Mobilizando como referencial de fundo conceitos e categorias da filosofia política de Carl Schmitt, elaborados durante o primeiro quarto até meados do século XX, o texto propõe apresentar análise para, operando de forma argumentativa conforme elementos históricos contextualizados, identificar a amplitude de sua aplicação para cumprir os propósitos das ações imperiais no âmbito geopolítico e, paralelamente, inspirar mecanismos de reação. A ideia-guia do texto é a crítica do potencial destrutivo do império e seu objetivo de promover a derrocada do direito internacional público, mobilizando vastos recursos que abrangem as idiossincrasias filosóficas que permeiam os conceitos de pluriverso e universo, assim como o controle do conceito de inimigo, guerra total, extraterritorialidade e da própria gramática, manipulando sua substância, objetivan-

de Pós-Graduação em Justiça Administrativa (Universidade Federal Fluminense / UFF) (2022-2023). Pós-Doutor em Direito pela Univem (2016-2017). Graduado em Direito pela Universidade Federal de Pelotas (1992). Coordenador da Rede Internacional de Estudos Schmittianos (RIES), integrada por especialistas de diversos países. Tem experiência em pesquisa em Filosofia do Direito, Filosofia Política e Moral. As linhas de pesquisa são: totalitarismo, democracia, ditadura, Estado de exceção, fascismo, política, liberdade e (*des*)igualdade, pensamento político brasileiro conservador do século XX, constitucionalismo estadunidense clássico. Obras significativas autorais publicadas mais recentemente: (*1*) *Golpismo estrutural e subversão da ordem democrática*: Imperialismo neofascista e pós-neoliberalismo (2016-2022). São Paulo: Max Limonad, 2024; (*2*) *Democracia sequestrada*: Oligarquia transnacional, pós-neoliberalismo e mídia. São Paulo: Max Limonad, 2018; (*3*) *Uma interpretação conservadora-revolucionária de Carl Schmitt*: O potencial totalitário em gestação: Weimar e o nacional-socialismo. São Paulo: Max Limonad, 2018; (*4*) *Francisco Campos e o conservadorismo autoritário*. Brasília: Senado Federal, 2019. Entre suas obras significativas organizadas e publicadas mais recentes, destacam-se: (*a*) *Imperialismo e (neo)colonialismo*: Soberanias interditadas. Experiências da África e América Latina. São Paulo: Max Limonad, 2024; (*b*) *Carl Schmitt*. São Paulo: Max Limonad, 2021; (*c*) *A crise da democracia ocidental e o desafio autoritário*. São Paulo: Max Limonad, 2020; (*d*) *Uma interpretação conservadora-revolucionária de Carl Schmitt*. O potencial totalitário em gestação: Weimar e o nacional-socialismo. Madrid: Dykinson, 2018; (*e*) *Democracia*: da crise à ruptura. São Paulo: Max Limonad, 2017.

do a perpetração do enfrentamento em diversas intensidades sob a perspectiva de concretização do domínio. O propósito do texto é demonstrar que os referenciais teóricos schmittianos viabilizam perceber os movimentos retórico-argumentativos realizados pelo império para garantir o exercício do domínio em escala global e a manutenção de sua posição de *hegemon*. Para trabalhar esse conteúdo, o corpo do texto foi dividido em três grandes partes, precedido de uma introdução e acrescido de considerações finais em seu fecho.

Palavras-chave: Carl Schmitt; imperialismo; direito internacional; guerra total; inimigo.

RESUMEN

La hipótesis sostiene que el concepto actual de imperialismo debe analizarse a la luz de la crisis política contemporánea, examinada aquí específicamente a través del prisma de las acciones intervencionistas en diversas latitudes. Tomando como marco teórico conceptos y categorías de la filosofía política de Carl Schmitt, desarrollada a principios del siglo XX, el texto propone un análisis que —basándose en elementos históricos contextualizados— busca identificar el alcance de la aplicación de dicho marco para alcanzar objetivos imperiales en el escenario geopolítico, al tiempo que inspira mecanismos de resistencia. El texto se guía por una crítica al potencial destructivo del imperio y a su propósito de provocar el colapso del derecho internacional público; para ello, recurre a amplios recursos que revelan idiosincrasias filosóficas —permitiendo conceptualizar el "pluriverso" frente al "universo", así como abordar nociones como el enemigo, la guerra total, la extraterritorialidad y su gramática asociada— y manipula la esencia del fenómeno con el fin de instigar conflictos de diversa intensidad en pos de establecer el dominio. El texto pretende demostrar que las referencias teóricas schmittianas permiten discernir las maniobras retóricas y argumentativas empleadas por el imperio para asegurar

el ejercicio de la dominación a escala global y mantener su posición de *hegemon*. En consecuencia, el cuerpo principal del texto se divide en tres grandes secciones, precedidas por una introducción y seguidas por unas conclusiones.

Palabras clave: Carl Schmitt; imperialismo; derecho internacional; guerra total; enemigo.

ABSTRACT

The hypothesis is that the continued relevance of the concept of imperialism demands a rigorous analysis in light of the scope of the contemporary political crisis—specifically focusing on interventionist actions across various regions. Drawing upon concepts and categories from Carl Schmitt's political philosophy—developed between the first quarter and the mid-20th century—this text presents an analysis that, through argumentation grounded in contextualized historical elements, seeks to identify the extent to which this concept applies to the objectives of imperial actions in the geopolitical arena and, simultaneously, to inspire mechanisms of resistance. The text's central idea is a critique of the empire's destructive potential and its aim to bring about the collapse of public international law; it mobilizes vast resources—encompassing the philosophical idiosyncrasies underlying the concepts of "pluriverse" and "universe," as well as control over the notions of the enemy, total war, and extraterritoriality, and even language itself—to manipulate their substance and perpetuate conflict at varying levels of intensity, all with the goal of establishing dominance. The purpose of this text is to demonstrate that Schmittian theoretical frameworks enable us to discern the rhetorical and argumentative maneuvers made by the empire to secure its exercise of global dominion and maintain its position as *hegemon*. To address this subject matter, the body of the text is divided into three main parts, preceded by an introduction and followed by concluding remarks.

Keywords: Carl Schmitt; imperialism; international law; total war; enemy.

Introdução

O artigo recorta como objeto o potencial de atualidade da crítica de Carl Schmitt ao imperialismo para compreender os termos de sua possível correção quanto à apropriação contemporânea pelo império estadunidense para promover a derrocada do direito internacional ao instrumentalizar e manipular a substância da elaboração do conceito de inimigo para a perpetração do enfrentamento em diversas intensidades, movimento realizado pelo império para garantir o exercício do domínio em escala global e a manutenção de sua posição de *hegemon*.

O texto foca a crise do direito internacional sob a perspectiva schmittiana propondo a crítica ao imperialismo desde o período posterior à Primeira Grande Guerra Mundial e ao segundo grande conflito bélico mundial, movimento para o qual mobiliza noções centrais como extraterritorialidade e controle hermenêutico, conectados a conceitos-chave como inimizade, *pluriverso* e *Großraum*, conjugado à Doutrina Monroe. O trabalho mobiliza temas schmittianos elaborados especialmente entre as décadas de 1930 e 1960, anguladores de sua paradoxal crítica ao imperialismo estadunidense conexa ao seu aberto apoio ao domínio exercido belicamente pelo nacional-socialismo.

1. Domínio imperial, inimizade e os (novos) termos da guerra

É repleta de senso comum a passagem em que, desde a perspectiva antropológica hobbesiana, Schmitt (2005b, p. 485) observa a constância do fenômeno da inimizade e seus desdobramentos em guerras e o derivado impacto, profundo, na história de cada um dos povos e nas relações entre eles. Percebida por Schmitt sob a lente hobbesiana como ínsita ao humano, a conflituosidade é variável apenas no concernente à intensidade, embora o poder em si

mesmo, que lhe configura o quadro de fundo, em perspectiva democrático-popular, se situe em ponto distante do vetor imperialista criticado por Schmitt e de sua própria filosofia política, consistente no que Laleff Ilieff (2025, p. 64) qualificou como "deixando a vida na indeterminação, numa política de indeterminação, uma não política", mas que não são espaços de incertezas tais que em seu âmago reine o puro arbítrio, modelo conjugado aos regimes autoritários. As estruturas de poder sobrevivem alimentando inimizades, processo que explicita a instrumentalização de conflitos em grau extremo, ao qual o sistema responde com violência como prática e repressão como método para o exercício do poder.

Tais conflitos guardam formas específicas de manifestação no mundo, respondendo a ele com violência mobilizadora da aplicação de tecnologias ao longo do tempo, como aquelas que em momentos pretéritos permitiram a conquista dos céus, avanços logo conjugados às finalidades bélicas, aplicação que marcou definitivamente o perfil dos conflitos deflagrados a partir da Primeira Grande Guerra Mundial, tal como narradas por importantes obras da literatura de guerra, como as de Jünger (2024), nas quais os céus desabam, o fogo corre pela terra e tudo se torna um misto de plúmbeo e púrpura. Outras grandes sofisticações tecnológicas aplicadas a eventos bélicos derivaram de importantes inovações científicas aplicadas em campos como a química (gás mostarda e gases tóxicos) e em maquinários de engenharia automotiva diversa (tanques de guerra e motocicletas, etc.), assim como armamentos pesados como canhões e metralhadoras, aplicações que aperfeiçoaram o nível de crescente letalidade de seus resultados de campo. Indefectivelmente, o grande avanço tecnológico que implicou maior risco para a vida humana foi o armamento nuclear, inicialmente desenvolvido pelos EUA com apoio de cientistas até breve período anterior a serviço do nacional-socialismo trazidos para a América para trabalhar no Projeto Manhattan, além de outras armas de longo alcance como os mísseis balísticos intercontinentais (ICBMs), logo brandidos como elemento dissuasório pelo império – cuja tecnologia comum com os foguetes espaciais reside nos cé-

lebres modelos V2 desenvolvidos pelo cientista nazista von Braun –, enquanto ameaça real de emprego – à sombra das devastações nucleares impostas a Hiroshima e Nagasaki –, ademais de bombas químicas e biológicas capazes de causar devastação humana inaudita, com alcance potencial em escala planetária.

Paulatina e incessantemente a indústria bélica incorporou, escalou e desenvolveu os mais representativos avanços tecnológicos, todos prontamente aplicados aos conflitos deflagrados posteriormente à Primeira Grande Guerra Mundial, sem exceção, sob o amplo guarda-chuva imperial, quer em seus modelos clássicos nos quais os contendentes e suas coalizões criam teatro de operações, mas também de uma "manera barroca, compuesto[*a*] de cuadros y estampas, dotadas de exaltación y movimiento, [*que*] no se reflejaba en las nuevas realidades técnicas y materiales del conflicto" (Pardo, 2007, p. 62). O novo cenário de guerra então expunha as circunstâncias de um mundo em que destruição vinha acompanhada de sinistras imagens cujas chispas delineavam o perfil dos círculos do inferno dantesco, que ganhou aproximação notável na literatura de guerra de Jünger (2024). Contemporaneamente, o teatro de enfrentamentos sofreu reconfigurações, incluindo grandes espaços intangíveis e máquinas guiadas por tecnologias à frente das infantarias ou, ao menos, substituindo em muitos momentos a exposição física da tropa, com a amplíssima mobilização de recursos digitais. Estes são igualmente eficazes para causar danos e mortes em amplíssima escala, sendo uma variável a sua aplicação conjunta a instrumentos de pressão e sufocamento econômico, uma das grandes armas modernas de um império que não tolera a dissidência e não hesita em aplicar qualquer tipo de arma de destruição em massa.

A mais moderna das formas de imperialismo passava a ser a estadunidense, cujo reconhecimento por Schmitt (2005a, p. 349) esteve pautado por seu caráter eminentemente econômico – para além do fator intimamente conectado, mas instrumentalizador do elemento estritamente militar –, distanciamento moderado do modelo clássico que, não o toma "menos intensamente imperialista". Em realidade, o sentido do jogo imperial segue o mes-

mo, lançando mão de estratégias para reconhecer o combatente e o inimigo e, sob as regras do direito internacional, é imperativo discernir o *não*-combatente para, em paralelo, realizar movimento de determinação da amplitude com que o embate passará a ser travado. O império calibra a disponibilidade dos recursos e a intensidade de seu efetivo emprego, de modo a eliminar mínimos espaços de resistência para forças competidoras capazes de contrapor-se à sua definição como grande detentor da supremacia do poder em escala planetária. Esta descrição revela o projeto de destruição dos esforços de esboço de uma ordem pública mundial colocada em enfrentamento a um arranjo de signo *pluriverso*. A sua configuração hoje se dá pela divisão territorial planetária entre diversos grandes espaços de poder – com a pretensão imperial de exercício de supremacia sobre todos eles –, e não mais entre Estados, (ver Pasquier, 2009, p. 62), organização que reflete o conceito schmittiano, de *Großraum*, sugerindo que os seus titulares exercem absoluta soberania sobre os seus territórios, algo contra o que, conceitual e diretamente, se insurgem os interesses condutores da política imperial, mas que favoreceu os interesses do nacional-socialismo.

Ante o quadro geopolítico do período precedente e posterior à Segunda Grande Guerra Mundial, Schmitt se coloca fortemente contra o que Pasquier (2009, p. 61) indica ser a "tendance à l'unification planétaire", e neste sentido apelará a uma ordem mundial que se opõe ao propósito imperial de exercício de controle total, aspecto no qual é clara a crítica de Schmitt (2002, p. 58) sobre o horizonte e amplitude de um poder avassalador, ou seja, "No entanto, é natural perguntar em que mãos cairá o terrível poder associado a uma centralização econômica e tecnológica global". Sob esta conjuntura, onde se observa a reunião de poderes em um restrito núcleo que resume o econômico, o político e o militar, contexto em que a leitura schmittiana de Jouin (2015, *s/n*) indica que o autor "appelé à la formation d'un monde multipolaire de grands espaces (*Großräume*)", conceito que é passível de explicação a partir do respeito à "la matière, la substance sous-jacente, douée d'une mesure interne d'ordre socioéconomique" (Pasquier, 2009, p. 61),

modelo que sucede ao decadente conceito de Estado. A construção teórica do *Großräume* implica o respeito à soberania dos Estados componentes, mas esta é paulatinamente desprezada pelo modelo de domínio exercido pelos controladores do poder, assim como também pelo Estado que exerça posição dominante de poder. A prática da política externa do império contém como elemento de permanência o ignorar o modelo fundante dos grandes espaços e, paulatinamente, passa a empregar instrumentos típicos da guerra total, precedida por variável intensidade.

Schmitt (2005c, p. 604) reconheceu os termos operativos deste modelo de guerra de tipo total, na qual, sem embargo, não pode ser obscurecido o fato de que deve ser mantida "a distinção entre combatentes e não combatentes", o que viabiliza o ataque contra estes últimos desde o reconhecimento de seu pertencimento à órbita da inimizade, conceito que é desprezado pela prática de guerra total, que despreza o impacto de ataques em alta voltagem, à revelia das regras de direito internacional. Esses são ataques que se dão segundo modelo de guerra em espectro amplíssimo, abrangendo áreas além das estritamente militares, a aplicação massiva de guerra de propaganda, mas também ataques econômicos classificáveis como genuínas guerras (Schmitt, 2005c, p. 604). Sob esta perspectiva, o império coloca em prática uma versão contemporânea do conceito jüngeriano-schmittiano de guerra total, desprezando a distinção fundamental do moderno juspublicismo internacionalista entre combatentes e não-combatentes e, por conseguinte, o devido tratamento que lhes é reservado, em estrita conexão com a intrínseca dignidade do humano. Schmitt (2005c, p. 604) percebe a prática imperial de realização de uma guerra que "continuou como uma expressão de hostilidade que já não era de natureza puramente militar", senão que envolveu a partir de então de forma intensa muitíssimos outros campos, incluindo "áreas temáticas não militares (economia, propaganda e as energias psicológicas e morais dos não combatentes)," amplíssima abrangência que desconhece quaisquer fronteiras, inaugurando novas grandes esferas de poder e seu ilimitado exercício e assim, por conseguinte, conduzindo à rein-

terpretação da primeira concepção da Doutrina Monroe de perfil eminentemente defensivo para uma segunda fase expansionista, que segue conjugada com amplo rechaço aos princípios básicos do direito internacional e sua carga de direitos humanos, em todos os ângulos contraposto à dinâmica do expansionismo e da guerra civil.

O império não apenas visa configurar um novo espaço de poder segundo uma tipologia que se aproxima à schmittiana do *Großräume*, dotado de importante variável, a saber, que o império assuma absoluto controle, aspecto decisivo em que demonstra aparente contradição com a teoria de Schmitt, segundo a qual esta nova forma suporia o exercício da soberania dos Estados, embora sob a "supremacia" – não devidamente calibrada pelo autor – de um único dentre eles. Esse modelo imperial que despreza a esfera soberana de seus Estados iguais foi explicitado pela tratadística da intervenção, que tem importante exemplo no caso do decisivo apoio estadunidense à independência de Cuba do domínio espanhol. Os tratados são formas de relacionamento cuja assinatura no direito internacional legitima o apoio a movimentos políticos liberatórios, embora carregue em sua aplicação, como sugere Pasquier (2009, p. 63), que "elle laisse subsister en dessous d'elle des formes secondaires de la souveraineté, héritées de l'âge interétatique". Embora tal tipo de estatuto reserve o poder de decidir sobre possível intervenção à potência que firme o tratado, que no caso concreto perderá tal qualificação, na medida em que tal direito foi previsto em documento firmado pelas partes, sendo apropriado convergir com a análise de Pasquier (2009, p. 63) de que uma das partes "confisque à son profit le pouvoir ultime de décision et d'interprétation pour ce qui concerne l'intervention", conceito de "confisco" que atribui a terceiro, o império, um poder inerente a uma soberania, movimento que, ao ser implementado por um tratado internacional, dificulta a aplicação de um modelo teórico legítimo acerca da matéria de tratados.

Determinada pela potência das pretensões imperiais disponíveis para a aplicação da violência, ante a reconhecida inexistência

de instituições internacionais fortes e eficazes política e militarmente o suficiente para contê-la, assim como tampouco a existência de uma estrutura internacional descritível como o *Großräume* schmittiano, resta avaliar, a cada momento, o cálculo para calibrar e aplicar o que considere necessário quanto à dose de violência a aplicar. A ordem do enfrentamento ao dissidente está parcialmente determinada pela classificação desse *outro*, questão cujo núcleo reside na literatura de Schmitt (2002, p. 55) em que se encontra a "terrível pretensão de que se deve denegar ao inimigo a qualidade de homem, declará-lo *hors-la-loi* e *hors l'humanité* e com isso levar a guerra à extrema desumanidade". Sobre esse tema Schmitt não escreveu notas explicativas e críticas no pós-guerra, com referências condenatórias às práticas de guerra total da Alemanha que tornam o inimigo (assim declarado) um *hors la humanité*, crítica afirmada no plano teórico, mas jamais dirigida à sua radical implementação pelo regime Nazi, ao qual ele próprio emprestara apoio. Isso evidenciou os traços de uma política que negou ao *outro* a condição humana em sua totalidade, pois o que é colocado em causa é que a guerra total "deve ser total — tanto como ação quanto como estado — se quiser ser verdadeiramente total" (Schmitt, 2005c, p. 598), abordagem conceitual que a totalidade do evento bélico à capacidade de mobilização de um Estado em todas as suas esferas, mas que se espera que relativamente às políticas públicas seja mínimo.

Esta mobilização total requerida pela gramática política schmittiana se conecta com a prévia percepção de uma inimizade agravada por suposta ameaça existencial irresolúvel, a partir de onde se deduz o apoio de seu trabalho, e não a crítica, à consequência de que a guerra total declare o outro como um *hors l'humanité*, pois, como sugere Schmitt (2005c, p. 598), "Portanto, encontra seu sentido em uma inimizade pressuposta que é conceitualmente anterior; por essa razão, só pode ser compreendido e definido em termos dessa inimizade". Desde essa perspectiva, Schmitt (2005e, p. 333) supera as linhas gerais das aspirações da Liga das Nações, considerada mero "contexto do imperialismo ca-

pitalista", organismo que entre as décadas de 1920 e 1930 era visto pelo autor em sua inserção no novo direito internacional como mera "expressão de uma hegemonia econômico-militar principalmente inglesa" (Jouin, 2015, *s/n*) que, sob a ótica schmittiana, encontrava expressão objetiva na guerra imperial imposta contra a Alemanha. A Liga das Nações foi considerada um ludibriador institucional para facilitar os objetivos do império e que culminaria com o Pacto Briand-Kellogg e seu propósito de afirmação da ilegalização da guerra como passo posterior ao inaugurado pelo *jus publicum Europæum*, em suma, um novo momento histórico análogo ao que sucedeu às violentas guerras religiosas (Pasquier, 2009, p. 60) e ao Tratado de Vestfália que encerrou a Guerra dos Trinta Anos e abriu novos horizontes para o direito internacional, mas que nessa nova etapa histórica deveria espraiar os seus efeitos legitimadores jurídico-políticos sobre todo o planeta.

Ao preocupar-se com a afirmação inconteste de sua supremacia econômica no século XX inexoravelmente ancorada em seu suporte militar, assim como sob os palpáveis e objetivos desdobramentos da ruína do bloco socialista, resulta que o império estadunidense incrementou os movimentos de desprezo pelos termos e valores básicos do direito internacional fundados a partir de Francisco de Vitória, Francisco Suárez e Hugo Grócio. O final do século XX e início do subsequente testemunhou notável agravamento da deterioração do direito internacional, percebida em seu momento pela crítica de Schmitt (2005a, p. 365) ao modelo imperialista estadunidense – dado seu desgosto pessoal, pois "Não queremos nos submeter a nenhum imperialismo" –, sob movimentos que seriam confirmados em diversos momentos desde aquela quadra histórica das décadas de 1920 e 1930 até os dias que correm, embora a crítica schmittiana estivesse influenciada por objetivos reconhecidamente alheios à garantia das liberdades públicas e individuais. Desde então, Schmitt (2002, p. 55) percebeu a luta entre um Estado e aquele declarado como seu "*inimigo*" a partir da diferenciação entre os que se submetem voluntariamente ao seu poder e os que não o fazem, sendo estes últimos analogamente qualificáveis

pelo *jus imperium* como potenciais violadores de sua ordem e, logo, classificáveis como apartados da humanidade, o que pode conduzir, no limite, a sua "liquidação", ou seja, que ao assumir à partida que "Esta não é uma guerra da humanidade" (Schmitt, 2002, p. 55), logo, nenhum objetivo de destruição estará excluído dela, inclusive os seres humanos.

Ao admitir a inexistência de enfrentamento possível entre o conceito de humanidade como tal e, por outro lado, um inimigo negado existencialmente, o que Schmitt (2002, p. 55) percebe como derivação concreta são os termos de uma guerra para a qual um Estado se posicionará para "apropriar-se de um conceito universal em relação ao seu adversário de guerra", posição de absoluta negação, posto que universal, e ao propor-se o êxito nesta investida de controle planetário, é que o horizonte da concretização da unidade, e indissociável ordem totalitária, volta a descortinar-se, embora sob permanente e latente tensão desde a perspectiva liberal-democrata, pois Jouin (2015, *s/n*) propõe que Schmitt "ne croit pas en l'unification du monde sous un État de droit mondial". Após as suas críticas às aspirações de controle imperial em âmbito planetário, Schmitt deu passos para a sustentação de idênticos propósitos por parte do nacional-socialismo, embora voltasse à carga contra os EUA em sua crítica no pós-Segunda Grande Guerra Mundial segundo os termos mais convenientes àquele momento histórico, muito distintos das décadas anteriores precedentes ao final do conflito.

O objetivo de ocupar a posição de supremacia tem como pressuposto a concretização de certo modelo de unidade que não implica domínio físico direto, senão a sua ausência, dispensando exercício concreto de ações militares pelas forças do império, mas contando com atores-chave em cada área-alvo de controle por parte da avassaladora força liquidante, que dispõe de instrumentos eficazes para neutralizar quaisquer concorrentes. Neste sentido, a leitura de Schmitt (2002, p. 55) sugere que tal força avassaladora se coloca em posição de "abusar de paz, justiça, progresso e civilização, para reivindicá-los para si e negar que existam no lado

do inimigo", e esta potencialidade é frequentemente concretizada pelo império, demonstrando a estreitíssima distância que medeia entre a disponibilidade de instrumentos para aplicar a força bruta e a efetiva orientação de medidas de eliminação do *outro*. Estas medidas são adotadas em contexto de pressão que, em seu momento, Schmitt percebeu em sua forma mais perturbadora no antagonismo entre Oriente e o Ocidente, observado quando permanecia em aberto a possibilidade da eclosão do conflito entre ambas as grandes potências daquele mundo bipolar, sob as inexoráveis sombras do uso e abuso de todas as faculdades que o poder ilimitado e sem freios supõe.

Considerada essa realidade de exercício de domínio pela força liquidante, comentaristas como Zolo e Teixeira (2008, p. 79) retomam, em diálogo direto com Schmitt, a ideia de que "Se um Estado combate o seu inimigo em nome da humanidade, [*então*] a guerra que conduz não é uma guerra da humanidade", e não pode sê-lo porque a humanidade, *per se*, não tem inimizade, senão que se trata de uma guerra que tem caráter genuinamente "privado", mas utilizando o nome da "humanidade" como categoria de legitimação política na órbita interna e internacional. O que está em causa é que práticas de mal intenso parecem requerer alguma ancoragem ética que, de algum modo, as legitime, bem como algum pretexto que factivelmente ofereça conforto para os apoiadores do mal em versão radical, pretexto que, na ausência dele, não permitiria assumir publicamente as nefastas motivações dos apoiadores.

O apoio à imposição do mal em intensidade extrema requer densa estratégia de mídia, pois a sustentação da eliminação do inimigo, a rigor, "Não é uma guerra em prol da humanidade" (Mouffe, 2007, p. 148), senão uma indispensável usurpação conceitual para aqueles que desejam impor o extermínio contra vasta massa humana. Rigorosamente, o que está em causa é a deflagração de uma "guerra na qual um determinado Estado busca usurpar um conceito universal contra seu oponente militar" (Mouffe, 2007, p. 148) e, desse modo, o ator usurpador mobiliza para o seu campo, com absoluta exclusividade, uma parametrização ética contra-

ditória com os pressupostos liberais clássicos, posto apresentar-se universalmente como detentor do monopólio do bem, do belo e do justo. Sob tal amplíssima bandeira o império enfrenta seus desafetos qualificados como "monstros desumanos", permitindo-se assim perpetrar guerras, ainda mesmo as mais sangrentas de suas versões, pois a mera derrota, seguindo sua lógica interna, revelaria sua altíssima disfuncionalidade, uma tão grave ameaça existencial que, no limite, representaria o seu extermínio e, logo, estaria colocado o pretexto para ações tomadas como um imperativo, em caráter inegociável.

Sob essa perspectiva, o mero enfrentamento é desprezado em favor da disputa à morte sob guerra total, colocada como alternativa para a eliminação de todo aquele declarado como "*inimigo*", como "*opositor existencial*" e, logo, ameaça concreta das condições de subsistência de um povo e de sua organização estatal. O argumento da ameaça existencial por parte do império não ultrapassa a fronteira do pretexto para perpetrar ações de radical violência, mesmo quando não transite para o pantanoso território do belicismo em sua face militar. Ainda em níveis inferiores, os letais instrumentos imperiais são aplicados eficientemente sobre o campo sanitário, alimentar, as esferas socioculturais e as decisivas restrições na área econômica. Mesmo intervindo em campos precedentes ao militarismo, *stricto sensu*, o império detém os instrumentos para obter os almejados resultados de alta letalidade, próximos aos obtidos pela imposição de guerra aberta, inclusive em suas mais cruentas versões, empreendimento avesso aos limites do direito internacional. Ataques deste gênero descortinam a barbárie em sua concretude, mas sem apontar a ilegitimidade do bárbaro, uma vez que o império opera a retórica política manipulando a gramática para excluir o *outro* do campo do humano em sua órbita internacional, movimento que o imperialismo hesita em aplicar irrestritamente em seu campo político interno.

Os diversos planos que os conflitos na órbita da convivência humana podem assumir devem ter seu programa analítico pautado por abordagem mais elevada do que sua resolução na liquidação

humana. À negativa de manter sob controle o horizonte de intensidade de enfrentamentos no plano adversarial e nos estritos limites do juspublicismo, Zolo e Teixeira (2008, p. 79) contrapõe a análise de que ao "Monopolizar este conceito durante uma guerra significa tentar negar ao inimigo qualquer qualidade humana, declarando-o *hors-la-loi* e *hors-l'humanité*", sendo este o momento em que se afirma a inexistência de uma relação lógica necessária de precedência entre os conceitos de humanidade, legalidade e legitimidade política. Quando a classificação denegadora da humanidade do *outro* é aplicada em um conflito o seu reflexo é direto e letal, pois a força imperial expressa o convencimento quanto à liberdade de "poder usar nos seus confrontos métodos cruéis, até mesmo de extrema desumanidade" (Zolo & Teixeira, 2008, p. 79).

Este corriqueiro movimento do império flagrantemente descortina não apenas o horizonte mediato e imediato para toda sorte de barbáries na órbita das relações internacionais, como também para a desconstituição dos fundamentos do direito internacional, com todas as consequências que isto supõe. Aparentemente confrontando esta angulação de franco interesse imperial estadunidense, Schmitt (2002, p. 55) sugere que "Não existe uma guerra da humanidade enquanto tal", dada a inexistência de um conceito de unidade reconhecível como humanidade, senão de um amplíssimo conjunto de seres humanos dispersos por todas as partes do mundo, também pautados por notável diversidade cultural, social e antropológica. Sem embargo, Schmitt não reconheceu a validade deste argumento crítico no concernente à política nacional-socialista ao apoiar a subjugação das raças reputadas inferiores em favor da massa ária, apontada como "humanos superiores" a todos os demais, excluídos do conceito de humanidade e, por conseguinte, precisariam ser excluídos do direito à própria vida com o propósito de garantir a homogeneidade germânica e o direito desses à existência.

Schmitt (2002, p. 55) tem claro que "Humanidade não é um termo político", em vista de que "Não corresponde a nenhuma unidade política ou comunidade, nem a qualquer status", senão

que, conforme o pensamento contrarrevolucionário de De Maistre, apenas eram conhecidos os alemães, franceses, e até mesmo persas, etc. Não obstante a pluralidade dos povos e suas respectivas nações, o império emprega todos os esforços para a disseminação de seus referenciais culturais, éticos e, sobretudo, econômicos, como instrumentos que visam, objetivamente, implementar unidade facilitadora do controle planetário. Em sua leitura schmittiana, Pasquier (2009, p. 61) destaca o caráter de dominação que a interpenetração econômica exerce em favor de um Estado que se coloque em posição de senhorio sobre outros, o que converge com a interpretação de Schmitt sobre a relação do mundo anglo-saxônico com a Alemanha (Jouin, 2015). A criação de comunidade política segundo os valores imperiais predispõe à submissão, projetando ações coercitivas contra todos que se coloquem em posição de resistência e, segundo medidas e critérios arbitrários, venham a ser classificados como inimigos da unidade forjada pelo império.

Em seu momento Schmitt antecipou que a política global imperialista adotaria perfil progressivamente aproximado às operações policiais, cujas modalidades se tornariam difícilmente diferenciáveis das ações militares *stricto sensu* (ver Jouin, 2015; Dillon, 1998), empreendendo ações punitivas à margem dos tratados e pactos internacionais que tradicionalmente regulavam o emprego da força, uma vez que o império se posiciona como intérprete exclusivo do sentido e substância do conceito de humanidade e seus valores-base, associando seu conteúdo ao dos seus próprios interesses e valores, como se tal conteúdo pudesse ser preenchido à semelhança de uma versão irrecorrível de uma Igreja secular (Rasch, 2003, p. 137). A rigor, estas ações são empreendidas com o propósito de estabelecer a governamentalidade planetária (Larner & Walters, 2004), instrumentalizando formas de controle biopolítico-digital sobre os respectivos povos-alvo, e não apenas instrumentos de controle eficazes sobre as individualidades, razão pela qual do ponto de vista substancial o império se distancia por completo dos anunciados propósitos tuteladores da "humanidade", valor que as sucessivas administrações estadunidenses mantêm tanto em in-

tensidade quanto em suas interpretações, apenas ligeiramente oscilantes quanto aos conceitos propositalmente abertos e abstratos, embora sempre firmes na sua busca de denso grau de legitimação de suas políticas intervencionistas em todos os recantos do planeta.

2. O Grande *Caesar* e a Interpretação como Instrumento da Supremacia Universal: o "Humanismo" Imperialista e o Inimigo

A insaciável ambição pelo exercício do poder com abrangência planetária desenha o cenário das ações imperiais. A supremacia universal em perspectiva ilimitada colocou as sucessivas administrações estadunidenses em posição de mover sua potentíssima e letal casa de máquinas para a aplicação dos mais intensos níveis de força e violência, não hesitando em declarar quaisquer opositores como inimigos destituídos de todo tipo de atributos, situados *hors l'humanité*, incluindo indivíduos e coletivos inteiros, ainda mesmo quando não representem ameaça concreta, mas que sejam instrumentalizáveis política e midiaticamente para granjear apoio às mobilizações da força bruta e à sua aplicação em campo.

A mais eficaz aplicação deste modelo político está ancorada na capacidade de criação, disseminação e interpretação de conceitos e categorias por parte do império. Ao deter tal grande poder, este reserva para si conexamente a exclusiva capacidade de decidir e implementar processos legitimadores de intervenções em todos os níveis e com qualquer intensidade, o que implica, na prática, a imposição de nova forma de soberania, na medida em que claramente "confisque à son profit le pouvoir ultime de décision et d'interprétation pour ce qui concerne l'intervention" (Pasquier, 2009, pp. 62–63). Esta conjuntura foi claramente percebida por Schmitt (2005a, p. 364) ao referir-se aos EUA como a grande potência mundial, pois "que eles próprios são quem define, interpreta e aplica", conceitos-chave do mundo da política e da economia que, por derivação, definem a legitimidade de suas intervenções, violentas ou não, sanguinárias ou não, para, recorrendo a princí-

pios universalistas, alegadamente, lançar-se à tarefa de "pacificação da Terra" (Schmitt, 2005a, p. 364), isto sim, sempre em conformidade com a sua própria definição e interpretação de conceitos e categorias jurídico-políticas, conformadas com o ideal liberal universalista contraposto por Schmitt em suas aspirações pacifistas que, por definição, pretendem o impossível, a saber, eliminar o político da face da terra.

A operação imperial remete à recuperação da vetusta doutrina internacionalista calçada no argumento de "Guerras travadas contra infiéis, pagãos e bárbaros" (Rasch, 2005, p. 258), enfrentamentos à morte travados contra um perfil de indivíduos cujos traços são previamente determinados, e disseminados, com vistas a granjear apoio para uma radical empresa bélica. A manipulação cultural-conceitual precede aquelas guerras que são travadas "contra aqueles que não devem ser respeitados nem receber os direitos concedidos aos iguais" (Rasch, 2005, p. 258), movimento que abre as portas para o desatino da liquidação humana. Da assunção desse propósito deriva a necessidade de classificar o *outro* como um inimigo "*hors-la-loi*", um fora-da-lei, um "*hors l'humanité*", ou seja, admitir e disseminar a existência de um "l'Autre [*que*] ne peut être assimilé, ni intégré, ni pris en compte, ni même toléré" (Odysseos, 2009, p. 77), vale dizer, que se está a tratar com um *não*-humano e que, destituído do conjunto de seus atributos, poderia ser exposto "legitimamente" à situação de completa aniquilação.

A aplicação desse referencial teórico por parte do império estadunidense guarda proximidade com a política da Alemanha nacional-socialista, posto que desconectar suas opções relativas aos dissidentes, ou àqueles que meramente fossem classificados como tais, de quaisquer versões do conceito de humanidade. Sob tal perspectiva não se trata da identificação do *outro* como mero oponente ou reconhecimento segundo seu *status* de combatente, não como um inimigo "real" e limitado segundo esta formatação, senão, especificamente, como um "inimigo absoluto". A consequência direta disso é a exclusão da "humanidade" de indivíduos e coletivos inteiros, contra os quais se está autorizado a deflagrar uma guerra sem li-

mites em nome de um redentor "humanismo universal" (Scheuerman, 1999, p. 152). Em face da ausência de uma *polis* cujos valores de referência sejam legitimáveis, decorre a inviabilidade de localizar e determinar a vigência espacial da substância jurídica, política e filosófica que se pretende venha a servir como conteúdo do humanismo em escala universal, senão sob uma determinação vigente sob o espectro do puro arbítrio.

Sob tal pretexto o império age à semelhança do nacional-socialismo, viabilizando a imposição de tratamento bárbaro a massas de seres humanos, quer sob bombardeios e o uso de produtos químicos na Guerra do Vietnã (1962–1975), quer, sob a administração Truman, mediante o lançamento de bombas nucleares sobre populações civis, quando a Segunda Grande Guerra Mundial já estava definida. Em qualquer caso é sempre indispensável contar com a devida ancoragem, buscando obter legitimidade em face de ações que visam excluir o *outro* do círculo humano, redundando diretamente na admissão de sua eliminação biológica da face da terra, seja por intervenção armada direta ou, embora não de menor dose de letalidade, por recursos tanatológicos indiretos, mas sempre sob o pesado amparo hermenêutico da prerrogativa do império para determinar qual o significado e amplitude de cada um desses instrumentos.

O tipo de ambição de domínio planetário imperial requer a mobilização de todos os recursos, em um amplo espectro que impõe o uso de instrumentos atinentes ao mundo da cultura tanto quanto teológicos, militares e econômicos, assim como químicos e sanitários, realizando movimentos de violência que visam resultados específicos de domínio, tal como quando no século XVII os jesuítas tentaram a conversão dos indígenas e chineses ao cristianismo (Schmitt, 1955, p. 18) e, assim, ampliar o espectro dos membros da "humanidade" (Rasch, 2003, pp. 131–132), até então restritos aos crentes, enquanto os não-crentes permaneciam nos arredores do humano, relegados a um segundo plano na escala de direitos, embora mesmo assim pertencentes à escala do ser. O império emprega seus mais intensos esforços para converter a

humanidade aos seus valores ou, pelo menos, persuadi-la a que se submeta voluntariamente, promovendo o arranjo de conjunto de Estados dispostos a validar a pretensão de domínio universal do império, movimento constantemente realizado à base de variáveis graus de força (Zolo, 2007, p. 161), nem sempre necessariamente ocultas por completo, tal como nas ações de ataque nuclear ao Japão ao final da Segunda Grande Guerra Mundial ou no citado caso do Vietnã.

As pretensões imperiais estadunidenses foram criticadas por Schmitt (2009, p. 107) desde a década de 1930, segundo a perspectiva de suas ações em escala global desde o século anterior, ainda que em nível de intensidade inferior para momento subsequente, reposicionar a sua política externa com a pretensão de intervir como verdadeiro "juiz mundial". Esse tipo de intervenção ancorou-se parcialmente na doutrina Stimson, então Secretário de Estado dos EUA, concebida em 1932, cujos termos reconhecidos por Schmitt (2009, p. 107) expressavam inequivocamente a pretensão de "reserva[r] [*aos EUA*] o direito do "reconhecimento" ou "não-reconhecimento" de mudanças territoriais", quando essas últimas fossem consequências de ações calçadas em agressões ou meios ilegais,[3] ou seja, que "Eles não reconhecem governos revolucionários e reconhecem apenas governos legítimos" (Schmitt, 2005a, p. 359). A doutrina Stimson aparenta reforçar os princípios fundantes do direito internacional na medida em que se contrapõe ao uso da força como instrumento da política, o que poderia parecer adequado quando o ponto de partida é uma ordem democraticamente estabelecida, o que esteve longe de ser a regra ao longo de décadas em que o império estadunidense dispôs de força suficiente para impor golpes de Estado na América Latina. A prática dos EUA aponta para política bastante diversa do que parece ser o propósito original da concepção da doutrina Stimson, que trabalha não em

3 De ser aplicada estritamente em retrospectiva, a doutrina Stimson invalidaria muitos atos praticados por diversas administrações estadunidenses, tanto antes quanto depois de 1932 quando ela foi concebida e, no mesmo ano, aprovada por resolução da Liga das Nações.

vista da exclusividade da reserva prevista senão através de uma ampla e arbitrária margem da interpretação autoconcedida pelo império em sua aplicação concreta, não excluindo o uso da força para subverter ou sustentar regimes que lhe sejam convenientes.

Esta dimensão hermenêutico-ideológica aplicada à política é parte relevante dos contínuos esforços do império pela efetivação da supremacia planetária, que foi percebida por Schmitt (2005a, p. 365) ao destacar "que aquele que detém o verdadeiro poder também é capaz de definir conceitos e palavras por iniciativa própria". A direta consequência disto é a configuração do poder em alta voltagem, expressa por sua capacidade de controlar o vernáculo, o que ocorreu em escala inferior na Alemanha nacional-socialista, com os meios disponíveis à época, propondo a elaboração de uma linguagem muito particular (ver Klemperer, 2009), e que hoje, ao seu modo e circunstância, volta a ser configurada de forma massiva, em momento no qual o império dispõe de instrumentos de altíssima penetração para cumprir essa finalidade e que, ademais, lhe asseguram operatividade em escala planetária.

Sob a elaboração e massiva aplicação de instrumentos para cumprir tal finalidade o império constitui tecido sociopolítico e cultural de exportação, colocando as condições de possibilidade para entretecer uma tirania de valores, posto apresentar o controle da substância da retórica legitimadora de ações em suposta defesa do conceito de humanidade, mas que encontra real equivalência à implementação de suma desumanidade (Odysseos, 2009, p. 73), tal como comprovam as várias guerras deflagradas desde o final da Segunda Grande Guerra Mundial, da Guerra da Coreia (1950–1953) à Guerra do Golfo (1990–1991). O império impõe política externa perpassada por cosmovisão monoteísta recheada de ideologia anti-humana e secundada por amparo em ações bélicas de crueza oscilante, embora firmes e decididas, remetendo à noção de guerra justa passível de ser travada sem limites ou fronteiras, argumentativamente dirigida contra ímpios inimigos da humanidade. Neste sentido o império propõe ações – militares, econômicas, de inteligência, culturais e/ou midiáticas – em senti-

do absoluto, suportando a leitura de Odysseos (2009, p. 75), para quem em Schmitt "les questions d'antagonisme et de conflit toutes ensemble : il s'agit d'une lutte contre le politique – au sens où Schmitt définit le politique", ações desconstitutivas da política em sua compreensão segundo o seu sentido clássico, que supõe distanciamento de conflitos para aquém dessa última estação bélica. A crítica schmittiana da política termina por conjugar o liberalismo ao apoliticismo, conjugação que antepõe a versão atual do imperialismo a qualquer possibilidade de aproximação ao liberalismo, posto percorrer a via do conflito que apoia a defesa de seus interesses universalizantes, suporte para as suas efetivas opções em matéria de política externa.

Outra face da implementação do imperialismo é o controle do campo cultural e gramatical espelhado na ideologia, atribuindo a si mesmo a completa liberdade para realizar manipulações semânticas para dar suporte ao alcance de suas conveniências, redefinindo a substância dos mais relevantes conceitos e categorias, elaborados para ocupar as mídias formadoras e influenciar decisivamente a opinião pública, carregadas de componentes de interesse do modelo tirânico aplicado pelo imperialismo, sob amparo em órbita ideológico-conceitual que lhe ampara (ver Ulmen, 1987, p. 45). A este respeito, no pós-Segunda Grande Guerra Mundial, retomando a literatura de Rimbaud, Schmitt (2005b, p. 485) deu mostras do alcance de sua compreensão acerca da potência da detenção do controle cultural assim como as suas repercussões ideológicas e políticas ao considerar que "*Le combat spirituel est aussi brutal que la bataille des hommes*". Sobre esta e outras bases o imperialismo estadunidense evidencia não apenas a sua capacidade como, também a efetiva disposição de colocar em prática o que Zolo (2007, p. 156) classifica como "*ultimate expression of dehumanisation*", império que radica suas atividades de pirataria que ordinariamente não alcançam o patamar de liquidação de parte de povos inteiros mas, de todo modo, segundo o velho modelo imperial, continuam estacionando canhoneiras na costa latino-americana, e expressando sua disposição para sacrificar tantas de suas vidas quanto necessárias

para extrair riquezas de povos-alvo, emulando o velho adágio de facínoras ordinários: "A vida ou a bolsa!"

Este modelo é passível de classificação como neofeudalismo cujas práticas incluem avassalamento dos povos do mundo e que, de fato, transcendem a voltagem inicial da concepção meramente defensiva da Doutrina Monroe e, assim, "determinare un ambito geografico i cui limiti delineassero lo spazio dell'autodifesa americana" (Resta, 2009, p. 83). O movimento inicial do império orientou a contenção de instrumentos de pressão colonizantes que, parcialmente, poderiam conter valores sedutores, a exemplo de um universalismo carregado de direitos humanos. A manipulação de valores universalizastes pelos detentores do poder opera como forma de legitimação de intervenções em diversos níveis em todos os espaços do globo (Resta, 2009, p. 83), embora no plano empírico não passe de mera fachada para a implementação do poder imperial em sua mais crua versão. Sob este ângulo argumentativo observa Kervégan (2011, p. 94) que "debería inventarse un nuevo pluralismo que no sea el de estados territoriales clásicos, sino que se base en la coexistencia de vários poderes imperiales, cada uno equipado con su propia Doctrina Monroe", o que significa a disseminação do poder em múltiplos polos, descentralização em escala planetária que desatende largamente os interesses do império, mas que interessa visceralmente aos propósitos das soberanias de média e baixa voltagem em que seja estabelecido um sistema pautado pela estabilidade e equilíbrio de poder na órbita internacional, virtualmente inviável à base de relações bilaterais com o *hegemon*.

A elevação de soberanias de baixa e média voltagem e sua afirmação em plano de efetividade requer "poder para 'definir, interpretar e implementar'" (Kervégan, 2011, p. 94) instrumentos capazes de garantir tal avanço e garantia de espaço de poder na esfera internacional. Este movimento deve incluir vetores geradores de influência cultural, social, política e, quando possível, através de instrumentos de ordem comercial e econômica, pautados pela busca da implementação de sistema internacional de trocas equilibradas, algo que, definitivamente, não pode ser aceito pelos interes-

ses-guia do império e de seus associados, cujos valores de validade universal são excludentes em relação a todos os demais colidentes com eles. Sob esta perspectiva quaisquer aspirações endereçadas à afirmação da soberania dos Estados periféricos serão rechaçadas pelo império, sempre sob a orientação de seus instrumentos políticos, econômicos e de inteligência visando a sua marginalização.

O pluralismo liberal que perpassou a retórica da cultura política estadunidense carrega em seu âmago um monismo internacionalista predominante (Rasch, 2003, p. 136), associando a ambição por monopólio ou, no mínimo, o controle do mercado enquanto que, por outro lado, instrumentaliza conceitos e categorias, como é o caso da "*humanidade*", cujo sentido e amplitude estão ao dispor do império, que pode preenchê-los da forma como historicamente se revele mais conveniente e proveitosa. Schmitt investiu contra tal espécie de controle ou domínio absoluto, não por legítimos e desinteressados esforços anti-imperialistas, senão em vista do interesse em impor resistência ao seu modelo estadunidense, permanecendo receptivo à sua contrapartida nazi-germânica. Schmitt permaneceu hostil ao universalismo imperialista dos EUA (Rasch, 2003, p. 136), leitura que requer matizações no sentido de ampliá-la, posto não destacar suficientemente que o "pluralismo schmittiano" apresenta sérias limitações, não se aplicando além de sua conjugação para solapar as forças que operem em favor do projeto imperialista estadunidense, pois permanecem no campo de apoio aos interesses da Alemanha Nazi.

Esta estratégia imperialista de alargamento territorial e de reconstrução de seu Nomos segundo a dinâmica de seu poderio está calçada em uma transfiguração conceitual da Doutrina Monroe. Este movimento foi largamente aplicado pelo nacional-socialismo através da imposição de intervenções e ressignificações do mundo da cultura, logo aliadas a proibições impostas à literatura, intervenções nas artes plásticas, e também interdições na esfera da produção cinematográfica, do teatro e da música, além de controle direto sobre os projetos e organização das escolas e universidades. Estas foram medidas que, sob as devidas calibragens e adaptações

históricas, voltaram a ser claramente aplicadas contemporaneamente pelo império em todo o seu território e também fora dele, utilizando para isto, conjugadamente, tanto instrumentos digitais como bancos de dados e intensa aplicação da inteligência artificial.

A aplicação conjugada desses recursos aumenta a eficácia a médio e longo prazo dos instrumentos de *soft power* orientados à consolidação dos propósitos imperiais, pois a colonização de culturas viabiliza mais do que o controle meramente temporário típico das condições de domínio físico, posto que internaliza valores, princípios e referenciais existenciais nas mentes dos povos-alvo e deste modo, sob o sequestro das diferentes esferas da cultura – política e popular passando pelas artes –, os indivíduos voluntária e inadvertidamente passam a aderir às orientações e políticas absolutamente avessas aos seus interesses nacionais. Este modelo de colonização foi precocemente observado por Schmitt (2005a, p. 365) sob a fórmula "*Caesar dominus et supra grammaticam*", destacando sua compreensão de que a posição de imperador implica que também "também é mestre em gramática" (Schmitt, 2005a, p. 365), e que, logo, ao exercer tal altíssimo poder de determinação sobre o vocabulário, por conseguinte, "o imperialismo cria os seus próprios conceitos" (Schmitt, 2005a, p. 365), e tão poderoso e eficaz é este instrumento de domínio que, assim, logra intervir e ressignificar conceitos-chave como guerra e paz, além de outros tantos revelam a sua importância no mundo contemporâneo, a ponto de que já ninguém mais conseguir discernir-lhes (Schmitt, 2005a, p. 365). Dentre esses casos de reconfiguração conceitual sobressai o de terrorismo, impreciso no concernente aos limites de sua aplicação prática, podendo incorporar desde figuras dissidentes do ponto de vista político até outras que estão alheias a quaisquer processos que envolvam o império, mas que, de algum modo, lhes resulte inconvenientes. Uma vasta gama de conceitos tem ativadas as suas ressignificações para cumprir os interesses imperiais que, paralelamente, empenha esforços para criar ainda outras categorias flexíveis o suficiente para redimensionar as fronteiras legitimadoras

da conceitualização clássica do direito internacional sobre guerra e paz.

Ao passo em que César domina os instrumentos da gramática e da descrição do mundo também controla o campo da constituição e da sustentação pública do poder, quer sob estritos níveis de racionalidade, quer em um aberto campo de irracionalidade, resultando em notáveis acréscimos à sua capacidade de exercício do poder em alta escala com amparo na esfera pública e crescente legitimação. A interpretação de Zolo e Teixeira (2008, p. 78–79) sugere a clareza da oposição de Schmitt relativamente à tentativa da "grande potência" de "apresentar as próprias guerras como guerras conduzidas em nome e em proveito de toda a humanidade", e neste aspecto deve ser observado o condicional "*como se*", atribuído à análise de que essas incessantes empresas bélicas do império desde a Segunda Grande Guerra Mundial tivessem, de fato, qualquer grau de ancoragem na real necessidade de preservar a sua segurança nacional ante alguma ameaça existencial. Um exame judicioso indica que tudo não passa de mero véu sob o qual se mantém em estado de ignorância boa parte dos destinatários das mensagens da política externa, em seu caso específico, direcionadas aos povos-alvo considerados seus "espaços livres" ou "*terra nullius*", como se estivessem disponíveis para apropriação à modo e semelhança do antigo direito internacional que encontrava diversa aplicação na Europa e no "Novo Mundo", sendo no primeiro caso perpassado pelo reconhecimento de direitos enquanto no segundo divorciado de qualquer pretensão de respeito a algum deles. Hoje o proceder imperial visa ampliar a sua alegada "esfera de segurança", à qual subjaz nada mais do que manobras de maximização de seus interesses econômicos, asseguramento e ampliação de áreas de controle que, eventualmente, ainda poderiam contar com a aplicação de forças de forma ilimitada e impiedosa, tanto direta quanto indiretamente.

Para lograr êxito nesta empresa de potencializar os interesses econômicos de suas grandes corporações, devidamente coordenados com o desenho de sua política externa, o império mobiliza todo o seu aparato capaz de apresentar crivelmente ameaças reais

e simbólicas, bem como todas as facilidades de que dispõe em sua posição de intérprete exclusivo (e excludente) de conceitos como os de terrorismo e de humanidade que, inversamente ao senso comum pautado pela abrangência universal, conduz o império a, implicitamente, preenchê-los tão somente com indivíduos pertencentes ao conhecido círculo de "países civilizados" em cujo núcleo, evidentemente, residem o império e seus associados do mundo caucasiano, componentes do conceito de povos civilizados na literatura schmittiana. Esta atividade hermenêutica monopolizada pelo império acerca dos conceitos de terrorismo e de humanidade – "verdadeiramente humano" é o que for equivalente (por natureza ou adequação) ao receituário imposto pelo império (Rasch, 2003, p. 137, 140) –, por definição, não inclui todos os seres humanos, cuja insatisfação e eventual reação encontrarão pronta resposta imperial em sua disponibilidade para aplicar todo o seu vasto repertório de "persuasivos" dispositivos bélicos, tanto em desfavor dos resistentes quanto da amplíssima massa de excluídos do conceito de humanidade e incluídos no de terrorismo, aos quais o império não hesita em destruir politicamente e, sempre que conveniente, fisicamente, sem hesitação.

O êxito das intensas ações imperiais pressupõe a união de força bruta e controle cultural-ideológico refletido na orientação das decisões tomadas, respectivamente, na esfera econômica e em seu espelhamento na política. A efetividade dessas ações de campo é orientada pela reserva imperial na criação de vasto campo de legitimação de políticas, ações rotineiramente aplicadas em desfavor dos povos "excluídos da humanidade" e, logo, de todas as virtudes. O império presume resumir em si o bem contra a encarnação de todo o mal na face da terra na figuração objetiva daqueles que sua tortuosa hermenêutica etnopolítica, cultural e geoeconômica qualifica como "inimigos" existenciais, o que não raro é mero embuste.

3. O Direito Internacional como *Pluriverso*: a Força Imperial pela Imposição do *Universo*. Interpretação e Extraterritorialidade como Instrumento de Domínio

Ao afrontar a realidade do direito internacional, deparamos não apenas com a inimizade e a guerra como fenômenos intrinsecamente humanos que movem as relações entre Estados, senão que vislumbramos como ambas são largamente manipuladas pelo imperialismo, eficientemente, para triturar e dissolver eventuais focos de resistência e, assim, pavimentar a via para o exercício inconteste de sua supremacia militar, que tantos proveitos econômicos acarreta. Sob conjuntura similar, Schmitt redigiu suas críticas anti-imperiais que, malgrado estejam potencialmente contaminadas pelo forte impacto das derrotas alemãs em ambos os conflitos bélicos mundiais, de fato, procedem à análise de Ulmen (1987, p. 58) e a conclusão de pluralistas de esquerda como Zolo e Teixeira (2008, p. 79–80) quando sugerem que as críticas schmittianas "não comprometem a lucidez e a substancial pertinência desde seu anti-imperialismo", cujo teor é comprovável pela evolução histórica da política externa estadunidense.

A mostra histórica, política, militar e econômica demonstra o acerto da análise schmittiana sobre o teor das diversas estratégias imperialistas utilizadas para lograr o domínio em escala total, dentre as quais se encontram o adensamento e expansão do princípio da extraterritorialidade, cujo impacto jurídico em chave schmittiana poderia ser descrito como a verdadeira derrota de um povo, eis que em sua gramática "Um povo só é derrotado quando se submete a um vocabulário estrangeiro e a uma concepção estrangeira do que constitui o direito — especificamente, o direito internacional" (Schmitt, 2005a, p. 365). Em sua versão contemporânea o argumento schmittiano aproxima a base de legitimação implícita do domínio total de uma chave sustentada em passos similares aos do expansionismo hitlerista, e um deles é o direito demográfico, segundo o qual o povo alemão teria o direito de buscar, sob o amparo estatal, os espaços existenciais de vida (*Lebensraum*) considerados

necessários para a sua subsistência e desenvolvimento, mas o controle sobre a gramática é decisivo para que o Estado transite para modelos de domínio total que incluem toda sorte de violências.

Este movimento demonstra o trânsito de um conceito clássico de Estado soberano para uma emergente circunstância, a de um novo espaço territorial, fosse ele isolado ou conjugadamente terrestre, marítimo e/ou espacial, mas desenhado conforme a estrutura de um *Reich* (Kervégan, 2011, p. 95). Na busca por novos espaços existenciais as formas pretéritas da ordem estatal foram sendo progressivamente superadas por um novo modelo em escala planetária, constituindo uma pluralidade, os *Großräume*, que não chega a completar-se formal ou materialmente, enquanto os Estados vão experimentando progressivo solapamento material e debilitamento de seus poderes, processo que deve receber estímulo inverso para que constituam sociedades multipolares que se apresentem como "uma alternativa real a um tipo de imperialismo americano que reivindica o poder mundial" (Salter, 2012, p. 18). Fortalecidos em uma pluralidade consistente, os *Großräume* encarnam titularidade de poder determinante da linha divisória da relação amigo-inimigo (Pasquier, 2009, p. 62), ou seja, "La ligne de partage entre ami et ennemi passe désormais entre des grands espaces et non entre des États", embora as grandes potências continuem a ocupar importantes espaços de poder dentro das novas organizações internacionais.

A pretensão de domínio imperial sobre quaisquer espaços de poder está calçada em seu discurso universalista, adotando políticas orientadas à implementação da facticidade de um poder unívoco, contradizendo a configuração do mundo real, cuja descrição aparece com clareza em Schmitt (2002, p. 54) ao afirmar que "O mundo político é um pluriverso, não um universo", pluriverso marcado pela competição entre poderes que tensionam a perspectiva imperial da construção de uma ordem única e excludente, afirmando a existência de múltiplas esferas de poder concorrentes e operativas sob a excludente lógica do político, pluriverso que, paradoxalmente, a própria teoria schmittiana não apenas não re-

força como abertamente enfrenta. Por seu turno, persiste a tentativa do império de articular um desenho de mundo segundo sua descrição da verdade (Rasch, 2005, p. 258), do bem, do belo e do justo, orientação pautada por sua alegada supremacia universal em matéria axiológico-cultural. Este movimento é resumível no conceito de unidade-homogeneidade na esfera de domínio imperial, que analogamente pode ser observado em seus termos por Schmitt durante o período de triunfo do *jus publicum Europœum* confirmando a supremacia do eurocentrismo em detrimento dos demais Estados do mundo. Neste sentido há que considerar o compromisso teórico de Schmitt com a política externa nazista, por ele apoiada na prática das relações internacionais. Paradoxalmente, a descrição de mundo schmittiana a partir do conceito de pluriverso se apresenta mais promissora para a sustentação da estabilidade e do objetivo de equilíbrio planetário do que a união entre a teoria e a prática imperial estadunidense, posto que sua substância é uma "pluralità di spazi sovrani, culturalmente diversi, ciascuno custode della propria irreducibile differenza" (Resta, 2009, p. 87), contradição que emerge de forma potente relativamente ao âmago da política externa nacional-socialista.

Os termos da política externa nacional-socialista encarnavam clara violação ao princípio da soberania e autodeterminação dos povos, tendo este último sido objeto de fortalecimento com a sua transformação em objeto de *jus cogens* pelo art. 1º, §2º, da Carta da ONU, dispositivo que operaria em franco benefício dos países não alinhados entre as potências e, nesta medida, assistiria razão ao argumento de Zolo (2007, p. 160) ao sugerir que "Apenas aqueles que são irremediavelmente inferiores recorrem ao direito internacional contra o poder avassalador do inimigo", que poderia ser considerado equívoco na medida em que a busca pela afirmação do direito internacional pode estar calçada não nesta "inferioridade", senão na busca pela afirmação de valores e princípios destronadores do império da força bruta e crua típica do estado de natureza hobbesiano.

A proposta de nova forma estatal, *Großräume* ou, ainda, estruturas similares, mantém espaço de aderência à aplicação do princípio da extraterritorialidade pelo império estadunidense que, mesmo à fórceps, garante os seus interesses, princípio que enfrenta radicalmente ainda mesmo aos menores vestígios de resistência, em qualquer latitude do planeta, expondo as vísceras da intensidade do projeto imposto com variáveis níveis de violência tanto contra entes estatais, suas estruturas coletivas e organismos como em desfavor de indivíduos. Esse movimento reforça a lógica de aplicação do poder por parte do império e despreza os organismos internacionais, com violências em níveis diversos que, em seu momento, tenderam a ser contidas na Europa sob os limites crescentes da teoria e prática do direito internacional. Para além desse espaço, sem embargo, assim como ocorria no momento de triunfo do *jus publicum Europæum*, é admitida a "exportação" para o Novo Mundo de toda a sorte de violências e imposição de guerras desenfreadas, destituídas de quaisquer limites (Odysseos, 2007, p. 127; Rasch, 2005, p. 258), onde todos os seus modelos poderiam ser levados a termo, como se nesses territórios não passassem de um "bordel violento" (Rasch, 2003, p. 125), afirmando-se inequivocamente o direito público e suas virtudes "*civilizadoras*" como um bem exclusivamente aplicável ao território e à cultura da Europa, sendo essa a via trilhada pelas pretensões extraterritoriais do império.

Os novos instrumentos de ataque e domínio mobilizados pelo império guardam similaridades conceituais e de propósitos relativamente aos seus homólogos do período Nazi. Em muitos casos, nem sempre transparentes quanto ao seu potencial letal, esses instrumentos mantêm uma lógica de concretização que sucede à revelia das fronteiras formal-materiais dos demais Estados, assim como ocorreu durante a vigência do *jus publicum Europæum* no amplo território de sua aplicação nos países classificados como "civilizados" e, ainda que por exclusão, ao Novo Mundo, em relação àqueles hoje reconhecidos como periféricos, sob os quais pesa a mobilização de intensa força bélica. A violência imperial aplicada às regiões periféricas deriva da reconfiguração do conceito da Doutrina

Monroe em sua atual fase de concentração expansionista, sendo as melhores expectativas depositadas na superação da supremacia imperial por focos de um restrito número de *Großräume*, afirmados no exercício de plena soberania destinada a estabelecer equilíbrio em um mundo perigoso e profundamente instável, cujos riscos são apenas contidos pela mútua ameaça entre forças equiparáveis destituídas de outra trava senão a da hobbesiana perspectiva real de sua própria destruição, algo factível quando o império aciona mecanismos com total desenvoltura visando concretizar o domínio.

Esse historicamente translúcido propósito imperial de domínio total, aliado ao seu reconhecido poderio econômico-militar, *per se*, não elude a possibilidade lógica de oposição e de exitosa resistência, inclusive em cenários bélicos abertos, tal como ocorreu na Guerra do Vietnã, vitória que pressupõe dispor de valorosos combatentes, mas também de não menos leais forças armadas e respectivos comandantes. O trunfo existencial de um Estado e de seu povo na tarefa da resistência reside, necessariamente, na esfera política que sustente e projete, ao menos, a possibilidade da imposição militar, mas, em qualquer caso, jamais em pretensões de pura ancoragem na esfera jurídica. A política é entendida em seu potencial de mobilização popular como única força de contenção ao poder imperial e à sua ordem militar ancorada em substância legitimadora travestida de ciência, seja no campo jurídico, econômico, sociológico, político, filosófico ou diplomático. Neste contexto recorremos à gramática teológico-política schmittiana na qual se encontra a única força capaz de conter o grande mal: o *Katechon*. Esta é a grande força bíblica (2 Tessalonicenses, 2:7) que dispõe de potência suficiente para frear o grande mal, força que em seu momento foi encarnada no *jus publicum Europæum* para conter o caos e a guerra civil entre Estados europeus (Rasch, 2005, p. 257), cuja atual inexistência reclama localização em outra esfera.

Sugerimos que, nos países periféricos, esta poderosa figura está encarnada na intensa mobilização de todos os níveis populares como única instância capaz de resistir às pretensões avassaladoras da força imperial. Este poder *catecônico* popular dos países

periféricos subsiste em potência em seus respectivos povos tomados como alvo pela grande força destruidora global, mas que, sem embargo, é resistível, embora isto dependa de raro êxito histórico na conjugação coletiva de esforços políticos de massa em nível internacional. Este é o único poder capaz de suportar o real ônus do exercício da soberania, mas a sua atualização e aplicação histórica dependem de ininterruptos esforços de resistência cada vez mais sofisticados, o que se expressa nas ações políticas relativamente às quais a dimensão jurídica é mera coadjuvante – e falso pilar –, sem protagonismo ou força real para sustentar a soberania ante seus agressores.

Embalado pela intransigente defesa de seus interesses sob total desprezo de objetivas considerações de equilíbrio global o império estadunidense emprega todas as forças disponíveis para manter sua posição, inclusive a descoberto, e seus resultados não são menos letais do que quando emprega recursos bélicos em sentido estrito. Em suas relações com outros Estados o império estadunidense tão somente depara com força de contenção às suas ilimitadas pretensões de domínio na dissuasão apresentada por potências nucleares que, conforme interpretava Schmitt (1997, p. 107), em referência expressa às duas potências atômicas da época, eram os únicos espaços de poder que "não admitem intervenção alguma de outras potências", análise cuja conjuntura formava uma ordem mundial bipolar sob o que Schmitt (2005f, p. 843), reputava ser "uma mistura de guerra fria e guerra aberta [...] uma guerra de propaganda; uma guerra na qual o dualismo de duas frentes emerge como uma distinção clara entre amigo e inimigo". Essa sempre foi a única linha de força demarcatória de fronteira respeitada *a priori* pela ânsia de domínio imperial em reclamar para si "il diritto illimitato di intervento [...] in qualunque spazio della terra non riconosceva ad altri il diritto all'autodifesa" (Resta, 2009, p. 83). O império nega objetivamente o direito de autodefesa aos atores relativamente aos quais ele está disposto a lançar mão de seu poderio militar, algo que não ocorre relativamente aos países dotados de recursos atômicos, razão suficiente para que a concepção da soberania deva

ser ponderada sob parâmetros militares que definem a dimensão da *Realpolitik* internacional.

O poder de definição sobre o momento para realizar intervenções está ligado à determinação dos instrumentos e estratégias e, assim, se ela ocorrerá através de meios bélicos (letais) e/ou não-bélicos (dissuasórios ou de violência com efeitos retardados e indiretos) e, ainda, se ocorrerá direta ou indiretamente através de recursos de inteligência ou econômico-políticos. A aplicação desses recursos pode ser somada a muitos outros, explicitando o perfil da guerra total, que não somente alcança os soldados no campo de batalha como também atinge severamente os indivíduos e as suas cidades, eventualmente aqueles situados na mera posição de consumidores. Nesse contexto é orientada a ação imperial sob lógica que pressupõe perseguir seus objetivos violando quaisquer princípios e normas básicas do direito internacional que, apenas retoricamente, se tanto, habitam os discursos do império, que confirma sua busca pelo domínio sob o pretexto da afirmação civilizatória em tom de sacralização de conceitos e categorias que compõem os direitos humanos.

As ações imperiais são conduzidas segundo a ambição do triunfo, absolutamente compatibilizada com todas as intensidades de enfrentamento, que em caso de mobilização bélica não exclui a aplicação do princípio da guerra total, lançando mão, inclusive de artefatos de guerra terminantemente proibidos pelo direito internacional, tais como os químicos, já aplicados inclusive contra populações civis, como foi amplamente documentado na Guerra do Vietnã. Para encobrir tal grau de violência, rotineiramente o império mobiliza a mídia para apresentar seus declarados inimigos como brutais violadores das regras do convívio internacional "civilizado", organizando o contexto político, cultural e ideológico sobre o qual promove ações de ataque flagrantemente transgressoras do direito internacional. Sob o pretexto de agir contra os declarados como "bárbaros", evidencia-se o equívoco schmittiano às vésperas da deflagração da guerra, em texto de 1937, ao estimar que "felizmente, "estados predatórios" e "estados da Barbária"

não existem mais" (Schmitt, 2005d, p. 509). O império parte da construção, determinação e disseminação do perfil do inimigo da humanidade que, sob tal rubrica "anti-humana", poderá ser privado da categorização própria do adversário-inimigo de guerra nos termos do antigo direito internacional, a saber, o de *justus hostis*, pois nesta condição ele preservaria os direitos próprios de um inimigo justo e igual, mantidos os parâmetros de uma doutrina da guerra justa (Rasch, 2005, p. 258). Sem embargo, devido ao fato de que o império controla a gramática e a hermenêutica através de círculos de (*re*)produção intelectual e divulgação midiática, logo, segundo tal instrumental, as suas serão sempre guerras justas (Schmitt, 2005a, p. 363), e os seus inimigos serão sempre "bárbaros", razão pela qual toda sorte de tratamento desumano estará legitimada em seu desfavor.

O selvagem propósito imperial é precisamente o inverso de sua retórica pretensamente legitimadora. Para garantir os interesses que o sustentam, o império desconhece quaisquer empecilhos éticos ou jurídico-formais, algo que remete a uma profunda involução relativamente aos avanços do direito internacional, ataques sucessivos que comprometeram a manutenção do nível do *status quo ante* da Primeira Grande Guerra Mundial, segundo o qual "l'ordre interétatique qui a régné jusqu'en 1914 et qui s'efforçait, de par l'organisation spatiale de son droit international, de prévenir les guerres d'annihilation" (Odysseos, 2009, p. 80), empenho organizacional internacional para superação da barbárie e da guerra total que os interesses do império desprezam em favor de um horizonte de preservação do humano. O que está em causa é que ao sistema econômico-financeiro que suporta as estruturas do império não interessa impor limites, tanto às circunstâncias de legitimação da declaração de guerra como às de sua realização e aos recursos que o seu desenvolvimento supõe, cuja lógica interna impõe às autoridades do Estado a transgressão dos parâmetros de violência próprios das fronteiras do antigo *jus publicum Europœum*[4] e sua tentativa de

4 O conjunto de incessantes guerras nas quais os EUA estiveram envolvidos direta e indiretamente desde a Segunda Grande Guerra Mundial atestam

racionalizar e "humanizar" a guerra ao menos em território europeu.

O império desconhece os limites estabelecidos pelos esforços internacionais para construção de uma sólida esfera juspublicista, e ante sinais objetivos ou meramente supostos de resistências, toma como alvos não apenas os combatentes, que são levados à morte, tanto diretamente no campo de batalha como também os não-combatentes, os cidadãos e consumidores que são eliminados (assassinados) indiretamente por outros meios que não aqueles considerados tipicamente bélicos, mas que não são menos letais, a saber, a fome provocada, o quadro de patologias induzidas, as políticas econômicas e sociais que marginalizam, desumanizam, escravizam multidões, insuflam sub-repticiamente (e perseguem) o consumo de drogas de toda espécie e em alta escala, etc. A estes indivíduos é reservado o tratamento de "foras-da-lei", posto que extrapolam e enfrentam as expectativas e contraditam os interesses do próprio sistema (imperial) gerador dessas "disfuncionalidades".

Esses entes estatais e seus coletivos humanos são situados para além dos limites de alcance dos basilares princípios do direito internacional relativamente aos não-combatentes que o império não hesita em aniquilar, embora mantenham juridicamente a sua condição de meros civis ante uma política belicista imperial que os vítima. Sem embargo, o império atual assim como, em seu momento, o nacional-socialismo alemão, dá inequívocas mostras de seu desprezo pelas restrições objetivas impostas pelas normas obstaculizadoras à implementação de políticas de aniquilação de populações inteiras, sob o pretexto manipulado pelos organizadores e executores de que as suas vítimas não passam de seres inferiores praticando atos bárbaros que contaminam a "pureza" dos indivíduos detentores do poder e controladores da cultura.

com sobras este assinalado grau de virulência, a começar de sua primeira demonstração cabal, a saber, as duas bombas atômicas lançadas sobre os perímetros urbanos de Hiroshima e Nagasaki, quando a guerra já havia sido virtualmente concluída.

Ao arrepio das bases do direito internacional Schmitt (2005c, p. 604) trabalhou com o conceito de guerra total, mas embora mantendo o distanciamento teórico entre emprego da violência, prática da guerra e aniquilação da dissidência (Laleff Ilieff, 2025, p. 70), finalmente, a prática política schmittiana encontrou a encruzilhada histórica na qual optou pelo apoio ao regime Nazi na perpetração dessa aniquilação, inicialmente através da dissolução do conceito juspublicista internacional acerca da diferença entre combatentes e não-combatentes. Isto redundou na ampliação do campo de reconhecimento de combates para além do estrito campo bélico, passando a colocar indivíduos desarmados como objeto de resposta legítima para a provocação de mortes em ampla escala, tal como ocorreu com o bombardeio de cidades inteiras pelos Nazis, como foi o caso de Londres sob os mísseis balísticos supersônicos conhecidos como V2 (*Vergeltungswaffe* 2) e, posteriormente, com o extermínio de Hiroshima e Nagasaki pelos EUA quando sequer existia objetivo militar em causa.

Sob tal regime de guerra total as vítimas são expostas a toda sorte de hostilidades, incluindo prévia intensificação de esforços persuasórios na esfera publicitária para forjar a construção do arquétipo de um inimigo existencial contra o qual legitimar atos bárbaros, mobilizando energias psíquicas e morais das populações-alvo e, sobretudo, a esfera econômica, como destacava Schmitt (2005c) ainda em 1938. Para Schmitt (2005c, p. 604) a referida eliminação da diferença entre combatentes e não-combatentes não pode tornar combatentes os últimos, o que virtualmente ocorre na prática imperial quando aplica o conceito de guerra total, crítica que não impôs ao regime Nazi. Sob tal conceito as partes intervenientes mobilizam todos os recursos, incluindo os mais primitivos, sendo que, contemporaneamente, majoritariamente o embate é travado em plano inovador, "continuou como uma expressão de hostilidade que já não era de natureza puramente militar" (Schmitt, 2005c, p. 604), arregimentando todos os possíveis recursos tecnológicos capazes de provocar o extermínio do inimigo contra um indivíduo "'squalificato', transformato ormai in criminale, se non, addirittu-

ra, in un essere che non appartiene più al genere humano" (Resta, 2009, p. 83).

A guerra conduzida por meios militares em sentido estrito é pautada pela tradicional concepção de ameaça radical e oposição existencial, tendo a ela sido acrescida outra camada que cumpre os mesmos fins, a saber, uma dimensão de inarredável motivação econômica sob típica ordenação imperialista ordinariamente classificada como não-bélica, que carrega perceptíveis consequências que são tão ou mais letais que os embates bélicos, *stricto sensu*, malgrado nesses os sons sejam audíveis, enquanto sob as mobilizações de meios econômicos os ruídos sejam surdos, e produzidos sob fachadas de opulência mas, objetivamente, nefastos, tão inaudíveis quanto aparentemente desassociados dos seus perpetradores. Sob a aplicação desses recursos o império controla, extorque e, no limite, e sem hesitação, elimina vidas segundo o exclusivo critério de seus interesses. Dois desses potentes e letais instrumentos de extermínio humano silencioso são as guerras comerciais e os bloqueios econômicos insuflados pelo corte materialista em quaisquer de suas versões extremistas — Nazi e neo-Nazi-financista contemporâneo. Nesta quadra histórica as ações de "combate" declaradamente não-militar do império contra os indivíduos se assemelham às mais cruéis e brutais ações militares.

4. Conclusões

A pretensão periférica de impor limitações objetivas ao belicismo que desliza perigosamente no pantanoso território em que o novo grande monstro reina não dispõe de eficazes instrumentos. A contenção de tamanho ímpeto e força imperial depara com o desprezo inclusive pela condição indefesa de Estados débeis e indivíduos não-combatentes desarmados sem expectativa de defesa perante ataques brutais. Este novo monstro e sua força inominável são capazes de destruir o mundo várias vezes com um único movimento e seu dínamo econômico, que move o núcleo do poder não hesita em recordar a iminência de sua aplicação sob qualquer nível

de força, intervindo forte e decisivamente, militarmente ou não, e em qualquer latitude do planeta em escasso intervalo de tempo, capaz de arruinar povos inteiros ao aplicar suas sofisticadas tecnologias. Este poder revela cada vez mais seu apreço pela aplicação da violência segundo seu exclusivo critério, conforme sucessivos movimentos ascendentes, na medida em que se confirma a sua posição de privilégio relativamente às supostas ameaças de seus concorrentes.

A elite do império estadunidense é descendente cultural e espiritual direta dos piratas e corsários britânicos, e soma esta herança às marcas supremacistas e a traços ideológicos que embasam políticas de corte totalitário mescladas a fachadas liberal-democratas que mal encobrem seus históricos traços escravocratas. O império encarna a máxima concepção de unidade de poder militar em sua amplitude planetária, projetando sua aplicação com o objetivo de alimentar as suas engrenagens e manter os tentáculos ativos para exercício do domínio econômico em escala global. O pressuposto argumentativo do império é a existência de bárbaros, seres inferiores cuja ameaça não pode deixar de ser abordada, enfrentada e, finalmente, contida a qualquer custo. O império outorga a si próprio a competência para declarar validamente a condição de bárbaros àqueles a quem perseguir, posição declaratória que expressa a ambição por alcançar suposta unidade, ainda que não necessariamente pela garantia da homogeneidade, circunstância na qual os declarados "bárbaros" deveriam passar a compartilhar o mesmo espaço, mas não físico, senão meramente econômico-ideológico, movimento que, portanto, revela toda a intensidade do signo de pura submissão que o império espera, pois inexiste espaço comum em seu interior para suas ambições, ideologia, economia e para os seus dominados, que devem permanecer distantes de suas fronteiras. Os bárbaros têm de estar, portanto, fisicamente, fora dos portões, mas dentro deles do ponto de vista econômico, posto que o império se apropria do resultado do trabalho deles em qualquer latitude do planeta, sendo dado que a aspiração imperial é de domínio universal. Os bárbaros têm de ser excluídos do convívio,

mas, sem embargo, incluídos no sistema econômico-ideológico imperial, cuja funcionalidade depende de viabilizar a sua absoluta exploração, ainda que coloque objetivamente em risco as suas subsistências e, no limite, as suas vidas, tal como ocorreu sob o regime Nazi relativamente aos seus povos-alvo.

O império contém os bárbaros ao visar situá-los para além de suas fronteiras físicas, adjetivo que logra ampla penetração tanto dentro quanto além dessas fronteiras devido a impactante força da proliferação ideológica conduzida pelo império. A eventual adoção pelo império de política de (*não*-)eliminação dos "*bárbaros*" somente se explica em face dos interesses econômicos que medeiam, mas não em vista de critérios éticos. Depois de tudo, quando os portões forem derrubados e observado que a cidadela de seus habitantes se encontra desguarnecida, que o inimigo está presente e o risco de eliminação é iminente, então, a linguagem se torna unívoca, e a percepção da imperiosidade da defesa da *polis* passa a ser regra, embora a unidade ainda mantenha relativas fissuras. Sob tal conjuntura o movimento do império é duplo, a saber, inclusivo-excludente ou excludente-liquidante. Na primeira hipótese a política é meramente discriminatória, apartando os bárbaros do convívio físico, mas mantendo-os sob a área de domínio econômica e política ou, pelo menos, de alta influência, enquanto na segunda hipótese, excludente-liquidante, o império não hesita em exterminar os "*bárbaros*" recalcitrantes, todos aqueles que resistam em deixar-se subjugar. Na primeira hipótese o império suporta bárbaros sempre e quando os mantenha sob o seu perfeito domínio econômico e coercitivo – seja policial ou militar –, classificando-os como iminentes foras-da-lei e, por isso, dispostos a suportar as agruras de sua jurisdição a qualquer momento.

A inclusão do que poderíamos classificar como "*sub-soberanias*" na esfera da jurisdição estatal imperial não supõe a concessão de "proteção", senão a legitimação para a persecução daqueles que o império passe a qualificar como "*bárbaros*" sempre e quando repute conveniente. A política externa imperial inclui movimentos profundamente contraditórios aos fundamentos e aos históricos

esforços pela construção do direito internacional e seus alegados princípios civilizacionais, prática de desconstrução comprovada pela organização de assassinatos de lideranças políticas, patrocínio de golpes de Estado, assim como pelo extermínio de homens, mulheres e crianças, direta ou indiretamente e, agora sabemos através de fotos e vídeos, quer gravados ou transmitidos ao vivo, tal como demonstrado no caso do extermínio do povo Palestino, peripécia genocida que não poderia ocorrer sem apoio material, econômico e político imperialista. Estas circunstâncias são inversas às ocorridas durante a Segunda Grande Guerra Mundial, quando a opinião pública mundial apenas teve acesso à realidade da magnitude da tragédia do Holocausto através das imagens e filmes expostos *a posteriori*, já durante o Julgamento de Nuremberg. Enquanto este extermínio ocorre contemporaneamente contra o povo da Palestina com sustentação do império, mas com certas marcas diferenciadoras relativamente ao passado, que, sem embargo, mantém marcas de convergência no concernente ao fato de que dispomos de todas as comprovações, toda documentação acerca das terríveis ações que o império perpetra ou patrocina, e que, declaradamente, permanece disposto a repetir, em desprezo pelos milhões de vidas sacrificadas naquela quadra histórica da Segunda Grande Guerra Mundial, precisamente no combate de ideologias que carregam em seu cerne o desprezo e a prática de extermínio de vidas humanas. O império carrega em seu âmago a disposição histórica para ocupar postos de domínio irresoluto sobre o destino dos povos sobre os quais disponha de poder para tanto, e nos estertores da Segunda Grande Guerra Mundial tão somente deparou com a grande oportunidade histórica para granjear legitimação pública mundial para o exercício de sua posição imperial.

O império continua a sua política de ampliação de sua área de domínio, embora, eventualmente, modulando seus ônus e, assim, desenvolve tantas vezes esse modelo sem privilegiar movimentos de ocupação territorial direta, renunciando a anexações e postulando a imposição de "governos amigos", calçando-os na retórica de defesa das liberdades individuais, econômicas e empresariais,

fachada para estabelecer conexão com a disseminada forma "moderna" de liderança política descolada de altos níveis de legitimidade popular, cujos interesses ferem frontal e profundamente aos da elite imperial, razão pela qual seus movimentos passam a ser o de construção de títeres que exerçam o poder nos limites dos desenhos impostos desde Washington. Estes movimentos de construção de novas lideranças pelo império são legitimados pela opinião pública interna e internacional, e para tanto replicam parcialmente o conteúdo da política de expansão territorial nacional-socialista, alegando a busca pelos bens indispensáveis à sua existência e, por conseguinte, seu *Lebensraum*, indispensável espaço existencial, restando aí subentendida a justificativa para todas as perdas impostas a povos inteiros, eventualmente implicando a radical deterioração de sua qualidade de vida, ou até mesmo a sua gradual eliminação, resultado que não necessitaria de grave consideração pelos formuladores da política imperial, posto que no âmago dessa política habita a sua classificação como seres inferiores e desprezíveis. Paralelamente, são ressignificados conceitos e categorias que assomam velhos e novos fantasmas (supostamente) constitutivos de ameaças ao império, associados aos demais povos como se fossem reais, razão suficiente para justificar níveis ainda mais intensos de esforços ao seu processo expansionista.

Paradoxalmente, a democracia liberal permeada por traços supremacistas, racistas e autoritários que habitava o coração do império recepcionou através de sua elite grande parte da herança do Nacional-Socialismo vencido na Segunda Grande Guerra Mundial, mas não exatamente para compreender os seus mecanismos de funcionamento e de disseminação e, por conseguinte, para propor instrumentos de compreensão e de contenção do fenômeno, senão para, em larga medida, desenvolvê-la e, sob diversos ângulos, sofisticá-la. Neste aspecto nossas considerações convergem com a análise de Ulmen (1987, p. 50) que desfruta de inquietante atualidade, embora realizada nos estertores da Guerra Fria, segundo a qual "os EUA tornaram-se o espelho ampliado daquele que, inicialmente, era o seu maior inimigo" e, embora não tenha manifestado preocu-

pação com o grau de precisão dessa imagem refletida, um primeiro movimento nesse sentido foi observável através do lançamento das duas bombas nucleares sobre o Japão quando os fumegantes canhões da Segunda Grande Guerra Mundial sequer haviam esfriado.

A aplicação dos recursos de força do império em todos os quadrantes do planeta permite observar o quão típicos são da estrutura de poder dos inimigos combatidos e vencidos durante a Segunda Grande Guerra Mundial. Esses recursos foram perfeitamente introjetados e sofisticados, criando uma nova época recheada de inimagináveis dispositivos digitais que ampliam exponencialmente as possibilidades daqueles antigos instrumentos de violência crua, opressão e domínio. Agora absolutamente sofisticados com a aplicação das novas tecnologias, é criada uma conjuntura neofascista à qual se contrapõem os tradicionais valores liberal-democráticos que já davam mostras de sua precariedade, concebidos em suas origens nos moldes da cultura política anglo-saxônica que, em seu momento, mobilizou-se à morte para combater a ideologia que lhe veio habitar o núcleo duro da elite triunfante no último grande conflito bélico planetário.

O perfil dessa nova época criada pelo império após a luta contra os dois grandes males por ele identificados, o nazi-fascismo e o comunismo, alegadamente estaria intrinsecamente comprometido com a "civilização". Essa nova época forjada pelo império oculta a grandeza do mal neofascista e seu recheio de valores contra-ilustrados, que confirmam todas as valências e potências do radical *anti-* ou *des-*humano, aspecto que viabiliza a percepção da incongruência entre a retórica que busca legitimação política imperial e, por outro lado, a aplicação de sua política externa. Há amplo espaço para reflexão sobre os valores iluministas, suas incongruências e aporias, visceralmente contrapostas pelo neofascismo em sua recepção das políticas atentatórias à dignidade e aos direitos humanos e, por outro lado, ao potencializar o engodo informativo e cultural, obter o apoio de importantes capas das populações à política imperial que insiste no desprezo por estes valores historicamente alcançados por intermédio de disputas e lutas de fundo entre

classes, para pavimentar a via para os perpetradores das ações de extermínio humano contra aqueles que o império falsamente qualifica de inimigos da humanidade.

Esta força é tão voraz que sua própria volúpia tende a consumi-la, devorada em meio à dinâmica ininterrupta das múltiplas e sangrentas guerras e violências que trava por absoluta necessidade de manter a sua lógica interna de funcionamento e expansão. Depois de todas as milhões de vidas que o seu processo não cessa de consumir, esse extermínio está destinado a intervir como força que retroalimenta o afogamento do próprio sistema. O imperialismo não perde sua essência, embora possa alterar inúmeras vezes a sua face, e neste sentido importa à periferia dispor e aplicar estratégias que permitam reconhecer que o real inimigo é aquele que irá nos matar, não importando exatamente de que lado ele esteja nem sob qual face se apresente.

O império é um grande poder ausente-presente, presente-determinante, poder *de facto*, postado ante soberanias dilaceradas pelo próprio avassalador ausente-invisível cujo poderio a todo momento se faz presente-tangível. Tomando por empréstimo a gramática de Schmitt, torna-se imperativo para a periferia global mobilizar instrumentos que operem como o grande *Katechon*, capaz de conter e estabilizar a médio prazo, e de estabelecer as condições conjunturais para subverter o estado de coisas geopolítico, sob o qual, portanto, seja viabilizada a transformação de relações interestatais profundamente assimétricas em, ao menos, progressivamente simétricas, algo que apenas pode ocorrer quando estabelecidas entre emergentes grandes espaços associados (*Großräume*) em face de poderes que pretendam exercê-los em escala planetária e que hoje se apresentam com a bandeira do império. A grande força capaz de conter o avanço imperial reside na *re*-união de povos dotados de afinidades políticas, culturais e históricas, assim como complementaridades econômicas, iniciativa viabilizadora do desenvolvimento e consolidação de polos de poder e denso reforço de suas respectivas soberanias estatais. Essa formação de linha de força entre as soberanias periféricas em formato de *Großräume* é capaz

de conter as aspirações imperiais de controle total desses países, e também de impedir o agressivo processo de solapamento do direito internacional sob a inclemente perspectiva de guerra total que o espectro do declínio imperial ameaça cobrar sobre a vida humana.

Referências

Dillon, M. (1998). Criminalising social and political violence internationally. *Millennium: Journal of International Studies*, 27(3), 543–567. https://doi.org/10.1177/03058298980270031201

Jouin, C. (2015). Carl Schmitt, penseur de l'empire ou de l'impérialisme ? *Jus Politicum*, (14). https://juspoliticum.com/articles/carl-schmitt-penseur-de-l'empire-ou-de-l'imperialisme-984

Jünger, E. (2024). *Tempestades de aço* (M. Backes, Trad.). Carambaia.

Kervégan, J.-F. (2011). Carl Schmitt y la 'unidad mundial'. En C. Mouffe (Ed.), *El desafío de Carl Schmitt* (pp. 81–107). Prometeo Libros.

Klemperer, V. (2009). *LTI: A linguagem do Terceiro Reich*. Contraponto.

Laleff Ilieff, R. (2025). *Powers of abjection: Politics and Lacanian ontology*. Routledge. https://doi.org/10.4324/9781003457022

Larner, W., & Walters, W. (Eds.). (2004). *Global governmentality: Governing international spaces*. Routledge.

Mouffe, C. (2007). Carl Schmitt's warning on the dangers of a unipolar world. In L. Odysseos & F. Petito (Eds.), *The international political thought of Carl Schmitt: Terror, liberal war and the crisis of global order* (pp. 147–153). Routledge.

Odysseos, L. (2007). Crossing the line? Carl Schmitt on the "spaceless universalism" of cosmopolitanism and the War on Terror. In L. Odysseos & F. Petito (Eds.), *The international political thought of Carl Schmitt: Terror, liberal war and the crisis of global order* (pp. 124–143). Routledge.

Odysseos, L. (2009). Humanité, hostilité et ouverture de l'ordre politique dans la pensée internationale de Carl Schmitt. *Études internationales*, 40(1), 73–93. https://doi.org/10.7202/037573ar

Pardo, C. A. F. (2007). *Carl Schmitt en la teoría internacional*. Biblos.

Pasquier, E. (2009). Carl Schmitt et la circonscription de la guerre : Le problème de la mesure dans la doctrine des « grands espaces ». *Études internationales*, 40(1), 55–72. https://doi.org/10.7202/037572ar

Rasch, W. (2003). Human rights as geopolitics: Carl Schmitt and the legal form of American supremacy. *Cultural Critique*, 54(1), 120–147. https://doi.org/10.1353/cul.2003.0040

Rasch, W. (2005). Lines in the sand: Enmity as a structuring principle. *South Atlantic Quarterly*, 104(2), 253–262.

Resta, C. (2009). *Stato mondiale o «nomos» della terra: Carl Schmitt tra universo e pluriverso*. Diabasis.

Salter, M. (2012). The return of politicised space: Carl Schmitt's re-orientation of transnational law scholarship. *Tilburg Law Review*, 17(1), 5–31. https://doi.org/10.1163/221125912X634994

Scheuerman, W. E. (1999). *Carl Schmitt: The end of law*. Rowman & Littlefield.

Schmitt, C. (1955). La tensión planetaria entre Oriente y Occidente y la oposición entre tierra y mar. *Revista de Estudios Políticos*, (81), 3–28.

Schmitt, C. (1997). A revolução legal mundial: Superlegalidade e política. *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, (42), 99–117. https://doi.org/10.1590/S0102-64451997000300004

Schmitt, C. (2002). *Der Begriff des Politischen: Text von 1932 mit einem Vorwort und drei Corollarien* (7. Aufl.). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2005a). Der Begriff der Piraterie. In G. Maschke (Ed.), *Frieden oder Pazifismus? Arbeiten zum Völkerrecht und zur internationalen Politik* 1924–1978 (pp. 508–517). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2005b). Der Völkerbund. In G. Maschke (Ed.), *Frieden oder Pazifismus? Arbeiten zum Völkerrecht und zur internationalen Politik* 1924–1978 (pp. 333–348). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2005c). Die Einheit der Welt. In G. Maschke (Ed.), *Frieden oder Pazifismus? Arbeiten zum Völkerrecht und zur internationalen Politik* 1924–1978 (pp. 841–871). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2005d). Totaler Feind, totaler Krieg, totaler Staat. In G. Maschke (Ed.), *Frieden oder Pazifismus? Arbeiten zum Völkerrecht und zur internationalen Politik* 1924–1978 (pp. 481–485). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2005e). Über das Verhältnis der Begriffe Krieg und Feind. In G. Maschke (Ed.), *Frieden oder Pazifismus? Arbeiten zum Völkerrecht und zur internationalen Politik* 1924–1978 (pp. 598–611). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2005f). USA und die völkerrechtlichen Formen des modernen Imperialismus. In G. Maschke (Ed.), F*rieden oder Pazifismus?*

Arbeiten zum Völkerrecht und zur internationalen Politik 1924–1978 (pp. 349–377). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2009). Grande espaço contra o universalismo. In L. V. Vieira, D. Vaz-Curado, & R. M. Costa (Orgs.), *Carl Schmitt contra o "Império"* (pp. 105–113). Editora Universitária UFPE.

Ulmen, G. L. (1987). American imperialism and international law: Carl Schmitt on the US in world affairs. *Telos*, 72, 43–71. https://doi.org/10.3817/0687072043

Zolo, D. (2007). The re-emerging notion of Empire and the influence of Carl Schmitt's thought. In L. Odysseos & F. Petito (Eds.), *The international political thought of Carl Schmitt: Terror, liberal war and the crisis of global order* (pp. 154–165). Routledge.

Zolo, D., & Teixeira, A. V. (2008). Carl Schmitt: A profecia da guerra global. *Revista Brasileira de Direitos Fundamentais & Justiça*, 2(5), 68–85. https://doi.org/10.30899/dfj.v2i5.512

CAPÍTULO 4

EL NOMOS DE LA NUBE: SOBERANÍA Y DIGITALIZACIÓN

Luciano Nosetto[1] *y Tomás Wieczorek*[2]

RESUMEN

Las innovaciones tecnológicas involucradas en los desarrollos en computación, interconexión y digitalización han dado lugar, en el siglo XXI, a notables desafíos políticos. Ante estos desafíos, varios pensadores han vuelto recientemente sobre la obra de Carl

1 Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con asiento en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Licenciado en Ciencia Política (UBA), Magíster en Ciencia Política (UNSAM) y Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Profesor de grado y posgrado en teoría política contemporánea.

2 Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con asiento en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Licenciado en Ciencia Política (UBA), Magíster en Ciencia Política (UNSAM), Magíster en Derecho Constitucional (CEPC, UIMP) y Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Profesor de grado y posgrado en teoría política contemporánea.

Schmitt a efectos de sondear la profundidad de las transformaciones en curso. Este capítulo interviene en esas discusiones, apuntando a una caracterización de la política contemporánea informada en el legado schmittiano. El capítulo inicia con una evaluación de la hipótesis de un nuevo *nomos* de la nube, seguida de una consideración de la idea de la soberanía de plataformas. Hecho esto, el texto avanza en el abordaje de las transformaciones en la dinámica interna del Estado, fruto de su tendencial plataformización. Esto permite, a su tiempo, considerar la emergencia de las perspectivas neorreaccionarias, que encuentran en Schmitt una fuente ambivalente de inspiración intelectual. Sobre esta base, se procede a considerar la plausibilidad de diferentes configuraciones del orden planetario, empezando por aquellas que avizoran la unidad del mundo sobre la base de una universalización de la influencia norteamericana, en una especie de doctrina Monroe de la nube. Interesa también reparar en las tesis que apuntan a una reedición del orden bipolar a partir del tendido de una especie de cortina de silicio. Se consideran también las hipótesis pluralistas, que apuntan a la identificación de una pluralidad de grandes espacios de influencia. Finalmente, estas hipótesis espaciales dan lugar a la consideración de las imágenes históricas que subtienden al actual desafío epocal.

Palabras clave: *nomos* de la nube; soberanía de plataformas; universalismo; pluralismo; escatología.

ABSTRACT

The technological innovations involved in developments in computing, interconnection, and digitalization have given rise, in the twenty-first century, to remarkable political challenges. In the face of these challenges, several thinkers have recently returned to the work of Carl Schmitt in order to probe the depth of the ongoing transformations. This chapter engages with these discussions, aiming to provide characterization of contemporary politics informed by the Schmittian legacy. The chapter begins with an assessment of the hypothesis of a new nomos of the cloud, followed

by a consideration of the idea of platform sovereignty. Having done so, the text moves on to address the transformations in the internal dynamics of the state resulting from its tendency toward platformization. This in turn allows for a consideration of the emergence of neoreactionary perspectives, which find in Schmitt an ambivalent source of intellectual inspiration. On this basis, it proceeds to consider the plausibility of different configurations of the planetary order, starting with those that envision the unity of the world on the basis of a universalization of North American influence, in a kind of Monroe Doctrine of the cloud. It is also of interest to examine the theses that point to a reiteration of the bipolar order based on the establishment of a kind of Silicon Curtain. Pluralist hypotheses are also considered, which aim to identify a plurality of great spaces of influence. Finally, these spatial hypotheses give way to a consideration of the historical images underlying the current epochal challenge.

Keywords: nomos of the Cloud; platform sovereignty; universalism; pluralism; eschatology.

Introducción

Hacia mediados de los años treinta del siglo pasado, el eje de las preocupaciones intelectuales de Carl Schmitt se desplazó desde los campos del derecho constitucional y la teoría del Estado hacia el derecho internacional público y las relaciones internacionales. En oposición a la comprensión formalista y abstracta predominante en el iusinternacionalismo, Schmitt comenzó a indagar las potencias elementales que subyacían al entonces actual reparto del mundo. Este orden de preocupaciones cristaliza en su última gran obra: *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del "Ius Publicum Europaeum"* de 1950.

En un pequeño ensayo publicado un lustro después, verdadera acotación metodológica en clave histórico-espiritual a *El Nomos de la Tierra*, Schmitt (1995) postula que la gran dialéctica de la histo-

ria humana es irreductible a la tensión de una polaridad científico-natural o a las antítesis de la dialéctica conceptual. En cambio, la dialéctica histórica tiene para Schmitt la estructura de una especie de diálogo, que articula pregunta y respuesta. Aclara Schmitt que esto debería entenderse menos en términos de *question and answer* que de *challenge and response*. No se trata, por tanto, de que un hombre o grupos de hombres formulen una determinada pregunta a su especie, sino de que cada época postula siempre un gran desafío al conjunto de los pueblos que han conquistado la conciencia histórica.

Schmitt sostiene allí que la moderna era industrial es el resultado de la respuesta británica al desafío histórico que supuso la época de los grandes descubrimientos, cuando por primera vez se presentó a la conciencia europea una imagen global del mundo: se trata, precisamente, de la época seminal del *Ius Publicum Europaeum*, con su equilibrio elemental entre tierra firme y mar libre.

Las imaginaciones políticas de posguerra tendían a identificar en la conquista del espacio exterior el desafío fundamental de la era científica. Schmitt, en cambio, advertía que la técnica moderna, que "ha hecho nuestra Tierra irrisoriamente pequeña[,] antes encierra a los hombres que les abre nuevos espacios"; por eso, "[l]os nuevos espacios, de los que procede la nueva llamada [deben] buscarse en nuestra tierra y no fuera, en el cosmos." Concluía entonces Schmitt que "[a]quel que logre apresar la técnica desencadenada para dominarla e insertarla en un orden concreto, habrá dado una respuesta a la actual llamada antes que aquel que intente, con los recursos de una técnica desencadenada, aterrizar en la Luna o en Marte". Allí encontraba el jurista "la nueva llamada, el «*challenge*» de actualidad" (Schmitt, 1955, p. 28).

Nuestro siglo parece estar confirmando la prognosis de Schmitt. Los desarrollos en computación e interconexión del siglo pasado han preludiado la creciente digitalización de todas las áreas del pensamiento y la acción humana, a resultas de lo cual la conciencia espacial del presente parece aventurarse menos en la

exploración de las infinitas extensiones del cosmos que en la intensificación de un registro y dominio infinitesimal de toda cognición y acción humanas. No se trata, sin embargo, de un fenómeno etéreo o carente de arraigo. En efecto, a la par de esta disputa por los nuevos espacios digitales, sostenida centralmente por grandes corporaciones privadas noratlánticas y asiáticas, parece desplegarse un visible proceso de reconfiguración del dominio directo e indirecto de las tierras, los mares, el aire y las infraestructuras tecnológicas del mundo entero.

En este capítulo, interesa brindar una caracterización del desafío epocal al que se enfrenta la política del siglo XXI. En esta caracterización, nos apoyaremos en aportes teórico-políticos contemporáneos que, de una u otra manera, se sirven del legado schmittiano. Comenzaremos evaluando la pertinencia de calificar la conciencia espacial de nuestro tiempo en términos de un "nomos de la nube" (apartado 1). Esto exigirá, en primer término, ganar claridad respecto de lo aludido por el concepto de nube. Tras esta caracterización inicial, procederemos a considerar en qué medida este nomos de la nube reconfigura la soberanía estatal, en disputa con el poder indirecto ostentado por las grandes plataformas tecnológicas (apartado 2). Dirimido el asunto, interesa considerar el modo en que la plataformización impacta en el gobierno del Estado, dando lugar a la acentuación de tendencias ya avizoradas por Schmitt en el Estado administrativo (apartado 3). Esto permitirá, a su tiempo, considerar la emergencia de las perspectivas neorreaccionarias, de notable predicamento en el corredor que une a Washington D.C. con Silicon Valley: perspectivas que encuentran en Schmitt una fuente ambivalente de inspiración intelectual (apartado 4). Hecho esto, procederemos a considerar la plausibilidad de diferentes configuraciones del orden planetario, empezando por aquellas que avizoran la unidad del mundo, sobre la base de una universalización de la influencia norteamericana, en una especie de doctrina Monroe de la nube (apartado 5). Interesa también considerar las tesis que apuntan a una reedición del orden bipolar, a partir del tendido de una especie de cortina de silicio (apartado

6). Cabe asimismo considerar las hipótesis pluralistas, que apuntan a la identificación de una pluralidad de grandes espacios de influencia (apartado 7). Estas hipótesis espaciales merecerán una consideración final, en las conclusiones, respecto de las imágenes históricas que subtienden al actual desafío epocal.

1. El *nomos* de la nube

En un tratado que aborda el vínculo entre soberanía y software, Benjamin Bratton (2025) recupera los desarrollos del libro *El nomos de la Tierra*, de Carl Schmitt, y avanza en la identificación de un novedoso "nomos de la nube". Con esto, señala Bratton la conquista de un nuevo continente. Ahora bien, el elemento de que está hecho este novedoso continente resulta, también él, novedoso. Es que ya no se trata de disputar territorios aledaños ni de colonizar tierras remotas. Menos se trata de garantizar, mediante la técnica naval, el dominio de las superficies acuáticas y las profundidades marinas. Pero tampoco se trata de controlar el aire, con vistas a la navegación aérea y la comunicación espectral. Con la nube, Bratton alude a la emergencia de un cuarto elemento para el despliegue de la actividad humana, irreductible a la tierra, el agua y el aire (pp. 63–67).

Es muy probable que el sintagma propuesto por Bratton constituya no más que una ingeniosa metáfora, presta a disiparse en cuanto se intente captar algún contenido concreto. Esta probabilidad sólo podrá determinarse una vez establecido el sentido y la consistencia de lo aludido por la noción de "nube".

Al examinar la emergencia de los *big data*, Vincent Mosco recupera las discusiones sostenidas hacia fines del siglo XX en la compañía tecnológica Compaq, reconocida por sus computadoras portátiles. Relata Mosco que, para el año 1996, el tendido de redes digitales de interconexión llevó a postular la pregunta de dónde convendría colocar la capacidad de almacenamiento y procesamiento del futuro. Siendo que las computadoras estarían cada vez más conectadas en red, hubo quien propuso la idea de exonerar

a los equipos personales de exigencias crecientes en términos de potencia informática, para disponer en cambio grandes servidores que brindaran esas prestaciones en línea. Fue en el marco de estas discusiones que surgió la idea de una computación de la nube. Pero bien, lo cierto es que los directivos de Compaq entendieron que, por aquel entonces, las condiciones no estaban todavía dadas para desplegar ese modelo de negocios (Mosco, 2014, pp. 15–16).

Diez años después, la tienda electrónica Amazon avanzaría en la provisión de servicios de almacenamiento y procesamiento a través de la web. Así, surgía Amazon Web Services (AWS), que pronto se convertiría en la principal plataforma de computación de la nube del planeta.

Por su parte, al analizar el desarrollo y la expansión de las plataformas digitales, Nick Srnicek analiza la diversidad de modelos de negocios habilitados a partir de esa computación de la nube. Es que la centralización de enormes volúmenes de datos en grandes servidores permitiría el despliegue de una variedad de estrategias comerciales, basadas en el aprovechamiento de esa información a efectos de la valorización económica. Por caso, en 2007 Amazon lanzó un dispositivo de lectura digital con una librería integrada, que permitía adquirir y almacenar libros electrónicos de manera inmediata. Esa innovación anticipó el modelo de acceso continuo a contenidos digitales que más tarde sería expandido por las plataformas de *streaming* de series, películas y música. Paralelamente, el buscador de Google y las redes sociales como Facebook e Instagram aprovecharían los datos y metadatos generados por sus usuarios a efectos de direccionar anuncios comerciales, convirtiéndose en gigantes plataformas publicitarias. Si bien Srnicek identifica una variedad de modelos de negocios basados en plataformas digitales, lo cierto es que las plataformas que rentan espacios en la nube, las plataformas de productos en línea y las plataformas publicitarias constituirán las mayores corporaciones tecnológicas de nuestro tiempo (Srnicek, 2018, p. 50).

Así las cosas, cumplido el primer cuarto del siglo XXI, un pequeño número de grandes tecnológicas norteamericanas emer-

gería como las dueñas de internet. Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft alcanzarían una escala que rondaría los cientos de millones de usuarios, operando así con un volumen de datos descomunal. La emergencia de estos cinco conglomerados, conocidos por el acrónimo GAFAM, respaldaría la idea de una "colonización de la nube" (Zuazo, 2018, p. 15).

En un atlas que aborda los desarrollos en inteligencia artificial, Kate Crawford (2022) señala la equivocidad de esta terminología nebulosa. Pues, al aludir a lo vaporoso y lo ligero, se pierde de vista la materialidad concreta de las enormes granjas de servidores en que se alojan los datos y la capacidad de procesamiento. Se trata de unas instalaciones gigantescas, equipadas con tecnología que requiere una minería masiva de silicio, germanio, litio y tierras raras; puestas en marcha gracias a un consumo descomunal de energía eléctrica; refrigeradas con grandes volúmenes de agua; conectadas a la red mediante *backbones* continentales y cables submarinos; y apalancadas por regulaciones permisivas en términos ambientales, tributarios y laborales. Quien adopte las nociones de colonización de la nube, computación de la nube o nomos de la nube no debería perder de vista una materialidad muy concreta, que involucra explotaciones mineras, usinas eléctricas, cursos hídricos, comercio transoceánico y cableados continentales y submarinos (pp. 49–88).

Sin embargo, la clave de la transformación en curso no parece cifrarse en términos de la infraestructura física, que resulta a todas luces imprescindible, ni de la infraestructura digital, que define la arquitectura de cada plataforma. *Hardware* y *software* quedan aquí en segundo plano ante el protagonismo asumido por los datos. Pues la clave de la nube viene dada por el registro, el acopio y el procesamiento permanentes de los datos generados por los cientos de millones de personas conectadas a las plataformas.

En un libro que apunta a concientizar sobre los costos de la conexión, Nick Couldry y Ulises Mejías advierten la emergencia de un nuevo colonialismo, que apunta a extraer de las relaciones sociales la materia prima de los datos a efectos de su explotación económica. Con esta noción de colonialismo de datos, Couldry

y Mejías (2022) intentan describir la colonización de la nube por parte de las grandes corporaciones tecnológicas, recurriendo a una analogía con la colonización de América por parte de las metrópolis europeas (pp. 21–23). No muy distinto es el proceder de Varoufakis (2024), que describe la toma de la nube a partir de una analogía con los feudos medievales. Así, los dueños de internet operarían como grandes señores tecnofeudales, que obtendrían una renta de los vasallos que se dedican a la explotación económica dentro de sus dominios (p. 95). Más modernas resultan las reflexiones de Benjamin Bratton, que identifica la conquista de la nube con una especie de soberanía de plataformas (Bratton, 2025, p. 58). En todos estos casos, la novedad política se comprende a partir de una serie de esforzadas analogías telúricas, que conciben a la nube como un territorio feudal, como un dominio colonial o como una jurisdicción soberana.

Tal vez lo que más confunda sea el hecho de seguir pensando el nomos en términos de toma de territorios (*Nehmen*) o de distribución de propiedades (*Teilen*). Puede resultar útil en este punto recordar la tercera acepción del nomos introducida por Schmitt, que alude a la producción o aprovechamiento (*Weiden*). Esta acepción permite ganar claridad sobre un concepto como el de "nomos de la nube", que no aludiría a territorios metafóricos por conquistar ni a propiedades metafóricas por distribuir, sino al literal aprovechamiento a gran escala de los datos digitalizados de cientos de millones de personas.

Precisamente, fue esta posibilidad de aprovechamiento de los datos digitalizados, almacenados en grandes servidores y disponibles en internet, lo que permitió el entrenamiento a gran escala del modelo de lenguaje que dio lugar al lanzamiento de ChatGPT hacia fines de 2022. El impacto generado por este chatbot, capaz de generar textos con una naturalidad y precisión crecientes, fue resultado del entrenamiento de dicho modelo con un volumen inédito de datos digitalizados, alojados en la nube y accesibles por internet.

2. La soberanía de plataformas

Una descripción así del nomos de la nube, como apacentamiento de la *big data*, permite abordar las transformaciones políticas correlativas a estas innovaciones tecnológicas, sin incurrir en metaforologías abusivas. Quienes se esfuerzan por sostener las tesis de un nuevo feudalismo, de un nuevo colonialismo o de una nueva soberanía apuntan a la idea de que la forma política estatal debe darse por obsoleta y superada. Y, sin embargo, antes de dar el expediente del Estado por cerrado, cabría preguntarse cuánto de los procesos políticos contemporáneos pueden explicarse a partir de la tensión entre la *potestas* directa de los Estados, basada en la relación política fundamental de protección y obediencia, y la *potestas* indirecta de las corporaciones tecnológicas, que reclaman obediencia sin garantizar protección alguna.

Antes de contraponer Estados y *big techs*, convendría señalar que los desarrollos norteamericanos en computación e interconexión respondieron en gran medida a las necesidades de la defensa nacional y dependieron de manera decisiva del financiamiento público provisto por diversas agencias del gobierno federal. Por acaso, resulta difícil relatar la historia de la cibernética sin tener en cuenta las contribuciones de Norbert Wiener a la artillería antiaérea norteamericana. Difícil también relatar los desarrollos en inteligencia artificial, sin tener en cuenta las contribuciones de Frank Rosenblatt a la identificación de blancos navales. Y no es posible relatar la historia de internet sin considerar el protagonismo de la agencia ARPA, dependiente del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

Esta comunidad de intereses entre fuerzas armadas, industria militar, corporaciones privadas y universidades llevó a Dwight Eisenhower a plantear sus preocupaciones ante la emergencia de un complejo militar-industrial. En su discurso de despedida en 1961, el mismo presidente que creó la agencia de investigación aeroespacial NASA y la agencia de investigación en defensa ARPA tomaría nota de los riesgos de autonomización de un enorme conglomerado, que amenazaría con aplastar el espíritu crítico de las universi-

dades, con capturar las agencias y recursos públicos al servicio de esos intereses y con debilitar la incidencia de la democracia norteamericana.

Ya en el siglo XXI, tres acontecimientos decisivos terminaron por consolidar la alianza entre el gobierno estadounidense y las corporaciones tecnológicas. El primero de ellos, vino dado por los atentados del 11 de septiembre de 2001. La convicción de que, estos atentados tremendos podrían haberse evitado, de haber contado con un sistema de inteligencia más robusto y articulado, llevó a la ciudadanía estadounidense a relajar sus exigencias de privacidad, en aras de una intensificación de la vigilancia sobre la población civil. Sobre esta convicción se montó la Ley Patriótica, promovida por el gobierno de George W. Bush, que permitió masificar el espionaje gubernamental sobre la población civil, a efectos de la detección de amenazas terroristas. Este acercamiento entre Silicon Valley y Washington D.C., habilitado en la era Bush, no haría más que consolidarse durante el gobierno de Barack Obama.

El segundo de los acontecimientos decisivos vino dado por la crisis financiera desatada en 2008, tras el colapso de Lehman Brothers. Ante la inminente quiebra de los sistemas financieros de los países centrales, los integrantes del G7 resolvieron acudir al salvataje de sus respectivos bancos. Estos salvatajes implicaron una enorme transferencia de recursos públicos al sistema financiero, en detrimento de los sistemas de seguridad y bienestar social, que tuvieron que avenirse a renovadas exigencias de austeridad. Ahora bien, en un contexto recesivo, el dinero que los bancos centrales volcaron al sistema financiero no redundó en nuevas inversiones productivas, sino en una nueva concentración de riqueza, que terminó inundando de recursos a las corporaciones tecnológicas.

El tercero de los acontecimientos que, en el siglo XXI, impulsaron la promoción estatal de las *big techs* vino dado por la pandemia de la COVID-19. Sucede que las medidas sanitarias de aislamiento y distanciamiento dispuestas durante el bienio 2020-2021 no solamente provocaron una aceleración en la digitalización de todos los ámbitos de la vida social, sino que también llevaron a

los gobiernos estaduales, tanto como al gobierno federal de Donald Trump, a apoyarse en las plataformas tecnológicas a efectos de seguir la evolución de la pandemia, informar a la población, brindar asistencia sanitaria, emitir notificaciones de exposición al virus, conceder permisos de circulación y administrar turnos de vacunación. En muchos casos, el vínculo de los Estados con sus propios ciudadanos pasó a depender de la intermediación por las plataformas privadas, es decir: por infraestructuras digitales donde los ciudadanos se convierten en usuarios y los Estados, en grandes clientes.

Emulando a su antecesor, Joe Biden aprovecharía su discurso de despedida para advertir sobre la consolidación de un complejo tecnológico-industrial. Haciendo así, el presidente saliente señalaría los riesgos de los desarrollos tecnológicos en inteligencia artificial sobre la economía y la defensa, pero también sobre la vida social en su conjunto y sobre el destino de la humanidad. Días después, el presidente Donald Trump se aseguraría de contar en su ceremonia inaugural con la presencia de los directivos de las grandes corporaciones tecnológicas del país.

Con estas consideraciones en mente, resulta posible evaluar las transformaciones políticas derivadas del nomos de la nube. En el caso norteamericano, la comunidad de intereses entre el gobierno federal y las corporaciones tecnológicas impide observar algo así como un conflicto abierto entre la soberanía tradicional del Estado y la novedosa soberanía de las plataformas. Más allá de ocasionales rencillas personales entre referentes políticos y tecnológicos, y más allá de tensiones episódicas en relación con la aplicación de las reglamentaciones *antitrust*, lo cierto es que la asociación del Estado norteamericano con sus *big techs* se ha sostenido a lo largo de las décadas, con independencia del signo político de los sucesivos gobiernos.

3. La plataformización del Estado

La actual gobernanza basada en algoritmos y *big data* (Bratton, 2025; Abdu & Jacobs, 2026) supone una poderosa transformación de las tecnologías del gobierno contemporáneo. La gran transformación operada por la revolución digital en el plano de la gubernamentalidad estatal consiste, en esencia, en un doble proceso de plataformización del Estado e institucionalización de las plataformas. El resultado es una verdadera reconfiguración en el nivel del poder infraestructural del Estado, o su capacidad "para penetrar realmente la sociedad civil, y poner en ejecución logísticamente las decisiones políticas por todo el país" (Mann, 2007, p. 6). Para la concentración estatal de poder infraestructural han sido esenciales la provisión de infraestructura básica, así como el desarrollo de capacidades de identificación, localización y regulación de la población. Juzgados por ello como plataformas (Frapporti, 2024), o al menos plataformas *ante litteram* (Cristofari & Gerbaudo, 2025), los Estados hoy comparten con estas últimas su función de grandes *brokers* informacionales (Papakonstantinou, 2022).

La óptica clásica del Estado moderno tendió a apelar a técnicas de clasificación, medición y registro harto simplificadoras de la complejidad social, formuladas por burócratas y expertos con miras al gobierno de sus ciudadanos y súbditos en un ámbito territorial físico delimitado (Scott, 1999). Esta óptica parece actualmente ceder ante la emergencia del "Estado dataísta" (Fourcade & Gordon, 2020) o "*data state*" (Cheung & Chen, 2022). De orientación conductista y experimental, la lógica de esta nueva gubernamentalidad apunta al gobierno del usuario por medio de la infinita desmultiplicación de los datos personales ("dividuación"), su captura "ubicua"/"total" a través de una red omniabarcante y su procesamiento masivo por medio de algoritmos de *machine learning* con miras no sólo a la toma de decisiones basadas en reglas, sino a su retroalimentación y continuo reajuste en la formación de principios y reglas decisionales (Fourcade & Gordon, 2020; Cristofari, 2021). Aunque sus mayores rendimientos están en la desmultiplicación de los datos individuales y su procesamiento masivo, no

menos ciertas son las potencialidades de las plataformas en el plano de la vigilancia y el control social.

Así, la creciente institucionalización de las plataformas supone la progresiva asunción de funciones clásicamente estatales por parte de corporaciones privadas prestadoras de estos servicios: las plataformas proveen identidades digitales, facilitan infraestructura digital y ejercen la autoridad en los entornos y territorios virtuales, revelándose como nuevas fuentes de poder infraestructural (Cristofari, 2021; Cristofari & Gerbaudo, 2025). En contrapartida, el Estado recurre cada vez más a las plataformas digitales como medios de gobierno. Esto se expresa principalmente en la masificación de los sistemas públicos de identificación digital, en el aumento del recurso estatal a interfaces de programación de aplicaciones (APIs), y en la creciente transferencia por su intermedio de clásicas funciones administrativas a la ciudadanía (Fourcade & Gordon, 2020; Papakonstantinou, 2022).

Los efectos de este doble proceso han merecido diversas valoraciones. Por un lado, hay quienes advierten sobre un creciente debilitamiento del poder del Estado por efecto de la usurpación por parte de las plataformas empresariales de funciones hasta entonces soberanas (Owen, 2015; Lehdonvirta, 2022). Existen también aquellos que identifican más bien una difuminación de las distinciones entre territorios físicos y digitales que culmina con los Estados compartiendo sus medios de gobierno –y su soberanía– con las plataformas (Frapporti, 2024). Para otros, en cambio, lejos de implicar una simple amenaza a su soberanía, la plataformización del Estado supone más bien la potencial emergencia de una novedosa fuente de autoridad (Bratton, 2025; Cristofari & Gerbaudo, 2025). Cualquiera sea el caso, el límite a esta circularidad aún está dado por el recurso en última instancia a la validación estatal de la identidad personal por parte de las plataformas (Papakonstantinou, 2022).

Estas transformaciones en el arte de gobierno han impactado decididamente en la legitimación del moderno Estado administrativo.

Como advirtió Schmitt (1971) y ratificó su discípulo Ernst Forsthoff, el Estado administrativo es la expresión organizacional del Estado de bienestar, surgido en respuesta a los desafíos del gobierno económico de la compleja sociedad industrial. La dinámica que va del Estado legislativo decimonónico y su legislador plenipotente al moderno Estado administrativo supone una creciente delegación de potestades del Parlamento en favor del Ejecutivo, que es investido de formidables facultades normativas y sancionadoras reservadas por el constitucionalismo clásico al legislador y al juez. Esta mutación de la organización estatal, que hace de la burocracia el centro de gravedad de su actividad, conduce a una relativización del significado funcional de la ley, llamada a regular situaciones y relaciones generales y abstractas, en favor de las disposiciones o medidas dictadas según criterios técnicos y en vista de una situación concreta.

Careciendo en buena medida de fundamentos constitucionales, la legitimación del Estado administrativo ha tendido a reposar principalmente en sus rendimientos. A ello había servido tradicionalmente la experticia y la pericia de sus funcionarios, a los que el sistema de legalidad había confiado amplios grados de discrecionalidad. Ahora bien, la creciente plataformización del Estado administrativo ha supuesto una serie de transformaciones de hondo calado en su dinámica. En primer lugar, ha supuesto una novedosa delegación *de facto* por parte del Congreso, ya no en favor de la Administración, sino en favor del software que reemplaza decisionalmente a la burocracia. Esto se ha visto acompañado, en segundo lugar, de una pérdida de flexibilidad administrativa asociada a la reducción de la discrecionalidad de un funcionariado que, por otra parte, tiende a ignorar la operatoria de dichos sistemas. Esto ha conducido, en tercer lugar, a una creciente falta de transparencia y una subsiguiente erosión de la *accountability* democrática. Así, la oportunidad de aumentar la cuantificación, eficiencia y no arbitrariedad del Estado se ve acompañada de la emergencia de nuevas zonas grises del derecho ante un objeto esquivo a la regulación

jurídica (Calo & Citron, 2021; Engstrom, 2024; Abdu & Jacobs, 2026).

En el ámbito de las democracias occidentales, los potenciales impactos de la digitalización del gobierno estatal se ven limitados en buena medida por la tensión entre las exigencias del mercado, que demanda la mercantilización masiva de datos generados por los usuarios, y las del constitucionalismo, que obliga a la protección de los derechos fundamentales de los ciudadanos. Con los países miembros de la Unión Europea ensayando distintas alternativas regulatorias, de entre las democracias capitalistas noratlánticas, son los Estados Unidos los que, bajo la presidencia de Donald Trump, más se han allegado a los confines del constitucionalismo democrático-liberal.

En el plano institucional, la segunda presidencia de Donald Trump ha desafiado abiertamente al sistema de frenos y contrapesos plasmado en la Constitución federal de 1787 –o al menos a su interpretación hamiltoniana y judicialista–. Este desafío parece montarse sobre tres corrientes históricas profundas, pero de distinto calado. Por un lado, Trump parece revivificar el elemento dictatorial que no ha estado en absoluto ausente en la atribulada historia institucional de los Estados Unidos, desde la presidencia de John Adams hasta nuestros días. Como antes Abraham Lincoln, Woodrow Wilson, Franklin D. Roosevelt y Harry Truman, Donald Trump ha recurrido a la ley de enemigos extranjeros (*Alien Enemies Act*) para perseguir ahora objetivos internos cada vez más difusos e indeterminados (Downes, 2025). Por otro lado, la actual administración Trump encarna hasta el paroxismo la tendencia al predominio del Ejecutivo que mancomuna a las democracias occidentales en el siglo XX, y que las respuestas del gobierno estadounidense a los ataques de septiembre de 2001, la crisis financiera de 2008 y la pandemia de la COVID-19 no hicieron sino intensificar. Finalmente, el gobierno de Trump expresa una creciente militarización gubernamental en todos los planos, tal como se evidencia en tres decisiones recientes. En primer lugar, la creación, en el marco de las fuerzas armadas estadounidenses, del Destacamento 201

del Cuerpo Ejecutivo de Innovación y la designación, en grado de tenientes coroneles asimilados a la reserva del Ejército, de ejecutivos de importantes empresas de Silicon Valley: como Shyam Sankar de Palantir, Andrew Bosworth de Meta, Kevin Weil de OpenAI y Bob McGrew de Thinking Machines Lab (U.S. Army Public Affairs, 2025). En segundo lugar, la federalización de Guardias Nacionales con el objeto –parcialmente impedido por el poder judicial– de intervenir en ciudades gobernadas por la oposición demócrata como Los Ángeles, Washington D. C., Memphis, Chicago y Portland (Reuters, 2025). Y, en tercer lugar, la nueva organización y doctrina del *Customs and Border Protection* y del *Immigration and Customs Enforcement* (Ainsley & Strickler, 2025). Actualización e intensificación de lo que Clinton Rossiter (1948) llamó clásicamente "dictadura constitucional", y que parece inclinarse cada vez más hacia el primero de sus polos.

Pero el moderno Ejecutivo estadounidense es un poder bifronte: junto a la original Presidencia concebida por los padres fundadores, y brotada de su seno, se erige la poderosa maquinaria administrativa federal. Identificado por el movimiento MAGA como un asiento privilegiado del *deep state*, en el centro de la política doméstica de Trump se coloca un acendrado ataque a su poderoso Estado administrativo. Nacido en la era progresista, y consolidado en la década de 1930 (Waldo, 1948), su más reciente mutación posfordista y neoliberal en un Estado regulador no supuso la pérdida de sus formidables potestades normativas y sancionatorias, ni el abandono de la deferencia judicial ante las autoridades administrativas federales.

Esta concentración cuasidictatorial de poderes y el desmantelamiento del Estado administrativo no giran en el vacío, sino que parecen apuntar a una reconfiguración global de la gubernamentalidad estadounidense impulsada por una derecha que ha virado en tres nuevas direcciones: del globalismo universalista a un creciente aislacionismo hemisférico, del neoliberalismo al neomercantilismo, y del neoconservadurismo a la neorreacción.

4. Revolución digital y neorreacción

El enmarañado cuadro contemporáneo de las derechas estadounidenses es difícil de restituir en todos sus matices: conservadores, neoconservadores, paleolibertarios, minarquistas… las categorías se multiplican y, en ocasiones, se solapan, especialmente en el variopinto universo de las *alt-right*. Menos arduo, en cambio, es identificar a los ideólogos de la neorreacción como su vanguardia intelectual.

La neorreacción se diferencia del neoconservadurismo, hasta hace poco dominante entre las derechas estadounidenses, pues no pretende una mera conservación de lo dado, ni acepta –de modo más o menos irónico, más o menos melancólico– el declive de la civilización. Por el contrario, los neorreaccionarios se consideran impulsores de la libertad y la civilización frente a las potencias retardatarias del igualitarismo y la democracia. Afirman positivamente los valores de la seguridad, el orden y la estabilidad, y en su nombre pretenden un trastocamiento total de los Estados realmente existentes.

De entre los intelectuales asociados a este movimiento de contornos necesariamente difusos, el papel de su exponente más audaz corresponde a Curtis Yarvin, un ingeniero en programación de formación, que durante años publicó sus reflexiones bajo el seudónimo Mencius Moldbug en el blog *Unqualified Reservations*. Correspondió al filósofo británico Nick Land, antiguo posmarxista aceleracionista devenido neorreaccionario, el mérito de sistematizar estas entradas y darles cuerpo de doctrina en un libro que tituló *Ilustración oscura*. Como resultado de una prédica sostenida, Yarvin ha llegado a convertirse en una suerte de "filósofo oficial" para líderes tecnológicos como Peter Thiel y Elon Musk, cofundadores de PayPal, tanto como para Marc Andreessen, el fundador de Mosaic (Simon, 2025). Él mismo se ha jactado de su influencia sobre los "jóvenes revolucionarios" de la administración Trump (Gressani & Malik, 2025) y se ha señalado también su influencia sobre el vicepresidente J. D. Vance, quien incluso lo invitó al baile

de inauguración de la segunda presidencia de Trump (Hui, 2025; Ward, 2025).

La neorreacción se presenta como una corriente intelectual esencialmente contraria al ideal de la Ilustración. Esto, sin embargo, no debe malinterpretarse. Los neorreaccionarios no asumen las figuras típicas de las corrientes antiilustradas –románticos, vitalistas, irracionalistas…– y, de hecho, se muestran ante todo "logicistas" e incluso "formalistas" –tal es una de las designaciones que Curtis Yarvin y Nick Land dan a la filosofía de este movimiento–. No son típicamente antiilustrados, y por eso prefieren considerarse más bien partidarios de una "Ilustración oscura". Sus adversarios no son la ciencia ni la tecnología, sino lo que podríamos llamar el espíritu de la Ilustración. Ya en 2009 Peter Thiel afirmó, extremando un argumento hayekiano, no creer que la libertad y la democracia fueran compatibles.

El credo de los neorreaccionarios puede resumirse en tres dogmas (Land, MacKay & Fisher, 2017). El primero es el del antiprogresismo: contra la imagen *whig* de la historia –actualizada como "fuerza w" en nuestros días–, que ve en el progreso de la justicia social (igualdad, libertad y democracia) el avance de la civilización, los partidarios de la Ilustración oscura consideran más bien que la civilización ha avanzado a pesar de la democracia, que la ha refrenado y desorganizado, amenazando su futuro. Las tendencias inmanentes de las democracias a tornarse en regímenes predatorios son, actualmente, la principal amenaza contra la civilización y la libertad (Land, 2017a).

El segundo dogma neorreaccionario es el antiigualitarismo. Legatarios de la "fusión paleo" entre paleoconservadores y paleolibertarios, para los neorreaccionarios la igualdad es, a la vez, falsa como premisa antropológica e injusta como objetivo político. Su creencia en la desigualdad natural entre los individuos humanos los conduce a coquetear abiertamente con el darwinismo social –al que no adosan el prefijo "neo", sino que sustraen el adjetivo "social"–.

El rechazo a la democracia es el tercero de los dogmas neorreaccionarios. La neorreacción concibe al moderno prejuicio democrático como el resultado de la universalización de una ideología nacida de la teología política calvinista, de la que brotan las modernas doctrinas de la soberanía popular y sus extravíos prácticos. Los neorreaccionarios consideran que la más sofisticada apología de la democracia que la teoría política liberal puede ofrecer, consiste en hacer de ésta un método de control del gobierno, que integra a la sensibilidad ciudadana como un sensor en un complejo circuito de retroalimentación y ajuste continuo, "agregando información sobre los efectos de la política gubernamental y su transmisión a través de encuestas de opinión y elecciones, para seleccionar regímenes políticos sustitutos (organizados como partidos) que han demostrado su eficacia para optimizar los resultados sociales." Pero, según denuncian, en la realidad esta función se ve estropeada por "la Catedral", que viene a ser la "verdadera autoridad soberana dentro del sistema democrático" (Land, 2017b).

Bajo el término "la Catedral" el discurso de la neorreacción identifica a un heterogéneo frente de adversidad compuesto por una red descentralizada de instituciones de reclutamiento y reproducción de la élite progresista en la prensa, la academia y la administración pública, con una enorme capacidad de establecer los márgenes de la discusión pública y moldear los consensos. La democracia liberal es, en realidad, el poder indirecto de la Catedral, y el directo de la burocracia.

Recuperando libremente los términos de una antigua controversia teológica, Yarvin distingue dos posiciones fundamentales frente al nomos –al que define como la estructura natural de promesas formales (propiedad, contratos, soberanía)–: la derecha, pronómica, aspira a un orden basado en la propiedad y la autoridad soberana, en el que las promesas voluntarias sean vinculantes; la izquierda, antinómica, se propone desmantelar las actuales estructuras de propiedad y autoridad, a las que juzga ilegítimas, para reconstruirlas según su propio ideal (Yarvin, 2008a).

El pensamiento neorreaccionario está fuertemente marcado por la influencia de ciertos autores del canon libertario. Con el "ortodoxo" Ludwig von Mises, se oponen a la elasticidad del dinero que caracteriza a las teorías monetarias keynesianas y neoclásicas. En el extremo, se oponen a todo dinero fiduciario por inflacionista; de allí su preferencia por las criptomonedas descentralizadas de suministro limitado. Con Hans Hermann Hoppe consideran que la democracia tiende inmanentemente a convertirse en un régimen predatorio, y comparten su preferencia relativa por la monarquía absolutista.

Pero los neorreaccionarios no son libertarios. Según Nick Land, el viraje del libertarianismo a la neorreacción "llega con el reconocimiento (hobbesiano) de que la soberanía no puede ser eliminada, enjaulada ni controlada" (Land, 2017a, p. 167). Y es que Curtis Yarvin (2013) leyó tanto a Ludwig von Mises como a Friedrich List, y del padre del sistema nacional de economía política extrajo la conciencia de la realidad de las economías nacionales frente al ideal de la economía cosmopolita. Yarvin descree de la abolición de la soberanía por medio de la privatización empresarial de las funciones de seguridad y defensa a la manera de Hoppe, y considera al anarcolibertarismo de Rothbard como la forma más refinada de antinomismo (Yarvin, 2008a).

En la configuración del ideario neorreaccionario la influencia de Carl Schmitt no puede ser despreciada. Como enseguida veremos con mayor detalle, Curtis Yarvin recupera de un modo especialmente formalista la vertiente decisionista de la reflexión schmittiana acerca de lo político. La de Peter Thiel, en cambio, es una apropiación más sustantiva. En pleno auge del neoconservadurismo, que luego de los atentados del 9/11 se enseñoreó en el partido republicano estadounidense, Peter Thiel (2007) denunció la caducidad del "compromiso lockeano" –esto es, la evitación de las preguntas fundamentales sobre la naturaleza humana por medio de una fuga a través del comercio– y el correlativo declive de la doctrina de Leo Strauss –el compromiso del filósofo con el gobierno de la ciudad, que supone el ocultamiento de las verda-

des demoníacas de la política–. La realidad a los ojos de Thiel parecía presentarse sólo como aprehensible a través de la categoría schmittiana de enemistad, pero para él la plena consecución de una política inspirada en esa concepción conduciría, en el extremo, a una victoria pírrica del Occidente sobre el Islam. El soberano o la soberana cristiano o cristiana, advierte Thiel movilizando la doctrina de René Girard, debe ser prudente frente a la posibilidad de una rivalidad mimética, a sabiendas de que "la época moderna no será permanente, y que finalmente dará lugar a algo muy diferente" (Thiel, 2007, p. 214). Más adelante volveremos sobre el impacto de la dimensión escatológica del pensamiento schmittiano en la perspectiva de Thiel.

Curtis Yarvin es el neorreaccionario más avezado en el campo de la teoría política. Su rechazo a la democracia liberal no se detiene en la crítica, sino que avanza un diseño de gobierno radicalmente alternativo al del Estado democrático-constitucional, que denomina "neocameralismo". Contra el prejuicio democrático de la historiografía *whig* –que, a sus ojos, desnaturalizó los méritos del sistema absolutista en particular, y del principio monárquico en general–, el término evoca deliberadamente al modelo de la monarquía cameralista de Federico II de Prusia. En suma, la neorreacción no pretende abolir la soberanía, sino que aspira a vigorizarla haciéndola técnicamente eficiente. Considera esencial, para ello, desvincularla radicalmente del principio democrático-igualitario. El ideal neocameralista imagina al Estado como una sociedad anónima soberana ("*sovereign joint-stock corporation*"), capitalizada inicialmente por el dominio de su territorio, y orientada a la maximización de los ingresos a largo plazo, a través del incremento del valor de las propiedades inmobiliarias bajo su jurisdicción. El neocameralismo propone el reemplazo de la deletérea "responsabilidad democrática" por la más real y mensurable "responsabilidad financiera".

Según juzga Yarvin,

> … el mejor mecanismo para generar responsabilidad en el gobierno es que los gobiernos se administren como sociedades anónimas sobera-

> nas, controladas absolutamente por sus accionistas, quienes poseen las claves maestras de encriptación de los invencibles ejércitos robóticos del gobierno. (Yarvin, 2008c, p. 33)

A la cabeza de la corporación se colocaría un "delegado", análogo a un CEO que dispone de una autoridad ejecutiva indivisa, designado por y responsable ante los accionistas propietarios de la corporación. No hay ninguna separación de poderes, pues a la luz de la tradición y de la experiencia se asume plenamente la superioridad del principio monárquico: la democracia y el gobierno mixto conducen irremediablemente a la anarquía o la monarquía, a la vez que los grandes presidentes estadounidenses (Washington, Lincoln, FDR, ¿Trump?) se asemejaron a CEOs dictatoriales de una empresa gubernamental en formación y transformación.

La superioridad de este modelo radica en su mayor capacidad de garantizar el orden, la seguridad y la paz. La seguridad interna se basa en el monopolio de la fuerza, y se ve continuamente impulsada por su impacto en la valorización del capital del reino. La seguridad externa se basa en el principio de que la disuasión siempre funciona entre soberanos racionales financieramente motivados. Por lo demás, una "cadena criptográfica de mando y decisión" permite que los accionistas controlen la clave para reautorizar periódicamente al delegado y a toda la jerarquía de las fuerzas de seguridad. Con ello se garantiza que la autoridad final recaiga en los accionistas, despejando el problema de la sucesión hereditaria en la monarquía e impidiendo golpes de Estado por parte de los directivos del reino (Yarvin, 2008c).

La instauración del modelo neocameralista no puede hacerse por la vía electoral, ya que demanda un gran *reset* gubernamental. Para eso, Yarvin propone declarar la bancarrota del Estado, constituir su patrimonio neto en un fideicomiso ("*Trust*"), y encomendarlo a un *Receptor* ("*Receiver*"). Esta suprema autoridad no debe confundirse con un dictador en sentido clásico:

> Un dictador, o incluso un monarca absoluto, tiene poder y autoridad: su persona es la fuente de todas las decisiones, sus decisiones son de-

> finitivas y su posición no está sujeta a ninguna revisión externa. El Síndico —o su sustituto a largo plazo, el Director (…)— ocupa una posición diferente. Sus decisiones son inapelables, por lo que tiene autoridad absoluta. Pero es un empleado, así que no tiene poder. Solo está ahí para hacer su trabajo, y si lo hace mal, será destituido. (…) El Síndico es un empleado del Fideicomiso, que lo selecciona, evalúa su desempeño regularmente y lo reemplaza si existe alguna duda sobre su excelencia. La soberanía es un atributo del Fideicomiso, no del Síndico (Yarvin, 2008b, p. 298).

Yarvin imagina a este delegado con los atributos de un soberano schmittiano: aquella autoridad personal que, sin sujeción a la ley, decide sobre el estado de excepción (Marquis-Baillon, 2024; Gressani & Malik, 2025). Pero cabría también figurarse esta invocación a Schmitt como la *boutade* de un *enfant terrible*, que en su proceder desdibuja algunos aspectos fundamentales de la concepción schmittiana de la soberanía. Niega, por un lado, la distinción entre amigo y enemigo como la dicotomía esencial de lo político, a la vez que despolitiza la legitimidad convirtiéndola en una mera función de los mercados (Hodrick, 2022). Por otro lado, desnaturaliza la función ordinativa y conservadora del soberano representante schmittiano, impregnado de la imagen ética de un poder neutral (Dotti, 1996, 2008). Naturalmente, esta apropiación formalista del decisionismo schmittiano pierde de vista toda referencia a los órdenes concretos, que es el punto de partida de toda la reflexión schmittiana de la posguerra acerca de la historia y destino de la ordenación global de la humanidad.

Yarvin (2008d) admite que hay pocas garantías de que los nuevos propietarios de la corporación estatal se orienten indefectiblemente a la maximización del valor de sus activos y seleccionen una gestión competente a tal efecto, y que, pese a todas las disfuncionalidades e ineficacias asociadas a su irresponsabilidad y desconexión con la realidad, los Estados administrativos actuales poseen "las virtudes burkeanas (…) de estabilidad, consistencia y previsibilidad" (p. 273). El reverso de la efectividad y eficiencia monocrática es una enorme responsabilidad y ausencia de política con

pocos reaseguros. Esto, sin embargo, no ha impedido a los neorreaccionarios imaginar el diseño de una nueva ordenación planetaria.

La utopía neorreaccionaria ofrece dos imágenes globales: una de arraigo telúrico y otra inspirada en la libertad de los mares. La de Curtis Yarvin (2008c) nos presenta un mundo convertido en una gigantesca trama de parches ("*Patchwork*") de Estados convertidos en corporaciones soberanas estructuradas por acciones y gestionadas monárquicamente para obtener beneficios. Patri Friedman, Wayne Gramlich y en su oportunidad, Peter Thiel (2009), en cambio, imaginan ciudades modulares formadas en alta mar, con total autonomía política, que han bautizado como "*seasteadings*". Pese a sus diferencias fundamentales, ambas imágenes están lejos del ideal de globalización neoliberal, que postuló el horizonte de una constitución económica mundial caracterizada por el total desacople entre el *imperium* estatal y el *dominium* global de la propiedad privada (Slobodian, 2021), con un mundo de librecambio de bienes y servicios entre Estados nacionales crecientemente autoritarios, garantes del arraigo poblacional y el control fronterizo de personas como resultado (Laval & Dardot, 2013, pp. 157–188; 2021, pp. 688–727).

5. La doctrina Monroe de la nube

El triángulo conformado por las corporaciones tecnológicas, los ideólogos neorreaccionarios y la presidencia republicana de los Estados Unidos constituye una geometría política difícilmente reconocible en otros países del globo. Cierta es la caracterización provista por Shoshana Zuboff (2021), allí donde identifica un sólido vínculo entre Washington D. C. y Silicon Valley, nutrido de aportes de campaña, de lobby en torno a marcos regulatorios, de licitaciones y contratos gubernamentales, y de designaciones en cargos públicos (pp. 173–174). No menos cierto es que estos vínculos se manifiestan también en una diplomacia estadounidense en defensa de los intereses de sus *big techs* en los restantes países del planeta.

Notable en este punto es el giro de la política de moderación de contenidos asumido por el conglomerado Meta a inicios de 2025. Días antes de la ceremonia inaugural del segundo mandato de Donald Trump, Mark Zuckerberg anunció que Meta dispondría el fin de la supervisión de contenidos falsos y la eliminación de restricciones a discursos sexistas, racistas y xenófobos. Esta nueva laxitud en términos de moderación de contenidos se justificaba, en el decir de Zuckerberg, en el compromiso, compartido con el presidente Trump, de trabajar para promover la libertad de expresión tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo. De allí que Zuckerberg explicitara sus esperanzas de que, en la nueva era Trump, la diplomacia estadounidense ayudara a Facebook a contrarrestar los marcos regulatorios europeos, las sentencias judiciales latinoamericanas y las barreras de acceso chinas.

Con esto en mente, gana actualidad la propuesta de Benjamin Bratton (2025) de una "doctrina Monroe de la nube" que describiría un espacio de influencia estadounidense, proyectado más allá de sus fronteras jurisdiccionales y marcado por la impronta cultural, política, económica y tecnológica de la potencia hegemónica (pp. 75–76). Si el presidente James Monroe pudo sintetizar su doctrina en la fórmula "América para los americanos", definiendo así una zona hemisférica excluyente de toda intervención exterior, cabría preguntarse qué fórmula podría sintetizar hoy la hegemonía de las GAFAM sobre el gran espacio en que ejercen su influencia.

En este sentido, resulta sugestiva la idea de un "Google *Großraum*", también introducida por Bratton (2025, pp. 81–82). Un concepto así permitiría identificar un gran espacio planetario, sobre el que Google y las restantes *big techs* de Silicon Valley ejercerían un poder indirecto notable, apalancado a su vez por la diplomacia de Washington D. C. De ser así, este singular *Großraum*, hegemonizado por un entramado de corporaciones tecnológicas y agencias estatales norteamericanas, coexistiría con otros grandes espacios de influencia, conformando un orden pluriversal de grandes espacios.

6. La cortina de silicio

Mal haríamos en asumir que el apacentamiento de la nube tiene a la potencia norteamericana como único protagonista. Es cierto que los Estados Unidos han sido pioneros en las innovaciones tecnológicas que permitieron la miniaturización de componentes electrónicos, el tendido de redes de interconexión, el escalamiento de la big data, el procesamiento algorítmico por plataformas y el aprendizaje automático de los modelos de lenguaje. Sin embargo, estas innovaciones han sido desarrolladas también por otros actores, lo que ha limitado la proyección del espacio de influencia norteamericano.

Sobre este punto, Bernabé Malacalza señala que el liderazgo indiscutido de los Estados Unidos coexiste hoy con una disputa con China por el liderazgo en términos de implementación. Un caso notable, en este sentido, es el de la ventaja alcanzada por la compañía china Huawei en la implementación de la tecnología de 5G. Ante esto, el gobierno de Donald Trump lanzó en 2018 una cruzada en territorio latinoamericano, instando a su secretario de Estado, Rex Tillerson, a visitar Argentina, Colombia, México y Perú a efectos de impedir la adopción del 5G chino. En 2019, tocaría al nuevo secretario de Estado, Mike Pompeo, visitar Chile para impedir también el tendido de un cable submarino que conectara América del Sur con China (Malacalza, 2025, pp. 15, 130–133).

Esta configuración de la diplomacia norteamericana, contraria a la proyección tecnológica china en América Latina, se complementa con una renovación del Comando Sur y una reactivación de la Cuarta Flota. Con esto, se apunta a garantizar por vía militar una preeminencia que los Estados Unidos no logra sostener por vía de la complementación económica ni de la cooperación para el desarrollo. Esta disputa, en torno al espacio de influencia norteamericano en América Latina, forma parte de una tensión de alcance planetario, que tiene a China y a los Estados Unidos por principales contendientes.

Lejos de los ideales de una internet rizomática y de un tráfico libre de fricciones que dominaron en la última década del siglo

pasado (Popiel & Vasudevan, 2024), la interacción entre las potencias en disputa por el dominio de la economía digital abandonó hace tiempo la libertad de mercado para virar hacia estrategias de control soberano de los algoritmos y de la localización de datos (Liang & Li, 2025). Así, desde el año 2009 el "neomercantilismo digital" parece imponerse, manifestándose en una creciente fusión entre los objetivos vinculados al desarrollo de la economía digital y aquellos ligados al incremento del poder y la seguridad estatales (Mueller & Farhat, 2022).

Aunque la competencia tecnológica entre los Estados Unidos y la Unión Soviética ofrece pocos precedentes dados los exiguos lazos que integraban económicamente a ambas potencias (Mueller & Farhat, 2022), las similitudes del actual escenario bipolar con el de la guerra fría han llevado a Yuval Noah Harari a plantear la idea de un telón o cortina de silicio entre Estados Unidos y China, que retoma la metáfora popularizada por Winston Churchill de una cortina de hierro entre los sistemas capitalista y comunista (Harari, 2024, p. 422). De admitir una metáfora así, cabría reconocer, también del lado chino de la cortina, una serie de impedimentos a la influencia norteamericana. Efectivamente, Malacalza describe la serie de restricciones gubernamentales, presiones regulatorias, requerimientos de censura de contenidos, exigencias de reformulación de modelos de negocios y bloqueos de servicios completos que terminaron por frustrar las operatorias en el mercado chino de Google, Facebook, Instagram, WhatsApp, YouTube, Twitter, Netflix y Spotify, entre otras plataformas norteamericanas (Malacalza, 2025, pp. 119–152). Esto ha favorecido el desarrollo, en el mercado chino, de sus propias *big techs*. Alibaba, Tencent, Baidu, Ping An y JD.com se han constituido así en inmensas plataformas digitales, con una implantación protagónica en el mercado chino y vinculadas orgánicamente con las agencias gubernamentales.

No debe perderse de vista que el gran Estado continental chino es el principal desafiador del *hub* estadounidense (Lehdonvirta et al., 2025) y es también el mayor Estado administrativo de la era digital. Desde las revelaciones de los *backdoors* en software y el espio-

naje a mandatarios aliados por parte de los Estados Unidos, China ha forjado una creciente autonomía infraestructural, en marcha hacia la autarquía. El proyecto "escudo dorado", dirigido al control doméstico del tráfico, ya lleva más de un cuarto de siglo de desarrollo. Por su parte, el "gran cortafuegos" ("*Great Firewall*") comandado actualmente por la Administración China del Ciberespacio ha permitido el desarrollo de una infraestructura de redes prácticamente desenganchada del tráfico externo. Como resultado, las plataformas estatales dominan en el gran espacio chino de internet, a la vez que el gobierno regula firmemente las plataformas privadas para asegurar su alineamiento con los intereses estatales –incluso limitando su participación en mercados de acciones extranjeros– (Kostka & Bogs, 2026). El caso de los sistemas de crédito social chino es paradigmático: nacidos para perfilar financieramente a sus usuarios, al integrar progresivamente diversos parámetros y fuentes de información, y al descentralizar la aplicación de sanciones, estos sistemas se han desplazado hacia la gobernanza social y la promoción de valores promocionados estatalmente (Cheung & Chen, 2022). Es difícil, sin embargo, aventurarse más allá en el cuadro interno del gigante asiático.

7. El nuevo *nomos* de la Tierra

Cabe en este punto preguntarse qué tipo de ordenamiento planetario puede emerger de las transformaciones en curso. Si hacia fines del siglo XX, la hegemonía político-militar de Washington D.C. y la innovación tecnológica de Silicon Valley permitían reconocer tendencias firmes hacia la unidad del mundo bajo un mando político unitario a cargo de los Estados Unidos, lo cierto es que, con el advenimiento del nuevo siglo, estas tendencias universalistas fueron quedando relativizadas en función de escenarios pluralistas.

El primero de estos escenarios pluralistas es el formulado a partir de la identificación del contrapunto chino. Así las cosas, más que a un orden planetario unificado, asistiríamos en nuestro tiempo a la reedición del mundo bipolar, que encontraría en los Estados

Unidos y en China a sus dos protagonistas. De ser así, las líneas de amistad y enemistad tanto como el sino de los conflictos planetarios se definirían sobre la base de esta contraposición fundamental. Si bien la disputa en torno al desarrollo tecnológico en América Latina puede operar como proxy de aquel conflicto del fondo, lo cierto es que los conflictos de mayor intensidad se desplazan a la zona del Indo-Pacífico. En particular, las tensiones en torno a Taiwán se agudizan en la medida en que, a partir de la secesión respecto de China y del apuntalamiento tecnológico por parte de los Estados Unidos, la isla produce cerca de la mitad de los microprocesadores del mundo. Cabe prefigurar, en este sentido, que un conflicto abierto en torno a la isla implicaría el colapso de las cadenas de suministro tecnológico del planeta.

Si bien las tendencias bipolares pueden conducir a efectos catastróficos, quienes experimenten el tedio de las hermenéuticas extremistas podrán considerar la factibilidad de tendencias pluriversales de índole multipolar. A favor de tendencias así emerge el caso de la India. El país más poblado del planeta cuenta con un desarrollo tecnológico para nada desdeñable y despliega una serie de políticas gubernamentales y marcos regulatorios que restringen la operatoria de las *big techs* chinas en su territorio. Distinto es el caso de Rusia, pero también allí el desarrollo tecnológico se despliega mediante una serie de regulaciones que limitan el desembarco de las *big techs* norteamericanas. Por su parte, la Unión Europea ha desarrollado en tiempo reciente un marco regulatorio comunitario, que es objeto de críticas por parte de Silicon Valley y de tensiones diplomáticas con Washington D. C. De considerar esta diversidad de configuraciones, resultaría posible identificar tendencias hacia la conformación de una multiplicidad de grandes espacios, de potencia dispar, pero con capacidades relativas de establecer zonas de influencia efectivas.

Poco antes de su fallecimiento, Henry Kissinger fue invitado por Xi Jinping para conversar respecto de los desafíos políticos derivados de las innovaciones tecnológicas en curso: visita que tuvo lugar en el año 2023. En esa ocasión, no faltó quien recordara la

visita secreta de Kissinger al premier chino Zhou Enlai en 1971, que preludiaría el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre ambas potencias. Tras entrevistarse con Xi Jinping, Kissinger se dedicó a la escritura de un libro junto a Eric Schmidt y Craig Mundie. Schmidt venía de desempeñarse como CEO de Google y fue el principal promotor del fallido desembarco de la *big tech* en el mercado chino. Craig Mundie venía ocupando roles directivos en Microsoft, dedicándose a los desarrollos en inteligencia artificial generativa y en grandes modelos de lenguaje. Este libro, escrito por los tres, fue publicado hacia fines de 2024, cuando Kissinger ya había fallecido.

Allí, los autores consideran que los desarrollos en inteligencia artificial generativa del presente, preludian la emergencia de una inteligencia artificial general o de una superinteligencia artificial. Ante esta eventualidad, avizoran que el orden planetario habrá de definirse a partir de quiénes alcancen primero tales desarrollos. Esto les permite anticipar diferentes escenarios: por un lado, la emergencia de una superpotencia planetaria, que ejerza un poder descomunal sobre la base del dominio pionero de la inteligencia artificial general; por otro lado, el despliegue de una pluralidad de inteligencias artificiales regionales, que definan zonas de influencia tanto como líneas de tensión y conflicto; finalmente, el despunte desembozado de una superinteligencia políticamente incontrolable, que sume a la humanidad en la servidumbre (Kissinger, et al., 2024).

Un último aspecto resulta notable en este punto. Es que, en el marco de estas elucubraciones, los autores consideran la posibilidad de que los desarrollos en inteligencia artificial, que a todas vistas trascienden las capacidades cognitivas de los individuos humanos, conecten con el sentido de trascendencia provisto por las diversas religiones. Esto invita a los autores a pensar un orden pluriversal apuntalado por cosmovisiones tan tecnológicas como teológicas.

8. Conclusiones

La configuración actual de internet en su conjunto ya no se corresponde con el cuadro idílico de una posestructura rizomática que predominó hace tres décadas, y se aproxima crecientemente a la imagen de un pluriverso de infraestructuras arborescentes y entrelazadas. Las disputas en torno a la soberanía digital, las tendencias a la configuración de los *hubs* como soporte de los nuevos grandes espacios digitales y la armamentización de las plataformas colocan una vez más en primer plano la pregunta por la técnica.

Tempranamente Schmitt advirtió que, desde el siglo XIX, las más diversas orientaciones ideológicas habían depositado en la técnica sus esperanzas de una definitiva liquidación de lo político, colocándola como el último centro de gravedad de un proceso secular de neutralización de los diversos ámbitos de la cultura europea. Señalaba entonces Schmitt que la neutralidad política de la técnica era ilusoria, ya que "la técnica es siempre sólo instrumento y arma, y porque sirve a cualquiera no es neutral" (Schmitt, 1998, p. 118).

Para responder a la cuestión del papel de la técnica en la disputa por el predominio global en el mundo bipolar, Schmitt realizó un rodeo por la pregunta acerca de la comprensión histórica, que estaba a la base de los significados históricos entonces en disputa. Y es que, en sus palabras, "todo intento de autocomprensión resulta ser, en última instancia, un intento de situarse a uno mismo mediante la filosofía de la historia o una autodislocación utópica" (Schmitt, 2009, p. 167). Schmitt identificaba que las posiciones antagónicas del Occidente capitalista, "con" su religión masiva del progreso, y el Oriente socialista, infatuado de marxismo-leninismo, compartían un común sustrato espiritual: la filosofía de la historia, de raíz ilustrada, secular y progresista, que Schmitt distingue de la teología histórica, providencial y salvífica.

La filosofía de la historia de los neorreaccionarios es aceleracionista, pues se propone precipitar el proceso de integración e intercambiabilidad entre riqueza y poder que define a la modernidad política. En palabras de Land, es propio del "reaceleracionismo neorreaccionario" la crítica al "desacelerador, o al estancamiento

«progresista» como un desarrollo institucional identificable: la Catedral. (…) El «progreso», en su encarnación ideológica manifiesta y madura, es la antitendencia necesaria para detener la historia." Según el propio Land, la neorreacción es, en cambio, "reaceleracionista": su objetivo principal es el escape "hacia una fuga cibernética sin compensación, lo que equivale estrictamente a una explosión de inteligencia o a una Singularidad tecno-comercial" (Land, 2017c, p. 155).

Schmitt (1951) identifica en la imagen cristiana de la historia la única oposición radical a las filosofías de la historia, cuyas relativizaciones rematan en el nihilismo, el neopaganismo y en las ilusiones de un retorno a la naturaleza desde la cultura (Schmitt, 1951). Para el jurista, existe una verdad profunda del cristianismo, que va incluso más allá de la teología histórica: "el cristianismo, en su esencia, no es moral ni doctrina. No es un sermón penitencial, ni una religión en el sentido de los estudios religiosos comparativos, sino un acontecimiento histórico de singularidad infinita, inapropiable e inocupable" (Schmitt, 2009). En el fondo de la imagen cristiana de la historia se encuentra la figura del *katechon*, aquello que retiene al Anticristo y, demorando su llegada, aplaza también el fin de esta era, y en la cual Günter Maschke (1989) identificó el pensamiento central de la teología política de Schmitt. El *katechon*, "la fuerza capaz de aplazar el fin y vencer al maligno" (Schmitt, 2009, p. 169) aludida en la segunda carta de San Pablo a los Tesalonicenses, es para Schmitt el único puente capaz de salvar la brecha entre la fe escatológica, que conduce al abandono del mundo, y la conciencia histórica, que lo relativiza. Ante la hipótesis de la unidad técnica del mundo y la correlativa liquidación de lo político, el jurista concebía por entonces al pluralismo de los grandes espacios como la potencia katejóntica capaz de refrenar al universalismo estadounidense (Schmitt, 1951). Frente al Prometeo del Atlántico, Schmitt prefería identificarse con la figura de un Epimeteo cristiano (Falk, 2022).

Peter Thiel (2009) es, de entre los neorreaccionarios, quien más explícitamente recupera la tónica escatológica de Schmitt. A

su juicio, en el actual momento apocalíptico se disputan el Armagedón –que, contra el aceleracionismo, Thiel cifra en la singularidad como caos de la tecnología desatada– y el Anticristo –que, con Schmitt, identifica en el ideal de un Estado mundial técnicamente unificado–. En la peculiar visión de Thiel, cuya esquiva respuesta a la pregunta por el sentido de las grandes formas de la autocomprensión histórica está también marcada por la influencia de la teoría mimética de René Girard, las mayorías occidentales parecen tan preocupadas por el Armagedón que lucen dispuestas a aceptar la solución del Anticristo (Thiel, 2023).

Y es que un aspecto central de su reflexión escatológica es su énfasis en la intercambiabilidad de las figuras del *katechon* y el Anticristo. Tal es, a su juicio, el ambiguo papel de los Estados Unidos en nuestra época: "Estados Unidos es, en este momento, el candidato natural para encarnar al *katechon* y al Anticristo, el punto cero del Estado mundial único, el punto cero de la resistencia al Estado mundial único" (como se citó en Miranda & Poulle, 2025).

Cabe en este punto preguntarse si los Estados Unidos estarán en condiciones de dar respuesta al desafío de la época. Si lo presentado hasta aquí tiene asidero, habría que identificar el desafío del nuevo siglo con la capacidad de brindar un marco de acotación política a una técnica que, más que lanzarse a la conquista del cosmos, parece dirigida a penetrar en todos los resquicios del pensamiento y la acción humanas. Ante estas fuerzas desencadenadas de la técnica, no queda claro todavía si la respuesta al desafío del siglo XXI provendrá de las costas del Atlántico Norte o de las costas del Indo-Pacífico.

Referencias

Abdu, A. A., & Jacobs, A. Z. (2026). Legitimacy practices, algorithms, and the new bureaucratic quantification. Big Data & Society, 13(2). https://doi.org/10.1177/20539517261442385

Ainsley, J. & Strickler, L. (2025, October 28). Trump plans to install Border Patrol officials to lead a more aggressive migrant crackdown. NBC News. https://www.nbcnews.com/politics/immigration/trump-plans-install-border-patrol-officials-lead-aggressive-migrant-cr-rcna240102

Bratton, B. (2025). The Stack: Soberanía y software. (S. Armando & A. N. Venturelli, Trads.). Adriana Hidalgo Editora.

Calo, R., & Citron, D. K. (2021). The automated administrative state: A crisis of legitimacy. Emory Law Journal, 70(4), 797–846.

Cheung, A. S., & Chen, Y. (2022). From datafication to data state: Making sense of China's social credit system and its implications. Law & Social Inquiry, 47(4), 1137–1171. https://doi.org/10.1017/lsi.2021.56

Couldry, N., & Mejías, U. (2022). El costo de la conexión: Cómo los datos colonizan la vida humana y se la apropian para el capitalismo. Ediciones Godot.

Crawford, K. (2022). Atlas de inteligencia artificial: Poder, política y costos planetarios (F. Díaz Klaassen, Trad.). Fondo de Cultura Económica.

Cristofari, G. (2021). Bratton and the double movement of state platformization and platform institutionalization. La Deleuziana – Online Journal of Philosophy, (13).

Cristofari, G., & Gerbaudo, P. (2025). Towards an empowered 'Platform State'? Digital Platforms, Infrastructural Power, and the Transformation of State Authority. Conference on Digital Government Research, 26. https://doi.org/10.59490/dgo.2025.958

Dotti, J. E. (1996). Teología política y excepción. Daimon Revista Internacional de Filosofía, (13), 129–140. https://revistas.um.es/daimon/article/view/8351

Dotti, J. E. (2008). La cuestión del poder neutral en Schmitt. Kriterion, 49(118), 309–326. https://doi.org/10.1590/S0100-512X2008000200003

Downes, R. T. F. (2025). Constitutional dictatorship and enemies within: A constitutional and historical analysis of the Alien and Sedition Acts from John Adams to Donald Trump. The Journal of International Relations, Peace Studies, and Development, 10(1), 1–53.

Engstrom, D. F. (2024). The automated state: A realist view. The George Washington Law Review, 92(6), 1437–1472.

Falk, H. (2022). The modern Epimetheus: Carl Schmitt's katechontism as reactionary chronopolitics. Frontiers in Political Science, 4, 957094. https://doi.org/10.3389/fpos.2022.957094

Fourcade, M., & Gordon, J. (2020). Learning like a state: Statecraft in the digital age. Journal of Law and Political Economy, 1 (1), 78–108.

Frapporti, M. (2024). The politics of platforms. Exploring platforms' infrastructural role and power. In S. Mezzadra, N. Cuppini, M. Frapporti, & M. Pirone (Eds.), Capitalism in the platform age (pp. 81–95). Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-031-49147-4_6

Gressani, G., & Malik, M. (2025, April 12). Curtis Yarvin: La monarquía y Donald Trump (2.ª parte de la extensa entrevista). El Grand Continent. https://legrandcontinent.eu/es/2025/04/12/curtis-yarvin-la-monarquia-y-donald-trump-2a-parte-de-la-extensa-entrevista-x/

Harari, Y. N. (2024). Nexus. Debate.

Hodrick, C. (2022). From neoreaction to alt-right: A Schmittian perspective. Telos, 198, 90–112. https://doi.org/10.3817/0322198090

Hui, Y. (2025). On the recurrence of neoreactionaries. e-flux Journal, (151), 1–9. https://www.eflux.com/journal/151/652979/on-the-recurrence-of-neoreactionaries/

Kissinger, H. A., Mundie, C., & Schmidt, E. (2024). Genesis. Artificial intelligence, hope, and the human spirit. Little, Brown and Company.

Kostka, G., & Bogs, A. (2026). The expanding digital reach of the Chinese state: Digital governance in China. Regulation & Governance, 20(1), 3–17. https://doi.org/10.1111/rego.70078

Land, N., MacKay, R., & Fisher, M. (2017). A Nick Land reader. Selected writings. Anonymous Press.

Land, N. (2017a). The dark enlightenment. In N. Land, R. MacKay, & M. Fisher (Eds.), A Nick Land reader (pp. 163–236). Anonymous Press.

Land, N. (2017b). The problem of democracy. In N. Land, R. MacKay, & M. Fisher (Eds.), A Nick Land reader (pp. 150–152). Anonymous Press.

Land, N. (2017c). Re-accelerationism. En R. Mackay (Ed.), A Nick Land reader: Selected writings (pp. 153–155). Urbanomic.

Laval, C., & Dardot, P. (2013). La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal. Gedisa.

Laval, C., & Dardot, P. (2021). Dominar: Estudio sobre la soberanía del Estado de Occidente. Gedisa.

Lehdonvirta, V. (2022). Cloud empires: How digital platforms are overtaking the state and how we can regain control. The MIT Press.

Lehdonvirta, V., Wu, B., & Hawkins, Z. (2025). Weaponised interdependence in a bipolar world: How economic forces and security interests shape the global reach of US and Chinese cloud data centres. Review of International Political Economy, 32(5), 1442–1467. https://doi.org/10.1080/09692290.2025.2489077

Liang, F., & Li, G. M. (2025). Geopolitics in platform governance: Algorithmic sovereignty and data localization in China and the United States. Policy & Internet, 17(3), e70014. https://doi.org/10.1002/poi3.70014

Malacalza, B. (2025). Las cruzadas del siglo XXI. Siglo XXI Editores.

Mann, M. (2007). El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados. Relaciones Internacionales, (5), 1–43. https://doi.org/10.15366/relacionesinternacionales2007.5.004

Marquis2Baillon (2024, September 29). Conversation with Curtis Yarvin. RAGE - Liberté, Identité, Progrès. https://rage-culture.com/en/conversation-with-curtis-yarvin/

Maschke, G. (1989). La rappresentazione cattolica: Carl Schmitts Politische Theologie im Blick auf italienische Beiträge. Der Staat, 28(4), 557–575.

Miranda, A., & Poulle, J.-B. (2025, 24 de octubre). Peter Thiel: Pensamientos del Anticristo. Le Grand Continent. https://legrandcontinent.eu/es/2025/10/24/peter-thiel-pensamientos-del-anticristo/

Mosco, V. (2014). To the cloud: Big data in a turbulent world. Paradigm Publishers.

Mueller, M. L., & Farhat, K. (2022). Regulation of platform market access by the United States and China: Neo-mercantilism in digital services. Policy & Internet, 14(2), 348–367.

Owen, T. (2015). Disruptive power. The crisis of the state in the digital age. Oxford University Press.

Papakonstantinou, V. (2022). States as platforms following the new EU regulations on online platforms. European View, 21(2), 214–222. https://doi.org/10.1177/17816858221134748

Popiel, P., & Vasudevan, K. (2024). Platform frictions, platform power, and the politics of platformization. Information, Communication & Society, 27(10), 1867–1883. https://doi.org/10.1080/1369118X.2024.2361095

Reuters. (2025, October 24). Legal battles mount over Trump's National Guard deployments to U.S. cities. Reuters. https://www.reuters.com/world/us/legal-battles-mount-over-trumps-national-guard-deployments-us-cities-2025-10-24/

Rossiter, C. (1948). Constitutional dictatorship: Crisis government in the modern democracies. Princeton University Press.

Schmitt, C. (1951). La unidad del mundo. Anales de la Universidad de Murcia, 9, 343–355.

Schmitt, C. (1955). La tensión planetaria entre Oriente y Occidente y la oposición entre tierra y mar. Revista de Estudios Políticos, (81), 3–28.

Schmitt, C. (1971). Legalidad y legitimidad (J. Díaz García, Trad.). Aguilar.

Schmitt, C. (1998). La era de las neutralizaciones y de las despolitizaciones. En El concepto de lo político (pp. 107–122). Alianza.

Schmitt, C. (2009). Three possibilities for a Christian conception of history. Telos, (147), 167–170. https://doi.org/10.3817/0609147167

Scott, J. C. (1999). Seeing like a state: How certain schemes to improve the human condition have failed. Yale University Press.

Simon, E. (2025, March 24). What we must understand about the Dark Enlightenment movement. TIME. https://time.com/7269166/dark-enlightenment-history-essay/

Slobodian, Q. (2021). Globalistas: El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo. Capitán Swing Libros.

Srnicek, N. (2018). Capitalismo de plataformas. Caja Negra.

Thiel, P. (2007). The Straussian moment. In R. Hamerton-Kelly (Ed.), Politics and apocalypse (pp. 189–218). Michigan State University Press.

Thiel, P. (2009). The education of a libertarian. Cato Unbound. https://www.cato-unbound.org/2009/04/13/peter-thiel/education-libertarian/

Thiel, P. (2023). Nihilism is not enough. [Conferencia]. Colloquium on Violence & Religion, París, Francia. https://www.nihilismisnotenough.com/

U.S. Army Public Affairs. (2025, June 13). Army launches Detachment 201: Executive Innovation Corps to drive tech transformation. U.S. Army. https://www.army.mil/article/286317/army_launches_detachment_201_executive_innovation_corps_to_drive_tech_transformation

Varoufakis, Y. (2024). Tecnofeudalismo: El sigiloso sucesor del capitalismo. Ariel.

Waldo, D. (1948). The administrative state. A study of the political theory of American public administration. The Ronald Press Company.

Ward, I. (2025, January 30). Curtis Yarvin's ideas were fringe. Now they're coursing through Trump's Washington. POLITICO. https://www.politico.com/news/magazine/2025/01/30/curtis-yarvins-ideas-00201552

Yarvin, C. (2008a). The truth about left and right. In An open letter to open-minded progressives (pp. 245–264).

Yarvin, C. (2008b). Tactics and structures of any prospective restoration. In An open letter to open-minded progressives (pp. 287–302).

Yarvin, C. (2008c). Patchwork: A political system for the 21st century. Unqualified Reservations.

Yarvin, C. (2008d). What is to be done? In An open letter to open-minded progressives (pp. 265–286).

Yarvin, C. (2013, March 13). Sam Altman is not a blithering idiot. Unqualified Reservations. https://www.unqualified-reservations.org/2013/03/sam-altman-is-not-blithering-idiot/

Zuazo, N. (2018). Los dueños de internet. Debate.

Zuboff, S. (2021). La era del capitalismo de vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder. Paidós.

SEGUNDA SECCIÓN

ORDEN, SOBERANÍA Y CONSTITUCIÓN

CAPÍTULO 5

LA DIALÉCTICA DEL ORDEN EN EL PENSAMIENTO DE CARL SCHMITT

Montserrat Herrero[1]

RESUMEN

Este capítulo sostiene que la idea de orden concreto es el hilo conductor de la interpretación coherente de los conceptos políticos alumbrados por Carl Schmitt. El concepto de orden que propone Schmitt tiene un carácter especulativo, en el sentido en que Hegel entiende este método de comprensión. La referencia al orden concreto se aprecia con claridad en los escritos de Schmitt

1 Universidad de Navarra. Departamento de Filosofía.

desde el año 1916, y se explicita como pensamiento jurídico en 1934. A partir de ahí adquiere referencias históricas, sociales, económicas, políticas e incluso físicas y metafísicas. Son distintos modos de orden que se superponen e implican mutuamente en una especie de desarrollo especulativo: el orden jurídico es condicionado y condiciona un orden social. Del mismo modo, éste condiciona y, sobre todo, está condicionado por un orden espacial. No se puede hablar, sin embargo, de un orden político en el sentido más propio en el pensamiento schmittiano. Existe la situación política que no es un orden sino una situación de conflicto, una situación límite pendiente de una reconciliación. Ahora bien, la situación política siempre hace referencia a un orden. El capítulo aborda cada una de estas significaciones para mostrar que orden espacial, orden social, orden jurídico, orden político pertenecen en el pensamiento de Schmitt a un solo *nomos*.

Palabras clave: Carl Schmitt, Hegel, orden, dialéctica, *nomos*.

ABSTRACT

This chapter argues that the idea of concrete order provides the key to a coherent interpretation of the political concepts developed by Carl Schmitt. Schmitt's concept of order has a speculative character, in the sense in which Hegel understands this method of thought. The idea of concrete order can be found clearly in Schmitt's writings from 1916 onward, although it becomes explicit as a legal concept in 1934. From that point on, it takes on historical, social, economic, political, and even physical and metaphysical dimensions. These different forms of order overlap and are mutually related in a kind of speculative development: legal order is conditioned by, and in turn conditions, social order. Likewise, social order conditions and, above all, is conditioned by spatial order. It is not possible, however, to speak of political order in the strict sense in Schmitt's thought. There is instead a political situation, which is not an order but a situation of conflict, a limit situation awaiting reconciliation. Nevertheless, the political situa-

tion always refers to an order. This chapter examines each of these meanings in order to show that, in Schmitt's thought, spatial order, social order, legal order, and political order all belong to a single *nomos*.

Keywords: Carl Schmitt; Hegel; order; dialectics; *nomos*.

Introducción

En una ocasión escribió Schmitt irónicamente de sí mismo:

> Schmitt se permite la increíble afirmación de que todo aquello que queda de verdadero respeto ante lo espiritual en la tierra es herencia del cristianismo de la Edad Media, del cual nosotros aún -como aprendices que han malversado los fondos- vivimos en 'dulce júbilo' un par de cortos siglos, para reconocer cómo piensa un mundo descristianizado sobre arte y ciencia (Schmitt, 1918, p. 91).

La categoría del orden es uno de esos conceptos merecedores de respeto que forma parte de la herencia del cristianismo medieval[2]. Por ejemplo, basta pensar en la centralidad de dicha categoría en la obra de San Agustín.

Una de las dificultades con las que irremediablemente se encuentra el lector de Schmitt es saber cuál es su posición teórica a través de la construcción conceptual que acompaña a sus obras. Esto es lo que ocurre con la dialéctica conceptual excepción/or-

2 Una primera exposición de la idea de centralidad del orden en el pensamiento de Carl Schmitt se hizo en "La categoría del orden en la filosofía política de Carl Schmitt", en D. Negro Pavón (ed.), *Estudios sobre Carl Schmitt,* Fundación Cánovas del Castillo, 1996, pp. 263–286. En ese texto se avanzaba una de las tesis principales de lo que luego conformaría el volumen M. Herrero, *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*, Eunsa, 1997. La segunda edición se publicó en 2007. Posteriormente, en M. Herrero, *The Political Discourse of Carl Schmitt. A Mystic of Order*, Rowman & Littlefield, Lanham, 2015. Las tesis que expuse entonces siguen vigentes; no me había percatado, sin embargo, en aquel momento, de la impronta hegeliana que llevaban consigo. Esta es la nueva aportación de este texto.

den.[3] La idea de orden queda oculta generalmente por la brillantez con la que el jurista de Plettenberg aborda la idea de excepción en la definición de la soberanía o en el análisis de la dictadura. Así, indagar sobre la categoría política del orden y su importancia para el pensamiento de Schmitt requiere una búsqueda de los implícitos, es decir, una investigación a través de las diferentes formulaciones en las que esa categoría se refleja, para poder encontrar la lógica en que vive ese concepto y así poder profundizar en la sistemática de su pensamiento, que él mismo ni siquiera prefiguró.[4]

Hasta tal punto considero la idea de orden un pilar de la lógica schmittiana, que a lo largo de estos años he mantenido la tesis de que se puede considerar una clave interpretativa del conjunto de los escritos del jurista de Plettenberg.[5] No se trata aquí de demostrar la tesis apuntada, con la recopilación de los textos consiguientes. Basta decir ahora que es posible hallar implícitamente en sus primeros escritos el concepto de orden, que no se explicitará hasta el año 1934, en su escrito *Über die drei Arten des rechtswissenschaftli-*

3 Lo cual él mismo siempre consideró un valor. Así, en una carta a A. Mohler datada el 19 de octubre de 1948 escribe: "Acerca de la indicación sobre mi posición 'encubierta', cuyo 'encubrimiento' es sólo la otra cara de mi frecuentemente reconocida claridad y precisión, diré que 'la claridad es una composición de luz y sombra' (máxima de J. G. Hamann citada por Goethe) una frase que me gustaría dejar grabada en su corazón para su trabajo doctoral". A. Mohler, "Carl Schmitt und die »Konservative Revolution«: Unsystematische Beobachtungen", en H. Quaritsch (ed.) *Complexio Oppositorum: Über Carl Schmitt*, Duncker & Humblot, 1988, pp. 129–157, p. 142.

4 Utilizo el término "reflejo" como lo hace Tomás de Aquino en la *Cuestión disputada sobre la verdad* 1, artículo 9, al hablar de la actividad de reflexión del entendimiento que no sólo conoce su propio acto, sino la proporcionalidad de dicho acto con la cosa. Los reflejos del orden en cada estrato de la sociabilidad no son simples acepciones descriptivas y concluyentes, sino que muestran fenomenológicamente la reflexión sobre la lógica del orden que se expresa en los diferentes estratos de la sociabilidad. En el ámbito del espíritu objetivo, por emplear el término hegeliano, la reflexión es diferenciación de esferas que han de entenderse como momentos del concepto. En este aspecto se puede apreciar ya la influencia del modo filosófico de proceder de Hegel en Carl Schmitt.

5 Esta es la tesis de fondo de mi libro M. Herrero, *El nomos y lo político: la filosofía política de Carl Schmitt*, Eunsa, 2007 (2.ª ed.). Posteriormente, M. Herrero, *The Political Discourse of Carl Schmitt: A Mystic of Order*, Rowman & Littlefield, Lanham, 2015.

chen Denkens, momento desde el cual será una constante explícita y se podrá observar (en dicha configuración de aquella lógica) un eco del diálogo implícito que Carl Schmitt mantuvo a lo largo de su producción con la filosofía de Hegel.

Incluso el concepto que podríamos entender casi en las antípodas del de orden, la decisión sobre la excepción que procede sin poder contar con una norma precedente, está entretejida en su pensamiento con la idea de orden. Hace siempre referencia a la situación concreta, al estado de las cosas. Ya en una de sus primeras obras, *Gesetz und Urteil* (1912), subraya la especificidad de la decisión judicial precisamente por la referencia a una situación concreta, característica que la aleja de la consideración positivista de la decisión judicial como simple subsunción de un caso particular bajo una ley general (Schmitt, 1969, p. 98)[6]. Más tarde en su producción científica aparece la decisión política, que versa sobre el caso de excepción en *Die Diktatur* (Schmitt, 1921/1968, pp. 26, 41, 182), *Politische Theologie*[7] (Schmitt, 1922/2001, pp. 18–19) y *Der Begriff des Politischen*[8] (Schmitt, 1927/1991, pp. 19, 28), y está ligada a la situación concreta: por referencia al pasado, a una situación de crisis, y por referencia al futuro, al nuevo orden que se quiere instaurar, en *Verfassungslehre*[9] (Schmitt, 1928/1992, pp. 24, 26) y *Der Hüter der Verfassung*[10] (Schmitt, 1931a/2009, p. 92).

6 Existe una traducción al español en, C. Schmitt, *Posiciones ante el derecho*, edición, estudio preliminar y notas de Montserrat Herrero, Tecnos, 2012, pp. 1–178.

7 Schmitt, C., *Politische Theologie*, Duncker & Humblot, 1922, pp. 18–19. Existe una edición en español: Héctor Orestes Aguilar, *Carl Schmitt, teólogo de la política*, prólogo y selección de textos de Héctor Orestes Aguilar, Fondo de Cultura Económica, 2001.

8 Schmitt, C., *Der Begriff des Politischen*, Duncker & Humblot, 1979a, pp. 19, 28. Existe una edición en español: *El concepto de lo político: Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*, traducción y prólogo de Rafael Agapito, Alianza, 1991c.

9 Existe una nueva edición en español, *Teoría de la Constitución*, presentación de Francisco Ayala; epílogo de Manuel García-Pelayo, traducción española de Francisco Ayala, Alianza, 1992.

10 Schmitt, C. *La defensa de la Constitución: Estudio acerca de las diversas especies y posibilidades de salvaguardia de la Constitución*, traducción de Manuel Sánchez Sarto, Labor, 1931b, p. 92: "Cada institución, e incluso

También en los escritos sobre la Iglesia aparece esta institución como forma, como visibilidad de una representación, en la que está presente la idea de orden (*Die Sichtbarkeit der Kirche*, 1917; *Römischer Katholizismus und politische Form*, 1923).[11]

Incluso en la época temprana encontramos dos escritos, *Theodor Däublers »Nordlicht«*, 1916[12] e *Illyrien*, 1925,[13] sobre todo en este último, en los que hay una carga de paisaje, de referencias a la tierra, que presagian su tardío concepto de *nomos*, es decir, de orden concreto. No pretendo ahora mostrar tales implícitos, sino esbozar una descripción de aquellos conceptos explícitos en los que la categoría del orden se refleja en la obra de Schmitt, para finalmente atestiguar, desde esta interpretación, un eco del pensamiento de Hegel en la obra del jurista.

La referencia al orden concreto se aprecia con claridad desde el año 1934a. A partir de ese momento, se observa una evolución en la conceptualización del orden en el sentido de una ganancia en concreción. Si bien aparece inicialmente en el marco jurídico, a

cada norma, tiene como característica, a manera de premisa inmanente de su existencia o de su validez, esta relación con un estado de cosas". Existe una nueva edición: Carl Schmitt, *La polémica Schmitt-Kelsen sobre la justicia constitucional: El defensor de la Constitución versus ¿Quién debe ser el defensor de la Constitución?*, trad. Manuel Sánchez Sarto y Roberto J. Brie, est. prelim. Giorgio Lombardi (Madrid: Tecnos, 2009).

11 "La Iglesia es una representación personal y concreta de una personalidad concreta. Cualquiera que la conozca añadirá que además es la portadora en la mayor escala imaginable del espíritu jurídico y la verdadera heredera de la jurisprudencia romana. En esa capacidad que tiene para la forma jurídica radica uno de sus secretos sociológicos. Pero tiene energía para adoptar esa forma o cualquier otra, porque tiene la fuerza de la representación. Representa la *civitas humana*, representa en cada momento histórico el nexo con la encarnación y crucifixión de Cristo, representa al propio Cristo, personalmente, al Dios hecho hombre en la realidad histórica" (Schmitt, 2000, p. 23).

12 Schmitt, C., *Theodor Däublers »Nordlicht«: Drei Studien über die Elemente, den Geist und die Aktualität des Werkes*, Georg Müller, 1916.

13 Schmitt, C. (1925). Illyrien : Notizen von einer dalmatinischen Reise, *Hochland*, 23/1, pp. 293–298: "La tierra y no la sangre da al hombre, el hijo de la tierra, su configuración y su semblante. Todas las razas que se asentaron en Iliria tomaron de ese país algo nuevo y fueron portadoras de un particular espíritu ilírico" (p. 294).

partir de ahí adquiere referencias históricas, sociales, económicas, políticas e incluso físicas y metafísicas.

1. Reflejo físico de la categoría del orden: *Land und Meer*

En la lógica schmittiana, cualquier consideración que se haga del hombre, de todo aquello que tiene que ver con él y de su camino en el tiempo, ha de referirse a un elemento: la tierra. El hombre es un ser "terrícola":

> El hombre es un ser terrestre, un ente terrícola. Se sostiene, camina, se mueve sobre tierra firme. Ella es el punto de partida y de apoyo. Ella determina sus perspectivas, sus impresiones y su manera de ver el mundo. No sólo su horizonte sino también su modo de andar, sus movimientos y su figura son los de un ser que nace y vive sobre la tierra[14] (Schmitt, 1952, p. 7)

De hecho, el hombre llama tierra al globo donde habita, aunque sepa que la mayor parte de ese espacio está formado de agua. Sin embargo, para él es la tierra la parte significativa, es lo necesario para la supervivencia. Así, el comienzo de la historia de la vida del hombre y de los pueblos no puede ser otro que un contacto con la tierra.[15] El modo más primario de esa relación es la actividad agraria por la que el hombre establece un "diálogo" con la tierra hasta obtener de ella el fruto que le es necesario para sobrevivir. Modos posteriores de esa relación serán los asentamientos de

14 Existe una nueva edición *Tierra y mar: Una reflexión sobre la historia universal*, con prólogo de Ramón Campderrich y epílogo de Franco Volpi; traducción de Rafael Fernández-Quintanilla revisada por la editorial, Trotta, 2007.

15 Schmitt, C., *El nomos de la tierra en el Derecho de Gentes del* "*Jus publicum europaeum*", Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1979b, p. 15. Existe una nueva edición: *El nomos de la tierra en el Derecho de Gentes del "Jus publicum europaeum"*, traducción de Dora Schilling Thon, edición y estudio preliminar de José Luis Monereo Pérez, Comares, 2002.

los pueblos, la propiedad, los modos sociales de convivencia y las formas de poder y de dominio.

La relación del hombre con el mar es diferente. El mar no es para él un terreno seguro. Es un elemento que se resiste a la propiedad. Sólo eventualmente y por corto espacio de tiempo se convierte el hombre en un habitante del mar. El mar es un *lugar de paso*.

La referencia espacial física aparece en la obra de Schmitt como condición que conforma el modo de vida de los pueblos. En palabras suyas:

> El centro y corazón de una existencia terráquea —con todos sus órdenes concretos— es la casa. Casa y propiedad, matrimonio, familia y derecho de sucesión, todo eso se funda en una existencia terráquea y, en particular, en la de un agricultor. En el corazón de una existencia marítima, por el contrario, se halla el barco, el cual es en sí un medio más técnicamente configurado que la casa. La casa es reposo, el barco es movimiento. El barco tiene otro entorno y otro horizonte, las personas en un barco adquieren un modo diferente de relación, tanto con las demás personas como con el exterior (Schmitt, 1955b, p. 10).

Hasta tal punto el hecho originario de la toma de la tierra es determinante para la comprensión de la historia y de las formas sociales, que Schmitt ensaya una descripción de la historia universal a partir de él. El resultado de esa reflexión será su pequeño libro *Land und Meer* (1942) que es un eco del § 247 de la *Filosofía del Derecho* de Hegel; y otros pequeños escritos como es el artículo "*Der Aufbruch ins Weltall*" publicado en 1955. Es posible realizar un relato histórico cuyo hilo conductor sea la sucesión de las diferentes "tomas de la tierra" que los pueblos han realizado a lo largo de los siglos. Y éstas se pueden interpretar con la clave de la oposición entre tierra y mar: "La historia universal es la historia de la lucha de las potencias marítimas contra las terrestres y de las terrestres contra las marítimas" (Schmitt, 1952, p. 16).

La técnica ha abierto un tercer espacio, el espacio cósmico. Pero este aún no ha sido habitado. Es muy probable que no lo sea

nunca y que la historia de la humanidad permanezca siempre en una relación con aquellos primitivos elementos: la tierra y el mar. Precisamente porque, en palabras de Schmitt, es el hombre un hijo de la tierra y ahí permanecerá mientras siga siendo hombre (Schmitt, 1955a, p. 10).

2. Reflejo metafísico de la categoría del orden: *Raum-Sein*; *Raum-Rom*; *Raum-Realität*

El concepto de espacio no sólo tiene para Schmitt connotaciones físico-sociales, sino también metafísicas, las cuales describiremos a continuación a través de ciertas implicaciones entre algunos pares de conceptos que se repiten en sus escritos.

En primer lugar, encontramos el par *Raum-Sein*. En esta relación se revela la vieja dialéctica espacio-tiempo. En sus escritos el tiempo adquiere un sentido de finitud, frente al espacio que adquiere matices de eternidad. Tanto el tiempo como el espacio tienen que ver con la vida, pero en sentidos diferentes. El tiempo que pasa lo gana la vida, lo recupera en forma de ser. En la medida en que el ser es forma, adquiere una connotación espacial: simultaneidad de lo diverso. El ser que vive y —en tanto que vive— deja pasar el tiempo, lo gana en espacio interior, en espíritu. Varias veces repite esta frase: "Pierdo mi tiempo y gano mi espacio" (Schmitt, 1991a, pp. 60, 63, 171) [16]. El espacio que gana no es espacio físico, sino intelectual o espiritual, el cual vive en el espacio físico, pero lo trasciende. Donde no hay espacio no hay ser, no hay nada. La concepción espacial del ser aparece enfrentada al nihilismo (Schmitt, 1991a, p. 317)[17].

El segundo par de conceptos que aparece repetidas veces es *Raum-Rom*: "Estoy seguro de que *Raum* y *Rom* son la misma palabra"

16 También en *Ex Captivitate Salus: Experiencias de los años 1945–1947*, Porto y Cía. Ed., 1960, p. 95. Nueva edición: *Ex captivitate salus: experiencias de los años 1945–46*, edición de Julio A. Pardos; traducción de Anima Schmitt de Otero, Trotta, 2010.

17 También "Raum und Rom: Zur Phonetik des Wortes Raum", en *Universitas*, 6. Jg., Heft 9, 1951c, pp. 963–967.

(Schmitt, 1951c, p. 963) [18] Hace Schmitt un paralelismo fonético forzado para mostrar un parentesco conceptual. *Raum* se decanta en esta comparación como un espacio físico cualitativamente diferenciado. La cualidad del espíritu viene simbolizada en la comparación fonética por el Imperio romano y la Iglesia católica como centro de una civilización. Si existe un espacio como espacio eterno, ese es el romano. El mundo civilizado tiene su centro en el lugar desde donde nace el orden. Para Schmitt, el espacio civilizado por antonomasia es el romano y ese centro de orden que lo sustenta es Roma. Roma es el centro de toda humanización del espacio y, por tanto, de todo *nomos*.

La tercera relación es la que propone entre los conceptos *Raum-Realität*. La consideración del espacio en la teoría política asegura el realismo frente a la utopía. Lo real para la teoría política es "Der Mensch in Raum" –el hombre en el espacio–, y no sólo "Der Mensch und die Menschen" (Schmitt, 1991a, p. 34) –el hombre entre los hombres–. El hombre en el espacio, ese es el presupuesto de cualquier realismo. Hasta tal punto es así, que no es posible una comunidad de personas sin relación a cosas y a un espacio. Cuando esto se pierde de vista o se deja de tener en cuenta es porque el espacio comienza a ser un arma para las personas y, como cualquier medio técnico, se manipula conforme a los propios intereses. El espacio construido se caracteriza por no tener que ver con ningún lugar concreto, por ser un espacio no configurado, por ser homogéneo, una idea abstracta que el hombre puede manejar a su antojo (Schmitt, 1991a, p. 46). Sólo en este tipo de espacio es posible imaginar la utopía y con ella la planificación total. La deslocalización del espacio supone un gran peligro para las concepciones del derecho y la política, en tanto que con ella se pierde la noción de orden concreto. Por el contrario, el espacio en que Schmitt encuentra a la persona y a la sociedad está "situado". Existe en su pensamiento una unidad de espacio, orden y posición. No se puede decir que las cosas y las personas estén en un espacio;

18 También *Ex Captivitate Salus*, 1960, p. 95; *Glossarium*, 1991a, p. 317.

sino que el espacio nace de las distintas posiciones y del orden de las relaciones entre los diferentes lugares. Schmitt lo dice del siguiente modo: "Espacio no es un círculo cerrado, no es un recinto, sino el mundo, y ese mundo no es un espacio vacío ni está en un espacio vacío, sino que nuestro espacio es un mundo lleno de tensiones entre los distintos elementos" (Schmitt, 1941, p. 65).

3. Reflejo societario de la categoría del orden: *nomos, nehmen, teilen, weiden*

La investigación acerca del *nomos* de la tierra se halla en el contexto de la más amplia investigación sobre el derecho internacional, en concreto, en la búsqueda de su fundamento. En el *nomos* encuentra un comienzo histórico que condiciona y da razón del modo de ser de la sociabilidad humana: la economía, el derecho y la política.

La investigación acerca del *nomos* no es gratuita, no se trata de "juegos míticos". Es algo esencial en la lógica schmittiana, el hilo conductor —del final al principio en una consideración cronológica— para la comprensión de cada una de las partes de su trabajo. Todo ha de ser encuadrado en el orden del espacio concreto. Sólo desde el *nomos*, desde la toma global de la tierra por parte del hombre, de los pueblos, han de ser entendidas la propiedad, la economía, el derecho internacional, el derecho civil y el concepto de lo político.

El *nomos* de la tierra es la primera medida de la tierra de la que siguen todas las demás, y, en ese sentido, la división y distribución originarias (Schmitt, 1979b, p. 48). Es un acto espacial concreto que constituye una disposición y un orden.[19] Una toma de la tierra consiste en un asentamiento, en el establecimiento de la vida de un grupo humano en un espacio. Con esa fijación del espacio, adquie-

19 Schmitt, C., "Nehmen, Teilen, Weiden: Ein Versuch, die Grundfragen jeder Sozial- und Wirtschaftsordnung vom Nomos her richtig zu stellen", en E. Forsthoff (Hrsg.), *Rechtsstaatlichkeit und Sozialstaatlichkeit: Aufsätze und Essays*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1968b, pp. 95–113.

re un pueblo una posición determinada -*Ortung*- respecto de otros límites espaciales que no son el propio. Y dentro de esa posición determinada, demarcada por límites territoriales, crea un orden de vida.[20]

Tomar conciencia de una posición implica caer en la cuenta de que el propio asentamiento deja otros espacios fuera de sí que también pueden llegar a ser, o que ya son, asentamientos concretos. Es decir, implica la concepción de un espacio global no abstracto sino "situado", "poblado". Por tanto, un orden del espacio hacia adentro y hacia fuera de cada posición. Por esa dialéctica de exterior e interior, de lo limitado y lo que queda más allá del límite, que lleva consigo cada toma de la tierra, el *nomos* se puede considerar origen de la convivencia entre los pueblos, de la relación social y, por tanto, de las relaciones jurídicas, económicas y políticas.[21] Cuando un pueblo se sitúa en un espacio y toma contacto con la tierra, comienza por limitarla y acaba desarrollando una cultura dentro de un espacio político que deja otros fuera de sí.

Nomos no es una palabra que designa un objeto o una acción, sino un espacio de actividad. Es un concepto verbal.[22] El acto de tomar la tierra y el resultado de tal acto siempre están unidos, pero no se identifican. En ese sentido se puede hablar, como lo hace He-

20 "Orden y posición: casa y hacienda; ciudad y país, tierra y mar; mi cuerpo, mi vestido, mi casa (mi patria), mi tierra". Schmitt, C., *Glossarium*, Duncker & Humblot, 1991a, p. 31.

21 Como se puede observar, mi descripción del *nomos* de la tierra no se ciñe solamente a lo escrito por Schmitt en *Der Nomos der Erde*, sino que se amplía a una teoría general acerca del orden, la cual ha de completar lo expuesto en el libro que acabo de citar con la referencia a otros pequeños escritos – que no por pequeños dejan de ser de gran relevancia-acerca de tal concepto. Así: "Justissima Tellus. Das Recht als Einheit von Ordnung und Ortung" (1951d), "Recht und Raum" (1951e/1995a), "Raum und Rom" (1951c), "Die Einheit der Welt" (1952/1995b), "Nehmen, Teilen, Weiden" (1953), "Der neue *nomos* der Erde" (1955b/1995c), " Die geschichtliche Struktur des heutigen Weltgegensatzes von Ost und West" (1955/1995d), "Nomos-Nahme-Name" (1959/1995e), "El orden del mundo después de la Segunda Guerra Mundial" (1962) y "Die legale Weltrevolution" (1978).

22 Schmitt lo denomina gráficamente "dreiaktigen Urdramas". Schmitt, C., "Der neue Nomos der Erde", *Gemeinschaft und Politik: Zeitschrift für soziale und politische Gestaltung, 3*(1), 1955b, pp. 7–10, p. 7.

gel en la *Filosofía del derecho*, de diferentes "momentos" de su desarrollo para evitar la sucesión temporal. El *nomos* es dinamicidad que no llega a término, que no se agota. A un mismo acto primero, *nomos*, corresponden distintos momentos de la vida en común de los hombres, cualquiera de los cuales sigue siendo *nomos*. Estos son: *nehmen*, *teilen*, *weiden*.

El primer sentido de *nomos* es *nehmen* y el resultado de la acción de "tomar" una *Nahme*. Lo propio del hombre en la relación con la tierra es la apropiación. Con la primera apropiación viene la primera división y la consiguiente distribución. Afirmar esto es lo mismo que decir, en otra clave, que lo característico del hombre como habitante es la propiedad. Desde una perspectiva filosófica, podemos decir que el hombre es el ser que en sentido estricto habita, tiene conciencia de su exterioridad y de su distancia respecto a lo que no es él, por lo que puede actuar y enriquecerse en la relación con lo externo, tanto material como espiritualmente. Al hablar de la propiedad estamos tratando del primer modo de tener, en el sentido más radical, el que surge de la relación del hombre con la tierra.[23]

A cualquier apropiación va unido siempre un nombre -*Name*-. Hasta tal punto esto es así, que una toma de la tierra sólo está consolidada cuando quien la ha tomado puede darle un nombre. Una vez que los hombres se han asentado sobre la tierra, toma el *nomos* otro significado: *teilen*. Esta es la segunda categoría de la vida en común de los hombres. Tiene el sentido de *divisio primaeva*, acción primera y precedente de posteriores particiones y distribuciones.

23 Schmitt, C., "Nomos-Nahme-Name", en: *Der beständige Aufbruch. Festschrift für Erik Pryzwara* (Hrsg. von Siegfried Behn) Glock & Lütz, Nürnberg, 1959. (p. 92-105). p. 103. C. Schmitt, "Nehmen, Teilen, Weiden", en: *Rechtsstaatlichkeit und Sozialstaatlichkeit* (hrg. von E. Forsthoff) Band 118 in der Reihe Wege der Forschung, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstad, 1968b. (pp. 489-504), p. 503: "Cuando grandes filósofos como Tomás de Aquino o T. Hobbes ven el comienzo de todo orden jurídico en una primera división -una 'divisio primaeva'- lo ven bien; sin embargo, esa observación necesita un complemento: a la primera partición y distribución -es decir, el 'suum quique' -precede la toma de la medida que divide, por tanto una 'occupatio' o 'apropiatio primaeva'".

Se trata de un *Ur-teil* y su *Ergebnis*. Por tanto, en segundo lugar, *nomos* es derecho en el sentido de la parte que cada uno tiene, el *suum quique*. Hay que observar que no se está hablando en este punto de derecho entendido como derecho positivo, sino de la condición de toda posterior normatividad.

El tercer sentido del *nomos*, una vez que las partes en la tierra han sido hechas, es *weiden*. Significa trabajo productivo que tiene lugar con la localización de la propiedad. *Nomos* en este sentido es pastorear -*weiden*-, economizar -*wirtschaften*-, utilizar -*nutzen*-, producir -*produzieren*-. Schmitt puntualiza que el verbo *nutzen* es particularmente pertinente para caracterizar tal actividad, porque hace referencia a la producción y al consumo, superando la antítesis entre ambos términos. A través del término *Oikonomia*, Schmitt muestra la relación de los aspectos *nomos-weiden*. Esa noción hace referencia al momento en que la actividad del pastoreo (pastor-*nomeus*) se liga a la casa fija (*oikos*), con lo que se pasa de la provisional apropiación y distribución de los pueblos nómadas a la permanente de los pueblos agricultores. Con la fijación de la casa se consigue la unidad del *nomos* y un concepto estable de propiedad, que permite la producción y la economía propiamente dicha. En este sentido podrá hablar Schmitt posteriormente del *nomos* como *Leistungsraum*. El *nomos* es un espacio de convivencia y desarrollo humanos.

Ahora bien, ese espacio hace una referencia inmediata a un poder. Una toma de la tierra es un asentamiento que determina hacia afuera de sus límites un poder (Schmitt, 1979b. p. 20). Este poder es configurador, eventualmente, de situaciones políticas. Toda la obra schmittiana se mueve en un intento de descubrir el auténtico origen del poder. El espacio no es su origen, pero es su condición. Para que aparezca el poder es preciso un asentamiento, una toma de la tierra. No existe poder terreno sin una primera apropiación, porque la primera forma de poder es el que se ejerce sobre la tierra (Schmitt, 1959, p. 24). Que un asentamiento determine un poder quiere decir al mismo tiempo que determina un límite del espacio en el que ese poder es tal, unas fronteras. Esa frontera determina un extranjero y, en el caso extremo, un enemigo y una

forma de hacer la guerra. En el momento en que un espacio tomado y limitado determina un enemigo potencial, se hace político.

No hay que olvidar en este punto que el concepto de espacio es análogo. Es decir, en los primeros momentos de la historia de la humanidad, el espacio —como espacio vital, en el que se desarrolla la vida social— era fundamentalmente el terrestre. En etapas posteriores ha venido a ser además cultural, psicológico, económico, etc. Lo que se considera como "espacio", en este sentido, varía en cada momento histórico y con él varían también las formas de ejercer el poder. Así, por ejemplo, se puede hablar de un espacio de mercado o de uno industrial.

En la última etapa de su vida hablaba Schmitt de la conquista del espacio, no de la que se obtiene por medios militares, sino de la lograda a través de las ondas del sonido -*Tonwellen*-. Desde que es posible comunicarse por medio de ellas, la concepción del espacio ha cambiado. Las distancias han variado. En muchos casos se podría decir incluso que el espacio ha venido a no tener distancias. En este estado de cosas, la protección del propio espacio frente al enemigo se hace cada vez más difícil.[24] Con el nuevo concepto de espacio cambian los modos de manifestación del poder. Donde no hay límite, tampoco se determina el alcance del propio poder y este, consecuentemente, aumenta. Es el caso, por ejemplo, de la propaganda en los medios de comunicación, a la cual Schmitt llama influencia -*Einfluss*-, un poder sin límites.

A partir del concepto de *nomos*, se entiende en toda su profundidad la teoría del *konkretes Ordnungsdenken* que, aunque desarrollada en años precedentes, tenía en el citado concepto su última clave implícita (Schmitt, 1934b, p. 14)[25].

24 Schmitt, C., *Glossarium*, Duncker & Humblot, 1991a. pp. 63–64: "Yo gano mi espacio, ¿no es esto también vanagloria? Ondas extrañas pasan silbando silenciosas, sin embargo, están realmente en mi espacio. Que no las oiga no hace mi situación espacial mejor".

25 Existe una edición española en: Schmitt, C., Posiciones ante el derecho, edición, estudio preliminar y notas de Montserrat Herrero, Tecnos, 2012.

4. Reflejo jurídico de la categoría del orden: *konkretes Ordnungsdenken* y *Großraum*

> Lo que había vivido Schmitt en su tiempo de estudiante en la Ciencia del Derecho era el normativismo abstracto que él había ligado al positivismo. Así, el derecho es solamente aquello que está en la ley. Existen, además, cuatro medios de interpretación para la realización del contenido de la ley. Lo que con ellos se deduce de la ley es derecho. Lo demás jurídicamente no tiene ninguna trascendencia. Frente a esto, el orden concreto valora la relación con la realidad a la cual está ordenado y de la cual recibe su contenido. Este planteamiento cuestiona algo que el normativismo había rechazado de antemano, a saber: si no es cierto que ya en la vida real está marcado y formado un orden que el derecho como ciencia sólo actualiza normativamente (Böckenförde, 1988, p. 336).

Esta descripción de E.-W. Böckenförde resume la postura de Schmitt ante la ciencia del derecho. La verdadera fuente del derecho es el orden real formado en la vida de los pueblos en un espacio y tiempo concretos. El *konkretes Ordnungsdenken* es el modo de pensar jurídico de Schmitt. El orden concreto es, además de un modo de pensar jurídico, una posición filosófica realista que pretende huir tanto del normativismo como del positivismo.[26] Para este modo de pensar, el derecho no se determina en primer lugar por reglas o por decisiones, sino por un concepto de orden previo. El orden no significa primariamente ordenamiento, es decir conjunto de reglas. Más bien, la regla es una parte del orden, un medio para realizarlo, pero de ningún modo crea un orden. El orden se desarrolla comunitariamente a partir de la apropiación originaria. El derecho es, al final, la expresión mediante reglas de un conjunto de principios, costumbres y actitudes que han cristalizado, a lo largo del tiempo, en la vida de relación de un pueblo que ocupa

26 Da Schmitt una definición de lo que considera filosofía del derecho en *Verfassungsrechtliche Aufsätze aus den Jahren 1924-1954: Materialien zu einer Verfassungslehre*, Duncker & Humblot, 1958b, p. 427.

un espacio determinado. Muestra un orden interno a través de una estructura externa. El derecho, dirá Schmitt, es "un signo público de orden" (1979b, p. 16).

Ese orden que pertenece a la esfera de la vida no se puede formar de modo sistemático-técnico, sino sólo de modo institucional e institución significa aquí "duración y solidez de la presencia viva de un orden o disposición social" (Alvira,1934b, p. 20)[27] El orden concreto define una situación normal —en la que adquiere sentido la norma del derecho positivo—, cuyo concepto de normalidad no es creado de modo abstracto, sino que nace de la propia sustancia jurídica (*rechtliche Substanz*), a la cual posteriormente le corresponderán reglas generales, pero sólo como explicitación de esa sustancia, de su propia particularidad, de su orden interno (Schmitt,1934b). Un ejemplo de este modo fundamental de pensar jurídico lo tenemos en el concepto de *Grossraum* perteneciente al ámbito del derecho internacional, pero con inmediatas referencias políticas.

El concepto de *Grossraum* es uno de los más conocidos y originales —en el sentido en que él lo empleó— que Schmitt ha dado a luz.[28] Ha sido, como el de *nomos*, desarrollado en la búsqueda

27 Con esos términos define la institución Alvira, R., "Versuch, die Vielfalt der gesellschaftlichen Subsysteme einzuordnen, mit besonderen Berücksichtigung des Rechts", en *Jahrbuch für Recht und Ethik*, Band 1, Duncker & Humblot, 1993, pp. 283–291.

28 Este concepto guarda cierta relación con la apologética nacionalsocialista. Sin embargo, no se puede simplificar hasta tal punto esa relación que lleve a no observar la relevancia que en sí tiene. En primer lugar, es preciso decir que el nacionalsocialismo se sirvió para sus prácticas sobre todo del concepto de *Lebensraum*, no tanto del de *Grossraum*. Se intenta librar Schmitt de tal contingencia histórica cuando puntualiza: "Esa palabra está por encima, a pesar de ser muy querida en nuestro presente, de las coyunturas de la política diaria, periodística y de los cambios de la moda, que por otra parte a todas las palabras afecta". C. Schmitt, *Völkerrechtliche Grossraumordnung mit Interventionsverbot für Raumfremde Mächte*, Deutsche Rechtsverlag, Berlin, Leipzig, Wien, 1941. p. 66. En el proceso de Nürnberg después de la Segunda Guerra Mundial, una de las preguntas a las que tuvo que responder Schmitt fue precisamente ésta: "Wieweit haben Sie die theoretische Untenmauerung der hitlerischen Grossraumpolitik gefördert?". La respuesta de Schmitt es una diferenciación de su concepto con el concepto clave, en

de un principio de orden para fundamentar el derecho internacional. En el caso del *nomos*, se trataba de hallar un principio originario que lo fundamentara en general; en el del *Grossraum*, uno para un nuevo orden del espacio característico del siglo XX. Una vez anunciada la crisis del Estado, es preciso crear un nuevo orden que deje definitivamente de tomar en cuenta el concepto de espacio deducido de la matemática moderna. Frente a ese concepto de espacio vacío neutral, aparece uno cualitativa y dinámicamente configurado, un "gran espacio", al que Schmitt caracteriza como un *Leistungsraum*, "espacio de desarrollo" (Schmitt, 1941, p. 7). La palabra tiene como antecedente otra, utilizada después de la I Guerra Mundial en el ámbito técnico-económico -*Grossraumwirtschaft*-. Pero, como he referido, el sentido específico que adquiere en Schmitt es el de *Leistungsraum*. Esta idea está tomada del ámbito de las ciencias biológicas, en concreto de V. von Weizsäcker (1943). En la biología hace referencia a un centro de poder y a su esfera de influencia. Trasladando la idea a la teoría política, proponía Schmitt, como centro de poder adecuado a tal concepción del espacio, la forma política del imperio, precisamente, con la intención de superar el orden estatal orientado al pequeño espacio autárquico. Un imperio, por el contrario, supone un gran espacio en el que influye su idea política, sin necesaria merma de la independencia de unidades de autogobierno menores en ese mismo espacio. Es un poder político que señala la dirección del desarrollo de la actividad en ese gran espacio, sin por ello anular las diferencias que se puedan encontrar en él, por ejemplo, las diferencias entre los diversos pueblos que lo forman (Schmitt, 1941, p. 37).

Desde este concepto de *Grossraum* se ha de enfocar, a juicio de Schmitt, la pregunta por un nuevo *nomos* de la tierra. En él, las tomas del espacio no son propiamente *Landnahmen* -tomas de la tierra-, sino *Industrienahmen* -tomas de los medios de producción

tal época, de *Lebensraum*. En: C. Schmitt, *Nachlass Nordhein-Westfalischen Haupstaatsarchiv. Respuestas en Nürenberg*, 18. Abril. 1947.

industriales- (Schmitt, 1978, pp. 328, 321–339).[29] El espacio significativo es el del desarrollo industrial, el cual tiende al gran espacio. El mundo se abre a un espacio mundial único -*Weltraumnahme*- porque la naturaleza de la industria y el mercado lo requieren. Así, el desarrollo industrial de las zonas subdesarrolladas por los países desarrollados se concibe como inevitable. Se puede decir, por tanto, que cuando Schmitt escribía esas páginas parecía evidente que la clase de espacio que determinaría el destino de todos los pueblos de la tierra sería el del desarrollo industrial, el cual, ciertamente, no está libre de tensiones políticas (Schmitt, 1951a, pp. 17–19). Más bien, es en dicho espacio donde tiene lugar la guerra fría de modo más intenso. Y es en este punto donde Schmitt plantea la cuestión decisiva:

> ¿Se agudizará el dualismo de la guerra fría o se formarán una serie de grandes espacios autónomos (*Grossräume*) que produzcan un equilibrio en el mundo, y de esa manera la condición previa para un orden estable de paz? Las dos posibilidades están abiertas. Aquí tenemos, por consiguiente, un campo para la libre decisión política y para la responsabilidad histórica (Schmitt, 1951a, p. 34).

5. Reflejo político de la categoría del orden: *politische Einheit* y *Pluriversumslehre*

También la conocida descripción de la situación política como distinción de amigos y enemigos en *Der Begriff des Politischen* está en función del orden concreto. A la situación política precede un desorden —una situación de excepción—, originado por enfrentamientos concretos. El soberano es quien declara que una situación es excepcional y él mismo es quien define al enemigo y quien puede poner fin a la situación anormal de extrema necesidad (Schmitt, 1979c, p. 12). La ausencia de orden es un caso de extrema necesi-

29 También, *La unidad del mundo*, editado por el Ateneo de Madrid, Colección O crece o muere, 1951a, pp. 17–19.

dad y por eso es preciso tomar inmediatamente una decisión, cuyo fin será la instauración del orden.

En una situación política la "verdad" de la decisión queda medida por su capacidad de crear un orden y, consecuentemente, de restablecer una situación normal en que sea válido el derecho. Ese orden, por ser una posición frente a un enemigo posible, es una unidad política. La unidad política, por tanto, es en sí un orden, pero además crea un orden en el sentido de que —por su propia definición— deja fuera de sí otras unidades políticas con las cuales mantiene alguna relación. El otro, en ese universo, no es un individuo, sino "la diferencia ética" en sentido hegeliano (Schmitt 1991c, p. 91). Desde este punto de vista, el "universo" político schmittiano es un "pluriverso". Es un espacio formado por diversas unidades políticas que tienden a ser *Großräume*.

Desde este ángulo, la conquista de una paz mundial es vista por Schmitt como algo diferente de una unidad política mundial, al estilo de la federación de Estados que imaginó Kant. La paz mundial ha de fundarse en un "orden de paz". Y para que haya orden, se precisan elementos diferenciados y posiciones diferentes. Esta teoría pluralista se sitúa frente a la utopía de un mundo organizado en Estados republicanos, algo para lo cual el mismo Kant requería de una cultura elevada. El logro de la paz sólo es posible mediante el desarrollo de una medida para la relación entre las diversas unidades políticas. Schmitt describe la ordenación jurídica internacional que se sigue de su concepción del orden mundial como sigue:

> Una ordenación jurídica-internacional no es un tratado ni descansa en un tratado. No es tampoco una alianza ni mucho menos una federación. No tiene constitución en sentido específico, sino que es el reflejo, manifestado en diversas reglas y consideraciones generalmente reconocidas, del pluriverso político; esto es, de la coexistencia de una pluralidad de unidades políticas (Schmitt, 1934a, p. 417).

6. La lógica del orden

Es posible percibir cómo enlazan unos con otros todos los conceptos descritos, cómo son aspectos diferentes de una misma idea. A pesar de que han sido desarrollados en sucesivas épocas de la producción de Schmitt, e inspirados por acontecimientos jurídico-políticos muy diferentes, se puede afirmar que existe una unidad lógica entre ellos.

El concepto de orden es análogo. Se manifiesta de modo diferente en las distintas esferas de la vida. En el concepto de tierra se pone de manifiesto un orden material; en el concepto de *nomos* un orden social natural, en el concepto de *Großraum* uno jurídico, en el "pluriverso" uno político, etc. Son distintos modos de orden que se superponen e implican mutuamente en una especie de desarrollo especulativo: el orden jurídico es condicionado y condiciona un orden social. Del mismo modo, éste condiciona y, sobre todo, está condicionado por un orden espacial. El caso del "reflejo" político del orden ha de ser tratado, sin embargo, de diferente modo. No se puede hablar de un "orden" político en el sentido más propio en el pensamiento schmittiano. Existe la situación política que no es un orden sino una situación límite, abierta, que está pendiente de una reconciliación. Sin embargo, lo que sí es cierto es que la situación política hace referencia a un orden —en este caso a un orden jurídico— y, en ese sentido, refleja la categoría del orden. Una situación política "se da" porque se produce una inadecuación en la relación entre dos pueblos que no permite un orden estable. La decisión política es requerida en tal situación para poner fin a ese desorden e instaurar uno nuevo.

Todo orden necesita un principio de orden y, en la lógica schmittiana, ese principio está fuera del ámbito en que se configura, en una esfera diferente. Así, el principio del orden del espacio terrestre está en la esfera societaria. El desorden que pueda tener lugar en esta esfera en el transcurso de la convivencia, es decir, la conducta asocial, hace necesario el orden jurídico, que no es más que la expresión mediante reglas de lo que se considera normal en la convivencia social. Ahora bien, cuando en el orden jurídico se

produce una anormalidad entonces se hace necesario un principio de orden que no puede venir de la misma esfera jurídica, sino de la decisión política que pone orden. La efectividad del orden político incluye especulativamente las configuraciones del orden de las demás esferas. Orden espacial, orden social, orden jurídico, orden político pertenecen a un solo *nomos*.

7. La sombra de Hegel en el pensamiento de Carl Schmitt: la mediación recíproca entre lo social y lo político

Cómo se entienda la influencia que el pensamiento de Hegel ha tenido en Carl Schmitt depende, en gran medida, de cómo se interprete el pensamiento de Schmitt.[30]

Quienes hasta el momento más han hablado de esta relación, J. F. Kervégan, H. Ottmann y R. Mehring han interpretado generalmente a Schmitt como un pensador decisionista, cómplice de la lógica dialéctica de los opuestos (Kervégan, 2007, pp. 150, 317–323). De esta manera, quedan enfrentadas la lógica antitética de Schmitt y la lógica especulativa de la mediación de Hegel. R. Cristi

30 Actualmente son ya numerosas las obras que han puesto de manifiesto esta relación. Habría que citar en primer lugar el artículo inaugural de J. F. Kervégan, "Politik und Vernünftigkeit: Anmerkungen zum Verhältnis zwischen Carl Schmitt und Hegel", en: *Der Staat*, 27, 1988, pp. 371–391. Ideas preliminares que se convirtieron en una monografía sobre este tema en *Hegel, Carl Schmitt: Le politique entre spéculation et positivité*, PUF, 1992. Existe traducción española, por la cual cito: *Hegel, Carl Schmitt: Lo político: entre especulación y positividad*, Escolar y Mayo, 2007. En ese momento ya se había publicado la monografía de R. Mehring, *Pathetisches Denken: Carl Schmitt Denkweg am Leitfaden Hegels: Katholische Grundstellung und antimarxistische Hegelstrategie*, Duncker & Humblot, 1989. También R. D. Winfield, "Rethinking Politics: Carl Schmitt vs. Hegel", *The Owl of Minerva*, 22, 1991b, pp. 209–225. También ha hecho sus reflexiones al respecto el gran estudioso de Hegel, H. Ottmann, "Hegel und Carl Schmitt", *Hegel-Jahrbuch* 1993/94, 1995f, pp. 19–25. Incide en esta relación también R. Cristi en "Hegel contra Schmitt", cuarto capítulo de su libro *Carl Schmitt and Authoritarian Liberalism*, University of Wales Press, 1998, pp. 96–107. Por otra parte, casi cada uno de los intérpretes de Carl Schmitt ha hecho alguna referencia a esta relación, pero no de un modo tan sistemático como los que acabo de citar.

es más moderado y al no considerar a Schmitt como un puro decisionista, ve más afinidades entre Schmitt y Hegel.

H. Ottmann reconoce que el diálogo con la filosofía de Hegel está presente en cada "estación" de su pensar, aunque no se pueda decir que Schmitt sea un hegeliano (1995f, p. 19). A su parecer, la referencia al pensamiento de Hegel es puramente exterior, precisamente porque no comparte la lógica de la mediación. Y pone varios ejemplos de la disidencia de fondo: la distinción amigo-enemigo que no acaba más que puntualmente en *Ex Captivitate Salus* en una cierta reconciliación, o la crítica al liberalismo, que, aunque está en ambos, lo está por razones diversas.

Por su parte J. F. Kervégan, aunque reconoce en Schmitt y Hegel dos variantes del realismo político con ciertas afinidades, como, por ejemplo, el hecho de que no admitan un último pretor entre Estados o la admiración del Estado como imperio de la razón, se centra también en las diferencias. Desde su punto de vista, Schmitt está demasiado atrapado en la disputa entre progresistas y conservadores a la hora de juzgar la ambigüedad del rostro hegeliano. Esa doble faz es lo que a él le llevaría, en opinión de Kervégan, a decidirse por la lógica de los opuestos sin reconciliación, sea en la cuestión de la relación entre sociedad civil y Estado, en la relación entre identidad y representación, en la relación amigo-enemigo o incluso en la cuestión de la guerra.

Mi interpretación es, sin embargo, otra. Me parece que el análisis de la lógica del orden en el pensamiento de Schmitt nos lleva a un puerto diferente. Su lógica del orden es una lógica de la mediación y no de la antítesis. Mediaciones que Schmitt establece a su propio estilo y que, desde luego, no siguen con detalle las estructuras mediadoras hegelianas, pero que al menos se puede decir que se cobijan bajo su sombra.

Más allá del hecho de que Hegel sea citado a cada paso en las obras de Carl Schmitt, por mucho que R. Mehring nos avise de que, a partir del momento en que Schmitt identifica al marxismo

como su enemigo intenta ocultarlo[31]; más allá del elogio del Estado como realidad ética y de su admiración por su "espíritu político", Schmitt aprende de Hegel el carácter de la mediación como única posibilidad de reconciliar la realidad. No pierde de vista, sin embargo, que la mediación incluye las oposiciones y que, en un momento histórico determinado, pueden ser sólo ellas las que se hagan presentes. Sólo teniendo en cuenta la lógica de la mediación, se puede entender cabalmente la filosofía subyacente a la obra del jurista de Plettenberg. Analizaré esta hipótesis a través de tres mediaciones implícitas en su lógica del orden.

7. 1. El concepto de derecho y su realización

El derecho –der *Rechtsbegriff*– sólo se puede entender en la obra de Schmitt especulativamente. Es decir, procediendo de un modo similar a como hace Hegel en la *Rechtsphilosophie* al desvelar la idea de derecho, "el concepto de derecho y su realización". Al acercarse a cada una de las obras de Schmitt sobre el derecho, tan diferentes como puedan ser, sólo caben dos posibilidades: o bien se concede que hay muy diferentes etapas en la producción schmittiana, con la consecuente dificultad que implica encontrar algunas de sus ideas en diferentes etapas; o bien se intentan interpretar sistemáticamente.

En la primera edición del libro que publiqué sobre Schmitt (Herrero, 1997, p. 127), ofrecí un esquema que intentaba explicar el desarrollo de la idea de derecho a través de momentos diferenciados en su constitución, por su mayor concreción o abstracción. No es lo mismo el derecho entendido como orden de la vida de un pueblo, como aparece en el *Nomos de la tierra*; que el derecho

31 R. Mehring, *Pathetisches Denken*, p. 19. En su opinión, las adhesiones a Hegel de Carl Schmitt no responden tanto a un interés científico sino a una estrategia política antimarxista, para mostrar que tanto el ateísmo como el marxismo traicionaron el auténtico hegelianismo: "Schmitts antimarxistische Hegelstrategie ist die politische und ästhetische Kryptik des publizierten Werkes, sein Bekenntnis, aber nicht sein Glaube". Esta es la tesis del libro. En este sentido, es de máximo interés el escrito de Schmitt, C., "Hegel und Marx", en *Marx-Engels Jahrbuch 2004*, Akademie Verlag, 2005, pp. 219–225.

positivo, como lo define en la *Teoría de la Constitución*; que la ciencia jurídica, a la que hace referencia en su artículo sobre la ciencia jurídica europea; o que el juicio del juez, como aparece en *Ley y juicio*. Todo es derecho; ahora bien, ¿cómo dar unidad a toda esta serie de declaraciones sobre el derecho?

De modo análogo a como para Hegel el derecho abstracto y la moralidad son las prefiguraciones abstractas de la libertad efectiva, que sólo vive en la eticidad –pues la actualización de estos dos momentos abstractos no viene dada con su concepto, sino que presupone una condición de efectividad que les da consistencia–, para Schmitt el derecho está efectivamente realizado en un orden concreto, que se hace positivo con la unidad política. Ahora bien, ese orden tiene, siguiendo con la analogía metódica hegeliana, dos prefiguraciones abstractas, una objetiva, el *nomos,* la apropiación de la tierra; y una subjetiva, que es la decisión sobre el derecho, sea esta legislativa o judicial. Ambos momentos se encuentran siempre mediados por la reflexión sobre el derecho, se generan a través del proceso mismo de la ciencia jurídica, y hacen posible la determinación última del derecho. Por eso, Schmitt no podría más que estar de acuerdo con Hegel en que la constitución de un pueblo está desde siempre ahí.[32] Esta es justamente la idea que presupone en su *Teoría de la Constitución* al hacer la irónica distinción entre "constituciones constitucionales" y "constituciones no constitucionales". Lo que media entre unas y otras es la efectividad política o no de una constitución, que existe de algún modo previamente a la efectividad del Estado (Schmitt, 1934a, p. 41). El juego especulativo entre objetividad abstracta, subjetividad abstracta e idea concreta está también presente en el pensamiento schmittiano.

Ilustra mi analogía el comentario que hace Schmitt en el capítulo III de *Ley y Juicio* al § 214 de los *Grundlinien der Philosophie des Rechts,* en donde habla de la decisión abstracta sobre la pena que debe imponer el juez en un caso concreto. Estas son las palabras de Hegel:

32 G. W. F. Hegel, *Principios de la Filosofía del Derecho*, Edhasa, 2005, p. 417: § 273 en la observación.

> Esta decisión pertenece a la certeza formal de sí, a la subjetividad abstracta, que debe atenerse exclusivamente a interrumpir y fijar en algún punto *dentro de aquel límite*, para que haya algo fijo, y a razones determinantes tales como un número *redondo* o a algún número arbitrario como cuarenta menos uno (Hegel, 2005 § 214).

Y el mismo Schmitt valida esta posición, no sin poner de manifiesto las diferencias y similitudes que existen en ambos planteamientos y que no afectan esencialmente a la analogía que propongo:

> La diferencia fundamental entre las explicaciones del texto y esta frase de Hegel es que aquella 'certeza formal de sí' (la cual, naturalmente tampoco para Hegel viene asociada a la sanción judicial o a la fuerza normativa de una decisión) no se piensa como un tipo de contrapeso libre y pasivo de la norma jurídica, como algo que está en una relación "no racional" con el derecho y que tiene su ámbito limitado, sino como un elemento y un ingrediente de toda configuración jurídica, que puede ser aislada por mor de la reflexión conceptual y tomada como punto de partida de una investigación metodológica (Schmitt, 2012, p. 74).

Se ve en este texto hasta qué punto Schmitt incide en la "no-irracionalidad" del momento de la decisión, precisamente porque forma parte de una mediación.

Las diferentes obras de la producción schmittiana sobre el derecho refieren a uno u otro de estos momentos. Quizás sea en *Sobre los tres modos de pensar la ciencia jurídica*, donde con más claridad aparece la idea de que la esfera total del derecho no sólo se estructura en normas, sino también en decisiones e instituciones u órdenes concretos. Por su parte, la efectividad del Estado se expresa en normas, pero ellas no existen más que a través de la mediación dialéctica del orden concreto prefigurado institucionalmente y de la decisión. Schmitt no enfrenta a modo de opuestos norma, orden concreto y decisión. Más bien son elementos que han de entenderse especulativamente en el sentido hegeliano del término.

7. 2. Sociedad civil y Estado

En la lógica del orden schmittiana, tal como la he expuesto, hay un cierto lugar para la apropiación libre y la economía que queda referida a través del *weiden*, el cultivo, la producción y el comercio; a través del mar en la relación dialéctica con la tierra, en la medida en que significa la salida y el comercio; a través de la consideración del *Leistungsraum* como espacio significativo de configuración de la unidad política.

J. F. Kervégan insiste, sin embargo, en que mientras Hegel reivindica la sociedad civil desde su lógica especulativa como un elemento de diferenciación, junto con la familia dentro de la realidad de la *Sittlichkeit*, Schmitt lo que intenta es aniquilarla, como se puede ver por su crítica ácida a la burguesía como clase específicamente antipolítica y destructora de lo político (2007, pp. 227–228).

Ciertamente, la crítica que Schmitt hace a la burguesía y al espíritu economicista burgués se debe justamente a su incapacidad de mediatizarse en la eticidad, es decir, a una situación que aún no se ha resuelto especulativamente. Del mismo modo, Hegel había mostrado que la sociedad civil no reconciliada en la eticidad lleva en sí la fuerza destructora de toda sociedad. Es interesante a este respecto el análisis que hace R. Cristi en su libro Carl Schmitt and Authoritarian Liberalism del texto de Carl Schmitt "Starker Staat und gesunde Wirtschaft", publicado en enero de 1933 y que le lleva a interpretar a Schmitt como una especie de "liberal authoritarian".[33]

Justamente en ese texto, Schmitt ponía de manifiesto que la oposición generada en el siglo XIX entre Estado e individuos libres no se puede mantener por más tiempo. Para salvar esa estructura de opuestos duales sostenida en aquel momento histórico por Popitz y por algunos economistas como Rüstow, Schmitt pensaba

33 "Gesunde Wirtschaft im starken Staat", *Mitteilungen des Vereins zur Wahrung der gemeinsamen wirtschaftlichen Interessen in Rheinland und Westfalen*, 1932, pp. 13–32. Posteriormente reeditado como "Starker Staat und gesunde Wirtschaft", en: *Volk und Reich*, febrero de 1933, pp. 81–94. En inglés aparece como apéndice en el citado libro de R. Cristi, pp. 212–232

en introducir un tercer elemento: junto al Estado y la esfera de empresarios libres, una esfera intermedia no estatal, aunque pública. Esta tercera instancia incorporaba la idea de autonomía administrativa, la cual, por otra parte, había sido objeto de reciente estudio en su publicación de 1931c "*Freiheitsrechte und institutionelle Garantien der Reichsverfassung*".[34] Esta tercera institución debía tener una función similar, como se puede intuir, a las corporaciones, tal y como Hegel las concebía y alababa en su Filosofía del Derecho,[35] justamente para establecer la mediación de la sociedad civil que cristalizaría en la *Sittlichkeit*. Parece claro, desde este escrito, al menos, que Schmitt estaría de acuerdo con la idea que el mismo J. F. Kervégan le atribuye a Hegel en el comentario al § 236 de la Filosofía del Derecho: que "la institucionalización de la vida social es, en efecto, el único parapeto contra la escisión que se perfila entre la ética y la economía y, al mismo tiempo, entre lo social y lo político" (2007, p. 254). Una vez más nos aparece entre las líneas de la obra del jurista de Plettenberg la lógica de la mediación.

7. 3. La ausencia de reconciliación definitiva entre Estados

Un tercer elemento común en lo relativo a la lógica del orden es la no reconciliación entre Estados, que abre la perspectiva de la historia del mundo y que se abandona al juicio del mundo, es decir, al derecho absoluto.

34 Schmitt, C., "Freiheitsrechte und institutionelle Garantien der Reichsverfassung", en: *Rechtswissenschaftliche Beiträge zum 25jährigen Bestehen der Handels-Hochschule Berlin*, 1931c, pp. 1–31. Posteriormente recogido en *Verfassungsrechtliche Aufsätze aus den Jahren 1924–1954*, 1958b, pp. 140–174. Traducción española: "Derechos de libertad y garantías institucionales en la Constitución del Reich", en *Posiciones ante el derecho*, 2012, pp. 179–243.

35 G. W. F. Hegel, *Principios de la Filosofía del Derecho*, § 255: "La santidad del matrimonio y el honor de la corporación son los dos momentos alrededor de los cuales gira la desorganización de la sociedad civil". Se entiende desorganización como los elementos menores que hacen que la sociedad civil no sea una masa homogénea. Acto seguido pasa a criticar Hegel la moderna disolución de las corporaciones que lleva al individualismo.

Es bien conocida la tesis de Hegel, según la cual la reconciliación definitiva corre a cargo del espíritu absoluto, pero no tiene una realización definitiva en términos de espíritu objetivo.

> En su relación recíproca, sus destinos y actos constituyen la manifestación de la dialéctica de la finitud de esos espíritus, de la que surge, ilimitado, el espíritu universal, el espíritu del mundo, que es al mismo tiempo quien ejerce sobre ellos su derecho –y su derecho es el derecho supremo– en la historia universal, erigida en tribunal universal (Hegel, 2005, § 340).

Del mismo modo, hemos visto cómo el pensamiento de Schmitt apunta a una no reconciliación entre los diferentes grandes espacios políticos, que habrán de mantener un equilibrio hasta el final de los tiempos. Para encontrar una fundamentación teológica al estilo hegeliano de esta realidad, tendríamos que ir al pequeño escrito *La Unidad del Mundo*.[36]

Schmitt es "antiuniversalista" en la medida en que supone una dualidad última de poderes en el tiempo histórico, a la luz de la cual ha de interpretarse toda posterior división, a saber: la pugna entre Cristo y Satanás, entre el poder del bien y el poder del mal. El poder escatológico es el verdadero rector de la historia, dirá Schmitt. A través de la escatología se abre la puerta a toda discriminación histórica, presupuesto del orden político.

La verdadera legitimidad del poder político es teológico-histórica, y consiste en ser capaz de detener el poder del mal en un momento histórico preciso. Por eso, desde la interpretación teológica de la historia, a la cuestión acerca de la posible unidad del mundo ha de responderse que esta no es posible hasta el final de los tiempos, hasta que Cristo venza definitivamente al Anticristo. Entretanto, la discriminación esencial se traslucirá en múltiples y

36 Schmitt, C., "La unidad del mundo", *Anales de la Universidad de Murcia*, tercer trimestre de 1950–1951, pp. 343–355; posteriormente, como conferencia del Ateneo de Madrid en 1951b. Schmitt publicó «La unidad del mundo» en *Anales de la Universidad de Murcia* (1951b, pp. 343–355). El texto apareció también como conferencia editada por el Ateneo de Madrid (1951a)

multiformes discriminaciones históricas y, consecuentemente, no habrá lugar para un solo centro de poder, es decir, un solo centro de ordenamiento del mundo.

Tan diferente como pueda ser su argumentación de la de Hegel es la presencia del espíritu absoluto en ambos casos lo que hace posible la reconciliación definitiva.[37]

Referencias

Aguilar, H. O. (Ed.). (2001). *Carl Schmitt, teólogo de la política*. Fondo de Cultura Económica.

Alvira, R. (1993). Versuch, die Vielfalt der gesellschaftlichen Subsysteme einzuordnen, mit besonderer Berücksichtigung des Rechts. En *Jahrbuch für Recht und Ethik* (Vol. 1, pp. 283–291). Duncker & Humblot.

Böckenförde, E.-W. (1988). Der Begriff des Politischen als Schlüssel zum staatsrechtlichen Werk Carl Schmitts. En H. Quaritsch (Ed.), *Complexio oppositorum: Über Carl Schmitt* (pp. 283–299). Duncker & Humblot.

Cristi, R. (1998). *Carl Schmitt and Authoritarian Liberalism: Strong State, Free Economy*. University of Wales Press.

Forsthoff, E. (Ed.). (1968b). *Rechtsstaatlichkeit und Sozialstaatlichkeit: Aufsätze und Essays* (Wege der Forschung, Bd. 118). Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

Hegel, G. W. F. (2005). *Principios de la filosofía del derecho* (J. L. Vermal, trad.). Edhasa.

Herrero, M. (1996). La categoría del orden en la filosofía política de Carl Schmitt. En D. Negro Pavón (Ed.), *Estudios sobre Carl Schmitt* (pp. 263–286). Fundación Cánovas del Castillo.

Herrero, M. (1997). *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt*. Eunsa.

37 No me parece, por tanto, adecuado en esta perspectiva, afirmar, como lo hace J. F. Kervégan, que "(Carl Schmitt) no puede aceptar la convicción sin cesar reafirmada por Hegel de que hay razón en la historia", J. F. Kervégan, *Hegel, Carl Schmitt. Lo político: entre especulación y positividad*, 2007, p. 328. La Providencia divina en la que está pensando Schmitt es también racionalidad.

Herrero, M. (2007). *El nomos y lo político: La filosofía política de Carl Schmitt* (2.ª ed.). Eunsa.

Herrero, M. (2015). *The Political Discourse of Carl Schmitt: A Mystic of Order*. Rowman & Littlefield.

Kervégan, J.-F. (1988). Politik und Vernünftigkeit: Anmerkungen zum Verhältnis zwischen Carl Schmitt und Hegel. *Der Staat, 27*(3), 371–391.

Kervégan, J.-F. (1992). *Hegel, Carl Schmitt: Le politique entre spéculation et positivité*. Presses Universitaires de France.

Kervégan, J.-F. (2007). *Hegel, Carl Schmitt: Lo político: entre especulación y positividad* (A. García Mayo, trad.). Escolar y Mayo.

Mehring, R. (1989). *Pathetisches Denken: Carl Schmitts Denkweg am Leitfaden Hegels: Katholische Grundstellung und antimarxistische Hegelstrategie*. Duncker & Humblot.

Mohler, A. (1988). Carl Schmitt und die „Konservative Revolution": Unsystematische Beobachtungen. En H. Quaritsch (Ed.), *Complexio oppositorum: Über Carl Schmitt* (pp. 129–157). Duncker & Humblot.

Ottmann, H. (1995f). Hegel und Carl Schmitt. En *Hegel-Jahrbuch 1993/94* (pp. 19–25).

Schmitt, C. (1916). *Theodor Däublers »Nordlicht«: Drei Studien über die Elemente, den Geist und die Aktualität des Werkes*. Georg Müller.

Schmitt, C. (1917). Die Sichtbarkeit der Kirche: Eine scholastische Erwägung. *Summa: Eine Vierteljahresschrift, 2*, 71–80.

Schmitt, C. (1918). Die Buribunken: Ein geschichtsphilosophischer Versuch. *Summa: Eine Vierteljahresschrift, 4*, 89–106.

Schmitt, C. (1921). *Die Diktatur: Von den Anfängen des modernen Souveränitätsgedankens bis zum proletarischen Klassenkampf*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1922). *Politische Theologie: Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1923). *Römischer Katholizismus und politische Form*. Jakob Hegner.

Schmitt, C. (1925). Illyrien: Notizen von einer dalmatinischen Reise. *Hochland, 23*(3), 293–298.

Schmitt, C. (1927). *Der Begriff des Politischen*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1928). *Verfassungslehre*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1931a). *Der Hüter der Verfassung*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1931b). *La defensa de la Constitución: Estudio acerca de las diversas especies y posibilidades de salvaguardia de la Constitución* (M. Sánchez Sarto, trad.). Labor.

Schmitt, C. (1931c). Freiheitsrechte und institutionelle Garantien der Reichsverfassung. En *Rechtswissenschaftliche Beiträge zum 25jährigen Bestehen der Handels-Hochschule Berlin* (pp. 1–31). Reimar Hobbing.

Schmitt, C. (1932). Gesunde Wirtschaft im starken Staat. *Mitteilungen des Vereins zur Wahrung der gemeinsamen wirtschaftlichen Interessen in Rheinland und Westfalen, 21*, 13–32.

Schmitt, C. (1933). Starker Staat und gesunde Wirtschaft. *Volk und Reich*, 81–94.

Schmitt, C. (1934a). *Teoría de la Constitución* (F. Ayala, trad.). Revista de Derecho Privado.

Schmitt, C. (1934b). *Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens*. Hanseatische Verlagsanstalt.

Schmitt, C. (1941). *Völkerrechtliche Großraumordnung mit Interventionsverbot für raumfremde Mächte: Ein Beitrag zum Reichsbegriff im Völkerrecht*. Deutscher Rechtsverlag.

Schmitt, C. (1942). *Land und Meer: Eine weltgeschichtliche Betrachtung*. P. Reclam jun.

Schmitt, C. (1947, 18 de abril). *Antworten in Nürnberg* [Documento de archivo]. Nachlass Carl Schmitt, Landesarchiv Nordrhein-Westfalen, Abteilung Rheinland, Düsseldorf, Alemania.

Schmitt, C. (1951a). *La unidad del mundo*. Ateneo.

Schmitt, C. (1951b). La unidad del mundo. *Anales de la Universidad de Murcia, 9*, 343–355.

Schmitt, C. (1951c). Raum und Rom: Zur Phonetik des Wortes Raum. *Universitas, 6*(9), 963–967.

Schmitt, C. (1951d). Justissima Tellus: Das Recht als Einheit von Ordnung und Ortung. *Universitas, 6*(3), 283–290.

Schmitt, C. (1951e). Raum und Rom: Zur Phonetik des Wortes Raum. En *Tymbos für Wilhelm Ahlmann: Ein Gedenkbuch*. De Gruyter.

Schmitt, C. (1952). *Tierra y mar: Consideraciones sobre la historia universal* (R. Fernández-Quintanilla, trad.). Instituto de Estudios Políticos.

Schmitt, C. (1952/1995b). Die Einheit der Welt. En G. Maschke (Ed.), *Staat, Großraum, Nomos: Arbeiten aus den Jahren 1916–1969* (pp. 496–512). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1953). Nehmen, Teilen, Weiden: Ein Versuch, die Grundfragen jeder Sozial- und Wirtschaftsordnung vom Nomos her richtig zu stellen. *Gemeinschaft und Politik, 1*(2/3), 18–27.

Schmitt, C. (1955/1995c). Der neue Nomos der Erde. En G. Maschke (Ed.), *Staat, Großraum, Nomos: Arbeiten aus den Jahren 1916–1969* (pp. 518–540). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1955/1995d). Die geschichtliche Struktur des heutigen Weltgegensatzes von Ost und West: Bemerkungen zu Ernst Jüngers Schrift „Der Gordische Knoten". En A. Mohler (Ed.), *Freundschaftliche Begegnungen: Festschrift für Ernst Jünger zum 60. Geburtstag* (pp. 135–167).

Schmitt, C. (1955a). Der Aufbruch ins Weltall: Ein Gespräch zu dritt über die Bedeutung des Gegensatzes von Land und Meer. *Christ und Welt, 8*(25), 9–10.

Schmitt, C. (1955b). Der neue Nomos der Erde. *Gemeinschaft und Politik: Zeitschrift für soziale und politische Gestaltung, 3*(1), 7–10.

Schmitt, C. (1958a). Nehmen, Teilen, Weiden: Ein Versuch, die Grundfragen jeder Sozial- und Wirtschaftsordnung vom Nomos her richtig zu stellen. En *Verfassungsrechtliche Aufsätze aus den Jahren 1924–1954* (pp. 489–504). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1958b). *Verfassungsrechtliche Aufsätze aus den Jahren 1924–1954: Materialien zu einer Verfassungslehre*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1959). Nomos – Nahme – Name. En S. Behn (Ed.), *Der beständige Aufbruch: Festschrift für Erich Przywara* (pp. 92–105). Glock & Lutz.

Schmitt, C. (1959/1995e). Nomos–Nahme–Name. En G. Maschke (Ed.), *Staat, Großraum, Nomos: Arbeiten aus den Jahren 1916–1969* (pp. 573–591). Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1960). *Ex captivitate salus: Experiencias de los años 1945–1947* (A. Schmitt de Otero, trad.). Porto y Cía.

Schmitt, C. (1962). El orden del mundo después de la Segunda Guerra Mundial. *Revista de Estudios Políticos*, (122), 19–38.

Schmitt, C. (1968a). *La dictadura: Desde los comienzos del pensamiento moderno de la soberanía hasta la lucha de clases proletaria* (J. Díaz García, trad.). Revista de Occidente.

Schmitt, C. (1969). *Gesetz und Urteil: Eine Untersuchung zum Problem der Rechtspraxis*. C. H. Beck.

Schmitt, C. (1978). Die legale Weltrevolution: Politischer Mehrwert als Prämie auf juristische Legalität und Superlegalität. *Der Staat, 17*(3), 321–339.

Schmitt, C. (1979a). *Der Begriff des Politischen*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1979b). *El nomos de la tierra en el Derecho de Gentes del «Jus publicum europaeum»*. Centro de Estudios Constitucionales.

Schmitt, C. (1979c). *Politische Theologie*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1991a). *Glossarium*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1991c). *El concepto de lo político: Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios* (R. Agapito, trad.). Alianza.

Schmitt, C. (1992). *Teoría de la Constitución* (F. Ayala, trad.; M. García-Pelayo, epílogo). Alianza.

Schmitt, C. (1995a). Recht und Raum. En G. Maschke (Ed.), *Staat, Großraum, Nomos: Arbeiten aus den Jahren 1916–1969*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2000). *Catolicismo y forma política* (C. Ruiz Miguel, estudio preliminar, trad. y notas). Tecnos.

Schmitt, C. (2002). *El nomos de la tierra en el Derecho de Gentes del «Jus publicum europaeum»* (D. Schilling Thon, trad.; J. L. Monereo Pérez, ed. y estudio preliminar). Comares.

Schmitt, C. (2005). Hegel und Marx: Ein Rundfunkvortrag aus dem Jahr 1931. En *Marx-Engels-Jahrbuch 2004* (pp. 219–225). Akademie Verlag.

Schmitt, C. (2007). *Tierra y mar: Una reflexión sobre la historia universal* (R. Fernández-Quintanilla, trad.; R. Campderrich, pról.; F. Volpi, epíl.). Trotta.

Schmitt, C. (2009). *La polémica Schmitt-Kelsen sobre la justicia constitucional: El defensor de la Constitución versus ¿Quién debe ser el defensor de la Constitución?* (M. Sánchez Sarto y R. J. Brie, trads.; G. Lombardi, estudio preliminar). Tecnos.

Schmitt, C. (2010). *Ex captivitate salus: Experiencias de la época 1945–1947* (J. A. Pardos, ed.; A. Schmitt de Otero, trad.). Trotta.

Schmitt, C. (2012). *Posiciones ante el derecho* (M. Herrero, ed., estudio preliminar y notas). Tecnos.

Tomás de Aquino. (s. f.). *Cuestión disputada sobre la verdad* (cuestión 1, artículo 9).

Weizsäcker, V. von. (1943). *Der Gestaltkreis: Theorie der Einheit von Wahrnehmen und Bewegen* (2.ª ed.). G. Thieme.

Winfield, R. D. (1991b). Rethinking Politics: Carl Schmitt vs. Hegel. *The Owl of Minerva, 22*(2), 209–225.

CAPÍTULO 6

ESTADO, SOBERANÍA, *NOMOS*: INDAGACIONES SCHMITTIANAS A LA LUZ DE LA TECNIFICACIÓN CONTEMPORÁNEA

Gonzalo Manzullo[1]

En este aspecto permanecemos en lo de siempre, a pesar de todo el progreso. El progreso técnico provocará solamente una nueva intensidad en el nuevo tomar, repartir y apacentar, y agrandará las preguntas antiguas
—*Carl Schmitt, Teoría del partisano*

1 Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA); Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET); Universidad Nacional de José C. Paz (UNPAZ), Argentina.

RESUMEN

Si Carl Schmitt indicó al Estado, en tanto que forma política, como una innovación técnica específicamente moderna, no dejó por ello de cavilar acerca de sus problemas, límites y paradojas desde el período de entreguerras europeo. De hecho, el alemán aseveró en su *Teología Política I*, ya en 1922, que no hay nada más moderno que la lucha contra la política. Jorge Dotti, por su parte, interpretaba que *Romanticismo Político* esbozaba dos polos conflictivos de la Modernidad en la óptica del jurista alemán: la decisión excepcional y lo político, de un lado, y las figuras de la neutralización producto de la secularización, del otro. Esas tres consideraciones, con evidentes ecos en nuestra actualidad, tienen en la obra de Schmitt un hilo conductor: su diagnóstico enfáticamente histórico y su lectura de la Modernidad bajo la clave de la tecnificación. Más que ubicar respuestas conclusivas y recetas válidas para el tiempo actual, partiremos de allí para recuperar preguntas y reflexiones que mantienen vigencia en nuestra contemporaneidad: es decir, Schmitt vislumbró la posibilidad de que Estado y política dejaran de coincidir, de que la estatalidad ya no monopolizara la decisión ni fuera la unidad soberana, como así también la perspectiva de una mutación de la imagen del espacio que derive en un nuevo *nomos* de la Tierra. Sostenemos la pertinencia de recuperar esas inquietudes alrededor de las metamorfosis posibles del Estado, la soberanía y el *nomos* en el marco de nuestro mundo globalizado, marcado por la disrupción técnica digital.

Palabras clave: Estado, nomos, soberanía, tecnificación, digitalidad

ABSTRACT

Carl Schmitt identified the state, understood as a political form, as a specifically modern technical innovation; he nevertheless continued to ponder its problems, limitations and paradoxes from the interwar period in Europe onwards. In fact, in his Po-

litical Theology I, published in 1922, the German scholar asserted that there is nothing more modern than the struggle against politics. Jorge Dotti, for his part, interpreted Political Romanticism as outlining two conflicting poles of modernity from the German jurist's perspective: exceptional decision-making and politics on the one hand, and the figures of neutralisation resulting from secularisation on the other. These three considerations, with obvious echoes in our present day, have a common thread in Schmitt's work: his emphatically historical diagnosis and his reading of modernity through the lens of technification. Rather than providing conclusive answers and valid solutions for the present day, we will use this as a starting point to revisit questions and reflections that remain relevant in our contemporary world: that is, Schmitt glimpsed the possibility that the state and politics would cease to coincide, that statehood would no longer monopolise decision-making or be the sovereign unit, as well as the prospect of a mutation in the image of space that would lead to a new nomos of the Earth. We maintain the relevance of revisiting these concerns about the possible metamorphoses of the state, sovereignty and nomos in the context of our globalised world, marked by digital technical disruption.

Keywords: state; nomos; sovereignty; technification; digitality.

Introducción

Si Carl Schmitt indicó al Estado, en tanto que forma política, como una innovación técnica específicamente moderna, no dejó por ello de cavilar acerca de sus problemas, límites y paradojas desde el período de entreguerras europeo. De hecho, el alemán aseveró en su *Teología Política I*, ya en 1922, que no hay nada más moderno que la lucha contra la política. Jorge Dotti, por su parte, interpretaba que *Romanticismo Político* esbozaba dos polos conflictivos de la Modernidad en la óptica del jurista alemán: la decisión

excepcional y lo político, de un lado, y las figuras de la neutralización producto de la secularización, del otro. Esas tres consideraciones, con evidentes ecos en nuestra actualidad, tienen en la obra de Schmitt un hilo conductor: su diagnóstico enfáticamente histórico y su lectura de la Modernidad bajo la clave de la tecnificación.

Más que ubicar respuestas conclusivas y recetas válidas para el tiempo actual, partiremos de allí para recuperar preguntas y reflexiones que mantienen vigencia en nuestra contemporaneidad: es decir, Schmitt vislumbró la posibilidad de que Estado y política dejaran de coincidir, de que la estatalidad ya no monopolizara la decisión ni fuera la unidad soberana, como así también la perspectiva de una mutación de la imagen del espacio que derive en un nuevo *nomos* de la Tierra. Sostenemos la pertinencia de recuperar esas inquietudes alrededor de las metamorfosis posibles del Estado, la soberanía y el *nomos* en el marco de nuestro mundo globalizado, marcado por la disrupción técnica digital.

Avanzaremos de la siguiente manera: en primera instancia, repondremos la indagación schmittiana por la estatalidad en la Modernidad con el objeto de mostrar su vínculo estrecho con la cuestión, también destacada en su obra, del orden espacial o *nomos*. En segundo lugar, intentaremos recuperar aquellas reflexiones y sopesarlas a la luz de nuestra contemporaneidad, marcada por la informatización y la plataformización del mundo, haciendo uso de otras fuentes contemporáneas que permiten continuar la estela del pensamiento schmittiano. Esa segunda intención tejerá simultáneamente tres cuestiones: la inquietud respecto a si es posible postular la existencia actual de un nuevo *nomos*, la pregunta por una reedición del *nehmen, teilen, weiden* en el elemento ciberespacial y, por último, la pregunta conexa por la soberanía en tiempos que parecen desbordar la estatalidad. Nuestro propósito, en suma, es indagar la actualidad de las reflexiones schmittianas sobre la estatalidad y el *nomos* en esta contemporaneidad.

Si debemos mostrar nuestras cartas desde un comienzo y explicitar la hipótesis que nos guía, hay que decir que proponemos algunas intuiciones y reflexiones tentativas acerca de cómo la tec-

nificación moderna, particularmente la creciente mediación tecnológica y la disrupción digital, impactan notoriamente tanto en la estatalidad como en la existencia de un *nomos*, sin hacer a un lado por completo ni de manera palmaria lo político y la soberanía.

Volver a Schmitt en nuestra contemporaneidad no nos parece un ejercicio extravagante ni contraintuitivo en la medida en que, poniendo una vez más el foco en su vasta obra, ella atravesó algunos de los grandes nudos problemáticos de lo político en la Modernidad. Hoy, a cuarenta años de su muerte, su actualidad es la de un tiempo que no deja de reconocerse para bien o para mal heredero de esa Modernidad. Sin entrar en disputas respecto a que califiquemos nuestra contemporaneidad como "moderna" o bien como "posmoderna", no podemos soslayar que resulta inevitablemente tributaria de los problemas que emergen desde la Modernidad y que ciertos autores, como Schmitt, vuelven a nosotros como un *boomerang*, aun sin buscarlo.

Schmitt caviló intensamente respecto de los desafíos que la tecnificación entrañaba en la Modernidad. Aquí, para sintetizar, diremos que nos ceñimos a un diagnóstico sobre la tecnificación contemporánea que ubica el punto de partida del fenómeno en la Modernidad: sostenemos que es desde aquel período histórico que con la tecnificación se traba una relación particular, distintiva y problemática para quienes reflexionamos sobre lo político. A punto tal que hay quienes sostienen que la profusión creciente de innovaciones tecnológicas aparece como una de las señales distintivas de la modernidad (Balzi, 2022). O bien quienes indican que no hay salida al callejón trunco de la Modernidad sin confrontar con la cuestión de la técnica (Borovinsky, 2020).

La de Schmitt es una voz que se alzó en el meollo del debate europeo sobre la técnica y sus consecuencias durante el período de entreguerras, hace casi una centuria de años; pero cuyos ecos todavía resuenan. Si intentamos encontrar una figura teórica que se detuvo a pensar la cuestión de la forma política a la luz de la tecnificación, resultaría muy difícil no toparnos rápidamente con el nombre de Carl Schmitt. El jurista meditó en torno al surgimien-

to, la eficacia y vitalidad de la forma política estatal. Precisamente su consideración estuvo terciada por los efectos nocivos que la tecnificación tenía sobre lo político: nos referimos a la dimensión despolitizante de la religión de la tecnicidad, de acuerdo con lo postulado por el autor en la conferencia dictada en Barcelona en el año 1929, donde admite abiertamente vivir en una época técnica (Schmitt, 1991a). Como consecuencia, Schmitt (1991a) proclamará el siglo XX no solo como "la era de la técnica, sino también la de una fe religiosa en ella" (p. 112). Schmitt (1991b) también fue uno de los primeros en señalar que los progresos técnicos no revelan perfeccionamiento humanitario ni moral o mayor confort. Ya en su época era posible que una "inédita inversión de capital y conocimientos científicos" (p. 106) contara con los medios técnicos para matar físicamente con armas de las más modernas e infligir violencia.

La forma política estatal, joya del racionalismo occidental, innovación técnica paradigmática de la Modernidad[2], que supo ser la sede monopólica de la decisión política soberana, capaz de hacer la guerra y discriminar entre amigos y enemigos, comenzaba a verse limitada y minada por la misma estela de la tecnificación que le había dado a luz: el jurista señaló con preocupación una tendencia general de dicha época hacia la despolitización y neutralización a manos de la técnica, que se expresa paradigmáticamente en el Estado (Löwith, 2006). En la medida en que el Estado, como forma política, resultaba la unidad de medida de la época, otro tanto de caos se alzaba también para el orden interestatal, el *nomos* de la Tierra o *Ius publicum europaeum*.

En lo que sigue revisaremos más pormenorizadamente estas cuestiones que señalamos recién, para pasar luego a sopesar la actualidad del pensamiento schmittiano para seguir pensando la forma política del mundo a escala nacional e internacional.

2 En su obra *Catolicismo romano y forma política*, Schmitt señala el desarrollo del aparato estatal como el correlato de la imagen mecánica de la naturaleza desarrollada en el siglo XVII, gracias a la objetivación de las relaciones sociales (Schmitt, 2009a).

Lado A: Estado

Durante el período de entreguerras Carl Schmitt meditó sesudamente alrededor del despliegue, acotación y autonomía de lo político (Laleff Ilieff, 2016, 2020) en el marco del advenimiento de la sociedad de masas y la Primera Guerra Mundial, guiado por la preocupación de una tendencia epocal hacia la despolitización y neutralización a manos de la técnica (Löwith, 2006). Si durante ese período tal situación se cristalizó en su obra a través de una especial atención a lo que sucedía con la forma política estatal, la problemática del orden político o, más bien, su necesidad e imposibilidad en la Modernidad secularizada, lo acompañó también hasta sus últimos años, durante los cuales pensó la cuestión espacial y existencial del *nomos*. Intentaremos conectar ambas dimensiones a partir del énfasis históricamente situado de su pensamiento, como también teniendo presente que la meditación schmittiana de la técnica no puede ser separada de su visión jurídica (Ocaña, 1996).

Huelga aclarar que, como explica Luciano Nosetto (2017), "Schmitt no niega que el oficio político conste de un momento técnico, vinculado a la manipulación de los factores de poder, pero su obra está orientada a postular que la política es irreductible a esa racionalidad instrumental" (p. 94). Es por eso que, en *La dictadura*, Schmitt (2013) marca que racionalismo, tecnicidad y ejecutividad confluyen en la dictadura —entendida como un ordenamiento que no depende del asentimiento del destinatario— para señalar el comienzo del Estado moderno. Es decir que, en tanto hubo una técnica política, existe Estado moderno. Así pudo existir una razón de Estado, en función de la ampliación y afirmación del poder político. En Catolicismo romano y forma política, Schmitt (2009a) señaló el desarrollo del aparato estatal como el correlato de la imagen mecánica de la naturaleza desarrollada en el siglo XVII, gracias a la objetivación de las relaciones sociales.

Más allá de la faz técnica del Estado como maquinaria paradigmática de la Modernidad en términos genéticos, el problema lo encuentra Schmitt a medida que constata el fin de la coincidencia entre Estado y política, como modelo de unidad política, que

monopolizaba la decisión sobre la guerra y el enemigo (Schmitt, 1991b). De todas maneras, la sentencia de muerte se relativiza en tanto que es el propio jurista quien señala en *Teoría de la Constitución* que "nada de lo relativo al Estado puede ser apolítico" (Schmitt, 2011, p. 192), en la medida que el concepto del Estado supone el de lo político.

No sería tan extravagante decir que, en alguna medida, el contexto de reto o desafío [*Herausforderung*], entendido también como provocación, que se lee en el prólogo de 1963 a *El concepto de lo político*, da cuenta del traslado de la visión schmittiana hacia otra escala: desde el problema de la indistinción entre guerra y paz y del enemigo criminalizado al de la unidad política, técnica y económica del mundo. En tanto el Estado ya no puede aspirar a ser "la unidad y totalidad soberana" (Schmitt, 1929/2012, p. 292), también el orden espacial del mundo, que se regía con la divisa estatal y tomaba la forma de la relación interestatal, se pone en crisis.

Frente a un devenir a partir del cual, a lo largo de cuatro siglos y mediante la ayuda de nociones técnicas, se "produce una 'neutralización' general y convierte al Estado en un instrumento técnico neutral" (Schmitt, 2002, p. 40), pueden ubicarse diferentes y sucesivos intentos de Schmitt por pensar alternativas al entuerto[3]. No es interés de este escrito detenerse en ello, sino conectar el problema de la relatividad estatal con su correlato internacional: ante la llegada de las guerras totales la neutralidad se vuelve imposible y el acotamiento de la guerra cede paso a la criminalización del enemigo (Schmitt, 1937/2001a). Esto es, ya no son posibles como antaño las guerras no discriminatorias en el derecho internacional, sino que, de allí en más, sólo pueden existir guerras civiles internacionales[4]. La limitación de la guerra, finalidad del derecho internacional (Tripolone, 2014), se desploma. Así, de acuerdo con

3 Para un repaso pormenorizado de aquellas tentativas, el artículo "Inquietudes en torno a la forma política estatal ante la tecnificación moderna. La mirada de Carl Schmitt durante el período de entreguerras" (Manzullo, 2024).

4 Al respecto, el interesante libro de Andrea Sereni (2018).

Inter Pacem et Bellum Nihil Medium (Schmitt, 1939/1995a), asiste Schmitt a la anormalidad del intermedio entre paz y guerra.

Podemos confirmar que, cuando el jurista dirige su mirada hacia el cambio de estructura del derecho internacional, aparece la cuestión del territorio y del espacio: la ciencia del derecho internacional vertebrada en torno a los estados nacionales, ya no permitía ordenar adecuadamente las relaciones internacionales (Miguel, 2020). Tanto a escala estatal como interestatal parece fallecer el antiguo ordenamiento sin que se geste otro nuevo y en esa medida no hay lugar para la paz verdadera. En ese sentido, la reflexión de Schmitt habilita y da cuenta de la inquietud al respecto de aquello que pueda existir más allá del Estado y del *nomos*, anteriormente encarnado en el *Ius publicum europaeum*.

Schmitt ya se había preguntado durante el período de entreguerras respecto a una política acorde a una era de la técnica tal como la diagnosticada en su conferencia de 1929 en Barcelona (Schmitt, 1991a)[5]. Asimismo, el jurista alemán afirmó en 1938 que no había ya lugar para el Leviatán en su forma original en esa nueva época —sin que ello implique la completa desaparición de la forma política Estado— y, en *El nomos de la tierra* (Schmitt, 1950/2001b), señalaba que cada época tiene su *nomos* —subrayando el carácter esencialmente terrestre del derecho por la toma de tierra que implica toda ordenación de un espacio.

Veremos a continuación que es posible conectar esas dos preguntas: la pregunta por la forma política y aquella otra por el *nomos*, en una era de la técnica desencadenada, que parece apartarse de las consideraciones precedentes sobre el poder político, la decisión y la representación personales, que habían guiado el pensamiento del jurista. Fue el propio Schmitt quien advirtió, también en 1923, que "quizás en la ausencia de Forma pudiera estar potencialmente la energía para crear una nueva Forma propia también de la era técnico-económica" (Schmitt, 2009a, p. 92). Es decir, la

5 Allí había detectado, también, un espíritu de la tecnicidad que puede ser leído, en cierto modo, como la persistencia de una teología política en la era de la técnica (Saralegui, 2021).

posibilidad de que el caos albergue también un principio generador de orden: debemos tener presente que, en la visión de Schmitt, incluso todo ejercicio de neutralización despolitizante posee un sentido político (Schmitt, 1991a) y lo político aparece como algo imposible de desarraigar (Schmitt, 2009b).

En lo que sigue, revisaremos de manera más detallada el arsenal teórico que el propio Schmitt nos ofreció con su pluma al respecto de la cuestión del *nomos,* para ensayar luego algunas consideraciones orientadas a continuar la estela de esa inquietud en una contemporaneidad informatizada, digitalizada, sincronizada temporalmente y conectada espacialmente como la nuestra. Ello sin caer en la tentación de firmar el certificado de defunción de un Estado nación que, en el siglo XXI, aún "sobrevive como magnitud política gracias a una multiplicidad de adscripciones, que habilitan márgenes de autonomía en un contexto mundial de tremendos condicionamientos" (Nosetto, 2022, p. 174). Hay que decir que, ni siquiera en 1978, al publicar *La revolución legal mundial*, Schmitt (2020a) dio por terminado al Estado en medio de la lucha entre los grandes espacios. Ver la persistencia de lo viejo y ser sensibles a las novedades sin exagerar sus impactos es una tarea imperiosa de nuestro presente.

Lado B: *Nomos*

Es precisamente porque Schmitt no pierde su fe en el sentido profundo de la historia (Ocaña, 1996) que comprende, al cavilar sobre el Leviatán, que "nada asegura que esta sea la última forma que asumirá lo político en la historia" (Laleff Ilieff, 2022, p. 80). Como dijimos más arriba, el jurista meditó en torno al surgimiento, eficacia y vitalidad de la forma política estatal, y esa reflexión estuvo terciada por una consideración elocuente de la historia y especialmente sobre la Modernidad. Su diagnóstico histórico abrió preguntas sobre el orden jurídico *en general* para el tiempo que se avecinaba: pues el surgimiento del Estado, como nuevo concepto ordenador del espacio, aparece íntimamente ligado en su obra a

la emergencia del *Ius Publicum Europaeum*, de un *nomos* de la Tierra específico (Herrero, 2007).

Ambos, *nomos* y Estado se relacionaban con avances técnicos, pero también se vieron afectados por ellos: el auge del Estado, una innovación técnica paradigmáticamente moderna, emergió en el momento histórico inmediatamente posterior al que una gran revolución planetaria y espacial surtía efecto en la política mundial y el derecho de gentes, producto de la navegación ultramarina, que alteró la imagen del mundo (Schmitt, 1998). De hecho, Schmitt afirmó en 1955 que la absolutización de la técnica "y del progreso técnico, la equiparación del progreso técnico en progreso en general, todo lo que se quiere dar a entender bajo el lema «técnica desencadenada», se desarrolla sólo desde el supuesto del suelo nutricio y en el clima de una existencia marítima" (Schmitt, 1955, p. 23).

La continuidad entre la existencia marítima y una absolutización de la técnica marcada por Schmitt será retomada más adelante. Por ahora, queremos dejar estipulado que Estado y *nomos* son, en la obra de Schmitt, conceptos concretos vinculados a una época histórica y por eso encuentran, al menos en cierto punto, sus límites[6]. Ya desde el período de entreguerras, el jurista vislumbró la posibilidad de que política y Estado dejaran de coincidir, de que la estatalidad ya no monopolizara la decisión ni fuera la unidad soberana, como así también la perspectiva de una mutación de la imagen del espacio que derive en un nuevo *nomos* de la Tierra, en la medida en que la relación histórico-dialéctica entre tierra y mar comenzaba a desaparecer (Schmitt, 2001c). Tal como lo hicimos con el análisis schmittiano sobre el devenir de la estatalidad, nos

6 Así se puede leer, por ejemplo, en la epístola dirigida por Carl Schmitt a Alexander Kojève en 1955: el jurista admite tanto que el Estado llegó a su fin, como también discute la idea del fin de la historia que derivaría en la unidad del mundo. De allí su insistencia en la idea de los grandes espacios, que tiene el sentido de una pluralidad en la que todavía hay posibilidad de enemistad y por eso también de historia (Tomissen, 1998, pp. 108–109).

dedicaremos ahora a recuperar algunas reflexiones importantes del jurista en torno a la cuestión del *nomos*.

Si el primer antecedente de la concepción schmittiana del *nomos* aparece con la publicación de *Tierra y mar,* hay que remarcar que esa oposición, descrita en 1942, era una eminentemente histórica, que no tenía por qué perdurar en el tiempo, sino que más bien respondía a un desafío histórico concreto (Schmitt, 2001c). Sin embargo, Schmitt explica inicialmente en *Tierra y mar* que el hombre es un ser terrestre y de esa cualidad se deriva una forma de ver el mundo. No obstante, si bien la tierra parece ser el elemento destinado al hombre y lo determina con mayor fuerza, ningún elemento determina de forma absoluta la existencia del ser humano. Si así fuera, no habría historia, dado que es justamente el hombre quien no se deja absorber por su entorno. De hecho, Schmitt reconstruye un devenir a partir del cual el ser humano elige el elemento que prefiere para su existencia histórica, pasando de uno a otro según su conveniencia y organizándose en función de cada uno de ellos. Por eso, casi sin tomar aire, luego de especificar al ser humano como ser terrestre, admitía el jurista, probablemente considerando las innovaciones técnicas del momento, que "el problema de la posibilidad de una existencia humana distinta de la puramente terrestre está más cerca de lo que imaginamos" (2001c, p. 347).

En este escrito, Schmitt propone una lectura de la historia universal caracterizada por la lucha entre potencias terrestres y marinas. Allí resulta necesario distinguir aquellos pueblos que tuvieron una verdadera existencia marítima de aquellos que simplemente navegaron el mar y aprovecharon las condiciones costeras para la vida. No es lo mismo Venecia que Inglaterra, siendo Inglaterra un pueblo terrestre que pasó de la producción de lanas al dominio del elemento marítimo. Por eso, el siglo XVI confirma, con las innovaciones para la navegación, una avanzada y un giro hacia el mar. Los piratas son la figura representativa de aquel momento cuando los ingleses se convirtieron en marinos y corsarios.

Schmitt señala que el de Inglaterra es un caso sin paralelo histórico, pues con su cambio de elemento ganó una revolución de las más grandes, una revolución espacial de signo planetario. Son los cambios históricos de este tipo los que entrañan modificaciones en las concepciones del espacio, de manera tal que el descubrimiento de nuevas tierras por parte de Colón, en tanto que impulso histórico, no tuvo que esperar a Copérnico para alterar los espacios de la existencia histórica, dar nuevas ciencias y nuevas formas de ordenar el espacio.

La circunnavegación del mundo resultó así en la primera revolución espacial en sentido estricto, pues ella trajo una nueva imagen del espacio, una mutación de su concepto mismo. Podemos decir, entonces, que existe un vínculo entre territorio, espacialidad y ordenamiento, sobre el que Schmitt se detendrá conceptualmente en *El nomos de la tierra*[7]. De manera tal que "el comienzo de los grandes períodos históricos va precedido de grandes conquistas territoriales" (2001b, p. 373). Toda variación en la imagen de la tierra va unida a cambios políticos universales, a una nueva distribución y conquista.

Si un primer ordenamiento planetario lo constituyó el de una comunidad de pueblos europeos cristianos con su derecho de gentes internacional, es decir, un orden cristiano-europeo civilizado opuesto al resto del mundo, esa medida se alteró con los procesos de Reforma y Contrarreforma, producto de los cuales las potencias dejaron de respetar las definiciones católicas para el reparto del Nuevo Mundo. La aparición del calvinismo, en aquel contexto, la asocia Schmitt a una alianza con el elemento marítimo: el giro elemental al mar coincidió con el calvinismo, como una creencia adecuada a su espíritu. La emergencia de Inglaterra como potencia marítima inauguró un nuevo orden planetario, basado ahora en la separación entre soberanía estatal en la tierra firme y los mares

7 Carlos Ruiz Miguel (2020) detecta una conexión entre tierra y derecho en Schmitt ya desde la escritura de *Catolicismo romano*, cuando se argumenta que los pueblos católicos tienen una relación con la tierra distinta de los protestantes.

libres de estatalidad. Pero, como dijimos anteriormente, aquella configuración, tanto como las anteriores y posteriores, no dejan de ser fenómenos históricos, y Schmitt alerta contra el error de absolutizarlas como verdades eternas[8].

Con la llegada de una existencia marítima se distinguieron también la guerra propiamente terrestre de la marítima: surgieron nuevas formas de la guerra vinculadas al bloqueo económico-comercial y la guerra industrial, divergentes de la terrestre hostilidad frontal limitada a un enemigo considerado como par. El dominio marítimo inglés coincidió con el maquinismo de la Revolución Industrial, y el Leviatán pasó a ser de gran pez a una gran máquina. Desde esa perspectiva, Schmitt indicaba que la máquina alteró la relación del hombre con el mar.

Algo similar señalaba Schmitt un año antes en *El mar contra la tierra* (1995c): ahí se estipulaba la idea de que, con el devenir descrito, Inglaterra se desconectó de Europa y se realizó como Estado marítimo. En particular, Schmitt mencionó la posibilidad de que un Estado protagonice un éxodo y se vaya nadando a otra parte del mundo "adonde sea necesario" (1995c, p. 102). Una perspectiva que se volvía cada vez más inminente ante el desarrollo de la técnica y en particular a partir de las nuevas armas de la guerra naval y el dominio del aire, de acuerdo con el jurista.

Allí se deja asentada también una transformación en la historia humana: se trata de que cada uno de los elementos, en su apropiación por parte del ser humano, devengan con ello en espacios. Schmitt afirma que el mar, al igual que el aire, se había vuelto más un espacio que un elemento. Con ello, la transformación narrada resulta más grande y profunda que las anteriores: el jurista afirma

8 Precisamente esa cuestión vuelve con la pregunta sobre la unidad del mundo, en 1951: se trata de consentir el hecho de que la historia no se repite —más allá de algunos paralelismos heurístico-históricos de los que el propio Schmitt saca provecho cuando le conviene, como en el caso del *Katechon*. Es decir, Schmitt se posiciona contra una filosofía de la historia porque ella destruye la singularidad del acontecimiento histórico: la historia misma siempre es más grande y más fuerte que cualquier filosofía de la historia (Schmitt, 2020b).

que nuevas fuerzas y nuevas potencias "realizarán un orden nuevo", e incluso añade que ellas "harán que el espacio atmosférico sea contenido en el ámbito del orden humano" (1995c, p. 103). Aquellas mismas ideas se retoman en el escrito de 1942 cuando se indican tres avances que revolucionaron todos los conceptos espaciales: la electricidad, la aeronáutica y la radio inauguraron un nuevo estadio de la revolución planetaria en cuanto a lo espacial. Es con el aeroplano que aparece una tercera dimensión conquistada: la del aire. A partir de ella, se alteraron las proporciones y medidas anteriores, y esa innovación de la aviación constituyó tanto un arma como un medio de comunicación. Entre aviones y ondas radiofónicas, no se trataba solamente de una nueva dimensión, sino también de un tercer elemento que se añadía a la tierra y el mar como nuevo ámbito elemental de la existencia humana: Schmitt explica que, además de Leviatán y Behemoth, se sumaría otro monstruo mítico que es un Gran Pájaro[9].

En vistas de aquella situación, el jurista afirmaba que el espacio "se nos ha convertido en campo de fuerzas donde despliega el hombre su energía, su actividad y su esfuerzo" (2001c, p. 388). Incluso, en cuanto al propio elemento marítimo, la relación con el mar había cambiado a partir del estado de la técnica de los medios de comunicación e información, que hacían de él un espacio en el sentido antes aludido, de manera que cualquiera podía localizar, por ejemplo, en qué punto del océano se encuentra un barco. Tal como se deja asentado en *La lucha por los grandes espacios y la ilusión norteamericana* ([1942] 1995d), el momento del imperio del mar ya había pasado y, de hecho, Inglaterra aparece allí mencionada como un imperio senilizado, que obstaculizaba ya todo cambio razonable y crecimiento exuberante.

9 Sin embargo, Schmitt parece vacilar al respecto, pues a continuación se pregunta si, bien considerada la cuestión, la novedad no estaría en el fuego en los medios y las energías técnico-mecánicas que se ejercen para el señorío del espacio aéreo y los motores que mueven las aeronaves.

En suma, esa alteración de las viejas medidas y proporciones, llevaba a la necesidad irresistible de que surgiera un nuevo *nomos* ante esas nuevas relaciones del hombre con elementos nuevos y viejos. Con esa tesitura, *Tierra y mar* (2001c) concluye con una certeza: muchos pensarán que es el fin del mundo pero es solo el fin de la relación entre tierra y mar que rigió hasta el momento. Que se hunda un *nomos* no implica que lo venidero sea simple caos, pues vendrían nuevas proporciones y ajustes. Este énfasis en la transitoriedad y singularidad de lo histórico es lo que nos interesa destacar para seguir pensando la actualidad de estas reflexiones.

Paralelamente, Schmitt había ensayado ya desde 1939 un planteo relativo al orden espacial del mundo con el concepto de Imperio primero, luego reconvertido hacia la categoría de grandes espacios, comprendidos como el entronque entre una idea política, un espacio de gran amplitud y un pueblo: "un ámbito espacial de gran extensión en el que su idea política irradia y que no debe estar expuesto a intervenciones extrañas" (2020c, p. 43).

El derecho internacional, con su giro humanitario pacifista, y la realidad histórica de los nuevos elementos y espacios parecían cuestionar el lugar clásico de los Estados como entidades políticas soportes y configuradoras del orden internacional. De hecho, Schmitt llama la atención en aquél escrito sobre cómo, a cuento del moderno triunfo técnico sobre el espacio por medio del avión y la radio, el derecho internacional no consideró el espacio aéreo en analogía al mar como espacio libre, sino que al contrario primó el principio de la soberanía territorial del Estado sobre su espacio atmosférico para todas las reglamentaciones y relaciones contractuales de la aviación y la radio internacionales (2020c, p. 50). Es decir, el Estado se ve superado porque resulta grotesca su forma de mirar el problema.

En 1943, Schmitt escribe *Cambio de estructura del derecho internacional*, donde la categoría de *nomos* se comprende como el principio fundamental de distribución del espacio terrestre. Pero, en conexión con lo dicho hace un momento, la problemática aparece ligada a los grandes espacios en la medida en que se piensa una dis-

tribución en varios espacios grandes determinados por su sustancia histórica, económica y cultural. En este escrito, se observa cómo los espacios políticos de influencia de un determinado Estado o pueblo dejan de coincidir con una competencia estatal sobre un territorio en el que se impone una legislación, gobierno, administración y justicia. La cuestión tampoco se limita a una región, ya que, al observar el caso de Estados Unidos, desde la doctrina Monroe en adelante, se ve que coexisten allí cuatro niveles de densidad y permeabilidad muy distintas: territorio estatal, hemisferio occidental de la doctrina de Monroe, esfera de defensa de la OTAN y espacio global de la ONU. Dimensiones que, más que superficies espaciales, son campos de fuerzas magnéticas de energía y trabajo humanos, tal como explica el jurista. Es decir, podríamos tener en cuenta el espacio de influencia del dólar americano, su expansión cultural, del idioma y del prestigio moral de los norteamericanos, etc. Lo que no resultaba posible en la época, sin embargo, era detentar con éxito una pretensión universalista, cuestión que sería abordada más tarde en *La unidad del mundo*. De hecho, el jurista reseña el giro imperialista de Estados Unidos con el que se convierte en el juez con derecho a inmiscuirse en los asuntos de los pueblos y espacios de toda la tierra, a partir del cual pasó del autoaislamiento a una posición moral de descalificación y discriminación del resto del mundo, que Schmitt etiqueta como panintervencionismo extremo y sin límite de espacio. Un fenómeno que deriva en la Segunda Guerra Mundial como una confirmación de la existencia de un pluriverso y, con ello, de la imposibilidad de la unidad del mundo (Schmitt, 2020d). El panintervencionismo americano no era solo global en su alcance sino también total en su despliegue, pues abarcaba tanto relaciones económicas, pueblos, relaciones sociales y culturales, de manera tal que tenía los medios para transformar la guerra entre Estados en guerra civil, apelando a los pueblos contra sus gobiernos. Con estos episodios, el autor ilustra el modo en que la guerra deviene guerra civil mundial total y global.

Es en 1950, con *El nomos de la tierra* (2001b), que Schmitt presenta la conexión del derecho con el suelo, la realidad y la territorialidad de manera conceptual y sostenida. Su premisa fundamental es que la toma de tierra por un grupo lleva a un reparto del suelo y constituye su primera ordenación de las relaciones de posesión y propiedad, tanto hacia el interior como hacia el exterior. La tierra resulta madre del derecho porque da una medida interna de justicia que devuelve al hombre en correspondencia con lo que él le ha brindado.

De modo tal que el derecho es un elemento terrenal, y a la toma de tierra, como acción primigenia, le sigue su distribución y aprovechamiento. Lo mismo sucedería más tarde con la toma del mar, y cuando el nuevo fenómeno de la posibilidad de un dominio en el espacio aéreo acontece, el *nomos* existente, basado en la toma de tierra y del mar sufre fuertes modificaciones. No solo se modificaron las dimensiones de la soberanía territorial, la eficacia y la rapidez de los medios humanos del poder, tráfico y comunicación, sino también el contenido de la efectividad: la efectividad posee siempre un aspecto espacial, que es de importancia para el derecho de gentes, tanto para ocupar y apoderarse de la tierra como para imponer barreras y bloqueos. Todos estos cambios afectaron también a la relación entre protección y obediencia, y con ello a la estructura del propio poder político y social, y su relación con otras potencias. Se inicia, afirma Schmitt, una nueva fase de conciencia humana del espacio y del orden global.

Si primero fue posible un *nomos* preglobal, esencialmente terrestre, luego otro que incluía a la tierra firme y al mar libre, Schmitt en 1950 se enfrenta a la posibilidad de que el espacio aéreo devore al mar y también la tierra: "que los hombres transformen a su planeta en una combinación de depósito de materias primas y portaaviones" (2001b, p. 470). Una de las preocupaciones del jurista es el fenómeno eminentemente moderno de una separación definitiva y fundamental entre ordenación y asentamiento, que daría lugar al nihilismo. La propia emergencia de la figura de la utopía en la época moderna, en cuanto desanclaje del suelo realmente

existente, atestigua aquella posibilidad en la lectura de Schmitt. El momento en que Inglaterra da su giro hacia el elemento marítimo es de hecho un momento clave para el des-asentamiento de la técnica moderna, el marco en el que surge la palabra utopía como desanclaje del suelo. Pero la existencia técnico-industrial, propia del siglo XIX emergerá como un tercer momento que viene a desplazar también la existencia marítima.

Si el *nomos* es, originalmente, la forma inmediata en la que se hace visible, en cuanto al espacio, la ordenación política y social de un pueblo; un devenir donde se separe la categoría de la estructura espacial de una ordenación concreta es una tragedia que Schmitt avizora. Precisamente, su diagnóstico gira en torno a marcar cómo el positivismo fomentó que la ley se convierta en una disposición de obediencia forzosa desanclada de toda medida. La esperanza schmittiana, una vez más, está puesta en la faz histórica de la cuestión: mientras la historia se encuentre abierta y en movimiento, no estará concluida. Mientras los pueblos y los hombres tengan futuro, habrá un nuevo *nomos*. Pero no toda toma de tierra implica un *nomos* si ella no alcanza una ordenación.

La universalización, desde 1900 en adelante, del derecho internacional venía a cristalizar ese fuerte desanclaje espacial que Schmitt temía: el sistema de equilibrio europeo que había garantizado la acotación de la guerra no pudo ser transferido hacia un sistema de equilibrio mundial que abarque todo el globo terrestre. El concierto de las potencias europeas fue sustituido por la emergencia de los imperialismos, hasta que con la Primera Guerra Mundial Europa fue destronada como centro de la tierra, la guerra dejó de verse limitada y las potencias dejaron de estar ligadas por una ordenación del espacio. Sin crear un nuevo orden mundial, solo se produjeron redistribuciones del suelo europeo y se eliminaron las potencias europeas que habían sido los antiguos pilares del orden. El imperialismo, iniciado a principios del siglo XX, se había radicalizado hacia 1939 en el caso de la doctrina Monroe, como pudimos observar anteriormente. Por otra parte, la llegada de nuevos medios técnicos de guerra, incluida la aviación y el submarino, ofre-

cieron muestras de la caducidad del derecho de gentes que había podido acotar la guerra terrestre. La lógica del botín y la presa, originaria de la guerra marítima, se trasladó rápidamente hacia la tierra firme. Particularmente, la guerra aérea no distinguía ni se ceñía a las operaciones puramente terrestres o marítimas, trascendiendo incluso el derecho de presa y de botín.

Para sintetizar esta reposición, podemos decir que Schmitt se dedicó a narrar cómo el avance de los medios de destrucción, particularmente con el desarrollo de las armas de largo alcance, abrió la puerta a la discriminación moral y jurídica del enemigo, de un modo tal que de la guerra se trasladaba a la acción policial contra los alteradores de la paz. Inclusive, Schmitt se cuestionaba si la operación no resultaba en alguna medida inversa, de modo que el desarrollo de unos medios tales de destrucción precisen de una guerra de tipo tal que justifique su utilización. La esperanza de Schmitt por estos años parecía ser la de encontrar nuevas líneas de amistad que, como anteriormente había sucedido en la historia, pudieran acotar la enemistad y la guerra de manera tal de evitar esta amenaza de nihilismo.

3. La pregunta por un nuevo *nomos*

Una vez establecida la mutua correspondencia entre la estatalidad y un orden interestatal a su medida, basado en el acotamiento de la guerra y la enemistad, pudimos ver cómo ese conjunto comenzaba a tambalear y Schmitt orientó su reflexión hacia las nuevas perspectivas abiertas por la tecnificación.

Ya en 1953, con la escritura de *Nehmen, Teilen, Weiden* (2005), Schmitt apuntaba las consecuencias de una técnica que prometía una producción ilimitada, de tal manera que para el socialismo, tanto como para el liberalismo, la liberación de las fuerzas productivas eventualmente podría generar una ampliación tal de la producción que la apropiación no necesitara avanzar y el reparto no se volviera en sí mismo un problema, debido a la abundancia. En ese sentido, Schmitt retornaba a la pregunta por la unidad del mundo,

para cuestionarse respecto de si quedaría algo por *tomar* o solo repartir, distribuir y producir en la época.

En 1958, el jurista escribe el *Diálogo sobre los nuevos espacios* (2020e) y retoma con ello la cuestión espacial en relación al poder en medio de la Guerra Fría: entre las hazañas de cosmistas rusos y astronautas estadounidenses, rodeados de masas que se vanagloriaban del progreso técnico y científico, Schmitt reafirma, a través del personaje de *Altmann*, que el hombre permanece como un hijo de la tierra, en una actitud sobria y prudente ante las expectativas utópicas de automatización y abundancia. En medio de tales expectativas, lo que se pone en juego es el lugar de lo humano. En ese marco, ante la tensión entre Este y Oeste, Schmitt sólo veía una distinción de grados respecto de la tecnificación.

Allí su argumento confluye con el de su escrito de 1955 titulado "La tensión planetaria entre Oriente y Occidente y la oposición entre tierra y mar" (Schmitt, 1955): si el Estado, como el *Ius Publicum Europaeum* y la propia oposición entre tierra y mar habían sido respuestas eminentemente históricas al desafío concreto de su época, resultaba necesario ahora encontrar el desafío de aquél presente en el que Schmitt escribía. Según el jurista, no se trataría, como podría parecer ante los impulsos de una técnica desenfrenada, de irrumpir y conquistar los nuevos espacios infinitos del cosmos. Porque aquella sería la reedición de una respuesta a un llamado viejo, que fue el de los océanos abriéndose. El camino de una edición aumentada del descubrimiento de América es, o bien una trampa o, cuanto menos, una necesidad artificial que la moderna técnica engendra, como tantas otras, sin cesar. Desde ese lugar, Schmitt arriesgaba que el *challenge* histórico no provenía desde más allá de la estratósfera, sino que se encontraba precisamente aquí abajo en nuestro planeta, con una técnica que, según entendía, cerraba antes que abrir nuevos espacios. Ya en 1958 admitió de manera frontal que ese desafío histórico concreto radicaba en corroborar hasta dónde puede llegar el dominio y la conquista del humano sobre sí mismo, de tal manera que se reafirmaba el rechazo de la carrera espacial estipulado algunos años antes. Por el

contrario, el espacio parecía plegarse hacia adentro, inclusive hasta las profundidades del mar, antes que hacia afuera, apuntando al cosmos.

Lo interesante es que ese freno de mano ante las previsiones futuras tiene que ver justamente con la perspectiva histórica que nunca abandona Schmitt: es el personaje del historiador, *Altmann*, quien dialogando con el norteamericano *Macfuture* y el físico-químico *Neumeyer*, evita elaborar cualquier pronóstico en la medida en que, a partir de la singularidad de lo histórico, ello le resulta lógicamente imposible. Solo alcanza a reafirmar, como al comienzo de la conversación, el carácter terrestre del hombre. Pero esa aseveración tiene también un revés para el humanismo, pues se dice, adicionalmente, que el hombre permanecerá siendo hombre mientras sea terrestre.

Hacia 1962, el interés de Schmitt parece trasladarse nuevamente hacia la reflexión alrededor del caos que significaba para un orden del mundo la abstracción espacial que proponían las ficciones normativistas. A la ya mentada cuestión de la conquista del cosmos, se añade aquí una reflexión sobre los límites políticos de las tendencias anti-colonialistas, que no producen por sí mismas y más allá de sus críticas a la organización vigente, una idea de orden. De la mano de lo anterior, el texto aborda también el novedoso fenómeno de una organización del mundo en torno a sus grados de desarrollo industrial. Sobre esto último, Schmitt señala las contradicciones entre anti-colonialismo y ayuda al desarrollo de parte de los países industrializados.

El jurista también añade precisiones sobre tópicos ya previamente abordados en su obra: respecto de la conquista del cosmos, Schmitt la vincula de manera directa, como un reflejo, al dominio de la tierra. Afirma que solamente quien domine la tierra puede dominar el cosmos, del mismo modo que cada paso en la conquista del cosmos es un paso para la dominación de la tierra por parte de quien la efectúe. Por otro lado, Schmitt analiza cómo los cambios en la guerra dictaminan también un nuevo estilo para los grandes espacios: la guerra deja de ser un teatro diagramable en planos, el

espacio abandona las dos dimensiones y debe pensarse de manera volumétrica. La guerra se distingue entre una pequeña proporción de guerra caliente y una mucho mayor de guerra fría, que se produce en estos espacios multidimensionales de la economía y la cultura.

Algo del orden actual del mundo en 1962 se jugaba para Schmitt en la determinación de quiénes recibían y brindaban ayuda al desarrollo: más allá de que se presentase como un espacio de competencia apolítica, puramente comercial e industrial, atestigua una intensa y maligna enemistad enmarcada en una guerra fría (Schmitt, 2020f, p. 170)[10].

La esperanza de Schmitt es encontrar, desde los grandes espacios, una medida de organización y planificación humanas ante el desarrollo técnico-industrial, sin perder la fidelidad a nosotros mismos ni sacrificar la individualidad humana al ídolo de una tierra tecnificada. Es decir, dominar el desarrollo técnico sometiéndolo al orden concreto que se relacione a cada cultura, idioma, herencia nacional, raza y religión.

Con la publicación de *La revolución legal mundial*, Schmitt (2020a) vuelve a detenerse en el vaciamiento del normativismo jurídico. A su vez, retoma la cuestión del progreso industrial para pensar que determina una noción propia de espacio. De manera que asistía a una época de tomas de industria, ya no de tierra ni mar: solo la posesión de un gran espacio industrial podría permitir la toma del universo. Pero aquella toma se destacaría por una agresividad intensificada y una mayor capacidad de destrucción de los medios de poder empleados. Por ello, la posibilidad de una toma de industria planetaria dictaminaría el fin de la política universal para convertirse en policía, algo que Schmitt ve con grandes dudas que suceda. De hecho, el jurista afirma que los intentos de espacios supraestatales de desarrollo industrial no condujeron a la unidad del mundo, sino a los tres grandes espacios conducidos por

10 Schmitt señala que, en ese marco, la neutralidad sirve para que un campeón del anticolonialismo como la India reciba ayuda al desarrollo de parte de Rusia, Inglaterra y Alemania al mismo tiempo.

EE.UU., Rusia y China. Ello porque "la nueva técnica no solo sirve a la centralización, sino también a la resistencia contra ella", del mismo modo que la organización para la paz en el mundo "no solo sirve a la unidad, sino también al *statu quo* de sus múltiples estados soberanos" (p. 186).

4. ¿Nuevo elemento, nuevo espacio, nuevo *nomos*?

Luego de esta casi cronológica reposición de las reflexiones schmittianas sobre el devenir del *nomos* y su reverso estatal, corresponde intentar avanzar desde allí hacia un análisis que recupere transformaciones técnicas más recientes, que el propio Schmitt no llegó a atestiguar.

Sabemos, por ejemplo, que, de acuerdo con lo mencionado más arriba, la oposición descrita en 1942 entre tierra y mar era una eminentemente histórica, que no tenía por qué perdurar en el tiempo, sino que más bien respondía a un desafío histórico concreto. Tal es así que Schmitt incluyó explícitamente en sus escritos la posibilidad de que el aire se agregue como tercera dimensión de guerra. Sin embargo, de lo que se trataría es de constatar cuál es el desafío propio de esta que es ahora nuestra época, y la respuesta a su medida.

En ese sentido, aunque ya nos sean familiares las iniciativas privadas de destacados y acaudalados magnates económicos para viajar al espacio, pudimos observar que Schmitt discutió en varias oportunidades la idea de que a la técnica desencadenada corresponda una irrupción en nuevos espacios infinitos del cosmos, pues ello sería la continuación y perpetuación de una respuesta vieja, aquella ofrecida al llamado de los océanos abriéndose. Precisamente, habría que distinguir entre los impulsos y necesidades artificiales que la moderna técnica engendra sin cesar, y un verdadero *challenge* histórico. Schmitt arriesga una posición: el desafío no provendría desde la estratósfera, sino que estaría precisamente aquí abajo.

Si queremos avanzar en nuestro diagnóstico, deberíamos estabilizar también una posición respecto a la existencia de un *nomos* en nuestra contemporaneidad. Si, como ensaya Montserrat Herrero

(2007), entendemos el *nomos* como algo constitutivo de la sociabilidad humana o su condición, no habría vida humana sin apropiación, partición y producción. La autora considera que es posible leer la teoría política de Schmitt, en su conjunto de acuerdo con la categoría de *nomos*, desarrollada en su última etapa de vida. Los conceptos de orden, espacio y *nomos* serían correlativos en su pensamiento, de manera tal que con el último condensa los otros dos. El *nomos* aparece en la teoría de Schmitt, según Herrero, como el fundamento del derecho, no buscado en una construcción racional ni en la naturaleza, sino en la historia.

En cierto modo, nuestra incógnita surge, precisamente, en la medida en que la característica terrestre del *nomos*, tanto como la idea del ser humano como un ser terrestre, se podrían haber alterado y modificado a lo largo del tiempo con la tecnificación. Frente a ello, Montserrat Herrero comprende que quepa, tal vez, pensar en su mayor amplitud las categorías de apropiación (*nehmen*), partición o distribución (*teilen*) y apacentamiento (*weiden*):

> que la vida del hombre, personal y en comunidad, esté constituida en relación con el espacio, no quiere decir que esté determinada por la realidad física, ya que está sólo condicionada por ella. Para entender la tesis de Schmitt hay que tomar en cuenta la idea de que el espacio es análogo: hay también un espacio cultural, espiritual, político, etc. Así, por ejemplo, amar que es la actividad práctica más alta del espíritu es un cierto nehmen o la cultura, es un cierto weiden (Montserrat Herrero, 2007, p. 421).

Si así fuera, podríamos decir, entonces, que no dejará nunca de haber un *nomos* para la existencia humana y que, por nuestro carácter profundamente histórico, debemos encontrar el *nomos* que responde al *challenge* actual.

Desde aquí, parados sobre estas intrigas, sostenemos nuestra empresa de recuperar esas inquietudes schmittianas alrededor de las metamorfosis posibles del Estado, la soberanía y el *nomos* en el marco de nuestro mundo globalizado, marcado por la disrupción técnica digital y su acentuada virtualidad pretendidamente inmaterial e inmediata. Creemos que es posible continuar esta estela de

pensamiento complementando el corpus teórico schmittiano con algunas reflexiones contemporáneas.

Desde que Schmitt ya no pudo proveernos respuestas teóricas por su desaparición física, han sido varios los intentos por recuperar la pregunta por el *nomos* en el tiempo actual. Hace ya unos veinte años fueron algunos los teóricos que, como Jameson, Beasley-Murray o Levinson, ensayaron reflexiones alrededor de la actualidad del *nomos*: Jameson (2005) concibió la categoría como un equivalente schmittiano a la idea marxista de modo de producción o la de *episteme* foucaultiana, en cuanto intenta nombrar una estructura de totalidad que ha adoptado varias formas históricas concretas. Pero lo más interesante es que, ya en 2005, Jameson avizoraba que el nuevo elemento al que prestar atención, antes que el aire, podría ser la emergencia del ciberespacio. Beasley-Murray (2005), por su parte, se detuvo en el análisis schmittiano de la figura del pirata, como uno que, proviniendo del elemento acuoso, se infiltra en la civilización terrestre, sin distinguirse por completo de la soberanía estatal como su otro. De hecho, imaginó la reversibilidad de ese proceso, a partir de la cual, el propio Estado podría volverse pirata para apropiarse de modos heterodoxos de conflicto, con intervenciones tales como las que proponen las fuerzas especiales de seguridad desde el 2001. En ese sentido, la figura del pirata sostiene la misma ambivalencia que aquella del partisano. Levinson (2005), por último, volvió a los fundamentos y la función de la noción schmittiana de *nomos*, en cuanto acotamiento de la guerra y del enemigo, para mostrar por qué el mercado global y el liberalismo, aunque totalmente extendidos, no pueden constituir un orden y funcionar como *nomos*, sino que representan más bien una instancia cercana al nihilismo. La sospecha de que el mundo pueda carecer de un *nomos* ya la había enunciado el propio Schmitt, como marca Levinson. Pero este último depositó la posibilidad de romper con la ausencia de orden precisamente en el lenguaje que, con su capacidad de nombrar, habilite nuevamente la apropiación y una medida interna de justicia. No abandonaremos por completo estos aportes, pero nos trasladamos un poco más cerca en el

tiempo para reseñar muy brevemente algunas otras visiones teóricas que retomaron la pregunta por el *nomos,* aunque más no sea de manera adyacente.

Giacomo Marramao (2006) retomó las inquietudes schmittianas por el orden internacional al postular la globalización[11] como el pasaje de la modernidad-nacional, basada en un principio de territorialidad, hacia la modernidad-global, dominada por el principio de globalidad o *glocalización*.

No se trataría allí de un traspaso del testimonio, como si de una carrera de postas se tratase, sino de un panorama en el cual ambos esquemas conviven de manera conflictiva. Así, la globalización sería el resultado de dos fenómenos: primero, una disminución de la eficacia de la soberanía territorial de los Estados-nación, frente a la cual emergen entidades híbridas (nacionales o globales) y, en segundo lugar, de la posibilidad técnico-cultural de la producción global de lo local.

En una línea similar, Wendy Brown (2015) exploró, en una época en la que se han intensificado los poderes transnacionales y la conectividad global, la proliferación contemporánea de muros fronterizos no como un signo de reafirmación de la soberanía estatal, sino como un indicio de su debilitamiento frente a las fuerzas transnacionales de la globalización.

En un plano no muy ajeno, aunque guiado por la reflexión sobre los nuevos desafíos a la estatalidad en el marco de los avances técnicos de la guerra, Grégoire Chamayou (2016) describe cómo la innovación técnica del dron altera el concepto mismo del combate, prolonga y radicaliza la acción a distancia: como artefacto no tripulado utilizado para el combate, permite proyectar poder sin proyectar vulnerabilidad, transforma la batalla en una cacería y cambia la relación con el enemigo, puesto que deja de haber reciprocidad en la exposición a la violencia en el marco de la hostilidad. El soporte material y la conducta de la guerra se ven alterados, como así también el ethos militar, la relación con el enemigo

11 Un fenómeno que, a los efectos de estas consideraciones, contemplamos como un síntoma o al menos sucedáneo de la tecnificación moderna.

y el vínculo de cada Estado con sus propios sujetos (pues permite el combate sin arriesgar un cuerpo vulnerable en la batalla, con lo cual el Estado deja de poder disponer de la vida de las personas para la defensa en un conflicto bélico). Su diagnóstico apunta hacia un mundo que se mueve hacia la indistinción que permite "una analogía sin precedentes entre las esferas civil, policial y militar, por un lado, y las esferas de la información, por otro" (Mbembe, 2016, p. 60).

Podemos decir que muchos de estos diagnósticos replican algunos de los pronósticos schmittianos reseñados anteriormente: es muy difícil negar que la soberanía territorial clásica de los Estados se ve afectada por la globalización técnico-económica, o que la guerra avanza hacia formas cada vez más totales y menos acotadas, donde el enemigo es apuntado como un criminal que con justicia la humanidad debe querer erradicar, y no hay distinción entre civiles y combatientes. Para avanzar un poco más en nuestro diagnóstico, queremos recuperar aún dos reflexiones teóricas más, que pueden servir a nuestro propósito de sopesar la actualidad de la idea de *nomos* schmittiano.

Mientras Chamayou, Marramao y Brown estuvieron atentos a las transformaciones y dificultades para la soberanía estatal en su esquema clásico, Benjamin Bratton (2025) retomó los diagnósticos schmittianos y sostiene explícitamente que en este mundo globalizado, de sincronización temporal y conexión espacial, asistimos a una transformación de la cual deriva un nuevo *nomos*, pero se trataría de modificaciones que no tienen una dirección ni plan establecido: tal como el propio Schmitt anticipaba, hoy constatamos que la disrupción digital alteró el *nomos* de la tierra, con transformaciones y límites para la soberanía y jurisdicción estatales, así como para la geografía política tradicional.

Tanto las funciones cardinales de los estados como los modelos espaciales y temporales de la política y lo público (Borovinsky, 2022, p. 139) se verían afectados por la existencia de lo que Bratton denomina *The Stack*: una megaestructura contingente de capas superpuestas que conecta la Tierra, lo humano y la técnica sin una

clara planificación, pero que impone una espacialidad y un *nomos* propio.

Las plataformas digitales y la nube no serían solamente arquitecturas técnicas sino también institucionales, que operan tanto al nivel horizontal de las jurisdicciones territoriales tradicionales, como en el vertical o transversal que constituye el meollo de la estatalidad moderna: en contraste con la geografía política moderna, que trazaba mapas horizontales, la geografía del *Stack* también apila espacios verticalmente, unos encima de otros. Aquí se relacionan, en las capas, hardware, software, recursos materiales y energéticos para la vida en general, territorios geográficos en su sentido tradicional, la biosfera, los usuarios —comprendiendo aquí no solo a los seres humanos sino también "a todo tipo de *bots*, sensores, actuadores, máquinas varias, animales y entes susceptibles de conectarse o ser conectados a las redes para emitir y recibir información" (Lama, 2018).

Si queremos retomar la pregunta schmittiana por el desanclaje respecto de la espacialidad en un mundo globalizado, vale señalar que, entre las capas descriptas por Bratton, se encuentra el nivel del *Address* o dirección, pues es tanto el plano donde se sitúan las cosas como el medio de comunicación entre ellas gracias a la computación ubicua a escala planetaria y al etiquetado de todo o *datificación* (Berti, 2025), a partir del cual todo es información o pasible de convertirse en ella. La capacidad de asignar direcciones resulta fundamental para una mirada geopolítica del asunto, porque reterritorializa —casi siempre sin una intervención sustancial del Estado— y vuelve posible la dimensión de la jurisdicción.

No se trata de que, en términos de soberanía, exista una megaestructura de gobernanza que sea operada por un responsable detrás del mostrador y que funcione, por ejemplo, como instrumento de las corporaciones monopólicas (que las hay, las hay) para sus proyectos político-tecnológicos, sino que *The Stack* aparece como tercera instancia, a veces en competencia, otras en sintonía, con Estados y mercados (Lama, 2018).

Ya no se trataría de pensar el Estado como una máquina, meditar sobre la máquina estatal ni hablar en general de tecnologías de gobierno, sino precisamente pensar un poco a la máquina como Estado, pues actualmente no solo gestiona y aplica las formas de soberanía existentes, sino que también las genera. Incluso los seres humanos aparecen descentrados en la perspectiva de Bratton, pues de lo que se trata es, en el marco del carácter diseñable de la geografía política en relación con la computación ubicua (Berti, 2025), de contemplar al mundo como información.

En último término de nuestro recorrido durante esta sección, queremos poner a dialogar el diagnóstico elaborado por Bratton con las premisas teóricas ensayadas por Flabián Nievas (2021): el autor propone, siguiendo también definiciones schmittianas, caracterizar cuatro revoluciones espaciales en la historia de la especie humana, siendo la última un acontecimiento que no ha terminado de desplegarse. A cada una de ellas le corresponde la estructuración de un *nomos* particular, con variaciones en el derecho y la guerra, pero también una práctica social que, a partir del solapamiento temporal entre la tercera y cuarta revolución espacial, aún no alcanza a desplegarse con claridad diferenciada para cada una de ellas.

Si la primera revolución indica el paso de un espacio acotado a la tierra firme y la segunda la ampliación hacia toda la superficie planetaria con las exploraciones ultramarinas; la tercera sucedió a inicios del siglo XX con la aviación y el submarinismo durante la Primera Guerra Mundial. Ella señala el pasaje de la bidimensionalidad (tierra y agua) hacia el desplazamiento volumétrico, como el propio Schmitt (1955, 2001c, 2005) ya había anticipado. Aquella transición a la tridimensionalidad desarticuló primero las regulaciones bidimensionales de la guerra, pero también, y con consecuencias más profundas, las propias capacidades estatales clásicas de poder, regulación y control en esa bidimensionalidad.

El problema es que esas novedades fueron contempladas como anomalías, por lo que no llegaron a constituirse ni un *nomos* ni un pensamiento geopolítico propios de esa nueva espacialidad: en el

caso de los Estados, lo único que se evidenció fue la prolongación hacia arriba de las fronteras bidimensionalmente diseñadas, siendo el "Tratado sobre los principios que deben regir las actividades de los Estados en la exploración y utilización del espacio ultraterrestre, incluso la Luna y otros cuerpos celestes", de 1967, la única excepción al respecto, explica Nievas (2021).

La última revolución espacial comenzó a fines del siglo pasado, pero aún no ha concluido: se trata del desarrollo del ciberespacio, que "indudablemente está generando un nuevo nomos" (Nievas, 2021, p. 408)[12]. Con el ciberespacio se añade una cuarta dimensión que, observada detenidamente, es en realidad la complejización y expansión hacia el interior del universo en que vivimos. Probablemente tenga su inicio con la globalización luego de la Guerra Fría (a partir de la conexión espacial y sincronización temporal que desde ella y hasta hoy se ha alcanzado en todo el globo) y su punto más evidente desde la ubicuidad de la mediación computacional.

Ese cambio tecnológico tiene tanto de producción como de impacto social: la previa desterritorialización globalizadora es también ahora y como reverso una reterritorialización tetradimensional: es decir, el desplazamiento de la tercera a la cuarta dimensión no se trata de una mera replicación clonada y trasladada, pues allí en la nueva dimensión, en particular en las redes sociales, "pueden variar las identidades de las personas, la actividad de las mismas, a la vez que la propia existencia de esta dimensión actúa sobre la cotidianeidad de la población" (Nievas, 2021, p. 411). El impacto sobre la forma política estatal es, además de notorio, ineludible para pensar lo político: atestiguamos a nivel global guerras *híbridas* que ya casi no involucran a fuerzas exclusivamente estatales sino ante todo paraestatales (Korybko, 2019; Nievas, 2021), las fronteras se militarizan al mismo tiempo y tanto como se ignoran y per-

12 Testimonio de ello es que muchas "Fuerzas Armadas crearon una cuarta rama, llamada "electrónica", cuya misión es desarrollar tareas ofensivas y defensivas en el ciberespacio" (Nievas, 2021, p. 418). Del mismo modo, la OTAN reconoció en 2016 al ciberespacio como un nuevo dominio de operaciones junto a la tierra, el mar, el aire y el espacio exterior (Berti, 2025).

foran (Bratton, 2025). Sin embargo, pretendidas novedades como la paradoja de la acción a distancia de la guerra *dronizada* marcada por Chamayou (2016) y recuperada anteriormente en este escrito, se desvanecen ante una consideración tetradimensional, pues ella propone la unidad espacial y por tanto fenomenológica de aquello que para el francés ocurre *a distancia* entre dos puntos.

5. Ensayar un diagnóstico: novedades sin *nomos*

Llegamos finalmente al momento de recuperar todos los insumos teóricos aquí vertidos y emplazar algunas preguntas propias para delinear un boceto de respuesta. Lo primero que debemos decir es que no resulta posible dar por concluida la estatalidad, aún en un tiempo tan extraño como el nuestro. El advenimiento de las dificultades intrínsecas a la maquinaria política estatal ya desde su nacimiento, luego con la totalización de la guerra y el enemigo, y por último ante una globalización desenfrenada permiten dar cuenta, como preveía Schmitt, de que ante la tecnificación desencadenada no hay que distraernos con las utopías de la conquista del cosmos, sino que el desafío está aquí abajo, entre nosotros. Entre una cierta inadecuación del diseño bidimensional de la forma política estatal, como propone Nievas (2021) y la disputa de las funciones tradicionalmente ejercidas por los Estados por parte de otras entidades no-estatales que diagnostica Bratton (2025), hay sin duda un desafío.

Mientras, en la estela de la tierra, el mar y el aire, parece emerger un nuevo elemento que con la toma humana implica una nueva imagen del espacio. Es decir, que funcione como un nuevo suelo o territorio de disputa para tomar, dividir y sobre el que producir. Pero esto no equivale a afirmar que hoy tengamos un nuevo *nomos* pues, como bien señalaba Schmitt, no toda toma de tierra implica un *nomos* si ella no alcanza una ordenación. En esa medida, disentimos tanto con quienes se atreven a anticipar la venida de un nuevo *nomos* (Sereni, 2021) como con quienes lo afirman existente aquí y ahora (Bratton, 2025).

Nos referimos a que, si es difícil negar que el ciberespacio, como apuntó un Jameson pionero en 2005, deviene nuevo elemento sobre el cual la toma y división para la producción parecen ofrecer algunos testimonios con la plataformización del capitalismo (Srnicek, 2018); resulta más difícil encontrar allí una medida de justicia, en tanto la guerra, actualmente irregular como ninguna antes, se produce precisamente sin descanso, sin acotamiento y sin distinciones en todos los planos (Berti, 2025; Nievas, 2021; Schmitt, 1966).

En efecto, podemos decir que la disputa se ha profundizado hacia adentro de nuestro planeta, hacia las profundidades del mar, pero también profundizando y plegando sobre sí mismos los elementos ya existentes: es decir, el elemento ciberespacial es tanto una superficie nueva como la creación e interacción sobre las superficies ya existentes. Pensemos por ejemplo en el etiquetado, la mensurabilidad y topografía digital que imprime la datificación sobre el mundo (Berti, 2025). Junto con cada sujeto y cada objeto emerge una profundidad mayor a la existente previamente, que podemos asociar con la datificación contemporánea del mundo, entendido operativamente bajo la estela de la información. Como en el ejemplo citado de la capa *Address* del esquema brattoniano, no se trata sencillamente de una deslocalización que implica la imposibilidad de un orden nómico por desanclaje con el espacio, como temía Schmitt, dado que las nuevas capas propuestas por el ciberespacio profundizan los elementos existentes, proveyendo también la perspectiva de contemplar el proceso como una acción de reterritorialización que abre nuevas jurisdicciones en disputa: el ciberespacio aporta un nuevo suelo que admite tomas, divisiones, apropiaciones, repartos y jurisdicciones.

Pero la nueva toma del nuevo elemento, que en efecto genera nuevos espacios y donde ocurre efectivamente la partición tanto como la producción, no ha sido capaz de proveer un orden de justicia, que acote la guerra y al enemigo. En ese sentido, nos mantenemos todavía en la estela de un problema que la Modernidad evidenció ya desde la Primera Guerra Mundial. De hecho, podríamos

decir, con Schmitt (1991a), que nos encontramos, todavía como en 1963, en una situación "tan confusa de forma y falta de forma, de guerra y paz" (p. 42) tanto dentro como fuera del ciberespacio, donde la unidad del mundo producto de la globalización técnico-económica no hace desaparecer el conflicto y, por supuesto, la política. La necesidad de centralización y homogeneidad técnica no disuelve la existencia de un pluriverso que resiste la centralización del poder[13].

En un momento en que grandes corporaciones ejercen un poder supraterritorial que excede a los estados en muchos aspectos (Crawford, 2022; Srnicek, 2018; Varoufakis, 2024; Zuboff, 2021), sería ingenuo pensar que baste con la reorganización y actualización de las capacidades estatales de un modo acorde al nuevo elemento, pues "el grado de integración e interdependencia que existe actualmente entre las diferentes regiones del mundo vuelve ilógico no dar cuenta de la globalidad, la mundialidad, la planetaridad en nuestras reflexiones sobre el futuro" (Alonso, 2025, p. 68). En ese sentido, vale recordar que la forma política Estado y la existencia de un *nomos* específico resultan conceptos concretos vinculados a una época histórica. Pero, como señala Montserrat Herrero (2007), ello no significa que los conceptos políticos de orden, soberanía o la misma distinción entre amigo y enemigo vayan a desaparecer, sino que podríamos imaginar que algunas de esas funciones podrían ser asumidas y reactualizadas también por actores no-estatales tanto como estatales en nuestro tiempo, en una estela similar al boceto de diagnóstico propuesto por Bratton (2025).

Quizás la soberanía comience a desplegarse en una escala transversal, y por eso paralela a la del Estado y el orden interestatal preexistente. Ese panorama, que hoy parece cristalizarse en la competencia contra los Estados donde las grandes plataformas y corporaciones tecnológicas tienen una capacidad normativa muy significativa, sin ofrecer a cambio ninguna dimensión de respon-

13 "Por ello, todo intento de homogeneización del espacio, tarde o temprano, acaba por romperse dado que no es más que una etiqueta política superpuesta" (Montserrat Herrero, 2007).

sabilidad política, no es en sí mismo más que la expresión posible de una dinámica contingente, que también podría ser de colaboración.

Sin embargo, más allá de quién ejerza el poder en la actualidad, hay que señalar que, mientras no encontremos una medida de justicia, no parece posible afirmar la existencia de un orden ni un *nomos*. En todo caso, mientras aquella situación no se consiga, nuestra aspiración y nuestra vivencia pueden atestiguar alguna noción de equilibrio entre grandes soberanos, en el marco de un pluriverso schmittiano.

En la medida en que esta carrera espacial entre corporaciones y plataformas, por un lado, y Estados, por el otro, profundice la ventaja de las primeras, o bien, en tanto que sean entidades no estatales emergentes las que disputen aquellas funciones que fueron tradicionalmente estatales, se pone en riesgo también la existencia de una razón pública que se sobreponga a los impulsos privados, tal como la que en la Modernidad supo encarnar con cierta eficacia el Estado. La existencia de una soberanía de plataformas puede significar la existencia de una normatividad efectiva sin una racionalidad que garantice la razón pública, la visibilidad y la representación que habilitan y habilitaron, canalizadas por la forma política estatal durante la Modernidad, la autonomía de lo político[14].

En ese sentido, cabe volver fugazmente a un texto que hemos pasado por alto en nuestra reposición, como es *Teoría del partisano* (1966). Nos detenemos allí para señalar la aparición de figuras partisanas sin uniforme claro que las identifique, dotadas de una máxima agilidad y de un compromiso político intenso, aunque no explícito, que sobrepasa la identidad nacional y adquiere un carácter privado. Figuras partisanas que disputan poder desde una marginalidad tal que "se escapa constantemente de las instituciones jurídicas" (Laleff Ilieff, 2011, p. 108). Es decir, si contempláramos una dimensión no personal ni anclada telúricamente de la figura

14 Tal como indica Montserrat Herrero (2007), el surgimiento del Estado en el siglo XVI se debió principalmente "a la lucha por el establecimiento de un nuevo orden en las tierras descubiertas" (p. 308).

del partisano, podríamos trasladarla a nuestra contemporaneidad para compararla con el estatus de una diversidad de plataformas tecnológicas cuyo elemento autóctono sea en alguna medida el ciberespacio: plataformas partisanas que ejercen una cierta normatividad y adquieren también legitimidad, disciernen entre amigos y enemigos —dictaminando eventualmente incluso el *ius belli*—, son escurridizas ante la normatividad del derecho y ponen en jaque la fórmula estatal de protección a cambio de obediencia, clásica de la soberanía moderna, a la que este partisanismo reacciona de forma defensiva.

No es esta una consideración tan descabellada, si recordamos que ya el propio Schmitt sostenía dudas sobre la posibilidad de que emerja un combatiente no-estatal que aumente técnicamente sus medios y su agilidad despegándose de su típico anclaje en la tierra y transnacionalizándose (Laleff Ilieff, 2011): "¿Quién podrá impedir que, de manera análoga, pero mucho más intensa, surjan nuevas especies insospechadas de enemistad que provoquen por su parte apariencias y formas inesperadas de un nuevo partisanismo?" (Schmitt, 1966, p. 130). Tal es así, que la última línea de ese escrito conecta directamente la cuestión del partisano con la de un nuevo *nomos* de la tierra: "La teoría del partisano desemboca en la noción de lo político, en la pregunta por el verdadero enemigo y en un nuevo Nomos de la tierra" (p. 130).

De resultas que, a modo de cierre, podemos ver cómo el problema del *nomos* evidencia una estrecha conexión con las innovaciones técnicas humanas desde el principio de nuestra historia. Quizás nos encontremos en el momento exacto en que un elemento nuevo, en este caso el ciberespacio, esté en proceso de engendrar una nueva imagen del espacio, y de ahí las acuciantes intrigas para nuestra reflexión. Si damos crédito a la idea de que no es posible "una comunidad de personas sin relación a cosas y a un espacio" (Montserrat Herrero, 2007, p. 64), hace falta que esa espacialidad

trascienda su mera materialidad hasta ser apropiada por un espíritu determinado[15].

A partir de su énfasis histórico en la singularidad de los acontecimientos, Schmitt (1991a) vio con especial dificultad la posibilidad de predecir "qué clase de política adquiere suficiente fuerza [*welche Art von Politik stark genug ist*] como para apoderarse de la nueva técnica, y cuáles son las verdaderas agrupaciones de amigo y enemigo que prenden sobre este nuevo suelo" (p. 121). Por el momento, parece que nos movemos sin un orden del cual emerja una medida de justicia, acotación de la guerra y del enemigo y, en línea con el diagnóstico schmittiano, la dimensión normativa del derecho parece limitada para abordar los nuevos desafíos. Ahí nuestro *challenge* y nuestra tarea política para el presente y el porvenir.

Referencias

Alonso, J. (2025). "Una geopolítica para el futuro". Revista Barda, 11, nro. 14.

Beasley-Murray, J. (2005). "The Common Enemy: Tyrants and Pirates". En *South Atlantic Quarterly*, vol. 104, issue 2, primavera (pp. 217-225). Duke University Press.

Berti, A. (2025). "Guerra ubicua. Computación ubicua". Revista Barda, 11, nro. 14.

Borovinsky, T. (2002). "Hacia un nuevo nomos de la Tierra para la pospandemia". En Amat, D., Burdman, J. y Martínez Olguín, J. J. (eds.), *La pandemia como acontecimiento político*. Prometeo.

Borovinsky, T. (2020). "Fragmentar el futuro Hacia una nueva relación humano / no humano". En Revista *Nueva Sociedad*, nún. 290, noviembre-diciembre, ISSN: 0251-3552.

Bratton, B. (2025). *The Stack. Soberanía y software*. Adriana Hidalgo editora.

Brown, W. (2015). *Estados amurallados, soberanía en declive*. Herder.

Chamayou, G. (2016). *Teoría del dron*. Futuro Anterior Ediciones.

15 En esa línea se inserta el diagnóstico de Sereni (2021) al respecto de una teología política basada en la cosmovisión de Silicon Valley.

Crawford, K. (2022). *Atlas de la inteligencia artificial*. Fondo de Cultura Económica.

Jameson, F. (2005). "Notes on the nomos". En *South Atlantic Quarterly*, vol. 104, issue 2, primavera (pp. 199-204). Duke University Press.

Korybko, A. (2019). *Guerras híbridas. Revoluciones de colores y guerra no convencional*. Batalla de ideas.

Laleff Ilieff, R. (2016). "Politización y despolitización en el pensamiento de Carl Schmitt". En *Ágora filosófica*, Pernambuco, a. 16, núm. 2, julio-diciembre, pp. 63-75.

Herrero, M. (2007). *El nomos y lo político: la filosofía política de Carl Schmitt*. EUNSA.

Laleff Ilieff, R. (2011). "Límites y potencialidades del partisano". En *Cuadernos de Marte. Revista latinoamericana de sociología de la guerra*, año 1, nro. 2, octubre.

Laleff Ilieff, R. (2020). *Lo político y la derrota*. Un contrapunto entre Antonio Gramsci y Carl Schmitt. Guillermo Escolar Editor.

Laleff Ilieff, R. (2022). *Poderes de la abyección. Política y ontología lacaniana I*. Miño y Dávila.

Lama, J. (2018). "The Stack de Benjamin Bratton, una reseña". Arquitectura Contable. https://arquitecturacontable.wordpress.com/2018/02/09/the-stack-bratton-resena/

Levinson, B. (2005). "The Coming Nomos; or, The Decline of Other Orders in Schmitt" En *South Atlantic Quarterly*, vol. 104, issue 2, primavera (pp. 205-215). Duke University Press.

Löwith, K. (2006). "El decisionismo ocasional de Carl Schmitt". En *Heidegger, pensador de un tiempo indigente. Sobre la posición de la filosofía en el siglo XX*. Fondo de Cultura Económica.

Manzullo, G. (2024). "Inquietudes en torno a la forma política estatal ante la tecnificación moderna. La mirada de Carl Schmitt durante el período de entreguerras". En *El banquete de los dioses, Revista de Filosofía y Teoría Política contemporáneas*, núm. 15, julio-diciembre. ISSN: 2346-9935.

Marramao, G. (2006). *Pasaje a Occidente: filosofía y globalización*. Katz Editores.

Mbembe, A. (2016). *Crítica de la razón negra. Ensayo sobre el racismo contemporáneo.* Futuro Anterior Ediciones.

Miguel, C. (2020). "Estudio preliminar: reflexiones sobre la territorialidad del derecho en Carl Schmitt". En *Territorio, orden concreto, gran espacio, nomos: estudios escogidos*. Ediciones Olejnik.

Nievas, F. (2021). "Hacia una nueva geopolítica. La cuarta revolución espacial". En *Cuadernos de Marte*, año 12, nro. 20.

Nosetto, L. (2017). "Giorgio Agamben, Carl Schmitt y la estructura bipolar de lo político." En *Revista Profanações*, vol. 4, pp. 81 – 107.

Nosetto, L. (2022). *Autoridad y poder. Arqueología del Estado*. Editorial Las cuarenta.

Ocaña, E. (1996). "Carl Schmitt: Topología de la técnica". En Daímon Revista Internacional de Filosofía (Murcia), núm. 13, julio-diciembre.

Saralegui, M. (2021). *The politics of time: introduction to Carl Schmitt's political thought*. Cantabria University Press.

Sereni, A. (2018). *La guerra por el valor supremo: el concepto de guerra justa en Carl Schmitt*. Prometeo.

Sereni, A. (2021). "Digital Nomos and the new world order: towards a theological critique of Silicon Valley". En *Tapuya: Latin American Science, Technology and Society,* vol. 4. https://doi.org/10.1080/25729861.2020.1843870

Schmitt, C. (1955). "La tensión planetaria entre Oriente y Occidente y la oposición entre tierra y mar". En *Revista de Estudios Políticos,* 12, nro. 81, mayo-junio (pp. 3-28).

Schmitt, C. (1966). *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*. Instituto de Estudios Políticos.

Schmitt, C. (1991a). "La era de las neutralizaciones y de las despolitizaciones". En *El concepto de lo político*. Alianza.

Schmitt, C. (1991b). "El concepto de lo político". En *El concepto de lo político*. Alianza.

Schmitt, C. (1995a). "Inter Pacem et Bellum Nihil Medium". En *Escritos de Política Mundial*. Ediciones Heracles.

Schmitt, C. (1995b). "La era de la política integral". En *Escritos de Política Mundial*. Ediciones Heracles.

Schmitt, C. (1995c). "El mar contra la tierra". En *Escritos de Política Mundial*. Ediciones Heracles.

Schmitt, C. (1995d). "La lucha por los grandes espacios y la ilusión norteamericana". En *Escritos de Política Mundial*. Ediciones Heracles.

Schmitt, C. (1998). "El Estado como concepto concreto vinculado a una época histórica". En *Veintiuno Revista de pensamiento y cultura*, nro. 39 (pp. 67-82), Fundación Cánovas del Castillo, Madrid.

Schmitt, C. (2001a). *"Enemigo total, guerra total, Estado total"*. En O. Aguilar, *Carl Schmitt, Teólogo de la política.* Fondo de Cultura Económica.

Schmitt, C. (2001b). "El nomos de la tierra". En O. Aguilar, *Carl Schmitt, Teólogo de la política.* Fondo de Cultura Económica.

Schmitt, C. (2001c). "Tierra y mar". En O. Aguilar, *Carl Schmitt, Teólogo de la política.* Fondo de Cultura Económica

Schmitt, C. (2001d). "Teología Política". En O. Aguilar, *Carl Schmitt, Teólogo de la política.* Fondo de Cultura Económica.

Schmitt, C. (2002). *El Leviathan en la Teoría del Estado de Tomás Hobbes*. Struhart.

Schmitt, C. (2005). "Nehmen, Teilen, Weiden". En *El nomos de la Tierra en el derecho de gentes del «Ius Publicum Europaeum»*. Struhart.

Schmitt, C. (2009a). Catolicismo romano y forma política. Areté Grupo Editor.

Schmitt, C. (2009b). „El defensor de la Constitución". *La polémica Schmitt / Kelsen sobre la justicia constitucional*. Tecnos.

Schmitt, C. (2011). *Teoría de la Constitución*. Alianza.

Schmitt, C. (2012). "Ética del Estado y Estado pluralista". En *Devs mortales*. Cuaderno de Filosofía Política, núm. 10, 2011-2012.

Schmitt, C. (2013). "La dictadura. Desde los comienzos del pensamiento moderno de la soberanía hasta la lucha de clases proletaria". En *Ensayos sobre la Dictadura 1916-1932*. Tecnos.

Schmitt, C. (2020a). "La revolución legal mundial". En *Territorio, orden concreto, gran espacio, nomos: estudios escogidos*. Ediciones Olejnik.

Schmitt, C. (2020b). "La unidad del mundo". En *Territorio, orden concreto, gran espacio, nomos: estudios escogidos*. Ediciones Olejnik.

Schmitt, C. (2020c). "El concepto de imperio en el derecho internacional". En *Territorio, orden concreto, gran espacio, nomos: estudios escogidos*. Ediciones Olejnik.

Schmitt, C. (2020d). "Cambio de estructura del derecho internacional". En *Territorio, orden concreto, gran espacio, nomos: estudios escogidos*. Ediciones Olejnik.

Schmitt, C. (2020e). "Diálogo sobre los nuevos espacios". En *Territorio, orden concreto, gran espacio, nomos: estudios escogidos*. Ediciones Olejnik.

Schmitt, C. (2020f). "El orden del mundo después de la segunda guerra mundial". En *Territorio, orden concreto, gran espacio, nomos: estudios escogidos*. Ediciones Olejnik.

Tomissen, P. (1998). *Schmittiana. Beiträge zu Leben und Werk Carl Schmitts*, *Band IV.* Duncker & Humblot (pp. 108-109).

Srnicek, Nick (2018). *Capitalismo de plataformas*. Caja Negra.

Varoufakis, Y. (2024). *Tecnofeudalismo: El sigiloso sucesor del capitalismo*. Ariel.

Zuboff, Shoshana (2021). *La era del capitalismo de vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Paidós.

CAPÍTULO 7

NEUTRAL POWER? ON CARL SCHMITT'S "GUARDIAN OF THE CONSTITUTION"

Geminello Preterossi[1]

ABSTRACT

In what sense is a power "neutral"? In general, the political nature of the third or neutral power differs from that of the parties. It is a symbolic, non-derivative political nature that postulates two distinct notions of representation: as a projection of interests and ideologies, and as a representation of identity. There is a monarchical imprint, which represents an essential legacy (albeit constitutionalised) in the overall history of the modern state. In the twentieth-century constitutional state, the question of neu-

1 Department of Legal Sciences, University of Salerno; Director of Studies, Italian Institute for Philosophical Studies, Naples, Italy.

tral power tends to be identified with that of the "guardian" of the Constitution. The nature of the neutrality of the custodial function is a problem that affects both constitutional justice and presidential power. This is the core of the well-known Kelsen–Schmitt dispute over the "guardian." Schmitt interprets the role and position of the Head of State in the republican constitution of the bourgeois state governed by the rule of law, offering one of his famous defining summaries: "this state President is the republican version of the monarch of the parliamentary monarchy." Schmitt developed his theory of presidential power as a neutral power in the context of the Weimar crisis. The "neutral state of experts and specialists" should not be confused with the "neutral power" recovered by Schmitt and charged with the political surplus value of maintaining order. Only neutrality supported by a political authority legitimised by popular sovereignty (as plebiscite) can be effective in containing indirect powers.

Keywords*:* neutral power; guardian of the Constitution; representation of identity; plebiscitary neutrality; Kelsen–Schmitt dispute

RESUMEN

¿En qué sentido es "neutral" un poder? En general, la naturaleza política del tercer poder o poder neutral difiere de la de los partidos. Se trata de una naturaleza política simbólica y no derivativa, que postula dos nociones distintas de representación: como proyección de intereses e ideologías y como representación de la identidad. Existe una impronta monárquica, que representa un legado esencial (aunque constitucionalizado) en la historia global del Estado moderno. En el Estado constitucional del siglo XX, la cuestión del poder neutral tiende a identificarse con la del "guardián" de la Constitución. La naturaleza de la neutralidad de la función de custodia es un problema que afecta tanto a la justicia constitucional como al poder presidencial. Este es el núcleo de la conocida

disputa Kelsen–Schmitt en torno al "guardián". Schmitt interpreta el papel y la posición del Jefe de Estado dentro de la constitución republicana del Estado burgués regido por el Estado de derecho, ofreciendo una de sus famosas síntesis definitorias: "este Presidente del Estado es la versión republicana del monarca de la monarquía parlamentaria". Schmitt desarrolló su teoría del poder presidencial como poder neutral en el contexto de la crisis de Weimar. El "Estado neutral de expertos y especialistas" no debe confundirse con el "poder neutral" recuperado por Schmitt y dotado del plusvalor político de mantener el orden. Solo una neutralidad sostenida por una autoridad política legitimada por la soberanía popular (como plebiscito) puede resultar eficaz para contener a los poderes indirectos.

Palabras clave*:* poder neutral; guardián de la Constitución; representación de la identidad; neutralidad plebiscitaria; disputa Kelsen–Schmitt.

1. The Meaning of Neutral Power: Guardian or Ruler?

In what sense is a power "neutral"? The answer is less straightforward than it might seem. In general, it can be said that "neutral powers" are those institutional powers that are non-partisan and perform a guarantee function. In other words, they are powers that are not governmental and do not have a "partisan" political agenda. However, the fact that they are not partisan, and therefore not partial or discretionary, does not mean that they do not perform functions that are political in a broad sense, or have political implications, and that they do not express their "own" agenda. Neutral powers *par excellence* are the Head of State (if he or she is not the head of the Executive and therefore has no direct governmental functions) and the judiciary (especially the constitutional courts). The constitutional courts were added to the continental constitutional structure, transplanted from the US experience, only in the

20th century (as is well known, the first was the Austrian Court, to whose construction Kelsen made an important contribution). European resistance to the "judge of laws" can be explained by the defence of the principle of the (political) primacy of the law, which is the basis of the legislative rule of law, and by mistrust of what appeared to be a form of "political" justice. However, after the Second World War, the lessons of Weimar led to the widespread adoption of a body to guarantee the supremacy of the constitution, which could help defuse disruptive institutional conflicts and curb the excessive power of majorities. Subsequently, starting in the 1980s and 1990s, with the neoliberal turn and economic globalisation, the model of American *authorities* (independent institutions, or supposedly so, neither state nor private, regulating the market and competition, communications, guaranteeing privacy, etc.) was adopted in a truly widespread manner. These joined the traditional "technical" institutions of the administrative state. The search for a constraint external to politics led to a significant enhancement and expansion of this sphere of technical neutrality. Neoliberal states and the European Union fed on this ideology.

In this essay, I will analyze the meaning and institutional position of "neutral power" in Schmitt, situating it within the conceptual history of the modern European-continental state. I will demonstrate how Schmitt's concept of neutral power is political, not technocratic. To highlight this aspect, Schmitt draws on the legacy of the constitutional monarchy: the third but active power of the head of state is a refined remnant of that legacy. The immediate legitimacy derived from the direct election of the President allows him to draw upon a plebiscitary-charismatic reserve, which ensures a political surplus that, while not "sovereign," certainly expresses a political-symbolic excess capable of transcending particularisms. However, this function of politically safeguarding stability and national unity is ambivalent, because it can be used both for the neo-authoritarian neutralization of social conflict and to advance geopolitical interests and the primacy of popular politics against the technocratic claims of indirect financial powers.

The issue of neutral power has by no means lost its relevance today, which shows that it is not merely a relic to be overcome. It is indeed a remnant, but one that has been reworked and secularized. An eloquent remnant that belongs as much to tradition as it does to the novelty of mass regimes. An ancient, primordial *novum* that points to a persistent and inescapable issue even in contemporary pluralist political systems. Neutral power, therefore, not as a factor of technical depoliticization, but as a politically active third party (albeit non-partisan—indeed, legitimate precisely because it is non-partisan). It is clear even from these few remarks why this has something to do with the legacy of the monarchical tradition and with the various forms of charismatic power and the personalization of politics, albeit in an urbanized and institutionalized version (a notable example from the second half of the 20th century was Gaullism).

Let us now focus on the most political of the neutral powers—that of the President of the Republic—as it is structured in 20th-century pluralist legal systems and theorized by the most authoritative European-continental legal doctrine. The context is the transition from the "single-class" liberal state to the "multi-class" democratic state. This formulation was used by Massimo Severo Giannini, one of the leading figures in Italian and European administrative law, who served as Lelio Basso's assistant in the Constituent Assembly and witnessed this fundamental political and social transformation unfold before his eyes with the adoption of the 1948 Constitution. But the underlying theme was already very much present in the Weimar debate and also in the reflections of other great Italian jurists, including Santi Romano, and even more explicitly, Costantino Mortati. The terms "multi-class" and "single-class" refer, in fact, to the social and political foundation of the legal system, which changes under mass regimes. Thus, the focus is on the material constitution of the order, not merely its formal configuration. After all, Rudolf Gneist, one of the most prominent German jurists of the nineteenth century and a theorist of the *Rechtsstaat*, argued that the *Rechtsstaat* was based on the classes

of "property" and "culture," and could presuppose a homogeneous society to the extent that it was shaped by a rigid criterion of exclusion, which effectively kept those classes lacking property and culture—because they were poor and uneducated—out of the public sphere. That is, the entire world of workers and peasants. It is when these vast masses emerge and enter political life that the social question arises and, above all, the need to integrate them into the state, moving beyond its purely "liberal" configuration. It can be argued that the entire 20th-century "European civil war" revolved around this conflict, its destabilizing impact, and the necessary political and institutional innovations that the emergence of the masses entails.

Against this backdrop of profound constitutional transformations, the President of the Republic, called upon to perform the role of Head of State in republican regimes, can be understood as an urbanized "remnant" of the monarchical principle, interpreted in constitutional terms. On the one hand, the President is subject to a demand for symbolic "representation" that certainly does not disappear with the transition from monarchical to popular sovereignty. It is no coincidence that he is usually explicitly assigned the task of "representing" national unity, i.e. giving it visibility, which implies protecting it by ensuring constant liaison between the powers of the state and between citizens and institutions. In short, in a representative democracy, the President of the Republic, or Head of State, is the neutral power *par excellence*, as *the political guardian* of the constitution. This custodial function undoubtedly has a guarantee aspect. But it does not end there. Above all, the presidential guarantee cannot be interpreted in a quasi-judicial or notarial sense.

This neutral power is third-party and neutralizing. It has a political profile, in the state (and constitutional) sense, but is not partisan. The good of unity is the guiding star, even if, with the transition from a single-class state to a multi-class state, that unity is not only articulated internally but also open to regulated conflict, because it is a unity-result, not a unity-presupposition, which

must arise from below from the greatest possible openness to the various social components, even if they are minorities. From this point of view, the unity of the European constitutional state, based on the teachings of Weimar, in order to ensure an integration of the masses that is neither passive nor authoritarian, is competitive and does not fear conflict between the parties, if they share a common internal bond, i.e. a political-constitutional pact that implies a sense of their own history and mutual loyalty beyond the conflict of interests. It can be argued that the President of the Republic, as the political guardian of the constitution, rests on this core of historical-axiological impartiality (in this sense, he "represents the nation"). As long as things function physiologically, this function is less conspicuous. Whenever pluralism produces disintegration, monist demands re-emerge (which can never be completely expunged, on pain of losing the "centre" of the system), in a self-protective function of order.

Traditionally, in the doctrine of the liberal monarchical state, based on the paradigm of the state-person (i.e. a personified artifice, a public *fictitious person*), there was widespread distrust of the "parties," dating back to the original matrix of modern sovereignty, which is polemical towards "indirect" powers, whether religious or secular. This mistrust in Germany is reflected in Weimar doctrine (at least of a conservative nature), which also considers a new constitution, the first "long" and "programmatic" one, which establishes the effective enlargement of the popular base of the state within the framework of a social democracy. In this context, it is clear that conservative interpretations of Weimar are not only traditional persistences, but also a way of neutralizing the innovations of the Republic, bringing them back into the fold of the bourgeois constitutional state. In liberal Italy, mistrust of the parties (especially political parties and trade unions) conditions the interpretation of social pluralism in an elitist sense and inspires the obsession with a "return to the Statute" (Albertine) against anti-system pressures, which explains the willingness of ultra-conservative circles around the Crown to use fascism as a disciplinary and restorative force,

deluding themselves that they can control it. Net of the class assumptions and ideological leanings of certain ultra-conservative legal positions, it must be said that the general question of the relationship between national interest and fractional interests, impartiality and parties, and the need to provide for political, not just legal, protection of the core of constitutional statehood, also arises in the context of the multi-class state, and is not merely reactionary waste.

In general, it is reasonable to recognize that the political nature of the third/neutral power is different from that of the parties and also from the power that derives its legitimacy from them. It is a symbolic, non-derivative political nature that postulates two different notions of representation: as a projection of interests and ideologies, and as a representation of identity. The second meaning combines the two principles that constitute modern political unity (identity and representation), acting as a bulwark against the powerful disruptive forces inherent in the pluralization of society, which find in the first meaning of representation an institutional vehicle that can be both an outlet for social pluralism and a destabilizing factor. Representation in the first sense inevitably collides with representation in the second sense, which implies a certain degree of monism (even if set in a pluralistic context), is by definition attuned to the general interest (or at least qualifies as such), and cannot fail to identify with the top institutions of state continuity, which remain stable in their tasks (while parties change their minds). This complex and crucial socio-institutional knot fueled the recurring anti-parliamentary controversy throughout the 20th century, not only of an authoritarian nature, but also fueled by a discourse of "democratic" legitimacy and the need to seek a different political outlet when parliament is blocked.

There is a monarchical imprint, which represents an essential legacy (albeit constitutionalized), in the overall history of the modern state. It is no coincidence that throughout the 19th century, constitutional monarchy was the form of state within which the balance of power was structured and the functions of the three

powers were specialized: a long institutional duration, which would be called into question by mass politics. In the 20th-century constitutional state, the question of neutral power tends to be identified with that of the "guardian" of the Constitution, which may indeed be judicial, but since it deals with eminently political matters, it ends up requiring a body that is political in its own way, albeit elevated to a level of "guaranteed" impartiality (and this also happens when it is a judicial panel, with the risk of politicizing its judicial function, albeit indirectly). Therefore, the nature of the neutrality of the custodial function is a problem that affects both constitutional justice and presidential power.

This is the *core* of the well-known Kelsen–Schmitt dispute over the "guardian" (Beaud, 2015; Beaud & Pasquino, 2007; de Miguel Bárcena & Tajadura Tejada, 2019; Dotti, 2008; Grimm, 2020). And this is why Schmitt's thorny question (is it not the case that an explicitly political and monocratic body can better guarantee effective impartiality and decision-making, especially in difficult cases?), although it carries obvious risks, cannot be easily dismissed. The discretion of a single decision-maker can lead to arbitrariness, which is not conducive to constitutional balance. On the other hand, it is by no means certain that a panel of legal experts, which does seem to offer greater guarantees of reasoned mediation, can absolutely ensure a neutrality that is impossible in practice, and perhaps not even useful when certain issues need to be resolved, and above all lead to timely and decisive decisions on problems that are eminently political and substantive in nature, rather than legal and formal. For Kelsen, Schmitt adapts the doctrine of the neutral power of the monarch to the head of the republican state in order to mask the conflict of interests. He may be partly right about this. Even if there is a history, rooted in *Staatslehre*, that expresses actual institutional reasons and needs underlying the search for a third power. Despite all the specific differences, we can trace this back to Hegel (who identified a political and speculative necessity in the presence at the top of the state of a fixed point that could not be affected by arbitrary and contingent interests, per-

sonified because only in this way could it embody the continuity of the state and its personality); and then to Lorenz von Stein, who, following in Hegel's footsteps, theorized a "third" role for the monarchy between the bourgeoisie and the people and a function of social integration for the constitutional monarchy. Are we so sure that we can easily renounce this third-party role, albeit seriously and critically considered, and that any reference to the general interest should be dismissed as ideological? Are we not in danger of delegitimizing the state and modern law *tout court*? And are we able to bear this price, even if only from the point of view of the minimum stability that the legal system requires?

In short, we need to take into account this complex genealogy of neutral power, aware of the fact that aspects of Weber's other forms of power (traditional and charismatic) persist and re-emerge in the modernization brought about by legal-rational power. The risk, in the Kelsenian approach, is that by demystifying everything, we demystify demystification itself (the critical awareness of the complexity of institutional constructions and their historical and conceptual depth) and are left with nothing but an empty procedural form, self-referential and deprived of its semantic and axiological roots. It is no coincidence that Kelsen does not understand, and refuses to accept, the symbolic level of political concepts. This applies not only to state sovereignty, but also to popular sovereignty, greatly relativizing the modern democratic promise: this is clear, for example, in the misunderstanding of the collective dimension of the general will, which expresses the added value of the body politic and the sense of loyalty that binds citizens to it and to each other, far beyond a purely contractual relationship of a private nature. It is no coincidence that the secret of modern contractualism –evident in the authorization of Hobbesian sovereign representation– lies in the generation of a transcendent collective, albeit in a political-secular sense, starting from an immanent individualistic matrix. The fact that this collective involves ambivalences, contradictions and even pitfalls in the sense of absolute (revolutionary and/or plebiscitary) politics cannot lead to its liberal

liquidation, which not only reintroduces the exclusion of the popular matrix, but also ignores the symbolic need (the remnant of the sacred that cannot be expunged) that constantly reappears even in post-traditional systems. It is illusory to attribute this burden to an incomplete secularization that must be taken to extremes, because it is intrinsic to the mechanism of secularization itself.

2. Schmitt's Theory of Neutral Power

Schmitt elaborates his theory of "neutral power"—already outlined in *Constitutional Theory*, albeit more briefly than in *The Guardian of the Constitution*—not only to address a constitutional issue of general importance, which remains unresolved and, not surprisingly, periodically resurfaces, but also, as often happens in his doctrinal theories, with a view to strategic "use," i.e., to take a controversial position in the concrete context. He does so, as is well known, and it is a revealing doctrinal irony, by referring to the work of a classic of nineteenth-century liberalism: Benjamin Constant. It is no coincidence that Schmitt includes his first articulated reflection on neutral power within his discussion of rationalistic explanations of the monarchy. The rational element, of functional efficiency, of the hereditary nature intrinsic to the monarchical institution lies in the removal of the "highest place in the state" from political struggle, which is thus deprived of "its worst extreme" (Schmitt, 2008, p. 312). Schmitt, expressly quoting Max Weber, emphasizes the mitigating and rationalizing effect that this a priori guarantee ensures, showing how in the party state the position of the monarch, who by his nature is "above the parties," acquires considerable importance: he becomes precisely a *pouvoir neutre*, "a construction typical of the *Rechtsstaat* liberalism of the parliamentary monarchy" (Schmitt, 2008, p. 312); a historical example can be found in the bourgeois reign of Louis Philippe. In the wake of these considerations, Schmitt arrives at the prospect of neutral power in the context of the 20th-century democratic state, which proves equally useful in the transition from monarchy to re-

public: "the entire current of thought of a neutral authority is also of direct interest for the establishment of the position of a republican state president." From the monarchical function as an "invisible tempering and moderating force," presidential neutral power also inherits the fact that its role cannot be fully codified: "The role of the *pouvoir neutre* or *modérateur* naturally eludes a formal, constitutional definition" (Schmitt, 2008, p. 312).

The distinction between state and society in Germany was justified by the existence of the constitutional monarchy as the "highest and strongest power" (which it was until 1918). It owed this peculiar position precisely to the fact that it was "a third power that was nothing but neutral," which avoided overlap between state and society and allowed the latter to govern it while respecting its private autonomy. The distinction between reigning and governing, exercising a third power (neutral but active in the name of the general interest) and implementing a discretionary political agenda (expressing a coalition of partisan interests) in Schmitt's perspective is equivalent to, or at least close to, the distinction between *auctoritas* and *potestas*: its urbanized remnant manifests itself in modernity in the dialectic of the autonomization of civil society and the superordination of statehood over it. This is a dynamic that Hegel was the first to highlight, conceptualizing it on a speculative level and articulating its political and institutional implications in order to guarantee the political surplus value of the state, linked to its institutionalized sovereignty. To Seydel's pointed objection (what remains of reigning if we take away governing?), Schmitt responds by emphasizing that, in addition to the specific powers attributed to him, the Head of State "represents the continuity and permanence of state unity" (Schmitt, 2015, p. 155). The translations from *The Guardian of the Constitution* used in this essay are the author's; a partial English translation, edited and translated by Lars Vinx, appears in Schmitt (2015, pp. 79–173). By virtue of this symbolic top role, which has precise implications in terms of trust and respect *above the parties*, the President "must have a special kind of authority, which belongs to the life of every state as much as the

power and authority of daily active command" (Schmitt, 2015, p. 155). But this then means that the distinction between *auctoritas* and *potestas*, typical of Roman law, does not disappear, and that a dualism persists in modern legitimate power. Constant, with his theory of *pouvoir neutre*, "kept alive an ancient wisdom, rooted in the tradition of the Roman state structure" (Schmitt, 2015, p. 156). Neutral power is, already in Constant, a "preserving power."

It is with this historical and institutional background and its conceptual legacy in mind that Schmitt interprets the role and position of the Head of State in the republican constitution of the bourgeois state governed by the rule of law, offering one of his famous defining summaries: "this state President is the republican version of the monarch of the parliamentary monarchy" (Schmitt, 2008, p. 316). Therefore, by symmetry, we could understand him as a "monarchized" President. In short, the monarchical residue is not a legacy to be eliminated, but the conceptual imprint of a process of institutional transformation, which produces the "analogues" it needs in order to stand. The Weimar Constitution adopted this system, introducing "elements of a presidential system alongside those of a purely parliamentary system" (Schmitt, 2008, p. 316). The Weimar experience ended tragically, but many learned from its lessons. For example, the Italian Constituent Assembly learned from those lessons; Mortati (2019) wrote a quick but effective summary of the Weimar Constitution for this purpose. So did, albeit perhaps more indirectly, De Gaulle when it came to emerging from the disaster in Algeria and outlining a new political order for France, which would give it the stability that the parliamentary system of the Fourth Republic had been unable to guarantee: the General introduced a sort of elective monarch who combined the functions of representing the nation, providing general political guidance to the executive (in foreign and defense policy, even if cohabiting with a prime minister of a different political orientation), safeguarding the country's geopolitical role and preserving the memory of its *grandeur*.

The anchorage to the monarchical tradition, albeit highly urbanized and transferred to another context, allows for the release of a minimal deposit of Weberian "charisma," precisely because of the potentially plebiscitary character implicit in all monocratic and personal power. This character is paradoxically enhanced by the elective nature of presidential power, by its direct link with the people, resulting from the renunciation of monarchical power, which by definition is the established power of tradition, ensuring the permanence and stability of the system. The mythical-divine element of royalty, with its remote origins, is replaced by the symbolic, hypermodern plebiscitary element. It is true that both are rooted in the people, as the living flesh of the body politic, and that they find a sort of mirror in it, but for the monarch, legitimacy comes from above and is therefore unavailable, lasting by definition, while for elective powers, legitimacy comes from below and is much more exposed to the vagaries of popular passions. In any case, for a type of plebiscitary power, the anchorage to the people, the reference to the direct link with the body politic, which reactivates the popular theological-political side inherent in the image (fundamental to European public law semantics) of the "double body of the king" (Kantorowicz, 2016) is in some way inherent in things. This reactivation is certainly more intense if the election is direct, but in the contemporary technocratic climate it has also become linked to symbolic figures who acquire added value, a republican reserve function, which accredits them as neutral and authoritative because they are above the fray of political conflict.

Reflecting on the presidential function in *Constitutional Theory*, Schmitt does not limit himself to noting monarchical continuities and analogous functions, but highlights a significant new element, namely the fact that suggestions linked to the immediacy of popular sovereignty are also active in the configuration of that role. A source of legitimacy, therefore, that is almost opposite, at least *prima facie*, to that of the monarchy. Of course, we are familiar with Hobbes' famous, lapidary statement that "the king is the people," in light of his theory of authorization, as well as the intimate

theological-political relationship between the body politic of the unified people and the physical-symbolic body of the sovereign, between the continuity of royalty and the continuity of the people. But the fact remains that the monarchy is the highest form of representation within the established powers, which is achievable precisely because it is a power that has an intimate connection with the popular base of the kingdom, with the nation, but embodies a legitimacy that is opposite to that of popular sovereignty. Through the plebiscitary nature of presidential elections, on the other hand, "ideas of a direct democracy" are activated and incorporated into the system (Schmitt, 2008, p. 369). This involves being able to produce, when necessary, "a direct union of voting citizens against parliament": representative assemblies, insofar as they reflect the divisions in society, cannot successfully introduce a moment of unification, except under certain conditions, i.e. when things are working on a political and economic level. When this is not possible, i.e. in times of crisis, a corrective measure is needed, another pillar that not only acts as a counterweight but also takes on the burden of re-presenting the demand for unity to the people, deciding on its behalf.

In Schmitt's interpretation of the presidential role, the priority is not the counter-majoritarian function (in the name of constitutional principles): certainly a "political" function too, but one that is guaranteeing, i.e. aimed at ensuring a certain degree of depoliticization in the name of institutionalized politics in the state, a lowering of internal tension that allows the politicization of social formations and their divisive projection to be neutralized. Schmitt, on the other hand, identifies the cornerstone of the President's role precisely in his majority legitimacy, i.e. in direct election. It is a question of playing a "role that becomes everything," i.e. assumed as everything (which is only possible by linking it to a personal monocratic instance), against the "roles" represented in parliament. The difference is that in the first case the representative is monistic, in the second plural: furthermore, presidential representation, although legitimized by one part (albeit the majority) of

the people, has a vocation for general representation (even of those who have not legitimized it with their vote), i.e. to symbolically embody the nation as a whole, in the interests of unity, not division (perhaps ambiguously, but this does not detract from the fact that this appeal works, that it is performative). After the (divisive) election, which is now behind us, the role creates a sort of aura.

It is clear that the only official, declared presidential "ideology" can be a "national" one, a unifying one, or at least one that is capable of presenting itself as such, offering a shared added value, or one that is difficult to oppose. Meanwhile, social groups that become ideological factions replicate the logic of religious civil wars, undermining the stability of the system. In cases where the substrate of homogeneity of the system is fragile or contested, the stability of the system is in question, but the loyalist appeal to a sort of minimal unity can be played as a political card with a peculiar added value. A minimum that can actually be a maximum, because it is precisely the absence of explicit references to factional loyalties and further ideological content that immunizes it from the spirit of controversy that has undermined (but also inaugurated) modernity since its inception, ensuring a position of impartiality linked to the institution of the state as such, or at least the possibility of presenting it as such.

The *appeal to the people* (Schmitt, 2008, p. 370) unifies: this is Schmitt's wager, which moreover takes up, and obviously uses *pro domo sua*, the persistent imprint of the original Hobbesian genesis of modern statehood: even in Hobbes, unity is not already given, but must be produced, and what unifies is not already a political whole, but a power – if you like, a political particularity – authorized (i.e. recognized) to "transcend" the parts. This dialectic, which we could define as "hegemonic," marks the political semantics of the modern order, from Hobbes to Laclau, via Schmitt, Mortati and Gramsci (albeit with all the obvious differences). The people embody a sort of third party of last resort with regard to conflicts between parliament and government. The President, a politically active third party, has "direct connection" (Schmitt,

2008, p. 370) with the people and with their totality/impartiality, which is not neutrality as indifference, but the long-term collective good, constant opposition to particularism and factions (as in the polemical tautology of Rousseau's general will). The relationship is one of trust, not of mandate (inevitably linked to partisan interests). And his election is intrinsically different from others because it retains a surplus value that expresses a deep bond with the people, the ultimate source of legitimacy, replacing the divine legitimacy transferred to the monarchical principle (which in this solemn popular investiture—equivalent to "a marvelous acclamation" (Schmitt, 2008, p. 370)—can harbour passions of identification which, if not cooled, harbour irrational pitfalls, is quite evident). Now, anyone who plays such a role cannot be considered "non-political." Taken to its extreme, this reasoning identifies the President as a "monarchical remnant," a political leader who is at least potentially placed in an inevitable "dualism" with the head of government and the parliamentary majority, a polarity that is a harbinger of "dangerous political conflicts" (Schmitt, 2008, p. 370). Schmitt's position on this point is clear in *Constitutional Theory*: if the President is instead a *pouvoir neutre*, he is an arbiter who does not decide, but brings the parties together. The interesting thing is that, in *The Guardian of the Constitution*, Schmitt took up this analysis again, but astutely recovered the notion of neutral power not in the key of an arbitrator who does not decide, but to politicize it as the ultimate decision-making authority in critical situations. He does so by identifying in the doctrine of neutral power the legal cover for a role of *political* guardianship of the constitution, as opposed to constitutional justice, which, on the one hand, maintains the guaranteeing, objective element and, on the other hand, enhances the political nature of the foundation of presidential power: "By making the Reich President the central point of a plebiscitary system as well as of party-neutral functions and institutions, the current Reich constitution seeks to derive from the democratic principle a counterweight to the pluralism of social and economic power groups and to defend the unity of the people as a political

whole" (Schmitt, 2016, p. 159). Thus, as political guardian, especially in emergencies, the President effectively assumes the role of "political leader," prevailing even over the *Reich* Chancellor and political-parliamentary forces.

My thesis is that Schmitt's guardian can probably be understood as an urbanized remnant of the "higher third" (Schmitt, 2015, p. 150) which removes conflicts between powers from above. Or at least as a sign/symptom of the unresolved nature of the question of (ultimate) authority in the constitutional state, and how it is destined to recur. Of course, that third political power of last resort is by its nature "sovereign," while, as Schmitt himself is keen to emphasize, the function of constitutional guardianship (even if its political nature is correctly understood) is different: it must moderate the other powers and promote their harmonization by placing itself on the same level as them. This does not mean that it is not necessary to take decisions and exercise political action (not "partisan," or at least not appearing as such), but everything takes place on an "institutional" political level, which is more compositional than impositive. On the one hand, therefore, the guardian is (correctly) distinguished from the sovereign. On the other hand, however, just as with the distinction between emergency and exception, what appears clear in theory becomes more slippery in its application.

With his theory of the guardian, Schmitt attempts to preserve an element of verticality, but one that is strongly institutionalized, inserted in a context of horizontal cooperation between powers, offering a measured decision, capable of taking into account mediation and compromise without being overwhelmed by them, and promoting their habitat. Since, in certain respects, the function of constitutional guardianship appears to be a reflection, albeit a shadowy one, of that third power that resolves conflicts (i.e., the "sovereign" power of last resort, but with a lesser degree of political intensity), this is the decisive reason why its function cannot be attributed to a judicial body, which by its nature does not have the political capacity to perform those delicate tasks, which go far be-

yond the resolution of a court case, the sanctioning of a violation, etc. In some ways, the guardian participates in sovereignty, even though he does not possess it (but no power can claim it exclusively in a constitutional state), as he must deal with resolving conflicts between powers that are political in nature. The guardian of the constitution as a "neutral power" is a secularization of the constitutional secularization of the sovereign decision-maker (which already took place in the nineteenth-century monarchy).

What is the relationship between the decision on the state of exception (qualifying sovereignty and the genesis of order) and constitutional guardianship? Let us not forget that it is Schmitt himself who creates the connection, linking political guardianship of the constitution and Article 48 on emergency powers, as if the latter were a prime *example* of that function of guardianship and therefore of its true nature. In short, is the guardian an urbanized "sovereign of the exception"? Does establishing this connection, effectively legitimizing it, not expose us to the risk that the guardian, in order to "guarantee" the constitutional order, will become its sovereign, suspending it? We therefore have a singular Schmittian sequence: the emergency under Article 48 becomes *an exemplum* of the founding exception, just as the political guardian of the constitution, resorting to the emergency that slides towards the exception to guarantee the legal system, goes beyond the dimension of guardianship (even in its political connotation) to venture into the realm of sovereignty as the management of the exception (within which much, if not everything, can happen).

The institutional question of neutral power must be framed within the more general theme of modernity as an "era of neutralization and depoliticization," to which Schmitt devoted an important lecture, appended to the 1932 edition of *Begriff des Politischen*. The notion of neutrality is related to that of "political," as an energy source that can produce division and civil war, but which is also the matrix of constituent power and, if channeled into effective subjectivity, of order itself. In order to "shape" the political, it is necessary to contain it in some way without dispersing its pro-

ductivity. This explains the link with the function of neutralization, which establishes neutral ground, but in order to do so cannot be entirely neutral. The "centre of reference" of neutrality is not neutral. Modernity is marked by a succession of political-metaphysical phases, which replicate the theological-political scheme in secularized forms, in which division and pacification alternate, under the banner of a conflictual energetic core, which is disruptive and must therefore be neutralized. Once neutrality has been re-parameterized, its terrain (which always has content, it is never merely procedural) becomes the prerequisite, the undisputed common basis of order (until it is shaken from within by a resurgent spirit of division). In order to be effective, neutralization needs a non-neutralized remainder. This theoretical knot, which harbours a paradox, is the root of the ambiguity, but also of the functional necessity, of neutral powers, characterized by a peculiar "political nature," which is not controversial but institutional. Neutralization must neutralize, but not completely, and above all not itself, not the resources that feed the channeling of ordering political energy. The third party is neutral, but not in a jurisdictional or merely technical sense, but in a political sense. This active third-party role can be interpreted both in the sense of direct political neutralization of the parties in conflict and in the sense of a lighter version of this function, as a moderating power. There is certainly an arbitral element, as a guaranteeing judiciary, in this moderating role, but also a *surplus* that pertains to the dimension of political discretion. The neutral power that Schmitt has in mind safeguards the political and institutional substance of a legal system; it does not claim to shield it definitively from politics (understood as sovereignty, or legitimacy, spatiality, conflicting interests). It is certainly a neutral power of internal constraint, not the guarantor of the introjection of constraints foreign to the national community and its institutions. Beyond the fact that such complete immunization from politics cannot work, because it postulates the expunging of conflict and power from the horizon of human experience, i.e. an immanence without history, it is also harmful because it comes at too

high a price in terms of obsession with control, political paranoia and the loss of a conscious relationship with one's own constraints of belonging. Neutral power in Schmitt's reinterpretation is a possible *katechon* against total neutralization.

3. A Political Guardian Against Depoliticization

Schmitt developed his theory of presidential power as a neutral power in the context of the Weimar crisis, and it must be contextualized within that crisis. Insofar as Weimar is a kind of laboratory and a textbook case, it becomes paradigmatic of a series of structural issues that periodically resurface in mass regimes. To address that systemic crisis, Schmitt proposed a neo-authoritarian twist on the Weimar constitution that would protect its socio-economic and ideal core (from his point of view), radicalizing its political element in a national-plebiscitary and emergency-oriented sense. Constitutional duplicity (liberal guarantees and popular identity) became almost a resource for rebuilding unity against the polycratic pressures of partisan interests and loyalties. This was a precise option of legal policy proposed in *The Guardian of the Constitution* and developed in reflections on the "qualitative total state," as opposed to the "quantitative" one. Schmitt identifies here the need to transcend the pervasive confusion of every sphere of social and political life (public-private, political-economic, state-society), which immanentistic-materialistic totalization entails, thanks to a revalued, political-spiritual totalization capable of reintroducing an element of symbolic transcendence within socio-techno-economic immanence, giving rise to a qualitative total state (Schmitt, 2014).

The relevant point is that this excess of the symbolic can only be linked to remnants of tradition (the German people as a unified whole, despite internal divisions, including class divisions; the identity of the cheering people, a legacy of the ancient Germanic forests). The fact that these may be simulacra does not detract from their performative nature. It is no coincidence that Schmitt's "presidential" solution, which sacrifices Weimar in the name of

Weimar, although disproved and "superseded" by Hitler's rise to power, continued to exert a significant underground influence, inspiring strategies to protect the social order from above through forms of "tutelary" democracy. That is, regimes that provide for elections, but with controllable outcomes, and above all that inhibit the immediate projection of social and ideological conflict onto the representative plane, sterilizing its political impact. Incidentally, this goal of disciplining society was very dear to the ordoliberals (Malatesta, 2025) and continues to inspire the technocratic conceptions of European oligarchies. The tools are (in part) different from those of Schmitt, and the political and cultural inspiration is radically different, but it is remarkable to note how both a certain technocratic liberalism and neo-authoritarian conceptions of politics converge on the neutralization of the economy, distributive conflict and "class" affiliations. These tendencies profoundly marked the twentieth century and are re-emerging with the crisis of neoliberalism. Hermann Heller coined the term "authoritarian liberalism" in 1933 (Heller, 1992, pp. 643–653); Wolfgang Streeck (2015) later revived it in his critique of European Union policies.

However, some clarifications are necessary: it is true that Schmitt's well-known lecture "A Strong State and a Healthy Economy" (*Starker Staat und gesunde Wirtschaft*), delivered in 1932 at the annual conference of the *Verein für Socialpolitik*, marked a tactical convergence with the Ordoliberals. They share the common goal of neutralizing social conflict to ensure stability through a commitment to property-based order; however, for the Ordoliberals, this "fundamental decision" (conceptually analogous to the one theorized by Schmitt) would be the last truly political decision, to be followed by technical regulations designed to protect the market and shield it from external interference (whether democratic or labor-oriented). That is, a decision for the definitive depoliticization of society. For Schmitt, on the contrary, it is not only theoretically unfounded but also practically deleterious to believe that one can make a decision that precludes the possibility of future decisions. Conflict, the exception, and constituent power can-

not be sealed off once and for all. If one attempts to eradicate the "political" from the face of the Earth by altering its *nomos*, the result will be an exponential and unstoppable escalation of conflict (the failure of globalist ideology, with the upheavals it is causing, has fully confirmed this Schmittian prophecy).

In general, from a social perspective, it is true that in "authoritarian liberalism" (both the Weimar version and the current one), disruptive forces are not truly overcome, recomposed or resolved, but rather eliminated according to the logic of "as if": that is, acting as if they did not exist, or as if a different point of view were enough to diminish their significance, changing people's experiences. Pluralism is not integrated, but if necessary compressed with an appeal to unity, understood not as a procedural reality but as a coercive symbolic factor—a sort of Lacanian "empty signifier" in a *katechontic* version (Laclau, 2005)—capable of generating by itself what it cannot presuppose (the monism of order). Of course, it would be a mistake to underestimate the appeal *to ethnos*, to national and popular traditions, as if these were nothing, as if they did not count. But it is clear that what we are dealing with here is a political-polemical use of them, not a process of historical-cultural valorization of a complex common heritage, understood in its plurality, nor even the definition of a new multi-class equilibrium.

Instead of this integrative path to hegemony, Schmitt proposes neutral power in a plebiscitary guise as a powerful factor in reducing complexity: in this sense, he is fully consistent with a fundamental tendency in modern political thought to remove, simplify and strip down. It is clear that the neutrality of neutral powers is exposed here to a risky tension. The short circuits between total and neutral, full and empty, excess and reduction are, on the one hand, characteristic of the ambivalences and inversions that constitute modern political conceptuality and, on the other, an internal pitfall. It is always appropriate to emphasize that "totality of political unity" (Schmitt, 2016, pp. 157–159) means not totalitarianism, pervasiveness of domination, but symbolic excess, political surplus value of the reasons for being together compared to those

of internal opposition. In other words, the fact that there are no "existential reserves" (Schmitt, 2016, pp. 157–159) on constitutional loyalty and that internal constraints prevail over other kinds of loyalty, as well as, of course, over external interests. Moreover, Schmitt places that reference to "totality" in close relation to that of "constitutional unity" (Schmitt, 2016, p. 159), which is an asset to be preserved even in a democratic-pluralist context, it being understood that, obviously, its concrete configuration depends on how it is interpreted. This is said for reasons of conceptual clarity and to avoid simplistic trivialities that trivialize philosophical, legal and historical issues in a logic of moralistic tribalization, which understands nothing but judges everything.

The connection between politically active neutral power and the issue of political symbols, as well as the problem of the urbanization of charisma, is crucial. For this reason, the topic can be linked (albeit only partially and with a series of clarifications) to Laclau's populism, even though it does not mobilize an antagonistic social boundary but, on the contrary, seeks to neutralize the spirit of internal factionalism. Caution is necessary, however, because to do so, it must delineate a broader, decisive boundary: that between the national interest of the people as a unified whole and their internal and external enemies. This dynamic can be likened to Laclau's populism—especially in its Peronist version—which emphasizes the contrast between authentically popular demands (which constitute the true soul of the nation) and anti-national oligarchic interests. It is clear that for Laclau, conflict—the definition of an antagonistic threshold—is crucial, whereas for Schmitt, neutral power serves to give it form. But regardless of whether they prioritize conflict or order, both aim to give expression to the "political," recognizing it and framing it within a dynamic that is as much one of division as it is of unification. Schmitt, as the "guardian," does this through an urbanized version of the sovereign who pacifies in the name of the nation's superior unity; that is, through a linguistic-performative operation of self-identification of the (German) people and a "patriotic-polemical" transcendence

of what divides them. Laclau draws upon the "political" through a rhetorical-symbolic revitalization of social conflict that cannot be horizontal, fragmented, but requires a vertical relationship with a "signifier" that is (functionally) empty—though not entirely so—because it must, based on its intrinsic power of attraction and symbolic surplus value, engage questions scattered throughout society that are in need of emotional cohesion.

As is often the case, Schmitt's argument—setting aside his idiosyncrasies and the questionable, even provocative, ideological assumptions that shape it (as they do everyone else's, for that matter)—also performs a revealing, critical-deconstructive function here: it makes explicit the unspoken aspects of neutrality (and modern political-legal universals in general), their use, and the opacity that characterizes the exercise of power of last resort (but also custodial powers in general), even in spite of their deployed institutional urbanization. The neutral power that serves to stem the risks of absolute politics (but also of the forms of surreptitious totalization that occur in pluralized mass societies) differs from the neo-sovereignty of a "total" regime in terms of quality and intensity. However, for this barrier to be successful, it needs to take on a degree of politicality, and this entails the risk of a shift of neutral power towards the total-qualitative. Meanwhile, neutral jurisdictional and guaranteeing powers undergo a post-liberal twist of their own if they merge with the indirect, non-political powers of finance and technology, market ideology and conformist, anarchic hyper-individualism, becoming entirely functional to the logic of the quantitative totalization of the state. Their rhetorical-moralistic legitimization does not save them from this potential drift. In some respects, the neoliberal hybrid represents a chapter in this process of quantitative totalization.

Schmitt contests the concept of the "economic state" (Schmitt, 2015, pp. 131–134). The very notion of "economic constitution," discussed in the Weimar laboratory, originally in a socialist context (think of Sinzheimer), and then taken up by the ordoliberals in an opposite, liberal key, is ambiguous and problematic for Schmitt.

Of course, there is always a socio-economic model, provided for by the material constitutional structure of the state, but its matrix is political (decision-making), not intrinsic to the economy, which is not in itself ordogenetic: there is no constitutional nature, in the sense of "constitutive," of the economy. Even ordoliberals know that the competitive model must be constructed artificially, but they believe that if the conditions are created for the virtuosity of competition to unfold, this will generate a balanced, stable form of social life, indeed that it is the only possibility of avoiding the totalizing drifts of mass regimes. Schmitt, on the other hand, who also shares the defense of the proprietary order, knows full well that there is no immanent horizontal order, the result of a system of needs brought to the efficiency of (marginalist) price equilibrium, thanks to a system of rules guaranteeing the market and constant competitive pedagogy. Ordoliberals essentially institutionalize and legalize marginalist economics, i.e. they cover it with a network of rules capable of promoting and protecting it, attributing to it an ethical and communal added value. For Schmitt, on the other hand, there are no "natural," "*oikonomic*" anthropological constants, but rather "political" constraints that expose us to unpredictability and risk-taking. The human condition is both plastic and defective, exposed to disorder and in need of form; rather than a given essence on which to rely, it derives a mobilizing energy from which it is impossible to deduce anything except the need to face its challenges. Order must be constructed, desired, and responds to an anthropological-political challenge precisely because it is not inscribed in human nature: it is always *political-katechontic*, therefore discretionary, not socio-communitarian, as the ordoliberals believed, once a definitive decision has been taken that frees the play of interests from the unpredictability of conflict, functionalizing the state and law to the economic order.

The idea that the economic order is technically guaranteeable and stable is illusory and counterproductive. In fact, Schmitt emphasizes that the contradictory obscurity of technocratic neutralizations works against their own objectives (Schmitt, 2016, pp.

103–109). It is not through technology that genuine political neutralization is achieved; on the contrary, the proliferation of technical agencies can promote the process of dissolving the political substance of the state. The "polycracy of public economy," combined with the "pluralistic system," would even foreshadow for Schmitt a return to the "feudal state" (Schmitt, 2016, pp. 91–94) or to a pre-modern and, in some respects, pre-state condition. Schmitt attributes to the state a political-rational logic (Hobbesian and then Hegelian) that does not lend itself to excessive opacity and confusion, except at the price of its deformation and a consequent ever-increasing loss of effectiveness. The doctrine of the modern state is based on a conceptual radicalism that legal science has not always understood. That logic has indeed made the transformations of statehood possible, but it also constitutes an original imprint that cannot be distorted. For this reason, the key word "political unity" indicates, in Schmitt's perspective, one of those typical genealogical concepts that can be adapted but not subverted or removed.

The "neutral state of experts and specialists" (Schmitt, 2016, p. 103) should not therefore be confused with the "neutral power" recovered by Schmitt and charged with the political surplus value of maintaining order. After all, the neutrality of technicians and experts is an illusion. It may be useful in certain circumstances, but it is not a political solution. This is also because the slogan of neutrality is ambiguous: either it is apolitical, or it is a form of politics by other means, which claims to deactivate politics as such. There is a difference between the neutrality invoked by those who oppose the invasion of state institutions by society and the compromises to the detriment of the public interest that the fragile coalitions of the party state ensure, and that of those who claim to use it as an alternative to political decision-making (Schmitt, 2016, p. 109). The former is comparable to the third position that removes the state from the grip of society and its fractional interests, while the latter is a form of denial of politics, understood as the exercise of direct and responsible power. The neutralization of corporate interests

that paralyze decision-making must be linked to an explicitly political-institutional entity: this leads to Schmitt's political valorization of neutral power as an option to save what can be saved by reintroducing an element of institutional "transcendence" in a context such as that of mass regimes, of de facto quantitative totalization, or of collusive confusion between public and private, political and economic, state and social. Politically significant neutrality cannot be considered a mere corollary of expert knowledge (whose usefulness is limited to specific, not general, problems). Neutrality as the primacy of pacified state unity is always the result of visible political neutralization. In the context of democratic legitimization, this can only be ensured by the presence of a symbolic reference point that, in relation to popular sovereignty, inevitably ends up representing the continuity of the people-nation. It is almost inevitable that a charismatic-plebiscitary residue will be attached to it.

The state based on the neutrality of technicians (of which the current epistocracy claimed by globalist oligarchies is the shadowy version; see Brennan, 2016) in Schmitt's vision will never be able, on its own, to stem the forces of quantitative totalization as a whole. Only neutrality supported by a political authority legitimized by plebiscite can be effective in containing indirect powers. Neutrality is not produced or brought about by itself; it must be based on a principle of political order, but one that, unlike party or corporate politics, is the bearer of a monistic instance. Quantitative totalization is disruptive precisely because it is not openly political, but social. Schmitt's bet on a possible "qualitative" curvature of totalization rests entirely on the identification of a core of unifying political energy in immanence and on the possibility of linking it to a third, superordinate institutional locus. In this sense, the plebiscitary political valorization of the neutral power of the *Reich* President can be understood as a possible, perhaps the most urbanized, version of a qualitative total state. Let us remember that in the post-war period Schmitt argued that Nazism was not at all a qualitative total state, i.e. it did not correspond at all to the hypothesis that he had put forward in the final phase of Weimar

as a way out of the crisis of the Republic. Net of the usual attitude aimed at downplaying his own *engagement* with the regime, Schmitt emphasizes a point that is objectively well-founded and also present in other analytical approaches of opposite ideological orientation: Nazism was not the revival of the surplus value of state authority, but its replacement with that of the movement totally identified with the Leader; moreover, it was more *Behemoth* than *Leviathan*, as Franz Neumann (2009) argued. In some ways, Schmitt's theses on neutral power are still in line with the classic distinction between state and society and the "third" function of the German constitutional monarchy, attempting a recovery and relaunch that, in the new democratic-republican context, can only be on a plebiscitary and emergency basis. It is as if he were trying to reproduce, or feign, in a profoundly changed context, a *new* distinction between state and society at a time when they are intertwined. This follows a theoretical pattern that is quite typical of Schmitt's approach: after establishing the end of a particular conceptual constellation of the modern state tradition, he attempts to revive it in new forms, even at the cost of radicalizing it by transferring it to another context.

The claim of neutrality can be as much a function of a new policy capable of neutralizing as it is of a shift of power from politics to technology (this confirms how the link between neutrality and neutralization is central to modernity, and at the same time highly ambivalent). In both cases, although so different, it is mass politics, which draws its origins from below, that is the problem, and the claim to react to it by keeping the state separate from the parties that make up its material constitution is the solution. Except that in the first case, the state expresses an autonomous, self-referential political nature, while in the second, it puts decision-making at the service of the market. The path most consistent with democracy taken seriously – a complex but not impossible path – implies that it is above all techno-capitalism that must be curbed (which necessarily requires an autonomous and solid political function), but also that the state must change its nature, at least in part, drawing

its legitimacy from the people and becoming the context for its articulation and formation.

From the perspective of the Weimar Schmitt (but he does not seem to have changed his mind much after the Second World War), however, even the promotion of pluralism cannot avoid totalization and therefore does not constitute a real alternative to the "total," because it merely "parcelises" it and makes each part a totality (Schmitt, 2016, p. 84). Evidently, what Schmitt defines as "quantitative totalization" is, in his view, a fundamental, structural tendency of mass capitalist society. The mutual reinforcement of the economy, public institutions and technology is not reducible to a political formula, nor does it depend solely on it, but expresses a change in the material constitution. Today, after the long phase of neoliberal functionalization of the state to the global capital market, we are witnessing, at least in the West, the results of this regressive utopia (as anti-political as it is ideological, as irenic as it is violent), i.e. the backlash of the failure of globalist fundamentalism. But at the same time, we are also witnessing a further acceleration, driven by AI technology, that is, a veritable privatization of power, which does not make the state and its apparatus, primarily security and military, disappear, but merges them with technological and financial powers in an interpenetration that represents a further chapter of totalization, which, not surprisingly, is leading to such a twist in institutional forms as to raise the question of a veritable post-constitutional reorganization of power. Perhaps totalization has never stopped, except in the most politically happy moments of the "glorious thirty years," when the multi-class state seemed to contradict Schmitt, valuing pluralism and at the same time defining an emancipatory social compromise. It is no coincidence that the demolition of the social welfare state, which is *a conditio sine qua non* for effective democracy, i.e. a regime based on a broad popular foundation, has contributed to reactivating the trend towards totalization, which has found no further restraint within it. The use of mere coercion (and war rhetoric) is, on the one hand, a symptom of the long duration of "authoritarian lib-

eralism" and, on the other, a compensatory move destined to fail: the risk is that the more chaotic this new emergency proves to be, the more the demand for order will grow. The only way out is through radical genealogical criticism, which can only lead to the overthrow of the neoliberal paradigm, whatever its transfigurations. Unfortunately, after the end of the Keynesian compromise, and with the spread of Western trivialities about the end of history after 1989, everything has been done to prove Carl Schmitt right.

References

Beaud, O. (2015). Carl Schmitt face à Weimar de la *Verfassungslehre* au *Hüter der Verfassung* (1928–1931). *Nomos, 3*, 1–24.

Beaud, O., & Pasquino, P. (Eds.). (2007). *La controverse sur le gardien de la Constitution et la justice constitutionnelle: Kelsen contre Schmitt*. Éditions Panthéon-Assas.

Brennan, J. (2016). *Against democracy*. Princeton University Press.

de Miguel Bárcena, J. M., & Tajadura Tejada, J. (2019). *Kelsen versus Schmitt: Política y derecho en la crisis del constitucionalismo* (2.ª ed.). Guillermo Escolar Editor.

Dotti, J. E. (2008). La cuestión del poder neutral en Schmitt. *Kriterion: Revista de Filosofia, 49*(118), 309–326. https://doi.org/10.1590/S0100-512X2008000200003

Grimm, D. (2020). *Recht oder Politik? Die Kelsen-Schmitt-Kontroverse zur Verfassungsgerichtsbarkeit und die heutige Lage*. Duncker & Humblot.

Heller, H. (1992). Autoritärer Liberalismus? In *Gesammelte Schriften II* (pp. 643–653). J. C. B. Mohr (Paul Siebeck).

Kantorowicz, E. H. (2016). *The king's two bodies: A study in medieval political theology*. Princeton University Press.

Laclau, E. (2005). *On populist reason*. Verso.

Malatesta, O. (2025). *Ordoliberalism, state and society: A political theory of social order*. Routledge.

Mortati, C. (2019). *La costituzione di Weimar* (M. Fioravanti, Intro.). Giuffrè.

Neumann, F. (2009). *Behemoth: The structure and practice of National Socialism, 1933–1944*. Ivan R. Dee.

Schmitt, C. (2008). *Constitutional theory* (J. Seitzer, Trans.). Duke University Press.

Schmitt, C. (2014). *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar—Genf—Versailles 1923–1939* (4th corrected ed.). Duncker & Humblot. https://doi.org/10.3790/978-3-428-54327-4

Schmitt, C. (2015). The guardian of the constitution. In L. Vinx (Ed. & Trans.), *The guardian of the constitution: Hans Kelsen and Carl Schmitt*

on the limits of constitutional law (pp. 79–173). Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CBO9781316136256

Schmitt, C. (2016). *Der Hüter der Verfassung: Anhang: Hugo Preuß. Sein Staatsbegriff und seine Stellung in der deutschen Staatslehre* (5th ed.). Duncker & Humblot.https://doi.org/10.3790/978-3-428-54921-4

Streeck, W. (2015). Heller, Schmitt and the Euro. European Law Journal, 21(3), 361–370. https://doi.org/10.1111/eulj.12134.

CAPÍTULO 8

CARL SCHMITT A LA SOMBRA DE EL REY DE MANUEL GARCÍA-PELAYO

Francisco Vila Conde[1]

A Jerónimo Molina, amigo mío,
pero más amigo de Carl Schmitt

1 Francisco Vila Conde es doctor en Derecho por la Universidad de Bolonia y la Universidad Autónoma de Madrid. Actualmente se desempeña como investigador posdoctoral de la Xunta de Galicia (ED481B-2025/098) en el área de Filosofía del Derecho de la Universidade de Vigo. Este trabajo forma parte del Proyecto PID2022-136352NB-I00 financiado por MICIU/AEI/10.13039/501100011033 y por «FEDER: Una manera de hacer Europa», y fue igualmente financiado por las ayudas de consolidación a GPC de la Xunta de Galicia al grupo AGAF de la Universidade de Vigo.

RESUMEN

Mis pesquisas en torno a la influencia decisiva de Carl Schmitt en la obra de Manuel García-Pelayo han sido recibidas de manera dispar en la academia. De una parte, no ha gustado a ciertos académicos, quienes profesan un antischmittianismo tan visceral como burdo, que haya sostenido que Schmitt es el autor capital en el pensamiento de García-Pelayo. Pero, de otra parte, han sido incapaces de rebatir mis planteamientos. Recientemente, se ha publicado un segundo inédito de Manuel García-Pelayo, con estudio del profesor Javier Tajadura, que, para desgracia de los académicos mentados, parece darme enteramente la razón. A saber, en una serie de dictámenes pergeñados para el rey Juan Carlos I, García-Pelayo usa y abusa de conceptos e ideas schmittianos como la relación entre normalidad y excepcionalidad, la distinción entre constitución y leyes constitucionales, la decisión en el caso excepcional o el jefe del Estado como guardián de la constitución. El propósito de este capítulo será revelar el origen de los dictámenes, su contenido, su recepción en España y, sobre todo, cómo las categorías schmittianas —especialmente, la dictadura y el defensor de la constitución— operan en el monarca pensado por Manuel García-Pelayo.

Palabras clave: Schmitt, García-Pelayo, El rey, defensa de la constitución, dictadura.

ABSTRACT

My research into the decisive influence of Carl Schmitt on the work of Manuel García-Pelayo has been met with resistance in academia. On the one hand, certain scholars, who profess an anti-Schmittianism as visceral as it is crude, have taken issue with my contention that Schmitt is the most important author in García-Pelayo's thought. On the other hand, however, they have been unable to refute my arguments. Recently, a second previously unpublished work by Manuel García-Pelayo was published, accompanied by a

study by Professor Javier Tajadura, which, much to the dismay of the aforementioned scholars, appears to fully vindicate my position. In a series of advisory opinions drafted for King Juan Carlos I, García-Pelayo makes extensive use of Schmittian concepts and ideas, such as the relationship between normality and exceptionality, the distinction between the constitution and constitutional laws, decision-making in the exceptional case, and the head of state as guardian of the constitution. The purpose of this chapter is to uncover the origin of these advisory opinions, examine their content and their reception in Spain, and, above all, show how Schmittian categories—especially dictatorship and the defender of the constitution—operate within the conception of the monarch developed by Manuel García-Pelayo.

Keywords: Schmitt; García-Pelayo; King; defense of the constitution; dictatorship.

1. Carl Schmitt y Manuel García-Pelayo

Tomás y Valiente no vacila al afirmar que García-Pelayo se siente «deudor y aprendiz» de Carl Schmitt (Tomás y Valiente, 1992, p. 16). El segundo presidente del Tribunal Constitucional español está en lo cierto.

Manuel García-Pelayo encarna como pocos la relación de Carl Schmitt con España. Para el jurista oriundo de Corrales del Vino, desechando la opinión de Stambouli en un muy mejorable artículo, Schmitt no es «el inspirador del nazi fascismo» (Stambouli, 2005, p. 17) ni tampoco sus teorías son meras «disertaciones especulativas» u «opiniones interesadas de un "jurista de cámara"» (García-Pelayo, 2009d, p. 289). En verdad, García-Pelayo no presta demasiada atención —por no decir que es del todo indiferente— al mito del Schmitt eternamente nazi. De un lado, García-Pelayo piensa que el Maquiavelo alemán es un «espíritu libre» (García-Pelayo, 2019, p. 491), que, sin duda, erró al adherirse al nazismo; de

otro, cree que la vigencia de las ideas y los conceptos schmittianos sobrepasa el momento para el que fueron proyectados.

García-Pelayo queda extasiado por Schmitt desde que conoce sus escritos en los años treinta del pasado siglo. Gracias a Ortega, González Posada y Pérez Serrano, difusores de Carl Schmitt entre los «juristas del 27» en los años finales de la Restauración y bajo la Segunda República (Molina, 2021), García-Pelayo tiene noticia de los conceptos y las teorías que Schmitt está elaborando durante el breve pero fecundo periodo de la República de Weimar.

Como otros juristas de su generación, García-Pelayo se aleja de Schmitt después de que este justificase en *Der Führer schützt das Recht* (1934) la sangrienta purga de las *Sturmabteilung* ordenada por Hitler. No obstante, será un distanciamiento fugaz. Tras la crítica de rigor a Schmitt en un trabajo elaborado en Viena durante el curso 1934-1935,[2] García-Pelayo se va a Berlín en 1936 y frecuenta la casa del maestro alemán.[3] Allí empieza una amistad que se extenderá por casi medio siglo hasta la muerte de Schmitt en 1985.[4]

2 Becado en Austria por la Junta para la Ampliación de Estudios durante el curso 1934-1935, García-Pelayo pergeña un texto *Sobre algunos conceptos capitales de la democracia*. Supervisado por Voegelin y Kaufmann, discípulos vieneses de Kelsen, García-Pelayo sigue a este último en su trabajo para hablar de la «democracia como forma de Estado» (Kelsen, 2015, pp. 408–409) y, a su vez, para criticar «la sagaz e inteligente teoría de Carl Schmitt» (García-Pelayo, 1935, p. 39). Considera errada esta teoría porque construye el concepto de democracia a partir de la igualdad o, en terminología schmittiana, «identidad» entre gobernantes y gobernados, y que, por ende, no sirve «para dar un concepto general y absoluto de democracia» (García-Pelayo, 1935, p. 39).

3 García-Pelayo solicita una nueva beca de la Junta para la Ampliación de Estudios en febrero de 1936. En el expediente, oculta que trabajará junto a Schmitt. Alega que se pondrá a los órdenes de Nicolai Hartmann durante cuatro meses. Schmitt seguía siendo un autor comprometido y, por tanto, proscrito. Es probable que las autoridades académicas españolas del momento no hubiesen aceptado la instancia si Schmitt era mentado.

4 La correspondencia entre García-Pelayo y Schmitt, de la que ya di cuenta en «Carl Schmitt y Manuel García-Pelayo. Coincidencias teóricas y existenciales» (Vila Conde, 2024b, pp. 36–38), revela la admiración y la lealtad de García-Pelayo hacia su maestro teutón. Pero, desde que publiqué ese artículo, he descubierto nueva correspondencia, igual de afectuosa y elogiosa, en sentido opuesto. Es decir, he hallado cartas de Schmitt y de su hija Ánima a García-

Con independencia de la afinidad personal, García-Pelayo que-

Pelayo que develan un cariño y una consideración no menores de la familia Schmitt hacia el español.

En una carta enviada desde Plettenberg el 9 de enero de 1962, Carl Schmitt redacta en el idioma de Cervantes:

«*Sehr verehrter Herr Kollege*, muy querido y distinguido Don Manuel:

He recibido su carta de Caracas [de] 24/XII/1961, y le agradezco mucho deseándole un gran año nuevo del cual esperemos que se haga mejor que no aparece en su inicio. He leído su libro rico y [sic] importante *El reino de Dios* con sincera admiración (lo había ya visto y lo que se llama en alemán: *an-gelesen*), pero ahora estoy capable [sic] de juzgar su abundancia histórica y también el problema metodológico del "arquetipo" y [del] "*Ideal-typus*". He leído también con mucha participación su artículo sobre Federico II y estoy en una viva expectación de sus trabajos futuros.

Desdichadosamente [sic] era [sic] enfermo desde el mes de noviembre, y en una clínica donde se [me] ha hecho una operación chirúrgica. Ahora estoy en casa, hace dos semanas, como *reconvalescente* y todavía débil. Toda mi esperanza se concentra en el deseo que se haga posible para mí ir en España [sic] hacia mediados de marzo. Sería para mí un gran placer verle a usted una [sic] otra vez y continuar la conversación [que] tanto intensamente comenzara en Santiago de Compostela.

Le ruego excuse la brevedad de mi carta, muy inadecuada a la plenitud de los temas que me interesarían para una conversación con Ud. Me contento hoy con estas líneas de recibo y de agradecimiento. Con mis mejores afectos y el testimonio de mi consideración,

Carl Schmitt.

Ps. A propós[ito] p. 94 [y] sig[uientes] de su *Reino*: hay un libro apasionante del padre Henri de Lubac S. J. (puesto en el *Index librorum prohibit[or]um*), *Corpus mysticum* (1944 aproximadamente). [Y en el margen se añade:] Hoy he recibido el libro sobre el parlamentarismo (3ª edición); lo he mandado al editor para su dirección venezolana en el mes de septiembre».

Ánima Schmitt, por su parte, escribe a García-Pelayo dos cartas con ocasión de la publicación de la *Teoría de la Constitución* epilogada por el presidente del Tribunal Constitucional.

En la primera, fechada a 18 de octubre de 1982, Ánima anota:

«Mi querido Manuel,

Hace unos días me dijeron en la editorial Alianza que la *Verfassungslehre* está lista para salir, pero están esperando por un prefacio tuyo. Si realmente podrías escribirlo, a pesar de que no tienes tiempo, me hiciera muchísima ilusión, igualmente a mi padre a quien vi hace poco en Alemania. Tiene 94 años que más que pesar le aburren. Se siente *kompetent und ohnmächtig* [competente e impotente], ambas cosas en sumo grado, el más problemático de los últimos tres mosqueteros del *Weltgeist* —Heidegger, Jünger y él—. La publicación de sus obras y el consecutivo eco es lo que más le interesa. Está a punto de salir una nueva edición del *Leviathan*, y el eco, me temo, será tormentoso.

Solo la idea inquietante de la casi mítica edad de mi padre y el deseo enorme [de] que aún pueda ver la nueva edición española de la *Verfassungslehre* me dan valor para pedirte que escribas pronto el prefacio, o una simple nota preliminar. Sé muy bien que tienes muchísimo trabajo y que sería un signo de auténtica amistad.

da encandilado por el Schmitt «*Kronjurist* de Weimar» (Ruiz Miguel, 2019, p. 54), por «el teórico de la Constitución de Weimar» (Serra Giménez, 2016).[5] Relata que le impresionan su «extenso *background*, la amplitud del horizonte y lo incisivo de su pensamiento» o «conceptos tales como los de amigo y enemigo, la decisión como acto existencial, la noción de soberano como quien decide sobre el caso excepcional, la excepcionalidad misma no solo

Ya puesto en plan pedir, te recuerdo que me ibas a mandar un trabajo tuyo sobre Federico II, acerca de las Constituciones de Melfi, me parece.

Con mis saludos más cordiales y respetuosos,

Ánima Schmitt».

Y, tras recibir el epílogo de García-Pelayo, Ánima contesta el 23 de noviembre de 1982:

«*Lieber* Manuel,

Perdona si no he confirmado en seguida el sobre grande con el epílogo para la *Verfassungslehre* y la carta para mi padre. Se lo he mandado en seguida, me dijo por teléfono que la recibió, que le produjo una alegría profunda y que disculpes si no te contesta rápidamente porque las cartas (que escribió tantas con *verve* y brío) le fatigan mucho [y] tanto más que se empeñará en escribirte en castellano, aunque le dije que entiendes perfectamente el alemán.

Te mando *Ex Captivitate* para que lo leas en una hora tranquila o nocturna, entre ocupación y preocupación. De este libro dijo Helmut Schelsky en su obra sobre Thomas Hobbes (Berlín, 1981): "*Seiner Haft verdanken wir die erschütternste Selbstbesinnung, die ein Gelehrter jener Zeit vorgenommen hat. Sie könnte ein geistiger Schlüssel für das ganze Jahrhundert werden*". (Al leerlo, comprenderás que me gustaría mucho que se publicase en la colección Alianza Editorial porque esta pequeña edición compostelana está agotada y la editorial se esfumó, como tantas empresas celtas. Quizá podrías ayudarme a convencer a José Vergara —[¿]quizá le asusta el título en latín que parece poco comercial?).

Mit herzlichstem Dank für den schönen Epilog und allen guten Wünsche für Dich und Deine Arbeit (a ver si vuestro tribunal se convierte de *Hüter der Verfassung* en legislador, como ocurre en Alemania).

Deine,

Ánima».

5 En las postrimerías de la República alemana de 1919, Schmitt se convierte «en un jurista muy popular» (De Miguel & Tajadura, 2022, p. 63). De hecho, recuerda, «todos los días venía gente a mi encuentro» (Schmitt, 2012, p. 60). Deviene igualmente el jurista de cabecera de los cancilleres Brüning, Papen y Schleicher condicionando directamente su acción política (De Miguel & Tajadura, 2022, p. 63; Lieber, 2023, p. 30). Durante toda la época de Weimar, pero muy especialmente en esos finales, Schmitt prepara y publica la *Teoría de la Constitución* (1928), *Der Hüter der Verfassung* (1931) o la segunda edición de *Der Begriff des Politischen* (1932), obras que influyen decisivamente en el pensamiento de Manuel García-Pelayo.

como inherente a la existencia, sino también como aquello en lo que se revela la verdadera realidad, y muy particularmente la autonomía de la política como un *logos* dotado de su propia dialéctica con independencia de su contenido» (García-Pelayo, 2009a, p. 8); le fascinan igualmente algunas categorías jurídico-públicas, como la teoría de la constitución como disciplina autónoma tanto de la teoría del Estado como del derecho político, pero en interacción con ambas, las precisiones a la teoría de la representación, el concepto de garantías institucionales o la distinción entre constitución y leyes constitucionales (García-Pelayo, 2019, pp. 490, 492–493).

Ya fuese en privado o en público, García-Pelayo reconoce su deuda con Schmitt. Así, por ejemplo, el 20 de julio de 1950, García-Pelayo escribe a Schmitt: «Tengo el gusto de enviarle un ejemplar de mi *Derecho constitucional comparado,* a través de cuyas páginas encontrará V. en diversas ocasiones el influjo de su propio pensamiento» (Vila Conde, 2024b, p. 37). A lo que, en una carta del 6 de noviembre de 1982, añade: «He seguido constantemente su pensamiento y he contribuido a transmitirlo en Iberoamérica en cuyas universidades he sido profesor durante varios años. Gracias a la utilización de su doctrina sobre el caso excepcional y a la función del presidente de la república como defensor de la constitución, he podido contribuir —en la medida que es dable al dictamen de un jurista— a consolidar, creo que definitivamente, una constitución democrática en un país hispanoamericano» (Vila Conde, 2024b, p. 36). Y, públicamente, García-Pelayo confiesa que «[ha] recepcionado muchos de sus conceptos» (García-Pelayo, 2019, p. 490). Por ello, el jurista español puede ser considerado —como el alemán Ernst-Wolfgang Böckenförde o el francés Julien Freund— un discípulo liberal y de izquierdas de Carl Schmitt.

Cuando empecé a demostrar esa (inconfesable, pero del todo evidente) ascendencia del bárbaro nazi Schmitt sobre el democratísimo socialista liberal García-Pelayo, poco se había dicho al respecto. Otro autor que dedicó años de estudio a García-Pelayo, Lucio García Fernández, había mencionado que Schmitt es «la mayor influencia» sobre su obra (García Fernández, 2013, p. 43). Mas no

ejemplificaba esa máxima. En la medida que me fue posible, traté de hacerlo en tres diferentes artículos: «Carl Schmitt en la Constitución española de 1978. Los apuntes de García-Pelayo» (Vila Conde, 2023), «Carl Schmitt y Manuel García-Pelayo. Coincidencias teóricas y existenciales» (Vila Conde, 2024b) y «Carl Schmitt maestro de Manuel García-Pelayo (1934–1978)» (Vila Conde, 2025a). Textos que fueron —así me lo hicieron saber en conversaciones privadas y en algún seminario— tan mal recibidos como poco discutidos. Abrí la caja de Pandora; y eso no ha gustado.

Sin embargo, el trabajo estaba hecho. Por ello, todo aquel que se acercase sin prejuicios a la obra de Schmitt y la comparase con la de García-Pelayo vería que, en efecto, el influjo de aquel es mayúsculo sobre este último. Para mi sorpresa y agrado, tal ha sido el caso de Javier Tajadura en el último libro de García-Pelayo intitulado *El Rey (García-Pelayo, 2024)*. En el estudio de contextualización a la obra, el eximio constitucionalista afincado en el País Vasco anuncia que «en los tres textos [que componen *El Rey*] es claramente perceptible la huella e influencia del pensamiento de Carl Schmitt» (Tajadura, 2024, p. XXIV). A saber, «García-Pelayo asume la distinción formulada por Schmitt entre constitución y leyes constitucionales y la consideración de aquella como el conjunto de decisiones políticas fundamentales adoptadas por el poder constituyente» (Tajadura, 2024, p. XLVI); el iuspublicista hispano también toma la idea del jefe del Estado como defensor de la constitución en casos de gravísima crisis y, asimismo, dogmatiza que, para paliar los indeseables efectos que puedan derivarse de las interacciones entre los diferentes partidos, debe haber un Estado fuerte y eficaz, si bien con límites y fiscalizaciones (Tajadura, 2024, pp. XXIV–XXVI). Bajo todas estas propuestas, como bien anota Tajadura, resuena Carl Schmitt.

En el apartado tercero de este trabajo, desarrollaré lo sugerido por el profesor Tajadura y trataré de mostrar cómo la relación entre excepción y normalidad, la dictadura comisaria y el defensor de la constitución schmittianos operan a la sombra de *El Rey* de Manuel García-Pelayo. Mas, previamente, considero oportuno de-

dicar algunas palabras a la edición de este inédito, a su contenido y a la repercusión que está teniendo en la academia y aun en los medios de comunicación españoles.

2. Al Rey

2.1. Sobre el hallazgo de los inéditos

Al poco de iniciar mis estudios doctorales, la lectura de un artículo de Graciela Soriano, viuda de García-Pelayo, me puso sobre aviso de la existencia de algunos trabajos inéditos del jurista castellano. En concreto, la profesora Soriano advertía que había, entre otros, un dictamen intitulado «"Consideraciones sobre la constitución política de España", probablemente escrito en 1978, [que quizá] hubiera estado destinado —sin que se pueda asegurar— a ilustrar a expertos en el tema» (Soriano, 2005, p. 43). Saber que las *Obras Completas* de García-Pelayo no estaban, en verdad, completadas suponía todo un aliciente para una persona curiosa como es quien esto escribe.

Sin embargo, en un primer momento, no fue la búsqueda en archivos sino la mano nada invisible de Francisco Sosa Wagner y Mercedes Fuertes la que hizo que recayese en mis manos un primer inédito. Me refiero a un informe preparado por encargo de Antonio Jiménez Blanco, portavoz de UCD en el Senado, sobre el proyecto de Constitución española de 1978 aprobado por el Congreso. Tras comentarlo con el director de Clásicos del Pensamiento de Tecnos, el profesor Eloy García, y comprobar que había una copia íntegra del mismo —la primera versión que conocí tenía algunas páginas cortadas— en el Archivo del Tribunal Constitucional, me puse manos a la obra con la edición de un libro que, con el rótulo *Inédito sobre la Constitución de 1978*, vio la luz en 2021.

Probablemente contentos con mi quehacer en aquel libro, la familia García-Pelayo —especialmente, Luis Soriano— me abrió las puertas a indagar nuevos inéditos y, en su caso, sugerir una posible publicación. Así pues, durante algunos días, ya fuese en Madrid o

en Caracas, tuve acceso a textos de grandísimo valor, además de a una rica y variada correspondencia.

Gracias a lo que afectuosa e inmerecidamente Eloy García ha denominado «el olfato investigador de Francisco Vila» (García, 2024, p. XI) y Jerónimo Molina ha calificado como mi «olfato inaudito para trasegar y revolver papeles» (Molina, 2025, p. XXIX), hallé los textos, ubicados en diferentes carpetas, que ahora componen *El Rey*, cuyo primer dictamen coincide con el anunciado en 2005 por Graciela Soriano. La lectura rápida del segundo dictamen —sobre el 23F— y, sobre todo, ciertas afirmaciones del tercero (ahora acopiadas en las páginas 133 y 134) hicieron que no tuviese dudas: había que publicarlo.[6] Asimismo, entremedias, había leído un texto genial de Javier Tajadura dedicado a la jefatura del Estado (Tajadura, 2022).[7] Creía —y su estudio así lo ha confirmado— que él, buen conocedor de la obra de García-Pelayo, era la persona idónea para contextualizar los documentos recién descubiertos. Estaba convencido de que Tecnos accedería a la publicación. Luis Soriano, siguiendo mi consejo, Joaquín Abellán, mediando ante Tecnos, y Eloy García, dando el visto bueno, hicieron el resto.

2.2. El contenido de los dictámenes

Como sugiero en el encabezamiento de este apartado segundo, *Al Rey*, en lugar de *El Rey*, es un título que comprende más cabalmente el contenido de los dictámenes. Porque lo que realmente une los diferentes textos es su destinatario: el rey Juan Carlos I. Es

6 El primer dictamen, pese a ser el más largo y sin obviar su relevancia, es, sin embargo, el menos interesante. Y lo es por un motivo sencillo: buena parte del mismo ya había sido revelada en el *Inédito sobre la Constitución de 1978* (2021). Así, por ejemplo, los puntos 1 («sobre la importancia relativa de la constitución», pp. 11–15) o 3 («valores políticos y exigencias organizativas», pp. 18–21) son un calco del *Inédito* (véase García-Pelayo, 2021, pp. 9, 18). Es una lástima que este dato —que me ayuda a comprender cómo García-Pelayo pudo elaborar el informe sobre el proyecto de Constitución en tan solo dos semanas— no haya sido resaltado por nadie, ya fuera en *El Rey* o ya fuera en los artículos y reseñas que se han escrito sobre la obra.

7 De este brillante texto me he ocupado en el artículo «Arbitraje, moderación y defensa regias de la Constitución de 1978» (Vila Conde, 2024a).

decir, no estamos ante documentos que traten solamente la monarquía, sino que nos encontramos ante informes pergeñados para aleccionar a Juan Carlos I en tres momentos muy distintos: en los albores del proceso constituyente (el primer dictamen data de 14 de octubre de 1977 y Casa Real acusa recibo el 4 de noviembre del mismo año), en la defensa de la Constitución de 1978 efectuada por el jefe del Estado el 23F (el rey Juan Carlos confirma la recepción de este segundo dictamen el 19 de mayo de 1981)[8] y, por último, en noviembre de 1983, cuando, a petición del monarca, García-Pelayo informa sobre la posibilidad de negar la sanción de una ley (tercer dictamen). Son tres textos muy distintos para resolver tres problemáticas jurídico-políticas muy diversas. En 1977, García-Pelayo detalla al rey —y también a Felipe González, a quien, con el visto bueno del monarca, remite el primer dictamen— cómo debería ser la futura constitución;[9] en 1981, el jurista regio respalda y justifica la actuación del monarca el 23F; y, en 1983, el consejero áulico instruye al heredero de Franco sobre la sanción de las normas jurídicas.[10]

8 La carta, que no tiene desperdicio, dice así:

«Mi querido presidente:

He leído con todo detenimiento e interés el magnífico y documentado informe que me ha hecho llegar y que conservaré con gran aprecio, pues puede llegar a ser de una gran utilidad.

En todo caso y aun cuando esa utilidad práctica no fuera necesaria, sus conclusiones me llenan de satisfacción y le expreso mi profundo agradecimiento por este trabajo que constituye un ejemplar análisis jurídico y constitucional.

Con un abrazo,

J. Carlos Borbón R».

9 Queda claro, por lo tanto, que el primer dictamen no es que «hubiera estado destinado», como sugería Graciela Soriano, «a ilustrar a expertos en el tema» (Soriano, 2005, p. 43), sino que su propósito era aleccionar a dos de los actores políticos más decisivos del momento.

10 A diferencia de los primeros dictámenes, que García-Pelayo redacta *motu proprio*, el tercero «se le ha solicitado» (García-Pelayo, 2024, p. 93). Por ello, entiendo que su opinión en este tercer dictamen es menos libre o, como poco, está más condicionada. Quiero decir: ante un caso en el que la Constitución española no proclama tajantemente lo contrario, García-Pelayo justifica aquello que Juan Carlos I quiere oír. Me parece del todo evidente que si el monarca le pide opinión sobre si puede o no sancionar una norma, es porque quiere escuchar que puede no hacerlo. Y, como se verá, García-Pelayo indica

Del segundo y del tercer dictamen me ocuparé en el ulterior apartado, pues García-Pelayo asume íntegramente en ellos las teorías schmittianas sobre la normalidad y la excepcionalidad, la dictadura comisaria y la defensa de la constitución, por lo que ahora, en lo que sigue, solo destacaré algunos aspectos, también schmittianos, incluidos en las «Consideraciones sobre la constitución política de España».

En una carta a Felipe González de 18 de noviembre de 1977, García-Pelayo subraya las líneas maestras del primer dictamen: el texto constitucional tiene una importancia relativa, la necesidad de un Estado fuerte y el reforzamiento de la figura del rey.

En primer lugar, García-Pelayo no es partidario de un modelo racional normativo de constitución.[11] El jurista español no cree que la constitución pueda estructurar, de una sola vez y de un modo exhaustivo y sistemático, la organización política del Estado en normas racionalizando y planificando toda la vida estatal. Por el contrario, García-Pelayo llama a no «caer en la tentación del mito del verbo» consistente en que, con la aprobación de la constitución, todo queda solucionado (García-Pelayo, 2024, p. 13; García-Pelayo, 2021, p. 12). Y es que, concluye, «la ineludible importancia de la constitución ha sufrido una cierta relativización o, para ser más rigurosos, su importancia está condicionada por su acoplamiento con otros factores» como la interacción entre los distintos partidos, las actitudes políticas de la población, etcétera (García-Pelayo, 2024, pp. 11–14).

Sentado lo anterior, y partiendo de la distinción schmittiana entre constitución y leyes constitucionales (Schmitt, 2019, pp. 57–58), García-Pelayo se decanta por un texto breve que contenga solamente las decisiones políticas fundamentales. En un artículo

tres supuestos en los que «el rey no solo podría, sino que eventualmente debería negar la sanción a una ley o a un acto con fuerza de ley que atentara manifiesta o inmediatamente contra tales bienes» (García-Pelayo, 2024, p. 133).

11 Los lectores superficiales de García-Pelayo suelen sostener lo contrario. Mas es un error. En *Derecho constitucional comparado,* en el *Inédito* o, en fin, en la presente obra, García-Pelayo desecha esa opción. Él aboga por un concepto «comprensivo» de constitución (véase Vila Conde, 2025b, pp. 212–214).

publicado en *El País* poco después de las elecciones a Cortes Generales (que luego devendrían constituyentes) de junio de 1977, Rubio Llorente había adelantado que el director del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Central de Venezuela era partidario de una reforma del régimen franquista mediante la promulgación de diferentes leyes constitucionales (como en la Tercera República francesa) o, en su defecto, de un texto breve y conciso que contuviere solamente las decisiones fundamentales, el cual, más adelante, sería desarrollado por leyes constitucionales.[12] Y, efectivamente, el primer dictamen de *El Rey* confirma las palabras de Rubio Llorente. Debido al «carácter apremiante que tiene la promulgación de la constitución» para cambiar el sistema franquista por uno democrático (García-Pelayo, 2024, p. 21), el jurista residente en Caracas piensa que lo mejor es ir aprobando una serie de leyes constitucionales[13] o un texto breve que abarque solamente las decisiones políticas fundamentales.[14] Cualquiera de esas opciones es más rápida que la elaboración de un texto político unitario.

12 «Los distintos modos cuya existencia me parece ahora urgente poner de relieve son los que se originan según que la tarea constituyente se acometa mediante la redacción de un texto único, de un código constitucional, o mediante la promulgación de una serie de leyes constitucionales, cuyo conjunto forma la constitución. Del primer modo procedieron, por ejemplo, nuestros constituyentes en 1931, y casi siempre a lo largo de nuestra historia constitucional; del segundo, los constituyentes de la Tercera República francesa, en cierto sentido los norteamericanos (las diez primeras enmiendas son, realmente, una segunda ley constitucional) y, si las Leyes Fundamentales hubieran sido una constitución, el general Franco. Aunque este último ejemplo invita poco a la imitación, creo que hay razones abrumadoras para pensar que en las circunstancias actuales este debería ser el modo de proceder. Tengo que confesar que yo no había pensado en el tema hasta que García-Pelayo, en una carta reciente, me indicaba, sin darme razones, que tal vez sería mejor hacer un conjunto de leyes constitucionales que un código constitucional» (Rubio Llorente, 1977, párr. 3).

13 Esta será, por cierto, la postura que Fraga defienda en la Comisión Constitucional del Congreso (véase Attard, 1983, p. 24).

14 «Estimamos —señala— que sería deseable que la constitución fuera breve, se ocupará de los problemas y procedimientos verdaderamente fundamentales y dejara su ulterior complementación a unas leyes constitucionales cuya propuesta y aprobación requerirían mayorías y métodos especiales» (García-Pelayo, 2024, p. 18).

García-Pelayo sentencia que esta última posibilidad, que a la postre acabaría triunfando, es la peor.

En segundo lugar, la resolución de García-Pelayo por un Estado y un Ejecutivo fuertes que se impongan decididamente a un Parlamento, incapaz de afrontar los desafíos actuales exterioriza la influencia de Schmitt.

En *El defensor de la Constitución* (1931), Schmitt deplora el despliegue del sistema de partidos de Weimar.[15] De un lado, evoca que «el sentido de toda constitución racional es procurar un sistema de organización que permita formar una voluntad política e instituir un Gobierno capaz de gobernar» (Schmitt, 2018b, p. 208); pero, de otro, lamenta que «el Estado de partidos en coalición lábil da origen a un Gobierno incapaz de gobernar, a un desgobierno» (Schmitt, 2018b, p. 189). En su obra *Sobre el parlamentarismo* (1923), Schmitt ya había pronosticado la enfermedad terminal del Parlamento en una sociedad de masas. El Parlamento es una institución burguesa decimonónica que deja de ser funcional ante el ascenso de las masas y la aparición de grandes organizaciones partidarias. El eterno diálogo burgués perece ante la violencia irreflexiva e irracional de las masas. Por eso mismo, Schmitt juzga que la sociedad de masas solo puede ser regida por un Estado gubernativo o administrativo (véase Schmitt, 1971, pp. 9–10; Schmitt, 2018b, p. 147). Sin embargo, la opción de Schmitt por un Estado con un Ejecutivo fuerte languidece ante sus ojos al haberse dividido la sociedad alemana en cuatro o cinco bloques monolíticos con nula capacidad de entendimiento entre sí.

15 A juicio de García-Pelayo, Carl Schmitt no era contrario a los partidos sino a su concreta manifestación en la época de Weimar (véase García-Pelayo, 2009f, pp. 1987–1988). Hay declaraciones clarividentes de Schmitt en este sentido. Por ejemplo, en *Der Hüter der Verfassung,* señala que «un Gobierno que se apoye en fundamentos democráticos y encuentre la aprobación y aclamación del pueblo es más fuerte y eficaz que cualquier otra clase de Gobierno» (Schmitt, 2018b, p. 208); y, tres años antes, había prescrito que las organizaciones partidarias son ineludibles para el despliegue democrático porque «no hay ninguna democracia sin partidos, pero solo porque no hay ninguna democracia sin opinión pública y sin que el pueblo se encuentre siempre presente» (Schmitt, 2019, p. 318).

Con las lecciones de Weimar y de la Segunda República española aprendidas, García-Pelayo no vacila: es menester un Estado y un Ejecutivo hercúleos. La sociedad postindustrial de los años setenta —pero también la actual— no admite otra opción. Sería disfuncional. En consecuencia, el constitucionalista advierte al líder socialista Felipe González «sobre la compatibilidad de la constitución con la necesidad de un Estado fuerte, es decir, dotado de capacidad real de autodeterminación» (García-Pelayo, 2024, p. 4). E insiste en el primer dictamen sobre esa necesidad de un «Estado fuerte», mas, por supuesto, dotado de «las suficientes garantías jurídicas» para que el Estado —su Administración— no conculque los derechos fundamentales de los ciudadanos (García-Pelayo, 2024, p. 22). García-Pelayo defiende la existencia de un Gobierno «fuerte y estable» que cuente con la suficiente capacidad de decisión y acción; lo cual, a su vez, «exige un fortalecimiento de la figura de su presidente» (García-Pelayo, 2024, p. 34). Como su maestro Schmitt, García-Pelayo considera que el «Parlamento es una institución nacida en la era preindustrial, desarrollada plenamente en la era industrial y declinante (si no lo remedian las adecuadas reformas) en la época postindustrial o tecnológica» (García-Pelayo, 2009b, p. 1442). El profesor García-Pelayo se opone a un excesivo poder del Parlamento en el tiempo presente. Un descollante poderío de las Cámaras, aunque pudiera parecer atractivo para el parlamentarismo y la democracia, es, empero, «disfuncional» en nuestros días (García-Pelayo, 2024, p. 26). Ni siquiera para su función arquetípica, la legislativa, es el más adecuado. El Ejecutivo es el mejor posicionado para legislar en una sociedad dinámica y tecnificada. Por tanto, dictamina García-Pelayo, «la constitución debe establecer la posibilidad de que el Gobierno disponga de las necesarias atribuciones normativas para hacer frente a los requerimientos que al Estado de nuestro tiempo imponen el dinamismo y la complejidad de la sociedad actual» (García-Pelayo, 2024, p. 29). Los artículos 82 y 86 de la Constitución de 1978 recogieron este consejo.

En tercer lugar, la mano de Schmitt emerge cuando García-Pelayo trata la monarquía. En palabras de Tajadura: «[para García-Pelayo,] la opción por la monarquía parlamentaria es una de las decisiones nucleares básicas de la Constitución de 1978. Decisión que se explica y justifica, entre otras causas, por el relevante papel desempeñado por el rey Juan Carlos I en el proceso de democratización. Todos los preceptos constitucionales deben ser interpretados en función de las decisiones políticas fundamentales. Esto implica que todas las disposiciones del título II deben ser interpretadas teniendo en cuenta que la Corona es un elemento esencial del orden constitucional, y clave de bóveda de su sistema político-institucional» (Tajadura, 2024, pp. XLVI–XLVII).

Eso sí, y como se infiere de la cita precedente, García-Pelayo enriquece a Schmitt con Constant y con alguna aportación propia.

Resonando los ecos de *El reino de Dios, arquetipo político* (1959) y de su ensayo sobre «La Corona» (1967), García-Pelayo empieza aludiendo al carácter «misterioso» de toda monarquía. La Corona y su portador, el rey, son inaprehensibles desde el pensamiento racional. La constitucionalización de estas figuras nunca podrá reducirse a un taxativo esquema de competencias jurídicas configurado en la constitución. Dicho de otro modo: la figura del rey y una constitución racional normativa —la cual regula de forma precisa todas y cada una de las atribuciones estatales— son incompatibles. Pues el monarca, «más allá de sus funciones específicas y concretas dentro de un orden político, tiene algunas [competencias] que son intelectualmente inasibles y jurídicamente informulables, y cuya significación depende de las cualidades personales del portador de la Corona, del sistema de creencias vigente y de las circunstancias en las que tenga que moverse» (García-Pelayo, 2024, p. 35).

Tras asegurar lo anterior, García-Pelayo prosigue teorizando que la legitimidad del rey Juan Carlos I es básicamente funcional. Eloy García narra que estaba presente el día que García-Pelayo, por su propia boca, defendió al rey por su funcionalidad para pilotar la Transición y estabilizar la democracia (García, 2024, p.

XII).[16] Mas no solo de viva voz, sino también en sus escritos, García-Pelayo aboga por la funcionalidad del monarca. En el *Inédito sobre la Constitución de 1978,* avala tal legitimidad (García-Pelayo, 2021, p. 9). Es legítima funcionalmente toda institución o acción decisiva para la creación y reproducción del sistema político. Por ejemplo, en el caso de un Estado demoliberal occidental, «tendría legitimidad funcional aquella institución o acción que sirviera para consolidar un orden libre y democrático y socialmente orientado» (García-Pelayo, 2009e, p. 3447). Por ello, la monarquía se legitimará, en un primer momento, si consigue pasar de un sistema autoritario a otro democrático y, ulteriormente, se legitimará en la medida que afiance la democracia. Tras la muerte de Franco, su sucesor a título de rey asume perfectamente la posición del poder neutro de Constant. «El verdadero interés del jefe del Estado —señala el francés nacido en Suiza— no está en que uno de los poderes derroque al otro, sino en que todos se apoyen mutuamente, se escuchen y actúen en armonía» (Constant, 1989, pp. 21–22). Ubicándose por encima de las diferentes facciones, Juan Carlos I logra capitanear la Transición y asegurar la democracia. Por ello, concluye el jurista regio García-Pelayo, su monarquía es legítima, ya que «sin la acción de Vuestra Majestad no se hubieran obtenido los éxitos alcanzados en el proceso de democratización español, ni este hubiera obtenido la confianza generalizada en el extranjero» (García-Pelayo, 2024, p. 36). Así fue.

A la hora de constitucionalizar la monarquía, García-Pelayo descarta el modelo sueco de 1974, el cual convierte al rey en puro ornato. Alega que puede tomarse como referencia el modelo inglés, nórdico, belga u holandés. Mas añade: debe quedar claro si quiere seguirse la teoría o la *praxis* de esos países. A saber, las mo-

16 Probablemente, Eloy García asistió a las conferencias dictadas en Fundación Juan March en abril de 1978. En una de las ponencias —ahora transcritas en la segunda edición de las *Obras Completas*—, García-Pelayo arguye que la legitimidad de la monarquía española no se basa ni en la gracia de Dios ni en un derecho dinástico ni en la forma de designación, «sino en su funcionalidad para el tránsito pacífico hacia un orden libre y democrático y para la consolidación ulterior de este orden» (García-Pelayo, 2009e, p. 3447).

narquías europeas son formalmente constitucionales, pero materialmente parlamentarias. Sus constituciones —con la excepción de Inglaterra— datan del siglo XIX y, por lo tanto, confieren atribuciones al rey propias de una época en la que este reinaba y (a veces) gobernaba. En un reciente libro, Cidoncha Martín sintetiza a la perfección esta contradicción entre teoría y práctica constitucional monárquica. El profesor de la Autónoma de Madrid explica que la monarquía constitucional decimonónica respondía al intento de compatibilizar la monarquía con el liberalismo. El rey estaba al frente del Ejecutivo, podía vetar leyes, etc. Sin embargo, el progreso histórico ha llevado a que esas competencias regias se esfumasen debido al mero desuso. Por ello, los reyes europeos, aun sin reformarse sus respectivas constituciones, han pasado a ser monarcas parlamentarios. «Se produce así una disociación entre el texto escrito y la realidad, esta última alimentada por convenciones constitucionales y por la misma *praxis*» (Cidoncha Martín, 2023, p. 51). García-Pelayo plantea lo mismo que Cidoncha Martín con cuatro décadas y media de antelación. Y considera que, en las circunstancias de la España de 1977, lo más oportuno es adoptar el modelo teórico al constitucionalizar al monarca. Es decir, es mejor «no cicatear las atribuciones necesarias para que la Corona pueda cumplir sus funciones» (García-Pelayo, 2024, p. 38). Solo un rey que, hipotéticamente, ejerza el poder podrá consolidar la democracia. El 23F le daría la razón.[17] Empero, García-Pelayo

17 García-Pelayo se ubica como un paladín de las llamadas teorías expansivas. Cidoncha Martín documenta que dos posiciones sobre las competencias del rey afloraron en el momento constituyente y aun después del mismo. De un lado, y casi unánimemente, hubo quienes sostuvieron —y sostienen— que el rey tiene una función fundamentalmente simbólica y que su arbitraje y moderación (art. 56 CE) se limita a las competencias perfectamente tasadas en los artículos 62 y 63 de la Constitución de 1978; funciones que, por lo demás, son actos debidos, por lo que el monarca no podría negarse a, por ejemplo, sancionar una norma que supusiere el fin de la constitución que él juró guardar y hacer guardar. Frente a esta tesis restrictiva, unos pocos autores —entre los que hay que situar, tras la publicación del *Inédito* y ahora de *El Rey*, a García-Pelayo— parten de lo anterior, pero adicionan que, en situaciones gravísimas que ponen el sistema en jaque, el arbitraje y la moderación van más allá de las competencias establecidas en los artículos 62 y 63 (Cidoncha Martín, 2023,

igualmente prevé que el necesario poder del monarca —debido a la situación del momento— irá desapareciendo a medida que el sistema y sus instituciones arraiguen. En ese momento, el rey terminaría por ser un monarca al estilo de las monarquías europeas. Y, en efecto, así ha sido. También aquí estaba en lo cierto.

2.3. La repercusión que está teniendo El Rey

A diferencia del *Inédito sobre la Constitución de 1978*, que prácticamente pasó desapercibido en reseñas y comentarios,[18] *El Rey* sí ha sido glosado y recensionado.[19] Sin embargo, la cantidad no ha ido acompañada siempre de la calidad.

Además del «estudio de contextualización» del profesor Tajadura incorporado a *El Rey*, que es excelente al quintaesenciar los aspectos más notables de la obra, como la influencia de Schmitt en la función del rey como defensor de la Constitución de 1978, otros certeros comentarios son los de Daniele Camoni, Juan José López Burniol y Víctor Vázquez. En la revista dirigida por Fulco Lanchester, Camoni condensa y selecciona los aspectos más importantes del libro resaltando la actualidad de los planteamientos de García-Pelayo (Camoni, 2025). El notario López Burniol va en la misma línea y, tras destacar la presencia de Schmitt en la obra de García-Pelayo, concluye que «estas funciones del rey constitucional según García Pelayo pueden ser hoy motivo de fría reflexión» (López Burniol, 2025). Por último, Víctor Vázquez, sin perjuicio de que me confunde con mi buen colega Roberto Villa Gar-

pp. 139–145). En palabras de García-Pelayo, el rey porta «una reserva de poder que ha de entrar en acción cuando lo requieran la gravedad o el carácter decisivo o excepcional de las circunstancias» (García-Pelayo, 2024, p. 41).

18 La obra se ha citado —y se sigue citando—, pero, si exceptuamos mis trabajos (por ejemplo, Vila Conde, 2022, 2023), poco se ha escrito. Se dio noticia de ella en *Comprendre. Revista catalana de Filosofía* (Comprendre, 2022, pp. 157–158), se comentó en un periódico venezolano (Aveledo, 2022) y Josu de Miguel la reseñó en *El País* (De Miguel, 2022). Eso fue todo.

19 Su repercusión está siendo tal que, en el momento que esto escribo (octubre de 2025), Tecnos ya ha anunciado una segunda edición que incorporará un texto de Felipe González.

cía («gracias al talento editorial del profesor Eloy García y al gran celo investigador de Roberto Vila se han rescatado tres informes de Manuel García-Pelayo»), interpreta correctamente el texto y, como los anteriores, acentúa la validez del pensamiento de García-Pelayo. «Quien se aproxime a *El Rey* de Manuel García-Pelayo —finaliza el constitucionalista de Sevilla— no solo encontrará una de las más estimulantes y valiosas páginas sobre la monarquía parlamentaria con las que ahora contamos, sino que también podrá constatar la vigencia de toda una serie de consideraciones sobre la materialidad de nuestra Constitución que hacen de este libro un valioso documento originalista sobre nuestra Carta Magna» (Vázquez, 2025).

En el lado opuesto, se encuentran José Antonio Zarzalejos, Enriqueta Expósito y Juan Luis Requejo Pagés. Lo de estos últimos es, sin duda, más grave, puesto que publican sus disertaciones en las (muy) prestigiosas *Revista de Derecho Político* y *Revista Española de Derecho Constitucional*.

El texto de Zarzalejos (2024) contiene una serie de inexactitudes (verbigracia, que García-Pelayo se fue a Puerto Rico, en lugar de a Buenos Aires, en 1951), amén de que no referencia aquellos datos capitales como, por ejemplo, que García-Pelayo fue condenado a 6 años de prisión y ulteriormente *indultado por el jefe del Estado*. Cuestiones que yo descubrí y que solo aparecen citadas en mis trabajos y en Wikipedia (por la sencilla razón de que yo mismo pergeñé la entrada de García-Pelayo). No hubiese estado de más citar las fuentes.

La doctora Expósito pergeña un texto de difícil comprensión. A pesar del título del artículo —«Repensando la posición y las funciones del rey en el sistema institucional (releyendo a Manuel García-Pelayo)»—, lo cierto es que su lectura arroja muchas dudas sobre el entendimiento de la obra de García-Pelayo. Pues, interpretándolo justamente al revés, Expósito relata que el rey jamás tiene capacidad decisoria. Y, como es meramente «un símbolo», del juramento de guardar y hacer guardar la constitución (artículo 61 CE) no se infiere la posibilidad del rey de «activar, en supuestos

extraordinarios, poderes durmientes» (Expósito, 2025, p. 242). Por consiguiente, el rey no es defensor de la constitución. «Esta defensa del orden constitucional, de los principios y los valores en los que este se asienta, no puede ser concebida como una función del rey» (Expósito, 2025, p. 243). Luego, ¿cómo se resuelve jurídicamente un caso como el 23F en el que el rey salva la constitución? La respuesta de Expósito: ante un supuesto así, la constitución deja de estar en vigor. «En un escenario de este tipo en el que la Constitución [de 1978] quedó superada por las circunstancias de extrema gravedad se generó una necesidad fáctica de actuar, no tanto para preservar el orden constitucional, sino para restablecerlo» (Expósito, 2025, p. 243). En suma, según la autora, una actuación inconstitucional habría salvado la constitución. Mas esto es justo lo opuesto a lo mantenido por García-Pelayo. Para él, como diría Schmitt, «la decisión sobre lo excepcional es la decisión por antonomasia» (Schmitt, 1975, p. 36) y, por ende, toda actuación —con independencia de que tenga o no encaje en un concreto precepto— que logre salvar la constitución en una situación de riesgo extremo será constitucional (véase García-Pelayo, 2024, pp. 64–65).[20]

20 Lo más curioso del artículo, empero, no es cuando Expósito parece glosar a García-Pelayo, sino cuando expone sus propias cavilaciones. Aquí las contradicciones son aún mayores. Verbigracia, parece suscribir la opinión de que el rey posee «un poder de reserva que habilitaba a que el rey, en el ejercicio de sus funciones, en especial de arbitraje y moderación, pudiera activar una suerte de poder extraordinario en momentos de crisis del Estado o institucional, esto es, en aquellas situaciones que excedieran del "funcionamiento regular de las instituciones" que es el que circunscribe el ámbito y objeto de su función de arbitraje y moderación (tal y como es contemplada en el art. 56.1 CE). Y desde esta lógica justificaban la intervención del rey Juan Carlos I en los acontecimientos que se desarrollaron los días 23 y 24 de febrero de 1981» (Expósito, 2025, p. 238). Por lo que, prosigue, «la defensa por parte del rey de la constitución y del orden por esta establecido en torno a unos determinados valores y principios forma parte y es consustancial al rol que está llamado constitucionalmente a desempeñar el monarca, cuando las circunstancias lo requieran, pero se justifica desde planteamientos muy alejados de la noción de poder» (Expósito, 2025, p. 239). Mas sin solución de continuidad —literalmente a renglón seguido— proclama que «es una premisa incuestionable reconocer que el rey no es garante de la constitución, ni entre las funciones del

Por último, Requejo Pagés yerra al afirmar que los constituyentes siguieron el consejo de García-Pelayo al dictar un código político unitario (García-Pelayo, como hemos visto, opina que es la peor de las opciones) o al decir que los dictámenes emergieron por arte de magia («aparecieron inopinadamente en los archivos familiares de García-Pelayo»). Mas —y justo es reivindicarlo— el autor remata el texto con una genial reflexión sobre cómo los partidos mayoritarios llevan décadas socavando la figura del monarca. Requejo Pagés lamenta que «las funciones del rey se han devaluado hasta el punto de desaparecer» (Requejo Pagés, 2025, p. 381). PP y PSOE, PSOE y PP, han hecho que la función principal del monarca, que es el arbitraje y la moderación, se esfumase. En sus propios términos: «En unos casos por astucia y en otros por incompetencia, ambos partidos han terminado por hacer desaparecer al rey de la vida institucional de la nación, desposeyéndolo de su cometido constitucional por excelencia: arbitrar y moderar el funcionamiento regular de las instituciones» (Requejo Pagés, 2025, p. 381). Cuestión que quedó clara en la última renovación del Consejo General del Poder Judicial. Al ser privado de la posibilidad de ser útil al desenvolvimiento del sistema liberal democrático, esto es, al haber atentado contra su legitimidad funcional, «el rey deja de ser una institución para convertirse progresivamente en una reliquia, tan extravagante como embarazosa en un ordenamiento constitucional» (Requejo Pagés, 2025, p. 382). Amén.

jefe del Estado se incluye la de custodiar el orden constitucional» (Expósito, 2025, p. 239). Subsiguientemente, la defensa de la constitución del monarca «no obedece al ejercicio de ningún poder residual o de reserva durmiente que haya de activarse en momentos de crisis o emergencias constitucionales. Admitir, en la órbita regia, la existencia de poder o prerrogativa, de cualquier tipo: explícito o implícito, quebraría con el principio democrático, en general, y con la lógica de un gobierno parlamentario, en particular» (Expósito, 2025, p. 239). En fin, incomprensible.

3. Carl Schmitt a la sombra del monarca de Manuel García-Pelayo

En el «estudio de contextualización» del profesor Tajadura y en algunas reseñas se asegura la presencia de Schmitt en la última obra publicada de García-Pelayo. Pero no se desarrolla. Por esta razón, destinaré este último apartado a precisar tres ideas y conceptos claves de Schmitt que lucen en *El Rey:* la relación entre normalidad y excepcionalidad, la dictadura comisaria y el jefe del Estado como defensor de la constitución. Asuntos —especialmente, los dos últimos— que yo infería de otros trabajos de García-Pelayo, mas ahora él mismo se encarga de explicitarlos.[21]

3.1. Normalidad y excepcionalidad

Las reflexiones de Schmitt y de García-Pelayo sobre la protección de la constitución en un caso excepcional son inescindibles de su forma de entender el derecho.

21 Por ejemplo, y sin tener ni remota idea del dictamen sobre el 23F, sostuve que las teorías sobre el caso excepcional, la defensa de la dictadura y el jefe del Estado como guardián de la constitución operaban plenamente en la obra de García-Pelayo, porque «cuando comenta el proyecto de Constitución española de 1978, el constitucionalista avala que el texto prevé en ciertos preceptos "métodos para restablecer la normalidad, sin la que es imposible la vigencia de la normatividad y que puede implicar la suspensión temporal de algunos preceptos constitucionales para salvar a la Constitución como un todo". Entre otros, resalta el actual artículo 56, que otorga el papel de árbitro y moderador al rey. Vemos así que, al contrario que otros autores, (…) García-Pelayo proclamó que el artículo dota al rey "de un fondo último e inconcreto de poder que quizás actúa solamente en caso de gravísima crisis". Sobra decir que tanto el 23-F como la crisis catalana de 2017 le han dado la razón» (Vila Conde, 2024b, p. 34). Y, en un texto escrito en 2022 y publicado en 2023, había reflexionado también sobre el Gobierno y el rey como defensores de la Constitución de 1978 en la obra de García-Pelayo. El primero en base al artículo 155 CE y el segundo apoyándose en los artículos 56.1 o 62.f CE. Y concluía: «En lo que va de vida constitucional, estas facultades extraordinarias han sido empleadas en dos ocasiones y expresadas en dos famosos discursos pronunciados por Juan Carlos I, con ocasión del golpe de Estado militar del 23 de febrero de 1981, y por Felipe VI, con motivo del golpe de Estado catalán de octubre de 2017» (Vila Conde, 2023, p. 284). En *El Rey,* García-Pelayo ratifica mi interpretación de su obra.

Schmitt es el pensador por excelencia de los casos límite. Tal vez exagera la importancia de lo excepcional y, con ello, devalúa la normalidad constitucional.[22] Pero, ciertamente, los casos excepcionales existen; muy de vez en cuando, pero existen. Por ello, nada se avanza con negarlos.

En *Politische Theologie* (1922), el jurista alemán expone sus principales meditaciones sobre la relación entre normalidad y excepcionalidad. Schmitt explica —como se verá ulteriormente en la *Teoría de la Constitución* de 1928— que el orden jurídico reposa sobre una decisión, no sobre una norma. Para él, de hecho, la constitución es solamente el conjunto de decisiones políticas fundamentales, en las que un pueblo acuerda basar su modo de existencia. Los demás preceptos presentes en un código constitucional (leyes constitucionales) meramente desarrollan esas decisiones políticas fundamentales (Schmitt, 2019, p. 57). Luego, para Schmitt, el derecho no está compuesto solo de normas, sino también de decisiones; y estas son lo realmente relevante. Solo desde este prisma se entiende su tratamiento del estado o caso excepcional.

El caso excepcional es aquel no regulado con precisión o siquiera previsto en las normas jurídico-positivas vigentes. Para superar una situación anormal, la actuación del soberano es necesaria. Es más, el caso excepcional revela quién es realmente el soberano, porque «soberano es quien decide sobre el estado de excepción» (Schmitt, 1975, p. 35). Ante un supuesto que pone en jaque el orden jurídico como un todo, la figura del soberano florece para salvar dicho orden y volver a la normalidad. Para alcanzar esta meta, es posible que el soberano deba suspender las normas jurídicas previstas para la normalidad. «Ante un caso excepcional, el Estado suspende el derecho por virtud del derecho a la propia conservación» (Schmitt, 1975, p. 42). Mas esta decisión es ple-

22 Manifestaciones del estilo «la excepción es más interesante que el caso normal. Lo normal nada prueba; la excepción, todo; no solo confirma la regla, sino que esta vive de aquélla» (Schmitt, 1975, p. 45) han dado lugar a que Fernández Carvajal diga que Schmitt es «un gran ingenioso», pues lleva «las cosas más allá de quicio» (Aragón, 1996, p. 15).

namente jurídica porque el derecho se compone de normas y de decisiones. El caso excepcional, constata el alemán, «pone al descubierto en toda su dureza un elemento específicamente jurídico: la decisión» (Schmitt, 1975, p. 43). Y es que, ultima Schmitt, «el orden jurídico, como todo orden, descansa en una decisión, no en una norma» (Schmitt, 1975, p. 40).

García-Pelayo detalla que, «desde el punto de vista jurídico-político, una situación excepcional se caracteriza por la presencia real de serios peligros para la existencia del Estado o del orden y seguridad públicos que no pueden ser allanados con los medios establecidos por la constitución y las leyes para tiempos normales, sino que requieren de la aplicación transitoria de medios excepcionales. Desde el punto de vista jurídico-constitucional, una situación excepcional se define como aquel estado de cosas que impide la vigencia efectiva de las normas constitucionales y/o el funcionamiento normal de las instituciones u órganos constitucionales establecidos y regulados por ellas» (García-Pelayo, 2024, p. 62). Siguiendo la tesis schmittiana de que «cada átomo jurídico, si se me permite decirlo así, encierra un orden que presupone una situación anormal, distinta a la del derecho que debe regir en un estado normal» (Schmitt, 2013b, p. 343), García-Pelayo considera que «es un imbécil» quien trate de aplicar las normas generales al caso excepcional (García-Pelayo, 2009d, p. 361). Para solventar una situación excepcional, las medidas extraordinarias apremian. Las normas generales son lo adecuado para la normalidad, pero el sistema sucumbiría si se aplican a un supuesto que lo pone en jaque. La situación de excepción, aunque se dé inusualmente, muestra la auténtica realidad del derecho. Pues «la verdad profunda de las cosas humanas se conoce en el caso excepcional» (García-Pelayo, 2009c, p. 1088). Lo excepcional patentiza la incapacidad de las normas jurídico-positivas para hacer frente al gran desafío de conservar el orden jurídico como un todo.

Los juristas no pueden seguir la táctica del avestruz ante el caso excepcional. Al igual que Schmitt, todo buen *iuspublicista* debería enfrentarse a las circunstancias que ponen el orden jurídico a prue-

ba. Partiendo de esta premisa, García-Pelayo traza en *El Rey* las cuatro relaciones que pueden darse entre las medidas adoptadas en una situación excepcional y el derecho constitucional (García-Pelayo, 2024, pp. 64–68).

En primer lugar, puede ocurrir que el texto constitucional fije, siquiera vagamente, tanto los supuestos excepcionales como las medidas y el encargado de ejecutarlas. Ello obedece a la lógica del Estado de derecho de querer regularlo todo. Los artículos 55 y 116 de la Constitución española de 1978 responden a este modelo.

En segundo lugar, es posible que el código político contenga una cláusula general de cierre del sistema, que concentre la toma de decisiones extraordinarias en una institución. El artículo 48 de la Constitución de Weimar —sobre el que Schmitt teorizó— y, ulteriormente, el artículo 16 de la actual Constitución francesa siguen este esquema.[23]

En tercer lugar, puede que las medidas acordadas hallen encaje en determinados conceptos generales y principios constitucionales. Esto permitió la legislación por decreto-ley del rey de Bélgica durante la Primera Guerra Mundial, la cual, posteriormente, fue convalidada por la Corte de Casación belga.

En cuarto lugar, las medidas excepcionales no tienen encuadre posible en la constitución —e incluso contradicen expresamente preceptos concretos— pero, curiosamente, consiguen salvar al Estado y a la obra constitucional como un todo.

En cualquiera de los cuatro supuestos, García-Pelayo dictamina que las medidas adoptadas caen bajo la órbita del derecho. «Dicho de otro modo: puede suspenderse o ignorarse una parte de la constitución si ello es condición para salvarla como un todo» (García-Pelayo, 2024, p. 68). *Dixit*. Schmitt tenía razón.

23 Véase, infra, la nota 24.

3.2. La dictadura y el jefe del Estado como guardián de la constitución

3.2.1. Carl Schmitt

Indiferente a la denostación del término «dictadura», y siendo más consciente que nadie de que «todos los conceptos, ideas y palabras [políticos] poseen un sentido polémico» (Schmitt, 2018a, p. 63), Schmitt reivindica esa gloriosa institución de derecho romano en 1921 y, una década después, la une a la defensa de la Constitución de Weimar.

En su libro sobre *La Dictadura* (1921), el jurista de Plettenberg rescata la magistratura extraordinaria romana para hablar de la «dictadura comisaria». Declara que tal dictadura es un simple medio, no un fin en sí mismo, cuyo objetivo es restablecer la normalidad constitucional, para que las normas generales vuelvan a operar. *Ergo*, la dictadura no se opone a la democracia, ni tampoco a la aristocracia o la monarquía, pues dicha institución no es una forma de gobierno, sino un mero instrumento jurídico compatible con cualesquiera de los gobiernos mencionados. La dictadura silencia las normas previstas para las situaciones normales y, así, salva el derecho como un todo. «La justificación de la dictadura se apoya en que, si bien esta ignora el derecho, es tan solo para realizarlo» (Schmitt, 2013a, p. 65). El dictador recibe un mandato —en nuestros días, de la misma constitución— que le faculta a tomar todas las medidas que sean oportunas para volver a la normalidad. Y, como su fin es alcanzar esa meta, el dictador no puede emplear su omnímodo poder para cambiar el sistema. Solo puede restaurarlo. «La dictadura comisarial —finaliza Schmitt— suspende la constitución *in concreto*, para proteger la misma constitución en su existencia concreta», esto es, «la dictadura protege una determinada constitución contra un ataque que amenaza echar abajo esta constitución» (Schmitt, 2013a, pp. 214–215).

Cuando Schmitt lleve a la práctica político-constitucional de su tiempo la teoría anterior, lo hará para teorizar sobre la dictadura

del presidente de la República de Weimar (1924). Y estas reflexiones están unidas a *El defensor de la Constitución* (1931).

Schmitt dogmatiza que la constitución abarca (solamente) las decisiones políticas fundamentales que dan forma y modo de existencia al Estado. Por ello, la defensa de esas decisiones ha de ser forzosamente política. Si la constitución fuese solo una norma jurídica, el más capacitado para protegerla sería un tribunal, como propone Kelsen (Kelsen, 2018). Schmitt no lo duda. Lo que cuestiona es la consideración de la constitución como una mera norma jurídica. A su entender, la constitución no es solo una norma, sino un conjunto de decisiones políticas fundamentales. Por ende, su defensa no puede recaer en un órgano judicial. La misión de los jueces es aplicar la ley al caso concreto. Solo así, subordinándose a la ley, los jueces son independientes. Por el contrario, si los jueces tienen la competencia para juzgar una decisión política (por ejemplo, una ley del Parlamento) alegando que no tiene encaje en tal o cual precepto o principio constitucional, dejan de ser imparciales e independientes y se convierten en una instancia política y, por tanto, parcial. Con ello, la actividad de los magistrados se desdibuja. Para evitar que la función judicial, que es estrictamente jurídica, se entrometa en asuntos políticos, Schmitt atribuye a un órgano netamente político —el presidente— la custodia de las decisiones políticas fundamentales alemanas de 1919. En suma, si se entiende que la constitución es una decisión del pueblo soberano, «la cuestión relativa al defensor de la constitución puede resolverse de otra manera que mediante la ficticia judicialidad» (Schmitt, 2018b, p. 16).

En base a ciertos artículos de la Constitución de Weimar (41, 42, 45, 47, 48 y 130), Schmitt confiere su defensa al presidente del *Reich*. Por ejemplo, el artículo 42 le otorga el mandato expreso de «salvaguardar la Constitución». Y, en la situación alemana de aquel momento, eso implicaba «garantir la unidad del pueblo como conjunto político» frente a las luchas partidistas y los intereses económicos (Schmitt, 2018b, p. 286). Por ello, el presidente es

el «defensor y guardián de la unidad constitucional y de la integridad de la nación» (Schmitt, 2018b, p. 286).

Sin embargo, Schmitt anota que el precepto weimariano más relevante es el 48. Este atribuye al presidente la defensa de la Constitución de 1919 en grado máximo, al poner en sus manos una dictadura comisaria. El artículo 48 establece que el presidente podrá tomar todas las medidas necesarias para salvar el *corpus* constitucional. Mas no podrá apoyarse en ese precepto para cambiar el sistema político-constitucional. Pues, escribe Schmitt, «sería anticonstitucional modificar la Constitución (…) de un modo distinto a lo contemplado en el art. 76» (Schmitt, 2013b, p. 330). El presidente tiene la capacidad de acordar medidas excepcionales —las cuales eran acuciantes debido a la crisis constitucional avivada por las luchas intestinas entre las diferentes facciones— para reponer la normalidad, mas no puede servirse de la dictadura para mutar el código político. Schmitt es diáfano: «Ninguna institución constitucional puede (…) ser eliminada siguiendo el art. 48 de la Constitución argumentando que esto es necesario para el restablecimiento de la seguridad y del orden públicos» (Schmitt, 2013b, p. 332). Y, poco después, insiste: «Al presidente del *Reich* no le está permitido, en modo alguno, tomar todas las medidas, sino que cada cláusula constitucional es, para él, una barrera infranqueable, siempre que no se trate de algunos de los siete derechos fundamentales enumerados en el párr. 2 del art. 48, que pueden ser dejados en suspenso» (Schmitt, 2013b, p. 349). Palabras que sus detractores no deberían obviar.

3.2.2. Manuel García-Pelayo y el monarca de 1978

No hace falta profundizar demasiado en la obra de García-Pelayo para percatarse de la importancia de los anteriores conceptos schmittianos. Basta leer su *capolavoro*. En *Derecho constitucional comparado*, el jurista español refrenda profunda y profusamente la dictadura comisaria ante una situación excepcional.

Tras subrayar que «no hay norma aplicable a un caos», García-Pelayo exclama que «el estado excepcional requiere, pues, me-

didas excepcionales» (García-Pelayo, 2009d, p. 360). Entre estas medidas excepcionales se encuentra la dictadura comisaria, que es «excepcional y extraordinaria». Su fin no es otro que la vuelta a la normalidad, que es el supuesto para que la normatividad funcione. Para alcanzar tan preciada meta, el dictador puede silenciar ciertos derechos y garantías previstos para los casos normales o, dicho de otra forma, «suspende parcialmente la constitución para salvarla como totalidad» (García-Pelayo, 2009d, p. 362). Esta dictadura, acaba García-Pelayo, «está rigurosamente condicionada por su objetivo concreto: la restauración de la normalidad, y a la que ordinariamente se le señalan plazos específicos de duración» (García-Pelayo, 2009d, p. 362).

En *El Rey,* García-Pelayo ofrece tres ejemplos de constituciones que han asumido esta teoría: la Constitución alemana de 1919, la francesa de 1958[24] y, he aquí lo importante, la española de 1978 (véase García-Pelayo, 2024, pp. 64, 68).

3.2.3. El 23F

Las «Consideraciones jurídico-constitucionales sobre la actuación de S. M. el Rey con ocasión de los acontecimientos del 23/24 de febrero» (segundo dictamen) son una cabal aplicación de la teoría de la dictadura del jefe del Estado a un caso real.

Rehusando las posturas de sus discípulos Rubio Llorente y Aragón Reyes, para quienes el rey no es un defensor de la Constitución de 1978 (Aragón, 1980, pp. 219–221; Rubio Llorente, 1980, pp. 157–158), García-Pelayo avisa ya en 1977 que el rey tiene «una reserva de poder» (García-Pelayo, 2024, p. 43). El monarca,

24 En *Derecho constitucional comparado*, García-Pelayo elogia la dictadura comisaria de la Constitución de la V República. Alega que el artículo 16 de la Constitución de 1958, que recoge «las doctrinas de Carl Schmitt sobre el caso excepcional», «pone en manos del presidente de la República la dictadura comisoria sin otros límites que los exigidos por las circunstancias». Y es, por consiguiente, «la más decisiva e importante de las atribuciones», ya que le permite «tomar [todas] las medidas "exigidas por las circunstancias" en caso de peligro grave e inmediato, de naturaleza exterior o interior» (García-Pelayo, 2009d, p. 724).

adiciona en 1978, está dotado «de un fondo último e inconcreto de poder que quizás actúa solamente en caso de gravísima crisis» (García-Pelayo, 2021, p. 96). En 1981, lleva esas especulaciones a la práctica.

El 23 de febrero de 1981, unos militares dan un golpe de Estado y secuestran a los parlamentarios y al Gobierno, quienes estaban reunidos en la Cámara Baja. Ante esa situación verdaderamente excepcional, en la que ni el Ejecutivo ni el Legislativo podían actuar, el jefe del Estado y capitán general del Ejército español, en virtud del deber constitucional de guardar y hacer guardar la constitución, adopta una serie de medidas encaminadas a salvar la obra constitucional y reponer la normalidad.

Pocas dudas hay del carácter excepcional del 23F. Y, ante un caso excepcional, medidas excepcionales debían dictarse. Mas García-Pelayo alecciona que no toda medida es válida para superar la excepcionalidad. Para su validez se requiere: i) que su fin no sea otro que restablecer la normalidad constitucional; ii) que se limite temporalmente solo al anterior cometido; y iii) que haya proporcionalidad entre el peligro y las medidas. A la luz de estos tres criterios, el jurista político hispano dictamina que la actuación de Juan Carlos I aquel día fue constitucional. Lo fue por el sencillo hecho de que salvó la Constitución española. Pero, además, las decisiones regias tienen encaje en preceptos concretos del texto constitucional. García-Pelayo razona que no hubo aporía jurídico-positiva alguna en el sentido —indicado por Expósito— de que una actuación sin encaje constitucional, esto es, inconstitucional, salvase la Constitución de 1978. Por el contrario, el desempeño del monarca ese día se subsume en los artículos 61, 56.1, 8 y 62.h.

El artículo 61 establece el deber del rey de guardar y hacer guardar la Constitución. Esta disposición, por tanto, impone un deber jurídico al monarca. Le obliga a hacer respetar el código político. Y de ello se infiere, anota García-Pelayo, que «si la Constitución hace prestar el juramento de hacerla guardar, la misma Constitución no puede negarle a quien lo presta los medios para su cumplimiento» (García-Pelayo, 2024, pp. 71–72).

El artículo 56.1 señala que el rey arbitra y modera el funcionamiento regular de las instituciones. Ahora bien, para arbitrar y moderar, primero las instituciones deben estar operativas. Por consiguiente, «la función de arbitrar y moderar que la Constitución asigna al rey en su calidad de jefe del Estado solo era posible devolviendo al Congreso y al Gobierno su libertad de acción» (García-Pelayo, 2024, p. 73). Y las medidas adoptadas lograron restaurar las condiciones para que el Ejecutivo y el Legislativo volviesen a funcionar con normalidad.

El artículo 8 impone a las Fuerzas Armadas el deber de defender la Constitución y el 62.h otorga al rey el mando supremo de las Fuerzas Armadas. Mando significa el poder de dar órdenes imperativas al Ejército para conseguir un determinado objetivo. García-Pelayo argumenta que el rey cumplió con su papel de mando supremo sobre las Fuerzas Armadas no sometiéndose más que a la Constitución que juró guardar y hacer guardar. Para esta misión, dictó órdenes que restablecieron la Constitución y la jerarquía de las Fuerzas Armadas.[25] Estas medidas, cierto es, se adoptaron sin refrendo ministerial, lo que conculcaría los artículos 56.3 y 64 CE. Por ello, en principio, nos encontraríamos nuevamente con la tesis de que una acción inconstitucional habría salvado la Constitución de 1978. Mas García-Pelayo se ríe de quienes esto aseveran. Deja caer que muy necio habría que ser para exigir el refrendo en una situación en la que nadie —ni el presidente ni los ministros— po-

25 En un discurso televisado, el rey afirmó: «He cursado a los capitanes generales de las regiones militares, zonas marítimas y regiones aéreas la orden siguiente: "Ante la situación creada por los sucesos desarrollados en el palacio del Congreso, y para evitar cualquier posible confusión, confirmo que he ordenado a las autoridades civiles y a la Junta de jefes del Estado Mayor que tomen las medidas necesarias para mantener el orden constitucional dentro de la legalidad vigente"». En fin, se trató de un claro ejercicio de potestas. En palabras de García-Pelayo: «Los atributos del mando supremo investido en el rey son normalmente potenciales (…) o han de ser ejercidos a través del refrendo ministerial. Pero cuando se produce una situación como la del 23 de febrero, tales poderes o atributos pueden convertirse en actuales, si su actualización es una exigencia necesaria para restaurar la vigencia efectiva de los ordenamientos constitucional y militar» (García-Pelayo, 2024, pp. 79–80).

día otorgarlo. Así pues, concluye, «ningún precepto constitucional puede interpretarse de forma que conduzca a un absurdo o al aniquilamiento de la constitución» (García-Pelayo, 2024, p. 82).

Por todo lo expuesto, García-Pelayo sentencia que la actuación del jefe del Estado, encarnando el papel schmittiano de dictador comisario, preservó el orden constitucional. «Las acciones emprendidas por el rey o por su iniciativa —finaliza García-Pelayo— se basaron siempre y en todo caso en preceptos constitucionales concretos y en la relación entre ellos, tal como se desprende de las páginas precedentes de este escrito. Dichos actos estuvieron siempre orientados por la constitucionalidad de los fines y de los medios, y se limitaron al tiempo y a las acciones indispensables para asegurar el funcionamiento regular de las instituciones» (García-Pelayo, 2024, p. 84). Una vez la normalidad constitucional fue restablecida y las instituciones pudieron operar regularmente, la dictadura cesó. El rey salvó la Constitución española de 1978.

3.2.4. La no sanción de una norma jurídica como defensa de la constitución

Además de llevar a Schmitt a la práctica en la actuación del monarca el 23F, García-Pelayo plantea un caso hipotético en el que el rey debe actuar como defensor de la constitución. Se trata de la posibilidad de negar la sanción de una norma jurídica en una situación verdaderamente excepcional.

La sanción es la intervención del jefe del Estado en la fase final del proceso legislativo y supone su culminación. En virtud de la sanción, la decisión de la autoridad legislativa (Parlamento o Gobierno) se convierte propiamente en una norma imperativa para todos. La sanción, explica García-Pelayo, convierte en ley «lo que hasta entonces era un proyecto de ley, es decir, un conjunto de normas sin virtualidad de obligar jurídicamente» (García-Pelayo, 2024, p. 101).[26]

26 García-Pelayo evoca que la promulgación y la publicación difieren de la sanción. La primera «es un acto llevado a cabo por el jefe del Estado, en su

La propuesta del presidente del Tribunal Constitucional al dictamen encargado por el monarca pretende ser original. Pues, confiesa, los tratados que ha consultado «se limitan a decir que la sanción ha perdido efectividad» (García-Pelayo, 2024, p. 118).

Por lo de pronto, García-Pelayo distingue entre casos normales y situaciones excepcionales. Y afirma que los artículos 62 y 91 de la Constitución española están pensados para la normalidad. Si las cosas marchan regularmente, el monarca se pegaría un tiro en el pie al no sancionar una norma. Dejaría de ser visto como un tercero neutral y devendría un rey de parte. El rey debe ser imparcial y no ha de interferir en el normal juego de partidos, lo que haría si niega la sanción. Además, la negativa a sancionar generaría un conflicto constitucional de muy difícil solución. El monarca colisionaría contra un Parlamento y un Gobierno controlados por un partido o una coalición mayoritarios. El rey situaría, así, a un conjunto nada desdeñable de españoles en su contra. En definitiva, en una situación normal, Cidoncha Martín tiene razón: «No firmar, sin duda, pondría en juego la pervivencia misma de la Corona. El rey "se la juega" si no firma» (Cidoncha Martín, 2023, p. 175).

Sin embargo, todo cambia en el caso excepcional. Aquí es Lombardi quien está en lo cierto. El rey debe actuar como garante cuando «se pretenda efectuar algún tipo de cambio fuera de las formas previstas por la Constitución» (Lombardi, 2018, p. XLIX). En una situación «imprevisible de antemano en la que los poderes públicos hubieran sido ocupados total o parcialmente por portadores ilegítimos o cuando se tratara de leyes o actos manifiestamente e inmediatamente anticonstitucionales por su forma o contenido», García-Pelayo informa que carece de sentido «una interpretación de la Constitución pensada y construida para circunstancias normales» (García-Pelayo, 2024, p. 133). Es más, sería contraprodu-

cualidad de suprema autoridad ejecutiva, por el que se testimonia que ha sido aprobada una ley y se ordena su cumplimiento por los funcionarios, jueces y ciudadanos». La publicación, por su parte, «es el acto por el cual la ley sancionada y promulgada se pone en conocimiento de las autoridades y/o de los ciudadanos para su cumplimiento» (García-Pelayo, 2024, p. 102).

cente porque, respondiendo con normalidad a lo excepcional, el orden constitucional se destruiría. Al sancionar, el jefe del Estado devendría colaborador necesario en la demolición de la obra constitucional.

Por consiguiente, García-Pelayo sostiene que «en casos excepcionales de tal naturaleza en los que puede estar en cuestión la vigencia de la Constitución como un todo, la unidad indisoluble de la nación o la existencia misma del Estado, el rey no solo podría, sino que eventualmente debería negar la sanción a una ley o a un acto con fuerza de ley que atentara manifiesta o inmediatamente contra tales bienes» (García-Pelayo, 2024, p. 133). Negando la sanción en estos supuestos, el rey no se convierte en un rey de partido, sino que se presenta como un rey constitucional que protege las decisiones políticas fundamentales, el Estado y la nación frente a una bandería. En palabras del jurista español: «Ya no se trataría de ponerse al lado de un partido frente a otro, sino de defender la totalidad constitucional, estatal o nacional frente a una facción, ya no se trataría de favorecer a una legalidad frente a otra posible legalidad, sino de defender la legitimidad frente a la ilegitimidad. Ser el polo firme en medio del fluir de los fenómenos no implicaría aquí la inhibición, sino la acción decisoria» (García-Pelayo, 2024, p. 133). Y concluye inmejorablemente: «Ante tales casos verdaderamente existenciales, en los que está en juego el ser o no ser del orden constitucional, de la patria o del Estado, sería preciso asumir la responsabilidad histórica, contrapunto de la irresponsabilidad constitucional, volviendo al sentido originario del concepto de sanción que, por lo mismo que ha cambiado a través del curso histórico, puede recobrarse circunstancialmente ante una concretísima contingencia histórica. Ello iría apoyado desde el punto de vista jurídico positivo no solo en la literalidad de los artículos 62 y 91, sino también en el deber del rey de guardar y hacer guardar la Constitución y en su carácter de símbolo de la unidad y permanencia del Estado» (García-Pelayo, 2024, p. 134). Sabias palabras que, tal vez, deberían haber sido tenidas en cuenta en la Ley Orgánica 1/2024, de 10 de junio, de amnistía para la normalización institu-

cional, política y social en Cataluña, la cual supuso un quebrantamiento del Estado constitucional de derecho en tanto que uno de los poderes —el Legislativo— no se sometió a la Constitución de 1978 y eliminó la autoridad de otro —el Judicial—, y que, probablemente, vuelvan a ser actuales en un (cada vez menos hipotético) referéndum de autodeterminación. La historia nos dirá si el rey está en condiciones de actuar como el defensor de la constitución schmittiano que luce a la sombra de *El Rey* de Manuel García-Pelayo.

Referencias

Aragón, M. (1980). La monarquía parlamentaria. Comentario al artículo 1.3 de la Constitución española. En *Libro-homenaje a Manuel García Pelayo* (Vol. I, pp. 181–222). Universidad Central de Venezuela.

Aragón, M. (1996). Un buen ejemplo del derecho político español. Conversación con el profesor Rodrigo Fernández-Carvajal. *Anuario de Derecho Constitucional y Parlamentario*, (8), 7–56.

Attard, E. (1983). *La Constitución por dentro: Evocaciones del proceso constituyente.Valores, derechos y libertades.* Argos-Vergara.

Aveledo, R. G. (2022). Justicia constitucional. *Últimas Noticias*.

Camoni, D. (2025). M. García-Pelayo, El Rey. *Nomos. Le attualità nel diritto* (1), 1–8.

Cidoncha Martín, A. (2023). *Neutralidad y jefatura del Estado.* J. M. Bosch Editor.

Comprendre. (2022). Llibres rebuts. *Comprendre. Revista Catalana de Filosofia, 24*(1), 156–159.

Constant, B. (1989). *Escritos políticos* (M. L. Sánchez-Mejía, trad., est. prel. y notas). Centro de Estudios Constitucionales.

De Miguel, J. (2022, 11 de marzo). De la libertad en ambos hemisferios. *El País*. https://elpais.com/opinion/2022-03-11/de-la-libertad-en-ambos-hemisferios.html

De Miguel, J., & Tajadura, J. (2022). *Kelsen versus Schmitt: Política y derecho en la crisis del constitucionalismo.* Guillermo Escolar.

Expósito, E. (2025). Repensando la posición y las funciones del rey en el sistema institucional (releyendo a Manuel García-Pelayo). *Revista de Derecho Político*, (123), 235–247. https://doi.org/10.5944/rdp.123.2025.45507

García Fernández, L. (2013). *Idea de la política y de la sociedad en la obra de Manuel García-Pelayo.* Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

García, E. (2024). Nota editorial: Las razones de una edición. En M. García-Pelayo, *El Rey* (pp. XI-XXII). Tecnos.

García-Pelayo, M. (1935). *Sobre algunos conceptos capitales de la democracia* [manuscrito inédito].

García-Pelayo, M. (2009a). *Autobiografía intelectual. En Obras Completas* (Vol. I). Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

García-Pelayo, M. (2009b). *Burocracia y tecnocracia y otros escritos. En Obras Completas* (Vol. II). Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

García-Pelayo, M. (2009c). *Del mito y de la razón en la historia del pensamiento político.* Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

García-Pelayo, M. (2009d). *Derecho constitucional comparado.* Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

García-Pelayo, M. (2009e). El Estado de nuestro tiempo. En *Obras Completas* (Vol. III, pp. 3407–3464). Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

García-Pelayo, M. (2009f). *El Estado de partidos. En Obras Completas* (Vol. II). Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

García-Pelayo, M. (2019). Epílogo. En C. Schmitt, *Teoría de la Constitución* (pp. 489–494). Alianza.

García-Pelayo, M. (2021). *Inédito sobre la Constitución de 1978*. Tecnos.

García-Pelayo, M. (2024). *El Rey.* Tecnos.

Kelsen, H. (2015). *Teoría general del Estado.* Coyoacán.

Kelsen, H. (2018). *¿Quién debe ser el defensor de la Constitución?* En G. Lombardi, G. Gómez Orfanel, & A. Oehling de los Reyes (Eds.), *La polémica Schmitt/Kelsen sobre la justicia constitucional: El defensor de la Constitución versus ¿Quién debe ser el defensor de la Constitución?* Tecnos.

Lieber, H.-J. (2023). Prólogo a la primera edición. En J. Fijalkowski, *Los componentes ideológicos en la filosofía política de Carl Schmitt: La trama ideológica del totalitarismo* (pp. 29–33). Tecnos.

Lombardi, G. (2018). Estudio preliminar. La querella Schmitt/Kelsen: Consideraciones sobre lo vivo y lo muerto en la gran polémica sobre la justicia constitucional del siglo XX. En G. Lombardi, G. Gómez Orfanel, & A. Oehling de los Reyes (Eds.), *La polémica Schmitt/Kelsen sobre la justicia constitucional: El defensor de la Constitución versus ¿Quién debe ser el defensor de la Constitución?* (pp. IX–LXXII). Tecnos.

López Burniol, J. J. (2025, 8 de febrero). El Rey constitucional. *LaVanguardia*. https://www.lavanguardia.com/opinion/20250208/10364134/rey-constitucional.html

Molina, J. (2021). *Pensamiento político en España a partir de 1935. Una aproximación en clave generacional.* RACMP-Los Papeles del Sitio.

Molina, J. (2025). Prólogo. En F. Vila Conde, *Manuel García-Pelayo, jurista de Estado: Una teoría de las formas políticas* (pp. XXIII-XXIX). Comares.

Requejo Pagés, J. L. (2025). El rey. *Revista Española de Derecho Constitucional*, (134), 373–382. https://recyt.fecyt.es/index.php/REDCons/article/view/117535

Rubio Llorente, F. (1977, 30 de junio). Sobre los diversos modos de hacer una Constitución. *El País*. https://elpais.com/diario/1977/06/30/opinion/236469608_850215.html

Rubio Llorente, F. (1980). La Constitución española de 1978. En *Libro-homenaje a Manuel García Pelayo* (Vol. I, pp. 139–162). Universidad Central de Venezuela.

Ruiz Miguel, C. (2019). Estudio preliminar. En C. Schmitt, *Catolicismo romano y forma política. La visibilidad de la Iglesia* (pp. 9–52). Ediciones Olejnik.

Schmitt, C. (1971). *Legalidad y legitimidad* (J. Díaz García, trad.). Aguilar.

Schmitt, C. (1975). *Teología política, Estudios políticos.* Doncel.

Schmitt, C. (2012). Colloquio con Dieter Groh e Klaus Figge. En G. Agamben (Ed.), *Un giurista davanti a se stesso: Saggi e interviste* (pp. 41–66). Neri Pozza.

Schmitt, C. (2013a). *La dictadura: Ensayos sobre la dictadura 1916–1932.* Tecnos.

Schmitt, C. (2013b). La dictadura del presidente del Reich según el art. 48 de la Constitución de Weimar. En *Ensayos sobre la Dictadura, 1916-1932* (pp. 295–350). Tecnos.

Schmitt, C. (2018a). *El concepto de lo político (1932)*. Alianza.

Schmitt, C. (2018b). El defensor de la Constitución. En G. Lombardi, G. Gómez Orfanel, & A. Oehling de los Reyes (Eds.), *La polémica Schmitt/Kelsen sobre la justicia constitucional: El defensor de la Constitución versus ¿Quién debe ser el defensor de la Constitución?* Tecnos.

Schmitt, C. (2019). *Teoría de la Constitución* (F. Ayala, trad.). Alianza.

Serra Giménez, F. (2016). Carl Schmitt, 'teórico' de la Constitución de Weimar. *Pensamiento*, (72), 501–521.

Soriano, G. (2005). Manuel García-Pelayo en el desarrollo del derecho constitucional del siglo XX. *Cuestiones Constitucionales: Revista Mexicana de Derecho Constitucional*, (13), 205–231. https://doi.org/10.22201/iij.24484881e.2005.13.5742

Stambouli, A. (2005). Una idea del buen gobierno, en homenaje a Manuel García-Pelayo. *Cuadernos Unimetanos*, (2), 15–22.

Tajadura, J. (2022). Ensayo de una teoría de la jefatura del Estado parlamentario. En J. Tajadura (Ed.), *La jefatura del Estado parlamentario en el siglo XXI* (pp. 13–88). Athenaica.

Tajadura, J. (2024). Estudio de contextualización: El rey constitucional según Manuel García-Pelayo. En M. García-Pelayo, *El Rey* (pp. XXII–L). Tecnos.

Tomás y Valiente, F. (1992). Presentación de las "Obras Completas" de Manuel García Pelayo en la Residencia de Estudiantes. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, (15), 13–20.

Vázquez, V. J. (2025, 1 de junio). La república coronada de Manuel García-Pelayo. *Letras Libres*, (285). https://letraslibres.com/revista/la-republica-coronada-de-manuel-garcia-pelayo/01/06/2025/

Vila Conde, F. (2022). Unas palabras en la presentación del "Inédito sobre la Constitución de 1978" de Manuel García-Pelayo. *El Cronista del Estado Social y Democrático de Derecho*, *(101–102)*, 102–109.

Vila Conde, F. (2023). Carl Schmitt en la Constitución española de 1978. Los apuntes de García-Pelayo. *Historia Constitucional,* (24), 263–284.

Vila Conde, F. (2024a). Arbitraje, moderación y defensa regias de la Constitución de 1978. *Cuadernos de Pensamiento Político*, (83), 101–113.

Vila Conde, F. (2024b). Carl Schmitt y Manuel García-Pelayo: coincidencias teóricas y existenciales. *Revista de Estudios Políticos,* (206), 13–42.

Vila Conde, F. (2025a). Carl Schmitt maestro de Manuel García-Pelayo (1934–1978). *Anales de la Real Academia de Doctores de España*, *10*(3), 607–636.

Vila Conde, F. (2025b). *Manuel García-Pelayo, jurista de Estado: Una teoría de las formas políticas.* Comares.

Zarzalejos, J. A. (2024). Salen a la luz informes inéditos y sorprendentes de García-Pelayo sobre el papel del Rey. *El Confidencial*.

TERCERA SECCIÓN

DEMOCRACIA, IDENTIDAD Y ANTAGONISMO

CAPÍTULO 9

ANIMATING LEVIATHAN: CARL SCHMITT AND THE PRETENSES OF SOVEREIGN AUTHORITY

Kam Shapiro[1]

"Ideas and distinctions are political weapons".
Carl Schmitt, Leviathan in the State Theory *of Thomas Hobbes*.

ABSTRACT

This essay examines several junctures in Carl Schmitt's shifting accounts of the dynamic interplay between sovereign power and political identity in democratic, pluralistic societies. It highlights

1 Illinois State University. Email: kshapiro@ilstu.edu

his turns from a vision of a sovereign authority invested with spiritual significance and sustained by a ritualized ethos of belief to one animated by myths that work up a loose set of territorial attachments (*terrisme*), and finally one imbued with existential fears and hostilities detached from culturally and geographically particular antagonisms. It contends that these shifts illustrate the increasingly strained pretenses and dissimulations that sustain the legitimacy of sovereign authority and the authenticity of political identity in diverse, mobile societies. Finally, it considers the relevance of Schmitt's writings for pretenses that animate authoritarian forms of democratic politics today.

Keywords: Carl Schmitt, myth, nationalism, democracy, authoritarianism.

RESUMEN

Este ensayo examina varios momentos clave en las formulaciones cambiantes de Carl Schmitt sobre la dinámica entre poder soberano e identidad política en sociedades democráticas y pluralistas. Destaca sus giros: desde una visión de una autoridad soberana investida de significado espiritual y sostenida por un ethos ritualizado de creencia, hacia una animada por mitos que elaboran un conjunto difuso de apegos territoriales (*terrisme*), y finalmente hacia una imbuida de miedos y hostilidades existenciales desvinculados de antagonismos cultural y geográficamente particulares. Sostiene que estos desplazamientos ilustran las pretensiones y disimulos cada vez más tensionados que sostienen la legitimidad de la autoridad soberana y la autenticidad de la identidad política en sociedades diversas y móviles. Por último, considera la relevancia de los escritos de Schmitt para las pretensiones que animan hoy formas autoritarias de política democrática.

Palabras clave: Carl Schmitt; mito; nacionalismo; democracia; autoritarismo

Introduction

Today, Carl Schmitt's best-known ideas and distinctions are most often turned on their author, or rather those accused of supporting authoritarianism or engaging in extreme, zero-sum partisan politics. However, as the epigraph above indicates, Schmitt not only advocated for but also theorized authority, partisanship, and various configurations of the two whereby an extra-constitutional executive purports to at once represent and constitute a political collective, to act in the name of a people they define by distinguishing them from their enemies. In what follows, I examine several junctures in Schmitt's accounts of this dynamic interplay of sovereign power and political identity in democratic, pluralistic societies. In particular, I highlight turns from a vision of a sovereign authority invested with spiritual significance and sustained by a ritualized ethos of belief to one animated by myths that work up a loose set of territorial attachments (*terrisme*), and finally one imbued with existential fears and hostilities detached from culturally and geographically particular antagonisms. As I have argued elsewhere, these shifts illustrate the increasingly strained pretenses and dissimulations that sustain the legitimacy of sovereign authority and the authenticity of political identity in diverse, mobile societies. However, as we keep learning, the evaporation of territorial culture leaves residues that still animate authoritarian forms of democratic politics today.

1. Sovereign Authority and Political Identity

Schmitt's speculations regarding sources of sovereign authority and political identity were less consistent than his criticisms of the bourgeois, liberal state that struggled to do without either. Liberal constitutions purport to be neutral insofar as they treat a diverse plurality of interests, values, and beliefs as private, apolitical and equal under the law. By the same token, they subsume sovereign authority in constitutional procedures. As Schmitt put it in The Crisis of Parliamentary Democracy (1923), the liberal state does

not play favorites, but instead recognizes the "indifferent equality" (gleichgültige gleichheit) of competing social groups (Schmitt, 1988, p. 12; Schmitt, 2017, p. 17). In this study, Schmitt traced the presuppositions underpinning the supremacy of indifference and the ostensibly neutral, constitutional state to the Enlightenment notion of a rational government, a notion embodied in parliamentary rule. Parliament was supposed to institute a rational consensus distinct from and above what Kant had termed "pathological" inclinations of competing social groups through a process of discussion (Kant, 2002, p. 30). By the early twentieth century, however, belief in the rational reconciliation of social differences and conflicts had been thoroughly falsified by practical experience. Sharpening widespread impressions with memorable caricatures and rhetorical flourishes, Schmitt juxtaposed the majestic notion of the rule of the people with the tawdry, mundane practices of party politics that Jürgen Habermas would later describe as "manipulative publicity," whereby policies were determined in closed committees and marketed to constituents via one-way mass-media communication. More poetically, in his preface to the second edition of the text, Schmitt described parliamentary pretenses to open deliberation as "…a superfluous decoration, useless and even embarrassing, as though someone had painted the radiator of a modern central heating system with red flames in order to give the appearance of a blazing fire" (Schmitt, 1988, p. 6).

Like Rousseau, Schmitt repudiated the Enlightenment vision of a constitution grounded in rational principles, a vision whose logical conclusion was a global regime identified with the triumph of universal human rights. Schmitt also argued that belief in the rationality of parliamentary deliberations had never been rational to begin with. Support for parliamentary government on the part of multiple constituencies with diverse agendas and aspirations was instead sustained, temporarily, by an identification of the consensus in question with the democratic idea of a popular will, a "polemical concept" that united those constituencies against a common enemy, namely the explicitly non-rational power of an absolute

monarch who demanded unquestioning submission. Hence, the toppling of monarchs was quickly followed by the emergence of conflicts between commercial elites, labor groups, etc., "the fate," Schmitt added, "of all polemical concepts" (Schmitt, 1988, p. 24).

Parliament was undone, then, not by its practical inefficiency so much as its broken pretenses to democratic will-formation. Schmitt dismissed alternative justifications for bourgeois constitutions, whether appeals to a supra-constitutional "basic norm" by legal positivists like Hans Kelsen, or the Madisonian alternative to principled reconciliation, namely a "balance" of contending factions, an alternative Madison proposed as a solution to the inevitable corruption of reason by factional passions and interests. Schmitt dismissed the notion of a "balance" among competing ideologies and interests as a tepid substitute for rational synthesis, attributing its appeal to a vague, fungible belief in equilibrium that could apply to all manner of phenomena, including a "balanced diet" (Schmitt, 1988, p. 40).

Schmitt pushed on an open door when he insisted that institutional inertia was not enough to preserve parliamentary government once its principled justifications had collapsed. In Weimar, there were few signs of either rational reconciliations or balance among competing parties, some of the most powerful of which (including the National Socialists as well as the Communists) were openly hostile to liberal constitutions. Ostensibly, the liberal state would capture and routinize competing parties, subjecting all to constitutional processes, but in practice the state had become a target and an instrument for those it was supposed to command. Once a party gained office, they could transform supposedly neutral tools into partisan weapons, using the immense legal, administrative, and police powers of the modern state to eliminate their competitors. In such a situation, neutrality became a "suicidal" vehicle for the elimination of neutrality.

An indifferent state cannot defend itself against parties who seek state power but do not share the state's indifference. A popular will cannot be defined, Schmitt insisted, by reference to for-

mal equivocations between law, people, etc., but only in concrete distinctions. To determine what the people will it is necessary to know who they are, that is, who counts and who does not. To preserve itself, then, the state would need to be elevated above social or "indirect" powers, to stand over and apart from society and become interested in the difference between legitimate and illegitimate groupings, excluding from participation those that could not be assimilated. As Schmitt famously put it in Political Theology, "sovereign is he who decides on the exception" (Schmitt, 1985, p. 5). In practice, this meant that a sovereign was authorized to suspend constitutional norms in a state of emergency, or what Schmitt emphatically termed an "extreme emergency" (Schmitt, 1985, p. 7). Schmitt described the exception as a "borderline case," meaning a case that establishes borders.

Schmitt's vision of sovereign authority presumed both a background of borderlessness and the competence of a sovereign. As he put it, a legal order depends upon a "normal situation," and the sovereign "produces and guarantees the situation in its totality." Schmitt's first presumption was quite safe. In Weimar, any sense of normalcy had been shattered by the First World War and its aftermath, which included bouts of severe inflation and the world-famous cultural, artistic and sexual innovations of cosmopolitan urban life in Berlin. However, Schmitt asserted that the aspiration to exorcise the exception had rested on "metaphysical convictions" (Schmitt, 1985, p. 7). Likewise, Schmitt's insistence both on the fragility of secular order and his vision of a competent personal sovereign was informed by a Catholic strain of Christian metaphysics. According to that metaphysics, every worldly order is ephemeral and provisional, a temporal island of stability in a universe subject to miraculous or catastrophic interventions, from floods to virgin births to the apocalypse. Exceptional powers are necessary, Schmitt argued, in a world of emergence, wherein any equilibrium or "balance" is contingent and provisional. The dynamic character of human beings and nature more broadly ensures that political identity never rests on a natural order. Natural law can never be

secure in a fallen world. As creatures of that world, human beings are always unsettled, always a threat, or rather a potential source of disorder.

Parliament had lost its democratic majesty, and the administrative state had become a lifeless machine. In the aftermath of the first World War, moreover, the state's claim to a monopoly over the legitimate use of force, Weber's definition of sovereignty, was a faltering pretense. Few had much faith that the liberal state could restore order. But to identify the decisions of a dictator with the will of a people, it was not enough to demonize liberalism. Where else might legitimacy be located? If not parliament, where could one look for an institution authorized to decide on the exception? Undoing the hyphenated identity of liberalism and democracy, Schmitt notoriously argued that the people could just as well be identified by an executive, or rather a dictator, a person rather than an institution. Like all sovereignty, democratic sovereignty rests on a dialectic of matter and agency, whereby the sovereign can at once represent and identify the people. But if parliament could not plausibly perform such a paradoxical role, how could an executive? On what basis could a dictator at once define and express a popular will, suspend public norms while still retaining popular (democratic) legitimacy? In other words, what could sustain the pretense of democratic sovereignty on the part of a secular executive in a pluralistic, mobile society?

Schmitt appealed to a variety of other sources of popular support for a supra-legal executive. In writings composed during the first years of Weimar that lent theoretical support to the Catholic Center Party, Schmitt posited a combination of metaphorical and institutional resources for sovereign authority in Catholicism. As Schmitt would later argue, the Church provides a conservative model for absolute authority, inasmuch as God's representative on earth occupies an interim between fall and apocalypse, managing chaos, a function Schmitt captured with the image of the Katechon referenced in Paul's Second Letter to the Thessalonians, who "holds back" the destruction associated with the arrival of the antichrist

(Schmitt, 2003, pp. 59–60). Schmitt's theological language invited images of a sovereign whose power does not necessarily depend upon the recognition of his subjects. However, Schmitt emphasized that the authority of a human leader, his power of command, rests on popular belief that cannot itself simply be commanded. In The Visibility of the Church, Schmitt had identified representation with a kind of transubstantiation whereby a "visible" figure could stand for an invisible idea, as in the representation of God by Christ, and in turn, the Church (Schmitt, 1996, p. 57). In Roman Catholicism and Political Form, Schmitt outlined worldly institutions and practices whereby theological politics found purchase in the secular world. God's human representative, he explained, accrued legitimacy from an ethos of belief channeled through traditional symbols. Schmitt wrote, "To the political belongs the idea, because there is no politics without authority, and no authority without an ethos of belief" (Schmitt, 1996, p. 17). He linked the authority of the Church to its ability to forge a "complexio oppositorum," or complex of opposites (presumably a derivation of Nicholas of Cusa's notion of the coincidentia oppositorum). The Catholic Church was a site of symbolic density fed by far-flung, well-worn ritual observances, wherein diverse streams of "complexes and instincts" were channeled towards a single figure (Schmitt, 1996, p. 8). Schmitt explained, "…this limitless ambiguity combines with the most precise dogmatism and a will to decision as it culminates in the doctrine of papal infallibility" (Schmitt, 1996, p. 8).

All personal authority rests on the deference of followers, but deference has many sources, being drawn from attitudes conditioned by various familial, social and professional relationships, and aroused by recognizable symbols. There is no performance of authority more extravagant than that of the pope, who appears surrounded by grandiose architecture and clothed in exotic costume. Moreover, the pope speaks to an audience that is already faithful. In the age of democracy, the superintendent authority of God was displaced by that of the People, absolutism by popular sovereignty. A democratic leader is no pope, and his followers are not mem-

bers of a religious community of faith cultivated over centuries, but his authority too is sustained by architectures and symbols that elicit and channel widely circulating beliefs and desires. Schmitt did not dwell on the iconography of secular authority, but he devoted considerable attention to the beliefs and desires on which extra-constitutional authority might draw in secular, democratic societies. For the sake of parsimony, I focus on two such sources below, namely Myth and Fear.

2. Myth and Territoriality

In the second half of his study of parliamentarism, Schmitt distinguished rationalist and irrationalist grounds for dictatorship in different strains of Marxist thought, finding viable political resources only in the latter. As a rational doctrine, Marxism was based in science, namely historical materialism, which was ill-suited to political leadership in two respects. First, Marx's theory of history was avowedly descriptive rather than prophetic. Second, inasmuch as it reduced political antagonism to concrete conflicts of interest, Marxism was of a piece with economism more generally, and so, in Schumpeter's words, which Schmitt quoted, "unwarlike" (Schmitt, 1976). Schmitt quipped that if a proletarian politics emerged from economic development, then a Marxist who sought to usher in communism would best turn their hands to improving technologies of production. What would justify a militant Marxist dictatorship that brooked no compromise with enemies of the people? Schmitt glossed Marx's account of the process whereby economic development converted into politics as complex social ranks and distinctions gave way to a simplified opposition of two classes, a simplification that Communists facilitated by organizing diverse groupings around common interests (Marx & Engels, 1978, p. 474; Marx, 1978, p. 214). Schmitt acknowledged the polemical power of simplification and the mobilizing potential of Marx's messianic speculations regarding the inevitable triumph of the proletariat, but he lambasted the scientific and rational sup-

positions involved in "consciousness raising," which emphasized the ability of Marxists to comprehend rather than guide history. Marx's attempts to trace the patterns leading to capitalism's end were anything but simplifying and resulted in multiple volumes of dry scholarly demonstration. Schmitt wrote, "the rationalism that… incorporates world history into its construction ends in a fever, and it no longer sees the idyllic paradise before its eyes which the naïve optimism of the Enlightenment saw…" (Schmitt, 1988, p. 64).

Schmitt was less dismissive of George Sorel, who could be accused neither of rationalism nor of naïve optimism. Sorel developed the active and polemical dimensions of Marx's historical materialism, declining to merely wait for communism to arrive and repudiating the rational plans of the utopian in favor of the mobilizing stimulations of myth, particularly the myth of the general strike. Whereas a utopia comprises a detailed blueprint of a future society that could be implemented under the guidance of expert administrators, a myth mobilizes irrational, vague, fungible energies without any determinate program (Sorel, 1941; see also Shapiro (2003). The "myth" of the general strike encourages workers to destroy existing property relations without making any concrete demands or developing an image of an idyllic paradise to follow, preventing practical compromises or reforms that ameliorated conflicts between workers and owners. The collapse of industry brought about by the General Strike teaches workers about their power without telling them what to do with it. Moreover, it precludes the pacification of revolutionary movements by concessions (better pay or working conditions) that leave intact bourgeois property relations.

The mobilizing power of myths comes from their ability to condense a vague blend of irrational emotions and ideas, a counterpart to the Catholic *complexio*. However, whereas the symbolic effects Schmitt ascribed to Catholic representation rested on a ritualized ethos of belief, myths draw on less structured paths of belief and desire. In generic terms, John McCormick writes, "Myth is

a human response to the fear inspired by 'the absolutism of nature,' to use Blumenberg's formulation. Rather than confront the amorphous, unpredictable, and incomprehensibly variable appearance of nature as a whole, humanity prefers to fixate on specific entities with more clearly discernible traits as surrogates, and subsequently ritualize them into myths" (McCormick, 1994, p. 626). So described, myth can be described as a kind of reification that focalizes blame for chaos and suffering. However, not all myths are suited for all people or at all times. Fear and pain may be universal, but danger and disorder are local, historical phenomena. Their specificity, moreover, must be reflected in the distinctive characteristics of enemies. Against Sorel, Schmitt argued, presciently and distressingly, that in the modern context, nationalist myths are more powerful than class myths, counter-revolutionary nationalism more compelling than revolutionary globalism. Hence, Schmitt wrote, "the history of the image of the bourgeois is just as important as the history of the bourgeois itself" (Schmitt, 1988, pp. 73–74). In particular, Schmitt wrote, "Italian Fascism depicted its communist enemy with a horrific face, the Mongolian face of Bolshevism; this has made a stronger impact and has evoked more powerful emotions than the socialist image of the bourgeois" (Schmitt, 1988, p. 75).

Schmitt argued that national myths evoked more powerful emotions generally insofar as they appealed to "*terrisme*," a term he used to designate a blend of associations with territorial identity. Unlike class myths, the myth of the nation draws on sentiments associated with religion, language, and ethnicity. A national myth thus fuses a plurality of attachments, performing a function akin to the Catholic *complexio oppositorum*. In *Imagined Communities*, Benedict Anderson traced the displacement of Catholic empire by secular nationalism to a "half-fortuitous, but explosive, interaction between… capitalism… print… and the fatality of human linguistic diversity" (Anderson, 1983, pp. 42–43). Linguistic differences formed boundaries for the circulation of reproducible media in global commercial networks. National literatures did

not simply correspond to linguistic differences, but rather constituted "imagined" communities in a middle spatial scale, between vernacular localities and dynastic Latin, stabilizing territorial identity via the fixity of reproducible print (Anderson, 1983, p. 44). However, it was not only the spatial range of shared languages that fatally constrained the endless growth of capitalism, but also the temporal limit of death.

In Anderson's terms, death and linguistic difference are both "tenacious adversaries" of an otherwise "superhuman" capitalism (Anderson, 1983, p. 43). One could say that Schmitt sided with those adversaries, or at least that he sought to recruit them to his cause. Consider, first, his various appeals to territorial identity. Though the *terrisme* on which the myth of the nation draws was severely attenuated by global capitalism with its rapid and volatile processes of reproduction, the "melt" of all that is solid, as Marx described the effect of global flows of commodities, left territorial residues that could be condensed and channeled by nationalist movements. Schmitt identified those residues as sources of political authority political identity. One might say that Schmitt made the mistake Anderson warned about later, namely the equation of the fatality of linguistic diversity with a "primordial fatality of *particular* languages and their association with *particular* territorial units" (Anderson, 1983, p. 43). However, Schmitt emphasized the historical and synthetic character of territorial identity, including nationalism. Modifying his earlier stipulations concerning the sources of *terrisme*, Schmitt wrote in his *Constitutional Theory* that "Different elements can contribute to the unity of the nation and to the consciousness of this unity, such as a common language, common historical destiny, traditions and remembrances, and common political goals and hopes. The language is a very important factor in this, yet it is not by itself determinative" (Schmitt, 2008a, p. 262).

What does it mean to assign a "decisive" role to one factor among others? Are political identifications artefacts of power or expressions of an underlying unity? One could say that Schmitt's

account of national myths in the latter chapters of *The Crisis of Parliamentary Democracy split the difference* between constitutive will and democratic form. Schmitt's struggle to reconcile the two in his *Concept of the Political* evinced similar ambiguities.

3. De-Territorializing the Political, Capturing Hostility

In *The Concept of the Political*, Schmitt set aside questions about more or less historically, empirically viable sources of political authority and identification in favor of a formalistic, ostensibly neutral theory of non-neutrality. As his title implies, he ventured a formal, or "existential" definition of the political as such rather than an exposition of particular norms, institutions and practices.[2] In short, he argued that the political is characterized by a zero-sum, existential opposition of friend and enemy. Schmitt insisted that although such conflicts can emerge "from every domain," they remain distinct from the moral, economic, aesthetic, or other antagonisms (Schmitt, 1976, p. 62). Schmitt recognized that political conflicts "derive their energies" from sundry hostilities, but he asserted that, "The real friend-enemy grouping is existentially so strong and decisive that the nonpolitical antithesis, at precisely the moment at which it becomes political, pushes aside and subordinates its hitherto purely religious, purely economic, purely cultural criteria and motives to the conditions and conclusions of the political situation at hand. In any event, that grouping is always political that orients itself toward this most extreme possibility (*an dem Ernstfall orientiert*)" (Schmitt, 1976, p. 38; Schmitt, 2002, p. 39). On this view, not authority but enmity itself is decisive, and the processes by which enmities reach the threshold of the political are beside the point, or rather, such processes are eclipsed at a determinate threshold. Once a conflict becomes "existential" (*Seins-*

2 Mehring reports that Schmitt considered it his best work (Mehring, 2014, p. 189).

massige), it is either you or them, and what you may have thought and felt about your opponent ceases to matter (Schmitt, 1976, p. 33; see also p. 29, fn. 9).[3] "War," Schmitt wrote, "is the existential negation of the enemy" (Schmitt, 1976, p. 33). In effect, Schmitt grounded the political in the second source of particular difference that Anderson described as "fatal" to the erasure of borders and the endless growth associated with global capitalism, namely death, or rather the fear of death. However, the death in question was not biological but rather ethical, that is, the enemy was identified as a threat not to life *per se*, but rather to a "way of life" or "form of existence" (*Art Existenz*) (Schmitt, 1976, p. 27; Schmitt, 2002, p. 27).

Schmitt's lapidary formulations promised clarity, but on closer inspection several flaws appear. Empirically speaking, neither political nor so-called nonpolitical antagonisms are ever "pure" (*rein*). Economic, moral, aesthetic, and religious conflicts are always blended with each other and with other distinctions (sexual, musical, etc.). This was most certainly the case in Weimar but also more generally, whether in the confessional sectarianism in the English Civil War or racial conflicts in the United States. Likewise, political identities are intersectional. Like myths, or rather in conjunction with them, so-called political oppositions evoke, excite, and synthesize diverse, partly structured affections. As Schmitt wrote of the tawdry technicalities of parliamentary politics, the messy conflations and dissimulations involved are not superfluous ornaments but rather the essence of political conflicts.

Of course, Schmitt recognized that sundry antagonisms blend in practice, and he presented his concept of the political more as an ideal type than an empirical description. Nonetheless, Schmitt's account of the political went awry by positing a unidirectional process whereby political hostilities emerge from and ultimately transcend other antagonisms. Not only do political hostilities mingle with aesthetic and economic antagonisms but they also call them up, not only emerging from but also exciting other conflicts. Con-

3 Schmitt quotes Forcellini's Latin text: "a private enemy is one who hates us, whereas a public enemy is a person who fights against us."

trary to Schmitt's assertions regarding existential confrontations, ostensibly nonpolitical antagonisms are never left behind, even in the trenches. Violent encounters shape perceptions of and feelings about those with whom one fights. Many who reluctantly joined the American Civil War became bitter enemies of the other side, and of the eleven Southern states that seceded, four did so only after shots were fired (Lepore, 2018, pp. 292, 303).

Descriptions of warfare by those who survive it further testify to the blend of hostilities and solidarities that motivate collective violence. Not only do soldiers develop hatred for those they fight, but hatreds are also cultivated in their training for war (Schneider, 2021, pp. 343–363). In a section of his study of World War I titled, 'The Enemy,' Paul Fussell described a compilation rather than an eclipse of distinctions in asymmetrical relationships between friend and enemy: "We" are individuals with names and personal identities; "he" is a mere collective entity. We are visible; he is invisible. We are normal; he is grotesque. Our appurtenances are natural; his, bizarre. He is not as good as we are… "He" is the Communist's "Capitalist," Hitler's "Jew," Pound's Usurer, Wyndham Lewis's Philistine, the Capitalist's Communist…" (Fussell, 1975, p. 75) Fussell further argued that "Prolonged trench warfare, with its collective isolation, its "defensiveness," and its nervous obsession with what "the other side" is up to, establishes a model of modern political, social, artistic, and psychological polarization. Prolonged trench warfare, whether enacted or remembered, fosters paranoid melodrama" (Fussell, 1975, p. 76).

Paranoid melodrama is found not only in the trenches. Schmitt largely refrained from psychological reflection, especially in his own case, and he explicitly criticized psychological approaches to politics, but a detour into the psychic dimensions of existential conflicts can be illuminating.[4] To be oriented to the extreme is to live in a state of heightened fear and aggression, affects that

4 Thus, Schmitt declared Walter Lippmann's study of mass politics "too psychological" (Schmitt, 1988, p. 6).

serve as what Silvan Tomkins termed "analogue amplifiers" that excite and configure patterns of attention and memory, priming perceptions of existential threatss (Tomkins, 1995, p. 53). Some will overlook unfriendly or dismissive gestures; others see them everywhere and imagine the worst. Decisions do not take place in a vacuum but instead, as Franz Fanon put it, in an atmosphere.[5]

Furthermore, though Schmitt insisted that the political as such is determined by a decisive act of identification, he posited political groupings *in potentia* below that threshold. Extreme hostilities, he suggested, *are* incipient in nonpolitical antagonisms. "What matters is the *possibility* of the extreme case taking place and the decision whether this situation has arrived" (Schmitt, 1976, p. 35). The political always circulates in politics, the extreme in the normal, the serious in the trivial, but possibilities are not generic and decisions are not arbitrary. In Schmitt's terms, the political entity is distinguished by an anticipation of, or "orientation" to the extreme prior to the emergence of existential struggle. Rather than being a decisive point, then, the political becomes a matter of degree: "…every concrete antagonism becomes more political the closer it approaches the extreme point" (Schmitt, 1976, p. 29). And what defines antagonism as "extreme" is not physical fighting, which is only intermittent even in war, after all, but rather "intensity" (*Intensität*), regardless of the sources of the "energy" (*Kraft*) political oppositions gather from other antagonisms (Schmitt, 1976, p. 29).

In principle, then, an orientation to the extreme can only be determined retroactively, once a decisive point is reached. Prior to reaching that point, many incipient hostilities and fears will be aborted or defused. But even if we accept that the political cannot be altogether eliminated, as Schmitt repeatedly insisted, we will want to know how things get to the "extreme," and develop strategies either to bring on or de-escalate conflict. In other words, we have our own "orientation." Schmitt's insistence on the inevitability

5 Fanon described the organization of political oppositions in an "atmosphere" of violence in colonial territories (Fanon, 2004, pp. 30–31, 40).

of war was so vehement it has often seemed he wished for it. His occasional remarks concerning global pacifism, the possibility of which he claimed not to discount, only confirm the impression. Schmitt not only identified those collectives more "oriented" to the extreme as properly political, more willing to fight, but he also preferred them, a preference apparent both in his alignment with the fascists and in his admiration for Sorel.

It can be argued, moreover, that *Schmitt's Concept of the Political* is itself evidence of his alignments. A formal theory of "the political" cannot be explanatory or predictive, but it is not therefore ineffectual. In an insightful essay, John McCormick emphasizes the performative value of Schmitt's depiction of the political, reading it as an analogue for Hobbes's dystopian description of the state of nature. McCormick cites Strauss, who argued that by thematizing the ever-present possibility of war, "Schmitt restores Hobbes's conception of the state of nature to a place of honor" (Strauss, 2007, p. 88). However, as McCormick recognizes, Strauss argued first that Schmitt identified the state of nature with collective rather than individual conflict, and second that whereas Hobbes sought to banish the state of nature, Schmitt affirmed it (Strauss, 2007, pp. 99, 101). For Strauss, the former departure made Schmitt's theory of the political "moral," inasmuch as conflicts between friends and enemies involve collective disagreements about who is right, a point Schmitt had made explicit in *Political Theology*, wherein he identified a "*bellum omnium contra omnes*" with political conflicts in which "every party wants the general good" (Schmitt, 1985, p. 9). The state was threatened not by disobedient individuals but rather, as Richard Thoma put it, "a destructive pluralism of myths, a polytheism" (Thoma, 1988, p. 82).

Bracketing these differences between Schmitt's and Hobbes's visions, McCormick argues that Schmitt contributed to the atmosphere of fear that amplified perceptions of danger and justified the "protection" offered by a political sovereign.[6] Though he differ-

6 Similarly, Holmes describes Leviathan as a program of "reeducation" whereby Hobbes sought to persuade his readers to yield confessional struggles

ently conceived of the "war of all against all," Schmitt's description of the political, like Hobbes's image of the state of nature, highlighted the dangers of a "subjective" determination of existential threats, depicting the political as an ever-present possibility that could emerge from "every domain," whether economic, aesthetic, or religious (Schmitt, 1976, p. 62). Schmitt, too, envisioned a world replete with foes, or potential foes. McCormick further notes that Schmitt was obviously concerned with some foes more than others, namely the Social Democrats and Communists. Making the point with ironic understatement, he writes, "the stance of Hobbesian neutrality that Schmitt maintained throughout the 1920s and 1930s turns out to be somewhat misleading" (McCormick, 1994, p. 640).

While he agrees that Schmitt's text was highly motivated, McCormick distinguishes his view from that of Richard Wolin, who charged Schmitt with aestheticizing the political and cast him as a fetishist of the extreme case (Wolin, 1992). McCormick writes, "That Schmitt aestheticized violent conflict to generate the fear necessary to prevent disorder is not contestable – that he did so for its own sake is" (McCormick, 1994, p. 626). Bound up with these distinctions is the question of Schmitt's relationship with fascism, or rather, the relationship between Schmitt's avowed support for the Nazis as a Party member who served the Nazis, however briefly, as a chief jurist, and his earlier writings.[7] McCormick argues that Schmitt sought to make the threat of conflict—of war—felt and feared not as an end in itself, but rather so as to make war's outbreak all the more unlikely domestically, and its prosecution more easily facilitated abroad" (McCormick, 1994, p. 626). Following George Schwab, who played an important role in bringing

grounded in faith and submit to secular authority on the basis of a rational calculation of secular risks and benefits (Holmes, 1997, p. 25).

7 Schmitt embraced the Nazi Party after Hitler's rise and infamously vindicated it in "The Führer Protects the Law" (1934) and "The Legal Basis of the Total State" (1933), gaining the position of president of the Union of National Socialist Jurists. See Rabinbach and Gilman (2013) and Schmitt's "The Legal Basis of the Total State" in Griffin (1995, pp. 138–139).

Schmitt's writings to an English audience, Tracy Strong argued that Schmitt had previously "sought to strengthen the Weimar regime by trying to persuade Hindenburg to invoke the temporary dictatorial powers of article 48 against the extremes on the Right and the Left."[8] On this view, which Schmitt unsurprisingly embraced after the war, he sought to empower the state to preempt alternative sources of friend/enemy distinctions, including that of the fascists, that is, to secure its monopoly over the decision that separates friends and enemies, denying constitutional protections to the latter.

Strong argued that Schmitt's criticism of liberal constitutionalism rested on two claims, first, that politics cannot be "made safe," by legal channels for collective conflict, and second, that "politics defines what it is to be a human being in the modern world, and that those who would diminish the political diminish humanity" (Strong, 2007, pp. XV–XVI). Strong did not flag the kettle logic involved in claiming that neutralization is (a) impossible and (b) undesirable or follow up on the corresponding inference that Schmitt's contribution to fascist politics was not primarily logical but rather performative. Even if Schmitt composed his disdainful portrait of Weimar's liberal government while working to strengthen the office of the president, it certainly resonated with Nazi rhetoric. The same could be said of Schmitt's deployment of antisemitism in his study of Hobbes, which Schmitt composed after he had been pushed aside by critics within the party (namely the very dangerous and much-feared SS). Here too, Strong emphasized conceptual nuance, noting that Schmitt also credited not only Jewish but also many gentile thinkers for chipping away at the

8 Strong's foreword to The Concept of the Political discusses this point (Strong, 2007, p. xv; see also Schwab, 2007, p. 15). Seemingly losing sight of Schmitt's collectivist variation on Hobbes's state of nature, Strong wrote, "Carl Schmitt was undoubtedly closer to an authoritarian form of bourgeois liberalism than to Hitlerian Nazism. The Schmitt whose writings were published in 1938 is more Weimar individualist than Nazi communitarian, more praising of Hobbes as a father of a strong liberal state than as one who formulated a justification for the emergence of the Hitlerian one-party state" (Strong, 2008, p. xliv).

foundations of the sovereign state. Indeed, Schmitt traced attempts to preserve the apolitical autonomy of the private sphere in the writings of Kant, Goethe, and secret societies – including Rosicrucians, freemasons, illuminates, etc., (Schmitt, 2008b, pp. 40, 60). Further bolstering the case, McCormick argues that Schmitt credited Kant for the *coup de grace*.[9] However, Schmitt wrote that Spinoza, "above all," was responsible for exploiting the cracks in Hobbes's edifice and described the former as a "liberal Jew," with an "unerring instinct for the undermining of state power that served to paralyze the alien and to emancipate his own Jewish folk" (Schmitt, 2008b, p. 60).[10]

Strong was certainly correct that Schmitt's antisemitism was not biological but instead metaphysical. Schmitt did not accuse Spinoza of spreading disease and sexual degeneracy but instead of philosophically inverting the priority of coercive power and obedience, on one side, and conscience, privacy and faith, on the other. Moreover, he argued that Hobbes had inadvertently created an opening for such inversions by distinguishing public confession and private faith, a schism "… contained the seed of death that destroyed the mighty Leviathan from within and brought about the end of the mortal god" (Schmitt, 2008b, p. 57). Never one for understatement, Schmitt described the division of inner and outer as a "sickness unto death" that eventually destroyed the "godlike sovereign person of the state… from within" (Schmitt, 2008b, p. 65). Hobbes had conceived of Leviathan as an unbounded sovereign empowered to impose order and secure secular peace by all necessary means, but he failed to realize that he was "conjuring up the invisible forces of an old, ambiguous myth" (Strong, 2008, p. XII). namely that of the Leviathan of the Old Testament, a figure

9 This does not mean that McCormick let Schmitt off the hook for his contributions to fascism. "Schmitt must be held accountable for aestheticizing violent conflict in the Weimar context, whatever his intentions" (McCormick, 1994, p. 626).

10 Schmitt locates the crack in Hobbes's edifice in chapter 37 of Leviathan, at the end of which Hobbes suggests that the obligation of obedience does not preclude freedom of thought.

associated with evil in Lutheran traditions influenced by Kabbalistic scholarship (Schmitt, 2008b, pp. 22–23). Hence, "The spiritual weapons forged by Hobbes did not serve his cause" (Schmitt, 2008b, p. 85).

In retrospect, Schmitt's assertion that Hobbes had conjured forces that ultimately turned against him appears a particularly blunt projection whereby Schmitt indirectly cast his support for Nazism as the result of a misapprehension. Did Schmitt realize what he was doing when he singled out the Jews as killers of Leviathan, now identified with the sovereign, who exploited a vulnerability created by Hobbes's concession to private conscience? Again, whether or not Schmitt's antisemitic rhetoric was a strategic attempt to ingratiate himself with the Nazis, it resonated with the Nazi myth of a Jewish enemy. As Strong put it, "[Schmitt's] antiJudaism is part of his construction of national identity" (Strong, 2008, p. XVI). In other words, Schmitt was contributing energy to a powerful myth, and as Tracy Strong wrote, paraphrasing Schmitt, "If you invoke a myth.. you invoke all the elements of it" (Schmitt, 2008b, p. XII). Whatever those elements may be, it does not at all follow that one is aware, much less in control of the thoughts, feelings, and actions one's words arouse. Yet nor need one prove such awareness to assign responsibility, even where the absence of evidence for intentionality can mitigate culpability. That said, I leave aside here questions regarding Schmitt's understanding of the bit part he played in the murder of millions.

Whatever his relation to the Nazis, Schmitt was guilty of mythologizing political identity in the course of bolstering extra-constitutional executive powers. To be sure, he generally refrained from crude appeals to authentic social homogeneity and repeatedly insisted on the constituent effects of democratic identification. As he emphasized in *The Crisis of Parliamentary Democracy*, "a distance always remains between real equality and the results of identification…Everything depends on how the will of the people is formed" (Schmitt, 1988, p. 27). Such formulations have led some to posit resources for a radical democratic politics in Schmitt's ac-

count of political identification. In particular, Chantal Mouffe has found affinities with Schmitt's critique of both liberals' and Marxists' economism. As she and Ernesto Laclau argued in their pivotal reconstruction of Socialist politics, which combined semiotics with Freudian psychoanalytic concepts, the will of the people is a discursive construction sustained by logics of equivalence and difference that unify diverse, fungible "demands."[11] Mouffe and Laclau emphasize the intrinsic heterogeneity of those assembled as a people, describing every articulation as contingent and provisional. It is one thing, however, to recognize that political identities are articulated rather than simply expressed, another to publicly disseminate the synthetic character of such identities.[12] Declining the second gesture, Laclau and Mouffe embrace the language of populism, including the constitutive antagonism that sustains a popular movement. In *The Democratic Paradox*, Mouffe draws on Schmitt when proposing to harness antagonism, or what is now called negative partisanship, to a social-democratic agenda (Mouffe, 2000, p. 95). She thus aligns herself with a cynical left politics, undertaking something akin to what in the U.S. today has aptly been called "Democrats' awkward hunt for authenticity."[13]

Schmitt, too, was a hunter, as I have argued. Though he did not suppose that a primordial "culture" could serve as a substitute for human nature as a ground for political identity, he persisted in distinguishing authentic from inauthentic political groupings on

11 See Laclau and Mouffe (1985). Laclau elaborates on the operation of demands in On Populist Reason (Laclau, 2005, p. 224).

12 Schmitt credits Mussolini alone for openly proclaiming that "our myth is the nation" (Schmitt, 1988, p. 76). Mussolini dissimulated the elaborate techniques whereby such a myth was staged, however, portraying the national people as their own authors.

13 See "Democrats' Awkward Hunt for Authenticity" (Politico.com 9.26.2025). No doubt, the performance of authenticity is a key to some success by democratic candidates. But do they also know when to wink? One of Trump's skills is to understand when the audience is in on the joke and how to acknowledge it—or better, to appeal to both earnest and sarcastic attitudes by turn, or even simultaneously, in the right moments; to be alternately righteous and knowing; and to do it on the fly. No wonder imitators can seem awkward. It is no easy feat.

the basis of a shared territorial integrity, however attenuated, and figuring a supra-legal executive as their champion. A year before he debased himself completely in the service of the Nazis, Schmitt sought to discern a legitimate source of executive authority in the thinnest democratic substance, namely popular approval or "confidence" (*vertrauen*) that could be expressed by public acclaim, reconciling plebiscitary and democratic sovereignty.[14] And even after the war, Schmitt sacralized his preference for national over class politics in "Theory of the Partisan," writing, tendentiously, that "[The partisan] deforms his nature when he appropriates absolute and technicized aggressivity or dreams about a world revolution."[15]

Schmitt's image of a radiator painted with flames is an apt figure for what Hobsbawm called "invented traditions" in the machine age, but his proposals regarding a popular authority neglected the technological processes whereby the state becomes a producer of history in the service of myth (Hobsbawm & Ranger, 1983). This was no small oversight, if it can even be so described. Citing Walter Benjamin's description of the fascist conspiracy of myth and technology, particularly film, McCormick criticizes Schmitt for presuming to extract the mythic force of authority from the technical powers of the neutral state (McCormick, 1994, p. 642). In the extensive propaganda machines of the Nazi state mythological cultural productions were facilitated by new media technologies, including radio and film.[16] Whereas in *Roman Catholicism and Polit-*

14 See Schmitt (2004a, p. 28). With the benefit of hindsight, McCormick diverges from Strauss, who posits an inversion of liberal neutrality in Schmitt's affirmation of the political, regardless of the groupings involved.

15 (Schmitt, 2004b, p. 23). In The Nomos of the Earth, Schmitt gave up on the nation and sought to reconstruct civilizational territorial grounds for politics, a Grossraum (Schmitt, 2003).

16 On the aesthetic production of the Nazis, see Michaud (2004). Müller cites Helmut Schelsky's sociological critique of Schmitt's Concept of the Political, which centered on the technologically enhanced power of mass media in politics, replacing "the nominally democratic 'popular will' [with] 'publicity-directed opinion-will,'" but he dismisses Schelsky's proposed "statist" reforms (Müller, 2003, pp. 196–197).

ical Form, Schmitt had traced the mechanics of representative figuration, he never did so for the nationalist pretenses of the Nazis, though he later acknowledged that state power was involved in the production of its legitimation. "A modern holder of power has infinitely more means to effect the consensus to his power than had Charlemagne or Barbarossa" (Schmitt, 2015a). This is true not only for the fascists, of course, and Walter Benjamin did not propose to place new media in the service of a progressive or Marxist politics, but instead to undo their myth-making production of ritual values through technical innovations (Benjamin, 2003, p. 269).

4. Legacies of Brutality: Leviathan as myth and machine

As I noted at the outset, Schmitt's ideas and distinctions, and even his name, have served as political weapons for a variety of contemporary combatants. It is easy to see how critics of global capitalism on the left found affinities in Schmitt's accounts of existential conflict and territorial distinctions, which entered the mainstream of English academic political theory when territorial, ethno-nationalist wars made a mockery of premature declarations of the "end of history" by those who supposed the end of the Cold War signaled the coming of an "unwarlike" global capitalist. To paraphrase Strauss, "liberalism did not banish the political from the world, but only concealed it" (Strauss, 2007, p. 82). But who now anticipates a future of perpetual peace? When political hostilities are out in the open and nobody supposes they can be banished, what can Schmitt tell us that we do not already know? Schmitt is commonly invoked as a paradigmatic theorist of political hostility, his account of existential oppositions referenced as a precursor for current theories of negative partisanship. His concepts, if not always his name, are also taken up by critics of authoritarian con-

solidations of emergency powers in "states of exception."[17] More recently, in the wake of Donald Trump's first presidential term, Wendy Brown suggests that Schmitt anticipated recent characterizations of the backlash against the dissolution of territorial identities by the "somewheres."[18] Along these lines, one could argue that immigrants are the paradigmatic enemy, standing for the threats to *terrisme*. Indeed, immigrants are frequently blamed by right-wing pundits and politicians for all manner of pathologies and social failures (crime, unemployment, cultural estrangement, the erosion of the patriarchal wage, etc.).

If Schmitt's only contribution was to lend an aura of intellectual dignity to partisan conflicts or critical observations of the same, his contribution would be of questionable value. Worse, it could be argued that this was a service he aspired to provide for the Nazis, though as Schmitt discovered, the Nazis had little use for intellectual dignity in general and, ultimately, for Schmitt in particular.[19] Today, Schmitt's proposals regarding authentic grounds of political authority and identity seem more preposterous than ever. Images and signs circulate in something more like a virtual, placeless atmosphere than territorial cultures, however fuzzy their edges always were. The scales and temporalities in which audiences condense and evaporate change rapidly. Yet we find it may be quite possible to assemble a vapor, or make pudding in a sieve, to use a more familiar expression, thanks to electronic communications tai-

17 In the former vein, see Ben-Asher (2010). More strangely, Schmitt has also been invoked against critics of the Trump administration; see Goldberg (2025). More chillingly, Nayib Bukele was cheered after promising to govern under a state of exception; see Grant (2024).

18 Brown argues that Schmitt missed the contribution of neoliberalism to a toxic mix of nihilism and ressentiment expressed in hostility to gender fluidity, chosen families, and cosmopolitanism. She writes, "The somewheres cling to the soil, even if it is planted in suburban lawn devastated by droughts and floods from global warming, littered with the paraphernalia of addictive painkillers, and adjacent to crumbling schools, abandoned factories, terminal futures" (Brown, 2019, p. 187).

19 Schmitt was marginalized by the party after being called out by the SS. See Strong (2008, fn. 3).

lored to ephemeral inclinations and attention by new technologies of data analysis.[20] An atmosphere is not a vacuum, after all, and though it supports a polytheism of myths, this does not preclude a hardening of political alignments. Thus, the ongoing development of technological means to engineer popular support has challenged if not falsified Benedict Anderson's suppositions regarding the "fatalism" of linguistic diversity. Anderson wrote, "…had print capitalism sought to exploit each potential oral vernacular market, it would have remained a capitalism of petty proportions."[21] Today, vernaculars are replaced by memes and the dissemination of myths can be targeted to an ever-shifting, non-simultaneous plurality of audiences or even individuals distinguished by media niches, consumption and viewing behaviors, etc.[22]

To be sure, what makes authoritarianism so compelling today is not only the heightened technological sophistication of political propaganda. That cartoonish images and narratives of traditional culture, as anachronistic as those painted flames, continue to evince a powerful appeal reflects widespread discontent in liberal democratic societies. Critics across the spectrum have located that discontent variously in universal psychic inclinations, economic inequality, sexism, racism, frustrated democratic impulses, or some combination of these sources. These and other grievances evoked, condensed and channeled, people contemplate distant, anonymous enemies from virtual trenches, and in an age of viral online conspiracy theories (QAnon being a conspicuous example), the phrase "paranoid melodrama" seems all the more apt.

Brown argues that while Schmitt anticipated a backlash, he did not appreciate the contributions of neoliberalism to demands for a stabilizing *terrisme* (Brown, 2019, p. 187). Global capitalism is

20 One aptly named company, Resonate, makes such a promise. See https://www.resonate.com/pd/psychographics-data/ (accessed 12.05.2025).

21 Anderson argued that capitalism had in fact managed to "assemble" various "related vernaculars" by producing and disseminating texts in corresponding dialects (Anderson, 1983, pp. 43–44).

22 On the disappearance of publics defined by indexed temporality, see Warner (2002, p. 96). See also Shapiro (2009, pp. 243–258).

hardly new, of course, and economic precarity was rampant in inter-war Germany, but indeed, Schmitt was more preoccupied with the decapitation of Leviathan than the public well-being of individuals or groups, and he dismissively repudiated the socialists' concerns with dispossession and poverty. A detour through Schmitt's writings therefore yields little for those seeking to reconfigure public discourse around reduced economic inequality, abundance, or "affordability." In his writings, so-called pocketbook concerns disappear in the intense glare of the political, like those members of the commonwealth in the presence of the sovereign who Hobbes compared to stars in the daytime (Hobbes, 1994, p. 117).

However, indirectly, revisiting Schmitt's study of Hobbes may provide some insight into the appeal of authoritarianism, if not of invisibility itself, for those stars. As we have seen, McCormick criticizes Schmitt for having ignored or pretended not to see the fusion of technological sophistication and supra-legal sovereign authority. And though Schmitt criticized Hobbes for giving the sovereign insufficient power over belief, inasmuch as Hobbes relegated conscience to an apolitical private sphere, it could be argued that Hobbes also opened the door to a propaganda state by granting the sovereign power over "opinions and doctrines," a power vastly extended by communication and surveillance technologies (Hobbes, 1994, chap. 18). However, to borrow terms from Tocqueville, one could say that Hobbes's legacy was not only sovereign tyranny but also administrative despotism. The current Trump administration displays both, promising to liberate citizens from the rule of sundry technocratic "elites" by way of tyranny while consolidating control over everyday life through extensive use of executive power distributed through the federal bureaucracy.

A more difficult task is to discern the relationship between the two, that is, the contributions of administrative growth to the grievances channeled to a charismatic popular leader. Schmitt may offer us not only a theory of authoritarian myths, but also clues to some of the grievances on which such myths draw. In his study of Hobbes, Schmitt lamented that the withering of state author-

ity coincided with the immense and rapid growth of its administrative and technological powers.[23] Like the propaganda state, the extension of executive power by way of the administrative state does not follow logically from Hobbes's assumptions but rather from institutional and technological advances that transform the scope of arbitrary executive power. Indeed, Hobbes supposed that the state's focus on physical security would leave much of social life free from political interference. In particular, he suggested that commerce, diet, and the education of children fell under the "silence of the law" (Hobbes, 1994, p. 143), positing what Richard Flathman called "natural or ontological limits on governance" (Flathman, 1992, p. 45). However, as Foucault showed, ontological limits are historically variable, and more specifically, the spheres of private life invisible (and inaudible) in Hobbes's time were subjected to increasingly pervasive scrutiny and extensive discipline by a wide range of institutions and discourses developed over the following two centuries. In Foucault's terms, the metastatic growth of disciplinary power corresponded with the displacement of sovereign authority by "governmentality" (Foucault, 1991). Infused with utilitarian ideology and aided by technocratic expertise, liberal states combined normative freedom with biopolitical control, leaving conscience free while micro-managing bodily comportment (Foucault, 1977). Despite his suppositions, Hobbes could be said to have opened this door too with an ellipsis at the end of his enumeration of "laws of nature" that can be enforced by sovereign power, stipulating that self-destructive actions, including drunkenness and all other parts of "intemperance" may be forbidden (Hobbes, 1994, p. 99).

Though he was preoccupied with intellectual history, and of course had no opportunity to be informed by Foucault's detailed studies of the history of institutions, Schmitt was very much concerned with the growth of the police state, or what is now more often called "the administrative state." Schmitt did not complain

23 Schmitt contrasted Hobbes with Descartes, who had distinguished spiritual vitality from corporeal mechanism (Schmitt, 2008b, p. 92).

that such a state lacked power, but rather that it lacked spirit, describing it as a marvelous but soulless machine. His distaste for mechanism was palpably aesthetic and at times poignant: "When, according to certain optimistic convictions immanent in a world organized down to the smallest details along technological lines, regularity and rationality will have been deployed leaving no residues, the partisan may no longer be an irritant. Then, he will disappear simply of his own accord, within smooth technological-functional processes, just as a dog disappears from the freeway. For a mind that thinks only in technological terms it would simply be a matter for traffic cops, and certainly not a philosophical, moral, or juridical problem."[24] Furthermore, Schmitt combined a nostalgic critique of technological alienation with a contempt for urban, "contemporary cosmopolitans" presumed to love only their devices. Ventriloquizing these cartoon enemies, he wrote, "How futile and fuzzy are theological, juristic, or similar arguments. How "clean" and "exact" is the machine by comparison!" The irony is that such an image of the state rests on the cosmopolitans' "fantasies about the technical," which were activated by "the "milieu" of the metropolis" (Schmitt, 2008b, p. 42).

All of this will sound familiar, and smooth technological-functioning processes still coexist with broken markets and institutions. Next to the freeway, those without commercial housing put up their tents, trying to claim a little territory and reminding others of what they have to lose. It is unclear whether majorities can learn to live without the pretense of an authority figure animated by a national spirit. However, if anyone offers something other than a phantasmatic substitute for democratic sovereignty, they might need not only to provide affordable housing but also to let people bring their dogs.

24 See Schmitt (2004b, pp. 11–78). Compare Deneen (2018, p. 186): "We have endless choices of the kind of car to drive but few options over whether we will spend large parts of our lives in soul-deadening boredom within them."

References

Anderson, B. (1983). *Imagined communities: Reflections on the origin and spread of nationalism*. Verso.

Ben-Asher, N. (2010). Legalism and decisionism in crisis. *Ohio State Law Journal, 71*(4), 699–759. https://digitalcommons.pace.edu/lawfaculty/758/

Benjamin, W. (2003). The work of art in the age of its mechanical reproducibility. In M. W. Jennings (Ed.), *Selected writings* (Vol. 4, p. 269). Harvard University Press.

Brown, W. (2019). *In the ruins of neoliberalism: The rise of antidemocratic politics in the West*. Columbia University Press.

Deneen, P. J. (2018). *Why liberalism failed*. Yale University Press.

"Democrats' awkward hunt for authenticity." (2025, September 6). *Politico*. https://www.politico.com/newsletters/politico-weekend/2025/09/06/democrats-awkward-hunt-for-authenticity

Fanon, F. (2004). *The wretched of the earth*. Grove Press.

Flathman, R. E. (1992). *Willful liberalism: Voluntarism and individuality in political theory and practice*. Cornell University Press.

Foucault, M. (1977). *Discipline and punish: The birth of the prison*. Pantheon Books.

Foucault, M. (1991). Governmentality. In G. Burchell, C. Gordon, & P. Miller (Eds.), *The Foucault effect: Studies in governmentality*. University of Chicago Press.

Fussell, P. (1975). *The Great War and modern memory*. Oxford University Press.

Goldberg, M. (2025, February 10). Why Musk and Vance went to bat for a self-described racist. *The New York Times*. https://www.nytimes.com/2025/02/10/opinion/musk-vance-racist-education.html

Grant, W. (2024, February 5). El Salvador election: Nayib Bukele revels in landslide win. *BBC News*. https://www.bbc.com/news/world-latin-america-68205036

Griffin, R. (Ed.). (1995). *Fascism*. Oxford University Press.

Habermas, J. (1989). *The structural transformation of the public sphere: An inquiry into a category of bourgeois society* (T. Burger, Trans.). MIT Press.

Hobbes, T. (1994). *Leviathan: With selected variants from the Latin edition of 1668* (E. Curley, Ed.). Hackett Publishing.

Holmes, S. (1997). *Passions and constraint: On the theory of liberal democracy*. University of Chicago Press.

Hobsbawm, E., & Ranger, T. (Eds.). (1983). *The invention of tradition*. Cambridge University Press.

Kant, I. (2002). *Groundwork for the metaphysics of morals* (A. W. Wood, Ed. & Trans.). Yale University Press.

Laclau, E. (2005). *On populist reason*. Verso.

Laclau, E., & Mouffe, C. (1985). *Hegemony and socialist strategy*. Verso.

Lepore, J. (2018). *These truths: A history of the United States*. W. W. Norton.

Marx, K. (1978). Wage labor and capital. In R. C. Tucker (Ed.), *The Marx-Engels reader* (2nd ed., p. 214). W. W. Norton.

Marx, K., & Engels, F. (1978). Manifesto of the Communist Party. In R. C. Tucker (Ed.), *The Marx-Engels reader* (2nd ed., p. 474). W. W. Norton.

McCormick, J. P. (1994). Fear, technology, and the state: Carl Schmitt, Leo Strauss, and the revival of Hobbes in Weimar and National Socialist Germany. *Political Theory, 22*(4), 619–652. https://doi.org/10.1177/0090591794022004004

Mehring, R. (2014). *Carl Schmitt: A biography*. Polity.

Michaud, E. (2004). *The cult of art in Nazi Germany*. Stanford University Press.

Mouffe, C. (2000). *The democratic paradox*. Verso.

Müller, J.-W. (2003). *A dangerous mind: Carl Schmitt in post-war European thought*. Yale University Press.

Rabinbach, A., & Gilman, S. L. (Eds.). (2013). *The Third Reich sourcebook*. University of California Press.

Resonate. (n.d.). *Psychographics data*. https://www.resonate.com/pd/psychographics-data/

Schmitt, C. (1976). *The concept of the political* (G. Schwab, Trans.). Rutgers University Press.

Schmitt, C. (1985). *Political theology: Four chapters on the concept of sovereignty* (G. Schwab, Ed. & Trans.). University of Chicago Press.

Schmitt, C. (1986). *Political romanticism* (G. Oakes, Trans.). MIT Press.

Schmitt, C. (1988). *The crisis of parliamentary democracy* (E. Kennedy, Trans.). MIT Press.

Schmitt, C. (1996). *Roman Catholicism and political form* (G. L. Ulmen, Trans.). Greenwood Press.

Schmitt, C. (2001). *State, movement, people* (S. Draghici, Trans.). Plutarch Press.

Schmitt, C. (2002). *Der Begriff des Politischen*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (2003). *The Nomos of the Earth in the international law of the Jus Publicum Europaeum*. Telos Press.

Schmitt, C. (2004a). *Legality and legitimacy* (J. Seitzer, Trans.). Duke University Press.

Schmitt, C. (2004b). Theory of the partisan. *Telos, 127*, 11–78.

Schmitt, C. (2008a). *Constitutional theory* (J. Seitzer, Trans. & Ed.). Duke University Press.

Schmitt, C. (2008b). *The Leviathan in the state theory of Thomas Hobbes: Meaning and failure of a political symbol* (G. Schwab & E. Hilfstein, Trans.). University of Chicago Press.

Schmitt, C. (2015a). Dialogue on power and access to the holder of power. In A. Kalyvas & F. Finchelstein (Eds.), *Dialogues on power and space* (S. G. Zeitlin, Trans.). Polity.

Schmitt, C. (2015b). *Land and sea: A world-historical meditation* (S. G. Zeitlin, Trans.). Telos Press.

Schmitt, C. (2017). *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*. Duncker & Humblot.

Schneider, B. M. (2021). Making killers: Hate training and the US Army's war in Europe, 1942–5. *Journal of Contemporary History, 56*(2), 343–363. https://doi.org/10.1177/0022009420911080

Schwab, G. (2007). Introduction. In C. Schmitt, *The concept of the political: Expanded edition*. University of Chicago Press.

Shapiro, K. (2003). The myth of the multitude. In *The empire's new clothes*. Routledge.

Shapiro, K. (2009). Virtual plurality and polemical synthesis: Carl Schmitt and the staging of a public. *Critical Review of International Social and Political Philosophy, 12*(2), 243–258.

Sorel, G. (1941). *Reflections on violence* (T. E. Hulme, Trans.). Peter Smith.

Strauss, L. (2007). Notes on Carl Schmitt, The Concept of the Political. In C. Schmitt, *The concept of the political: Expanded edition*. University of Chicago Press.

Strong, T. B. (2007). Foreword: Dimensions of the new debate around Carl Schmitt. In C. Schmitt, *The concept of the political: Expanded edition*. University of Chicago Press.

Strong, T. B. (2008). Carl Schmitt and Thomas Hobbes: Myth and politics. In C. Schmitt, *The Leviathan in the state theory of Thomas Hobbes*. University of Chicago Press.

Thoma, R. (1988). On the ideology of parliamentarism. In C. Schmitt, *The crisis of parliamentary democracy*. MIT Press.

Tomkins, S. S. (1995). Theory of affect. In *Exploring affect* (p. 53). Cambridge University Press.

Warner, M. (2002). *Publics and counterpublics*. Zone Books.

Wolin, R. (1992). Carl Schmitt, the conservative revolutionary habitus and the aesthetics of horror. *Political Theory, 20*(3).

CAPÍTULO 10

DEMOCRACY BEYOND LIBERALISM: CARL SCHMITT AND THE CRISIS OF POLITICAL IDENTITY

Giuditta Bissiato[1]

ABSTRACT

In recent years, many democratic regimes have undergone significant transformations, raising critical questions about their liberal foundation and representative legitimacy. While electoral procedures often remain in place, political systems increasingly display

1 Ph.D. in Philosophy, University of Pisa

illiberal and oligarchic tendencies, calling into question the meaning of democracy itself. This essay explores the erosion of liberal democracy through the theoretical lens of Carl Schmitt. Although his thought is rooted in a different historical context, Schmitt offers key insights into the crisis of modern democratic identity and the concentration of political power. The essay argues that democracy can persist without liberalism, but such persistence risks exclusion, inequality, and elite domination. Drawing on Schmitt's concepts of sovereignty, homogeneity, friend/enemy, and representation, the analysis highlights how democratic identity is shaped through exclusion, and how legal norms can be suspended in moments of crisis. Furthermore, the essay examines how representative democracy, while formally inclusive, often functions through oligarchic logics that undermine genuine political participation. In response, the essay calls for a rethinking of democratic theory that goes beyond liberal assumptions. Drawing on authors such as Michel Foucault and Stefano Petrucciani, it argues for a model of democracy grounded in plurality, critical engagement, and institutional safeguards for minority rights. While Schmitt cannot offer a viable democratic alternative, his framework remains useful for diagnosing current threats of democracy and for illuminating the ideological dynamics behind the rise of illiberal democracies. Ultimately, the essay suggests that democracy is not dying but mutating – and must be critically reimagined.

Keywords: Democracy, Liberalism, Political Identity, Political Philosophy, Carl Schmitt

RESUMEN

En los últimos años, muchos regímenes democráticos han experimentado profundas transformaciones que ponen en duda tanto sus fundamentos liberales como su legitimidad representativa. Aunque los procedimientos electorales suelen mantenerse, los sistemas políticos muestran cada vez más tendencias iliberales y

oligárquicas, lo que cuestiona el verdadero significado de la democracia. Este ensayo analiza la erosión de la democracia liberal a través de la lente teórica de Carl Schmitt. A pesar de estar anclado en un contexto histórico distinto, el pensamiento de Schmitt ofrece herramientas conceptuales útiles para comprender la crisis de identidad democrática, la fragilidad del pluralismo y la concentración del poder político. El ensayo sostiene que la democracia puede sobrevivir sin el liberalismo, aunque dicha supervivencia conlleva riesgos de exclusión, desigualdad y dominación de élites. A partir de los conceptos schmittianos de soberanía, unidad política y homogeneidad, se analiza cómo la identidad democrática se construye mediante la exclusión y cómo las normas legales pueden ser suspendidas en situaciones de crisis. Además, se examina cómo la democracia representativa, aunque formalmente inclusiva, a menudo opera mediante lógicas oligárquicas que dificultan una participación política genuina. En respuesta, el ensayo propone repensar la teoría democrática más allá de los supuestos liberales. A partir de autores como Michel Foucault y Stefano Petrucciani, se defiende un modelo de democracia basado en la pluralidad, la crítica institucional y la defensa de los derechos de las minorías. En definitiva, se argumenta que la democracia no está muriendo, sino mutando, y que debe ser repensada críticamente para poder sobrevivir.

Palabras clave: Democracia, Liberalismo, Identidad política, Filosofía política, Carl Schmitt

Introduction

In recent years, many democracies have undergone a profound transformation, one that challenges both their liberal foundations and their representative legitimacy. Although the term 'democracy' continues to dominate political discourse, it is increasingly unclear whether today's political systems can still be described as genuinely democratic – at least in the modern sense of the term,

which associates democracy with the power of the people, political equality, and universal inclusion. What we are witnessing is the emergence of a paradoxical model: democratic in form, but oligarchic and illiberal in substance.

This shift raises urgent questions about the meaning of democracy in the twenty-first century and about the future of democratic theory itself. Crucially, the crisis of modern democracy is not merely institutional or procedural; it is also ontological. At its core lies a crisis of political identity: of who constitutes 'the people', and on what grounds. This crisis is driven by several global dynamics – including mass migration (see Kauth & King, 2021, pp. 385-387), climate instability, rising economic inequality, and the increased visibility of marginalized groups through digital platforms. In response, many states attempt to reassert national identity through mechanisms of exclusion, often targeting those perceived as foreign, deviant, or outside the normative ideal of citizenship. This redefinition of identity frequently coincides with illiberal political practices that, as Jasper T. Kauth and Desmond King (2021, p. 377) in *Illiberalism* note, "encroach on the personal liberties of select groups in all aspects of political and private life", as governments restrict rights and limit pluralism in the name of national cohesion.

This essay seeks to understand the ongoing erosion of liberal democracy through the theoretical lens of Carl Schmitt's political thought. It asks whether we can still meaningfully speak of 'democracy' in a context increasingly marked by illiberal and oligarchic tendencies. The central hypothesis is that democracy is evolving beyond liberalism – despite the risks this shift entails, including exclusion, homogenization, and the consolidation of elite power. Although Schmitt lived and wrote in a different historical context, his conceptual tools offer a provocative framework for interpreting the crisis of liberal democracy and the ambiguous evolution of democratic forms today. His critique of liberalism, closely linked to his rejection of parliamentarism (as seen in his works such as *Roman Catholicism and Political Form*, *The Crisis of Parliamentary De-*

mocracy, and *Legality and Legitimacy*), and his theory of political identity (elaborated in *Constitutional Theory* and *The Concept of the Political*) provide a lens through which we can explore how democracy may persist without liberal commitments – and how such a configuration risks becoming deeply exclusionary.

Following Schmitt, this essay argues that political identity is always constructed through acts of exclusion, and that sovereignty ultimately lies in the power to decide who belongs – and who does not – to the political community, especially in moments of crisis. Today, this logic is visible in the normalization of the exception (see Kauth & King, 2021, p. 369), whereby the suspension of legal norms becomes a routine mechanism of governance. At the same time, democratic institutions are increasingly subject to oligarchic dynamics, as economic and technological elites gain disproportionate influence over public decision-making. The concentration of political power in the hands of the few undermines not only the principle of the separation of power, but also the broader ideals of political balance and democratic accountability. Nevertheless, these developments do not necessarily indicate the end of democracy, but rather its transformation into a model no longer grounded in liberal values. The key issue is not whether this new form of democracy is good or bad, but how democracy might be rethought in new conceptual terms. The question, then, is whether Schmitt's thought can contribute to this rethinking – or whether it ultimately serves a different purpose.

The analysis unfolds in several stages. First, it explores the conceptual fragility of modern democratic identity, rotted in the abstraction of 'the people' and the necessity of representation – a dynamic that opens space for elite domination. Second, it presents Schmitt's theory of sovereignty and political identity, with an eye to how these concepts resonate to contemporary developments. Third, it examines the illiberal and oligarchic transformations that characterize many contemporary democracies and asks whether a renewed democratic project is possible – one that confronts the limits of both liberalism and exclusion. Finally, it considers the

possibility of rethinking democracy in terms of plurality and critical engagement with existing institutions, rather than unity and sovereign decision. In short, the essay will examine: the fragility of modern democratic identity; Schmitt's vision of democracy as rooted in homogeneity and decision; the normalization of the exception governance; the rise of oligarchic structures; and the potential for reconstructing democratic politics beyond liberal norms.

The idea is that Schmitt's political theory is valuable not only for diagnosing the contradictions of contemporary democratic regimes, but also for outlining the conditions under which democratic politics might reclaim its modern meaning – as a form of collective self-rule grounded in political unity rather than the aggregation of private interests. As Benjamin Schupmann (2017, p. 34) notes in *Carl Schmitt's State and Constitutional Theory*, "Schmitt's state and constitutional theory urges us not to take liberalism and democracy for granted" because "they are values that must be continuously defended and upheld", "and Schmitt offers a theory of how to do so". Therefore, the aim of this essay is twofold: first, to critically examine Schmitt's political theory, including his concept of democracy and his critique of liberalism; second, to show how – despite its risks – Schmitt's framework may help us grasp the forces behind the rise of illiberal democracies.

1. The Crisis of Modern Democracy

Today, we are witnessing a profound crisis of the modern concept of 'democracy' – that is, democracy understood as the genuine power of 'the people'. In contrast to the ancient notion of 'democracy', modern political thought conceives the *demos* as a collective subject or totality to whom sovereignty belongs. However, it is evident that this subject cannot govern directly; it must be represented by someone (governor) who makes it present to the citizens (governed). The fact that the citizens obey not because the ruler acts arbitrarily, but because they perceive the ruler as

embodying the popular will, makes the concept of 'representation' fundamental to the modern ideal of democracy. The idea is that 'the people' who command are formally the same as those who obey (see Duso, 2003, pp. 80-82). In this way, 'the people' are sovereign, and every citizen is politically equal to the others – though only indirectly, through political representation (see Petrucciani, 2014, p. 193).

Yet the continued use of the term 'democracy' in political discourse today does not necessarily mean that this ideal still holds. While democratic procedures, such as elections and representation, formally remain in place, many contemporary democracies – particularly in the West – tend to serve the interests of particular social groups rather than 'the people' as a whole (see Rosanvallon, 2008, p. 263). According to Pierre Rosanvallon (2008, p. 249), in *Counter-Democracy. Politics in an Age of Distrust*, "*democratic activity* now extends well beyond the framework of electoral-representative institutions" because counter-democratic powers "describe a new architecture of separated powers". In other words, democratic mechanisms are preserved in form, but their function increasingly serves those already in positions of economic or technological advantage.

In parallel, we observe the rise of illiberal tendencies within democracies themselves. Rights and protections are often weakened, especially for those excluded from elite networks. These elites do not always participate directly in political life but exert influence through other channels. Figures such as Elon Musk, Jeff Bezos, and Mark Zuckerberg exemplify a new configuration of political power: private actors who, through control over technology, digital infrastructures, and media platforms, shape public discourse, influence electoral outcomes, and indirectly guide public policy. As Bourguignon and Verdier (2000, p. 287) observe, "democratization is, to some extent, decided by the people already in power", although "political participation and activity depend on the educational level – or income – of economic agents".

As Robert Dahl (2006) reminds us, when access to resources – money, prestige, culture, time to devote, intellectual ability, social relations, etc. – is unequally distributed (see also Petrucciani, 2014, pp. 193-194), and political power is concentrated in the hands of a narrow elite, democratic processes risk being deeply undermined. In such conditions, political decisions are shaped by those with greater resources. If resources are distributed unequally, political equality – understood as equal opportunity to influence political decision – becomes extremely difficult, if not impossible, to realize (see Petrucciani, 2014, p. 229).

This imbalance facilitates the consolidation of technocratic and post-democratic forms of governance, in which decision-making is increasingly removed from public scrutiny and delegated to actors who are neither elected nor accountable. Politics tends to serve the interests of elites because they provide crucial support – economic, communicative, and infrastructural – to the political system itself[2]. Contemporary democracy may still present themselves as representative and participatory, yet in practice they contradict the fundamental principle that politics should serve 'the people' as a collective subject. Although society associations remain important vehicles for participation and contestation, their actual capacity to influence institutional decision-making is often limited. For this reason, political parties must assume the role of intermediaries. They should engage civil society in deliberative processes aimed at redefining the democratic project and rebuilding the democratic political agency from below.

As mentioned in the *Introduction*, Carl Schmitt's thought provides highly relevant conceptual tools to acknowledge for understanding these transformations. These include his theory of sovereignty, intrinsically tied to the friend-enemy distinction and to the question of political identity, as well as Schmitt's radical opposition to liberalism. Before examining how these concepts can help inter-

2 The U.S. Supreme Court's *Citizens United v. FEC* decision offers a striking example of how institutional frameworks facilitate such disproportionate influence, especially through unlimited campaign financing.

pret contemporary developments, it is crucial to acknowledge the nature of Schmitt's political thought.

Schmitt is an illiberal thinker, "one of the most brilliant and intransigent opponents of liberalism" (Mouffe, 2005, p. 4), who assigns a marginal role to individual autonomy and rights. In *The Value of the State and the Significance of the Individual*, the individual appears almost as a passive character, while the State (*Staat*) is tasked with realizing the abstract idea of 'law' (*Recht*) in empirical reality (see Duso, 2003, pp. 181-183). For Schmitt, the individual cannot claim to act directly in politics, because politics is the domain in which the collective will – the people – must be represented. This view is integral to his critique of liberalism: 'the people' as a whole must always take precedence over the individual.

Like the idea of 'law', the idea of 'the people' has an ideal nature which cannot correspond to anything found directly in empirical reality. In *Roman Catholicism and Political Form* Schmitt (1996a) writes:

> The 'whole' as the people is only an idea [...] so long as even the ghost of an idea exists, so also does the notion that something preceded the given reality of material things – that there is something transcendental – and this always means an authority from above. (p. 27)

Only authority can make the idea visible and present, by claiming the power to represent it, and by persuading citizens that it indeed does so. In this sense, Schmitt (1996a, p. 17) argues: "To the political belongs the idea, because there is no politics without authority and no authority without an *ethos* of belief". Observing the instability of the Weimar Republic (see Schupmann, 2017, p. 59), Schmitt rejects the idea that politics should be reduced to the pursuit of particular interests, as when politicians act in the name of personal or partisan agendas.

Schmitt's idea is that politics (*die Politik*) must always represent something universal rather than particular. The political representation (*politische Repräsentation*) of 'the people' (*das Volk*) as a collective subject is what creates political unity (*politische Einheit*) –

and thus political order. As Kam Shapiro (2008, p. 4) notes in *Carl Schmitt and the Intensification of Politics*, "dismissing the liberal conceit of 'self-organizing' society, Schmitt sought a political authority capable of integrating fractured groups and interests". In Schmitt's view, political representation should not be a *Vertretung* – a form of private or delegative representation – but rather *Repräsentation* (on this difference, see Accarino, 1999, pp. 21, 96; Duso, 2003, p. 147, pp. 151-152), which "can occur only in the *public* sphere" (Schmitt, 2008, p. 242). As Schmitt (2008, p. 242) writes: "There is no representation that occurs in secret and between two people, and no representation that would be a 'private matter'".

His model of *Repräsentation* is the Catholic Church, which "does not conceive Christ as a private person, does not conceive Christianity as a private matter, something wholly and inwardly spiritual, but rather has given it form as a visible institution" (Schmitt, 1996a, p. 32). Shapiro (2008, p. 7) notes that "both Catholic and democratic sovereignty rest on popular faith in a visible figure who represents and invisible order", while Schmitt (1996a, p. 21) adds that "the idea of representation is so completely governed by conceptions of personal authority that the representative as well as the person represented must maintain a personal dignity". Both in the Church and in politics, *Repräsentation* depends on faith – or, in a secularized sense, confidence (*Vertrauen*) – in the personal authority of the representative (see Bissiato, 2025, p. 24).

As we shall see, Schmitt believes that parliamentary deputies can no longer – as they once might have – perform this kind of *Repräsentation*. "To represent in an eminent sense can only be done by a person", he writes, "not simply a 'deputy' but an authoritative person or an idea which, if represented, also become personified" (Schmitt, 1996a, p. 21). His critique is directed at the Weimar Republic's parliamentary system, in which the parliament (*Reichstag*) claims to produce laws as if it were 'the people' – without truly being 'the people'.

In *Legality and Legitimacy*, Schmitt (2004, p. 87) states: "The current will of the present parliamentary majority has long since

only been based on a compromise thoroughly heterogeneous power organizations, and the parliament has become the showplace of a pluralist system" – a system that makes political unity nearly impossible to achieve. He argues that parliament cannot authentically represent the people, since deputies are not directly chosen by citizens, but selected internally by party structures after elections.

The only figure Schmitt seems to support within the Weimar Republic is the one directly elected by the people: the President of the Reich (*Reichspräsident*), who holds executive power (see Shapiro, 2008, p. 7). Because he is elected, the President of the Reich can represent the totality of the people and, under Article 48 of the Weimar Constitution, possesses decree power (see Schmitt, 2004, p. 67; Schmitt, 2005, p. 11). As Schmitt (2004, p. 71) puts it, "he unites in himself lawmaking and legal execution". Schmitt (2004, p. 13; see also Schmitt, 2004, pp. 88-89) further writes:

> Once the dynastic legitimacy of the constitutional monarchy disappeared, the German army, which after the disarmament and demilitarization of the German people is no longer an army in the traditional sense, and the national civil service, especially the newly created financial bureaucracy, found the possibility of a new basis in the plebiscitary legitimacy of the president of the Reich elected by the entire German people (p. 13).

If parliament has lost its authentic representative capacity, a plebiscite becomes necessary – granted by Article 73 of the Weimar Constitution – which allows elements of direct democracy that can legitimate the action of the President (see Schmitt, 2004, p. 59; Scalone, 2004, pp. 241-242).

2. Political Identity and the Friend-Enemy Distinction

According to Schmitt, to create and preserve political unity, it is necessary to identify the sovereign constituent power (see Rasch, 2016, p. 320). As he famously states in *Political Theology* (2005, p. 5), "sovereign is he who decides on the exception". This definition implies that sovereignty is not exercised continuously but is rather activated in moments of exception – situations that fall outside the established legal order and demand an urgent resolution. These moments correspond to what Schmitt calls the *Ausnahmezustand*.

For Schmitt, 'sovereignty' is a juridical concept, or more precisely, "a borderline concept" (*Grenzbegriff*) (Schmitt, 2005, p. 5; see Bissiato, 2022, pp. 233-234) that expresses the capacity of a subject – regardless of any specific characteristics – to place itself on the boundary that separates the legal order from its suspension (see Galli, 2022, p. 26). As Schmitt (2005, p. 7) explains: "Although he [the sovereign] stands outside the normally valid legal system, he nevertheless belongs to it, for it is he who must decide whether the constitution needs to be suspended in its entirety".

Even though this subject locates himself on the boundary by creating it, it can only be recognized as sovereign only *ex post* – that is, only after having declared the collapse of the existing order and made the decision either to restore the previous order or to establish a new one. In this sense, sovereignty is not merely a static position of power, but a function revealed through a decision in the face of crisis. Schmitt suggests that it is precisely from the exception – the "suspension of the entire existing order" (Schmitt, 2005, p. 12) – that sovereignty (see Schmitt, 2005, p. 6), normality and politics (see Kervégan, 2016, p. 166) itself derive their meaning. Indeed, as Schmitt (2005) writes:

> The exception is more interesting than the rule. The rule proves nothing; the exception proves everything: It confirms not only the rule but also its existence, which derives only from the exception. In the ex-

> ception the power of real life breaks through the crust of a mechanism that has become torpid by repetition. (p. 15)

In *Constitutional Theory,* Schmitt's register shifts compared to *Political Theology*, where he offers a more absolute definition of 'sovereignty' (see Shapiro, 2008, p. 44). Here, he argues that 'sovereign' is anyone who has sufficient political power or authority to be no longer defined solely by the ability to suspend the legal order, but by the capacity to establish it. In this sense, 'sovereign' is anyone who possesses the political power or authority to determine which statute or constitutional law should be adopted. Schmitt (2008, p. 76) writes: "For its validity as a normative regulation, every statute, even constitutional law, ultimately needs a political *decision* that is prior to it, a decision that is reached by a power or authority that exists politically".

Even in this case, "prior to the establishment of any norm, there is a fundamental *political decision by the bearer of the constitution-making power*" (Schmitt, 2008, p. 77); a constituent power that enables the very existence of a constitution. With reference to democracy, Schmitt (2008, p. 77) specifies that "in a democracy, more specifically, this [the establishment of any norm] is a decision by the people", meaning that every democratic constitution originates from 'the people' as constituent power that is prior to the construction of political order, and is in fact its origin (see Shapiro, 2008, p. 19). This implies that the formation of democratic will precedes the actual coming together of 'the people'.

Schmitt (2008, pp. 125-126) argues that "the constitution-making power is not thereby expended and eliminated, because it was exercised once" since "this political will remains alongside and above the constitution". Whether the legal-political order is restored or created from scratch, the constituent power does not disappear once and for all. Instead, it remains latent for long periods, awaiting reactivation in moments of exception. Its enduring presence over time implies that "the constitution-making power is not bound by legal norms and procedures; it is always in

the 'state of nature'" (Schmitt, 2008, p. 128), that is, in a condition of absence of order.

This suggests a parallel between the sovereignty of *Political Theology* and the constituent power of *Constitutional Theory*. In particular, both sovereignty and constituent power can be activated when an exceptional situation arises. In both cases, the decision is inherently exclusionary, as it establishes a clear distinction between the normal situation, governed by legal norms, and the exceptional situation, which lies outside the regular legal order. As previously noted, the sovereign act of distinguishing between norm and exception serves a precise function: to restore or to create a legal-political order. This implies that the decision is not merely legal in nature because it constitutes a political act aimed at realizing political unity. In *Constitutional Theory*, Schmitt (2008, p. 125) affirms: "*The constitution-making power is the political will, whose power or authority is capable of making the concrete, comprehensive decision over the type and form of its own political existence*"; and further clarifies: "The constitution-making power is political *will*, more specifically, concrete political being".

As expression of the political being of German people, the Weimar Constitution contains five political decisions: "the decision for *democracy*, which the German people reached by virtue of its conscious political existence as a people", "the decision for the *Republic* and against the monarchy", "the decision for the retention of the Lands, therefore a *federal-state* (even if not a strictly federal) *structure of the Reich*", "the decision for a fundamental *parliamentary-representative form of legislative authority and government*", "the decision for the *bourgeois Rechtstaat* with its principles, fundamental rights, and separation of power"(see Schmitt, 2008, pp. 77-78). Therefore, the existence of German people is guaranteed by the Constitution conceived as *Verfassung* – the unity of political and social relationships (see Duso, 1981, p. 55) which cannot be eliminated once for all.

Schmitt's idea is that realizing political unity means making the principle of 'identity' (*Identität*) of a people concrete – an identity

that would otherwise remain in a condition of immediacy or abstraction, thus preventing 'the people' from becoming a concrete political subject. As Schmitt (2008, p. 239) writes: "Where the people as the subject of the constitution-making power appear, the political form of the state defines itself by the idea of an identity". However, the realization of political unity within the State necessarily requires representation (*Repräsentation*) because "the political unity of the people as such can never be present in actual identity and, consequently, must always be *represented* by men personally" (Schmitt, 2008, p. 239).

This suggests that the principle of 'identity' is fundamental for the formation of the State (*Staatsform*), even though it can never be conceived as an immediate or purely empirical principle. Rather, 'identity' refers to something whose concrete political existence requires mediation – it must be constructed by someone (Duso, 2003, p. 159, p. 163). For Schmitt, without the coexistence of the principle of 'identity' and 'representation', neither the State nor the Constitution could. Consequently, the idea of 'the people' can appear in empirical reality only through a representation carried out by a person (*Person*) (see Duso, 2003, p. 153, p. 157) – namely, by someone who holds power, since "he who *rules* takes part in representation" (Schmitt, 2008, p. 245). Thus, people's identity is an artificial construct: it requires the transformation of a heterogeneous mass into a unified people, capable of taking political decisions (see Mouffe, 2000, p. 56; Scalone, 2004, p. 245; Shapiro, 2008, p. 19).

The political representation of the people's identity serves to make this identity both visible (*sichtbar*) and present (*präsent*) to citizens, thereby realizing political unity within empirical reality. In this regard, Schmitt (2008, p. 243; see Bissiato, 2025, p. 25; Duso, 2003, pp. 148-149, p. 175) states: "To represent means to make an invisible being visible and present through a publicly present one. The dialectic of the concept is that the invisible is presupposed as absent and nevertheless is simultaneously made present". Furthermore, political representation enables for confrontation

between people's identity and its opposite – its difference – and thus the possibility of engaging in struggle against it. This means those who fall within the boundaries of a people's identity are considered '*friends'(Freunde)*, whereas those who are identified as outside or fundamentally different are perceived as '*public enemies'* (*hostes, Feinde*).

In *The Concept of the Political*, Schmitt clarifies that, while the friend can also be private, "the enemy is solely the public enemy, because everything that has a relationship to such a collectivity of men, particularly to a whole nation, becomes public by virtue of such a relationship" (Schmitt, 1996b, p. 28). Only through the identification of the enemy is it possible to define the boundaries of political friendship – that is, of the people's identity. Friend and enemy, identity and difference, must always be politically 'invented' (see Derrida, 1995, p. 114) by someone possessing sufficient political power or authority to make them both visible and present. Indeed, Schmitt suggests that the distinction between friend and enemy is always an act of sovereignty, insofar as the sovereign is the one who holds the authority to separate identity from difference, norm from exception.

According to Shapiro (2008, p. 43), "every friend-enemy distinction, we might say, will have been made by the sovereign (decisive) entity it defines". From Schmitt's perspective (1996b, p. 27), "the political enemy [...] is, in a specially intense way, existentially something different and alien, so that in the extreme case conflicts with him are possible". Such conflicts "can neither be decided by a previously determined general norm nor by the judgment of a disinterested and neutral third party" because "only the actual participants can correctly recognize, understand and judge the concrete situation and settle the extreme case of conflict", and "each participant is in a position to judge whether the adversary intends to negate his opponent's way of life and therefore must be repulsed or fought in order to preserve one's own form of existence" (Schmitt, 1996b, p. 27). Only he who recognizes the political enemy as the negation of his own way of life can also detect the existence of

conflict. To do so, he must be able to place himself at the border – the threshold that allows one to see both identity and difference and thus reinforce people's identity and oppose the enemy.

However, this act of distinction between friend and enemy must reckon with the fact that the substance (*Substanz*) through which a people's identity is constituted is not eternal. On the contrary, "the criterion of friend-and-enemy distinction in no way implies that one particular nation must forever be the friend of enemy of another nation" (Schmitt, 1996b, p. 34). Since the identity of a people is historically contingent, it can change over time. Consequently, in different contexts, the substance grounding this identity may rely on different elements – such as race, religion, or other shared characteristics (see Schmitt, 2008, p. 258).

In *Roman Catholicism and Political Form*, Schmitt (1996a, p. 17) states that "by claiming to be something more than the economic, the political is obliged to base itself on categories other than production and consumption". Expanding on this idea, in *The Concept of the Political*, Schmitt (1996b) clarifies the types of categories on which the Political can ground itself:

> The political can derive its energy from the most varied human endeavors, from the religious, economic, moral, and other antitheses. It does not describe its own substance, but only the intensity of an association or dissociation of human beings whose motives can be religious, national (in the ethnic or cultural sense), economic, or of another kind and can affect at different times different coalitions and separations. (p. 38)

It is necessary not only to have a medium through which to distinguish friend and enemy, but also that this medium determines the specific features that friend and enemy must possess. According to William Rasch's *Carl Schmitt's Defence of Democracy* (2016, p. 321), "for 'the people' to be the subject of political action, it needs some common medium or [...] a 'central sphere' such as common history or language or religion or ethnicity or even a moral quality like civic virtue". What matters is not the specific feature itself,

but that this feature serves to create and maintain political unity by distinguishing friend from enemy. In other words, what remains constant over time is not the exact content of the friend-enemy distinction – which can indeed chance – but the necessity of making such a distinction within the political sphere, that is, the necessity of the Political (*das Politische*).

Rather than being associated with the State (see Schmitt, 1996b, p. 22) or with politics, the Political can be understood as the energy or tension that leads to the formation of two opposing human groups who struggle against one another. In this regard, Schmitt (1996b, p. 26) writes: "The distinction of friend and enemy denotes the utmost degree of intensity of a union or separation, of an association or dissociation". If the Political is conceived as the energy of association and dissociation, it cannot possess a fixed content, since everything – be it aesthetic, economic, moral – can become political once the distinction between friend and enemy arises (see Kervégan, 2016, p. 165). Thus, Schmitt rejects the liberal attempt to depoliticize spheres such as aesthetic, economic, and ethical (see Shapiro, 2008, p. 41), affirming that these areas too can become political when they generate the energy necessary to distinguish friend from enemy.

Despite the plurality of sources from which the Political may emerge, the friend-enemy distinction necessarily entails the disappearance of pluralism (see Shapiro, 2008, p. 41): once the friends are distinguished from enemies, political unity is created and must be maintained as long as possible. However, this does not mean that the enemy is completely defeated because Schmitt seems to suggest that the friend cannot overcome the enemy without losing its own political identity. If the enemy disappears, the friend disappears too, along with the energy of the Political. In other words, since enmity is strictly linked to friendship, it cannot be eliminated once for all. "Homogeneity does not mean that heterogeneity disappears" (Rasch, 2016, p. 321), because heterogeneity contains unlimited resources for new political distinctions. Schmitt (1996b) notes:

> It cannot be denied that nations continue to group themselves according to the friend and enemy antithesis, that the distinction still remains actual today, and that this is an ever present possibility for every people existing in the political sphere. (p. 28)

Therefore, the enemy can always be identified, even if its features can change.

The relationship between the friend-enemy distinction and its substance must remain stable for as long as possible, because if the foundational criterion for identifying the enemy changes too frequently, political order risks collapsing into chaos. In such a scenario, war could be declared one day against one group, and the next day against a completely different one – undermining both political stability and the coherence of collective identity. Another issue arises when war is motivated by moral reasons, like peace or humanity, as it is "considered to constitute the absolute last war of humanity" (Schmitt, 1996b, p. 36). Reflecting on pacifist war, Schmitt (1996b) writes:

> Such a war is necessarily unusually intense and inhuman because, transcending the limits of the political framework, it simultaneously degrades the enemy into moral and other categories and is forced to make of him a monster that must not only be defeated but also utterly destroyed. (p. 54)

The problem is that when a state or a union of states fights another to bring peace or humanity there, it automatically assumes that the other side does not understand peace or humanity – and so can be discriminated against and fought with greater violence.

Today, we are witnessing a profound crisis of national identities, driven by increasing human mobility – migration flows stemming from wars, climate crises, and economic inequalities – as well as by the growing visibility of individuals and communities, particularly through digital platforms. According to Kauth and King (2021, p. 369), there emerges "an underlying hierarchical concept of humanity that casts migrants, and other minorities, as standing

outside the boundaries of rights to liberty and equal treatment". They argue that "such instances of illiberalism are often sustained by a deficient legal system and the erosion of rule of law principles from executive overreach and the creation of extra-legal or spaces of exception" (Kauth & King, 2021, p. 369). Consequently, many individuals find themselves alienated from the ideals promoted by national governments, as they are perceived as 'different' and are subjected to fewer rights. Furthermore, the mediatization of the public sphere exacerbates in political influence and participation, as not all citizens have equal access to political engagement (see Petrucciani, 2013, p. 176.)

As Schmitt teaches, responses to such crises typically involve constructing a people's identity through the recognition of defining features or categories. This construction can sometimes take a more inclusive form, aiming to incorporate as many individuals as possible within the boundaries of political unity – that is, friendship. In such case, the normalization of the exception may shift the threshold of normality, though it is not necessarily abolished. Thus, greater inclusion can serve as a partial remedy to the crisis of identity.

However, this remedy does not entirely resolve the problem of political discrimination, whether within a single nation-state or, even more acutely, across the international system. Instead of moving towards an inclusive model of identity, many states are displaying increasingly exclusionary and discriminatory tendencies. Slogans like *Make America Great Again* or the rhetoric of nationalist governments such as those in Hungary and Poland, where "the governing parties have openly attempted to erode or to abolish outright liberal democratic institutions such as free press and an independent judiciary" (Kauth & King, 2021, p. 371), clearly illustrate this troubling trend.

Schmitt himself shows that the discriminatory impulse – understood as the tendency to identify an enemy by distinguishing it from the friend – is deeply rooted in human nature. He suggests that if the enemy can be as close as one's own brother, the origin

of the energy of Political lies not in consensus but in conflict – even fratricide. The biblical story of Cain and Abel, often invoked in Schmitt's writings, exemplifies this condition: Cain's act of killing his brother marks that the origin of political community is not peace and inclusion, but violence, exclusion and the elimination of the other. Indeed, in *Ex Captivitate Salus* Schmitt (2017) writes:

> Whom in the world can I acknowledge as my enemy? Clearly only him who can call me into question. By recognizing him as enemy I acknowledge that he can call me into question. And who can really call me into question? Only myself. Or my brother. The other proves to be my brother, and the brother proves to be my enemy. Adam and Eve had two sons, Cain and Abel. Thus begins the history of humankind. This is what the father of all things looks like. This is the dialectical tension that keeps world history moving, and world history has not yet ended. (Schmitt, 2017, *Wisdom of the Cell* section; see also Schmitt, 1987, pp. 91-92)

From this perspective, enmity is neither accidental nor merely the result of ideological difference or institutional failure. Rather, enmity emerges as a structuring force of the Political, inscribed in the very foundations of collective life. Consequently, war – or at least the potential for conflict – is not an aberration but a constitutive moment of political existence, understood as a "real possibility" (Schmitt, 1996b, p. 33), an "ever present possibility", and "the leading presupposition which determines in a characteristic way human action and thinking and thereby creates a specifically political behavior" (Schmitt, 1996b, p. 34). While it is true that war is an exception and politics corresponds to normality, it is also true that politics cannot exist without war. Schmitt's idea is that politics must always engage with its limit – the exception, the war – even if the Political itself cannot be reduced to war *per se* (see Shapiro, 2008, p. 42). As Shapiro (2008, p. 42) notes, "the political character of an entity resides in its capacity to distinguish friend and enemy, that is, the capacity for the *decision* that distinguishes

the properly war-inducing situation from the banalities of everyday conflict".

At a first glance, the notion that the potential for conflict characterizes human nature, rendering human beings essentially bellicose animals (see Kervégan, 2016, pp. 165-166), may seem at odds with the idea of the Political as mere energy that brings about the friend-enemy distinction (see Kervégan, 2016, p. 168). Yet, I believe these ideas are not mutually exclusive. Since the Political conveys the energy of human association and dissociation, it can potentially involve everyone, though not necessarily always. The crucial factor is the decision of a political authority to activate or deactivate this energy within the political sphere. At least for Schmitt, as long as conflict persists, the Political and politics cannot be eliminated to create a truly pacified world. Indeed, Schmitt (1996b, p. 35) writes: "There would not be a meaningful antithesis whereby men could be required to sacrifice life, authorized to shed blood, and kill other human beings". Although conflict does not necessarily result in war, politics can exist only if the energy of the Political subsist. Therefore, Schmitt's thought is a tensive one, in the sense that it can never accept a total pacification.

3. Democracy Beyond Liberalism: Illiberalism and Oligarchic Drift

This line of reasoning, when considered through the lens Schmitt's thought, raises the question of whether we can still speak of 'democracy' in a context where a deep identity crisis fuels illiberal tendencies – tendencies that undermine the rights of individuals and communities perceived as minorities. My position is that democracy can still be affirmed, although increasingly less as 'liberal democracy'. Schmitt is particularly helpful in understanding this claim, as in *The Crisis of Parliamentary Democracy* he emphasizes that democracy develops independently from liberalism. Between democracy and liberalism there exists a natural opposition that may led to conflict. Thus, Schmitt (2006, pp. 8-9) writes:

"Both, liberalism and democracy, have to be distinguish from one another so that the patchwork picture that makes up modern mass democracy can be recognized".

Democracy and liberalism not only stem from different intellectual traditions but also represent fundamentally opposed worldviews: democracy is grounded in a universal and anti-individualistic logic based on the political unity of a homogeneous people, whereas liberalism is rooted in an individualistic and particularistic logic that aims to protect individual rights and promote pluralism. Indeed, Rasch (2016, p. 322) states: "For Schmitt, the conflict between liberalism (liberty) and democracy (equality) is not historically contingent, caused by the contradiction of capitalism, but logically constitutive", meaning that they can never be fully reconciled.

This divergence produces distinct understandings of key political concepts, such as equality and freedom. Democracy affirms a substantive equality, which is "only interesting and valuable politically so long as it has substance, and for that reason at least the possibility and the risk of inequality" (Schmitt, 2006, p. 9). In this regard, Schmitt (2006, p. 9) notes that "every actual democracy rests on the principle that not only are equals equal but unequals will not be treated equally", and that "democracy requires [...] first homogeneity and second – it the need arises – elimination or eradication of the heterogeneity". This implies that "democracy – because inequality always belong to equality – can exclude one part of those governed without ceasing to be a democracy" (Schmitt, 2006, p. 9). By contrast, liberalism promotes a universal and abstract equality of all individuals, such that "the equality of all persons as persons is not democracy but a certain kind of liberalism, not a state form but an individualistic-humanitarian ethic and *Weltanschauung*" (Schmitt, 2006, p. 13). Similarly, freedom in the democratic sense refers to political participation and collective self-rule, while for the liberal tradition it is primarily understood as private autonomy and protection from state interference.

In *Constitutional Theory*, Schmitt (2008) outlines this divergence when he specifies:

> The greatest lack of clarity arises from the fact that the concept of democracy, like many other political concepts, became an entirely general *ideal concept*, the ambiguity of which, moreover, preserved a place for more diverse ideals and, finally, for everything that is ideal, beautiful and appealing. Democracy is bound to and identify with liberalism, socialism, justice, humanity, peace, and international understanding. (p. 257)

He argues that 'democracy' should be recognized as a purely political concept whose associated notion of 'equality' (*Gleichheit*) "includes the possibility of a distinction", in the sense that political democracy "cannot rest on the inability to distinguish among person, but rather only on the quality of belonging to a *particular people*" (Schmitt, 2008, p. 258).

Further clarifying the opposition between the principle of 'identity' and the principle of 'representation', Schmitt (2008, p. 255) defines 'democracy' as "a state form that corresponds to the principle of identity (in particular, the self-identity of the concretely present people as a political unity)". Here, 'identity' "denotes the comprehensive identity of the homogeneous people […], the identity of the homogenous people that includes both the governing and governed", because "on the whole and in every detail of its political existence, democracy presupposes a people whose members are similar to one another and who have the will to political existence" (Schmitt, 2008, p. 264).

However, since a people's identity can only exist when it is represented by a person – and given that the two principles ('identity' and 'representation') are both necessary for the formation of the State and can never be conceived as pure forms in empirical reality – Schmitt envisions democracy primarily as 'representative democracy'. In such a model, the representation of the idea of 'the people' realizes homogeneity by transforming a heterogeneous mass into a homogeneous people. When, in *Legality and Legitima-*

cy, Schmitt (2004, p. 41) states that "every democracy, even the parliamentary variety, fundamentally rests on a presupposed homogeneity that is thorough and invisible", he is likely attempting to connect this discourse on democratic institution to the concept of a 'political decision' that precedes the construction of a legal-political order. Since the political decision precedes institutional form, the very existence of representative democracy depends on a presupposed homogeneity that precedes it.

Schmitt's critique of liberalism is also evident in *The Concept of the Political*, where he asserts that liberalism is incapable of generating an autonomous political theory. Schmitt (1996b) writes:

> The negation of the political, which is inherent in every consistent individualism, leads necessarily to a political practice of distrust toward all conceivable political forces and forms of state and government, but never produces on its own a positive theory of state, government, and politics. (p. 70; see also Mouffe, 2005, p. 11)

Schmitt (1996b, p. 70) argues that although "there exists a liberal policy of trade, church, and education", there is "absolutely no liberal politics", "only a liberal critique of politics" – a critique that aims to counter the politics' tendency to limit individual liberty in order to preserve totality rather than particularity.

Moreover, Schmitt (1996b, p. 70) observes: "In a very systematic fashion liberal thought evades or ignores states and politics and moves instead in a typical always recurring polarity of two heterogeneous spheres, namely ethics and economics, intellect and trade, education and property". While liberal thought seeks to distance itself from the political by focusing on the individual sphere, it nevertheless creates a polarity that cannot be politically neutral, as it may be used for political purposes – specifically, the pursuit of political conquest. In this regard, Rasch (2016) notes that liberalism,

> in the hands of economically strong, it [liberalism] becomes an apolitical form of conducting political conquest; for the economically weak,

> it serves as the solvent that dissolves a people into a random collection of self-serving private individuals, rendering them politically defenceless. (p. 319)

Thus, for Schmitt, liberalism may be dangerous not only for politics – and therefore to the democratic representation of the people – but also to the individuals it purports to protect.

Nevertheless, he acknowledges that in the Weimar Republic certain democratic elements, such as the idea of the homogeneity of the German people, coexist with liberal elements like party pluralism and the competition of economic interest groups (see Schmitt, 2006, p. 37), at least until the rise of NSDAP as illiberal and antidemocratic party which infiltrates the democratic institutions of Weimar (see Schupmann, 2017, p. 3). As Ulrich K. Preuß (2016, p. 471) observes in *Carl Schmitt and the Weimar Constitution*, during this period, "the democratic principle was specified as a combination of parliamentary, presidential, and plebiscitary elements". Schmitt's idea is that the parliamentary element is a product of liberal thought, whereas the presidential and plebiscitary elements are purely political, as they refer to the President of the Reich – directly elected by the German people – who is capable of making political decision (Art. 48).

Regarding the Weimar Constitution, Preuß (2016) writes:

> Being the product of a rupture, which was a social and a political revolution, the Weimar Constitution aimed at taming the class struggle by reconciling, or at least mitigating, the tension between capitalism and political democracy through the creation of universal suffrage, a competitive party system on the basis of proportional representation, institutions of a collective bargaining, and workers' codetermination in large business enterprises. (pp. 471-472)

The Weimar Constitution is composed of two distinct parts, which express "two different systems of parliamentary legality and plebiscitary legitimacy" (Schmitt, 2004, p. 60). Schmitt particularly values the Second Principal Part, as it contains some 'institution-

al guarantees' (*Institutionelle Garantien*) preventing Parliament from abolishing certain institutions, such as municipal, ecclesiastical, bureaucratic and university structures (see Schmitt, 2022). As he writes: "Now, if in the knowledge that the Weimar Constitution is two constitutions, one chooses between them, then the decision must fall for the principle of the second constitution as it attempts to establish a substantive order" (Schmitt, 2004, p. 94)

What matter is that Schmitt appears to recognize – though not without difficulty – that the combination of democratic and liberal elements may be necessary for his present. In our time, the fact that we are witnessing a democracy with increasingly illiberal tendencies highlights two key points: first, that liberalism is not a necessary companion to democracy but can in fact be separated from it; and second, that democracy contains a flexible structure that, depending on the historical and political context, may become associated with different – and at time contradictory – elements.

Today, democracy is becoming increasingly illiberal insofar as it retains electoral procedures and avoids direct oppression of its citizens, even though "options for voicing discontent are already limited, participation in the political process is made increasingly difficult, and the rule of law is frequently undermined to serve the government's objectives" (Kauth & King, 2020, p. 370). Referring to Fareed Zakaria's (1997, p. 30) *The Rise of Illiberal Democracy,* Kauth and King (2021) write:

> While classic liberalism seeks to the reach of government power into the individual's private sphere through the separation of power and legal guarantees of basic rights, democracy emphasises the sovereignty of the people and thus the concentration and maximization of power in the hands of the majority. (pp. 369-370)

Even though democracy can be practically separated from liberalism, a connection between liberalism and illiberalism can also be traced today. As Kauth and King (2021, pp. 382-383) note, "illiberal policies are often linked to liberal value via the assumption liberal theories make about individuals capable of fully participat-

ing in liberal society and the obligation they bear as members of those societies". Referring to King's (1999, p. 26) In the *Name of Liberalism*, they add: "Liberal demands, redistribution, and the emphasis of rights dependent on certain responsibilities of an imaged social contract can open the floodgates to illiberalism" (Kauth & King, 2021, p. 383).

What we are witnessing is not merely an illiberal democracy but a democracy that increasingly exhibits anti-democratic elements (see Kauth & King, 2021, p. 371). Democracy is in fact being reshaped into a form of oligarchic democracy. In contrast to Jacques Rancière's *The Hatred of Democracy* (see 2005; see Acemoglu, 2008, who postulates a clear distinction between oligarchy and democracy), who argues that we are no longer living in a democracy but rather in an oligarchic rule of law, I contend that it is representative democracy that has led to the development of oligarchic democracy. Indeed, most representative democracies function according to hierarchical logics that concentrate decision-making processes in the hands of a few. This form of oligarchic democracy still qualifies as 'democracy' because, as noted above, it retains electoral procedures. However, within this model, political decisions are made by oligarchic groups in places that are inaccessible to the majority of citizens (see Petrucciani, 2014, p. 215).

4. Rethinking Democratic Possibility

To attempt a conclusion, it should now be clear that democracy can survive beyond its liberal configuration. As Kauth and King note, following Zakaria (see 1997, p. 28), "democracy does not necessarily lead to constitutional liberalism and [...] liberal democracy might thus just be one of the several possible varieties of democracy" (Kauth & King, 2021, p. 369). Zakaria's position shows some affinities with Schmitt's position, in that he "interprets the liberal and democratic understanding of governmental power as being in fundamental conflict" (Kauth & King, 2021, p. 369). From his perspective, Schmitt helps us understand that democracy

is something different from liberalism, and thus can function without it.

Contrary to Micheal Freeden, who argues that democracy is disintegrating (see Kauth & King, 2021, p. 367), I believe democracy is not dying but rather mutating. It is our responsibility to rethink democracy not merely in terms of procedures, but also in terms of who 'the people' are. We should also ask ourselves: is a non-liberal, non-oligarchic democracy possible? If the answer is yes, we must strive toward a renewed understanding of democratic sovereignty and political participation. Schmitt reminds us that each generation must take a decision that shapes its concrete historical situation. In *Roman Catholicism and Political Form*, Schmitt (1996a, p. 38) writes that there is "a type of decision the Church cannot void – a type of decision that must be taken in the present day, in the concrete situation, in every single generation".

While he refers here to the Catholic Church, his point more broadly concerns importance to take a decision-making in the present. In *The Age of Neutralizations and Depoliticizations* Schmitt (1996b) further asserts:

> That all historical knowledge is knowledge of the present, that such knowledge obtains its light and intensity from the present and in the most profound sense only serves the present, because all spirit is only spirit of the present, has been said by mani since Hegel, best of all by Benedetto Croce. (p. 80)

Although Schmitt helps us grasp the transformation of his time, he cannot offer an effective solution for democracy today. There are two reasons for this. First, because each generation requires a specific decision, the fact that Schmitt belongs to another historical moment limits the applicability of his political proposal. Second, he would not have been able to provide a viable proposal, as he defines himself as a Christian Epimethean. Therefore, while Schmitt's thought is essential for understanding the present, we must go beyond it if we aim to rethink democracy.

In this regard, Stefano Petrucciani (2013, pp. 179-180), in his *Democratizzare la democrazia. È ancora possible?*, proposes the democratization of democracy itself, emphasizing the need to move beyond the traditional vision of the separation of power. From an international perspective, democracy must be grounded in clear rules that ensure fairness in political competition, and in independent oversight mechanism that verify whether those rules are respected (see Petrucciani, 2013, p. 182). From both international and national viewpoints, as Kauth and King (2021, p. 373) note, "democracies must protect minorities, represent their voices, and protect their chances of (re-) gaining power in the future", since "rights and equal treatment are [...] key characteristic of democratic polities".

On the one hand, in *Legality and Legitimacy*, Schmitt (2004) endorses the principle of equal chance opportunity between political parties:

> The parliamentary legislative state, which today rests on the rule of temporary majorities, can deliver the monopoly of the legal exercise of power to the majority parties and can demand that the minorities renounce the right to resistance only so long as the equal chance of achieving a majority really remains open and this assumption of its principle of justice is somehow still believable. (p. 30)

On the other, Schmitt always thinks within a system grounded in sovereignty and structured by a binary logic: friend/enemy, identity/difference, equal/unequal, etc. This logic aligns Schmitt's thought with illiberalism, which, according to Kauth and King (2021, p. 378), "is aimed at demarking who is and who is not a full member of society based on ideological construction of the social in- and out-groups". Indeed, "All states take decisions about whom to admit to their territory and, subsequently, to societal membership. These decisions are necessarily decisions about inclusion and exclusion and thus especially pertinent in the discussion of ideological illiberalism" (Kauth & King, 2020, p. 384).

In his lecture course *Society Must Be Defended*, Michel Foucault (see 1997, pp. 26-27) rejects the concept of 'power' based on sovereignty and seeks to move beyond the binary logic it entails. Foucault (1997) states:

> We have to bypass or get around the problem of sovereignty – which is central to the theory of right – and the obedience of individuals who submit to it, and to reveal the problem of domination and subjugation instead of sovereignty and subjugation. (p. 27)

He shifts the focus from sovereignty (unity) to relations of domination (multiplicity), aiming to "discover how multiple bodies, forces, energies, matters, desires, thoughts, and so on are gradually, progressively, actually and materially constituted as subjects, or as the subject" (Foucault, 1997, p. 28). His goal is "to try to release or emancipate this analysis of power from three assumptions – of subject, unity, and law – and to bring out, rather than these basic elements of sovereignty, what I would call relations or operators of domination", such that "rather than deriving powers from sovereignty, we should extracting operators of domination from relations of power, both historically and empirically" (Foucault, 1997, pp. 44-45).

Foucault acknowledges that, despite these three 'primitive' elements of sovereignty (see Foucault, 1997, p. 44), "a binary structure runs through society" (Foucault, 1997, p. 50). He writes that "there are two groups, two categories of individuals, or two armies, and they are opposed to each other" (Foucault, 1997, p. 50). Even "peace itself is a coded war" (Foucault, 1997, p.51). Thus, as Foucault (1997, p. 51) states:

> We are therefore at war with one another; a battlefront runs through the whole of society, continuously and permanently, and it is this battlefront that puts us all on one side or the other. There is no such thing as a neutral subject. We are all inevitably someone's adversary.

While these claims echo Schmitt's friend-enemy distinction, Foucault's aim is different: not to reinforce sovereignty and this binary logic, but to expose and destabilize them in favour of an analysis of plurality.

If we accept that reality cannot be reduce to unity or binary opposition, we must also accept the empirical existence of complexity and plurality (see Bissiato, 2025, pp. 30-31). The recognition of plurality is one of the necessary steps toward building a new conception of 'democracy'. Another is to repurpose existing tools – such as the media – in new ways. According to Kauth and King (2021, p. 398), who argue that "online media reportage did not create illiberal ideology or anti-democratic ambitions", "the regulation of media and defence of free journalism is equally vital to monitoring illiberal procedures". In other words, media can become a means to challenge illiberal practices and expose the oligarchic drift within contemporary democracy. Without this intention to critically engage with and transform the current democratic apparatus, it is impossible to begin laying the foundations for a new form of democracy.

References

Accarino, B. (1999). *Rappresentanza*. Il Mulino.

Acemoglu, D. (2008). Oligarchic vs democratic societies. *Journal of the European Economic Association, 6*(1), 1-44.

Bissiato, G. (2022). Sovranità e apertura alla trascendenza. Note sulla teologia politica di Carl Schmitt. In G. Bissiato, D. Galli, G. Longoni, P. Murrone, & G. Nastasi (Eds.), *Religione e politica. Paradigmi, Alleanze, Conflitti* (pp. 225-246). Edizioni ETS.

Bissiato, G. (2025). The People is Nowhere Here: Political Representation without Foundation. In G. Bissiato (Ed.), *Law, Democracy and the Crisis of Foundation: Deconstructive and Constructive Perspectives* (pp. 21-32). Routledge.

Bourguignon, F., & Verdier, T. (2000). Oligarchy, democracy, inequality and growth. *Journal of Development Economics, 62*(2), 285-313.

Derrida, J. (1995). *Politiche dell'amicizia (G. Chiurazzi, Trans)*. Raffaello Cortina.

Duso, G. (1981). Tra costituzione e decisione: la soggettività in Carl Schmitt. In G. Duso (Ed.), *La politica oltre lo Stato* (pp. 49-68). Arsenale Cooperative Editrice.

Duso, G. (2003). *La rappresentanza politica. Genesi e crisi del concetto*. FrancoAngeli.

Foucault, M. (2003). *"Society must be defended": Lectures at the Collège de France, 1975–76* (D. Macey, Trans.). Picador.

Galli, C. (2022). Teologia politica: estremismo e pensiero dell'origine. In M. Croce & A. Salvatore (Eds.), *Teologia politica cent'anni dopo* (pp. 19-36). Quodlibet.

Kauth, J., & King, D. S. (2021). Illiberalism. *European Journal of Sociology, 61*(3), 36-405.

Kervégan, J.-F. (2016). *Che fare di Carl Schmitt?* (F. Mancuso, Trans.). Laterza.

King, D. S. (1999). *In the Name of Liberalism: Illiberal social policy in the USA and Britain*. Oxford University Press.

Mouffe, C. (2000). *The Democratic Paradox*. Verso.

Mouffe, C. (2005). *On the Political*. Routledge.

Petrucciani, S. (2013). Democratizzare la democrazia. È ancora possibile? In G. Cesarale, M. Mustè, & S. Petrucciani (Eds.), *Filosofia e politica. Saggi in onore di Mario Reale* (pp. 175-186). Mimesis.

Petrucciani, S. (2014). *Democrazia*. Einaudi.

Preuß, U. K. (2016). Carl Schmitt and the Weimar Constitution. In J. Meierhenrich & O. Simons (Eds.), *The Oxford Handbook of Carl Schmitt* (pp. 471-494). Oxford University Press.

Rancière, J. (2007). *L'odio per la democrazia* (F. Ciaramelli, Trans.). Cronopio.

Rasch, W. (2016). Carl Schmitt's defence of democracy. In J. Meierhenrich & O. Simons (Eds.), *The Oxford Handbook of Carl Schmitt* (pp. 312-337). Oxford University Press.

Rosanvallon, P. (2008). *Counter-Democracy: Politics in an Age of Distrust* (A. Goldhammer, Trans.). Cambridge University Press.

Scalone, A. (2004). Omogeneità politica e pluralismo conflittuale: Il concetto di democrazia in Carl Schmitt e Hans Kelsen. In G. Duso (Ed.), *Oltre la democrazia. Un itinerario attraverso i classici* (pp. 243-269). Carocci.

Schmitt, C. (1987). *Ex captivitate salus: Esperienze degli anni 1945-47* (C. Mainoldi, Trans.). Adelphi.

Schmitt, C. (1996a). *Roman Catholicism and Political Form* (G.L. Ulmen, Trans.). Greenwood Press

Schmitt, C. (1996b). *The Concept of the Political* (G. Schwab, Trans.). University of Chicago Press.

Schmitt, C. (2004). *Legality and legitimacy* (J. Seitzer, Trans.). Duke University Press.

Schmitt, C. (2005). *Political Theology: Four Chapters on the Concept of Sovereignty* (G. Schwab, Trans.). University of Chicago Press.

Schmitt, C. (2006). *The Crisis of Parliamentary Democracy* (E. Kennedy, Trans.). MIT Press.

Schmitt, C. (2008). *Constitutional Theory* (J. Seitzer, Trans.). Duke University Press.)

Schmitt, C. (2017) *Ex Captivitate Salus. Experiences, 1945-47* (M. Hannah, Trans) [ePub Edition]. Polity Press.

Schmitt, C. (2022). Diritti di libertà e garanzie istituzionali della Costituzione del Reich (M. Bozzon, Trans). In M. Croce & A. Salvatore (Eds.), *Costituzione e istituzione* (pp. 47-93). Quodlibet.

Schupmann, B. A. (2017). *Carl Schmitt's State and Constitutional Theory: A critical analysis*. Oxford University Press.

Shapiro, K. (2008). *Carl Schmitt and the Intensification of Politics*. Rowman & Littlefield.

Zakaria, F. (1997). The rise of illiberal democracy. *Foreign Affairs, 76*(6), 22-43.

CAPÍTULO 11

THE LIMITS OF ANTAGONISM IN LEFT SCHMITTIANISM: FANATICISM IN THE WEAK PROGRAMME OF POST-FOUNDATIONALISM

Denis Vyaznikov[1]

1 University of Vienna. Doctoral candidate in the Social Sciences (research field: political science)

ABSTRACT

This article examines fanaticism as a limit case for left Schmittianism and post-foundational political thought. It argues that contemporary radical democratic theories, particularly those influenced by Carl Schmitt, rely on a systematic weakening of homogeneity in order to reconcile antagonism with pluralist democracy. While this strategy enables the "taming" of conflict through agonistic models, it also leaves certain forms of political struggle theoretically unaccounted for. The article identifies fanaticism as a paradigmatic instance of such a limit conflict. Against both traditional pejorative accounts and recent revisionist approaches, fanaticism is conceptualised here as a specific political logic rather than as irrational extremism or moral pathology. Drawing on Ernesto Laclau's post-foundational ontology of antagonism, the article situates fanaticism beyond the horizon of political homogeneity, even in its most minimal or "empty" form. Fanaticism is further analysed in relation to populism, understood as a logic of political mobilisation. While populism maximises mobilisation through the expansion of equivalential chains, fanaticism is distinguished by its capacity to retain a determinate content behind the hegemonic signifier, thereby avoiding what Laclau describes as the "dangerous victory" of hegemony. The article concludes by proposing a distinction between strong and weak programmes of post-foundationalism. It argues that fanaticism can only be adequately conceptualised within the weak programme, where the problem of content retention leads to the elaboration of a regional ontology of political organisation mediating between mobilisation and institutionalisation.

Keywords: fanaticism, populism, post-foundationalism, antagonism, political organisation

RESUMEN

Este artículo examina el fanatismo como un caso límite para el schmittianismo de izquierda y el pensamiento político posfundacional. Sostiene que las teorías contemporáneas de la democracia radical, particularmente aquellas influenciadas por Carl Schmitt, se basan en un debilitamiento sistemático de la homogeneidad con el fin de conciliar el antagonismo con la democracia pluralista. Si bien esta estrategia permite el «control» del conflicto mediante modelos agonísticos, también deja ciertas formas de lucha política sin una explicación teórica adecuada. El artículo identifica el fanatismo como una instancia paradigmática de este conflicto límite. Frente a las interpretaciones peyorativas tradicionales como a los enfoques revisionistas recientes, aquí se conceptualiza el fanatismo como una lógica política específica, y no como una forma de extremismo irracional o una patología moral. A partir de la ontología posfundacional del antagonismo de Ernesto Laclau, el artículo sitúa el fanatismo más allá del horizonte de la homogeneidad política, incluso en su forma más mínima o «vacía». El fanatismo se analiza además en relación con el populismo, entendido como una lógica de movilización política. Mientras que el populismo maximiza la movilización mediante la expansión de cadenas de equivalencia, el fanatismo se distingue por su capacidad para conservar un contenido determinado detrás del significante hegemónico, evitando así lo que Laclau describe como la «peligrosa victoria» de la hegemonía. El artículo concluye proponiendo una distinción entre programas fuertes y débiles del posfundacionalismo. Sostiene que el fanatismo solo puede ser conceptualizado adecuadamente dentro del programa débil, en el que el problema de la conservación del contenido conduce a la elaboración de una ontología regional de la organización política que media entre la movilización y la institucionalización.

Palabras clave: fanatismo, populismo, posfundacionalismo, antagonismo, organización política.

Introduction

Between a segment of left political theorists and Carl Schmitt there exists an uneasy alliance. This unease is explained by the need to divorce the content of his political theory from his own political commitments. As a result, the scholar of Schmitt confronts a fork in the road formulated by Matthew Specter (2017, p. 428): either to regard the Nazi period as naturally emerging from the earlier phase of the 1920s, or to treat it as a rupture with the "true" Schmitt, whose conceptual apparatus can nevertheless assist in the construction of radical democratic models. The theoretical lever that shifts the points towards rupture or continuity is the concept of homogeneity, to which we shall return later.

This uneasy alliance between left theorists and Carl Schmitt is significant not only as an episode in intellectual history, but as a symptom of a broader and at the same time deeper theoretical problem. Attempts to separate the analytical potential of the Schmittian concept of the political from its normative and political implications inevitably encounter the question of the limits of antagonism in democratic theory. At the centre of this question stands the concept of homogeneity, which in left Schmittianism is subjected to a systematic weakening and reinterpretation.

It is precisely this weakening of homogeneity that makes possible radical democratic projects seeking to reconcile pluralism and political difference with the preservation of democratic unity. At the same time, this move raises the question of those forms of conflict that cannot be agonised or incorporated into an "empty" homogeneity. In this article, such a form of limit conflict is identified as fanaticism, understood not as a pejorative label or a deviation, but as a specific political logic, a particular case of populism, which brings to light the limits of radical democratic models.

Identifying these limits requires a shift from the analysis of individual democratic models to the more general problematic of post-foundational political thought, within which antagonism is conceived as the limit of all social objectivity. In this context, the political ontology of Ernesto Laclau plays a key role, as it enables

antagonism to be thought without the presupposition of a homogeneous political unity and thereby reframes the question of the formation and durability of collective political subjects grounded in the construction of an antagonistic frontier.

However, post-foundational thought is not theoretically homogeneous. Within it, one can distinguish between programmes that confine themselves to the ontological assertion of the contingency of the social order, and programmes that confer a normative status upon this contingency. This article proceeds from the assumption that it is precisely within this distinction that the problem of sustaining content in hegemonic articulations becomes visible. This problem cannot be resolved either through an appeal to "empty" homogeneity or through a purely ontological description of antagonism. It therefore points to the need to elaborate an intermediate theoretical level at which political organisation is conceived as a mediator between mobilisation and institutionalisation, and between the political and politics.

1. Left-Schmittianism: Democracy and empty homogeneity

Why did the contradictory legacy of Carl Schmitt become attractive to a segment of left political theorists in the context of the crisis of socialist and Marxist paradigms at the end of the twentieth century? Answering this question requires a return to Schmitt's original critique of liberal democracy, formulated in the context of the crisis of the Weimar Republic. Schmitt opposed, on the one hand, the domination of a single political unity over all others, especially when recoded in moral terms as the opposition between "humanity" and "non-humanity". On the other hand, he rejected parliamentary democracy as a deeply contradictory political regime grounded in mutually conflicting principles of equality and pluralism, which are in fact opposed to one another, as well as in an abstract and hypocritical notion of the "rule of law" (Schmitt, 1988, 2007, p. 62). For Schmitt, the background to all these criti-

cal arguments was the crisis of the Weimar Republic that followed Germany's defeat in the First World War. From his perspective, the Treaty of Versailles deprived Germany of political sovereignty, including the capacity of its people to include or exclude members from its political unity (Muller, 1991, p. 710). At the same time, the republic itself was anti-democratic, since it was torn apart by competing political parties in parliament. These parties undermined the state's capacity to act, understood in terms of decisive decision-making, and distorted, in the language of Jean-Jacques Rousseau, the general will of the people.

For those wishing to study the history of contemporary left Schmittianism, a convenient starting point is the year 1987, when the journal Telos first published the sub-section "Schmitt and the Frankfurt School", followed by an entire special issue entitled "Carl Schmitt: Enemy or Foe" (Bendersky, 2018, p. 69). Recognition of Carl Schmitt as a canonical thinker came after his death and from a direction that would likely have surprised him. What began as an attempt to engage seriously with Schmitt's philosophy, neither whitewashing it nor merely rehearsing the necessary disclaimers about his troubled legacy, over the course of a decade turned into a "tsunami" of interest (Specter, 2017, p. 428).

History soon provided the broader context. Two key ideological texts of the early 1990s set the tone: The End of History? by Francis Fukuyama (1989), which proclaimed the definitive ideological victory of liberal market democracy over its rivals, and The Unipolar Moment by Charles Krauthammer (1990), which asserted the geopolitical hegemony of the United States and the absence of any comparable countervailing power. In the material world, these claims were reflected, on the one hand, in the Washington Consensus, and on the other, in the military interventionism of NATO. The resurrected Schmitt thus appeared as an ally in contesting each of these developments.

Among all left Schmittians, for the purposes of this article, namely in order to move towards the more general problematic of post-foundational political thought and the particular political log-

ic of fanaticism, Chantal Mouffe is of primary interest. The positions of other authors will be outlined only briefly, including in order to respond succinctly to the critique of homogeneity advanced by Matthew Specter, which largely reiterates the position of Jürgen Habermas. For Mouffe, even prior to her engagement with Carl Schmitt, the constitutive role of antagonism was already evident. By this she understands the constitutive outside that simultaneously enables the existence of identity and prevents its full realisation (Laclau & Mouffe, 2001, p. 122).

Her magnum opus, co-authored with Ernesto Laclau, was published in 1985, prior to the wave of renewed interest in Schmitt. Nevertheless, Mouffe subsequently joined and in a certain sense came to lead the movement of new Schmittian receptions. In the volume The Return of the Political, references to Schmitt appear at least 120 times, and Schmitt becomes firmly established as one of Mouffe's central interlocutors. Chronologically, the first essay on Schmitt in the collection is "Pluralism and Modern Democracy", in which Mouffe argues that contemporary democracy has degenerated into mechanisms for elite rotation characterised by low levels of participation (Mouffe, 1997, p. 120). Schmitt functions here as an explanatory model. Parliamentary democracy is presented as a deeply contradictory arrangement grounded in two fundamentally opposed principles. On the one hand stands parliamentarism, rooted in liberal individualism and a particular metaphysics of truth achieved through the endless confrontation of competing positions. On the other hand stands democracy, based on the principle of homogeneity, that is, the identity of rulers and ruled (Mouffe, 1997b, pp. 118–119). Initially, when the political sphere of the liberal state was confined to war and peace and to internal security, this configuration secured the necessary homogeneity. However, the democratic expansion towards the total state rendered all possible spheres, including morality, the economy, and art, political, thereby transforming parliament into a space of organised confrontation among heterogeneous interests (Schmitt, 2007, pp. 41–42). Necessary homogeneity was eroded, demo-

cratic quality declined, and in the limit, according to Schmitt, a situation in which second-order political prevails over first-order political may lead to civil war (Schmitt, 2007, p. 47).

Paradoxically, Mouffe mobilises Schmitt in order to rescue rather than to dismantle liberal democracy, and to reconcile the principles of pluralism and democracy. As she formulates it herself, "My objective is to think with Schmitt, against Schmitt, and to use his insights in order to strengthen liberal democracy against his critiques" (Mouffe, 1997a, p. 2). How, then, does Schmitt help to cure liberal democracy. For Mouffe, the principal problem of liberalism lies in its belief in the possibility of the rational overcoming of conflict through reason. Drawing on the politico-theological reflections of Hans Blumenberg, this belief is interpreted as a transposition of the idea of God's omnipotence onto human capacities (Mouffe, 1997b, p. 124). This, in turn, leads to a quasi-totalitarian faith in progress. By contrast, a genuine liberalism, for Mouffe, must be antagonistic, that is, political in the Schmittian sense, and must recognise the irreducibility of antagonism to other forms of the social. Universal rationalism thus remains her principal adversary. Its main proponents, in her view, are John Rawls and Jürgen Habermas, who perceive no contradiction between the principles of liberalism and democracy. On the contrary, they understand these principles as mutually and non-antagonistically constitutive, a position that ultimately leads to the neutralisation of pluralism.

A fundamental point of divergence between Carl Schmitt and Chantal Mouffe concerns the understanding of homogeneity, and it is here that a common thread of the broader current of left Schmittianism can be identified. As one critic of left Schmittianism observes, its proponents are constantly required to defend themselves and to seek justifications for incorporating Schmitt into their work (Dyrberg, 2009, p. 650). One philosophical strategy of such justification consists in weakening the concept of homogeneity, that is, bringing it into alignment with the principles of contingency characteristic of post-foundational, radical democratic thought (Marchart, 2007, ch. 1.5). For another left Schmittian,

Andreas Kalyvas, Schmittian homogeneity and substantiality mean only that "democracy can only exist in the movement toward the elimination of political inequalities and political conflict, and the removal of the distance between rulers and ruled" (Kalyvas, 2009, p. 155). This can be compared with Mouffe's formulation: "Yet it seems to me that, while accepting this need for homogeneity, one could interpret such homogeneity as being constituted by agreement on a certain number of political principles" (Mouffe, 1997b, pp. 118–119). At the same time, this "weak" or "empty" homogeneity has its own limits. Political unity cannot be founded on antagonistic principles of legitimation. Nevertheless, pluralism in other spheres, such as cultural or religious life, remains entirely possible.

We do not wish to immerse ourselves too deeply in the debates on homogeneity in Schmitt's theory. Nevertheless, we reject Jürgen Habermas's characterisation of Carl Schmitt as an apologist of "a caesaristic and ethnically homogeneous Führerdemokratie, a democracy under a Führer" (Habermas, 1989, p. 139), as well as its contemporary defence by Matthew Specter (2017), who has produced an otherwise highly expressive account of the origins of left Schmittianism. We maintain that it is possible to distinguish Schmitt the theorist from Schmitt as the bearer of particular views and or a political opportunist by turning directly to his texts, without tracing the tortuous pathways of intellectual history.

For Schmitt, the political has no fixed domain of its own, and any sphere of human action can become political once it reaches the level of existential enmity. For example, the economic conflict between workers and capitalists can move beyond the sphere of purely legal, intra-state trade unionism and serve as a mode of grouping according to the friend enemy distinction at the inter-state level (Schmitt, 2007, p. 51). This example was not merely abstract but also concrete during Schmitt's lifetime. At the same time, in The Age of Neutralisations and Depoliticisations, Schmitt describes how various spheres in European history were proclaimed absolutely neutral and universal, whether science or

morality, only to become the basis of antagonistic conflict in the strong sense (Schmitt, 1993). For this reason, reading Schmitt as a groundless political ontology, or as one of the progenitors of post-foundationalism, is a legitimate move (Marder, 2010). The fact that Schmitt himself preferred an ethnic principle of constructing the people, rather than an economic one associated at the time primarily with the Bolsheviks, does not imply that he denied the Soviet Union the status of a political unity.

Mouffe subsequently continued to weaken homogeneity in her work, pursuing the aim "to tame the antagonism", to transform the existential enemy into an adversary who need not be destroyed but contested within a shared framework of pluralist democracy (Mouffe, 1999, 2005, p. 19). The problem with such a weakening is, on the one hand, that final antagonism cannot, in principle, be tamed in the last instance (Roskamm, 2015, pp. 396–397). On the other hand, it is not self-evident how far Mouffe departs from Schmitt himself. Schmitt also articulated his own version of agonism, which he described as a secondary notion of the political, essentially party politics. This form of conflict was not supposed to reach the intensity of the friend enemy relation, since doing so would destroy the unity of the state (Schmitt, 2007, pp. 46–47).

Thus, the agonistic model of democracy proposed by Mouffe makes it possible to preserve the centrality of antagonism without abandoning a normative commitment to the pluralist liberal republic. Yet it is precisely here that the limit of this theorisation becomes apparent. The weakening of homogeneity and the transformation of the existential enemy into a legitimate adversary presuppose that political conflict can always be inscribed within a shared ethico-political framework and thereby modified, rather than becoming destructive of that framework itself.

At the same time, there exist forms of political mobilisation for which such a framework is not an object of contestation but an object of negation. These forms of conflict do not aspire to agonistic rivalry within shared principles. Instead, they are oriented towards the establishment of a new ethico-political configuration that ex-

cludes compromise and reflexive distancing from one's own position. What follows will examine what is arguably the most radical form of this logic, namely fanaticism, in which attempts to weaken antagonism and to incorporate it into a common ethico-political framework prove fundamentally impossible. In the next section, two approaches to the study of fanaticism will be briefly distinguished, the inadequacy of existing tools for its conceptualisation will be indicated, and it will be proposed that fanaticism be compared not with Schmittian forms of antagonism, whether in their traditional or contemporary left readings, but with the political logic of populism. In turn, the distinction between populism and fanaticism will allow us to grasp a crisis internal to the very framework of post-foundational political thought.

2. Fanaticism: The Political Without Homogeneity

However, the framing of fanaticism as a specific political logic encounters a substantial theoretical obstacle. In the majority of philosophical and political-theoretical studies, fanaticism is treated predominantly in pejorative terms, as a form of irrationality, moral blindness, or pathological radicalism. In such readings, fanaticism appears either as an object of moral condemnation or as a target of psychologisation and medicalisation, which renders its analysis as a collective and political phenomenon impossible. In response to these limitations, recent decades have witnessed the emergence of a revisionist approach to fanaticism, associated with authors such as Joel Olson (2007, 2009), Alberto Toscano (2017), and Andrew Poe (2021). This approach seeks to free the concept from exclusively negative connotations and to examine fanaticism as a meaningful form of political action. The present article proceeds from the assumption that this turn is necessary but insufficient. While revisionist accounts allow the question of the political rationality of fanaticism to be posed anew, they remain highly unsystematic. As a result, they limit the analysis of fanaticism as a logic of antagonism and of its relationship to hegemony and political unity.

Any account of the revisionist approach would be meaningless unless we first define, at least in the most general terms, its theoretical vis-à-vis, namely the traditional approach. Without tracing the Latin roots of the term, it can be noted that the relevance of the concept of fanaticism can be followed from the German Peasants' Wars, through its subsequent flourishing during the Enlightenment, and the later shift in its meaning after the French Revolution. The theme of fanaticism is revitalised again in the twentieth century, both during the Cold War, as a reflection on totalitarianism and its origins, and after the proclaimed "end of history", whether in the form of "Islamic fundamentalism" or "eco-terrorism".

In the early phase of the traditional approach, the fanatic is understood primarily as a false prophet, led by the devil, dwelling in illusion and mistaking it for revelation (Colas, 1997, pp. 11–12, 14). This condition is treated as akin to an illness and, accordingly, the fanatic becomes an object of cure or, more precisely, of quarantine and forced isolation, designed to prevent the spread of a diabolical contagion to uncorrupted minds (La Vopa, 1997, pp. 87–88, 90). Fanaticism[2], conceived as the most dangerous form of superstition and as one of the principal discursive enemies of civil society, is definitively consolidated during the Enlightenment (Deleyre, 1756; Nicholls, 2002; Steinberg, 2023). After the French Revolution, however, the concept detaches itself from its originally exclusive religious connotations and begins to be employed to designate a wide range of forms of political radicalism. In this guise, with certain historical inflections introduced by phenomena such as the totalitarian regimes of the mid-twentieth century and the War on Terror at the beginning of the twenty-first, the term continues to circulate. The history of its pejorative usage is extensive,

2 Fanaticism functions as an umbrella term for several historically conditioned phenomena, such as Schwärmerei or enthusiasm, as well as for historically specific forms of designation and spelling, for example phanatique.

but its reconstruction does not constitute the aim of the present article.[3]

The most obvious problem of the traditional approach lies in the negativity through which fanaticism and the fanatic are defined. The fanatic is characterised by a lack of something, whether reason, judgement, virtue, true faith, and so on, and is therefore rendered radically ahistorical, encompassing a wide array of highly heterogeneous movements. As Alberto Toscano aptly observes:

> Whether it is the short-circuit between Lenin, Hitler and Thomas Müntzer in Norman Cohn's seminal The Pursuit of the Millennium (aptly translated into French as Les fanatiques de l'apocalypse), Michel Foucault's sympathetic analogies between the 'spiritualization of politics' in the Iranian Revolution and the figures of Cromwell and Savonarola, or Hegel's pairing of Mohammed and Robespierre in The Philosophy of History, the discourse on fanaticism often seems to suggest that when it comes to the politics and subjectivity of unconditional conviction we can ignore chronology and geography.. (Toscano, 2017, p. 14)

A further problem concerns medicalisation. The metaphor of madness precludes an understanding of fanaticism as a political and collective phenomenon. Addressing this limitation, namely the development of a non-pejorative and genuinely political concept of fanaticism, is the task taken up by proponents of the revisionist approach.

We identify three principal authors as representatives of the revisionist approach: Dominique Colas, Joel Olson, and Alberto Toscano. For each of them, with the notable exception of Toscano, there is a central historical case of fanaticism that serves to illuminate specific features of the phenomenon. Chronologically, the

3 A useful starting point for examining the pejorative tradition that we refer to as the traditional approach can be found in Fanaticism: On the Uses of the Idea by Alberto Toscano, as well as in the edited volume Fanaticism: The History of Philosophy, edited by Paul Katsafanas.

analysis should begin with the work of Dominique Colas, Fanaticism and Civil Society: Conjoined Histories.

In Civil Society and Fanaticism: Conjoined Histories, Dominique Colas introduced a number of moves that later became central to the revisionist approach. First, Colas reconstructs the history of different uses of the term fanaticism, ranging from the identification of the fanatic with a false prophet or a person suffering from hallucinations. This is especially evident in historically specific spellings such as phanatique and phantastique (Colas, 1997, pp. 11–13). Second, he conceptualises a range of historically specific cases of fanaticism, with Anabaptism as his primary example, as instances of a single political logic. Fanaticism is thus understood as a struggle against representation, or, formulated more positively, as a belief in the possibility of constructing utopia, the "Kingdom of Heaven", on earth in an unmediated sense (p. 353). For more moderate forms of Protestantism, such as Calvinism or Lutheranism, the Kingdom of Heaven is not directly accessible. As a result, the earthly political order, with its hierarchy, coercion, and violence, appears inevitable and necessary. The Anabaptists, by contrast, relied on a form of gnostic thinking that construed worldly institutions as false or diabolical (pp. 13, 99–101). Corrupt earthly institutions cannot substitute for or replace the truly righteous ones and therefore must be destroyed entirely in favour of the latter.

Colas's approach nevertheless exhibits several shortcomings, of which we focus on two. First, Colas understands fanaticism in an excessively narrow manner and thereby, according to Kennel (2022, p. 106), commits epistemic violence against a range of heterogeneous historical cases. We do not wish to go as far as Kennel in this critique. Rather, we maintain that there is a need to explicate the logic of fanaticism, perhaps in a broader register than Colas proposes, but one that remains theoretically necessary. Second, conceiving fanaticism as a struggle against representation in an absolute sense, while capturing an important subset of cases, proves overly restrictive. A useful refinement is offered by Andrew

Poe (2021, p. 360), who characterises fanaticism as "un-representation", not in an absolute but in a relative sense, that is, as the rejection of particular norms and values or specific modes of mediation. The next step is taken by Joel Olson, who grounds fanaticism within a Schmittian logic of antagonism.

For Joel Olson, the key example of fanaticism is the movement of radical abolitionists in the United States in the mid-nineteenth century. This choice is particularly apt, since political movements rarely self-affirmatively and deliberately proclaim themselves to be fanatical[4] (Toscano, 2017, p. 18). As Olson writes, referring to the Garrisonians, the radical wing of the abolitionist movement, "Their fanaticism was less a product of moral failings, personality disorders, or blind belief than a chosen method of political engagement" (Olson, 2007, p. 688). At the same time, the goals pursued by radical abolitionists are, at the level of common sense, widely recognised as progressive. In this respect, radical abolitionists constitute an ideal case for undermining the dominant discursive framework within studies of fanaticism.

Joel Olson defines fanaticism as "political activity, driven by an ardent devotion to a cause, which seeks to draw clear lines along a friends enemies dichotomy in order to mobilize friends and moderates in the service of that cause" (Olson, 2007, p. 688). We can see that Olson draws on Carl Schmitt for this definition, but even more significant is his own modification, namely the tripartite structure of antagonism. Fanatics identify as their enemies not only their explicit adversaries, but also those who prefer to "avoid extremes and maintain the ship of the state" (Olson, 2007, p. 689). In this way, fanaticism positions itself against the logic of reformism and moderation.

Olson's recourse to Carl Schmitt is not without difficulties. On the one hand, fanaticism presupposes a form of Manichaeism and thus the need to conceptualise politics as confrontation (Eber-

4 Another movement that openly described itself as fanatical was the Nazi Party (Toscano, 2017, pp. 258–259).

Schmid, 2026, p. 5). On the other hand, grouping according to friends and enemies, within Schmitt's framework, is precisely what serves to preserve the unity of the state, that is, to maintain the ship of the state. First-order political must remain more intense than second-order political, understood as party politics. Otherwise, the result is civil war, which for Schmitt amounts to self-laceration (Schmitt, 2007, p. 47). From this follow both the capacity of the sovereign to designate an internal enemy and the very idea of sovereignty as the power to proclaim a state of exception (Schmitt, 2007, p. 56; Schmitt, 2006). In this sense, internal unity is achieved through external antagonism. Fanaticism, by contrast, as Olson shows through the discursive tactic of disunionism employed by radical abolitionists, does not shy away from antagonism even at the cost of destroying political unity (Olson, 2007, p. 692). Moreover, while Schmitt[5] consistently warned against the dangers

5 Schmitt's position on this issue is, in fact, deeply paradoxical. Consider, for example, footnote 2 on the very first page of *The Concept of the Political*: "As will still be seen below, designating the adversary as political and oneself as nonpolitical (i.e. scientific, just, objective, neutral, etc.) is in actuality a typical and unusually intensive way of pursuing politics" (Schmitt, 2007, p. 82). This claim can be contrasted with the opening of the third chapter: "The friend and enemy concepts are to be understood in their concrete and existential sense, not as metaphors or symbols, not mixed and weakened by economic, moral, and other conceptions, least of all in a private-individualistic sense as a psychological expression of private emotions and tendencies" (p. 44). Yet by the end of the same chapter, Carl Schmitt writes: "If, in fact, the will to abolish war is so strong that it no longer shuns war, then it has become a political motive, i.e. it affirms, even if only as an extreme possibility, war and even the reason for war. Presently this appears to be a peculiar way of justifying wars. The war is then considered to constitute the absolute last war of humanity. Such a war is necessarily unusually intense and inhuman because, by transcending the limits of the political framework, it simultaneously degrades the enemy into moral and other categories and is forced to make of him a monster that must not only be defeated but also utterly destroyed" (p. 50). We should

of mixing the political with other spheres of human action, such as the economic, which he associated with processes of neutralisation, the most dangerous fusion for him was that of the political and the moral. In this case, the enemy is ultimately proclaimed an enemy of humanity. Fanaticism, by contrast, actively weaponises morality. This dynamic is convincingly demonstrated by Alberto Toscano (2017, ch. 2) through the example of millenarian movements, and by Joel Olson through the case of radical abolitionists.

Along the first line of objection to Schmitt, recourse to left Schmittianism appears persuasive. As Slavoj Žižek notes, in a left reading of Schmitt antagonism is internally constitutive of political unity rather than situated outside it (Žižek, 1999, p. 29). Yet left Schmittianism inherits the same problem as classical Schmittianism, namely its focus on homogeneity, even when this homogeneity is understood in the broadest possible sense. In his later work, Joel Olson modifies his concept of fanaticism by contrasting it with normative models of democracy. Normative democratic models, whether deliberative or agonistic, are concerned with moderating conflict within a shared ethico-political framework. Fanaticism, by contrast, is a mode of struggle aimed at establishing a new ethico-political framework, that is, a new hegemony, grounded in absolute intransigence (Olson, 2009, pp. 82–83). At the same time, Olson argues that the difference between agonistic and delibera-

also recall Schmitt's well known formulation that "The distinction of friend and enemy denotes the utmost degree of intensity of a union or separation, of an association or dissociation" (p. 44). Taken together, these passages reveal a tension at the core of Schmitt's argument. In some instances, he suggests that the mixing of the political with other spheres weakens the political. In others, he argues that the fusion of the political with the moral produces a form of hyper-politicisation of exceptional intensity. This ambivalence is particularly relevant for an analysis of fanaticism, which appears as simultaneously anti-political and ultra-political, in Toscano's formulation (2017, p. 16), and thus captures precisely this Schmittian antinomy.

tive democracy is stylistic[6] rather than substantive. Liberal pluralism, which underpins both models, inevitably excludes fanatics, insofar as they are in principle unwilling to reach agreement with those who oppose what Paul Katsafanas (2019) calls their "sacred value".

Olson's thesis concerning the fundamental compatibility of deliberative and agonistic models is not only accurate, but has also been taken up repeatedly in subsequent debates, including as a normative ideal. One example is the notion of partisanship as a form of regulated conflict, which not only does not contradict the idea of rational political justification, but may in fact strengthen it, as argued by Jonathan White and Lea Ypi (2016).

Before turning to a more adequate way of conceptualising fanaticism as a fundamentally antagonistic political logic, it is necessary briefly to outline Alberto Toscano's idea of the temporality of fanaticism, since it reinforces Joel Olson's emphasis on struggle for hegemony. Toscano's extreme example of fanaticism is provided by millenarian sects of radical Protestantism, through which he demonstrates fanaticism as a rupture with a temporal regime understood "as a time of order – the repetitive order of cycles, the static order of stability or the cumulative order of development" (Toscano, 2017, p. 52). In its most radical forms, this rupture takes the shape of the apocalypse, conceived as the end of earthly history and the beginning of the Kingdom of Heaven on earth, as already noted by Dominique Colas.

At the same time, one must avoid equating fanaticism exclusively with the religious domain. Instead, it is necessary to take seriously the critique of the secularisation of the eschatological developed by Eric Voegelin, Karl Löwith, and Hans Jonas. From this perspective, apocalyptic modes of thought can also be discerned in secular theories of progress, in narratives of movement towards communism, as well as in contemporary techno-optimist myths of

6 Imagine an agonistic unity between radical abolitionists and slave owners in order to grasp the precision of Olson's critique.

transhumanism or, conversely, in techno-catastrophic visions of the Anthropocene.

Taken together, the principled struggle to establish hegemony and a temporal regime of rupture constitute the core of fanaticism. In this sense, fanaticism exceeds both classical Schmittianism and its left variants, since conflict is here conceived outside the horizon of political homogeneity, however broadly or minimally that homogeneity may be defined. Fanaticism thus points to the possibility of an antagonism that not only destabilises the existing order, but calls into question the very conditions of its objectivity. Conceptualising such an antagonism requires a shift from the analysis of particular forms of political mobilisation to an ontological level at which antagonism is understood as the limit of the social. It is precisely in this context that recourse to the post-foundational political ontology of Ernesto Laclau proves productive.

3. Post-Foundational Political Ontology of Antagonism

Is Ernesto Laclau[7] and his political ontology part of left Schmittianism? To answer this question, it is necessary to examine how the concept of antagonism develops within Laclau's theory. We begin with his co-authored work with Chantal Mouffe, Hege-

7 It is necessary to clarify the difference between the theories of Ernesto Laclau and Chantal Mouffe. A reader might object that the two authors, as long-standing collaborators, share the same basic ontological premises, and this is true to a significant extent. Nevertheless, we argue that their respective theoretical objectives diverge in a decisive way. For Laclau, the central question concerns how political subjects are constructed, above all the people as the political subject par excellence, on the absent ground of the contingency of the social. For Mouffe, by contrast, the question is how, on this same absent ground of the social, a republic grounded in liberal pluralism can be sustained (Wenman, 2003, pp. 601–602).

mony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics.[8]

In Hegemony, Ernesto Laclau breaks decisively with the Marxist tradition of thinking about antagonism, whether in terms of class antagonism or, even more so, the contradiction between the mode of production and the productive forces. For Laclau, antagonism does not arise between already existing objective forces, as in the Kantian example of a real contradiction, nor is it generated through dialectical or any other transcendental law. Rather, antagonism establishes the very limits of possible objectivity (Laclau & Mouffe, 2001, p. 122). Final reconciliation on the basis of rational dialogue or reasonable governance is therefore impossible. Any universality is always already permeated by antagonism. In part, this position recalls Carl Schmitt's thesis of neutralisation. Newly constituted spheres of human action present themselves as capable of bringing hostility among human beings to an end, a claim especially characteristic of the liberal ideologeme of the "softening of morals" through market exchange. Yet such claims inevitably give rise to new forms of conflict.

In what sense does antagonism set the limits of social relations. For Ernesto Laclau, social ontology is discursive. This means that its elements, following a structuralist understanding of language, are defined exclusively through their relations to one another, rather than by any internal or independently given content (Laclau, 2015a, p. 24). The (incomplete) totality of such relations constitutes a discourse. However, the relations between elements are arbitrary rather than fixed by some external and deeper reality, such as the economy or the laws of history. Laclau's approach is therefore post-foundational, in the sense that it assumes the impossibility of a final ground of the social order (Marchart, 2007, p. 2). At the same time, some fragments of discourse are always less

8 Further in the text, Hegemony will be used as a shorthand reference rather than the full book title.

fixed than others, which in itself opens the possibility of redefinition and rearticulation.

Thus, elements of discourse do not possess necessary connections or essential qualities. Rather, they are articulated through a shared opposition to a common enemy. In this sense, the many particular oppositions to "Tsarism" in the Russian Empire came together to produce a new popular political subject (Laclau and Mouffe, 2001, p. 8). A common opposition or antagonism therefore simultaneously enables the existence of such a subject and undermines it. As Ernesto Laclau writes, "the presence of the 'Other' prevents me from being totally myself" (Laclau and Mouffe, 2001, p. 125). Antagonism thus functions as a quasi-transcendental condition of the possibility of identities. It both enables their existence and prevents their full realisation at the same time. This dynamic can be illustrated by the example of radical abolitionism discussed by Joel Olson and Alberto Toscano. Slavery simultaneously undermined the identity of radical abolitionists, who sought to live in a republic free from slavery, and yet constituted the very condition of possibility of that movement, as well as of its subsequent articulations, for instance in relation to the unity of the state, the Enlightenment, or democracy more broadly (Olson, 2007, pp. 692–693; 2009, p. 91). We do not wish to claim that Carl Schmitt's antagonism is not post-foundational in a certain sense, or that it rests on already reified and objective identities that remain unchanged through antagonism. On the contrary, antagonism has no fixed domain of its own in Schmitt's account, since distinctions from any sphere of human action can be intensified into a friend enemy relation (Schmitt, 2007, p. 50).

However, for Carl Schmitt, such distinctions exist prior to and, as it were, outside antagonism, and can only subsequently be transformed into political antagonism. For Ernesto Laclau, the situation is more radical. This can be demonstrated by turning to his next major work, New Reflections on the Revolution of Our Time. In this book, Laclau presents his theory in a more affirmative register, in contrast to Hegemony, which is articulated in a more negative

and deconstructivist mode (Norris, 2006, p. 20; Laclau, 1990, p. 5).

Thus, negativity constitutes a necessary component of every identity (Laclau, 1990, p. 5). A system of identities exists only on the condition of a constitutive outside, which simultaneously blocks identity and enables its very existence (Laclau, 1990, pp. 15–16). As Laclau later shows in Why Do Empty Signifiers Matter to Politics?, every element of a system has a dual character. On the one hand, it is differential in relation to other elements within the system. On the other hand, it is equivalent in relation to the constitutive outside (Laclau, 2015b, pp. 67–68). This constitutive outside is radical, in the sense that it cannot be related to anything located within the system itself (Laclau, 1990, p. 18). It is an exclusion, rather than merely another difference.

At the same time, social identities are contingent, that is, non-necessary, and the relations between them are the result of articulation. However, the non-necessity of these relations does not imply their dispensability in the last instance. As Laclau writes, "What we always find is a limited and given situation in which objectivity is partially constituted and partially threatened, and in which boundaries are constantly displaced" (Laclau, 1990, p. 27). Neither contingency nor necessity functions as an absolute ground of the social order. Instead, what occupies this position is their continual subversion, that is, antagonism.

Because of the constitutive interplay of contingency and necessity, the social structure is always dislocated[9], that is, it can never

9 It is worth noting that the early Ernesto Laclau (1990, p. 40) speaks of dislocation as the result of the "presence of antagonistic forces", whereas the later Laclau (Laclau, 2005) conceptualises dislocation as ontologically primary, treating antagonism as a subsequent form of discursive framing and introducing, at the same time, the concept of heterogeneity. Commentators on Laclau are divided on this issue. For example, Oliver Marchart argues that Laclau's theory of signification extends to all social spheres (2007, p. 146) and that meaning as such is therefore antagonistic. By contrast, Hansen follows the later

be fully constructed or stabilised into a closed space (Laclau, 1990, p. 42). It should be noted that by space Laclau refers to two forms of temporality, one grounded in repetition and the other in rupture. In this respect, it is useful to recall Alberto Toscano's (2017, pp. 52, 15) conceptualisation of fanaticism as a confrontation between two regimes of history. At the same time, structures acquire a relative degree of stability through the repetition of the same discursive practices. Through this repetition, or sedimentation, their ground is forgotten, namely the original constitutive decision taken among undecidable alternatives, which is, in effect, a violent imposition (Laclau, 1990, p. 31; Marchart, 2014, pp. 273–274). The reverse operation, by contrast, consists in the re-exposure of the original contingency of social practices. This intrusion of time into the fixed structure of space is what Laclau calls reactivation. It is within the horizon of this logic of reactivation that fanaticism, we argue, is most adequately situated.

Laclau in maintaining that there exist non-antagonistic forms of representation grounded in a deeper ontological dislocation, based on an understanding of the subject as lack in a Lacanian sense. This tension indeed emerges from the integration of Jacques Lacan's philosophy into Laclau's theory through his engagement with Slavoj Žižek in the early 1990s. A subject that is constitutively marked by lack is already imbued with negativity prior to the logical presence of antagonistic forces. This becomes particularly evident in the examples that appear in Laclau's mid-1990s writings (Laclau, 1996), such as the case of the alcoholic repressing the desire to drink. We do not aim to resolve these debates within the scope of this article. It is nevertheless important to note that, although Laclau seeks to demonstrate, through the metaphor of the alcoholic, a fundamental undecidability between the desire to drink and the "rational" desire to repress that desire, one is immediately led to consider non-antagonistic modes of overcoming such conflict, such as sublimation. This clearly represents a lowering of the stakes when compared to an original conception of antagonism grounded in the presence of the Other.

4. Fanaticism and the Weak Programme in Post-Foundationalism

Why does post-foundationalism both suit and fail to suit the conceptualisation of fanaticism? It is suitable because it posits antagonism without homogeneity, which corresponds to the idea of a radical outside. Antagonism is not confined to regional spheres and can emerge anywhere, nor is it weakened by "mixtures" such as those between the moral and the political. It also provides the logic of sedimentation and reactivation, as well as the concept of hegemony. At the same time, post-foundationalism is inadequate insofar as fanaticism itself is grounded in the denial of the contingency of the social in the most radical sense. This stands in clear tension with the normative programme of radical democracy, for example in the agonistic model of democracy associated with left Schmittianism. We suggest that it is therefore necessary to distinguish between a first and a second level of post-foundational theory, a distinction to which we will return later. For the moment, the focus will be on the question of the reactivation of the political.

Opposed to the logic of sedimentation, understood as the gradual routinisation of practices that were initially established in an arbitrary manner, stands reactivation. Through reactivation, the contingency and arbitrariness of social practices become visible once again. These two processes can be understood as two different states of antagonism. In one case, antagonism remains passive and concealed. In the other, it becomes active and manifest (Marchart, 2014, pp. 278–279). How does such manifestation occur? It should be recalled that every element is constitutively split. On the one hand, it possesses its own differential meaning. On the other hand, it is capable of representing the system as a whole, a possibility that depends on the presence of a constitutive and radical outside. In order to acquire this function, a particular element must enter into relations of equivalence with other elements, thereby forming a chain of equivalence. This equivalence does not refer to any positive principle, but only to a shared antagonism towards the constitutive outside. Yet such a chain itself requires

representation. One element of the chain therefore enters into a hegemonic relation with respect to the chain as a whole, functioning as its common denominator and representative. The longer the chain becomes, the weaker the "common" content that unites its elements at the level of their differential specificity.

Let us consider how this operates through the logic of populism as developed in the later work of Ernesto Laclau. Populism can be understood as the logic of constructing a popular subject in an abstract sense. It involves the assembling of the people out of heterogeneous social elements, which, depending on the historical situation and the specific discourse, can take different forms, such as the nation, the class, and so on.

How, then, is the people constituted? A multiplicity of unsatisfied social demands, at the point at which they can no longer remain isolated, that is, when they can no longer be successfully neutralised by administrative power, are articulated into a chain of equivalence against a common enemy. In this way, the social field is transformed into an antagonistic frontier of "the people" versus "the elites". Hegemonic articulation gradually empties the original demands of their specific content, turning them into a mere name. This name refers to the absent fullness of the newly constituted subject. Such a name can be, and often is, the name of a political leader, a movement, or a slogan, for example "We are the 99%".

The difficulty, however, is that hegemony constitutes a "dangerous victory" (Laclau, 2015b, p. 73). The victorious demand is diluted, and the victorious language becomes the language of struggle as such. From this follow both the principal strength and the principal weakness of populism. Its strength lies in the potentially maximal breadth of mobilisation, which is not hindered by the heterogeneity, both in the ordinary sense and in Laclau's technical sense, of social elements. Yet this is also its problem. The political subject of pure populism proves to be extremely unstable. Laclau himself addresses these difficulties in part. The antagonistic frontier can be undermined in two ways. In one case, through neutralisation, that is, the partial and tactical fulfilment of unsatisfied demands by ad-

ministrative power, which can dissipate mobilisation itself. In the other, through ideological "hijacking", whereby the antagonistic frontier remains in place but its sign is reversed. Laclau offers several examples of this dynamic, such as Nixon's invocation of the "silent majority", as well as the shift in the sign of "radicalism" from Labour to Thatcher in Britain in the 1970s. A number of recent studies identify similar dynamics in the contemporary political situation (Debus & Traunmüller, 2026; Piketty, 2018). What is striking, however, is that this situation is not problematised from within post-foundational research itself. And yet the problem is evident, as Laclau himself notes (2006, p. 678) in his debate with Slavoj Žižek following the publication of On Populist Reason: "A true political intervention is never merely oppositional; it is rather one that displaces the terms of the debate, that rearticulates the situation in a new configuration." Precisely here lies the limitation of populism in its purest form. Because of the instability of the empty signifier at the centre of the political subject, populism is unable to accomplish this task.

Fanaticism, in turn, and it should be noted that fanaticism can be understood as a subtype of populism insofar as it is likewise grounded in the construction of an antagonistic frontier (Olson, 2009, p. 91), differs from populism through a range of politico-theological, affective, tactical, and other dimensions, which are examined elsewhere (Vyaznikov, 2026)[10]. Most importantly, however, the formal distinction lies in the fact that fanaticism avoids the "dangerous victory" through unconditional commitment, that is, by retaining a determinate content behind the hegemonic signifier. This does not mean that fanaticism is without its own weaknesses, above all with regard to the breadth of mobilisation. Nor does it imply that the retention of a determinate discursive content amounts to a return to foundationalist thinking. The importance of retaining such content is not normative, nor does it rest

10 An article provisionally entitled "The Paradox of Fanaticism: Hegemony Beyond Dangerous Victory" is currently undergoing the second stage of peer review.

on the claim that a particular content is "true". Rather, this retention functions as a mode of stabilising the political subject, which in turn constitutes a condition of possibility for institutionalisation and for the displacement of the terms of the debate, rather than for mobilisation for its own sake.

How is such retention possible, given that within discursive logic meaning is differential and, consequently, the construction of new articulations, including hegemonic ones, alters the content of the subject. Do radical abolitionists not transform the meaning of abolitionism by linking it to the "unity of the state", thereby effectively compelling the North towards military action (Olson, 2007, p. 692). This apparent contradiction can be clarified by turning to the vocabulary of actor network theory, and more specifically to the work of John Law. For Law, in line with discursive logic, an object is defined by the stability of the semantic relations that compose it. As he writes with regard to a ship: "It is the stability of the syntax of those relations that is crucial. Hull, spars, sails, stays, stores, rudder, crew, water, winds, all of these (and many others) have to hold in place functionally if we are to be able to point to an object and call it a (properly working) ship" (Law, 2002, p. 95). Yet the stability of these relations is always relative. A broken plank can be replaced, the ship can be modified while in motion, or, alternatively, it can be caught in a storm or its crew may mutiny. In the former cases, the changes are homeomorphic, that is, the ship remains a ship, even though its form undergoes certain modifications. In the latter case, the change is not homeomorphic and the previous form is ruptured (Law, 2002, p. 94). In this way, the retention of a determinate content does not preclude the possibility of new articulations, which undoubtedly modify the original content, but do so in a homeomorphic manner.

Before returning to the question of the relevance and possibility of conceptualising fanaticism within the theoretical space of post-foundationalism, it should be stated that fanaticism represents only the most radical mode of retaining a determinate content. It is not necessarily the best, most appropriate, or normatively pref-

erable one. Nevertheless, it is precisely in the distinction between populism and fanaticism, where populism functions as the general genus and fanaticism as what might be described as the least populist form of populism, that the idea and necessity of "content retention" within hegemonic articulation become particularly clear. This observation leads to a second consideration. Fanaticism, like any other form of content retention, is not possible without political organisation. In this sense, fanaticism opens up a new theoretical space, a regional ontology situated between the political and politics.

However, can the question of fanaticism be posed within post-foundational political thought. To address this, it is necessary to distinguish clearly between the weak and the strong programmes of post-foundationalism:

4.1 Weak programme of post-foundationalism

In the most general sense, the weak programme is based on the following claim: "the (social) world is contingent and does not have any absolute, total foundations for order". Contingency here functions as an ontological diagnosis, without itself carrying an explicit normative charge.

4.2 Strong programme of post-foundationalism

The strong programme adds a further claim to this diagnosis: the (social) world is contingent and does not have any absolute, total foundations for order, and this is good. Using the language of political theology, we advance a more radical thesis. The strong programme in post-foundational political thought represents the minimal possible form of pantheism, understood as a correspondence between Being and the Good. The world is contingency. Contingency is good[11]. The cardinal sin within the strong pro-

11 This line of reflection owes much to the philosopher of materialist dialectics Anton Syutkin (Sarkisyants & Syutkin, 2023; Syutkin, 2025; Syutkin & Serebryakov, 2024), in particular to his use of the

gramme is the construction of the Tower of Babel, that is, the positing of an absolute foundation that equalises and homogenises the entire social space. As Anton Syutkin writes, paraphrasing Jacques Derrida, when finite being flies too close to the sun of the Absolute, it is reduced to ashes. (Syutkin, 2025, p. 76)

There is also a lesser sin, namely idolatry. This consists in treating a particular discourse as true, while the only true God is contingency itself. This position implies a broad consensus according to which all entities, whether class or nation, gender or ethnicity, ought to be approached with a certain degree of irony, as a matter of taste or preference, but not as something for which one may "to kill, die, suffer (such as enduring imprisonment)" (Olson, 2007, p. 688). This logic is clearly visible in the normative models of left Schmittianism, where the basis of "empty" homogeneity is a shared conviction in the contingency of social relations, and where this very conviction functions as the ground for radical exclusion.

Populism, understood as a logic of constructing collective subjects, belongs to the first programme. Populism is a spectrum, as noted by Oliver Marchart (2023), and the plurality of actually existing populisms is not grounded in reflexive awareness of contingency. Indeed, only a few anecdotal cases, such as Podemos, are genuinely organised around such reflexivity. As Hegel famously remarked, one does not need to know the laws of physiology in order to digest food (Hegel, 2010, § 2). Nevertheless, certain traces of the strong programme remain within the conceptualisation of populism. These traces do not appear in a positive form, but rather by way of omission. This omission consists in a persistent silence regarding the problem of retaining content within hegemonic articulation, that is, the problem of stabilising the political subject. We suggest that the ideological hijacking identified by Laclau as

Žižekian double blackmail. The distinction between Gnostics and pantheists appears in his blog (https://t.me/absolutestudies) in a post dated 27 August 2021 and has also been employed in a number of public lectures, but, to the best of our knowledge, has not been developed in academic publications.

a problem is not, in fact, a problem from the perspective of the strong programme. On the contrary, the very fact of such reversals discloses the contingent nature of the social itself[12]. As a result, precisely that dimension of politics which cannot be reduced to pure negativism is blocked within post-foundational political thought.

Approaching fanaticism within the framework of the weak programme of post-foundationalism lifts this blockage. In doing so, it suspends the classical Machiavellian distinction between acquiring and maintaining, by insisting that every act of acquiring already contains a determinate moment of maintaining. The question of retaining content within hegemonic articulation and of stabilising the political subject should not be reduced to a purely ontic issue. Rather, it belongs to a still underdeveloped regional ontology of political organisation, understood as a mediating element between reactivation and sedimentation, mobilisation and routinisation, and between the political and politics.

5. Conclusion

The strong programme of post-foundationalism falls into an unavoidable contradiction. On the one hand, it postulates that between two alternatives there can be no rational resolution, that they are undecidable. On the other hand, it advances the task of weakening antagonism so that it does not degenerate into violent forms of conflict, such as civil war. On what basis can such an ultimately non-rational agreement be sustained. The answer lies in a

12 This is particularly evident in the philosophy of arguably the most important representative of the strong programme, Claude Lefort. For Lefort, elections, which inevitably contain an element of unpredictability, illuminate the original "emptiness" upon which the symbolic order itself is constituted (Marchart, 2007, p. 106). Radical democracy, grounded in the fundamental recognition of the contingency of the social order, thus emerges as a peripheral phenomenon of liberal democracy.

shared attachment to a vision of the world as contingent and therefore good. On this view, every social force is invited to believe in its own discourse only provisionally, not to turn it into an idol, because the true God of the strong programme is negativity itself, which tolerates no idols.

We argue that these limitations of the strong programme stem from its normative affinity with Left Schmittianism. Left Schmittianism, much like the original political theory (or theory of the political) developed by Carl Schmitt, remains structured around the unavoidable assertion of the necessity of political homogeneity, regardless of how minimal or empty such homogeneity may be. In this sense, fanaticism, understood as the limit case of antagonism, that is, antagonism grounded in absolute commitment and the absolute refusal to recognise a shared symbolic order, constitutes a limit case for the strong programme of post-foundationalism.

This problem, however, arises only within the strong programme. The question of idol construction and of the relative, that is, not ultimate, durability and stability of such idols can be posed within the weak programme. Moreover, populism itself, as a political logic, although serving as a useful point of comparison for theorising fanaticism, still bears traces of the strong programme**.** It is precisely for this reason that the question of retaining content within hegemonic articulation is not thematised, even though it is not merely, or even primarily, normative. Rather, it concerns the very possibility of constructing a new order, an alternative.

At the same time, we argue that the question of such retention is neither ontological nor merely ontic. Instead, it belongs to what can be described as a regional ontology, which we propose to call a theory of political organisation. This stands in contrast to non-political forms of organisation that seek to inscribe themselves into the existing structure through moderate reformism. The distinction is comparable to that between Social Movement Organisations and Radical SMOs proposed by Fitzgerald and Rodgers

(2000). A theory of political organisation addresses the question of how political organisations can exist as such.

We suggest that the central principle of political organisation lies precisely in this retention of content, which persists through a sequence of political mobilisations, including unsuccessful ones. Such retention is, of course, not absolute, nor could it be. As the example of the disunionism of radical abolitionists demonstrates, retaining content itself requires the production of new articulations. Yet, to use the language of John Law, these changes are homeomorphic. They modify the form without tearing the fabric of the object apart.

From this perspective, institutionalisation presupposes that a (counter)-structure is already, in a certain sense, institutionalised. In the idea of political organisation, the Machiavellian distinction between acquiring and maintaining is thus suspended. In every act of acquisition, a moment of maintenance is already present. In this way, fanaticism, understood as a particular variant of populism and conceptualised outside the limits of the strong programme, opens the path towards a more fundamental post-foundational theory of political organisation. Such a theory would allow questions of strategy to be posed in a more systematic manner, without which, as Oliver Marchart (2018, p. 140) has argued, politics cannot exist at all.

References

Bendersky, J. W. (2018). On the road to Damascus: The *Telos* engagement with Carl Schmitt. *Telos*, 2018(183), 69–94. https://doi.org/10.3817/0618183069

Colas, D. (1997). *Civil society and fanaticism: Conjoined histories*. Stanford University Press.

Debus, M., & Traunmüller, R. (2026). Former social democratic partisanship, working-class background, and support for right-wing populist parties: A research note. *Politische Vierteljahresschrift, 67*(1), 195–216. https://doi.org/10.1007/s11615-025-00604-y

Deleyre, A. (1756). Fanatisme. In D. Diderot & J. le Rond d'Alembert (Eds.), *Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (Vol. 6). Paris.

Dyrberg, T. B. (2009). The leftist fascination with Schmitt and the esoteric quality of "the political". *Philosophy & Social Criticism*, 35(6), 649–669. https://doi.org/10.1177/0191453709104451

Eber-Schmid, N. (2026). Introduction: Extremism, democratic politics, and the founding. In *Founding fanatics: Extremism and the formation of American democracy*. Oxford University Press. https://doi.org/10.1093/9780197823736.003.0001

Fitzgerald, K. J., & Rodgers, D. M. (2000). Radical social movement organizations: A theoretical model. *Sociological Quarterly*, 41(4), 573–592. https://doi.org/10.1111/j.1533-8525.2000.tb00074.x

Fukuyama, F. (1989). The end of history? *The National Interest*, (16), 3–18.

Habermas, J. (1989). *The new conservatism: Cultural criticism and the historians' debate*. The MIT Press.

Hegel, G. W. F. (2010). *Encyclopaedia of the philosophical sciences in basic outline, Part 1: Logic* (D. O. Dahlstrom & K. Brinkmann, Trans.). Cambridge University Press.

Kalyvas, A. (2009). *Democracy and the politics of the extraordinary: Max Weber, Carl Schmitt, and Hannah Arendt*. Cambridge University Press.

Katsafanas, P. (2019). Fanaticism and sacred values. *Philosophers' Imprint*, 19(17). http://hdl.handle.net/2027/spo.3521354.0019.017

Kennel, M. (2022). *Postsecular history: Political theology and the politics of time*. Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-3-030-85758-5

Krauthammer, C. (1990). The unipolar moment. *Foreign Affairs*, 70(1), 23–33. https://doi.org/10.2307/20044692

La Vopa, A. J. (1997). The philosopher and the "Schwärmer": On the career of a German epithet from Luther to Kant. *Huntington Library Quarterly*, 60(1–2), 85–115. https://doi.org/10.2307/3817833

Laclau, E. (1990). *New reflections on the revolution of our time*. Verso.

Laclau, E. (1996). Deconstruction, pragmatism, hegemony. In C. Mouffe (Ed.), *Deconstruction and pragmatism* (pp. 47–67). Routledge.

Laclau, E. (2005). *On populist reason*. Verso.

Laclau, E. (2006). Why constructing a people is the main task of radical politics. *Critical Inquiry*, 32(4), 646–680.

Laclau, E. (2015a). Discourse. In D. Howarth (Ed.), *Ernesto Laclau: Post-Marxism, populism and critique* (pp. 23–30). Routledge.

Laclau, E. (2015b). Why do empty signifiers matter to politics? (1994). In D. Howarth (Ed.), *Ernesto Laclau: Post-Marxism, populism and critique* (pp. 66–75). Routledge.

Laclau, E., & Mouffe, C. (2001). *Hegemony and socialist strategy: Towards a radical democratic politics* (2nd ed.). Verso.

Law, J. (2002). Objects and spaces. *Theory, Culture & Society*, 19(5–6), 91–105. https://doi.org/10.1177/026327602761899165

Marchart, O. (2007). *Post-foundational political thought: Political difference in Nancy, Lefort, Badiou and Laclau*. Edinburgh University Press.

Marchart, O. (2014). Institution and dislocation: Philosophical roots of Laclau's discourse theory of space and antagonism. *Distinktion*, 15(3), 271–282. https://doi.org/10.1080/1600910X.2014.966272

Marchart, O. (2018). Thinking antagonism: Political ontology after Laclau. Edinburgh University Press.

Marchart, O. (2023). Imagining populism differently: Notes on the proposal of a feminist, internationalist, republican populism. *Etica*

e Politica, 25(2), 233–247. In https://doi.org/10.13137/1825-5167/35359

Marder, M. (2010). *Groundless existence: The political ontology of Carl Schmitt*. Continuum.

Mouffe, C. (1997a). *The return of the political* (2nd impr.). Verso.

Mouffe, C. (1997b). Pluralism and modern democracy: Around Carl Schmitt. In *The return of the political* (2nd impr., pp. 117–135). Verso.

Mouffe, C. (1999). Deliberative democracy or agonistic pluralism? *Social Research*, 66(3), 745–758.

Mouffe, C. (2000). *The democratic paradox*. Verso.

Mouffe, C. (2005). *On the political*. Routledge.

Muller, J. Z. (1991). Carl Schmitt, Hans Freyer and the radical conservative critique of liberal democracy in the Weimar Republic. *History of Political Thought, 12*(4), 695–715.

Nicholls, R. (2002). Voltaire and the paradoxes of fanaticism. *Dalhousie Review*, 82(3), 441–467.

Norris, A. (2006). Ernesto Laclau and the logic of "the political". *Philosophy & Social Criticism*, 32(1), 111–134. https://doi.org/10.1177/0191453706059848

Olson, J. (2007). The freshness of fanaticism: The abolitionist defense of zealotry. *Perspectives on Politics*, 5(4), 685–701. https://doi.org/10.1017/S1537592707072179

Olson, J. (2009). Friends and enemies, slaves and masters: Fanaticism, Wendell Phillips, and the limits of democratic theory. *The Journal of Politics*, 71(1), 82–95. https://doi.org/10.1017/S0022381608090063

Piketty, T. (2018). *Brahmin left vs merchant right: Rising inequality and the changing structure of political conflict* (PSE Working Papers, hal-02878211). HAL.

Poe, A. (2021). Un-represent: Theorizing the reason of political fanaticism. *Distinktion*, 22(3), 358–375. https://doi.org/10.1080/1600910X.2021.1946116

Roskamm, N. (2015). On the other side of "agonism": "The enemy," the "outside," and the role of antagonism. *Planning Theory*, 14(4), 384–403. https://doi.org/10.1177/1473095214533959

Sarkisyants, A., & Syutkin, A. (2023). The theological remnant of modernity. *Stasis*, 11(1–2): http://stasisjournal.net/index.php/journal/article/view/234

Schmitt, C. (1988). *The crisis of parliamentary democracy* (E. Kennedy, Trans.). MIT Press.

Schmitt, C. (1993). The age of neutralizations and depoliticizations (1929). *Telos*, 1993(96), 130–142. https://doi.org/10.3817/0693096130

Schmitt, C. (2006). *Political theology: Four chapters on the concept of sovereignty* (G. Schwab, Trans.). University of Chicago Press.

Schmitt, C. (2007). *The concept of the political* (Expanded ed.; G. Schwab, Trans.; T. B. Strong & L. Strauss, Eds.). University of Chicago Press. https://doi.org/10.7208/chicago/9780226738840.001.0001

Specter, M. G. (2017). What's "left" in Schmitt? From aversion to appropriation in contemporary political theory. In J. Meierhenrich & O. Simons (Eds.), *The Oxford handbook of Carl Schmitt* (pp. 426–454). Oxford University Press. https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199916931.013.011

Steinberg, J. (2023). Superstition, enthusiasm, and radical Enlightenment from Hobbes to Hume. In P. Katsafanas (Ed.), *Fanaticism and the history of philosophy.* Routledge.

Syutkin, A. (2025). Against double ontological blackmail: Materialist dialectics between deconstruction and speculative realism. *Another One Journal*, 4(1), 73–83. https://doi.org/10.62988/2949-5202-2024-3-2-73-83

Syutkin, A., & Serebryakov, A. (2024). The fissure in the absolute: A debate over utopia in critical theory. *Logos. Philosophical and Literary Journal*, 34(6), 67–112. https://doi.org/10.17323/0869-5377-2024-6-67-108

Toscano, A. (2017). *Fanaticism: On the uses of an idea*. Verso Books.

Vyaznikov, D. (2026). The paradox of fanaticism: Hegemony beyond dangerous victory. *Thesis Eleven*. Advance online publication. https://doi.org/10.1177/07255136261454403

Wenman, M. A. (2003). Laclau or Mouffe? Splitting the difference. *Philosophy & Social Criticism*, 29(5), 581–606. https://doi.org/10.1177/01914537030295005

White, J., & Ypi, L. (2016). *The meaning of partisanship*. Oxford University Press.

Žižek, S. (1999). Carl Schmitt in the age of post-politics. In C. Mouffe (Ed.), *The challenge of Carl Schmitt* (pp. 18–37). Verso.

CAPÍTULO 12

AUTONOMY AND SOVEREIGNTY. JÜRGEN HABERMAS, CARL SCHMITT AND THE DEMOCRATIC PUBLIC SPHERE[1]

Reinhard Mehring[2]

TRANSLATION
Callum Hanks and Sarah Gebel[3]

1 The following contribution is based on a lecture delivered and discussed in a shorter version on September 20, 2024, at Kyoto University in Japan, and is published, at the author's request, in its original lecture form. The abstract and keywords were prepared editorially and approved by the author.

2 Professor of Political Science at Pädagogische Hochschule Heidelberg, Germany, from 2007 to 2025.

3 MPI International Law, Heidelberg

ABSTRACT

This contribution examines the relationship between Carl Schmitt and Jürgen Habermas through their respective understandings of liberalism, democracy, the public sphere, autonomy, and sovereignty. It begins with the controversy surrounding Habermas's reception of Schmitt and considers Habermas's attempt to overcome Schmitt's distinction between liberalism and democracy. The discussion then turns to Schmitt's critique of parliamentarism, the party-state, and the transformation of the political public sphere, before contrasting this approach with Habermas's reconstruction of law and democracy in *Faktizität und Geltung*. Particular attention is given to Habermas's conception of the co-originality of private and public autonomy, fundamental rights, and popular sovereignty. From this perspective, the contribution contrasts Habermas's normative emphasis on the autonomy of citizens with Schmitt's juristic emphasis on the political sovereignty of the state. Finally, it considers Habermas's 2022 analysis of the new structural transformation of the public sphere, especially his concerns regarding digitalization, platformization, fragmentation, and the regression of political communication. This contemporary diagnosis is compared with Schmitt's earlier account of the transition from liberal parliamentarism to mass democracy. Despite their fundamental political, normative, and intellectual differences, the comparison indicates certain parallels in their diagnoses of transformations affecting democratic public life, while emphasizing the decisive distinction between Habermas's defense of autonomy and rationality and Schmitt's conception of political sovereignty.

Keywords: Carl Schmitt; Jürgen Habermas; autonomy; sovereignty; liberalism; democracy.

RESUMEN

Este texto examina la relación entre Carl Schmitt y Jürgen Habermas a partir de sus respectivas concepciones del liberalismo, la democracia, la esfera pública, la autonomía y la soberanía. Comienza con la controversia en torno a la recepción de Schmitt por parte de Habermas y analiza el intento de este último de superar la distinción schmittiana entre liberalismo y democracia. A continuación, aborda la crítica de Schmitt al parlamentarismo, al Estado de partidos y a la transformación de la esfera pública política, y contrasta este planteamiento con la reconstrucción del derecho y la democracia que Habermas desarrolla en *Faktizität und Geltung*. Se presta especial atención a la concepción habermasiana de la cooriginalidad de la autonomía privada y pública, los derechos fundamentales y la soberanía popular. Desde esta perspectiva, la contribución contrapone el énfasis normativo de Habermas en la autonomía de los ciudadanos al énfasis jurídico de Schmitt en la soberanía política del Estado. Finalmente, examina el análisis de Habermas de 2022 sobre la nueva transformación estructural de la esfera pública, especialmente sus preocupaciones en torno a la digitalización, la plataformización, la fragmentación y el deterioro de la comunicación política. Este diagnóstico contemporáneo se compara con el análisis anterior de Schmitt sobre la transición del parlamentarismo liberal a la democracia de masas. A pesar de sus profundas diferencias políticas, normativas e intelectuales, la comparación permite identificar ciertos paralelismos en sus diagnósticos sobre las transformaciones que afectan a la vida pública democrática, al tiempo que subraya la diferencia decisiva entre la defensa habermasiana de la autonomía y la racionalidad y la concepción schmittiana de la soberanía política.

Palabras clave: Carl Schmitt; Jürgen Habermas; autonomía; soberanía; esfera pública; liberalismo

Two Discourse Strategists

Today, I have the honour and pleasure of speaking to you about Carl Schmitt and Jürgen Habermas. I will take the liberty to assume that you already know quite a bit about these authors and their work, as both of them stand among the international stars and export hits of German legal and socio-scientific scholarship. At first glance, however, the contrast between the two could hardly be starker, as they represent different generations, academic disciplines, and political camps.

Carl Schmitt lived from 1888 to 1985 and was a jurist. From 1919 to 1945, he held a professorship teaching constitutional law, primarily in Berlin. He postulated a distinction between liberalism and democracy and developed an anti-liberal understanding of plebiscitary mass democracy, with which he justified the Weimar presidential system and, from 1933 onwards, National Socialism. Jürgen Habermas was born in 1929. He is thus more than 40 years younger than Schmitt and belonged to the so-called "*Flakhelfer*" generation, who were socialized and indoctrinated in the National Socialist school system, but never drafted into military service. Habermas drew decidedly "left-wing" conclusions from his experiences; emphasized the "rupture of civilization" (*Zivilisationsbruch*) that National Socialism and the Holocaust represented and, as a philosopher and heir of Adorno's so-called "Frankfurt School", developed a decidedly liberal and social democratic conception of the constitutional state, which criticized, corrected, and revoked Schmitt's disjunction of liberalism and democracy. Both Schmitt and Habermas, through their prolific writings and frequent public interventions, had an influence as public intellectuals that extended well beyond the academic world.[4]

4 Schmitt received the first edition of the Structural Transformation of the Public Sphere directly upon its publication via Roman Schnur ("With devoted greeting"). Schmitt's personal copy is retained in the archive (RW 265-25523) and relatively decently worked through by Schmitt throughout. Under the dedication, Schnur taped Schmitt a positive review of the book by "A.G." (Arnold Gehlen in the Deutsche Zeitung of 23 February 1963). Schmitt

Whereas Schmitt was the "Crown Jurist" of the Weimar presidential system and of National Socialism, Habermas has, since the 1980s at the latest, been an advocate for the Federal Republic and a proponent of modelling the development of the European Union towards constitutionalism, despite in the 1970s still having emphasized the "legitimation problems in late capitalism" with neo-Marxist, social democratic revisionism. While German Chancellor Helmut Schmidt liked to quote Karl Raimund Popper, it was not only through Joschka Fischer that Habermas became a kind of

here underlined the final sentences: "Accordingly, it should be clear that this book presents an explosive undertaking. Its explosiveness is concealed, but not defused, the by the sandbags of academic austerity." The word "concealed" Schmitt underlined and noted under it the question: "Concealer? [Abdecker?]". Schmitt thus asks whether Habermas was a neutralizer or a concealer. More thoroughly worked through with greater intensity and filled with marginalia is Schmitt's personal copy (RW 265-27526) of the first edition of the Philosophic-political Profiles of 1971, whose possession Schmitt dates to 21 May 1971 and in which he persistently criticizes for Habermas's view of German Idealism. Thoroughgoingly Schmitt marks here the references to his own name and to his work. Thus he notes in the text "The German Idealism of Jewish Philosophy" also the references to the antisemitic conference of 1936 on the "Battle" against the "Jewish Spirit" and the citations from Schmitt's discourse and concluding word. Habermas cites inter alia: "It is German spirit, which lies at the basis of Jewish influence." On this Schmitt notes (p. 65) in the margin that "I said this and nothing else!" And he also writes: "Copy somebody, and don't break your neck!" (p. 64) This related on the whole to the collection of 1971, which, according to Schmitt's mode of reading, interpreted the "German idealism" of the 20th century from the vantage of "Jewish philosophy". In this Schmitt numbered the authors who followed the introductory profiles of Heidegger and Jaspers: thus Löwith, Wittgenstein, Bloch, Marcuse and Adorno. Therefore Schmitt also wrote above the Table of Contents to the foreword from November 1970: "My Political Theology II appeared in the autumn 1970 in October 1970 – foreword from November 1970". Schmitt signalled or regarded Habermas's collection thus as a targeted answer to his Political Theology II. In a strong interpretation one may read from this that Schmitt satirically glosses the attempt of Habermas to reverse Schmitt's antisemitic separation of "German Idealism" and "Jewish Spirit" and to identify his own inspiration via the "Jewish" philosophers. Schmitt sees via Habermas 1971 himself confirmed in his theses of 1936.

court philosopher of the Berlin Republic. A few weeks ago, he was able to celebrate his 95th birthday, still in good health.

Reinhard Merkel wrote a charming article commemorating Habermas' birthday in the *Süddeutsche Zeitung* (Merkel, 2024, p. 9), in which he used one of Carl Schmitt's favourite quotes as a guideline: "An old man is always a King Lear". Over the past few years, Habermas has drawn less attention, especially in contemporary philosophy. The era of his undisputed discursive hegemony, in which he set the agenda of public debates, the reading canon, and the appointment of professors at German universities, has come to an end. Nevertheless, Merkel also emphasizes that Habermas' areas of focus are still important. Especially, his attempt to normatively ground and orient politics still stands as political philosophy of classical rank. In recent years, Habermas has once again proven himself to be a true philosopher through his return to theoretical philosophy and his extensive examination of the idea of "postmetaphysical thinking" for which he conducted an in-depth investigation into the history of philosophy (*Auch eine Geschichte der Philosophie* (Habermas, 2019) [*Also a History of Philosophy* (Habermas, 2023a)]). Although he did publish political interventions on the Ukraine War, his latest collection of *Kleine politische Schriften* (Short Political Writings) dates back to 2013. This retreat from making succinct political statements seems to be the result of a pessimistic resignation that can be observed recently, even in Habermas.

For my generation, reading his writings was a rite of passage, and so I have reviewed many of his books since the early 1990s as well as *Faktizität und Geltung* (Habermas, 1992) (*Between Facts and Norms* (Habermas, 2008b)), always with Carl Schmitt in mind.[5] When, at a lecture in Würzburg, in 1992, Hasso Hofmann introduced me to Habermas as a student of Wilhelm Hennis, he spontaneously exclaimed: "Hennis has been saying terrible things about me. I need to set the record straight again." He was probably referring to the, then widely discussed, controversy surround-

5 For details, see Mehring's complete list of publications

ing Schmitt's influence on Habermas' early work and his theory of democracy. Hennis, my doctoral supervisor in Freiburg, knew Habermas from his early days in Frankfurt: As co-editor of the *Politica* series, he had even edited his first two books, *Strukturwandel der Öffentlichkeit* (The Structural Transformation of the Public Sphere (Habermas, 1991)) and the collection of essays *Theorie und Praxis* (Theory and Practice (Habermas, 1973)). Since the early 1970s at the latest, however, Hennis had been at odds with and hostile towards Habermas. He not only vehemently rejected the academic style of Habermas' systematic philosophy, but, above all, the strong discrepancy between the ethical claims of discourse theory on the one hand, and the power conscious, polemical struggle to assert a discursive hegemony on the other. In fact, many German professors vehemently rejected Habermas and his work, needless to say, partly out of envy for his international career. Important to note is the sharp contrast between the older conservative professors and the 1968ers (members of the West German student movement), who turned to a critique of nationalism and towards Marxism. The main reason, however, is arguably the (polemically exaggerated) perception of a discrepancy between theory and practice: Rejecting the Machiavellian enforcement of an interpretative hegemony and preaching universalist ethics but at the same time practicing educational *Realpolitik*. Like Schmitt, Habermas expertly organised the debates according to friends and foes, and accepted criticism only within the framework and under the terms of his work.

1. Reconnecting liberalism and democracy

That brings me to the heart of this discussion: The relationship between Habermas and Schmitt. I have already indicated that Habermas attempted as a philosopher, - using the concept of autonomy as his point of departure - to normatively ground and justify the principles of the liberal-democratic constitutional state, whereas Schmitt approached normative questions as a jurist,

dichotomized liberalism and democracy, and disputed the sovereignty of the Federal Republic after 1949. I mentioned earlier that, at the end of the 1980s, there was a controversy surrounding Habermas' reception of Schmitt which, as Habermas knew, originated with Wilhelm Hennis in Freiburg. The controversy was triggered by an essay written by the English researcher Ellen Kennedy (Kennedy, 1986, pp. 380–419), who emphasized a connection between Schmitt's history of the decline of parliamentarianism and, in particular, Habermas' book *Strukturwandel der Öffentlichkeit*. Kennedy had taught in Freiburg for several years and had known Hennis during this period. I came to know them through my seminars there and can confirm from first-hand experience that Hennis affirmed, inspired and supported the polemic against Habermas. The accusation that Habermas was somehow inspired by Schmitt as a "left-wing Schmittian" and had not systematically overcome Schmitt's sharp distinction between liberalism and democracy disturbed and affected Habermas to such an extent that he wrote a reply to Kennedy (Habermas, 1987, pp. 103–114), and some of his supporters even published clarifications, aiming to distance themselves. At the time, I also considered the polemic against Habermas to be erroneous and rejected it in a collective review (Mehring, 1993, pp. 388–406; 2021a, p. 139) in the journal *Geschichte und Gesellschaft* (History and Society), which was edited by Hans-Ulrich Wehler, a close friend of Habermas. In his reply, Habermas did not bother to directly respond to Kennedy, but instead launched into a general reckoning with Schmitt, describing the 1938 book, *Leviathan* (Habermas, 1987, p. 107), with its "anti-Semitic genealogy of the enemies of Leviathan" as his "*magnum opus* [*Hauptwerk]*" (Habermas, 1987, p. 104). He accused Schmitt's writings on parliamentarianism of negating the irrevocable dualism of is and ought and of representing an impossible "separation of democracy and liberalism"[6]. This separation would later be systematically rejected by Habermas in *Faktizität und Geltung,* published in 1992.

6 *Habermas (1987, p. 113; translation by the editor*). In return for having sent him one of my works, Habermas sent me a copy of *Nachmetaphysisches*

Since the Kennedy controversy, the relationship between Habermas and Schmitt has been of particular interest to the international academic world. Just a few months ago, in April 2024, I was invited to Hungary by a state foundation to speak about Schmitt's and Habermas' conceptions of Europe. In my talk I critiqued Habermas' harsh criticism of nationalism and the nation state as well as his strong preference for universalist developments, a unitary constitution of the European Union and transnational "world domestic policy" (Mehring, 2025). Since the 1990s, Habermas has increasingly focused his criticism on the contestation of Schmitt. Schmitt has remained as his most powerful opponent and simultaneously the main representative of German nationalism and right-wing extremism, as others, such as Gehlen or Heidegger, have since become less relevant. Heidegger effectively brought this upon himself with the publication of the rather distasteful and philosophically insubstantial third and fourth volumes of his *Gesamtausgabe* (Collected Works). I like to call this authorial "post-mortem suicide". (Mehring, 2016, pp. 289–299)

I do not want to repeat myself by discussing the topic of "*Großraum* versus universalism" using Schmitt and Habermas as examples, but instead would like to return to the systematic writings and the respective conceptualisations of the relationship between liberalism and democracy: Namely, Schmitt's 1928 textbook *Verfassungslehre* (*Constitutional Theory* (Schmitt, 2008)) and Habermas' *Faktizität und Geltung* from 1992, which was followed up in 1996 by his studies on political theory entitled *Die Einbeziehung des Anderen* (*The Inclusion of the Other* (Habermas, 2000)). In 1992, *Fak-*

Denken II with a dedication from 21 December, 2013, which read: "For Reinhard Mehring, with special reference to page 248 Fn. 13 and kind regards". Beneath this, it said: "These objectives (*Weichenstellungen*) arise from a single fundamental decision. Schmitt breaks down the liberal constitution – in contradiction to its explicit intention to combine popular sovereignty and human rights – into a discrete political and constitutional component. In this way, Schmitt is able to impose an identarian understanding of democracy, which is tailored to a homogeneous population and its spontaneous attitudes, and which forms the basis for a constitutional superstructure.

tizität und Geltung was his first major monographic work since *Theorie des kommunikativen Handels* (*The Theory of Communicative Action* (Habermas, 1984)) and marked the shift of his focus from communication theory and discourse ethics to political philosophy.

2. Schmitt's critique of a party-state politicized public sphere

Schmitt first introduced his distinction between liberalism and democracy with his pamphlet *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus* (*The Crisis of Parliamentary Democracy* (Schmitt, 1986)), which he published two version of in 1923 and in 1926. The essay argued that there was an ongoing de-liberalization of "democratic legitimacy", which presented itself in the form of a shift from the "relative rationalism" of parliamentary decision-making to the "absolute rationalism" of Marxist dictatorship (where it already degenerated into Marx's irrational "prophecy"), before ultimately mutating into the political irrationalism of Bolshevik and fascist mass democracy. The focus of the essay is on this shift from parliamentary rationalism to plebiscitary mass democracy. Schmitt's remarks on the parliamentary principles of discussion and publicity, developed in the second chapter and clarified in the supplementary introduction of 1926, only serve as the starting point for the retrospective genealogical reconstruction of a dialectical shift from political rationalism to irrationalism.

While Schmitt reconstructs the "relative rationalism" of liberal parliamentarism from the "classical" literature in a compelling and non-polemical manner, he yet, with reference to contemporary literature, asserts very apodictically that the development towards "mass democracy" and the "party-state" has negated and perverted the liberal preconditions of a democratic public sphere. "There is a large amount of literature on the psychology, technology, and criticism of public opinion", writes Schmitt: "It can therefore be assumed to be a known fact that today it is no longer a matter of convincing the opponent of the rightness or truth, but rather of

winning the majority in order to rule with it." (Schmitt, 1926, p. 11) Majority instead of truth, a criticism of democracy that goes back as far as Plato, and one Hans Kelsen had affirmed under the premise of a "relativistic" "world view" in his treatise *Vom Wesen und Wert der Demokratie* (*The Essence and Value of Democracy* (Kelsen, 2013)). With reference to Kelsen (Schmitt, 1926, p. 33), Schmitt expounds that the belief in public opinion is based on the "publicity of opinion" (Schmitt, 1926, p. 47), stressing that it is precisely this publicity and transparency of decisions that is not provided by the party-state, not unlike in the arcane politics of absolutism, albeit in other forms. According to this model, parliament is only a "*façade*" for the party-state, and political decisions are really made elsewhere, outside of parliament.

Schmitt does identify the institutional prerequisites for a free political public sphere. For instance, he writes: "Publicity of opinion, protected by freedom of speech, freedom of the press, freedom of assembly, and parliamentary immunities, means freedom of opinion in the liberal system, in all the momentous meaning that the word freedom has in this system." (Schmitt, 1926, pp. 49–50) For Schmitt, the democratic public sphere therefore represents an entire network of communicatory conditions. At the time, Schmitt was, from a sociological perspective, interested in the press landscape and the rise of broadcasting as a "position of power for the modern state" and a state monopoly. He also occasionally spoke on the radio.

Now, one could argue that Schmitt limits the political public sphere to the parliamentary public sphere of the party-state, and thereby apodictically presupposes that the relevant decisions are made by political parties behind the scenes and in secrecy. He only talks about the legislative process. Yet, in fact, the interplay between the political public spheres and the parliamentary process could be described in far greater detail. Then, it becomes undeniable that processes of will-formation within parties and during the preparation of draft legislation are responsive in their communication with the media and, for instance, lobby groups. Schmitt,

however, has little interest in the precise descriptive analysis of this "integration" and the addressing of the communication streams to the political decision-makers. Instead, his interest lies only with the decision-makers themselves, to whom, partly in contradiction with his own theory of sovereignty, he attributes political independence and sovereignty even with regard to public opinion and the democratic electoral cycle.

In *Verfassungslehre*, he expresses himself in a systematically more well-balanced and reserved manner. Here, he writes, for example:

> Representation can occur only in the public sphere." (Schmitt, 2008, p. 242) "'People' is a concept that becomes present only in the public sphere. […] People and public exist together: no people without public and no public without the people. By its presence, specifically, the people initiate the public. Only the present, truly assembled people are the people and produce the public." (Schmitt, 2008, p. 272) Schmitt goes on to write: "Public opinion is the modern type of acclamation. Public opinion arises and exists in an 'unorganized' form. Precisely like acclamation, it would be deprived of its nature if it became a type of official function. This is not to say that it arises in a secret manner out of nothing. It is influenced and even made by parties or groups. Nevertheless, that can never be recognized legally and made official, and, in some sense, it remains uncontrolled. In every democracy, there are parties, speakers, and demagogues, from the προτάται of the Athenians up to the bosses in American democracy. Moreover, there are the press, film, and other methods of psycho-technical handling of great masses of people. (Schmitt, 2008, p. 275)

Schmitt thus recognizes public opinions' dependence on the media and their political formation and mobilization. However, he adds: "The danger is not great as long as there is a substantive democratic similarity among the people, and as long as the people have political consciousness that can distinguish between friend and enemy." (Schmitt, 2008, p. 275)

We can see that Schmitt distinguishes between political culture, the informal processes forming public opinion; the political organization of parties; and the "existential" decisions of a people

as a "nation", as his "absolute" concept of the constitution defines it. There are decisions that are made autocratically by parties, and there are occasional "existential" political decisions, relating to the constitution, which are made by the people.

Accordingly, the structure of his 1928 textbook *Verfassungslehre* distinguishes between two kinds of elements of the modern constitution: The first kind of element relates to the rule of law, the second kind is political in nature. Schmitt views limitations on legislative power, fundamental rights, and the separation of powers as the basic rule-of-law-elements of the constitutional state. He considers the theory of democracy and popular sovereignty, in line with his distinction between liberalism and democracy, to be separate from these "rule of law" components. This is why, from 1930 onwards, he was able to conceive of a "direct" democracy, held up or stabilized by plebiscites and not supported by a parliament, which decouples its executive measures from the form of the general law and also restricts and suspends fundamental rights.

Later, Habermas would vehemently contest this separation of liberalism and democracy as well as that of rule of law and popular sovereignty. It is therefore important to acknowledge that Schmitt does recognize the networks that shape public opinion, but that, firstly, he distinguishes these from highly political "positive" or "existential" constitutional decisions, in which a nation actualizes itself as distinct from the "enemy", and that, secondly, he regards the process of political will-formation of the people to end at the sovereign arcane decisions of the party system and party-state. On that note, let's jump back to the early Federal Republic and Habermas.

3. Democracy as a way of life and public culture

After 1945, the democratization of Germany was one of the war (or indeed peace) objectives of the victorious Allied powers. Schmitt perceived them as occupiers and persecutors and denied any complicity or guilt. After 1945 and 1949, he therefore rarely

publicly expressed his opinions on the situation of Germany, the GDR or the Federal Republic anymore and emphasized a strong discrepancy between the tradition and "substance" of Europe and the development of the European Union. He rejected the westernization and Americanization of the Federal Republic. His early insights into the dialectical connection between the political public sphere and party-state arcane politics enabled him to view himself as a "partisan" and to channel his intellectual and political energies into a network of indirect stimuli and effects. He acted, in this way, as a "*potestas indirecta*".

Even before 1933, he had described modern constitutional history as a dialectic of state and society: A process of politicisation and seizing of power by society by way of the constitutionalisation and democratisation of the state. In his view, the sovereign state mutated and degenerated into the all-encompassing, "quantitatively" "total" state controlled by society. Schmitt based this on Hegel's description of "civil" society. In German, the word "society" (*Gesellschaft*) alludes to the counter-concept of a familial "community", as emphasized by Ferdinand Tönnies, similar to Hegel, who understood the "moral" state as the return of the familiar principle of "love" to the political sphere. The word "Gesellschaft" also evokes the concept of "*Geselligkeit*", meaning civil sociability, as developed as a concept by the late Enlightenment, for example, Schleiermacher. Numerous academics wrote about "civil society" in the 1950s and 1960s, often referring back to Hegel. Habermas and his students rejected dogmatic Marxism, returning instead to early socialism and argued that a "civil society" constituted an emancipated society. *Faktizität und Geltung* speaks of socialism as a "*utopie*" and "voluntary association of free and equal consociates under law" (Habermas, 2008b, p. 111) as the basis and purpose of an ideal constitutional state; "civil society" is elevated to the basis of "radical" democratic theory.

After 1945, the Federal Republic had to restore democracy not only as a "form of government", but also - and above all - as a "way of life". To achieve this, a new political culture was needed in the

education system and the media as well as in the parties, churches and associations. Therefore, pursuit of a free, liberal-democratic political culture and "public sphere" was just as common as the endeavour for "civil society" and "industrial society". Schmitt himself was no longer involved in these discussions, but a number of his students were. Reinhart Koselleck published *Kritik und Krise* (*Critique and Crises* (Koselleck, 2000)) in close correspondence with Schmitt and, strongly inspired by his book *Leviathan*, attributed the dialectic of the "Public Sphere and the Secret" (*Öffentlichkeit und Geheimnis)*, to the late German Enlightenment. Rüdiger Altmann, another close student of Schmitt's who had been sitting in his Berlin seminars before the end of the war, completed his doctorate in Marburg in 1954 under the Marxist Wolfgang Abendroth with an (unpublished) thesis entitled *Das Problem der Öffentlichkeit und seine Bedeutung für die moderne Demokratie* (The Problem of the Public Sphere and its Significance for Modern Democracy). Habermas, who later habilitated with Abendroth on the *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, quotes Altmann's dissertation at one point and was therefore familiar with its manuscript. (Habermas, 1980, p. 239) In his memoirs of Abendroth, the "Hermann Heller of the Early Federal Republic", he mentions a denunciatory "broadside" by Altmann against Abendroth "using weapons drawn from Carl Schmitt's arsenal" (Habermas, 2008a, pp. 11–14). Even decades later, Habermas still remembers these battle zones of the early Adenauer Republic. Such references can only suggest that Habermas at the time was not only directly influenced by Schmitt's writings but was also by the further work on his areas of focus executed by the younger generation of his students. As is widely known, he therefore also negatively reviewed the dissertations of Hanno Kesting and Reinhart Koselleck.

4. *Faktizität und Geltung*: autonomy as an explication of the "Legal Code"

I do not want to go into any further detail regarding Habermas' early work, but instead investigate how the philosophy he developed criticized Schmitt's disjunction of liberalism and democracy by philosophically questioning the preconditions related to discourse ethics and the communicative relationships of "civil society" that lie behind constitutional law. Of fundamental importance here is the "reconstruction of law" in *Faktizität und Geltung* which, in two chapters, Habermas outlines as the "system of rights" and "principles of the constitutional state". These chapters are fundamental to the "procedural" understanding of law and the constitution with which Habermas approaches constitutional theory. At this point, I can only cast the briefest of glances at *Faktizität und Geltung* to illustrate the philosophical approach it takes, in contrast to jurisprudential analysis.

Habermas draws from Rousseau and Kant in order to define the "idea of self-legislation" (Habermas, 2008b, p. 101) or autonomy as the explication of a "legal code" (Habermas, 2008b, p. 110) and to stipulate the "internal relation" (Habermas, 2008b, p. 104) or "co-originality of private and public autonomy" (Habermas, 2008b, p. 104), subjective fundamental rights and popular sovereignty. For this explication of the "legal code" (Habermas, 2008b, p. 81), he also speaks of the "paradox" of the "emergence of legitimacy out of legality" (Habermas, 2008b, p. 83). Allow me to share a few challenging quotations with you. Habermas writes, for example:

> If the discourse principle is to be implemented as the democratic principle with the help of equal communicative and participatory rights, then the legal medium must be enlisted. To be sure, the establishment of the legal code as such already implies liberty rights that beget the status of legal persons and guarantee their integrity. But as soon as the legal medium is used to institutionalize the exercise of political autonomy, these rights become necessary enabling conditions".

> (Habermas, 2008b, p. 128) The "legal code is given to legal subjects […] as the only language in which they can express their autonomy. The idea of self-legislation must be realized in the medium of law itself. (Habermas, 2008b, p. 126)

Habermas thus argues transcendentally and legal-philosophically, with the necessary implications or "presuppositions" of a pure concept of law, which every liberal constitution oriented towards the idea of autonomy must subscribe to. Allow me, if I may, to provide you with a few further quotations for which numerous parallels can be found in his extensive work. Habermas writes:

> Consequently, the sought-for internal relation between popular sovereignty and human rights consists in the fact that the system of rights states precisely the conditions under which forms of communication necessary for the genesis of legitimate law can be legally institutionalized." (Habermas, 2008b, p. 104) "So the sought-for internal connection between popular sovereignty and human rights lies in the normative content of the very mode of exercising political autonomy, a mode that is not secured simply through the grammatical form of general laws but only through the communicative form of discursive processes of opinion- and will-formation. (Habermas, 2008b, p. 103)

It would be going too far here to expand on how Habermas, building from these reflections, develops his democratic and constitutional theory. *Faktizität und Geltung* only cites Schmitt in passing, although reference is made more frequently to his student Böckenförde (see Mehring, 2021b, pp. 25–27). What is significant here is that Habermas, unlike Schmitt, establishes a necessary connection between fundamental rights and popular sovereignty and thus presupposes civil rights. More importantly, however, he begins with the concept or code of law and draws from this inner core or spirit of law itself a list of ideal criteria, which every legitimate legal order and every constitutional state should respect and institutionalize. Habermas thus provides a rationalising and idealising reconstruction, the concrete realisation of which, however,

is contingent on real-world communicatory conditions. Such a reconnection of political self-determination and popular sovereignty to political culture and real-world communicative conditions can also be found, as is quoted above, in Schmitt's concept of the democratic public sphere. What systematically distinguishes Schmitt from Habermas, however, results from the difference between a jurisprudential analysis and perspective and the philosophical and idealistic regression to a concept of autonomy, which Habermas (explicitly somewhat differently from Kant) develops not primarily from the concept of autonomous morality, but instead of from the concept of law.

As a jurist, Schmitt does not argue in terms of "natural law" starting from the elementary rights of the citizen, but rather from the state's political necessity to effectively organise executive action and rule. Habermas thus constitutionalizes the "autonomy" of the citizen, whereas Schmitt the "sovereignty" of the state. He would not have denied that people have basic fundamental rights. But, like Hobbes, he would have interpreted these elementary rights to self-assertion and freedom as a kind of natural law and state of nature, which states can hardly guarantee effectively in times of crisis and which should therefore not be normatively entitling. In his response to Kennedy, Habermas calls this the "horrors of autonomy". For Schmitt, it was clear that states should be allowed to restrict elementary human rights, because sometimes that is a political necessity. After all, states can ultimately demand an existential "readiness to die and to kill" (Schmitt, 1963, p. 46) from their citizens in a state of necessity. Schmitt argues, as a jurist, before the Universal Declaration of Human Rights of 1948became dogmatically binding. Habermas meanwhile, argues as a philosopher, under the conditions of modernity and "postmetaphysical thinking" (Habermas, 2008b, p. 61), based on "normative presuppositions" (Habermas, 2008b, p. 34) of the legal code and "functional requirements" (Habermas, 2008b, p. 83) of "social integration" (Habermas, 2008b, p. 83), which include obtaining legitimacy through citizens' consent: The addressees of the legal or-

der, who - according to one of Habermas' quintessential formulas - should at the same time be able to understand themselves as the "authors" of the constitution.

5. An analogous problem diagnosis? The diagnosis of decline in 2022

After the Kennedy controversy, Habermas dealt with Schmitt more frequently. Noteworthy here, are his two principal confrontations of Schmitt's anti-universalist *Großraumlehre* with Kant in *Die Einbeziehung des Anderen* and in *Der gespaltene Westen* (Habermas, 1996, pp. 192–236; 2004, pp. 113–193) (*The Divided West* (Habermas, 2006)). *Nachmetaphysisches Denken II* (*Postmetaphysical Thinking II* (Habermas, 2017)) also contains critical comments on Schmitt's "political theology" (Habermas, 2012b). Habermas' "radical" and "socialist" theory of democracy leads to some controversial and problematic hypotheses and proposals in his political writings. In his 2011 essay *Zur Verfassung Europas* (*The Crisis of the European Union* (Habermas, 2012a)), for example, he calls for "cooperation between citizens and states" in a "world parliament" and writes in all seriousness: "The composition of a general assembly made up of representatives of citizens and of states would ensure that the competing interpretations of justice between global citizens on the one hand and state citizens on the other are taken into account and reconciled." (Habermas, 2011, p. 87) Are "interpretations of justice" supposed to replace democratic legitimacy? Is the "*global citizen*" Habermas enthroning himself as philosopher king? The same applies to considerations on the inclusion of NGOs, which today are often highly questionable hybrids of commercial associations and political client parties.

In 2022, well into his nineties, Habermas recently referred back to his first successful book *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, with a philosophical critique of the "new structural transformation" of the public sphere (*Ein neuer Strukturwandel der Öffentlichkeit und die deliberative Politik* (Habermas, 2022), *A New Structural*

Transformation of the Public Sphere and Deliberative Politics (Habermas, 2023b)), which takes as its starting point the digital revolution and the transition of information flows to commercial platforms. He considers Donald Trump's role (Habermas, 2022, pp. 17–27) in the storming of the Capitol as a significant example of the "regression" (Habermas, 2022, p. 28) of political communication associated with the transition to digital networks. Habermas views this regression as a decline in the "rationalizing power of public debate" (Habermas, 2022, p. 27), a line of thinking which one could compare to Schmitt's earlier observations on the shift from liberal will-formation to the political irrationalism of "mass democracy". Is this the same problem diagnosis, just 100 years later?

In 2022, Habermas advocated the need for an agonal, but agreement-oriented basic consensus, and emphasized the role of traditional media as gatekeepers, channelling information streams and establishing a distinction between private entertainment and political will-formation. Digital platforms, on the other hand, are, according to Habermas, organized purely commercially and view their users merely as consumers. Habermas not only notes a breakdown in the editorial structuring of political communication, but he is also interested in particular in the "pressure to adapt" (Habermas, 2022, p. 54) and the change in mentality that the "platformization" (Habermas, 2022, p. 56) of data streams has exerted on traditional media and political culture as a whole. He notes a "fragmentation" of discourse into "bubbles" and writes, for example:

A democratic system suffers as a whole if the infrastructure of the public sphere is no longer capable of directing the attention of its citizens towards the relevant and pressing issues of the day and can no longer guarantee the formation of competing public opinions; that is to say qualitatively filtered opinions. (Habermas, 2022, p. 65; see also Volkmann, 2023, pp. 768–773)

Whereas Schmitt once criticized the decoupling of decisions from public opinion and will-formation in the party-state, Habermas now identifies digitalization as a threat to the forma-

tion of public opinion and will. When he speaks of the pressure to adapt in the "attention economy" to which traditional media is being subjected, he is also talking about a change in the significance of mediators. Politics is mutating into the entertainment industry of "politainment". Habermas sees the de-liberalization of Western democracies in the structural transformation of political culture. Thereby, he is in fact confirming some of Schmitt's findings and diagnoses of decline. He also identifies a contemporary transition from the liberal constitutional state to a populistically organized mass democracy and a regressive shift to political irrationalism and indifference. What Habermas continues to defend normatively, and what clearly distinguishes him from Schmitt, is the philosophical claim to "autonomy" and rationality. One can conclude that Schmitt, as a jurist and political analyst, cynically and fundamentally positioned himself as anti-liberal and anti-individualistic. He viewed constitutions not from the perspective of a normative demand for civil rights, but from the perspective of the state, which in times of crisis and of a state of emergency cannot politically afford to accommodate the wishes and demands of citizens, despite them being understandable and justified from the perspective of the individual. The philosopher proclaims "autonomy", the jurist proclaims political "sovereignty".

I certainly do not want to reduce the enormous differences between Habermas and Schmitt to the academic differences between a philosophical and a jurisprudential approach, even if it is worth remembering that Schmitt, as a legal scholar, unlike today's scholars of constitutional law, did not have to take into account the legal validity of human rights, as they only became binding in 1948. Schmitt's anti-individualism and anti-liberalism are based not only on legal and political grounds, but avowedly also on ideological or "theological" motives. In his 2012 book *Nachmetaphysisches Denken II,* Habermas therefore dealt with Schmitt's critique of secularization and "political theory" in more detail. He concludes: "Certainly, this clerico-fascist concept of the political is a thing of the past. But it must be a warning to all attempts at a renewal of political

theology." (Habermas, 2012b, p. 250; translation by the editor) The depreciation expressed by the label 'clerico-fascism' is difficult to unravel. It refers to a fascism that feeds on the motives of an authoritarian and dictatorial Catholicism. Personally, I would not use this label for Schmitt, even if it is perhaps not entirely inaccurate. In any case, Habermas is closer to us today in his moral and political motives than the incomprehensibly enigmatic, strange, and radical Carl Schmitt.

It is, however, hard to ignore the fact that Habermas today, too, describes structural transformation in the form of a diagnosis of the decline of political culture and the public sphere, an approach which bears great resemblance to Schmitt's findings on the transition from a liberal constitutional state to a plebiscitary and populistically organized "mass democracy". Habermas, too, explicitly mentions a regressive loss of rationality. What Schmitt has postulated about the development of the Weimar Republic, prognostically characterizing the "state of the 20th century", is, in a different way, confirmed by Habermas for the present-day, the Trumpian world, and the Berlin Federal Republic; today, he identifies the digital revolution as a negative factor alongside modern capitalism and neo-liberalism. Interestingly, Schmitt had even already identified this connection between changes in the media landscape resulting from the turn to an industrial society and tendencies towards political irrationalism, indoctrination and propagandistic politicization when he characterized the transition to radio as a "position of power of the modern state". It is curious that the author of *Leviathan* criticizes this position of power, whereas Habermas today recalls the former supremacy of "public service broadcasting" and the Gutenberg Galaxy almost nostalgically. There is a lot of Schmitt in Habermas, one could say all too casually, even if he should certainly like to deny that.

References

Altmann, R. (1954). *Das Problem der Öffentlichkeit und seine Bedeutung für die moderne Demokratie* [Unpublished doctoral dissertation]. Philipps-Universität Marburg.

Habermas, J. (1973). *Theory and practice* (J. Viertel, Trans.). Beacon Press.

Habermas, J. (1980). *Strukturwandel der Öffentlichkeit: Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft* (11th ed.). Suhrkamp.

Habermas, J. (1984). *The theory of communicative action* (T. McCarthy, Trans.). Beacon Press.

Habermas, J. (1987). *Eine Art Schadensabwicklung: Kleine politische Schriften VI*. Suhrkamp.

Habermas, J. (1991). *The structural transformation of the public sphere: An inquiry into a category of bourgeois society* (T. Burger & F. Lawrence, Trans.). The MIT Press.

Habermas, J. (1992). *Faktizität und Geltung: Beiträge zur Diskurstheorie des Rechts und des demokratischen Rechtsstaates*. Suhrkamp.

Habermas, J. (1996). *Die Einbeziehung des Anderen: Studien zur politischen Theorie*. Suhrkamp.

Habermas, J. (2000). *The inclusion of the other: Studies in political theory* (C. P. Cronin & P. De Greiff, Eds.). The MIT Press.

Habermas, J. (2004). *Der gespaltene Westen*. Suhrkamp.

Habermas, J. (2006). *The divided West* (C. Cronin, Ed. & Trans.). Polity Press.

Habermas, J. (2008a). *Ach, Europa: Kleine politische Schriften XI*. Suhrkamp.

Habermas, J. (2008b). *Between facts and norms: Contributions to a discourse theory of law and democracy* (W. Rehg, Trans.). Polity Press

Habermas, J. (2011). *Zur Verfassung Europas: Ein Essay*. Suhrkamp.

Habermas, J. (2012a). *The crisis of the European Union: A response* (C. Cronin, Trans.). Polity Press.

Habermas, J. (2012b). *Nachmetaphysisches Denken II: Aufsätze und Repliken*. Suhrkamp.

Habermas, J. (2017). *Postmetaphysical thinking II* (C. Cronin, Trans.). Polity Press.

Habermas, J. (2019). *Auch eine Geschichte der Philosophie*. Suhrkamp.

Habermas, J. (2022). *Ein neuer Strukturwandel der Öffentlichkeit und die deliberative Politik*. Suhrkamp.

Habermas, J. (2023a). *Also a history of philosophy* (C. Cronin, Trans.). Wiley.

Habermas, J. (2023b). *A new structural transformation of the public sphere and deliberative politics* (C. Cronin, Trans.). Polity Press.

Kauth, J. T., & King, D. S. (2020). Illiberalism. *European Journal of Sociology, 61*(3), 365–405. https://doi.org/10.1017/S0003975620000181

Kelsen, H. (2013). *The essence and value of democracy* (N. Urbinati & C. Invernizzi Accetti, Eds.; B. Graf, Trans.). Rowman & Littlefield.

Kennedy, E. (1986). Carl Schmitt und die 'Frankfurter Schule': Deutsche Liberalismuskritik im 20. Jahrhundert. *Geschichte und Gesellschaft, 12*(3), 380–419.

Koselleck, R. (2000). *Critique and crisis: Enlightenment and the pathogenesis of modern society*. The MIT Press.

Mehring, R. (1993). Vom Umgang mit Carl Schmitt: Zur neueren Literatur. *Geschichte und Gesellschaft, 19*, 388–406.

Mehring, R. (2016). Postmortaler Suizid: Zur Selbstdemontage des Autors der Gesamtausgabe. In W. Homolka & A. Heidegger (Eds.), *Heidegger und der Antisemitismus: Positionen im Widerstreit* (pp. 289–299). Herder.

Mehring, R. (2021a). *Carl Schmitt zur Einführung* (6th ed.). Junius.

Mehring, R. (2021b). Die gleiche Linie: Ernst-Wolfgang Böckenförde und die Tugend-Staats-Theoretiker. *Zeitschrift für Ideengeschichte, 15*(3), 25–27.

Mehring, R. (2025). Jürgen Habermas vs. Carl Schmitt: Der nachholende Nationalstaat und die europäische Verfassung. In M. Nebelin & H. Thoß (Eds.), *Freiheit in Gebundenheit: Festschrift für Frank-Lothar Kroll zum 65. Geburtstag* (pp. 227–242). Duncker & Humblot. https://doi.org/10.3790/978-3-428-58903-6.2024.382054

Merkel, R. (2024, June 17). Kein anderes Werk wie seines. *Süddeutsche Zeitung*. https://www.sueddeutsche.de/kultur/juergen-habermas-95-geburtstag-reinhard-merkel-lux.8hwFhN2MfptinXS1ZVkAs2

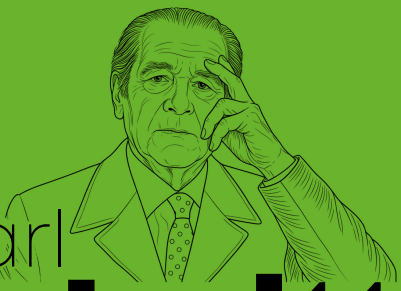
Schmitt, C. (1926). *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1963). *Der Begriff des Politischen*. Duncker & Humblot.

Schmitt, C. (1986). *The crisis of parliamentary democracy* (E. Kennedy, Trans.). The MIT Press.

Schmitt, C. (2008). *Constitutional theory* (J. Seitzer, Trans.). Duke University Press.

Volkmann, U. (2023). [Review of the book *Ein neuer Strukturwandel der Öffentlichkeit und die deliberative Politik*, by J. Habermas]. *Der Staat, 62*(4), 768–773. https://doi.org/10.3790/staa.62.4.751



Carl Schmitt

Ninguna regla crea por sí misma un orden. La norma es solo una parte y un medio de una configuración más profunda, espacial, institucional e histórica, que requiere cierta normalidad concreta para tener sentido y validez. Este segundo volumen desplaza la interrogación conceptual del primero hacia las configuraciones del orden. No aplica mecánicamente el vocabulario schmittiano del siglo XX al presente: lo pone a prueba. Se pregunta qué ocurre con sus operaciones conceptuales cuando se territorializan, se institucionalizan o se tecnifican, o cuando se pierden las condiciones históricas que les daban sentido.

El volumen articula su análisis en tres secciones. La primera aborda el espacio, el nomos y el orden internacional, desde la disputa entre tierra y mar y la guerra total hasta la hipótesis de un nomos de la nube. La segunda examina el orden concreto, la soberanía y la Constitución, con atención a la tecnificación del Estado y a la figura del poder neutral. La tercera discute la democracia, la identidad y el antagonismo, y pone a prueba el alcance de la autoridad soberana.

Metamorfosis no designa aquí una sucesión de órdenes cerrados, sino la transformación de las condiciones que hacen posible su constitución, su estabilidad y su crisis. La pregunta es qué pueden todavía hacer visible las categorías schmittianas y dónde muestran sus límites.

ISBN: 978-9907-840-07-0

Universidad Central del Ecuador
Fundada en 1826
Quito

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Universidad Central del Ecuador

EDITORIAL UNIVERSITARIA

filosófica
EDITORIAL